



**CLIVE  
CUSSLER**

**Amenaza bajo  
EL MAR**

**Lectulandia**

En 1859 se produce el naufragio de un barco británico que transporta condenados a Australia. Dos de los supervivientes consiguen llegar a una isla desierta donde descubren una mina de diamantes. Este hecho dará lugar a la fundación de un imperio familiar dirigido por Arthur Dorsett y sus tres hijas. Una de éstas, Maeve, se ha apartado de su familia y alterna su profesión de bióloga con trabajos como guía científica de cruceros por la Antártida. Durante uno de estos viajes, un grupo de turistas muere repentinamente por causas misteriosas y la propia Maeve, junto a unos pocos, es rescatada por Dirk Pitt. A partir de entonces las investigaciones de Pitt pondrán al descubierto una monstruosa trama de ambición y codicia cuyo epicentro se halla precisamente en las minas de diamante de la familia Dorsett.

**Lectulandia**

Clive Cussler

# **Amenaza bajo el mar**

**Dirk Pitt - 13**

ePub r1.0

TaliZorah 19.10.13

Título original: *Shock Wave*  
Clive Cussler, 1996  
Traducción: Eduardo Mallorquí  
Ilustraciones: John Wells

Primer editor: Alicantino79  
Editor digital: TaliZorah  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Con el más profundo agradecimiento al doctor Nicholas Nicholas, al doctor  
Jeffrey Taffet y a Robe.

# PRÓLOGO

# LA Balsa del Gladiator

17 de enero de 1856, mar de Tasmania.

De los cuatro clípers construidos en Aberdeen, Escocia, en 1854, uno se destacaba del resto. Era el *Gladiator*, una gran nave de 1256 toneladas, de sesenta metros de eslora y diez de manga, con tres grandes mástiles que se alzaban al cielo en aerodinámico ángulo. Era uno de los clípers más rápidos que habían cruzado el océano, pero, por su esbelto diseño, era una embarcación poco segura cuando el mar estaba agitado. Ligerero como una pluma, podía navegar impulsado por la más suave brisa. El *Gladiator* jamás había realizado una travesía lenta, ni siquiera cuando navegaba por aguas tranquilas.

Infortunada e impredeciblemente, era un navío destinado a la catástrofe.

Sus propietarios lo prepararon para el comercio con Australia y el transporte de emigrantes, y fue uno de los escasos clípers destinados a llevar pasajeros además de carga. Pero los dueños advirtieron pronto que no había muchos coloniales que pudieran permitirse pagar el pasaje, así que navegaba con los camarotes de primera y segunda vacíos. No tardaron en descubrir que resultaba más lucrativo obtener contratos del gobierno para el transporte de reos hacia el continente que, inicialmente, fue la mayor prisión del mundo.

El *Gladiator* estaba comandado por uno de los más duros y enérgicos capitanes de clíper, Charles Bully<sup>[1]</sup> Scaggs. Aunque Scaggs no utilizaba el látigo con los marineros perezosos insubordinados, era implacable a la hora de forzar a sus hombres a realizar travesías en tiempo récord entre Inglaterra y Australia. Los agresivos métodos de Scaggs obtenían resultados, pues en su tercer viaje de regreso a la metrópoli, el *Gladiator* consiguió un récord de sesenta y tres días que aún sigue imbatido.

Scaggs compitió con los legendarios capitanes de clíper de su época —John Kendricks, que comandaba el *Hércules*, y Wilson Asher, al mando del renombrado *Júpiter*—, y nunca perdió. Capitanes rivales que zarpaban de Londres a las pocas horas de hacerlo el *Gladiator*, invariablemente encontraban la nave cómodamente fondeada en su amarradero cuando llegaban a la bahía de Sydney.

Las rápidas travesías eran una bendición para los prisioneros, para quienes aquellos viajes significaban una pesadilla de penurias sin cuento. Muchos de los buques mercantes más lentos tardaban hasta tres meses y medio en la travesía.

Encerrados bajo cubierta, los convictos recibían el mismo trato que el ganado. Algunos eran criminales peligrosos; otros, disidentes políticos, y muchos, demasiados, pobres diablos que habían sido encarcelados por robar ropa o comida. Los hombres eran enviados a la colonia penal por cualquier delito, desde el peor

asesinato hasta la más leve ratería, mientras las mujeres, separadas de los varones por un grueso mamparo, sufrían condena principalmente por pequeños hurtos. Las comodidades para uno y otro sexo eran escasas. Dormían en literas estrechas de madera, disponían de escasas condiciones higiénicas y su comida durante los meses de travesía era de bajo valor nutritivo. Los únicos lujos eran raciones de agua, vinagre y jugo de lima para combatir el escorbuto, y un cuarto de litro de vino de oporto para subirles la moral durante la noche. Los vigilaba un pequeño destacamento de diez hombres del regimiento de infantería de Nueva Gales del Sur, bajo el mando del teniente Silas Sheppard.

La ventilación era casi inexistente; el único aire procedía de escotillas con rejilla que permanecían cerradas mediante fuertes cerrojos. Una vez en el trópico, la atmósfera se volvía asfixiante en los ardorosos días de inclemente sol. Pero los sufrimientos de los forzados pasajeros eran aún mayores durante el tiempo frío y húmedo, pues entonces se veían permanentemente sacudidos por las embravecidas olas que batían contra el casco y vivían en una casi permanente oscuridad.

Los buques prisión estaban obligados a llevar un médico a bordo, y el *Gladiator* no era una excepción. El cirujano superintendente Otis Gorman se ocupaba de la salud de los prisioneros, y siempre que el tiempo lo permitía ordenaba que subieran a cubierta en pequeños grupos para airearse y hacer ejercicio. Era un orgullo para los médicos jactarse, cuando al fin tocaban puerto en Sydney, de no haber perdido ni un solo prisionero. Gorman era un hombre compasivo, y se ocupaba de los hombres a su cuidado, sangrándolos cuando era necesario, sajando abscesos, tratando laceraciones y ampollas, administrando purgas y ocupándose también de que los retretes, las ropas y los orinales fueran limpiados con cloruro de cal. Rara vez dejaban los convictos a su cargo de dirigirle una carta de agradecimiento cuando llegaban a puerto.

*Bully Scaggs* solía hacer caso omiso de los infortunados pasajeros que se apiñaban bajo cubierta. Batir marcas era su obsesión. Su férrea disciplina y gran tenacidad le habían reportado generosos bonos pagados por los felices navieros, al tiempo que él y su barco se immortalizaban en la leyenda viva de los clípers.

En la que sería su última travesía, Scaggs, que olfateaba un nuevo récord, se mostró inflexible. Habiendo zarpado de Londres hacia Sidney cincuenta y dos días atrás con un cargamento de mercancías y con ciento noventa y dos convictos, veinticuatro de ellos mujeres, llevó al *Gladiator* hasta sus límites absolutos, sin arriar velas ni en los momentos de mayor viento. Su perseverancia fue recompensada, pues, increíblemente, logró recorrer cuatrocientas treinta y nueve millas en veinticuatro horas.

Y entonces a Scaggs se le acabó la suerte. El desastre se cernía sobre el horizonte de popa.

Al día siguiente de que el *Gladiator* cruzase el estrecho de Bass, entre Tasmania y



el extremo meridional de Australia, el cielo nocturno se pobló de amenazadoras nubes negras al tiempo que las estrellas quedaban oscurecidas y el mar se encrespaba. Sin que Scaggs lo supiera, un fortísimo tifón avanzaba hacia su barco desde el sureste, allende el mar de Tasmania. Pese a su agilidad y fortaleza, los clípers se hallaban indefensos frente a las iras del Pacífico.

La tempestad fue la más violenta y devastadora que recordaban los isleños del mar del Sur. La velocidad del viento crecía de hora en hora. El mar se pobló de enormes montañas de agua que, surgiendo de las tinieblas, embestían contra el casco del *Gladiator*. Tardíamente, Scaggs dio orden de arrizar velas. Una fortísima racha desgarró la lona y la hizo jirones, después de haber partido los mástiles como si de palillos se tratara. Obenques y vergas cayeron sobre cubierta. Luego, para hacer desaparecer las huellas del desastre, las agitadas aguas barrieron la cubierta, llevándose con ellas los mástiles partidos. Una inmensa ola de diez metros golpeó la popa y envolvió el barco, destrozando la cabina del capitán y el timón. De la cubierta desaparecieron los botes, la camareta alta y la galera. Las escotillas cedieron, y el agua anegó sin obstáculos el interior de la nave. En un instante la enorme ola convirtió el elegante clíper en un indefenso deshecho zarandeado como un pedazo de madera que el mar agitado hacía ingobernable. Incapaces de combatir la tempestad, los desdichados miembros de la dotación y los convictos contemplaron cómo la muerte aproximaba a ellos sus fauces, mientras, presas del terror, aguardaban a que el barco se hundiese en las profundidades del inquieto mar.

Dos semanas después de la fecha en que el *Gladiator* debía llegar a su destino, se enviaron barcos a las rutas por las que los clípers cruzaban el estrecho de Bass y el mar de Tasmania, pero no encontraron nada: ni supervivientes, ni cadáveres, ni restos del navío. Los navieros dieron el barco por perdido, la compañía aseguradora pagó, los parientes de los tripulantes y los convictos lloraron sus pérdidas y el recuerdo del barco no tardó en ser borrado por el tiempo.

Aunque ciertos barcos tenían fama de ataúdes o infiernos flotantes, los capitanes que habían competido con Scaggs y el *Gladiator* se limitaron a mover tristemente la cabeza y a atribuir la pérdida del grácil clíper a su ligereza y al agresivo modo con que Scaggs lo capitaneó. Dos hombres que en otro tiempo habían navegado en él aventuraron la suposición de que la nave recibió el embate simultáneo de una fuerte racha de viento y una enorme ola. La fuerza combinada de ambos fenómenos habría hundido la quilla bajo el agua, con lo que el barco se habría precipitado al fondo del mar.

En la sala de siniestros de la Lloyd's de Londres, la famosa compañía de seguros navales, la pérdida del *Gladiator* fue debidamente anotada, entre el hundimiento de un remolcador norteamericano y la encalladura de un pesquero noruego.

Tendrían que pasar casi tres años para que se aclarase la misteriosa desaparición.

Increíblemente, aunque el mundo marinerlo lo ignoraba, el *Gladiator* continuaba a flote después de que el terrible tifón siguió su camino hacia el oeste. De un modo u otro, el maltrecho clíper había sobrevivido. Pero el agua entraba con velocidad alarmante por entre las maderas levantadas del casco. Al mediodía siguiente, ya había casi dos metros de agua en la bodega y las bombas de achique estaban librando una batalla perdida.

El duro temple del capitán *Bully Scaggs* en ningún momento flaqueó. Los tripulantes juraron posteriormente que el capitán mantuvo a flote el barco a fuerza de tenacidad. Dio las órdenes pertinentes con firmeza y calma. Utilizó a los presos que no habían quedado maltrechos a causa de los salvajes zarandeos de la nave para manejar las bombas, mientras la tripulación se concentraba en reparar el casco dañado.

El resto del día y la noche se invirtió en intentar aligerar el barco, arrojando por la borda la carga y todo cuanto no fuera absolutamente indispensable. No sirvió de nada. Se perdió tiempo y se consiguió muy poco. A la mañana siguiente, el agua había subido un metro más.

A media tarde, el exhausto Scaggs se dio por vencido. El *Gladiator* no podía ser salvado ni por él ni por nadie. Y sin botes salvavidas sólo una medida desesperada podía salvar a los que todavía seguían a bordo. Ordenó al teniente Sheppard que soltara a los prisioneros y los hiciera formar sobre el puente, bajo la estricta vigilancia de un destacamento de soldados armados. Sólo quienes manejaban las bombas y los tripulantes ocupados en remendar el casco siguieron en su trabajo.

*Bully Scaggs* no necesitaba látigo ni pistola para tener un dominio total sobre su barco. Era un hombre gigantesco, con el físico de un picapedrero. Medía un metro noventa, tenía ojos gris oliva y su rostro curtido por el mar y el sol estaba enmarcado por una gran mata de pelo, negro como las alas de un cuervo, y una magnífica barba rizada. Su voz, grave y vibrante, realzaba su impresionante presencia. A sus fornidos treinta y nueve años, estaba en lo mejor de la vida.

Miró a los presidiarios y quedó impresionado por las heridas, las magulladuras, las dislocaduras y las cabezas envueltas en vendajes empapados en sangre. El miedo y la consternación se reflejaban en todos los rostros. Jamás se había encontrado ante un grupo de hombres y mujeres de aspecto tan horrible. Todos eran más bien bajos, debido sin duda a la deficiente dieta, y de complejiones enjutas y tejes pálidas. Descreídos y sin el temor de Dios en el cuerpo, eran la escoria de la sociedad británica. No tenían expectativas ni de volver a ver su patria, ni de vivir una vida fructífera.

Cuando esos pobres desgraciados vieron los terribles daños de la cubierta, los mástiles rotos, las batayolas destrozadas, y advirtieron que no había botes salvavidas, la desesperación se apoderó de ellos. Las mujeres se echaron a gritar presas del terror.

Todas, menos una, que se destacaba del resto.

Scaggs se fijó en la convicta, que era casi tan alta como la mayor parte de los hombres. Las piernas que asomaban bajo la falda eran largas y finas. Su cintura era estrecha, y su busto amplio. Vestía ropas limpias y de buena calidad y, a diferencia de sus desgreñadas compañeras, su cabello, que le llegaba a la cintura, era rubio y lustroso. Permanecía altivamente erguida, encubriendo su temor con una máscara de desafío. Sus ojos, azules como un lago alpino, sostuvieron la mirada de los de Scaggs.

Era la primera vez que el capitán se fijaba en ella y, ociosamente, el hombre se preguntó por qué no había sido más observador. Concentrándose de nuevo en el grave atoladero en que se encontraban, se dirigió a los convictos.

—Nuestra situación no es prometedora —comenzó—. Con toda honestidad, debo decir que el barco está condenado, y como la tempestad nos ha dejado sin botes salvavidas, no podemos abandonarlo.

Sus palabras suscitaron distintas reacciones. Los soldados de infantería mandados por el teniente Sheppard permanecieron silenciosos e inmóviles, mientras varios de los convictos comenzaron a gemir y a lamentarse. Esperando que el barco se hiciera pedazos en cualquier momento, varios de los presos cayeron de rodillas y suplicaron al cielo que los salvase.

Haciendo oídos sordos a las lamentaciones, Scaggs continuó hablando:

—Con la ayuda de Dios, intentaré salvar hasta la última alma de este barco. Me propongo construir una balsa lo suficientemente grande para llevar a todos los que estamos a bordo hasta que otro barco nos salve, o lleguemos a las costas de Australia. Cargaremos agua y comida para veinte días.

—Sí no le importa satisfacer mi curiosidad, capitán, ¿cuánto tiempo cree que tardarán en rescatarnos?

La pregunta la formuló un hombre de desdeñosa expresión que le sacaba la cabeza al resto de sus compañeros. A diferencia de los otros, iba impecablemente vestido a la última moda y llevaba el cabello cuidadosamente repeinado.

Antes de responder, Scaggs se volvió hacia el teniente Sheppard.

—¿Quién es el dandy?

Acercándose al capitán, Sheppard respondió:

—Se llama Jess Dorsett.

Scaggs alzó las cejas.

—¿Jess Dorsett el salteador de caminos?

El teniente asintió.

—El mismo. Se hizo con una fortuna antes de que los hombres de la reina lo atrapasen. Es el único de toda esta chusma que sabe leer y escribir.

Scaggs comprendió inmediatamente que el salteador podía resultar útil si la

situación en la balsa se volvía amenazadora. Era muy probable que se produjese un motín.

—Les estoy brindando la posibilidad de sobrevivir, señor Dorsett. Es lo único que puedo ofrecerles.

—¿Y qué espera de mí y de mis degenerados amigos?

—Espero que todo hombre que esté en condiciones de trabajar, ayude a construir la balsa. Los que se nieguen a hacerlo, serán abandonados en el barco.

Dirigiéndose al grupo de convictos, Dorsett gritó:

—¿Los oís, muchachos? O trabajáis, o morís. —Volviéndose de nuevo hacia Scaggs, dijo—: No somos marineros. Tendrá que decirnos lo que debemos hacer.

Scaggs señaló con un gesto a su primer oficial.

—Le he encargado al señor Ramsey que diseñe la balsa. Los hombres de mi tripulación que no estén ocupados en mantenernos a flote formarán el equipo que dirigirá la construcción.

Con su metro noventa y cinco, Jess Dorsett parecía un gigante entre los demás presos. Bajo la costosa chaqueta de terciopelo, los hombros eran anchos y poderosos. Su rojizo cabello largo le caía sobre el cuello de la prenda. Tenía la nariz aguileña, los pómulos prominentes y el mentón firme, y pese a los dos meses de penurias en la bodega del barco, parecía recién salido del más elegante salón londinense.

Antes de separarse, Dorsett y Scaggs intercambiaron una breve mirada. El primer oficial Ramsey advirtió la tensión. El tigre y el león, se dijo, pensativo, preguntándose cuál de los dos seguiría en pie cuando terminase su calvario.

Afortunadamente, pues la balsa debía ser construida sobre el agua, el mar había quedado en calma. El primer paso de la construcción fue arrojar los materiales por la borda. La armazón principal se hizo con los restos de los mástiles unidos con fuertes sogas. Vaciaron los toneles de vino y los barriles de harina destinados a las tabernas y tiendas de Sidney y los ataron a los maderos para aumentar la flotabilidad. Después clavaron tablas gruesas en la parte superior para formar una cubierta, que luego rodearon con una barandilla que llegaba a la cintura. A proa y popa se dispusieron sendos mástiles, con sus correspondientes velas y cordajes. Una vez lista, la balsa medía veinticinco metros de largo por doce y medio de ancho, y aunque parecía muy grande, cuando las provisiones estuvieron acomodadas a bordo, quedó poco espacio para los ciento noventa y dos presos, los once soldados y la tripulación del barco, que constaba de veintiocho hombres, incluido Scaggs. En total, doscientas treinta y una personas. En lo que hacía las veces de popa, se instaló un rudimentario timón unido a una improvisada caña.

También colocaron a bordo, entre los mástiles, barriles de madera llenos de agua, de jugo de lima, de carne de res y cerdo en salmuera y varias ollas de arroz y guisantes cocidos en la cocina del barco, y los taparon con una enorme lona que

cubría dos tercios de la balsa, formando un toldo como protección contra los ardientes rayos del sol.

Al zarpar se vieron bendecidos por un cielo despejado y un mar tranquilo como una balsa de aceite. Los soldados desembarcaron primero, con sus mosquetes y sables. Luego los convictos, más que satisfechos de abandonar el barco, que ya estaba alarmanamente hundido por la parte de proa. La escala del barco no era adecuada para tantos hombres, así que la mayor parte de ellos se descolgaron con cuerdas por los costados. Varios se lanzaron o cayeron al agua, y los soldados lograron rescatarlos. Sorprendentemente, el éxodo se llevó a cabo sin incidentes. En dos horas, los doscientos tres hombres se hallaban en los lugares de la balsa que les había asignado Scaggs.

Luego le llegó el turno a la tripulación. El capitán fue el último en abandonar la ya muy inclinada cubierta. Lanzó al primer oficial Ramsey una caja con dos pistolas, el cuaderno de bitácora, un cronómetro, una brújula y un sextante. Antes de abandonar el *Gladiator*, el capitán había tomado la posición del barco, pero no dijo a nadie, ni siquiera a Ramsey, que la tormenta había desviado el *Gladiator* de las rutas marítimas habituales. Se encontraban a la deriva en una zona muerta del mar de Tasmania, a quinientos kilómetros del litoral australiano más próximo y, aún peor, la corriente los arrastraba hacia la nada, hacia lugares por los que la navegación era prácticamente nula. Tras consultar los mapas, el capitán llegó a la conclusión de que la única esperanza radicaba en aprovechar las corrientes y vientos adversos para tomar rumbo a Nueva Zelanda.

Una vez se hallaron todos en la atestada cubierta, advirtieron con gran desmayo que sólo había espacio para que cuarenta de las personas a bordo permanecieran tumbadas al mismo tiempo. Para los marineros resultó evidente que sus vidas corrían grave riesgo: la cubierta de tablas de la balsa se encontraba sólo diez centímetros por encima de la superficie del agua. Si encontraban mar arbolado, la balsa se hundiría con sus infortunados pasajeros.

Scaggs colgó la brújula en el mástil más próximo al timón.

—Zarpemos, señor Ramsey. Rumbo ciento quince grados este-sureste.

—Sí, capitán. Veo que no nos dirigimos a Australia.

—Nuestra única esperanza está en la costa occidental de Nueva Zelanda.

—¿A qué distancia calcula que estamos de ella?

—A mil kilómetros. —Scaggs lo dijo como si estuvieran a poca distancia de una soleada playa.

Ramsey frunció el entrecejo y miró la atestada balsa. Reparó en unos convictos que formaban grupo y hablaban en susurros. Al fin, con resignada voz, comentó:

—No creo que, rodeados por toda esta chusma, nosotros, los temerosos de Dios, tengamos posibilidad de salvación.

El mar permaneció en calma durante los cinco días siguientes. Los pasajeros de la balsa se acostumbraron al rígido y disciplinado racionamiento. El sol caía, inclemente, sobre la balsa, convirtiéndola en un infierno. Todos tenían ganas de arrojar al agua y refrescarse, pero los tiburones ya se habían congregado alrededor de ellos, en espera de una comida fácil. Los marineros arrojaban cubos de agua salada sobre la lona, pero con ello sólo conseguían aumentar la humedad que padecían los que se hallaban debajo.

En la balsa el desaliento se convirtió en amenazas de traición. Tras pasar dos meses de confinamiento en la panza del *Gladiator*, los hombres se sentían inseguros al verse rodeados por la nada. Los convictos murmuraban y miraban con ojos feroces a los marineros y los soldados, lo que no pasó inadvertido a Scaggs, que ordenó al teniente Sheppard que sus hombres mantuvieran en todo momento los mosquetes cargados y listos.

Jess Dorsett no perdía de vista a la mujer de cabellos dorados, que permanecía sentada a solas junto al mástil delantero, ajena a cuanto la rodeaba. No parecía afectarla ni el miedo ni las penalidades, y no prestaba atención a sus compañeras reclusas, con quienes apenas conversaba. Dorsett estaba convencido de que se trataba de una mujer muy peculiar.

Se abrió paso hacia ella por entre la masa de cuerpos que llenaba la balsa, hasta que fue detenido por la severa mirada de uno de los soldados, que lo obligó a retroceder con un movimiento del mosquete. Dorsett, hombre paciente, aguardó a que cambiaran la guardia. El sustituto no tardó en distraerse mirando a las mujeres que enseguida coquetearon con él. Dorsett aprovechó la distracción para avanzar hasta encontrarse en la línea imaginaria que separaba la parte de las mujeres de la de los varones. La rubia no se fijó en él, pues tenía la mirada de sus azules ojos perdida en la distancia, en algo que sólo ella veía.

—¿Intentando ver Inglaterra? —preguntó sonriendo.

Ella se volvió y lo miró como intentando discernir si se merecía o no una respuesta.

—Pensaba en una aldea de Cornualles.

—¿Fuiste arrestada allí?

—No, me arrestaron en Falmouth.

—¿Qué hiciste? ¿Intentaste asesinar a la reina Victoria?

La mujer se echó a reír y sus ojos relucieron.

—Robé una manta.

—Debías de tener mucho frío.

Ella se puso seria.

—Era para mi padre. Estaba muriéndose de una neumonía.

—Lo siento.

—Tú eres el salteador de caminos.

—Lo era hasta que mi caballo se rompió una pata y los hombres de la reina me atraparon.

—Te llamas Jess Dorsett, ¿verdad?

A él le satisfizo que ella conociese su identidad, y se preguntó si la mujer había hecho indagaciones sobre él.

—¿Y tú quién eres?

—Betsy Fletcher.

Con una burlona reverencia Dorsett dijo:

—Considérame tu protector, Betsy.

Vivazmente, ella replicó:

—No necesito la ayuda de un salteador, por muy peripuesto que vaya. Sé arreglármelas sola.

Él señaló la horda apiñada sobre la balsa.

—Antes de que volvamos a pisar tierra firme, pueden venirte bien un par de manos fuertes.

—¿Por qué voy a confiar en alguien que nunca se ensució las manos?

Dorsett la miró a los ojos con taladrante fijeza.

—Puede que, a lo largo de mi vida, haya atracado alguna que otra diligencia, pero... De entre todos los hombres que hay aquí, sólo puedes confiar en el bueno del capitán Scaggs y en mí. Somos los únicos incapaces de aprovecharnos de una mujer.

Betsy Fletcher se volvió para señalar unas amenazadoras nubes que se acercaban a ellos empujadas por una brisa suave.

—¿Y cómo piensas protegerme de eso, Dorsett?

—Se nos viene encima, capitán —dijo Ramsey—. Más vale que arriemos velas.

Scaggs asintió torvamente.

—Saque del tonel de cordajes pedazos de cuerda cortos y hágalos circular. Dígale a esos pobres diablos que se amarren a la balsa para resistir la turbulencia.

El mar se onduló súbitamente y la balsa se vio sometida al embate de las olas, que pasaban por encima de los pasajeros, mientras éstos se agarraban con todas sus fuerzas a los trozos de cuerda; los más avispados se ataron a las tablas. La tormenta no fue ni la mitad de fuerte que el tifón que acabó con el *Gladiator*, pero no tardó en resultar difícil discernir dónde terminaba la balsa y empezaba el mar. Las olas se hicieron más y más altas y sus crestas se vieron salpicadas de espuma. Algunos intentaron ponerse en pie para mantener las cabezas fuera del agua, pero la balsa estaba siendo salvajemente zarandeada, y enseguida volvieron a caer sobre las tablas.

Dorsett utilizó su propia cuerda y la de Betsy para atar a ésta al mástil. Luego él se sujetó con el cordaje de la vela y utilizó su cuerpo para proteger a la mujer de la fuerza de las olas. Como para añadir escarnio a la burla, la lluvia caía sobre ellos

como si fueran piedras arrojadas por diablos. El revuelto mar los atacaba por todas partes.

Lo único que se oía sobre el estruendo de la furiosa tormenta eran las vehementes maldiciones de Scaggs, que ordenaba a gritos a sus hombres que amarraran con más cuerdas las provisiones. Los marineros se esforzaron en atar las cajas y toneles, pero en ese instante una inmensa ola se alzó sobre las aguas y rompió contra la balsa, lanzándola varios metros por debajo de la superficie. Por unos minutos, todos los ocupantes de la patética balsa pensaron que estaban a punto de morir.

Scaggs contuvo el aliento, cerró los ojos y maldijo interiormente. El agua se cerró en torno a él con asfixiante fuerza, y durante lo que a todos les pareció una eternidad, la balsa ascendió por entre las espumeantes aguas y al fin volvió a salir a flote. Los que no habían sido engullidos por el mar inhalaron profundamente y expulsaron entre toses el agua que habían tragado.

El capitán echó un vistazo a la balsa y se sintió presa del pánico. El gran montón de provisiones se había esfumado como si jamás hubiese existido. Y, lo que resultaba aún más horrendo, la masa de cajas y toneles, al desplazarse, había abierto una enorme brecha en la masa de convictos, lanzándolos fuera de la balsa con la fuerza de un alud. Los patéticos gritos de los infortunados quedaron sin respuesta, pues el salvaje mar imposibilitaba cualquier intento de rescatarlos, por lo que los más afortunados sólo pudieron lamentar el terrible fin de los que habían sido sus compañeros.

Durante toda la noche, la balsa y sus pasajeros soportaron la tormenta y los inclementes golpes de las olas, que batían constantemente sobre ellos. A la mañana siguiente, el mar amaneció en calma y el viento se redujo a una suave brisa. No obstante, todos permanecieron vigilantes, pues aún quedaban olas aisladas capaces de arrebatar de la balsa a sus maltrechos ocupantes.

Al fin a Scaggs le fue posible ponerse en pie y hacer recuento de los daños. Descubrió con horror que no se había salvado de la violencia del mar ni un solo tonel de comida ni agua. De las velas sólo quedaban unos cuantos jirones de lona. Ordenó a Ramsey y Sheppard que hicieran recuento de los desaparecidos. El número ascendía a veintisiete.

Contemplando a los que habían sobrevivido, Sheppard movió tristemente la cabeza.

—Pobres diablos. Parecen ratas ahogadas —dijo.

—Haga que la tripulación extienda los restos de las velas y recoja con ellos la mayor cantidad de agua de lluvia posible —ordenó Scaggs a Ramsey.

—No nos quedan envases en los que meterla —dijo lúgubrementemente Ramsey—. ¿Y qué vamos a utilizar como velas?

—Una vez hayan bebido todos, repararemos como podamos las lonas y



continuaremos rumbo este-sureste.

Cuando la balsa volvió a la vida, Dorsett se libró de los cordajes que lo ataban y tomó a Betsy por los hombros.

—¿Estás bien? —inquirió preocupado.

Ella lo miró a través de los mechones de cabello que tenía pegados a la cara.

—No me encuentro en las mejores condiciones para asistir a un baile de la realeza, pero aun estando empapada, me alegro de seguir viva.

—Ha sido una mala noche. Y me temo que no será la última —contestó ceñudo Dorsett.

Mientras la consolaba, el sol regresó, y lo hizo con saña. Sin el toldo, que había sido arrastrado por la fuerza del viento y las aguas, no existía modo de protegerse del calor. No tardaron en presentarse los tormentos de la sed y el hambre. Devoraron hasta la última brizna de comida que quedaba entre las tablas y consumieron toda el agua de lluvia que habían podido recoger con los restos de las desgarradas velas.

Cuando izaron de nuevo los trozos raídos de tela, las improvisadas velas no tuvieron casi efecto y en nada contribuyeron a mover la balsa. Si el viento soplaba de popa, la embarcación era manejable, pero todo intento de virar hacía que la balsa quedase atravesada y con el mástil contra el viento, fuera de todo control. La imposibilidad de controlar la dirección de la nave no era más que una entre las múltiples frustraciones de Scaggs. Había salvado sus preciosos instrumentos de navegación, apretando contra su cuerpo la caja que los contenía durante la parte más violenta del tifón, e hizo una medición para averiguar dónde estaban.

—¿Nos hemos acercado a tierra, capitán? —preguntó Ramsey.

—Me temo que no —replicó Scaggs gravemente—. La tempestad nos ha empujado hacia el noroeste, y ahora estamos más lejos de Nueva Zelanda que hace dos días a esta misma hora.

—Sin agua potable y en mitad del verano del hemisferio sur, no duraremos mucho.

Scaggs señaló hacia un par de aletas dorsales que cortaban el agua a unos veinte metros de la balsa.

—Si no avistamos un barco antes de cuatro días, mucho me temo, señor Ramsey, que los tiburones van a darse el banquete de sus vidas.

Los tiburones no tuvieron que esperar mucho. Al segundo día después de la tormenta, los cuerpos de los que sucumbieron a causa de las lesiones causadas por la furia del mar, fueron arrojados por la borda y desaparecieron inmediatamente en un remolino de espuma ensangrentada. Un monstruo parecía particularmente feroz. Scaggs lo identificó como un gigante blanco, considerado la más terrible máquina de matar de los mares. Calculó que debía de medir siete u ocho metros.

Los horrores no habían hecho más que comenzar. Dorsett fue el primero que tuvo

un atisbo de las atrocidades que sus desgraciados compañeros se infligirían unos a otros.

—Algo traman —dijo el hombre a Betsy—. No me gusta como miran a las mujeres.

—¿De quiénes hablas? —preguntó ella, que tenía los labios resecos. Se había cubierto el rostro con un fular raído, pero sus brazos desnudos y las piernas, protegidas sólo por la ligera falda, estaban ya quemados y llenos de ampollas a causa del sol.

—A ese inmundo grupo de contrabandistas que hay a popa, dirigido por Jake Huggins, el asesino gales capaz de degollar a cualquiera sin pestañear. Apuesto a que planean un motín.

Betsy miró inexpresivamente los cuerpos que llenaban la balsa.

—¿Por qué iban a querer hacerse con el mando de esto?

—Me propongo averiguarlo —dijo Dorsett, y avanzó por entre los convictos semiderrumbados sobre las húmedas maderas, ajenos a todo menos a su ardiente sed. Se movía con dificultad, porque tenía las articulaciones rígidas a causa de la falta de ejercicio; pues el único que había hecho en dos días era el de aferrarse a los cordajes. Fue uno de los pocos que se atrevieron a acercarse a los conspiradores, y para hacerlo tuvo que pasar por entre los sicarios de Huggins. Los hombres le hicieron caso omiso, pues se hallaban murmurando y dirigiendo hostiles miradas a Sheppard y a sus soldados.

—¿Qué te trae por aquí, Dorsett? —gruñó Huggins.

El contrabandista era bajo y fornido. Tenía un pecho enorme, largo y ralo cabello rubio rojizo, nariz grande y achatada y una boca inmensa, de renegrida dentadura a la que le faltaban varias piezas. Todo ello le confería una maligna expresión.

—Se me ocurrió que tal vez os viniera bien mi ayuda para apoderaros de la balsa.

—Quieres tu parte del botín para vivir un poco más, ¿a que sí?

—No veo ningún botín que nos sirva para prolongar nuestros sufrimientos —dijo Dorsett indiferente.

Huggins se echó a reír, mostrando sus dientes ennegrecidos.

—Me refiero a las mujeres, estúpido.

—¿Nos estamos muriendo de hambre y calor y tú piensas en el sexo?

—Me extraña tanta idiotez en un famoso salteador de caminos —dijo Huggins exasperado—. No queremos tirarnos a esas monadas, sino hacerlas cachitos y comernos sus blandas carnes. Podemos reservar a Bully Scaggs y a sus marineros y soldados para cuando estemos más hambrientos.

Al principio Dorsett pensó que Huggins estaba haciendo una broma de pésimo gusto, pero la maldad que brillaba en sus ojos y la brutal sonrisa de sus labios le confirmaron que no era así. La idea era tan repulsiva que llenó a Dorsett de horror,

pero era un consumado actor, así que se encogió de hombros con indiferencia.

—¿Por qué tienes tanta prisa? Tal vez mañana a estas horas ya nos hayan rescatado.

—No esperes ver pronto ni un barco ni una isla en el horizonte. —El horrible rostro de Huggins se contorsionó en una mueca de depravación—. ¿Estás con nosotros, salteador?

—No pierdo nada apuntándome a tu fiesta, Jake —dijo Dorsett con una sonrisa crispada—. Pero la rubia alta es mía. Con las otras, haced lo que os plazca.

—Ya veo que te gusta, pero mis muchachos y yo lo compartimos todo. Tú puedes ser el primero, pero después nos la repartiremos.

—De acuerdo —dijo Dorsett secamente—. ¿Cuándo daremos el golpe?

—Una hora después del anochecer. Cuando haga una seña, atacaremos a los soldados y nos apoderaremos de los mosquetes. Una vez estemos armados, Scaggs y su tripulación no serán problema.

—Como yo ya me he situado junto al mástil de popa, me ocuparé del soldado que vigila a las mujeres.

—Veo que quieres encabezar la cola de la cena, ¿no?

—Sólo con oírtelo decir, ya me entra hambre —replicó Dorsett con sarcasmo.

Dorsett regresó junto a Betsy, pero nada le dijo sobre la monstruosidad que tramaban los convictos. Sabía que Huggins y sus hombres estaban pendientes de él para cerciorarse de que no alertaba furtivamente a los tripulantes del *Gladiator* ni a los soldados. Su única oportunidad se la darían las sombras, y entonces debía actuar antes de que Huggins hiciera la señal que daría comienzo al horror. Permaneció tumbado tan cerca de Betsy como el centinela le permitía, y pasó el resto de la tarde simulando dormir. En cuanto la oscuridad cubrió el mar y aparecieron las estrellas, Dorsett se apartó de Betsy y, sigilosamente, se aproximó al primer oficial Ramsey.

—Ramsey —susurró—, no se mueva ni deje ver que le estoy hablando.

—¿Qué pasa? —replicó el oficial entre dientes—. ¿Qué quieres?

—Escuche —dijo en voz baja Dorsett—. Antes de una hora, los reclusos, mandados por Jake Huggins, atacarán a los soldados. Si logran matarlos, utilizarán sus armas contra usted y su tripulación.

—¿Por qué voy a creer en la palabra de un delincuente común?

—Porque si no lo hace, todos ustedes morirán.

—Se lo comunicaré al capitán —dijo Ramsey de mala gana.

—No se le olvide decirle que fue Jess Dorsett quien los previno.

Dicho esto, volvió junto a Betsy, se quitó la bota izquierda, hizo girar la suela y sacó un pequeño cuchillo cuya hoja medía diez centímetros. Luego se sentó a esperar.

Un cuarto de luna comenzaba a alzarse sobre el horizonte, confirmando a las desdichadas criaturas de la balsa un aspecto espectral. De pronto, varios hombres se

pusieron en pie y avanzaron hacia la zona prohibida del centro.

—¡Matad a esos cerdos! —gritó Huggins, encabezando una acometida de cuerpos humanos contra los soldados. Enloquecidos por la sed, los prisioneros, dominados por el odio a la autoridad, se lanzaron hacia el centro de la balsa desde todos los costados.

Una andanada de fuego de mosquetes abrió brechas entre sus filas, y la inesperada resistencia los aturdió momentáneamente. Ramsey había pasado a Scaggs y Sheppard la señal de alarma dada por Dorsett. Los soldados, con los mosquetes cargados y las bayonetas caladas, cerraban filas con el capitán y sus hombres, que iban armados con los sables de los soldados, los martillos y las hachas del carpintero y con cualesquiera otros artilugios contundentes.

—¡No les deis tiempo a recargar, muchachos! —rugió Huggins—. ¡Adelante!

El enloquecido mar de amotinados volvió a atacar y fueron frenados por golpes de sable y bayoneta, sin embargo, nada logró disminuir su furia. Se arrojaron contra el frío acero y algunos agarraron las afiladas hojas con las manos desnudas. Bajo la fantasmal luz lunar, hombres desesperados forcejeaban y se acuchillaban entre sí. Los soldados y marineros lucharon con furia, y la balsa se cubrió de hombres que intentaban matarse unos a otros. Los cadáveres se amontonaron bajo los pies de los combatientes y la sangre fluyó sobre las maderas de la cubierta, haciendo difícil mantenerse en pie e imposible levantarse tras una caída. Entre las sombras, haciendo caso omiso del hambre y la sed, los pasajeros de la balsa se batían salvajemente, matando y muriendo. Los únicos sonidos que se escuchaban eran los gritos de los heridos y los gemidos de los agonizantes.

Los tiburones, que intuyeron que se avecinaba un festín, nadaban cada vez más cerca de la balsa. La afilada aleta de *Verdugo*, el nombre que los marineros habían dado al gran tiburón blanco, surcaba las aguas a menos de dos metros de la embarcación. Ninguno de los desdichados que cayó al agua volvió a subir a bordo.

Con cinco heridas de sable en el cuerpo, Huggins avanzó tambaleante hacia Dorsett blandiendo una gran tabla.

—¡Cochino traidor! —le espetó.

Dorsett se echó hacia adelante con el cuchillo empuñado.

—Avanza otro paso y morirás —dijo fríamente.

Furioso, Huggins gritó:

—¡Eres tú quien servirá de cena a los tiburones, salteador! —Luego, bajando la cabeza, embistió, blandiendo la tabla ante sí como si fuera una guadaña.

En el momento en que Huggins cargó contra él, Dorsett se dejó caer de rodillas, frenándose con las manos. Incapaz de controlar su inercia, el furioso galés tropezó con él y se derrumbó pesadamente sobre la cubierta. Antes de que pudiera incorporarse, Dorsett saltó sobre él y lo degolló limpiamente, al tiempo que decía:

—Esta noche no vas a tener como cena a ninguna dama. —El cuerpo de Huggins se crispó unos momentos antes de quedar desmadejado por la muerte.

Dorsett mató a otros tres hombres esa malhadada noche, cuando fue atacado por unos cuantos seguidores de Huggins que pretendían llegar a las mujeres. Los hombres intentaban matarse luchando con uñas y dientes.

Betsy se puso junto a él y luchó a su lado, gritando y arañando a sus enemigos como una tigresa. La única herida que recibió Dorsett se la produjo un hombre que, tras un loco alarido, hundió ferozmente los dientes en su hombro. La encarnizada pelea se prolongó durante dos horas más. Scaggs y sus marinos y Sheppard y sus soldados lucharon desesperadamente, rechazando los ataques y contraatacando luego. Una y otra vez, las locas acometidas fueron frenadas por los defensores, cuyo número no dejaba de menguar. Sheppard cayó, estrangulado por dos convictos, Ramsey sufrió graves contusiones, y a Scaggs le rompieron dos costillas. Lamentablemente, durante la pelea los convictos lograron matar a dos de las mujeres, y sus cuerpos cayeron por la borda. Luego, al fin, cuando vieron sus filas terriblemente diezmadas por las bajas, los amotinados se retiraron al perímetro exterior de la balsa.

La luz del amanecer iluminó los cadáveres grotescamente caídos sobre cubierta, y la escena quedó dispuesta para el siguiente acto del macabro drama. Bajo la incrédula mirada de los marineros y soldados que habían sobrevivido, los convictos devoraron a sus antiguos camaradas. Fue una escena de pesadilla.

Ramsey hizo apresurado recuento de los que seguían con vida y advirtió sobrecogido que sólo setenta y ocho de los doscientos treinta y uno seguían con vida. En la absurda batalla habían perecido ciento nueve convictos y habían desaparecido, presumiblemente arrojados por la borda, cinco de los soldados de Sheppard. Entre desaparecidos y muertos, las bajas sufridas por los tripulantes del *Gladiator* ascendían a doce. Parecía imposible que tan pocos hubieran logrado someter a tantos, pero, a diferencia de los soldados de Sheppard, los convictos no estaban adiestrados para el combate, ni sus cuerpos se habían endurecido por el trabajo en el mar como el de los marineros de Scaggs.

Tras la pérdida de ciento veintiséis de sus pasajeros, la balsa estaba considerablemente menos hundida por el peso. Los restos de los cadáveres que no habían sido devorados por la chusma enloquecida por el hambre, fueron arrojados a los tiburones. Incapaz de contener a los panados, Scaggs ahogó su repulsión y miró hacia otro lado cuando sus tripulantes, enloquecidos también por las demandas de sus encogidos estómagos, comenzaron a cortar pedazos de carne de tres de los cadáveres.

Dorsett, Betsy y la mayoría de las mujeres, aunque debilitados por el constante tormento del hambre, no fueron capaces de rebajarse a comer carne humana. Por la tarde cayó un chaparrón que mitigó su sed, pero las punzadas del hambre eran incesantes.

Ramsey se acercó a Dorsett y le dijo:

—El capitán quiere hablar contigo.

El salteador acompañó al primer oficial hasta el mástil de popa, contra el que estaba recostado Scaggs. El cirujano superintendente Gorman estaba vendando las costillas del capitán con una desgarrada camisa. Antes de lanzar los muertos al agua, el médico del barco les había quitado las ropas para utilizarlas como vendas. Scaggs miró a Dorsett con el rostro crispado por el dolor.

—Quiero darle las gracias por su oportuno aviso, señor Dorsett. No exagero al afirmar que las personas decentes que conservan la vida en esta infernal balsa le deben a usted su supervivencia.

—Aunque no he llevado una vida muy decente, capitán, no me mezclo con la chusma.

—Cuando lleguemos a Nueva Gales del Sur, haré cuanto esté en mi mano por convencer al gobernador de que conmute su sentencia.

—Se lo agradezco, capitán. Estoy a sus órdenes.

Scaggs miró el pequeño cuchillo que llevaba Dorsett en su cinturón.

—¿Es su única arma?

—Sí, señor. Anoche me fue muy útil.

—Dele un sable a este hombre —ordenó Scaggs a Ramsey—. Aún no hemos terminado con esos perros.

—Tiene razón —dijo Dorsett—. Aunque, faltándoles Jake Huggins, no tendrán la misma furia, están enloquecidos por la sed y no cejarán en su empeño. Por la noche, volverán a intentarlo.

Sus palabras fueron proféticas. Los convictos, por razones que sólo resultaban comprensibles para hombres que se debatían en las garras del hambre y la sed, atacaron de nuevo dos horas después de la puesta del sol, sin embargo el ataque no fue tan fiero como el de la noche anterior. Espectrales sombras lucharon entre sí con palos, sables y cuchillos. Sobre cubierta se mezclaron los cadáveres de convictos, marinos y soldados.

La resolución de los amotinados estaba debilitada por otro día en la balsa sin comida ni bebida y, súbitamente, ante el contraataque de los marinos y soldados, su resistencia se mitigó y cejó. Los convictos, ya muy débiles, abandonaron el ataque y se retiraron, Scaggs y sus fieles tripulantes los atacaron por el centro, mientras Dorsett, junto a Sheppard y los pocos soldados que le quedaban lo hacían por un flanco. Al cabo de veinte minutos todo hubo concluido.

Esa noche hubo cincuenta y dos muertos. Al amanecer, de los sesenta y ocho supervivientes de la noche anterior, sólo quedaban veinticinco hombres y tres mujeres: dieciséis convictos, entre ellos Jess Dorsett, Betsy Fletcher y otras dos mujeres; dos soldados y diez tripulantes del *Gladiator*, incluido el capitán Scaggs. El

cirujano superintendente Gorman resultó mortalmente herido y expiró esa misma tarde como un candil que se queda lentamente sin aceite. Dorsett había recibido una grave herida en el muslo derecho, y Scaggs, aparte de las costillas rotas, tenía fracturada la clavícula. Asombrosamente, Betsy sólo había sufrido pequeños cortes y magulladuras.

Los convictos, derrotados, se hallaban gravemente heridos. La loca batalla por la balsa del *Gladiator* había terminado.

Llegado el décimo día de su horrible calvario, otros seis hombres habían muerto. Dos muchachos, un grumete que no contaría más de doce años, y un soldado de dieciséis años optaron por suicidarse arrojándose por la borda. Los otros cuatro eran convictos que perecieron a causa de sus heridas. Era como si el cada vez menor número de supervivientes padeciera una terrible pesadilla compartida. Regresó el abrasador tormento del sol, acompañado por el delirio.

El duodécimo día sólo quedaban dieciocho supervivientes. Los que aún podían moverse iban vestidos con harapos y sufrían múltiples heridas del día de la matanza. Tenían los rostros desfigurados por el ardiente sol y las pieles cubiertas por sarpullidos y ampollas provocados por el constante roce contra las tablas y las inmersiones en agua salada. Estaban más allá del desánimo y sus ojos sin vida les hacían ver visiones. Dos marineros juraron haber visto el *Gladiator*, se lanzaron al agua y nadaron hacia el imaginario barco, pero sólo consiguieron ser devorados por los omnipresentes tiburones, entre los que seguía el inmenso *Verdugo*.

Las alucinaciones eran de todo tipo: desde mesas llenas de exquisitos manjares y bebidas, hasta populosas ciudades u hogares que no habían sido visitados desde la infancia. Scaggs creyó encontrarse sentado junto a su esposa e hijos frente a la chimenea de su casa, desde la que se dominaba la bahía de Aberdeen.

De pronto el capitán miró a Dorsett con extraños ojos y dijo:

—No tenemos nada que temer. He dado aviso al Almirantazgo y nos van a enviar un barco de rescate.

Presa de un estupor similar al de Scaggs, Betsy le preguntó:

—¿Qué paloma utilizó para enviar su mensaje, la negra o la gris?

Los resecos labios de Dorsett se curvaron en una dolorosa sonrisa. Sorprendentemente, el hombre había logrado mantener la cabeza clara, y ayudó a los escasos marineros que aún podían moverse a reparar los daños que había sufrido la balsa. Con unos jirones de lona que encontró, levantó un pequeño toldo sobre Scaggs, mientras Betsy, por su parte, atendía al capitán, cuidando solícitamente de sus heridas; de esta forma, con el paso de las horas, el capitán naval, el salteador de caminos y la ladrona fueron trabando amistad.

Scaggs, que había perdido los instrumentos de navegación durante las refriegas, no tenía idea de cuál era su posición. Ordenó a sus hombres que intentaran pescar

algo utilizando cordel a modo de sedal y clavos como anzuelo, poniendo carne humana de cebo. Los peces menores hicieron caso omiso de la comida que se les ofrecía y, sorprendentemente, los tiburones tampoco se mostraron interesados.

Dorsett ató una cuerda a la empuñadura de un sable y lo clavó en el lomo de un gran tiburón que nadaba cerca de la balsa. Como no le quedaban fuerzas para dominar al monstruo de las profundidades, ató el extremo libre de la cuerda a un mástil y esperó a que el tiburón muriese, para poder subirlo a bordo, pero lo único que consiguió fue doblar el sable en un ángulo de noventa grados. Dos marineros ataron sus bayonetas al extremo de unos palos, para utilizarlos como lanzas, y atacaron a varios tiburones, pero éstos no parecieron nada molestos por las heridas.

Esa misma tarde, cuando ya habían renunciado a intentar conseguir comida, bajo la balsa cruzó un gran banco de mújoles. Los peces, de entre treinta y noventa centímetros, resultaron mucho más fáciles de alancear que los tiburones. Antes de que el banco pasara de largo, siete peces con forma de cigarro y colas bífidas se agitaban agónicamente sobre las tablas de la balsa.

—Dios no se ha olvidado de nosotros —murmuró Scaggs, contemplando los peces plateados—. El mújol es un pez de aguas poco profundas. Nunca lo he encontrado en alta mar.

—Es como si nos los hubiera enviado expresamente a nosotros —dijo Betsy, contemplando con ojos muy abiertos la que iba a ser su primera comida en casi dos semanas.

Tenían tanta hambre, y el número de peces era tan escaso, que además del pescado comieron carne de una mujer muerta hacía sólo una hora. Fue la primera vez que Scaggs, Dorsett y Betsy probaron la carne humana. Sin saber por qué, les pareció menos grave comer la carne de un semejante mezclada con la de un pez. Y, como el sabor quedaba parcialmente disimulado, también era menos repugnante.

No tardaron en recibir un nuevo regalo: un chaparrón que estuvo cayendo sobre ellos y les dejó una provisión de casi diez litros de agua.

Pese a haber repuesto fuerzas momentáneamente, la desolación seguía reflejándose en el rostro de los ocupantes de la balsa. Las heridas y contusiones, irritadas por el agua del mar, eran una constante tortura, y el sol, que continuaba abrasándolos, hacía que el aire fuera sofocante y el calor intolerable, por lo que las noches, con sus temperaturas más frescas, constituían un alivio. Pero varios de los pasajeros no pudieron tolerar un día más de agonía: cuatro convictos y el último soldado decidieron suicidarse tirándose al mar, donde no tardaron en perecer.

Llegado el decimoquinto día sólo quedaban con vida Scaggs, Dorsett, Betsy Fletcher, tres marineros y cuatro convictos, entre estos últimos, una mujer. Ya nada les importaba. La muerte parecía inevitable. Los mújoles habían desaparecido hacía ya tiempo, y aunque los muertos alimentaron a los vivos, la falta de agua y el tórrido



calor hacían que la situación fuese imposible. En cuarenta y ocho horas no quedaría nadie con vida en la balsa.

Entonces ocurrió algo que les hizo olvidar los inenarrables horrores de las dos últimas semanas. De pronto en el cielo apareció un gran pájaro verde parduzco que voló en círculos sobre la balsa y al fin se posó en el peñol de mástil de proa. Las negras pupilas de los amarillentos ojos del ave contemplaron las patéticas figuras humanas vestidas con jirones de ropa y los cuerpos heridos por el combate y abrasados por el sol que descansaban en la débil embarcación. A todos se les ocurrió la misma idea: convertir el ave en comida.

—¿Cómo se llama ese pájaro tan extraño? —preguntó Betsy, cuya lengua hinchada hizo que su voz sonara como un susurro.

—Es un kea —murmuró Scaggs—. Uno de mis antiguos oficiales tenía uno.

—¿Vuelan sobre el océano como las gaviotas? —preguntó Dorsett.

—No, son una clase de papagayos que sólo se da en Nueva Zelanda y en las islas limítrofes. Y que yo sepa, no se adentran en alta mar, a no ser... —Scaggs hizo una pausa—. A no ser que se trate de otro regalo del Todopoderoso. —Se puso en pie trabajosamente y oteó el horizonte con su mirada vacía y, de pronto, exultante, gritó —: ¡Tierra! ¡Tierra hacia el oeste!

Sin que sus apáticos ocupantes se hubieran dado cuenta de ello, la marea había estado empujando la balsa hacia dos verdes promontorios que se alzaban sobre el mar a menos de quince kilómetros. Todos miraron hacia el oeste y distinguieron una gran isla delimitada por dos montañas de escasa altura, entre las que se veía un frondoso bosque. Por un largo momento todos guardaron silencio, temerosos de que las corrientes los desviarán de su salvación. Casi todos los maltrechos ocupantes de la balsa se pusieron de rodillas y pidieron al Altísimo que los hiciera llegar a la orilla sanos y salvos.

Al cabo de una hora, Scaggs dictaminó que, sin lugar a dudas, estaban cada vez más cerca de la isla.

—Las corrientes nos empujan hacia ella —anunció, exultante—. Es un milagro, un verdadero milagro. Ningún mapa de esta zona del mar señala la existencia de una isla.

—Debe de estar deshabitada —aventuró Dorsett.

Contemplando el exuberante verdor del bosque que separaba las dos montañas, Betsy murmuró:

—Es preciosa. Ojalá tenga lagunas de agua dulce.

La inesperada perspectiva de seguir vivos resucitó las pocas fuerzas que les quedaban y los animó a tomar iniciativas. El deseo de atrapar el papagayo y utilizarlo como cena se desvaneció inmediatamente, pues consideraron que el emplumado mensajero era un buen augurio. Scaggs y sus escasos marineros improvisaron una

vela con el raído toldo, mientras Dorsett y los convictos restantes, después de arrancar algunas tablas, las usaron febrilmente como remos. Entonces, como dispuesto a guiarlos, el papagayo alzó el vuelo en dirección a la isla.

La masa de tierra se alzaba sobre el horizonte occidental y los atraía como un imán. Remaron con todas sus fuerzas, decididos a poner fin a sus sufrimientos, al tiempo que se levantó una brisa que los empujó con creciente rapidez hacia la salvación, fomentando de esta forma sus esperanzas de sobrevivir. Se terminó esperar resignadamente la muerte; se hallaban a menos de cinco kilómetros de tierra firme. Reuniendo sus últimas fuerzas, uno de los marineros trepó a lo alto del mástil y, haciendo visera con la mano, oteó el mar.

—¿Qué aspecto tiene la orilla? —preguntó Scaggs.

—Parece que vamos hacia un arrecife de coral que rodea una laguna.

Scaggs se volvió hacia Dorsett y Betsy Fletcher.

—Si no encontramos un canal por el que entrar, las olas nos destrozarán contra el arrecife.

Treinta minutos más tarde, el marinero del mástil gritó:

—A doscientos metros a estribor hay un pasaje que atraviesa el arrecife.

—¡Monten un timón! —ordenó Scaggs a sus marineros—. ¡Deprisa! —Luego, dirigiéndose a los convictos, añadió—: Los que aún se vean con fuerzas, cojan una tabla y remen, les va la vida en ello.

Las olas que rompían fuertemente contra el arrecife, levantando una abundante espuma, suponían un terrible riesgo. El agua se estrellaba contra las rocas con el estruendo de un cañón y en las zonas de menor calado, las olas se alzaban como montañas. Los ocupantes de la balsa pasaron de la desesperación al terror, pues todos se dieron cuenta de que probablemente la embarcación se estrellaría contra el arrecife impulsada por las fortísimas olas.

Scaggs sujetó el improvisado timón con todas sus fuerzas, y mientras sus marineros hacían girar la desgarrada vela, enfiló la balsa hacia el canal. Los convictos, que parecían espantapájaros mojados, remaban con muy escasa eficacia. Sus débiles esfuerzos apenas lograban impulsar la nave. Sólo cuando Scaggs les ordenó que remarán a la vez por el mismo lado, sus esfuerzos fueron útiles para la maniobra.

La balsa se vio de pronto envuelta por una enorme masa de agua que la impulsó hacia adelante con una sobrecogedora rapidez. Por un momento se alzó sobre la cresta de la ola, y un instante después se abalanzó hacia el seno de la montaña marina. Dos de los convictos fueron barridos de cubierta y no se los volvió a ver. La maltrecha balsa estaba haciéndose pedazos; las cuerdas, desgastadas por el mar, se habían deshilachado y estaban rompiéndose; la armazón hecha con restos de mástiles que sustentaba las tablas de cubierta se retorció y empezó a astillarse. La balsa crujió

fuertemente con el embate de la siguiente ola. A Dorsett le pareció que el inamovible arrecife de coral estaba al alcance de la mano.

Y entonces se vieron arrastrados por entre los mellados bordes del arrecife. La balsa giró sin control, y se deshizo en fragmentos que saltaron por los aires como las chispas de una bengala.

Cruzada la barrera del arrecife, el mar estaba tan en calma como un lago, y el azul de sus aguas se convirtió en turquesa. Dorsett salió a la superficie entre toses, con un brazo en torno a la cintura de Betsy.

—¿Sabes nadar? —le preguntó a la mujer.

Ella negó violentamente con la cabeza y, tras escupir parte del agua que había tragado, dijo:

—En absoluto.

Dorsett nadó arrastrándola hacia uno de los mástiles de la balsa que flotaba a menos de cinco metros de distancia. No tardó en llegar a él, e hizo que Betsy rodeara con sus brazos la superficie curva. Él se agarró a la madera junto a Betsy, jadeante, con el corazón acelerado y el debilitado cuerpo exhausto tras los esfuerzos de la última hora. Tras recuperarse mínimamente, miró hacia los restos del naufragio e hizo recuento: Scaggs y dos de sus marinos seguían vivos y se encontraban a poca distancia, tratando de subir a una pequeña sección de la balsa que, milagrosamente, seguía intacta. Dorsett vio cómo arrancaban tablas del resto de la embarcación para utilizarlas como remos. También vio a tres de los convictos, dos hombres y una mujer, flotando en el agua, aferrados a fragmentos de la balsa del *Gladiator*.

Dorsett se volvió hacia la orilla. A menos de cuatrocientos metros los aguardaba una blanca y soleada playa. En ese momento oyó a Scaggs:

—Dorsett, aguanten. Los recogeremos a ustedes y a los demás, y luego iremos hacia la orilla —gritó.

Dorsett hizo un ademán de asentimiento y besó a Betsy en la frente.

—Aguanta un poco más. En media hora estaremos pisando tierra firme... —Se interrumpió, presa del pánico. Su alegría había durado poco.

La enorme aleta dorsal de un gran tiburón blanco nadaba en torno a los restos del naufragio, en busca de una nueva víctima. *Verdugo* los había seguido hasta la laguna.

«¡No es justo!», gritó en silencio Dorsett. Después de todo lo que habían sufrido, era monstruoso que la salvación se les escapase entre los dedos de esa forma. Mayor infortunio era inimaginable. Aterrado, sujetó con fuerza a Betsy cuando vio que la aleta del animal dejaba de describir círculos y enfilaba lentamente hacia ellos, deslizándose bajo la superficie del agua. Con el corazón en la boca, aguardó, indefenso, a que las fauces del tiburón se cerraran en torno a su cuerpo. Entonces, sin previo aviso, se produjo el segundo milagro.

Bruscamente, las mansas aguas de la laguna se convirtieron en un caldero en

ebullición. Un enorme surtidor rompió la tranquila superficie del agua y tras él surgió el tiburón blanco, con una inmensa serpiente de mar enrollada alrededor de su cuerpo. El escualo se debatía y lanzaba feroces mordiscos al aire intentando inútilmente desasirse de su atacante.

Los supervivientes, aferrados a los restos del naufragio, contemplaron atónitos la lucha a muerte entre los dos monstruos de las profundidades marinas. Subido en lo que quedaba de la balsa, Scaggs fue un privilegiado espectador del combate. El cuerpo de la inmensa criatura similar a una anguila medía, desde la roma cabeza hasta la larga cola, unos dieciocho o veinte metros, y tenía el diámetro de un tonel de harina de los grandes. La gran boca se abría y cerraba espasmódicamente, revelando unos dientes cortos, afilados y punzantes. En la parte superior del cuerpo, la piel era lisa y de tono pardo oscuro, casi negro, mientras la panza era blanca como el marfil. Scaggs había escuchado muchas historias de barcos que habían avistado enormes serpientes marinas, pero siempre se había reído de ellas, pues las había considerado producto del ron ingerido por los marineros. Paralizado por el estupor, observó, prácticamente sin respirar, cómo el hasta entonces temido *Verdugo* se agitaba violentamente intentando soltarse de la serpiente.

El cuerpo compacto y cartilaginoso del tiburón impedía al animal revolverse y morder con sus fauces a la serpiente. Pese a su enorme fuerza y a sus frenéticas convulsiones, no logró zafarse de su mortal atacante. Girando a gran velocidad, el tiburón y la serpiente se agitaron bajo la superficie y reaparecieron en una violenta explosión que convirtió las aguas en un remolino de espuma blanca.

Entonces la serpiente mordió al escualo en los orificios branquiales; el tremendo combate se prolongó unos minutos más, pero al fin la resistencia del tiburón cedió hasta cesar por completo, y los dos monstruos se hundieron lentamente, perdiéndose de vista en la parte más profunda de la laguna. El cazador se había convertido en la presa de otro cazador.

Una vez concluida la épica batalla, Scaggs, sin más pérdida de tiempo, rescató a los convictos supervivientes, haciéndolos subir al trozo de balsa donde él estaba con los marinos. Estupefactos por lo que acababan de presenciar, al fin todos lograron desembarcar en la playa de arena blanca. De la pesadilla de su calvario pasaron a un jardín del Edén que aún no había sido hollado por los pies de los marinos europeos.

No tardaron en encontrar un arroyo de aguas puras y cristalinas que descendía de la montaña volcánica situada en el extremo meridional de la isla. En la zona de bosque crecían cinco clases distintas de frutas tropicales y había una laguna repleta de peces. Al final de tan desastrosa aventura, de los doscientos treinta y un pasajeros que ocuparon inicialmente la balsa del *Gladiator*, sólo ocho vivieron para contar los horrores padecidos a lo largo de quince días a la deriva en la agitada soledad del mar.

Al cabo de seis meses de la trágica pérdida del *Gladiator*, su recuerdo resucitó

por breves días cuando un pescador que había sacado a tierra su pequeña embarcación para reparar el casco advirtió que de la arena de la playa salía una mano que empuñaba una espada. El hombre desenterró el objeto y se llevó la sorpresa de encontrar la efigie de un viejo gladiador. Llevó la escultura de madera a Auckland, Nueva Zelanda, donde fue identificada como el mascarón de proa del *Gladiator*.

Con el tiempo, una vez restaurado y pulido, el gladiador fue expuesto en un pequeño museo marítimo, donde los visitantes al contemplarlo se preguntaban cuál había sido la razón de la misteriosa desaparición del barco. El enigma del clíper *Gladiator* fue al fin resuelto en julio de 1858 por un artículo publicado en el *Sydney Morning Herald*.

### *Regreso de la muerte*

*Los mares de Australia han sido testigos de múltiples acontecimientos extraños, pero a todos ha sorprendido la súbita reaparición del capitán Charles Bully Scaggs, dado por desaparecido y presuntamente muerto cuando su clíper, el Gladiator, propiedad de Carlisle & Dunhill, de Inverness, desapareció en el mar de Tasmania durante el terrible tifón de enero de 1856, cuando se encontraba a sólo quinientos kilómetros al sureste de Sidney.*

*El capitán Scaggs asombró a todos cuando apareció en la bahía de Sidney en la pequeña embarcación que él y el marinero que lo acompañaba, el único superviviente de todos sus hombres, habían construido durante su estancia en una inexplorada isla desierta.*

*El mascarón de proa del barco, que se encontró en la costa occidental de Nueva Zelanda hace un año y medio, confirmó la desaparición del Gladiator. Hasta el milagroso retorno del capitán Scaggs, no se sabía cómo había desaparecido el clíper ni qué suerte habían corrido los ciento noventa y dos convictos destinados a la colonia penal, los once soldados y los veintiocho tripulantes.*

*Según el capitán Scaggs, sólo él y otros dos marineros fueron arrojados a una isla desierta, donde soportaron grandes penurias durante dos años, hasta que, con herramientas y materiales procedentes de otro infortunado barco que naufragó hace un año frente a las costas de la isla sin que ninguno de sus tripulantes sobreviviera, lograron construir una embarcación con madera cortada de los árboles que crecían en la isla.*

*El capitán Scaggs y el marino Thomas Cochran, el carpintero del barco, gozaban de un estado de salud sorprendentemente bueno, teniendo en cuenta el calvario que han vivido estos últimos años, y estaban ansiosos de tomar el primer barco con rumbo a Inglaterra. Expresaron su profundo pesar por las trágicas muertes de los pasajeros del Gladiator, así como por la de sus compañeros de tripulación; todos ellos perecieron al hundirse el clíper a causa del tifón. Increíblemente, Scaggs y Cochran*

*permanecieron aferrados durante varios días a los restos del barco, hasta que al fin las corrientes los depositaron, más muertos que vivos, en la playa de la isla desierta. El pequeño espacio de tierra en el que los hombres pasaron más de dos años no puede ser situado con precisión, pues Scaggs perdió todos los instrumentos de navegación durante el naufragio. Lo máximo que puede aventurar es que la desconocida isla se encuentra a unos seiscientos kilómetros al este-sureste de Sidney, una zona en la que, según otros capitanes navales, no existe tierra alguna. Entre los desaparecidos figuran también el teniente Silas Sheppard y su destacamento de diez hombres del regimiento de infantería de Nueva Gales del Sur, que se encargaban de vigilar a los convictos.*

# EL LEGADO

*17 de septiembre de 1876, Aberdeen, Escocia.*

Tras su regreso a Inglaterra y pasar unos breves días con su esposa e hijos, Scaggs recibió una oferta de los armadores Carlisle & Dunhill de capitanear el más nuevo y mejor de sus clípers, el *Culloden*, y lo enviaron a hacer la ruta China del té. Después de realizar seis agotadores viajes, en los que batió dos récords, *Bully Scaggs* se retiró a su casita de Aberdeen a la temprana edad de cuarenta y siete años.

Los capitanes de clíper envejecían prematuramente, pues la tarea de comandar los barcos más veloces del mundo dejaba una profunda huella en el cuerpo y el espíritu. La mayor parte de estos hombres morían jóvenes; muchos habían desaparecido en el mar junto con sus barcos. Eran la élite de los marinos, los afamados hombres de hierro que navegaban con embarcaciones de madera a velocidades inauditas durante la era más romántica de la navegación por mar. Se fueron a la tumba, ya en tierra o bajo las olas, sabedores de que habían comandado los mejores veleros que había construido el hombre.

Duro como el maderamen de sus barcos, Scaggs emprendió su último y definitivo viaje a los cincuenta y nueve años. Había invertido sus ahorros en las últimas cuatro travesías e iba a dejar a sus hijos una herencia considerable.

Después de la muerte de su amada esposa Lucy, y una vez que todos sus hijos se hubieron casado y formado familias propias, Scaggs, que mantuvo vivo su amor por el mar, recorrió el litoral de Escocia con un pequeño quechemarín construido con sus propias manos. Tras un breve viaje para visitar a su hijo y a sus nietos en Peterhead, el capitán cayó enfermo a causa del inclemente frío.

Pocos días antes de morir, Scaggs mandó llamar a su amigo durante muchos años y su antiguo patrón, Abner Carlisle, un respetado magnate naviero que había amasado una considerable fortuna con su socio Alexander Dunhill. Carlisle era uno de los más respetados ciudadanos de Aberdeen, donde, además de su compañía naviera, tenía otra mercantil y un banco, y financiaba desinteresadamente la biblioteca pública y un hospital. Era un hombre flaco y menudo, totalmente calvo, y de mirada amable, que caminaba con una perceptible cojera, consecuencia de una caída de caballo cuando era joven.

Jenny, la hija del capitán, a la que Carlisle conocía desde su nacimiento, recibió al empresario en casa de Scaggs. Tras abrazarlo brevemente, la joven lo tomó de la mano.

—Ha sido usted muy amable viniendo, Abner. Mi padre no deja de preguntar por usted.

—¿Qué tal se encuentra el viejo lobo de mar?

—Me temo que sus días están contados —replicó tristemente Jenny.

Carlisle miró alrededor. La acogedora casa estaba llena de muebles y recuerdos náuticos, y en las paredes se veían los mapas de los viajes en los que Scaggs batió récords de velocidad.

—Echaré de menos esta casa.

—Mis hermanos dicen que lo más conveniente para todos es venderla.

La joven condujo a Carlisle al piso de arriba. Scaggs se encontraba en un dormitorio provisto de una ventana desde la que se divisaba la bahía de Aberdeen.

—Abner Carlisle está aquí, padre.

—Ya era hora —rezongó Scaggs.

Jenny sonrió a Carlisle.

—Voy a prepararle un poco de té.

Sobre la cama yacía inmóvil un viejo agotado por tres décadas de dura vida en el mar. Pese a lo demacrado que estaba, Carlisle se maravilló del fuego que aún ardía en sus ojos verdes.

—Tengo un barco nuevecito para ti, Bully.

—Eso dices siempre —replicó desdeñosamente Scaggs—. ¿Qué velamen tiene?

—Ninguno. Es un buque de vapor.

Scaggs alzó la cabeza y miró enfurecido a su amigo.

—Esas malditas cafeteras... No deberían permitir que ensuciasen los mares.

Carlisle no había esperado otra respuesta. *Bully* Scaggs se hallaba en el umbral de la muerte, pero aun así seguía tan pendenciero como siempre.

—Los tiempos cambian, amigo mío. El *Cutty Sark* y el *Thermopylae* son los únicos clípers que aún siguen surcando los mares.

—No tengo tiempo para charlas. Te pedí que vinieras para que escucharas mi confesión en el lecho de muerte y me hicieras un favor personal.

—¿Acaso apaleaste a un borracho o te acostaste con una chica en un burdel de Shanghai y nunca me lo dijiste? —dijo Carlisle irónicamente, mirando a su amigo.

—Quiero hablarte sobre el *Gladiator* —murmuró Scaggs—. Mentí respecto a ese barco.

—Se hundió en un tifón. ¿Qué hay de mentira en ello?

—Se hundió en un tifón, es cierto, pero los pasajeros y la tripulación no se fueron al fondo con él.

Carlisle guardó un breve silencio y al fin, con sumo cuidado, dijo:

—Charles *Bully* Scaggs, eres el hombre más honrado que he visto en mi vida. En los cincuenta años que hace que nos conocemos, nunca has defraudado la confianza de nadie. ¿Estás seguro de que no es la enfermedad lo que te hace decir cosas tan absurdas?

—Créeme si te digo que, por pagar una deuda, he vivido en la mentira durante



veinte años.

Carlisle lo miró con curiosidad.

—¿Qué quieres decirme?

—Algo que nunca he contado a nadie. —Scaggs se recostó en la almohada y miró más allá de Carlisle, hacia un lejano punto que sólo él veía—. La historia de la balsa del *Gladiator*.

Jenny regresó media hora más tarde con el té. Había anochecido, y la joven encendió las lámparas de petróleo del dormitorio.

—Intente comer algo, padre. Le he preparado su sopa de pescado favorita.

—No tengo apetito, hija.

—Abner debe de estar desfallecido, después de estar oyéndolo a usted toda la tarde. Seguro que él sí comerá algo.

—Déjanos una hora más —ordenó Scaggs—. Luego danos de comer lo que quieras.

En cuanto Jenny se hubo retirado, Scaggs continuó con la odisea de la balsa.

—Cuando al fin llegamos a tierra firme, aún éramos ocho. De la tripulación del *Gladiator*, sólo sobrevivimos Thomas Cochran, el carpintero del barco, Alfred Reed, un marinero de primera, y yo. Entre los convictos estaba Jess Dorsett, Betsy Fletcher, Marión Adams, George Pryor y John Winkleman. Sólo ocho de las doscientas treinta y una personas que zarparon de Inglaterra.

—Tendrás que perdonar mi escepticismo, querido y viejo amigo —dijo Carlisle—, pero debes admitir que es una historia difícil de creer: docenas de hombres asesinándose unos a otros sobre una balsa en pleno océano; los supervivientes comiendo carne humana para subsistir y siendo después salvados de un terrible tiburón gracias a la intervención divina de una serpiente de mar que mató al tiburón.

—No son los desvaríos de un agonizante —aseguró Scaggs débilmente—. Todo lo que te he contado es cierto, hasta la última palabra.

Carlisle no quería que Scaggs se alterase. El viejo potentado palmeó el brazo del capitán que había contribuido grandemente a forjar el imperio naviero de Carlisle & Dunhill y lo tranquilizó.

—Continúa. Estoy ansioso por escuchar el final. ¿Qué ocurrió después de que los ocho llegarais a la isla?

Durante la siguiente media hora, Scaggs le contó cómo saciaron su sed con el agua fresca del arroyo que descendía de una de las pequeñas montañas volcánicas, y su hambre, con las grandes tortugas que atraparon en la laguna y luego destriparon con el cuchillo de Dorsett, que era la única herramienta que poseían. Después, continuó, con un trozo de pedernal que encontraron junto al agua, y usando el cuchillo como eslabón, hicieron una hoguera y cocinaron la carne de tortuga. En los árboles del bosque encontraron cinco clases de fruta que Scaggs jamás había probado.

La flora parecía extrañamente distinta a la vegetación que el capitán había visto en Australia. Explicó que los náufragos pasaron los siguientes días atiborrándose, hasta que se recuperaron por completo.

—Una vez estuvimos repuestos, nos dedicamos a explorar la isla —dijo Scaggs, continuando con su relato—. Tenía forma de anzuelo, con unos ocho kilómetros de longitud y aproximadamente un kilómetro y medio de ancho, y a sus extremos se alzaban sendas moles volcánicas, de unos trescientos cincuenta o cuatrocientos metros de altura. La laguna, de un kilómetro de largo, quedaba delimitada por una gran barrera de arrecifes. El resto del perímetro de la isla estaba formado por altos acantilados.

—¿Estaba habitada? —preguntó Carlisle.

—No había un alma, y los únicos animales que encontramos eran pájaros. Sin embargo, por ciertos indicios, dedujimos que debió haber estado habitada, aunque los aborígenes parecían haber desaparecido hacía tiempo.

—¿Encontrasteis restos de naufragios?

—En aquellos momentos, no.

—Después de todas las calamidades que habíais pasado en la balsa, la isla debió de pareceros un paraíso —dijo Carlisle.

—Nunca había visto una isla tan maravillosa como aquélla, a pesar de mis muchos años en el mar. Era una esmeralda magnífica en un mar de zafiros. —Hizo una pausa como si estuviese viendo de nuevo aquella joya en medio del Pacífico—. Al principio llevamos una vida idílica. Yo me ocupé de asignar las distintas tareas: pesca, construcción y reparación de la vivienda, recolección de frutas y otros comestibles y el mantenimiento de una hoguera permanente para cocinar y hacer señales en caso de avistar algún barco. De este modo vivimos varios meses en paz.

—Sospecho que los primeros problemas surgieron entre las mujeres —dijo Carlisle.

Scaggs negó débilmente con la cabeza.

—Surgieron entre los hombres, pero a causa de las mujeres.

—Así que os pasó lo mismo que a los amotinados del *Bounty* en la isla Pitcairn.

—Exacto. Preví las dificultades, y ordené que se establecieran turnos para que las mujeres se dividieran equitativamente entre los hombres. No a todos les gustó el arreglo, naturalmente, y menos que a nadie, a las mujeres, pero no se me ocurrió otro modo de evitar el derramamiento de sangre.

—Dadas las circunstancias, yo habría hecho lo mismo.

—Lo único que conseguí fue precipitar lo que era inevitable. El convicto John Winkleman asesinó al marinero Reed a causa de Marión Adams, y Jess Dorsett se negó a compartir con nadie a Betsy Fletcher. Cuando George Pryor intentó violar a Betsy, Dorsett le machacó el cráneo con una piedra.

—Y sólo quedasteis seis.

Scaggs asintió con la cabeza.

—John Winkleman contrajo matrimonio con Marión Adams y Jess con Betsy, de forma que la tranquilidad reinó al fin en la isla.

Carlisle quedó estupefacto.

—¿Contrajeron matrimonio? ¿Cómo fue eso posible?

Scaggs replicó con una sonrisa en sus finos labios:

—¿Olvidas que, en calidad de capitán de barco, yo estaba autorizado a efectuar la ceremonia?

—Si lo hiciste no estando al mando de una nave, creo que te excediste un poco en tus atribuciones.

—No me arrepiento. Todos vivimos en paz y armonía hasta que Thomas Cochran, el carpintero del barco, y yo zarpamos de la isla.

—¿Es que Cochran y tú no deseabais a las mujeres?

La risa de Scaggs no tardó en convertirse en un acceso de tos. Carlisle le dio un vaso de agua, y cuando Scaggs se recuperó, dijo:

—Cuando los pensamientos lujuriosos me atormentaban, pensaba en Lucy, mi querida esposa, a la que siempre había jurado regresar de cada viaje tan casto como al zarpar.

—¿Y el carpintero?

—Quiso el destino que Cochran fuese de los que prefieren la compañía de los hombres.

Ahora le tocó reír a Carlisle.

—Escogiste a unos extraños compañeros de aventuras.

—Construimos viviendas confortables y combatimos el tedio inventando ingeniosos artilugios para hacer nuestra existencia más placentera. Los conocimientos de carpintería de Cochran fueron particularmente útiles cuando encontramos las herramientas adecuadas.

—¿Cómo las encontrasteis?

—A los catorce meses de nuestra llegada, una galera empujó a un balandro francés contra las rocas del extremo sur de la isla. Hicimos cuanto pudimos para salvar a los tripulantes, pero murieron todos cuando el casco de su barco fue destrozado por las olas. Dos días más tarde, cuando el mar se calmó, recuperamos catorce cadáveres y los enterramos junto a George Pryor y Alfred Reed. Luego Dorsett y yo, que éramos los mejores nadadores, buceamos para recuperar cualquier objeto que pudiera sernos útil del barco hundido. En tres semanas reunimos bastante material y herramientas de utilidad. Así pues, una vez que tuvimos lo necesario, Cochran y yo decidimos construir un barco lo bastante fuerte para llegar con él hasta Australia.

—¿Y las mujeres? —preguntó Carlisle—. ¿Qué fue de Betsy y Marión?

Los ojos de Scaggs se entristecieron.

—La pobre Marión era una bendita, una humilde criada a la que habían condenado por robar comida de la despensa de su ama. Murió alumbrando a una hija. John Winkleman enloqueció a causa del dolor y quiso matar a la niña. Lo atamos a un árbol y tardó cuatro días en recuperar la cordura, pero no volvió a ser el mismo. Desde aquel momento hasta que me fui de la isla, apenas le oí pronunciar palabra.

—¿Y Betsy?

—Ella era muy diferente. Fuerte como un minero, arrimó el hombro como cualquiera de los hombres y, en dos años, parió a dos niños y dio de amamantar a la hija de Marión. Dorsett y Betsy estaban muy unidos.

—¿Por qué no abandonaron la isla contigo?

—Fue mejor que se quedaran allí. Me ofrecí a abogar por su indulto ante el gobernador, pero prefirieron no correr el riesgo, e hicieron bien. En cuanto hubiesen desembarcado en Australia, las autoridades penales les hubieran quitado a los niños para meterlos en orfanatos. Probablemente, Betsy habría terminado como hilandera en la factoría femenina de Parramatta, y sin duda Jess habría dado con sus huesos en la cárcel de Sidney. Lo más probable es que nunca hubieran vuelto a verse y que hubieran perdido a sus hijos. Les prometí que, mientras yo viviera, permanecerían olvidados, junto con el resto de los que navegaban en el *Gladiator*.

—¿Y Winkleman?

—Se fue a una cueva de la montaña del extremo norte de la isla, para vivir solo.

Carlisle quedó unos momentos en silencio, reflexionando sobre la sorprendente historia que Scaggs acababa de relatarle.

—Y te has pasado todos estos años sin decir una palabra sobre la existencia de esas personas.

—Más tarde averigüé que, si hubiera incumplido mi promesa de silencio, el malnacido gobernador de Nueva Gales del Sur hubiera enviado un barco para apresarlos. Se jactaba de ser capaz de remover cielo y tierra con tal de recuperar a un convicto fugado. —Movié levemente la cabeza y miró por la ventana hacia los barcos de la bahía—. Ahora que estoy en casa, ya no hay motivos para seguir manteniendo en secreto la historia de la balsa del *Gladiator*.

—Después de zarpar hacia Sidney con Cochran, ¿no volviste a verlos?

Scaggs movió negativamente la cabeza.

—Y fue una despedida bien penosa. Betsy y Jess se quedaron en la playa, con sus dos niños y la hija de Marión. Sin duda eran un matrimonio feliz. Habían encontrado la dicha que no les era posible hallar en el mundo civilizado. —Al decir «civilizado», hizo un gesto de repugnancia.

—¿Y Cochran? ¿Qué le impidió hablar?

En los ojos de Scaggs brilló la ironía.

—Ya te he dicho que él también tenía un secreto que no le convenía que se divulgase si deseaba volver a embarcarse. Se hundió con el *Zanzíbar* en el mar de la China, allá por el sesenta y siete.

—¿No te has preguntado alguna vez cómo les debe ir?

—No he tenido necesidad de hacerlo —dijo Scaggs—. Lo sé.

Carlisle enarcó las cejas.

—Te agradecería una explicación.

—A los cuatro años de mi marcha, un buque ballenero norteamericano avistó la isla y sus tripulantes bajaron a aprovisionarse de agua. Jess y Betsy se dejaron ver, y trocaron con los marineros fruta y pescados frescos a cambio de ropas y útiles de cocina. Le contaron al capitán que eran misioneros que habían llegado a la isla tras el naufragio del barco en que viajaban. Con el tiempo, otros balleneros llegaron allí para aprovisionarse de agua y comida. Los tripulantes de uno de los barcos dieron a Betsy semillas a cambio de los sombreros de hojas de palma que ella hacía, y la pareja comenzó a cultivar unas hectáreas de tierra.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Betsy y Jess comenzaron a mandarme cartas a través de los tripulantes de los balleneros.

—¿Siguen con vida? —preguntó Carlisle, con renovado interés.

Los ojos de Scaggs se entristecieron.

—Jess murió hace seis años, mientras pescaba. Una ola volteó su barca. Según Betsy, se dio un golpe en la cabeza y se ahogó. Recibí su última carta con un paquete hace sólo un par de días. La encontrarás en el cajón central de mi mesa.

Carlisle se puso en pie, cruzó la habitación y fue hasta un viejo escritorio de capitán que Scaggs había usado en todos los viajes que hizo después del naufragio del *Gladiator*. Sacó del cajón un pequeño paquete envuelto en hule y lo abrió. En el interior encontró una bolsita de cuero y una carta doblada. Volvió junto a la cama, se puso las gafas y echó un vistazo al papel.

—Para tratarse de una ladrona, escribe muy bien —dijo.

—Sus primeras cartas estaban llenas de faltas, pero Jess era un hombre educado y, bajo su tutela, la gramática de Betsy mejoró mucho. Carlisle comenzó a leer en voz alta:

*Querido capitán Scaggs:*

*Espero que al recibir mi carta goce usted de buena salud. Ésta es la última vez que le escribo, pues tengo una grave dolencia de estómago, o eso afirma el médico del ballenero Amie & Jason... No tardaré en reunirme con mi Jess.*

*Tengo que pedirle un último favor que espero me haga. En la primera semana de*

*abril de este año, mis dos hijos y la hija de Marión, Mary, zarparon de la isla a bordo de un ballenero que se dirigía a Auckland para reparar el casco de la nave, que había sufrido daños al rozar con unos arrecifes. Una vez en Auckland, los muchachos embarcarán hacia Inglaterra, y cuando lleguen, irán a verlo a Aberdeen.*

*Esta carta es para rogarle, queridísimo amigo, que los acoja bajo su techo y se ocupe de que sean educados en las mejores escuelas inglesas. Si me hace ese favor, le quedaré eternamente agradecida, y sé que Jess hubiese compartido tales sentimientos.*

*Le mando mi legado para pagar sus servicios y cubrir los costes de la educación de los muchachos. Los tres son muy brillantes, y estudiarán con diligencia.*

*Con el mayor respeto y cariño, se despide de usted,*

*Betsy Dorsett.*

*P.S.: Recuerdos de parte de la serpiente.*

Carlisle miró por encima de sus gafas.

—¿Recuerdos de parte de la serpiente? ¿Qué clase de tontería es ésta?

—Se refiere a la serpiente marina que nos salvó del gran tiburón blanco —replicó Scaggs—. Vivía en la laguna, y durante el tiempo que pasé en la isla, la volví a ver en otras cuatro ocasiones.

Carlisle miró a su viejo amigo como si estuviera borracho, pero prefirió no insistir en el tema.

—¿Envió a tres niños solos a hacer el largo viaje desde Nueva Zelanda a Inglaterra?

—No son niños —dijo Scaggs—. El mayor debe de tener casi diecinueve años.

—Si partieron de la isla a comienzos de abril, pueden llamar a tu puerta en cualquier momento.

—Siempre y cuando no hayan tenido que pasar mucho tiempo en Auckland, aguardando a que zarpase un buen barco.

—Dios bendito, amigo mío, tu situación es tremenda.

—Supongo que te refieres a que un moribundo como yo difícilmente puede cumplir el último deseo de una vieja amiga.

—No eres un moribundo —dijo Carlisle, mirando a los ojos de su amigo.

—Claro que lo soy —replicó firmemente Scaggs—. Y tú eres un hombre de negocios con gran sentido de la responsabilidad, Abner; nadie mejor que yo lo sabe. Por eso he querido verte antes de emprender mi último viaje.

—¿Quieres que haga de nodriza de los hijos de Betsy?

—Pueden vivir en mi casa hasta que los inscribas en las mejores instituciones educativas que existan.

—La insignificante suma que Betsy haya podido reunir vendiendo sombreros y comida a los balleneros que recalaban en la isla no podrá, ni de lejos, cubrir los gastos de varios años de pensionado en costosos colegios y universidades. Necesitarán ropa adecuada y tutores privados que les den la educación previa necesaria. No creo que esperes de mí que subvencione la educación de unos perfectos desconocidos.

Scaggs señaló la bolsa de cuero y Carlisle la cogió al tiempo que preguntaba:

—¿Es esto lo que Betsy te envía para pagar la educación de sus hijos?

Scaggs asintió casi imperceptiblemente.

—Ábrela.

Carlisle soltó los cordones, vació en su mano el contenido de la bolsa y luego miró desconcertado a Scaggs.

—¿Qué broma es ésta? No son más que piedras vulgares y corrientes.

—No tienen nada de vulgares ni de corrientes, Abner, puedes creerlo.

Carlisle colocó ante sus gafas una piedra del tamaño de una ciruela y la estudió atentamente. La superficie de la piedra era lisa y tenía forma octaédrica.

—Son piedras cristalinas sin valor alguno.

—Llévaselas a Levi Strouser.

—¿El tratante en gemas judío?

—Enséñale las piedras.

—No son piedras preciosas —afirmó categóricamente Carlisle.

—Por favor... —Scaggs pronunció a duras penas estas dos palabras. La larga conversación lo había fatigado.

—Como digas, viejo amigo. —Sacó su reloj de bolsillo y miró la hora—. Visitaré a Strouser a primera hora de la mañana y volveré para decirte cuál ha sido su evaluación.

—Gracias —murmuró Scaggs—. Después de eso, todo lo demás se resolverá solo.

A primera hora de la mañana, bajo una tenue llovizna, Carlisle se encaminó al viejo distrito comercial próximo a Castlegate. Encontró la casa que buscaba entre las viviendas anodinas y grises de granito que daban a la ciudad de Aberdeen un aspecto sólido aunque austero. En la puerta, escrito con letras sencillas de bronce, se leía: «Strouser e Hijos». Tiró de la campanilla y el empleado que le abrió lo condujo a una oficina espartanamente amueblada y le ofreció asiento y una taza de té.

Al cabo de un minuto apareció por una puerta lateral un hombre bajo, vestido con una levita larga, que lucía una barba que le llegaba hasta el pecho. Sonrió cortésmente y tendió la mano a su visitante.

—Soy Levi Strouser, ¿en qué puedo servirle?

—Me llamo Abner Carlisle. Me envía mi amigo, el capitán Charles Scaggs.

—El capitán Scaggs me avisó que vendría. Es un honor para mí tener en mi humilde oficina al hombre de negocios más importante de Aberdeen.

—No nos habían presentado antes, ¿verdad?

—No nos movemos exactamente en los mismos círculos sociales, y usted no es de la clase de hombres que compra joyas.

—Mi esposa murió joven y no volví a casarme, así que nunca me ha interesado comprar alhajas costosas.

—Yo también perdí a mi esposa cuando era muy joven, pero tuve la suerte de encontrar a una encantadora mujer que me dio cuatro hijos y dos hijas.

A lo largo de los años, Carlisle había hecho frecuentes negocios con comerciantes judíos, pero nunca con tratantes en gemas. Pisaba terreno desconocido y se sentía incómodo con Strouser. Sacó la bolsa de cuero y la dejó sobre el escritorio.

—El capitán Scaggs le ruega evalúe estas piedras.

Strouser colocó sobre el escritorio una hoja de papel blanco y vació en el centro el contenido de la bolsa. Contó las piedras. Eran dieciocho. Reposada y meticulosamente, las examinó con la lupa de joyero. Al fin tomó en una mano la de mayor tamaño y en la otra la más pequeña.

—Si no es abusar de su paciencia, señor Carlisle, quisiera hacer algunas pruebas a estas piedras. Haré que uno de mis hijos le sirva otra taza de té.

—Sí, muchas gracias. No me importa esperar.

Pasó casi una hora antes de que Strouser regresara a la estancia con las dos piedras. Carlisle era un fino observador de las personas, ello le había ayudado a realizar con éxito los múltiples negocios que había hecho desde que había comprado su primer barco cuando sólo tenía veintidós años. Advirtió que Strouser estaba nervioso, aunque no tuvo señales evidentes de ello —no le temblaban las manos, ni tenía un tic en las comisuras de los labios, ni el sudor perlaba su rostro—. Sin embargo, los nervios se reflejaban en sus ojos. El tratante en gemas parecía que acababa de estar en presencia de Dios.

—¿Puedo preguntarle de dónde proceden estas piedras? —preguntó Strouser.

—Ignoro cuál es el lugar exacto —replicó Carlisle, sin mentir.

—Las minas de la India están agotadas, y de Brasil jamás ha salido nada como esto. ¿Se tratará quizá de alguna de las nuevas excavaciones en África del Sur?

—No sé decírselo. ¿Por qué? ¿Acaso tienen algún valor?

—¿No sabe lo que son? —preguntó incrédulamente Strouser.

—No soy un experto en minerales. Lo mío son los barcos.

Strouser pasó las manos sobre las piedras como un viejo hechicero.

—¡Son diamantes, señor Carlisle! Los mejores diamantes en bruto que he visto en mi vida.

Carlisle ocultó lo mejor que pudo su sorpresa.



—No dudo de su integridad, señor Strouser, pero me cuesta creer que hable en serio.

—Mi familia lleva cinco generaciones dedicada al comercio de piedras preciosas, señor Carlisle. Créame cuando le digo que lo que tiene sobre este escritorio vale una fortuna. No sólo parecen poseer una transparencia y claridad perfectas, sino que también tienen un extraordinario color violeta rosado. Debido a su belleza y escasez, esta clase de piedras alcanzan precios mucho más altos que las que son totalmente incoloras.

Carlisle decidió ir al grano.

—¿Cuánto valen?

—Las piedras en bruto son casi imposibles de valorar, ya que sus auténticas cualidades no salen a relucir hasta que son cortadas y talladas a fin de obtener los máximos efectos ópticos. La más pequeña de las que hay en la bolsa pesa sesenta quilates en bruto. —Hizo una pausa y señaló la mayor de las piedras—. Ésta supera los novecientos ochenta quilates, lo que la convierte en el diamante en bruto más grande del mundo.

—Supongo que sería una buena inversión hacerlas tallar antes de venderlas.

—Si lo prefiere, puedo hacerle una oferta por los diamantes en bruto.

Carlisle guardó de nuevo las gemas en la bolsa de cuero.

—No, muchas gracias. Actúo en representación de un amigo que se encuentra al borde de la muerte. Me considero obligado a conseguir el mejor precio de estas piedras.

Strouser entendió que sería imposible convencer al astuto escocés de que se desprendiese de los diamantes en bruto. Así pues, quedaba descartada la oportunidad de comprarlos, hacerlos tallar y venderlos, finalmente, en el mercado de Londres, donde obtendría con la operación una inmensa fortuna. Atinadamente, decidió que era preferible conseguir unos beneficios razonables a no obtener ninguno en absoluto.

—No necesita usted salir de esta oficina, señor Carlisle. Dos de mis hijos han trabajado como aprendices para el mejor tallador de diamantes de Amberes. Son tan buenos como los talladores londinenses, si no mejores. Una vez las piedras hayan sido trabajadas, yo podría actuar como su agente de ventas, si usted así lo desea.

—¿Por qué no puedo hacerme cargo de la venta yo mismo?

—Por la misma razón que yo recurriría a usted si necesitase enviar algo a Australia y no comprara un barco para llevarlo yo en persona. Soy miembro de la bolsa de diamantes de Londres, y usted no. Puedo pedir y obtener un precio doble al que usted conseguiría.

Carlisle era lo bastante astuto como para apreciar una buena oferta cuando la oía. Se puso en pie y tendió la mano a Strouser.

—Dejo las piedras en sus autorizadas manos, señor Strouser. Confío en que mi

decisión lo beneficie a usted y a las personas cuyos intereses represento.

—Cuenta con ello, señor Carlisle.

Cuando el naviero escocés estaba a punto de abandonar la oficina, se volvió hacia el joyero judío.

—¿Cuál cree que será el precio de los diamantes cuando sus hijos los hayan tallado?

Strouser contempló las piedras de aspecto vulgar y las imaginó convertidas en refulgentes cristales.

—Si estas gemas proceden de una mina que puede ser explotada con facilidad, los propietarios están a punto de hacerse con un imperio de valor incalculable.

—Discúlpeme si le digo que su evaluación me parece un tanto... caprichosa.

Strouser miró irónicamente a Carlisle desde el otro lado del escritorio.

—Fíese de mí. Le aseguro que estas piedras, una vez cortadas y talladas, podrán venderse por aproximadamente un millón de libras.<sup>[2]</sup>

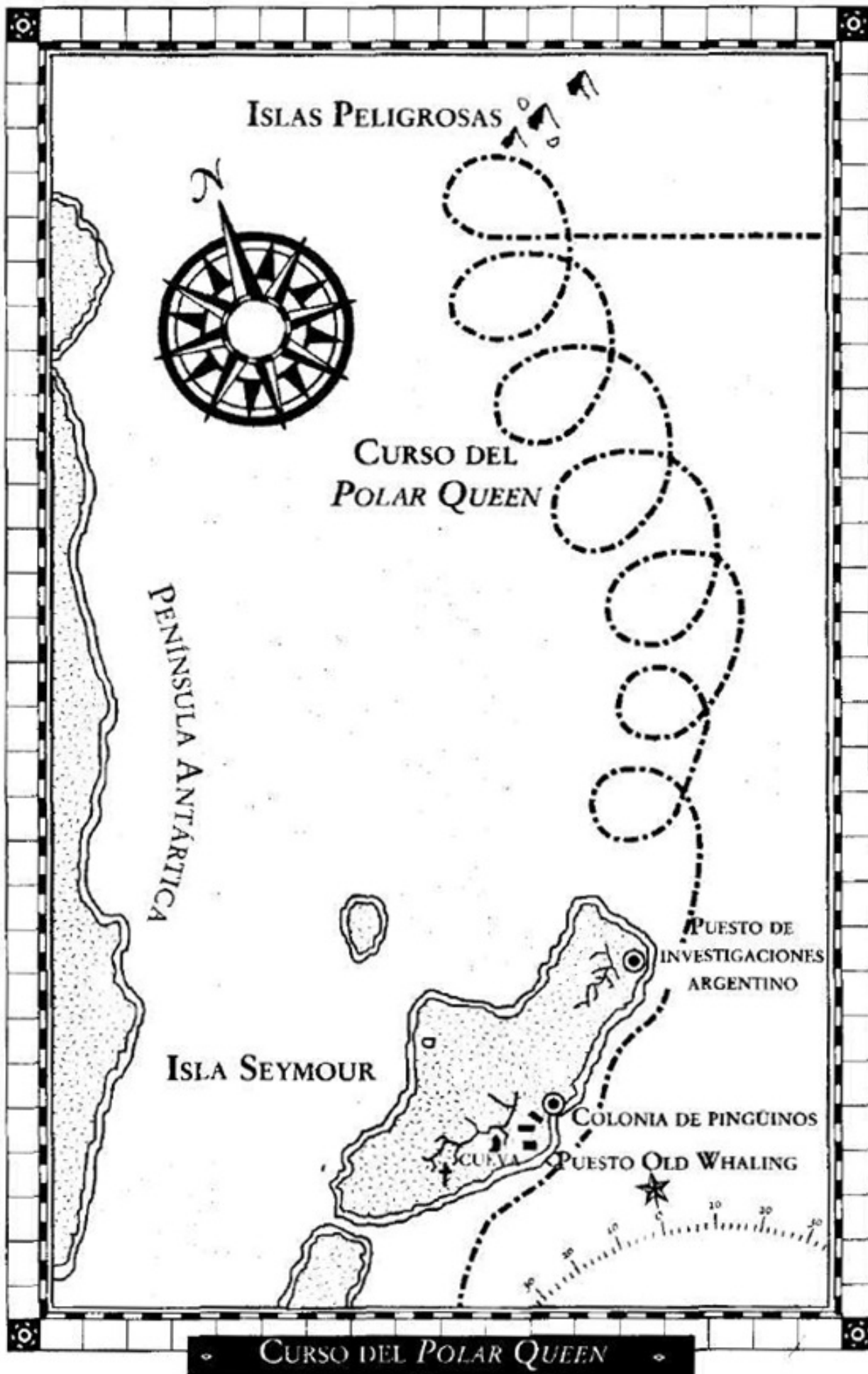
—¡Dios bendito! —exclamó Carlisle—. ¿Tanto?

Strouser alzó a la luz la inmensa piedra de novecientos ochenta quilates, sosteniéndola entre sus dedos como si se tratase del Santo Grial, después, cuando habló, su voz adquirió un tono de absoluta reverencia.

—O quizá más. Mucho más.

**I.**

**Y DE LA NADA SURGIÓ LA MUERTE**



# 1

*14 de enero del 2000, isla Seymour, península Antártica.*

Una maldición mortal se cernía sobre la isla. Una maldición que se ponía de manifiesto en las tumbas de los hombres que habían pisado la orilla prohibida y no vivieron para contarlo. No había nada bello en ella, ni majestuosos picachos cubiertos de hielo, ni inmensos glaciares parecidos a las Rocas Blancas de Dover, ni icebergs flotando serenamente como castillos de cristal. En definitiva, no había nada de lo que el visitante espera ver en el continente Antártico y en sus islas adyacentes.

En isla Seymour se encontraba el mayor contingente de tierra libre de hielo del continente y sus proximidades. El polvo volcánico caído durante milenios había acelerado el proceso de deshielo, dejando tras de sí valles áridos y montañas carentes casi por completo de nieve y desprovistas de cualquier vestigio de color. Se trataba de un lugar singularmente feo, poblado sólo por algunas variedades de líquenes y una colonia de pingüinos de Adelia que encontraban en la isla Seymour abundancia de las pequeñas piedras que usaban para construir sus nidos.

La mayor parte de los muertos, enterrados en estrechos nichos socavados entre las rocas, eran miembros de una expedición antártica noruega cuyo barco había sido aplastado por el hielo en 1859. Los naufragos sobrevivieron dos inviernos, pero cuando se les acabaron las provisiones, acabaron muriendo de hambre. Durante más de una década se les dio por perdidos, hasta que, en 1870, los miembros de una entidad inglesa que se disponía a establecer una estación ballenera en el lugar, encontraron los cadáveres sorprendentemente bien conservados.

Hubo otros que murieron en la isla Seymour y fueron sepultados bajo sus rocas. Algunos fueron víctimas de las enfermedades, otros de accidentes producidos durante las épocas de caza de ballenas. Otros perecieron al alejarse de la estación y ser sorprendidos por una tormenta inesperada, encontrando la muerte por congelación. Sorprendentemente, todas las tumbas estaban bien señalizadas. Los cazadores de ballenas que quedaban atrapados por el hielo y se veían obligados a esperar en la isla hasta la primavera pasaban el invierno tallando las inscripciones en grandes piedras que luego colocaban sobre las tumbas. En 1933, año en que los ingleses cerraron la estación ballenera, sesenta cuerpos yacían enterrados en aquel inhóspito y horrible lugar.

Los exploradores y marineros, cuyos fantasmas vagaban por esas olvidadas tierras, nunca habrían imaginado que llegaría un día en que su lugar de eterno reposo se vería invadido por contables, abogados, fontaneros, amas de casa y prósperos jubilados que aparecían en lujosos barcos de turismo para contemplar las losas sepulcrales y reírse de los cómicos pingüinos asentados en una parte del litoral.

Quizá, sólo quizá, la maldición de la isla caería también sobre aquellos intrusos.

Los impacientes pasajeros del barco no detectaron peligro alguno en la isla Seymour. En la segura comodidad de su palacio flotante, cuanto vieron fue una tierra remota y virgen que se alzaba en medio de un océano tan azul como el iridiscente plumaje de un pavo real. Se sintieron, eso sí, embargados por la excitación, ya que, además de estar viviendo una nueva experiencia, formaban parte de la primera ola de turistas que desembarcaba en las costas de la isla Seymour. Ésa era la tercera de las cinco paradas programadas en el curso del crucero entre las islas próximas a la península. Ciertamente, no era el lugar más atractivo, pero sí uno de los más interesantes, o así lo aseguraban los folletos turísticos del barco.

Muchos de los viajeros habían recorrido Europa y el Pacífico, por lo que ya habían estado en los centros turísticos que atraían a gente de todo el mundo. Ahora deseaban algo más, algo distinto; una visita a un destino que pocos conocían de antemano. Así, al regreso, podrían jactarse ante sus amigos y vecinos de haber estado en un lugar insólito y remoto.

Mientras los turistas se apiñaban en cubierta, cerca de la escalera de embarque, en feliz anticipación de la visita a tierra, apuntando los teleobjetivos de sus cámaras hacia los pingüinos de la orilla, Maeve Fletcher se abrió paso entre ellos, inspeccionando los chalecos térmicos de color naranja facilitados por la tripulación del crucero, así como los chalecos salvavidas para el breve trayecto entre el barco y el litoral.

Se movía con rapidez y viveza, y con una energía que evidenciaba que su cuerpo estaba habituado a los ejercicios vigorosos. Les sacaba la cabeza a todas las mujeres y era más alta que la mayor parte de los hombres. Su cabello, recogido en dos coletas, era rubio como el trigo en verano, y sus ojos, azules como el mar profundo, contrastaban con la expresión dura de su rostro, acentuada por unos pómulos prominentes. En sus labios había siempre una cálida sonrisa que mostraba la pequeña separación que tenía entre los dos dientes superiores.

A Maeve, cuya piel bronceada le daba un aspecto sano y robusto, le faltaban tres años para cumplir los treinta, y ya había terminado un curso de postgrado de zoología. Tras graduarse, se tomó tres años sabáticos para estudiar sobre el terreno la fauna de las regiones polares. Cuando regresó a su casa en Australia —aún no había finalizado su tesis doctoral para la Universidad de Melbourne—, le ofrecieron un trabajo temporal como naturalista y jefe de expedición para los pasajeros de Ruppert y Saunders, una empresa naviera con base en Adelaida que se especializaba en viajes de aventuras. Era una gran oportunidad de ganar el dinero suficiente para completar su tesis, así que lo dejó todo y zarpó hacia el gran continente blanco a bordo de uno de los barcos de la compañía, el *Polar Queen*.

En ese viaje había noventa pasajeros a bordo, y Maeve era una de los cuatro

naturalistas encargados de supervisar las excursiones que se realizaran en tierra. La colonia de pingüinos, los históricos edificios de la estación ballenera, el cementerio y los restos del campamento de los fallecidos exploradores noruegos hacían de la isla Seymour un lugar de interés histórico, pero con el inconveniente de que su equilibrio ecológico era frágil. Para reducir los posibles daños medioambientales que pudieran producir las visitas turísticas, los pasajeros, divididos en grupos, hacían recorridos vigilados y guiados, cuya duración máxima era de dos horas, después de recibir una serie de normas: no debían pisar los líquenes ni el musgo, y estaban obligados a guardar una distancia de cinco metros como mínimo de cualquier espécimen de la fauna local. Además, tampoco podían llevarse recuerdos, ni siquiera piedrecitas. La mayoría de los viajeros eran australianos, aunque también había bastantes neozelandeses.

Maeve debía acompañar al primer grupo de veintidós visitantes a la isla. La joven verificó la lista de nombres mientras los turistas, excitados, descendían por la escalera de embarque para montar en la Zodiac —la versátil embarcación de goma diseñada por Jacques Cousteau— que los aguardaba junto al barco. Cuando Maeve, con el pie puesto en la escalera, se disponía a bajar tras el último turista, el primer oficial, Trevor Haynes, la detuvo. El marino era un hombre tranquilo y con gran éxito entre las mujeres. No le gustaba mezclarse con los pasajeros y rara vez se lo veía fuera del puente de la nave.

—Advierte a los de tu grupo que no se alarmen si ven que el barco se aleja —dijo.

Ella se volvió hacia Haynes.

—¿Adónde pensáis ir?

—Se está fraguando una tormenta a ciento sesenta kilómetros de aquí. El capitán no quiere someter a los pasajeros a más vaivenes de los imprescindibles, y tampoco desea defraudarlos anulando las excursiones a tierra. Así que ha pensado ir veinte kilómetros litoral arriba, dejar otro grupo en la colonia de pingüinos, y regresar a tiempo de recogeros y repetir la maniobra.

—¿Piensa poner el doble de gente en tierra en la mitad de tiempo?

—Ésa es la idea. Así podremos recogeros a todos, marcharnos y alcanzar las aguas más tranquilas del estrecho de Bransfield antes de que nos alcance la tormenta.

—Me extrañó que no echáramos el ancla. —A Maeve le agradaba Haynes, porque era el único oficial del barco que no la había invitado a su camarote para tomar unas copas a medianoche—. Hasta dentro de dos horas —dijo, haciendo un gesto de despedida.

—Si hay algún problema, recurre a tu comunicador portátil.

Ella mostró el pequeño aparato que llevaba colgado del cinturón.

—Serás el primero en saberlo.

—Saluda a los pingüinos de mi parte.

—Lo haré.

Una vez la Zodiac estuvo surcando las aguas tranquilas y reflectantes como la superficie de un espejo, Maeve puso al corriente a su pequeño grupo de intrépidos turistas de los pormenores históricos del lugar al que se dirigían.

—La isla Seymour fue avistada por primera vez por James Clark Ross en 1842. Cuarenta exploradores noruegos naufragaron aquí en 1859 cuando su barco fue aplastado por el hielo. Visitaremos el lugar en que vivieron hasta su triste fin, y luego daremos un breve paseo hasta el cementerio donde están enterrados.

—¿Aquéllos son los edificios en que vivieron? —preguntó una señora que no tendría menos de ochenta años mientras señalaba varias estructuras que se alzaban en una pequeña bahía.

—No —replicó Maeve—. Ésos son los restos de una estación ballenera británica abandonada. La visitaremos, y luego rodearemos aquellos pequeños promontorios rocosos que ven hacia el sur para ir a ver la colonia de pingüinos.

—¿Vive alguien en la isla? —preguntó la misma señora.

—Los argentinos han instalado una estación científica en el extremo norte de la isla.

—¿A qué distancia de aquí?

Maeve sonrió, condescendiente.

—A unos treinta kilómetros. —Se dijo que en todos los grupos siempre hay alguien con la curiosidad de un niño de cuatro años.

El fondo del mar se podía ver ya con toda claridad: rocas desnudas, sin ninguna clase de vegetación. La sombra de la Zodiac los seguía dos brazas más abajo mientras el grupo cruzaba la bahía. Las olas no rompían en la costa; el mar llegaba a la orilla y sus aguas la lamían mansamente, como si fueran las de un lago. Los tripulantes pararon el motor fueraborda, y la proa de la Zodiac se deslizó sobre la orilla. El único signo de vida visible era un petrel blanco como la nieve que planeaba en el cielo sobre ellos como un enorme copo de nieve.

Maeve ayudó a desembarcar a los turistas de la Zodiac y a vadear luego, con las botas altas hasta la rodilla facilitadas por los tripulantes del barco, las poco profundas aguas hasta la pedregosa orilla, desde donde se volvió para mirar hacia el barco, que ya había tomado rumbo norte y se alejaba a creciente velocidad.

El *Polar Queen* era un barco pequeño comparado con los que suelen utilizarse para los cruceros. Tenía una eslora de sólo setenta y dos metros y un peso bruto aproximado de dos mil quinientas toneladas. Había sido construido en Bergen, Noruega, para navegar por aguas polares, por ello tenía la solidez de un rompehielos, función para la que podía servir en caso de necesidad. Su superestructura y la amplia banda horizontal que había bajo la cubierta inferior estaban pintadas de blanco



glaciar, mientras que el resto del casco era amarillo brillante. Gracias a sus propulsores de proa y popa, podía esquivar sin problemas los témpanos flotantes y los icebergs. Los camarotes eran cómodos y estaban amueblados al estilo de los chalets de esquí, con enormes ventanas que daban al mar. Entre los servicios que brindaba a sus pasajeros figuraban un lujoso salón, un amplio comedor donde podían comerse platos propios de un restaurante de cinco tenedores, un gimnasio y una biblioteca repleta de libros que en su mayoría tenían como tema principal las regiones polares. La tripulación era experta, y el número de sus miembros superaba en veinte al de los pasajeros.

Mientras veía alejarse al *Polar Queen*, con su casco blanco y amarillo, Maeve sintió cierta aprensión que no llegó a comprender por completo. Por un instante experimentó la desolación que debieron de sentir los exploradores noruegos cuando vieron desaparecer su único medio de transporte. La joven desechó sus inquietudes y se puso al frente del parloteante grupo para conducirlo a través del paisaje grisáceo, casi lunar, hacia el cementerio.

Les dio veinte minutos para que pasearan por entre las tumbas y pudieran hacer todas las fotos que quisieran de las inscripciones de las lápidas. Luego los llevó a ver una enorme pila de huesos de ballena próxima a la vieja estación, mientras les explicaba los métodos de trabajo de los balleneros.

—Concluida la parte más apasionante, la persecución y la captura, quedaba el desagradable trabajo de descuartizar el inmenso cuerpo y convertir la grasa en aceite.

A continuación visitaron las anticuadas viviendas y los enlucidos edificios. Los ingleses seguían controlando y manteniendo la estación ballenera como un museo. Los muebles, los utensilios de cocina y los viejos libros y revistas seguían donde los habían dejado los balleneros cuando se marcharon definitivamente de allí.

—Por favor, no toquen ninguno de los objetos —dijo Maeve a los turistas—. La ley internacional prohíbe que nadie se lleve nada. —Hizo una breve pausa para hacer un recuento del grupo y siguió—: Ahora iremos a las cuevas abiertas por los balleneros, donde almacenaban el aceite en enormes toneles que luego enviaban a Inglaterra.

Junto a la entrada de las cuevas había una caja con linternas que Maeve repartió entre los turistas.

—¿Alguien sufre de claustrofobia?

Una mujer de setenta y tantos años alzó la mano.

—Yo prefiero quedarme fuera.

—¿Alguien más?

La mujer que había estado haciendo preguntas durante el trayecto en la Zodiac asintió con la cabeza.

—No soporto los lugares fríos y oscuros.

—Muy bien —dijo Maeve—. Ustedes dos aguarden aquí. Yo acompañaré a los demás hasta el área de almacenamiento de aceite de ballena. No tardaremos más de un cuarto de hora.

Condujo al grupo por un largo y sinuoso túnel abierto por los balleneros que llevaba hasta una gran caverna que hacía las veces de almacén y estaba llena de enormes toneles que habían sido empotrados en la roca y posteriormente abandonados. En cuanto entraron, Maeve se detuvo e indicó una enorme piedra que había en la entrada.

—Esta roca fue tallada desde el interior de la gruta. Protegía el almacén del frío e impedía que otros balleneros saquearan los excedentes de aceite guardados aquí cuando cerraban la estación a comienzos del invierno. Esta roca pesa tanto como un carro blindado, pero, si se conoce su secreto, hasta un niño podría moverla. —Se hizo a un lado, colocó la mano en un determinado punto situado en la parte superior de la piedra y, con toda facilidad, la empujó, haciendo que bloquease la entrada—. Se trata de un ingenioso artilugio de ingeniería. La roca se mantiene en equilibrio gracias a un eje que pasa por su centro. Si no se la empuja en la dirección correcta, no se mueve ni un milímetro.

Mientras todos hacían bromas sobre la oscuridad que los envolvía, rota sólo por la luz de las linternas, Maeve fue junto a uno de los grandes toneles de madera que permanecía medio lleno y colocó un pequeño frasco de cristal bajo una espita, para llenarlo con una pequeña cantidad de aceite. Hizo luego circular el frasco, para que los turistas se pusieran unas gotas entre los dedos.

—Asombrosamente, aunque han pasado casi ciento treinta años, el frío ha impedido que el aceite se estropeará. Se encuentra en tan buen estado como el día en que lo sacaron de la caldera y lo metieron en el tonel.

—Parece poseer extraordinarias cualidades lubricantes —dijo un hombre de pelo gris, con una larga y enrojecida nariz que lo identificaba como un gran aficionado a la bebida.

—No se lo cuente a las compañías petroleras, o para Navidad ya se habrán extinguido las ballenas —contestó Maeve con una leve sonrisa.

Una de las mujeres pidió la botella y olió su contenido.

—¿Se puede usar como aceite de cocina?

—En efecto —replicó Maeve—. Los japoneses son particularmente adictos al aceite de ballena para cocinar y hacer margarina. Los viejos balleneros mojaban sus galletas en agua salada y luego las freían en el aceite hirviendo. Yo lo probé una vez, y me pareció agradable, aunque un poco insípido, y...

Maeve fue bruscamente interrumpida por el grito de una mujer que, frenética, se llevó las manos a la cabeza. De inmediato, otras seis personas hicieron lo mismo; las mujeres chillaban, los hombres gemían. Maeve fue de uno a otro, atónita por el

inmenso dolor que reflejaban sus ojos.

—¿Qué ocurre? —gritó—. ¿Qué les pasa? ¿Puedo ayudarlos...?

Y, de pronto, le llegó el turno a ella. Una cuchillada de dolor atravesó su cerebro y el corazón comenzó a latirle erráticamente. De modo instintivo, se llevó las manos a las sienes y miró, ofuscada, a los miembros del grupo. Todos eran presa de agónicos sufrimientos y tenían los ojos desorbitados. Entonces Maeve sintió un irresistible mareo seguido por un acceso de náuseas difícil de reprimir; finalmente, perdió el equilibrio y cayó al suelo.

Nadie lograba comprender lo que sucedía. El aire se hizo pesado, irrespirable, al tiempo que los haces de las linternas se volvieron de un extraño color azulado. No había vibraciones, la tierra no se movía, y sin embargo la caverna se llenó de polvo. Los únicos sonidos eran los gritos de los atormentados turistas, que fueron cayendo en torno a Maeve, tras perder el equilibrio. Ella, horrorizada y sin entender qué ocurría, se vio inmersa en la más total de las desorientaciones; era como estar viviendo una pesadilla.

De pronto, inexplicablemente, cuando todos pensaban que se hallaban en las puertas de la muerte, el agónico dolor y la sensación de vértigo desaparecieron con la misma celeridad con que les habían atacado.

Maeve, exhausta, se apoyó débilmente en el tonel de aceite de ballena, con los ojos cerrados, y sintió un inmenso alivio.

Después, pasados unos minutos, alguien reunió los ánimos suficientes para hablar. Al fin, un hombre que sostenía entre los brazos a su ofuscada esposa alzó la vista hacia Maeve y dijo:

—Dios bendito..., ¿qué ha pasado?

Maeve negó lentamente con la cabeza.

—No lo sé —respondió.

Con gran esfuerzo, comprobó aliviada que todos seguían vivos y se recuperaban sin problemas. Maeve dio gracias al cielo por el hecho de que ninguna de las personas de mayor edad hubiera sufrido ataques cardíacos.

—Por favor, aguarden aquí tranquilos mientras voy a ver a las dos señoras que se quedaron en la boca del túnel y me pongo en contacto con el barco.

Maeve pensó que los turistas formaban un buen grupo, ya que nadie se quejó ni trató de hacerla responsable del anómalo suceso e inmediatamente se ayudaron los unos a los otros. Los más jóvenes colocaron a los de mayor edad en posiciones cómodas, mientras Maeve abría la inmensa puerta y franqueaba el gran umbral. El haz de luz de su linterna no tardó en desaparecer al doblar un recodo del túnel.

En cuanto Maeve salió de nuevo a la luz del día, se preguntó si no había sido todo una alucinación. El mar continuaba azul y en calma y el sol había ascendido un poco más sobre el despejado horizonte. Las dos ancianas que habían preferido quedarse al

aire libre se encontraban tendidas boca abajo, en el suelo, aferradas a las rocas próximas, como si trataran de evitar ser arrastradas por una desconocida fuerza.

Maeve se inclinó, y cuando intentó despertarlas, se quedó helada de horror al ver los ojos sin vida y las bocas entreabiertas; las dos habían vaciado el contenido de sus estómagos. Estaban muertas, y sus cuerpos habían adquirido ya un tono azul púrpura.

Maeve corrió hasta la Zodiac, que seguía con la proa en la orilla: el tripulante que los había llevado a tierra también había fallecido y su rostro reflejaba la misma expresión de terror, y su tez tenía el mismo tono azulado. Atónita y ofuscada, alzó su comunicador portátil y trató de ponerse en contacto con el barco.

—*Polar Queen*, aquí la expedición número uno. Tenemos una emergencia. Respondan inmediatamente. Cambio.

No hubo contestación.

Lo intentó una y otra vez, pero sólo obtuvo silencio como respuesta. Era como si el *Polar Queen* y su tripulación jamás hubieran existido.

La Antártida se halla en pleno verano en enero, un mes en que los días son largos y sólo tienen un par de horas de ocaso. En esa época, en la península, las temperaturas pueden ascender hasta los quince grados centígrados, sin embargo, desde que el grupo había llegado a tierra, habían descendido a bajo cero. Se acercaba la hora en que el *Polar Queen* debía regresar, pero no se veía rastro del barco en lontananza.

Maeve siguió intentando inútilmente establecer contacto con el buque hasta las once de la noche. Cuando el sol polar se ocultó tras el horizonte, dejó de llamar por el canal de la nave, a fin de preservar las pilas del transmisor. El alcance de la radio portátil era de diez kilómetros, y en quinientos a la redonda no había barcos ni aviones que pudieran captar sus llamadas de ayuda. Los más próximos que podían auxiliarlos eran los de la estación científica argentina del otro extremo de la isla, pero, a no ser que alguna anomalía atmosférica hubiera ampliado el alcance de las ondas, tampoco ellos podrían oírlas. Frustrada, Maeve dejó de intentarlo, pensando en probar suerte de nuevo más tarde.

No dejaba de preguntarse dónde estaba el barco y la tripulación y si habían experimentado el mismo fenómeno y sufrido daños. Por el momento ella y su grupo se encontraban a salvo, pero, sin comida ni prendas de abrigo para dormir, no aguantarían mucho tiempo; unos cuantos días como máximo. Las edades de los excursionistas del grupo tendían a ser avanzadas: la pareja más joven debía de tener unos sesenta años, y el resto debían de estar alrededor de los setenta. La persona más vieja era una mujer de ochenta y tres años que había querido probar el sabor de la aventura antes de retirarse a una residencia para ancianos. Una fuerte sensación de impotencia se apoderó de Maeve.

Con creciente preocupación, advirtió que unas nubes negras aparecían por el oeste; eran la vanguardia de la tormenta que había mencionado el primer oficial Trevor Haynes. Maeve conocía lo suficiente el clima del polo sur para saber que las tormentas marinas casi siempre iban acompañadas de fuertes vientos y una cegadora cellisca, sin apenas nieve; pero el viento, gélido y debilitador, constituiría el principal peligro. Maeve abandonó al fin la esperanza de ver aparecer el barco en las horas siguientes y decidió prepararse para lo peor. En principio debía hacer los preparativos necesarios para que los miembros del grupo durmiesen durante las próximas diez horas.

Las cabañas que aún seguían en pie y el cobertizo que acogía las instalaciones extractoras de aceite estaban desprotegidos frente a los elementos, pues hacía tiempo que los techos se habían derrumbado y el fuerte viento de esas latitudes había roto las

ventanas y arramblado con las puertas. Maeve pensó que el grupo tendría más posibilidades de sobrevivir al frío y al fuerte viento si se quedaba en la caverna. Cabía la posibilidad de hacer una hoguera con maderos viejos de la estación ballenera, pero la harían cerca de la entrada, para que el humo no pudiera producir asfixia.

Cuatro de los hombres más jóvenes la ayudaron a colocar los cuerpos de las dos ancianas y el tripulante en el cobertizo del aceite. También arrastraron la Zodiac tierra adentro y la aseguraron para evitar que los crecientes vientos se la llevaran. A continuación, cerraron con piedras la entrada del túnel, dejando sólo una pequeña apertura, a fin de evitar que las rachas del viento polar entraran en la caverna, pero Maeve no quiso cerrar la puerta de roca, para no quedar aislados por completo del exterior. Luego hizo que todos se agruparan estrechamente para darse calor.

Sin nada más que hacer, las horas esperando ser rescatados se hicieron eternas, pues prácticamente a todos les resultó imposible dormir. El frío entumecedor traspasó lentamente sus ropas, mientras en el exterior el viento soplaba cada vez con más fuerza y aullaba a través del orificio de ventilación que habían dejado en la barrera de piedras erigida en la entrada del túnel.

Sólo un par de turistas se quejaron. La mayoría sobrellevó el calvario pacientemente. Algunos se sentían realmente emocionados por estar viviendo una auténtica aventura. Dos hombretones australianos, acaudalados socios de una empresa constructora, se mofaban de sus esposas y hacían sarcásticas bromas que levantaron los ánimos de los demás. Parecían tan despreocupados como si simplemente estuvieran esperando para abordar un avión. Eran buenas personas en edad crepuscular, pensó Maeve. Sería una injusticia o, mejor dicho, un crimen, que todos tuvieran que morir en ese infierno polar.

Los imaginó enterrados bajo las rocas junto a los exploradores noruegos y a los balleneros ingleses. «Pero no será así», se dijo con firmeza. Pese al hecho de que su padre y sus hermanas sentían una gran hostilidad hacia ella, Maeve no terminaba de creerse que le negaran ser enterrada en el panteón familiar, donde reposaban sus antepasados. Y sin embargo, sabía que, tras haber tenido a los gemelos, era muy posible que su familia se negase a admitir que ella era carne de su carne y sangre de su sangre.

Tumbada en el suelo, contemplando el vapor formado en la caverna a causa de la respiración de tanta gente, intentó evocar la imagen de sus hijos, que sólo contaban seis años. Los pequeños habían quedado al cuidado de unos amigos mientras ella ganaba un muy necesario dinero haciendo de guía turística. ¿Qué sería de los niños si ella moría? Rezó para que su padre jamás se hiciese cargo de ellos, pues la compasión no era su punto fuerte y poco le importaban las vidas ajenas. Aunque tampoco se movía impulsado por la codicia, pues consideraba que el dinero era una

simple herramienta. Lo que realmente le apasionaba era la capacidad de manipulación que el poder llevaba aparejada. Las dos hermanas de Maeve manifestaban idéntica insensibilidad hacia el prójimo. Afortunadamente, ella se parecía a su madre, una afable dama que, cuando Maeve contaba doce años, se vio arrastrada al suicidio por su frío e injurioso marido. Después de la tragedia, ella no volvió a considerarse parte de la familia. Su padre y sus hermanas nunca la habían perdonado por haber abandonado el hogar tan sólo con lo puesto para tratar de salir adelante sola y bajo otro nombre. Era una decisión de la que nunca se había arrepentido.

Se despertó a causa no del ruido, sino del silencio. El viento había dejado de ulular, y aunque la tormenta seguía fraguándose, se había producido una momentánea calma. Volvió a la caverna y despertó a los dos constructores australianos.

—Necesito que me acompañen a la colonia de pingüinos —les dijo—. No es difícil atraparlos. Y aunque la ley los protege, si queremos seguir vivos hasta que el barco regrese, debemos comer algo.

—¿Qué dices tú, compañero? —preguntó con voz estruendosa uno de los hombres.

—No me vendría mal un poco de carne de ave —replicó el otro.

—Los pingüinos no son exactamente un plato exquisito —dijo Maeve sonriendo—. Su carne es grasienta, pero alimenticia.

Antes de irse, Maeve hizo que los otros se incorporasen, y les pidió que fueran a la estación ballenera a por leña para hacer una hoguera.

—Quien hace un cesto, hace ciento. Ya que voy a terminar en la cárcel por matar a animales de especies protegidas y destruir lugares históricos, haré un trabajo a conciencia.

Emprendieron camino hacia la colonia, que se encontraba a unos dos kilómetros al norte, en la punta de un pequeño golfo. Aunque el viento había cesado, la cellisca hacía tremendamente difícil su avance, pues apenas podían ver a tres metros por delante de ellos. Era como si mirasen a través de una sábana de agua, y la visión resultaba aún más difusa debido a que no llevaban lentes con anteojeras, sino simples gafas de sol, y el viento, al penetrar por los lados de los cristales, les llenaba de hielo los párpados. Sólo era posible orientarse si caminaban cerca de la orilla en lugar de hacerlo en línea recta. Eso prolongó en veinte minutos la caminata, pero evitó que se perdieran.

El viento sopló de nuevo con fuerza, mordiendo encarnizadamente sus rostros. Maeve pensó en ir con el grupo hasta la estación científica argentina, pero inmediatamente desechó esta idea, porque la mayoría no resistiría la caminata de treinta kilómetros a través de la tormenta, y seguramente más de la mitad de los añosos turistas perecerían en el trayecto. Maeve tenía que considerar todas las

posibilidades, tanto las factibles como las impracticables. Ella sí podía efectuar la caminata, pues era joven y fuerte, pero no creyó conveniente abandonar a las personas puestas a su cargo. Cabía la posibilidad de enviar a los dos hombretones australianos que caminaban junto a ella. El problema era qué encontrarían cuando llegasen a la estación.

¿Y si los científicos argentinos habían muerto debido a las mismas extrañas causas que habían terminado con los tres miembros de su grupo? Si había sucedido lo peor, el único aliciente para llegar a la estación era el de utilizar su potente equipo de comunicaciones. Maeve se debatía en una agónica disyuntiva. ¿Debía arriesgar las vidas de los dos australianos haciéndolos emprender un azaroso viaje, o debía mantenerlos junto a ella para que la ayudasen a cuidar de los más viejos y débiles? Optó por no enviar a los hombres a la estación científica, pues no debía exponer a los pasajeros de Ruppert y Saunders a situaciones que implicaran riesgo para sus vidas. Además, como no podía aceptar la idea de que los hubiesen abandonado, creyó que su única posibilidad consistía en quedarse donde estaban hasta que alguien los rescatara. Hasta ese momento, debían arreglárselas para sobrevivir lo mejor que pudieran.

Los *Pygoscelis adeliae*, o pingüinos de Adelia, son una de las diecisiete especies originales. Tienen el lomo cubierto de plumas negras, cabeza roma, pecho blanco y ojos pequeños y saltones. Algunos fósiles hallados en la isla Seymour indicaban que los antepasados de estas aves evolucionaron hace más de cuarenta millones de años, y eran de estatura aproximada a la humana. Atraída por su conducta, tan similar a la de los hombres, Maeve había pasado todo un verano observando y estudiando una colonia de pingüinos, y se había enamorado de aquella graciosa especie ornitológica. A diferencia del pingüino emperador, los de Adelia pueden moverse con rapidez, a cinco kilómetros por hora o incluso más, cuando se deslizan sobre un lecho de nieve. Mueve había pensado muchas veces que bastaba con ponerles un bombín y un bastón para convertirlos en réplicas idénticas de Charles Chaplin.

—Creo que la cochina cellisca está amainando —dijo uno de los hombres, que llevaba una gorra de piel y fumaba un cigarrillo.

—Ya era hora —rezongó el otro. Llevaba la cabeza cubierta con una bufanda, a modo de turbante—. Me siento como un trapo mojado.

En ese momento podían ver más de medio kilómetro de mar. Las otrora tranquilas aguas estaban agitadas por un fuerte oleaje. Maeve miró hacia la colonia. Hasta donde su vista alcanzaba, vio una alfombra de pingüinos, más de cincuenta millares de ejemplares. Mientras se aproximaban, tanto ella como sus compañeros advirtieron con extrañeza que ninguno de los pájaros bobos se encontraba de pie. Casi todos estaban tumbados de espalda, como si se hubieran caído.

—Es muy raro —dijo Maeve—. No hay ningún pingüino de pie.



—No son tan tontos como para enfrentarse a este huracán —dijo el hombre del turbante.

Maeve corrió hasta un extremo de la colonia y miró hacia donde estaban las aves. Le asombró la ausencia de ruido. Ninguno se movió ni manifestó interés alguno hacia la recién llegada. Maeve se arrodilló y examinó a uno de los pingüinos. Yacía en el suelo boca arriba, mirando hacia el cielo con los ojos muy abiertos, pero con la mirada vacía. Estupefacta y angustiada, contempló los millares de inmóviles pájaros bobos. De pronto advirtió la presencia de dos focas leopardo, enemigas naturales de los pingüinos, cuyos cuerpos se mecían en la pedregosa orilla, impulsados por las olas.

—Están muertos —murmuró atónita.

El de la gorra de piel exclamó:

—¡Por todos los demonios, tiene razón! Ni uno de esos puñeteros bichos respira.

«Esto no puede estar sucediendo», pensó Maeve, que no salía de su asombro y permanecía totalmente inmóvil. No podía saber a ciencia cierta qué había ocurrido, pero lo intuía. De pronto, se le ocurrió la absurda idea de que todos los seres vivos del planeta hubieran muerto a causa del mismo misterioso mal. ¿Es posible que seamos los únicos supervivientes que quedan en el mundo?, se preguntó horrorizada.

El hombre que llevaba la cabeza envuelta en una bufanda se inclinó sobre uno de los pingüinos y lo alzó entre sus manos.

—Parece que nos han ahorrado el trabajo de sacrificarlos —dijo.

—¡No los toque! —le gritó Maeve.

—¿Por qué? —replicó el hombre, indignado—. Todos necesitamos comer.

—Ignoramos qué fue lo que los mató. Quizá hayan muerto a causa de alguna enfermedad infecciosa.

El de la gorra de piel asintió.

—Maeve sabe lo que dice. La enfermedad que mató a estos bichos podría liquidarnos también a nosotros. No sé tú, pero a mí no me apetece nada ser responsable de la muerte de mi esposa.

—Lo que mató a las dos mujeres y al marinero no fue ninguna enfermedad —arguyó el otro—. Se trató más bien de algún extraño fenómeno natural.

Maeve se mantuvo firme.

—Me niego a que arriesguemos más vidas. El *Polar Queen* regresará. No nos han olvidado.

—Si el capitán se proponía darnos un buen susto, lo está consiguiendo.

—Debe de haber ocurrido algo grave para que todavía no hayan regresado.

—Aun así, más vale que sus jefes estén cubiertos por un buen seguro, porque cuando regresemos a la civilización vamos a ponerles una demanda que los pondrá en graves apuros.

Maeve no estaba de humor para discutir. Dio la espalda a la difunta colonia de pingüinos y emprendió el regreso a la caverna. Tras escrutar el mar en busca de algo que no estaba allí, los dos hombres siguieron sus pasos.

### 3

Despertar al cabo de tres días en la cueva de una isla desierta en medio de una tormenta polar siendo responsable de tres muertes y de las vidas de nueve hombres y once mujeres, no constituye una experiencia agradable. Sin el menor indicio que anunciara el ansiado regreso del *Polar Queen*, el alegre grupo que había desembarcado dispuesto a experimentar la imponente soledad de la Antártida se encontraba inmerso en una pesadilla de abandono y desesperación. Y, para aumentar la angustia de Maeve, las pilas de su comunicador portátil ya se habían agotado.

Sabía que, debido a las inclemencias del tiempo, alguno de los componentes de mayor edad del grupo podía morir en cualquier momento, pues todos ellos eran personas procedentes de zonas cálidas y tropicales y no estaban acostumbradas al frío clima Antártico. De haber sido jóvenes y fuertes, quizá hubiesen sobrevivido hasta la llegada de auxilio, pero los miembros del grupo no eran personas de veinte o de treinta años, sino ancianos débiles y vulnerables.

Al principio bromearon y contaron chistes, enfrentándose a su apurada situación como si fuese una aventura añadida. Cantaron canciones, sobre todo *Waltzing Matilda*, el himno australiano extraoficial, y jugaron a las palabras. Pero poco a poco el letargo se impuso, y los turistas no tardaron en quedar silenciosos y pasivos, aceptando sus sufrimientos valerosamente y sin protestar.

Llegó un momento en que el hambre superó el temor a la carne contaminada, y Maeve abortó un motín dando al fin su brazo a torcer y enviando a los hombres a por varios pingüinos muertos. No existía problema de descomposición, pues las aves se habían congelado al poco de morir. Uno de los hombres era un cazador experto, y con la ayuda de una navaja del ejército suizo, desplumó y descuartizó con pericia las piezas. Llenaron sus estómagos de proteínas y grasas; en definitiva, de combustible para mantener el calor corporal.

Maeve encontró té que debía de tener más de setenta años en una de las cabañas de los balleneros, de donde también cogió una olla y una sartén. A continuación sacó de los toneles un litro de aceite de ballena, lo vertió en la sartén y lo encendió. Cuando surgió la llama azul, todos aplaudieron el ingenio con que Maeve había improvisado un fogón. Luego limpió la vieja olla, la llenó de nieve y preparó el té. Aquello les levantó a todos la moral, aunque por poco tiempo, pues la depresión no tardó en volver a adueñarse del ánimo de todos los que estaban en la caverna. La determinación del grupo a no morir fue flaqueando a causa del intenso frío. Presas del desánimo, pensaron que un final trágico era inevitable. El barco no regresaría, y la esperanza de ser rescatados de otro modo bordeaba la fantasía. Así pues, poco les importaba ya morir de la misteriosa enfermedad —si se trataba realmente de una enfermedad— que había matado a los pingüinos. Nadie llevaba ropa adecuada para

soportar por mucho tiempo temperaturas bajo cero. Por otra parte, no podían utilizar el aceite de ballena para hacer un gran fuego, pues el riesgo de asfixia era excesivo. La pequeña cantidad que ardió en la sartén sólo produjo un calor muy escaso, insuficiente para prolongar la vida. Poco a poco, los letales tentáculos del frío los irían estrangulando a todos.

Fuera, la tormenta arreciaba y había comenzado a nevar, fenómeno muy extraño en la península durante el verano. La esperanza de que los descubrieran fortuitamente se disipaba a medida que la intensidad de la tormenta iba en aumento. Cuatro de los turistas de mayor edad estaban al borde de la muerte por consunción. Viendo cómo el control de la situación se le escapaba por entre los ateridos dedos, Maeve fue presa de la negra desesperación, pues se culpaba de las tres muertes que ya se habían producido.

Los miembros del grupo la miraban como a su única esperanza. Hasta los hombres respetaban su autoridad y cumplían sus órdenes sin rechistar.

—Que Dios se apiade de ellos —murmuró—. No puedo permitir que se den cuenta de que ya no puedo hacer nada más.

Se estremeció al experimentar una opresiva sensación de impotencia y sintió cómo un extraño letargo se apoderaba de ella. Se daba cuenta de que tendría que apurar ese amargo trago hasta las heces, pero no creía tener la fortaleza necesaria para seguir llevando sobre sus espaldas la carga de veinte vidas humanas. Se sentía exhausta, deseosa de arrojar la toalla. En su letargo, le pareció oír difusamente algo extraño, distinto al aullido del viento. Era como si algo estuviese batiendo el aire. Luego el ruido cesó. Maeve pensó que había sido producto de su imaginación. Lo más probable era que, simplemente, el viento hubiese cambiado de dirección, alterando así su sonido al pasar a través del orificio de ventilación de la boca del túnel.

Volvió a oírlo por un instante y luego el sonido se extinguió. Entonces se puso trabajosamente en pie y, a trompicones, fue hasta la boca del túnel. La nieve se había acumulado ante el muro de piedras y casi tapaba el respiradero. Maeve quitó varias rocas para ampliar el orificio y salió por él a gatas. Se encontró en un gélido mundo de viento y nieve. El viento soplaba a unos veinte nudos, levantando remolinos de nieve como un tornado. De pronto, entrecerró los ojos y escrutó la blanca turbulencia. Algo parecía moverse entre la nieve, una vaga forma carente de sustancia, pero más oscura que el opaco telón tendido desde el cielo.

Maeve avanzó un paso y cayó de bruces. Por un momento consideró la posibilidad de quedarse allí, durmiendo. El deseo de darse por vencida era abrumador. Pero la chispa de vida que albergaba en su interior se negaba a extinguirse. Se puso de rodillas y miró a través de la difusa luz. Vio algo que se movía hacia ella, y luego una racha de viento lo volvió a ocultar. Instantes más tarde

reapareció, esta vez más cerca, y ella sintió que el corazón se le llenaba de júbilo.

Era la figura de un hombre cubierto de nieve y hielo. Maeve agitó los brazos y lo llamó, entonces él se detuvo —pareció quedar a la escucha—, y al fin se dio media vuelta y comenzó a alejarse.

Maeve optó por gritar, emitiendo un agudo chillido, propio de una mujer desesperada. La figura se volvió hacia ella y miró a través de los densos copos de nieve. Maeve agitó frenéticamente los brazos, y entonces él respondió al saludo y echó a correr hacia ella.

—Por favor, que no sea un espejismo ni una alucinación —suplicó ella a los cielos.

Y súbitamente, el hombre estaba allí, rodeando sus hombros con unos brazos que eran los más grandes y fuertes que Maeve había sentido en torno a ella.

—Gracias, Dios mío. Nunca perdí la esperanza de que alguien llegase...

El hombre era alto y llevaba un mono turquesa con las letras ANIM<sup>[3]</sup> en la parte izquierda de la pechera y una máscara de esquí con anteojeras. Se las quitó y la miró con unos increíbles ojos verdes opalinos que denotaban una mezcla de sorpresa y asombro. Su rostro bronceado parecía extrañamente fuera de lugar en la Antártida.

—¿Qué demonios hace usted aquí? —preguntó con su voz grave teñida de preocupación.

—Tengo a veinte personas en una caverna, aquí cerca. Estábamos de excursión, cuando nuestro barco zarpó y no volvió más.

Él la miró incrédulamente.

—¿Los abandonaron?

Ella asintió con la cabeza y, dirigiendo una temerosa mirada a la tormenta, preguntó:

—¿Se ha producido una catástrofe mundial?

La pregunta hizo que el hombre frunciera el entrecejo.

—Que yo sepa, no. ¿Por qué se le ha ocurrido algo así?

—Tres personas de mi grupo murieron en misteriosas circunstancias. Y la colonia de pingüinos del norte de la bahía ha sido exterminada. No queda un solo pájaro vivo.

Al desconocido no pareció sorprenderle la trágica noticia, y ayudó a Maeve a ponerse en pie.

—Vamos, la ayudaré a levantarse.

—Es usted norteamericano —dijo ella, temblando de frío.

—Y usted australiana.

—¿Tanto se me nota el acento?

—Un poco.

Maeve le tendió una enguantada mano.

—No sabe cómo me alegro de verlo, señor...

—Pitt, me llamo Dirk Pitt.

—Yo soy Maeve Fletcher.

Haciendo caso omiso de sus protestas, Pitt la tomó en brazos y comenzó a caminar con ella, siguiendo las huellas que Maeve había dejado y que conducían hasta la cueva.

—Sugiero que continuemos charlando en un lugar menos frío. Dice usted que la acompañan veinte personas, ¿no?

—Sí, son los supervivientes del grupo.

Una vez en el interior del túnel, Pitt dejó a Maeve en el suelo y se quitó la máscara de esquí. Su cabellera era una masa de abundante pelo negro y tenía la cejas densas y oscuras. Su rostro curtido por largas horas pasadas a la intemperie y sus facciones, quizá algo toscas, resultaban muy atractivos. Tenía la boca curvada en una leve sonrisa. Maeve se dijo que era un hombre con el que una mujer podía sentirse a salvo.

Un minuto más tarde los turistas recibieron a Pitt como a una estrella del fútbol que hubiese conseguido un gran triunfo para el equipo local. Al ver a un extraño aparecer súbitamente ante ellos, los componentes del grupo reaccionaron como si les hubiera tocado la lotería. Considerando el calvario por el que habían pasado, Pitt quedó asombrado de que todos se encontraran tan bien. Las mujeres lo abrazaron y besaron como a un hijo y los hombres le palmearon la espalda hasta magullársela. Todos hablaban y preguntaba a la vez. Maeve lo presentó y explicó cómo se habían encontrado en plena tormenta.

—¿De dónde sale usted? —quisieron saber todos.

—De un barco científico de la Agencia Nacional de Investigaciones Marinas. Formamos parte de una expedición que intenta averiguar por qué los delfines y las focas están desapareciendo tan rápidamente de estas aguas. Volábamos sobre la isla Seymour en un helicóptero cuando la tormenta de nieve comenzó a arreciar, y decidimos aterrizar y aguardar en tierra hasta que el tiempo mejorase.

—Entonces ¿no está usted solo?

—No, he venido con un piloto y un biólogo, pero ellos se han quedado en el helicóptero. Yo divisé entre la nieve lo que me pareció un pedazo de Zodiac y me pregunté cómo una nave de esa clase estaba abandonada en una parte deshabitada de la isla. Así que decidí echar un vistazo. Fue entonces cuando oí gritar a la señorita Fletcher.

La abuela de ochenta y tres años dijo a Maeve:

—Menos mal que se te ocurrió salir a ver qué pasaba, hija mía.

—Me pareció oír algo extraño, solapado por el sonido de la tormenta. Ahora comprendo que se trataba del helicóptero tomando tierra.

—Encontrarnos en mitad de la tormenta fue un increíble golpe de suerte —dijo

Pitt—. No podía creer que estaba oyendo un grito de mujer. Hasta que la vi agitando los brazos, pensé que se trataba del viento.

—¿Dónde está su barco? —preguntó Maeve.

—A unos cuarenta kilómetros al noreste.

—¿No se cruzarían ustedes con nuestra nave, el *Polar Queen*?

Pitt negó con la cabeza.

—Llevamos una semana sin ver ningún barco.

—¿Y no han recibido algún mensaje por radio? —quiso saber Maeve—. Quizá alguna llamada de socorro...

—Hablamos con un barco que llevaba suministros a la base británica de Halley Bay, pero no nos hemos comunicado con ningún buque turístico.

Asombrado, uno de los hombres comentó:

—No puede haberse esfumado con toda la tripulación y el resto de los pasajeros.

—Resolveremos el misterio una vez los hayamos trasladado a todos ustedes a nuestro barco. Seguro que no es tan lujoso como el *Polar Queen*, pero tiene camarotes cómodos, un buen médico y un cocinero que guarda celosamente una colección de excelentes vinos.

Un membrudo ovejero neozelandés comentó jovialmente:

—Antes que seguir un minuto más en este congelador, me iría derecho al infierno.

—En el helicóptero sólo pueden ir cinco o seis personas a la vez, así que tendremos que hacer varios viajes —explicó Pitt—. Como aterrizamos a más de trescientos metros de aquí, regresaré al aparato y trataré de tomar tierra más cerca de la entrada de esta cueva, para que no tengan que caminar demasiado tiempo por la nieve.

—Nada como el servicio a domicilio —dijo Maeve, que se sentía como si hubiera vuelto a nacer—. ¿Puedo ir con usted?

—¿Se siente con ánimos?

Ella asintió con la cabeza.

—Creo que para todos será un alivio que me vaya un rato y deje de darles órdenes.

Al Giordino estaba acomodado en el asiento del piloto del helicóptero turquesa de la ANIM resolviendo un crucigrama. No más alto que una lámpara de pie, el hombre tenía el cuerpo sólido como un barril de cerveza puesto sobre dos piernas y sus brazos eran como sendas grúas de construcción. Ocasionalmente miraba con sus negros ojos la nieve a través del cristal del parabrisas, y al no ver a Pitt, volvía a centrar su atención en el crucigrama. Su cabello negro y rizado enmarcaba un rostro redondo, animado permanentemente por una sonrisa de sarcasmo que indicaba su escepticismo hacia el mundo y todo lo que éste contenía. Por otra parte, la nariz denotaba su

ascendencia latina.

Amigo íntimo de Pitt desde la infancia, los dos hombres fueron inseparables durante los años en que estuvieron en las fuerzas aéreas, antes de presentarse voluntarios para ayudar a poner en marcha la Agencia Nacional de Investigaciones Marinas, un destino provisional que ya venía durando casi catorce años.

—Dime una palabra de ocho letras que signifique «gonodolfo branquial que se alimenta de arenques» —dijo al hombre sentado tras él, en la parte de carga del helicóptero, donde habían colocado el equipo de investigación.

El biólogo marino de la ANIM alzó la vista de un espécimen que habían recogido hacía poco y frunció el entrecejo, intrigado.

—No existe ningún bicho que se llame gonodolfo branquial.

—¿Seguro? Pues aquí lo pone.

Roy Van Fleet se dio cuenta de que Giordino estaba tomándole el pelo. Tras pasar tres meses con él en el mar, Van Fleet ya no solía caer cuando el fornido italiano le gastaba una broma.

—Ah, sí, pensándolo bien, creo que se trata de un murciélago de Mongolia. A ver si te cabe «botarate».

No pudiendo embromar ya a su compañero, Giordino alzó la vista del crucigrama y miró la nieve que caía.

—Dirk debería estar ya de regreso.

—¿Cuánto tiempo lleva fuera? —preguntó Van Fleet.

—Unos tres cuartos de hora.

De pronto Giordino entrecerró los ojos. Dos vagas formas tomaron cuerpo en la distancia.

—Creo que ahí está —dijo. Y, a continuación—: ¿Le echaste algún polvo raro al sándwich que me acabo de comer? Juraría que viene con alguien.

—Imposible. No hay un alma en treinta kilómetros a la redonda.

—Pues ven a verlo tú mismo.

Para cuando Van Fleet hubo tapado y guardado en un cajón de madera su frasco de especímenes, Pitt ya había abierto la portilla de entrada y estaba ayudando a Maeve Fletcher a subir al helicóptero.

La joven se echó para atrás la capucha del chaquetón naranja, se atusó el rubio cabello y sonrió ampliamente.

—Muy buenas, caballeros. No saben ustedes cómo me alegra verlos.

Van Fleet puso cara de haber visto al ángel de la Resurrección y se quedó absolutamente atónito.

Giordino, por su parte, se limitó a lanzar un suspiro de resignación. Sin dirigirse a nadie en concreto, preguntó:

—¿Quién, si no Dirk Pitt, podría salir a explorar una isla deshabitada en plena



Antártida y regresar con una preciosa mujer?

Aún no había pasado una hora desde que Pitt pusiera sobre alerta al barco de investigación de la ANIM, *Ice Hunter*, cuando el capitán Paul Dempsey se enfrentó al gélido viento para contemplar como Giordino posaba el helicóptero en la plataforma de aterrizaje de la nave. Salvo por el cocinero del barco, que se quedó en la cocina, preparando comida, y el jefe de máquinas, que permaneció abajo, el resto de la dotación, incluidos los técnicos de laboratorio y los científicos, subieron a recibir al primer grupo de ateridos y hambrientos turistas evacuados de la isla Seymour.

El capitán Dempsey se había criado en un rancho de las montañas Beartooth, en la frontera entre Wyoming y Montana. Tras acabar sus estudios en el instituto, se escapó de casa para irse al mar y trabajó en los buques pesqueros que faenaban en Kodiak, Alaska. Se enamoró de los helados mares del círculo ártico y, con el tiempo, pasó el examen necesario para capitanear un remolcador rompehielos de salvamento. Por picado que estuviera el mar o por fuerte que fuese el viento, Dempsey no había vacilado nunca en enfrentarse a las peores tormentas del golfo de Alaska para auxiliar a algún barco en apuros. Durante los siguientes quince años, rescató osadamente infinidad de barcos pesqueros, seis buques de mercancías, dos petroleros y un destructor naval. Tales hazañas lo convirtieron en una figura legendaria, conmemorada por una estatua erigida en el muelle de Seward, un homenaje que a Dempsey le hizo sentir sumamente incómodo. Cuando la compañía de salvamentos marinos desapareció a causa de las deudas, se vio obligado a retirarse, pero no tardó en aceptar una oferta del director de la ANIM, el almirante James Sandecker, que le propuso capitanear el *Ice Hunter*, el barco de exploración polar de la agencia.

Era un hombre de hombros anchos y cintura estrecha, y siempre se le veía con la pipa de madera de brezo en su firme y sonriente boca, y las piernas bien separadas y afirmadas en cubierta; el típico aspecto de un lobo de mar, aunque con cierto toque de distinción. Dempsey, de cabello cano, siempre iba perfectamente afeitado y era muy aficionado a contar historias marítimas. En realidad, parecía un jovial capitán de una embarcación turística.

Cuando las ruedas del helicóptero se posaron en la plataforma, Dempsey fue hacia el aparato, seguido por el médico del barco, el doctor Mose Greenberg, un hombre alto y delgado que llevaba el oscuro cabello recogido en una coleta. Sus relucientes ojos eran de un verde azulado, y tenía el aspecto serio de todos los médicos devotos de su trabajo.

Greenberg, seguido por cuatro tripulantes con camillas para asistir a los añosos turistas rescatados que tuvieran dificultades para caminar, se agachó para pasar bajo los rotores y abrió la puerta del compartimiento de carga. Luego, dirigiéndose a la cabina, indicó por señas a Giordino que bajase la ventanilla lateral. El fornido italiano

lo hizo y se asomó.

—¿Está Pitt contigo? —gritó Dempsey, para hacerse oír por encima del estruendo del motor.

Giordino negó con la cabeza.

—Él y Van Fleet se quedaron para examinar un montón de pingüinos muertos.

—¿A cuántos pasajeros del crucero traes?

—Logramos meter a bordo a las seis mujeres de mayor edad que lo habían pasado peor. Necesitaré hacer otros cuatro viajes. Tres para transportar el resto de los turistas, y uno para traer a Pin, Van Fleet, la guía y los tres cadáveres que dejaron en el cobertizo de los balleneros.

Dempsey señaló la nieve y la cellisca que caían a raudales.

—¿Podrás orientarte con este temporal?

—Me guiaré por la señal del comunicador portátil de Pitt.

—¿En qué estado se encuentran los turistas?

—Bastante bueno, teniendo en cuenta que se trata de personas de la tercera edad que han pasado tres días y tres noches en una cueva que era un congelador. Pitt me indicó que dijera al doctor Greenberg que la neumonía será el principal problema. El frío ha minado las energías de los más viejos y, en su estado de debilidad, su resistencia es mínima.

—¿Tienen idea de lo que le ocurrió a su barco? —quiso saber Dempsey.

—Antes de que bajasen a tierra, el primer oficial le dijo a la guía de la excursión que el barco iría veinte kilómetros litoral arriba para dejar allí a otro grupo de excursionistas. Eso es cuanto la mujer sabe. Una vez zarpó, el barco no volvió a establecer contacto con ella.

Dempsey tendió la mano y palmeó cordialmente el brazo de Giordino.

—Vuelve a la isla y ten cuidado, no se te vayan a mojar los pies. A continuación, el capitán se dirigió a la portilla de carga y se presentó a los cansados y ateridos pasajeros del *Polar Queen* según éstos iban saliendo del helicóptero. Tapando con una manta a la anciana de ochenta y tres años que estaban sacando en una camilla, dijo con una cálida sonrisa:

—Bienvenida a bordo. Le tenemos preparada sopa caliente, café y una cama confortable en el alojamiento de oficiales.

—Si no le importa, prefiero té —contestó la anciana con una suave sonrisa.

—Sus deseos son órdenes, querida señora. Cuento con el té —dijo Dempsey con galantería.

—Dios lo bendiga, capitán —contestó ella, estrechando la mano de éste.

En cuanto hubieron ayudado a bajar al último pasajero, Dempsey hizo una seña a Giordino, y éste alzó inmediatamente el helicóptero. El capitán se quedó mirando cómo el aparato turquesa se alejaba y desaparecía en la cellisca blanca.

Volvió a encender su sempiterna pipa y se quedó un rato en el pequeño helipuerto mientras los otros, huyendo del frío, corrían a refugiarse dentro de la superestructura del barco. No había contado con tener que enfrentarse a una misión de rescate. Que un barco se encontrase en apuros en alta mar, lo entendía, pero no llegaba a comprender los motivos por los que un capitán podía abandonar a sus pasajeros en una isla desierta y dejarlos en una situación de absoluta precariedad.

El *Polar Queen* se había alejado mucho más de veinticinco kilómetros del emplazamiento de la vieja estación ballenera. De eso estaba seguro, porque el radar del *Ice Hunter* tenía un alcance de más de ciento veinte kilómetros, y no se había reflejado en él nada que se pareciera ni por asomo a un buque de turismo.

El viento había amainado considerablemente cuando Pitt, acompañado por Maeve Fletcher y Van Fleet, llegó a la colonia de pingüinos. La zoóloga australiana y el biólogo norteamericano habían hecho buenas migas de inmediato. Pitt caminaba en silencio tras ellos, mientras los dos charlaban sobre sus respectivas especialidades. Maeve no dejaba de hacer a Van Fleet preguntas referentes a la tesis doctoral que estaba haciendo, mientras él le pedía detalles respecto al masivo exterminio de la colonia de pingüinos, las aves más simpáticas del mundo.

La tormenta había arrastrado al mar los cadáveres más próximos a la orilla. Como el viento y la cellisca habían cedido, la visibilidad era ya de casi un kilómetro, y Pitt pudo calcular que entre las piedras y rocas de la playa no habría menos de cuarenta mil pingüinos muertos.

Comenzaban a llegar petreles gigantes, los buitres del mar, para darse un festín de pingüinos. Pese a la majestuosidad con que surcaban el aire, eran implacables carroñeros. Bajo la mirada de desagrado de Pitt y sus acompañantes, los inmensos pájaros cayeron sobre sus inertes presas y hundieron sus picos en los cuerpos de las aves hasta que sus cuellos y cabezas estuvieron teñidos de rojo a causa de la sangre y las vísceras.

—No es exactamente un espectáculo digno de ser recordado —dijo Pin.

Van Fleet se encontraba estupefacto. Se volvió hacia Maeve con expresión de incredulidad.

—Aunque tengo la tragedia ante mis propios ojos, me sigue resultando difícil aceptar que todas esas pobres criaturas muriesen a la vez en un espacio de terreno tan reducido.

—Sea cual sea la causa que produjo este fenómeno —dijo Maeve—, estoy segura de que también es responsable de la muerte de los dos pasajeros y del tripulante que nos condujo a tierra.

Van Fleet se arrodilló y examinó uno de los pingüinos.

—No tiene heridas, ni hay indicios claros de envenenamiento ni de enfermedad. El cuerpo parece grueso y saludable.

Maeve se inclinó sobre el hombro del científico.

—Lo que más me ha extrañado es que todos tienen los ojos algo desorbitados.

—Sí, ya veo. Tienen los ojos dilatados.

Pitt miró pensativamente a Maeve.

—Mientras la llevaba a la cueva, usted me dijo que los tres fallecidos murieron en circunstancias misteriosas.

Ella asintió con la cabeza.

—Una extraña fuerza, invisible e intangible, casi acaba con todos nosotros. No tengo idea de qué pudo ser, pero le aseguro que, durante al menos cinco minutos, sentimos como si nuestros cerebros estuvieran a punto de estallar. El dolor fue horroroso.

—Por el color azulado de los cadáveres que me mostró en el cobertizo de la estación ballenera, parece que el motivo de la muerte fue un fallo cardíaco —dijo Van Fleet.

Pitt contempló el escenario de la aniquilación masiva.

—Es imposible que tres personas, infinidad de miles de pingüinos y cincuenta y tantas focas leopardo fallecieran a la vez de ataques cardíacos.

—Tiene que existir una causa común que relacione todas esas muertes —dijo Maeve.

—¿Tendrá esto relación con la manada de delfines muertos que encontramos en el mar de Weddell o con las focas también muertas que vimos en el canal de la isla Vega? —preguntó Pitt a Van Fleet. El biólogo marino se encogió de hombros.

—Para saberlo a ciencia cierta, hace falta un estudio más a fondo, pero parece evidente que tiene que existir un vínculo entre todos esos sucesos.

—¿Examinó los cuerpos en su laboratorio del barco? —preguntó Maeve.

—Disecqué dos focas y tres delfines y no encontré base alguna para formular una teoría sólida. La única coincidencia perceptible es que todos sufrieron hemorragias internas.

—Delfines, focas, aves y personas... —murmuró Pitt—. Todos son vulnerables a este azote.

Van Fleet asintió solemnemente.

—Por no mencionar las inmensas cantidades de calamares y tortugas marinas que han sido arrastradas a las playas del Pacífico y los millones de peces muertos que fueron hallados flotando frente a las costas de Perú y Ecuador en los últimos dos meses.

—Sí esto continúa así, no hay forma de predecir cuántas especies de vida marina y submarina quedarán extinguidas. —Pitt volvió la vista hacia el cielo, en el que sonaba el lejano rumor del helicóptero—. En resumidas cuentas, ¿qué sabemos, aparte de que nuestra misteriosa plaga mata sin discriminación a todos los seres

vivos?

—Y de que lo hace en cuestión de minutos —añadió Maeve.

Van Fleet se puso en pie.

—Si no averiguamos cuanto antes si el fenómeno se debe a disturbios naturales o a alguna clase de intervención humana —dijo francamente preocupado—, pronto los océanos carecerán de vida en sus profundidades.

—Y no sólo los océanos. Olvida usted que el fenómeno también mata en tierra —le recordó Maeve.

—No me lo recuerde, porque me horroriza pensar en ello.

Por un momento ninguno dijo nada. Los tres intentaban hacerse una idea de la potencial catástrofe oculta en algún lugar de los mares. Al fin, Pitt rompió el silencio y dijo con expresión pensativa:

—Bueno, éste parece un trabajo cortado a la medida para nosotros.

Pitt estudió la pantalla de un gran monitor en la que aparecía una imagen realzada por computador de la Península Antártica y sus islas limítrofes. Luego se retrepó en el asiento, descansó la vista unos instantes y miró por los teñidos cristales del puente de navegación del *Ice Hunter* cómo el sol se abría paso entre los jirones de nubes. Eran las once de una noche de verano en el hemisferio sur, y seguía habiendo luz diurna.

Los pasajeros del *Polar Queen* habían comido y se hallaban en los cómodos camarotes que amablemente les habían cedido la tripulación y los científicos. Doc Greenberg los había examinado detenidamente a todos y no encontró en ninguno de ellos daños o traumas permanentes. Se sintió aliviado de que tan sólo hubiera algunos casos de catarro, pero ni rastro de neumonías. En el laboratorio de biología del *Ice Hunter*, situado dos cubiertas por encima del hospital, Van Fleet, con la ayuda de Maeve Fletcher, estaba haciéndoles la autopsia a los pingüinos y las focas que habían transportado con el helicóptero desde la isla Seymour. Los tres cadáveres humanos habían sido puestos en hielo en espera de poder ser entregados a patólogos profesionales.

Pitt posó la vista en las enormes proas gemelas del *Ice Hunter*. No se trataba de una embarcación científica corriente; había sido diseñada informáticamente por ingenieros navales que trabajaron con datos aportados por oceanógrafos. Navegaba sobre cascos paralelos donde se hallaban instalados los grandes motores y las máquinas auxiliares. Su superestructura redonda, propia de la era espacial, albergaba aparatos técnicamente muy sofisticados e innovadores. Los alojamientos de la tripulación y los oceanógrafos eran equiparables a los camarotes de los transatlánticos de lujo. Su estructura ligera la dotaba de un aspecto frágil, aunque, desde luego, no lo era. Pues se trataba de una embarcación recia, construida para navegar con soltura en aguas agitadas y poder capear los más fuertes temporales. Los cascos triangulares, de un diseño revolucionario, podían cortar y atravesar témpanos de cuatro metros de ancho.

El almirante James Sandecker, el dinámico director de la Agencia Nacional de Investigaciones Marinas, había supervisado todo el proceso de construcción de la nave, desde que había sido diseñada por ordenador hasta que realizó su primer viaje alrededor de Groenlandia, y estaba orgulloso de cada centímetro del espléndido buque de reluciente superestructura blanca y cascos color turquesa. Como era muy convincente a la hora de conseguir fondos del nuevo y tacaño Congreso, no se había escatimado nada a la hora de construir el *Ice Hunter*, para dotarlo con el más avanzado equipamiento técnico. Se trataba, sin lugar a dudas, del mejor barco de investigación polar construido nunca.

Pitt volvió a mirar atentamente la imagen enviada desde el satélite.

No se sentía demasiado cansado. El día había sido largo y ajetreado, pero también estuvo lleno de toda clase de emociones: felicidad y satisfacción por haber salvado las vidas de más de veinte personas, y pesar al ver aquella enorme extensión de infortunados animales marinos muertos. Se trataba de una catástrofe incomprensible; algo siniestro y amenazador se cernía sobre ellos, un terrible secreto que desafiaba la lógica.

Sus cavilaciones fueron interrumpidas por la aparición de Giordino y el capitán Dempsey, que salieron del ascensor que comunicaba el ala de observación, situada por encima del puente de navegación, con la sala de máquinas, ubicada en las entrañas del barco, quince cubiertas más abajo.

—¿Captan las cámaras del satélite algún indicio del *Polar Queen*? —preguntó Dempsey.

—Nada que se pueda identificar positivamente —replicó Pitt—. La nieve difumina las imágenes.

—¿Algún contacto por radio?

Pitt negó con la cabeza.

—Es como si unos extraterrestres se hubieran llevado el barco. En la sala de comunicaciones no han recibido respuesta a sus llamadas. Y, por cierto, la radio de la base científica argentina permanece muerta.

—Sea cual sea el desastre que se abatió sobre el barco y la base debió de producirse con extraordinaria rapidez, pues los pobres diablos no tuvieron ni tiempo para hacer una llamada de socorro —comentó Dempsey.

—¿Han descubierto Van Fleet y Fletcher alguna pista que pueda aclarar el motivo de las muertes? —preguntó Pitt.

—Los exámenes preliminares indican que la arterias se rompieron en la base de los cráneos de los animales y por ello se produjeron las hemorragias internas. Aparte de eso, no puedo decir más.

—Parece que el cabo de nuestro ovillo nos conduce de un misterio a un enigma y del enigma a un dilema, sin que haya solución a la vista —dijo filosóficamente Pitt.

—Si el *Polar Queen* no está flotando en las proximidades ni se halla en el fondo del mar de Weddell, quizá haya sido objeto de un secuestro —aventuró Giordino.

—¿Cómo ocurrió con el *Lady Flamborough*? —preguntó Pitt sonriendo al tiempo que miraba a su amigo.

—Es una posibilidad que me ha pasado por la mente.

Dempsey, con la vista en el puente, recordó el suceso.

—El crucero secuestrado por terroristas en el puerto de Punta del Este hace varios años.

Giordino asintió.



—Transportaba jefes de estado a una conferencia sobre economía. Los terroristas llevaron el barco por el estrecho de Magallanes hasta un fiordo chileno, y allí lo ocultaron bajo un glaciar, donde Dirk lo localizó.

Dempsey calculó:

—Suponiendo que el *Polar Queen* lleve una velocidad de crucero de dieciocho nudos, los terroristas pueden encontrarse en estos momentos a mitad de camino de Buenos Aires.

—No me parece probable —dijo sosegadamente Pitt—. No se me ocurre ni una sola razón para que unos terroristas secuestren un barco de crucero en la Antártida.

—¿Cuál es entonces tu teoría?

—Creo que el *Polar Queen* se encuentra a la deriva o navegando en círculos a menos de doscientos kilómetros de aquí. —Pitt lo dijo con una seguridad que no dejaba lugar a dudas.

—¿Sabes acaso algo que nosotros ignoramos? —preguntó Dempsey, mirándolo extrañado.

—Apostaría lo que fuese a que el mismo fenómeno que terminó con las turistas y el tripulante que se hallaban en el exterior de la cueva, mató a todos los que iban en el *Polar Queen*.

—No es una idea agradable —dijo Giordino—, pero eso explicaría por qué el barco no regresó a recoger a los excursionistas.

—Y no nos olvidemos del segundo grupo, el que debía ser desembarcado veinte kilómetros costa arriba —les recordó Dempsey.

—Este lío empeora con cada minuto que pasa —rezongó Giordino.

Con la vista fija en la imagen del monitor, Pitt anunció:

—Al y yo efectuaremos un vuelo de reconocimiento en busca del segundo grupo. Si no encontramos indicios de su presencia, iremos a ver a los de la base científica argentina. Si estamos en lo cierto, ellos también pueden estar muertos.

—Pero, por Dios... ¿cuál es la causa de esta catástrofe? —preguntó Dempsey, sin dirigirse a nadie en particular.

Pitt hizo un vago gesto con las manos.

—Las causas conocidas que habitualmente producen el exterminio de la vida en los mares y sus inmediaciones no encajan en este rompecabezas. Los problemas naturales que suelen generar en cualquier lugar del mundo enormes mortandades de peces, como la alteración de la temperatura en las aguas de superficie o las invasiones de algas, como en el caso de las mareas rojas, no son aplicables a este caso, pues no se ha dado ninguna de estas causas.

—Eso nos deja con la contaminación causada por el hombre.

—Pero también debemos descartarlo —dijo Pitt—, pues en miles de kilómetros a la redonda no existen fuentes conocidas de contaminación tóxica. Además un

desecho radiactivo o químico no habría podido liquidar a tantos pingüinos en tan poco tiempo y, desde luego, no podría ser responsable de la muerte de los animales que se encontraban en tierra firme, junto a la orilla. Me temo que nos encontramos ante una amenaza sin precedentes.

Giordino sacó un enorme cigarro del bolsillo interior de su chaqueta. Era uno de los puros hechos especialmente para el personal disfrute del almirante Sandecker... y también de Giordino, pues nunca había llegado a descubrirse cómo se las arreglaba el italiano para llevar una década surtiéndose de la reserva de tabaco del almirante sin que nunca lo descubrieran. Acercó una llama a la punta del cigarro y aspiró una nube de fragante humo. Luego, tras chasquear la lengua, preguntó:

—Muy bien, ¿qué hacemos entonces?

El humo del cigarro hizo que Dempsey arrugase la nariz.

—Me he puesto en contacto con los gerentes de Ruppert y Saunders, la empresa propietaria del *Polar Queen*, y he repasado con ellos la situación. Han emprendido de inmediato una búsqueda aérea y nos han pedido que transportemos a los supervivientes de la excursión a la isla del Rey Jorge, donde los ingleses tienen una base científica y un campo de aterrizaje. Están haciendo los preparativos necesarios para que, desde allí, sean trasladados de regreso a Australia por vía aérea.

—¿Haremos eso antes o después de buscar el *Polar Queen*? —preguntó Giordino.

—Los vivos, primero —replicó seriamente Dempsey. Como capitán del barco, le correspondía tomar la decisión—. Vosotros dos inspeccionad la costa desde el helicóptero mientras yo pongo el *Hunter* rumbo a la isla del Rey Jorge. Una vez hayamos depositado a nuestros pasajeros sanos y salvos en tierra, volveremos para buscar el crucero.

—Para entonces —dijo Giordino sonriendo—, el mar de Weddell estará atestado de barcos de salvamento, desde aquí hasta Ciudad del Cabo, África del Sur.

—No es asunto nuestro —dijo Dempsey—. La ANIM no se dedica al salvamento de barcos.

Desentendiéndose de la conversación, Pitt se había acercado a una mesa sobre la que había desplegado un gran mapa del mar de Weddell. Eludiendo la tentación de actuar guiado por el instinto, se obligó a pensar racionalmente, con el cerebro y no con las vísceras. Intentó imaginarse a bordo del *Polar Queen* en el momento en que la nave sufrió el mortal azote. Giordino y Dempsey quedaron en expectante silencio, mirándolo. Al cabo de un minuto, Pitt alzó la vista del mapa y sonrió.

—Si programamos el ordenador con los datos pertinentes, conseguiremos una situación aproximada del *Polar Queen* bastante exacta.

—¿Y qué vamos a meter en la caja lista? —Así llamaba Dempsey a cualquier aparato electrónico del sistema informático de la nave.

—Todos los datos que tengamos sobre los vientos y las corrientes de los tres

últimos días, y los efectos que han podido tener sobre una masa del tamaño del *Polar Queen*. Una vez hayamos calculado la deriva, podremos averiguar si continuó navegando con la tripulación muerta, y en qué dirección lo hizo.

—¿Y si, en lugar de navegar en círculo como tú sugieres, hubieran fijado el timón en un curso recto?

—Entonces el barco se encontraría a mil quinientos kilómetros de distancia, en mitad del Atlántico meridional, y fuera del alcance del sistema de cámaras del satélite.

—Pero no crees que haya ocurrido así —dijo Giordino a Pitt.

—No —replicó él—. Teniendo en cuenta que el hielo y la nieve cubrieron nuestro barco tras la tormenta, estoy seguro de que la superestructura del *Polar Queen* estará enterrada bajo una gruesa capa blanca y resultará prácticamente invisible para el sistema de detección del satélite.

—¿Crees que puede pasar por un iceberg? —preguntó Dempsey.

—Más bien pienso que parecerá un pequeño saliente de tierra cubierto de nieve.

Dempsey pareció confuso.

—No te sigo.

Con férrea convicción, Pitt dijo:

—Me apostaría mi pensión del gobierno a que encontraremos al *Polar Queen* embarrancado en algún punto de la península o de las islas adyacentes.

## 6

Pitt y Giordino despegaron a las cuatro de la mañana, cuando casi toda la tripulación del *Ice Hunter* aún dormía. La temperatura era entonces más suave y el mar estaba en calma, bajo un cielo diáfano de color azul, con un viento del suroeste de cinco nudos. Con Pitt a los mandos, se dirigieron hacia la vieja estación ballenera antes de tomar rumbo norte en busca del segundo grupo de excursionistas del *Polar Queen*.

Pitt no pudo evitar sentirse sumamente triste cuando sobrevolaron el lugar en que estuvo la colonia de pingüinos. La costa estaba cubierta por una alfombra de aves muertas que se perdía en el horizonte. Los pingüinos de Adelia eran sumamente territoriales, por lo que parecía poco probable que otras especies de animales emigrasen hacia la zona. Los pocos pájaros que hubieran podido escapar del terrible azote que cayó sobre ellos necesitarían más de veinte años para llegar a ser una población tan numerosa como la que se había establecido en la isla Seymour. Por suerte, la inmensa pérdida no era tan grande como para poner en riesgo la supervivencia de la especie.

Una vez dejaron atrás las aves muertas, Pitt estabilizó la altura a cincuenta metros y voló por encima de la costa, tratando de encontrar algún indicio del lugar en que desembarcaron los excursionistas. Giordino miraba por su ventanilla, escrutando el mar de hielo en busca del *Polar Queen*. De vez en cuando, hacía una marca en el mapa que tenía sobre las rodillas.

—Si tuviera diez centavos por cada iceberg del mar de Weddell, me compraría la General Motors —murmuró Giordino.

A estribor, Pitt vio un gran laberinto de masas heladas desprendidas de la gran plataforma de Larsen y arrastradas por el viento y las corrientes rumbo noroeste, hacia aguas más cálidas, donde se partían, convirtiéndose en una miríada de icebergs de menor tamaño. Tres de los más grandes tenían el tamaño de pequeños países. Algunos medían trescientos metros de grosor y alcanzaban la altura de un edificio de tres pisos. Todos eran de un blanco resplandeciente, con tonos dorados y verdosos. Esas montañas flotantes de hielo formado de nieve compactada en un tiempo muy remoto avanzaban durante siglos hacia el mar donde acababan fundiéndose lentamente.

—Creo que también podrías quedarte con la Ford y la Chrysler.

—Si el *Polar Queen* hubiese chocado contra alguno de esos miles de icebergs, podría haberse ido al fondo en menos de lo que se tarda en contarlos.

—Prefiero no pensar en ello.

—¿Ves algo por tu lado? —preguntó Giordino.

—Sólo rocas grises asomando por entre nieve blanca. La verdad es que es un

paisaje bastante monótono.

Giordino hizo otra anotación en su mapa y cotejó la velocidad aerodinámica con su reloj.

—Estamos a veinte kilómetros de la estación ballenera, y no hay ni rastro de los pasajeros o del crucero.

Pitt asintió con la cabeza.

—Desde luego, no se ve ni una huella humana.

—Maeve Fletcher dijo que iban a dejar al segundo grupo en el asentamiento de una colonia de focas.

—Pues las focas están ahí —dijo Pitt, señalando hacia abajo—. Debe de haber más de ochocientas, y todas están muertas.

Giordino se irguió en su asiento y miró a babor al tiempo que Pitt hacía descender el helicóptero para que su compañero pudiera ver mejor. Los cuerpos pardos amarillentos de enormes elefantes marinos cubrían casi un kilómetro de la orilla de la playa. Desde cincuenta metros de altura, los animales parecían dormidos, pero desde más cerca se advertía que ninguno de ellos se movía.

—Parece que el segundo grupo de turistas nunca llegó a abandonar el barco —dijo Giordino.

Como no había nada más que ver, Pitt volvió a la línea de la orilla.

—Nuestra próxima parada es la estación científica argentina.

—Aparecerá en cualquier momento.

—No me hago muchas ilusiones acerca de lo que encontraremos allí —dijo Pitt, algo incómodo.

—Seamos optimistas —contestó Giordino con una forzada sonrisa—. Tal vez se hartaron de pasar frío, hicieron las maletas y se fueron a casa.

—No debemos hacernos ilusiones —replicó Pitt—. La estación efectúa un importante trabajo de investigación atmosférica. Es una de las cinco bases permanentemente ocupadas en determinar las fluctuaciones del agujero de ozono de la Antártida.

—¿Cuáles son las últimas noticias sobre la capa de ozono?

—Se está debilitando gravemente tanto en el hemisferio norte como en el sur —contestó Pitt muy serio—. Desde que se produjo la gran cavidad en el polo ártico, el hueco en forma de ameba que hay sobre el polo Sur, rotando en dirección horaria a causa de los vientos, ha alcanzado Chile y Argentina, hasta el paralelo cuarenta y cinco. También ha rebasado la isla Sur de Nueva Zelanda y ha llegado hasta Christchurch. La fauna y la flora de esas regiones están recibiendo las dosis más fuertes de rayos ultravioleta que se han registrado nunca.

—Eso quiere decir que tendremos que comprar protección solar por litros —dijo sarcásticamente Giordino.

—Ésa es la parte menos importante del problema —dijo Pitt—. Incluso las más mínimas dosis de radiación ultravioleta causan graves daños a los productos agrícolas, desde las patatas a los melocotones. Si los valores de ozono bajan más, pronto habrá en todo el mundo pérdidas desastrosas en las cosechas.

—Pintas un cuadro muy lóbrego.

—Pues aún hay más —continuó Pitt—. Si a lo del ozono le unes el recalentamiento del planeta y la creciente actividad volcánica, nos encontramos con que la raza humana puede enfrentarse a una subida del nivel del mar de entre treinta y noventa metros en los próximos doscientos años. La realidad es que hemos alterado las condiciones naturales de la tierra de una forma terrorífica y que aún no comprendemos plena...

—¡Mira! —le interrumpió Giordino, señalando hacia un punto. Estaban remontando un promontorio rocoso que se asomaba al mar—. Parece más una pequeña ciudad fronteriza que una base científica.

La base de investigación científica argentina era un complejo de diez edificios, construidos sobre sólidas armazones de acero coronadas por techos en forma de cúpula. Las paredes huecas se habían llenado de material aislante contra el frío y el viento. Sobre los techos de los edificios se alzaban bosques de antenas, cuya finalidad era detectar todos los datos posibles sobre las condiciones atmosféricas. Mientras Pitt volaba en círculos sobre los edificios, Giordino intentó por última vez establecer contacto radiofónico con la base.

—Nada, nadie responde —dijo el italiano, quitándose los auriculares.

—No tendremos fiesta de bienvenida.

Sin decir más, Pitt posó limpiamente el helicóptero junto al edificio de mayor tamaño. Las palas del rotor levantaron una nube de cristales de hielo. Había un par de motos de nieve y un tractor todoterreno abandonados y semienterrados bajo una capa blanca. No se veían huellas de pisadas, ni salía humo de las chimeneas; esto último era un indicio claro de que la base estaba deshabitada o, al menos, de que no había en ella persona alguna con vida. El lugar parecía extrañamente desolado, y Pitt pensó que el blanco sudario que lo cubría todo daba a la base un aspecto fantasmal.

—Será mejor que saquemos las palas del compartimento de carga —dijo Pitt—. Parece que tendremos que entrar excavando. No hacía falta mucha imaginación para temerse lo peor. Bajaron del aparato y, con la nieve llegándoles a las rodillas, fueron hasta la entrada del edificio principal. Casi dos metros de nieve tapaban la puerta, así que Pitt y Giordino tardaron casi veinte minutos en apartar la nieve suficiente para poder entrar.

—Después de ti —dijo Giordino con una leve reverencia.

Pitt no dudó por ello de la entereza de Giordino; el pequeño italiano desconocía el significado de la palabra miedo. Se trataba de una antigua rutina que habían

practicado en muchas ocasiones: Pitt abría marcha, mientras Giordino cubría cualquier movimiento inesperado que se produjese por detrás o por los flancos. De esta forma, recorrieron el trayecto corto de un túnel que concluía ante una puerta interior que actuaba como barrera adicional contra el frío. La franquearon y caminaron por un largo pasillo hasta llegar a una estancia que parecía el salón de recreo y el comedor. Giordino se acercó a un termómetro colgado de la pared.

—Estamos bajo cero —murmuró.

—Alguien se olvidó de encender la calefacción —asintió Pitt.

No tuvieron que ir muy lejos para encontrar al primer residente. Lo más extraño era que no parecía muerto. Estaba arrodillado en el suelo, aferrado al borde de una mesa, contemplando a Pitt y Giordino con ojos desorbitados. En su inmovilidad había algo tétrico, funesto. Era un individuo corpulento, cuya calva se veía circundada por una fina franja de pelo negro que iba de sien a sien. Como muchos científicos que pasan meses y a veces años en lugares desiertos, había abandonado el cotidiano ritual masculino de afeitarse, como quedaba de manifiesto por la magnífica barba que le llegaba hasta el pecho y que, lamentablemente, estaba manchada de vómitos. Lo que más espanto producía en el hombre, y que hizo que a Pitt se le erizaran los cabellos de la nuca, era el terror abyecto y el dolor agónico que reflejaba su rostro, un rostro convertido por el frío en una blanca máscara de mármol. Su apariencia era indescriptiblemente espantosa.

Tenía los ojos desorbitados y la boca extrañamente torcida. Evidentemente había muerto víctima de terribles dolores y sintiendo un inmenso pánico. Los dedos aferrados al tablero de la mesa tenían las uñas rotas, y en tres de ellos se veían pequeñas gotas de sangre congelada. No era necesario ser médico para determinar que ese hombre no se encontraba rígido a causa del *rigor mortis*; estaba totalmente congelado.

Giordino rodeó un pequeño mostrador y entró en la cocina, de donde reapareció al cabo de un momento.

—Ahí dentro hay dos más.

—Nuestros peores miedos se han confirmado —dijo Pitt pesaroso—. Si sólo uno de estos hombres hubiese quedado con vida, se habría ocupado de mantener en marcha los generadores, a fin de no quedarse sin electricidad ni calefacción.

Giordino miró hacia los pasillos que comunicaban con los otros edificios.

—No me apetece quedarme aquí. Propongo que nos larguemos de este palacio de hielo y llamemos al *Ice Hunter* desde el helicóptero.

Pitt le dirigió una irónica mirada.

—Lo que realmente quieres decir es que le soltemos el muerto al capitán Dempsey para que él se ocupe del desagradable trabajo de notificar a las autoridades argentinas que, misteriosamente, todo el grupo de científicos de élite destacado en su

principal base polar ha emprendido viaje hacia el otro mundo.

—Es lo más sensato que podemos hacer —dijo Giordino encogiéndose de hombros con gesto inocente.

—Nunca te perdonarías haberte largado de aquí sin haber inspeccionado a fondo, para hallar a posibles supervivientes.

—¿Qué le voy a hacer, si siento un excesivo cariño hacia las personas que están calientes y respiran?

—Busca el cuarto de generadores, pon combustible en los motores auxiliares, enciéndelos y conecta la corriente eléctrica. Luego dirígete al centro de comunicaciones e informa a Dempsey mientras yo inspecciono el resto de la base.

Pitt encontró a los demás científicos argentinos en los lugares en que habían fallecido. Todos los rostros reflejaban la misma expresión de tormento. Varios habían sido sorprendidos por la muerte en el laboratorio, tres de ellos se hallaban agrupados en torno a un espectrofotómetro, el aparato que se utilizaba para medir el ozono. Pitt contó un total de dieciséis cadáveres, entre los que había cuatro mujeres, repartidos por los diversos compartimientos de la estación. Todos tenían los ojos dilatados y las bocas abiertas, y habían vomitado antes de morir. Habían muerto aterrados y entre terribles dolores, y quedaron congelados en su agonía. Pitt recordó los vaciados en escayola de los muertos de Pompeya.

Los cadáveres se encontraban en extrañas posiciones. Ninguno yacía en el suelo, como cabía esperar, pues era lógico que al ser sorprendidos por la muerte hubiesen caído derrumbados. Parecía que todos hubiesen tropezado y hubiesen tratado de aferrarse desesperadamente a algo para no perder el equilibrio. Algunos seguían agarrados a las alfombras y otros tenían las manos en las sienes. Intrigado por ello, Pitt intentó abrirle las manos para ver si tenían indicios de alguna herida o enfermedad, pero le fue imposible moverles los dedos; estaban congelados.

Los vómitos parecían indicar que la muerte fue producida por una virulenta enfermedad o por alguna comida contaminada. Sin embargo, a Pitt no le parecía posible que ésas fueran las causas de las muertes. No se conocía enfermedad o veneno que matasen en el plazo de unos minutos. Mientras caminaba hacia la sala de comunicaciones, una teoría comenzó a formarse en su mente. Sus pensamientos llegaron a un brusco fin cuando, al entrar en la sala, vio un cadáver sobre una mesa, como una grotesca figura de cerámica.

—¿Cómo llegó eso ahí? —preguntó, sin perder la calma.

Sin alzar la vista de la consola de radio, Giordino replicó:

—Lo puse yo. Estaba sentado en la única silla que había, y me pareció que yo la necesitaba más que él.

—Con éste, el número de muertos asciende a diecisiete.

—Suma y sigue.



—¿Has podido comunicarte con Dempsey?

—Lo tengo en línea. ¿Quieres hablar con él?

Pitt se inclinó sobre Giordino y habló por el teléfono vía satélite que podía conectarlo con casi cualquier punto del planeta.

—Aquí Pitt. ¿Estás ahí, Dempsey?

—Adelante, Dirk, te escucho.

—¿Te ha contado Al lo que hemos encontrado aquí?

—Por encima. En cuanto me confirmes que no hay supervivientes, llamaré a las autoridades argentinas.

—Dalo por hecho. A no ser que haya alguno metido en un armario o debajo de alguna cama, he contado un total de diecisiete cadáveres.

—Diecisiete —repitió Dempsey—. ¿Puedes determinar la causa de la muerte?

—Negativo —replicó Pitt—. Los síntomas que presentan no son de los que uno encuentra en la guía médica familiar. Tendremos que esperar el informe del patólogo.

—Quizá te interese saber que la señorita Fletcher y Van Fleet han descartado la infección vírica y la contaminación química como causa de las muertes de los pingüinos y las focas.

—Todos los de la base vomitaron antes de morir. Infórmales sobre ello; puede que les ayude a encontrar una explicación.

—Tomo nota. ¿Sabes algo del segundo grupo de excursionistas?

—Nada. Deben de seguir a bordo del barco.

—Es muy extraño.

—¿Cómo ves tú la situación?

—Nos enfrentamos a un enorme rompecabezas al que le faltan demasiadas piezas.

—Viniendo hacia aquí, sobrevolamos una colonia de focas que había sido aniquilada. ¿Has determinado cuáles son los límites de la catástrofe?

—La base británica situada a doscientos kilómetros al sur de donde os encontráis ahora, en la península de Jason, y un crucero norteamericano anclado en la bahía Hope me han informado de que en su zona no se han producido acontecimientos extraños, ni han habido indicios de muertes inexplicables entre la fauna. Teniendo en cuenta la zona del mar de Weddell en que encontramos a los delfines muertos, yo diría que el círculo de la muerte se extiende en un diámetro de noventa kilómetros que tiene como centro la isla Seymour.

—Ahora dejaremos la base y trataremos de localizar el *Polar Queen* —dijo Pitt.

—Ten cuidado, no vayáis a quedaros sin combustible para volver al barco.

—Tranquilo. Un chapuzón en agua helada es lo que menos nos apetece en estos momentos.

Giordino cerró la consola de comunicaciones de la base científica y luego

camaron en direcci3n a la salida. Ni Pitt ni Giordino querían pasar más de lo indispensable en ese gélido mausoleo. Mientras el helicóptero alzaba el vuelo, Giordino estudió el mapa de la Antártida.

—¿Ad3nde? —preguntó el italiano.

—Lo correcto sería inspeccionar la zona seleccionada por el ordenador del *Ice Hunter* —replicó Pitt.

Giordino dirigió a Pitt una mirada de desconcierto.

—Supongo que eres consciente de que el ordenador no está de acuerdo con tu teoría de que el crucero embarrancó en la península o en alguna de las islas cercanas.

—Sí, ya sé que la caja lista de Dempsey ha indicado que el *Polar Queen* debe de estar navegando en círculo en medio del mar de Weddell.

—Me parece que tú no estás muy de acuerdo, ¿es así o sólo son manías mías?

—Digamos simplemente que lo único que puede hacer un ordenador es analizar los datos que se le introducen, y en funci3n de ese análisis da una respuesta.

—Entonces, ¿ad3nde? —repitió Giordino.

—Inspeccionaremos las islas de más al norte, hasta Moody Point, en el extremo de la península, y luego describiremos una curva hacia el oeste hasta converger con el *Ice Hunter*.

Giordino sabía que estaba con el mayor embaucador de los mares polares, pero, pese a ello, picó en el anzuelo.

—Eso no es seguir al pie de la letra las instrucciones del ordenador.

—Efectivamente; la verdad es que no pienso seguirlas en absoluto.

—Muy bien, dame una pista de lo que está cruzando por tu retorcida mente.

—En la colonia de focas no encontramos cadáveres humanos, así que ahora sabemos a ciencia cierta que el barco no hizo una parada para dejar en tierra al otro grupo de excursionistas. ¿Me sigues?

—De momento, sí.

—Imagínate el barco navegando en direcci3n norte desde la estaci3n ballenera. La catástrofe, fuera lo que fuera, se produjo antes de que la tripulaci3n tuviera tiempo de dejar en tierra a los pasajeros. Por otra parte, es imposible que el capitán pusiera el piloto automático en estas aguas llenas de témpanos flotantes e icebergs, ya que el riesgo de colisi3n es excesivo. Por lo que él mismo debió de ponerse al tim3n y probablemente manejó el barco desde una de las consolas electrónicas de pilotaje que hay en los puentes de babor y estribor.

—Hasta ahí, bien —dijo mecánicamente Giordino—. Y luego ¿qué?

—El barco debía de estar bordeando la costa de la isla Seymour cuando se produjo la catástrofe —explicó Pitt—. Ahora coge tu mapa y traza una línea ligeramente desviada hacia el noreste en unos doscientos kilómetros y luego crúzala con un arco de treinta kilómetros. Cuando lo hagas, dime qué punto de la zona queda

determinado y qué islas hay en la ruta.

Antes de hacerlo, Giordino miró fijamente a Pitt por un momento.

—¿Por qué no llegó el ordenador a la misma conclusión? —quiso saber.

—Porque, como capitán de barco, a Dempsey lo que más le preocupan son los vientos y las corrientes. Además, partió de la presunción (correcta en un marino avezado) de que el último acto de un capitán en trance de morir es intentar salvar su nave. Lo que significa apartar el *Polar Queen* del riesgo de encallar contra las rocas de la costa y enfilarlo hacia la relativa seguridad del mar, pese al riesgo de los icebergs.

—Pero tú no crees que sucediera así.

—Después de ver los cadáveres de la base científica, no. Esos pobres diablos apenas tuvieron tiempo de reaccionar, así que, desde luego, no pudieron tomar una decisión meditada. El capitán del crucero debió de morir vomitando mientras el barco navegaba en un curso paralelo a la costa, y al resto de los tripulantes tuvo que ocurrirles lo mismo. Por eso creo que el *Polar Queen* siguió navegando hasta que o bien embarrancó en una isla, chocó contra un iceberg y se hundió, o bien siguió por el Atlántico meridional hasta que el combustible se acabó y quedó a la deriva en una zona alejada de las rutas navales normales.

Giordino ni siquiera rechistó ante los pronósticos de Pitt. Era como si el italiano los hubiese esperado.

—¿Nunca has pensado en dedicarte profesionalmente a echar la buenaventura?

—Hasta hace cinco minutos, no —respondió Pitt.

Giordino lanzó un suspiro y marcó en el mapa el curso solicitado por Pitt. Minutos después lo puso contra el panel de instrumentos, para que su compañero pudiera verlo.

—Si con tu mística intuición has dado en el clavo, el único lugar de aquí al Atlántico Sur en que el *Polar Queen* podría haber encallado es en una de estas tres pequeñas islas.

—¿Cómo se llaman?

—Islas del Peligro.

—El nombre suena a novela juvenil de piratas.

Giordino hojeó un manual de costas.

—Se aconseja a los barcos que no se acerquen a ellas —dijo—. Por lo visto están rodeadas de grandes rocas de basalto y la mar en esa zona siempre está agitada. Hay una lista de los barcos que se han estrellado contra ellas. —Alzó la vista del mapa y del manual y dirigió a Pitt una escrutadora mirada—. No parece que sea exactamente un lugar de recreo.

El mar entre la isla Seymour y el continente estaba liso y reflectante como un espejo. Las rocallosas montañas se alzaban sobre el mar y sus laderas nevadas se reflejaban en las aguas con todo detalle. Al oeste de las islas, se veía un inmenso ejército de icebergs a la deriva que surgían de las aguas azules y parecían antiguos barcos de vela congelados. Sin embargo, no avistaron ninguna embarcación, nada construido por el hombre mermaba la increíble belleza del paisaje.

Rodearon la isla Dundee, situada algo más abajo del extremo de la península. Frente a ellos, el promontorio de Moody Point parecía señalar el camino hacia las islas del Peligro como el huesudo dedo de la vieja de la guadaña señalando a su víctima. La mar en calma terminaba en ese punto. De pronto, como si hubieran salido de un cálido y acogedor salón por una puerta que conducía a la tormenta, se encontraron con las agitadas aguas cercanas al estrecho de Drake, donde un fuerte viento hizo que el helicóptero se agitase como una coctelera.

Aparecieron las cumbres de las tres islas del Peligro. Los promontorios rocosos se alzaban sobre la mar revuelta y espumeante y sus laderas eran tan empinadas que ni las aves marinas podían posarse en ellas. Las duras formaciones basálticas habían aguantado impertérritas el furioso asalto de las olas durante más de un millón de años. Sus pulidas paredes se alzaban hasta cimas verticales en las que no había ninguna superficie lisa mayor que una mesa de café.

—Ningún barco sobreviviría a esos torbellinos —dijo Pitt.

—En torno a esos promontorios las aguas son muy profundas —comentó Giordino—. Por lo visto, a tiro de piedra de las islas, el fondo desciende a más de cien brazas.

—Según los mapas, la profundidad es de más de mil metros en menos de tres kilómetros.

Rodearon el primer islote de la cadena, una amenazadora masa de piedras situada en medio de las espumeantes aguas. En el atormentado mar no se veía resto alguno de naufragio. Volaron a través del canal que separaba esa isla de la siguiente, sin dejar de mirar las agitadas aguas que a Pitt le recordaron los torrentes del río Colorado bajando en primavera por el Gran Cañón. Ningún capitán de barco se atrevería a llevar su nave allí.

—¿Ves algo? —preguntó Pitt a Giordino, que se afanaba por mantener estable el helicóptero contra los fuertes vientos que intentaban lanzar al aparato contra los enormes farallones.

—Aguas bravas con las que disfrutaría de lo lindo un aficionado al kayak. Nada más.

Pitt completó la circunferencia y enfiló el helicóptero hacia la tercera isla, de

aspecto sombrío y peligroso. No hacía falta mucha imaginación para apreciar en la cumbre un rostro vuelto hacia arriba, muy similar al del diablo, con ojos rasgados y unos pequeños promontorios rocosos que hacían las veces de cuernos, incluso podía distinguirse una afilada barba bajo unos labios que sonreían malévolamente.

—He aquí un sitio realmente repugnante —dijo Pitt—. ¿Cómo se llama?

—El mapa no da un nombre a cada uno de los islotes —replicó Giordino.

Un poco más tarde, Pitt puso el helicóptero en un curso paralelo a los farallones batidos por las olas y luego rodeó la isla desierta. De pronto, Giordino dio un respingo y miró fijamente por el parabrisas.

—¿Has visto eso?

Pitt apartó la mirada de las aguas que rompían contra las rocas y miró hacia adelante.

—No veo restos de naufragio.

—No mires el agua, sino hacia lo alto del promontorio que hay justo enfrente.

Pitt miró con atención la extraña formación rocosa, algo separada de la masa principal del islote, que se adentraba en el mar como un rompeolas artificial.

—¿Te refieres a la nieve de la cima?

—No es nieve —dijo Giordino con firmeza.

De pronto, Pitt reconoció lo que era.

—¡Ya lo tengo! —dijo, excitado. Era algo liso, blanco forma de triángulo truncado. La parte alta era negra y costado había pintado una especie de emblema—. ¡Es la chimenea de un barco! Y cuarenta metros más adelante está la antena del radar.

—Si es el *Polar Queen*, debe de haber chocado contra las rocas del otro lado del saliente.

Pero sólo había sido una ilusión óptica. Al sobrevolar el rompeolas natural, vieron el crucero flotando sano y salvo a más de quinientos metros de la isla. Resultaba increíble, pero allí estaba, sin un rasguño.

—¡Está intacto! —exclamó Giordino.

—Pero no seguirá así por mucho tiempo —dijo Pitt, que de inmediato había advertido que la nave se hallaba en una situación realmente arriesgada. El *Polar Queen* navegaba en grandes círculos, como si su timón hubiera quedado encallado en dirección a estribor. Los dos amigos habían llegado apenas treinta minutos antes de que el curso curvo que seguía la nave hiciera que ésta se estrellara y su casco se destrozara, haciendo que el *Polar Queen* acabara con todos sus pasajeros y tripulación en el fondo de las gélidas aguas.

—Hay cadáveres sobre el puente —dijo Giordino. Había cuerpos diseminados sobre la cubierta; algunos habían caído en las proximidades de la popa. Vieron una Zodiac atada aún al portalón, que iba a rastras del barco y en su interior distinguieron dos cuerpos caídos. No cabía duda de que todos estaban muertos, pues los cuerpos

estaban cubiertos por una fina capa de nieve y hielo.

—Otras dos vueltas, y el *Polar Queen* besar  las rocas —dijo Giordino.

—Tenemos que bajar y conseguir enderezar de algún modo su curso.

—No podemos hacerlo con este viento —dijo Giordino—. Sólo podríamos aterrizar sobre el techo de la cubierta del puente, pero, con este viento, no quiero ni intentarlo. En cuanto reduzcamos velocidad y comencemos a descender, el helicóptero quedar  a merced del viento como una hoja seca. Bastará una leve racha de aire para hacer que nos estrellemos.

Pitt se soltó el cinturón de seguridad.

—Entonces pilota t  mientras yo bajo por el torno.

—Gente menos loca que t  est  encerrada en celdas acolchadas. No querrás quedarte colgado en el aire como un yo-yo.

— Se te ocurre otra forma de subir a bordo?

—Sólo una, pero el *Ladies Home Journal* no la aprobará.

—Recuerda el descenso al acorazado durante el asunto Vixen —dijo Pitt.

—Una de las múltiples ocasiones en que te ha sonreído la suerte.

Pitt estaba seguro de que el barco se estrellar  contra las rocas y se hundirá como un ladrillo en cuanto el fondo del casco se rompiera. Existía la posibilidad de que alguien hubiese sobrevivido al extraño azote, como les había ocurrido a Maeve y al grupo de excursionistas en la cueva. La realidad pura y dura obligaba a que los cuerpos fuesen examinados, con la esperanza de averiguar la causa de la muerte. Si existía alguna posibilidad de salvar el *Polar Queen*, por pequeña que ésta fuese, había que aprovecharla.

—Al intrépido trapealista le llegó la hora de actuar —dijo, mirando a Giordino con una leve sonrisa.

Pitt llevaba ropa interior térmica de nailon grueso, para conservar el calor corporal y protegerse de las temperaturas árticas. Encima se puso un traje de buceador, especial para las aguas polares, que le proteger  del viento mientras estaba colgado del helicóptero en movimiento y lo mantendrá con vida el tiempo suficiente para ser rescatado, en caso de que se soltara demasiado pronto o demasiado tarde y cayera al mar.

Se colocó un arnés de apertura rápida y se ajustó el barboquejo del casco metálico que llevaba incorporado un equipo transmisor. Desde el compartimiento que contenía el equipo científico de Van Fleet, miró hacia la cabina.

— Me oyes bien? —preguntó a Giordino por el pequeño micrófono ajustado frente a sus labios.

—Hay alguna interferencia, pero desaparecerá en cuanto te alejes del motor de los rotores.  Qu  tal me oyes t ?

—Muy bien.

—Como en la parte alta de la superestructura está la chimenea, el mástil de proa y un montón de equipo de navegación electrónico, no puedo correr el riesgo de dejarte en la cruzija. Tendrá que ser o en la parte despejada de proa o en la popa.

—Déjame en la cubierta de popa; en proa hay demasiada maquinaria.

—Lo sobrevolaré de estribor a babor en cuanto el barco gire y el viento sople de través —dijo Giordino—. Entraré desde el mar e intentaré aprovechar el abrigo que ofrecen los farallones contra el viento, para maniobrar.

—Comprendido.

—¿Listo?

Pitt se ajustó la máscara protectora del casco y se puso los guantes. Empuñando en una mano el mando a distancia del torno, se volvió y abrió la portilla lateral. De no haber llevado la ropa adecuada para enfrentarse al clima ártico, el brusco chorro de aire polar lo habría convertido en un témpano en cuestión de segundos. Se asomó al exterior y miró hacia el *Polar Queen*.

La nave cada vez estaba más próxima a su fin; sólo cincuenta metros la separaban de la destrucción. Las mastodónticas rocas de la isla del Peligro más alejada de la costa parecían atraerla como imanes. «Como una despreocupada mariposa avanzando serenamente hacia una araña negra», pensó Pitt. Apenas quedaba tiempo. El barco había iniciado su última vuelta, la que lo haría estrellarse contra los acantilados; un trágico final que había postergado el reflujó de las olas que rompían contra las rocas.

—Ahí vamos —anunció Giordino, enfilando el helicóptero hacia el barco.

—Salgo —dijo Pitt. Luego apretó un botón del mando a distancia para que el chigre soltase un poco de cable. En cuanto tuvo suficiente holgura, Pitt saltó al espacio.

La fuerza del viento lanzó su cuerpo bajo la panza del helicóptero. Las palas del rotor giraban estruendosamente sobre él y el ruido del escape de la turbina le llegaba algo ensordecido a través del casco y los auriculares. Girando en medio del frío polar, Pitt experimentó la misma sensación de un saltador de *puenting* tras el primer rebote. Se concentró en el *Polar Queen*, que, allá abajo, parecía un barco de juguete flotando sobre el lecho azul del mar. La superestructura de la nave crecía a medida que se acercaba a ella, hasta llenar su campo de visión.

—Intentaré estabilizarme sobre la nave —dijo Giordino por radio—. Cuidado, no vayas a chocar con la barandilla y hacerte pedazos.

Aunque hablaba con la calma de quien está aparcando un coche en un garaje, en la voz de Giordino había una perceptible tensión. El italiano hacía cuanto podía por mantener firme el aparato a pesar de las fortísimas rachas de viento.

—Y tú no te revientes contra las rocas —replicó Pitt.

Ésas fueron las últimas palabras que cruzaron. A partir de ese instante, todo dependía de su buena vista y de su instinto. Pitt había ido soltando cable y ya se

encontraba a quince metros bajo el helicóptero. Intentó contrarrestar la inercia que lo hacía moverse en círculo, usando los brazos como si fueran las alas de un avión. Mientras Giordino reducía velocidad, él descendió algunos metros más.

Por un momento Giordino tuvo la sensación de que el *Polar Queen* surcaba las aguas como si todo fuera bien y se encontrase en el tranquilo mar del trópico haciendo un crucero de placer. El italiano redujo cuanto pudo la velocidad. Un poco más, y el viento se haría con el pleno control del aparato. Giordino hizo alarde de toda la experiencia acumulada durante sus muchas horas de vuelo..., si se podía llamar vuelo a estar a merced de las caprichosas rachas de viento. Pese al huracanado aire, si lograba mantener su curso, dejaría a Pitt en el centro justo de la cubierta de popa. Posteriormente, juraría que había resistido al asalto de vientos procedentes de seis direcciones distintas. Colgado del extremo del cable del chigre, Pitt no pudo evitar maravillarse de que su compañero consiguiera mantener el curso del helicóptero.

Los oscuros acantilados se erguían cada vez más próximos al barco, sombríos y amenazadores. Era una visión que hubiera hecho estremecerse al más intrépido lobo de mar y que, ciertamente, impresionó a Giordino. Debía tener buen cuidado para no estrellarse espectacularmente contra las rocas, del mismo modo que Pitt debía hacerlo para no romperse los huesos estrellándose contra un costado del barco.

Al volar hacia la parte de sotavento de la isla, las rachas de aire cedieron algo en intensidad; no mucho, pero sí lo suficiente para que Giordino volviera a sentirse dueño de helicóptero y de su destino. De pronto, la superestructura blanca y amarilla del barco, que había llenado su campo visual, desapareció de su vista y quedó bajo el helicóptero. Entonces sólo podía ver la blanca pared del acantilado que ascendía verticalmente. Con la esperanza de que Pitt ya se hubiese soltado, Giordino hizo subir rápidamente el aparato, mientras los húmedos y negros farallones parecían atraerlo como un imán.

Cuando hubo remontado la cima del islote, al salir del abrigo de la pared, el helicóptero recibió de pleno el impacto de la fuerza del viento, que lo lanzó de costado, con los rotores en posición perpendicular. Sin pensarlo dos veces, Giordino hizo girar bruscamente el aparato y se alejó del barco al tiempo que trataba de distinguir a Pitt en la cubierta, pues no sabía —era imposible que lo supiera— que su amigo se había soltado el arnés para caer desde sólo tres metros y con absoluta precisión en el centro de la piscina ubicada en la cubierta de popa. Dobló las rodillas y extendió los brazos para reducir la fuerza del impacto, y al caer en la piscina, que tan sólo tenía dos metros de profundidad en la parte más honda, arrojó sobre la cubierta una gran cantidad de agua. Sus pies, calzados con botas de submarinista, frenaron el golpe en el fondo, y Pitt quedó inmóvil y en cuclillas bajo la superficie del agua.



Giordino, con creciente preocupación, sobrevoló la superestructura del barco, intentando localizar a Pitt. Como al principio no lo vio, gritó por el micrófono:

—¿Qué tal caíste? Da señales de vida, amigo.

—Estoy aquí, en la piscina —contestó Pitt, agitando los brazos.

—¿Has caído en la piscina? —preguntó estupefacto el italiano.

—Y me apetece quedarme aquí —replicó Pitt sonriente—. Dejaron conectado el climatizador, y el agua está calentita.

—Te sugiero que muevas el culo y vayas al puente —dijo Giordino, con cierta alarma—. El barco está iniciando su última vuelta, y no creo que le falten más de ocho minutos para chocar contra las rocas.

Pitt no necesitó oír más. Salió de la piscina y echó a correr hasta la escalera de toldilla de proa. El puente estaba una cubierta más arriba. Subió de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera, abrió la puerta de la caseta del timón y entró. Un oficial yacía muerto sobre cubierta, aferrado al borde de la mesa de mapas. Pitt echó un rápido vistazo a la consola de navegación automática. Perdió unos segundos preciosos buscando el monitor digital de curso. La luz amarilla indicaba que el control electrónico estaba en posición manual. Pitt se apresuró a salir al ala de estribor del puente. Estaba vacía. Dio media vuelta y, cruzando de nuevo la caseta del timón, salió al ala de babor. Sobre el puente encontró a otros dos oficiales muertos. Había otro cuerpo congelado de rodillas e inclinado sobre el panel exterior de mandos, rodeando con los brazos el pedestal que lo sostenía, el cadáver llevaba un chaleco protector contra el frío sin ningún distintivo de rango, pero en la gorra que llevaba había oro más que suficiente para deducir que se trataba del capitán.

—¿Puedes echar el ancha? —preguntó Giordino.

—Eso es más fácil decirlo que hacerlo —contestó Pitt irritado—. El fondo es rocoso y seguramente los costados de la isla descienden más de mil brazas en ángulo recto. La roca es demasiado resbaladiza para que las uñas del ancla se agarren a ella.

Pitt echó un vistazo y enseguida comprendió por qué el barco había navegado en línea recta durante casi doscientos kilómetros y después había iniciado una serie de giros a babor. Por el cuello del chaleco del capitán asomaba, pendiente de una cadena, una medalla de oro que permanecía suspendida sobre el control de mandos. Cada racha de viento hacía oscilar lateralmente la medalla, y ésta, con cada movimiento pendular, tocaba una de las palancas acodadas que controlaban el movimiento del barco y formaban parte del sistema electrónico que usan los capitanes para hacer entrar en dársena a sus naves. La medalla había hecho que la palanca se desplazase a la posición de medio a babor, por eso el *Polar Queen* había estado navegando en círculos cada vez más próximos a las islas del Peligro.

Pitt cogió la medalla y miró la imagen grabada en una de las caras. Era san Francisco de Paula, el patrón de los marinos y navegantes, al que se reverenciaba por

haber salvado milagrosamente a muchos hombres del mar de morir en el fondo del océano. Lástima que esa vez no hubiese hecho un milagro para salvar al capitán del *Polar Queen*, pensó Pitt. Pero aún era posible evitar que el barco se hundiera.

De no ser por la oportuna aparición de Pitt —un suceso totalmente fortuito—, la extraña circunstancia de que un minúsculo fragmento metálico golpease una pequeña palanca hubiese llevado contra las rocas un barco de dos mil quinientas toneladas, con todos sus pasajeros y tripulantes, vivos o muertos, provocando su hundimiento en las gélidas aguas del indiferente mar.

—Date prisa —dijo nervioso Giordino a través de los auriculares.

Pitt, maldiciéndose por haber perdido tiempo, echó un rápido vistazo a los siniestros muros pétreos que se alzaban sobre él y parecían perderse en la estratosfera. Las paredes eran tan lisas tras siglos y siglos de recibir los embates de las olas que parecía como si una gigantesca mano hubiese pulido su superficie. Las olas batían furiosamente contra la roca a menos de doscientos metros de distancia. Según el *Polar Queen* se iba acercando a los farallones, las olas golpeaban contra el bao, empujando el casco hacia el desastre. Pitt calculó que la nave embestiría las rocas con el costado de estribor en menos de cuatro minutos.

El implacable oleaje se alzaba de las profundidades del océano y se lanzaba contra los islotes con la fuerza de una inmensa bomba. El mar, convertido en un espumeante caldero de aguas blancas y azules, se empinaba hacia lo alto de la rocosa isla, permanecía allí unos instantes y luego retrocedía; el potente reflujo de las aguas había evitado hasta el momento que el *Polar Queen* se viese lanzado contra los farallones.

Pitt intentó apartar al capitán, pero no pudo mover el cuerpo, porque las manos cerradas en torno a la base del panel de control se negaban a soltar su presa. Pitt agarró el cadáver por debajo de las axilas y, al tirar de él con todas sus fuerzas, escuchó el sonido de algo desgarrándose; era la carne helada separándose del metal al que estaba adherida. De pronto, el capitán se soltó. Pitt echó su cuerpo a un lado, encontró la palanca cromada que controlaba el timón y la empujó hacia la marca que indicaba «babor», para aumentar el ángulo de giro y apartar la nave de la catástrofe.

Durante treinta segundos, aparentemente, no ocurrió nada. Luego, con agónica lentitud, la proa se apartó de las rompientes. Un barco no puede girar en el mismo radio de un camión con remolque largo y necesita más de un kilómetro para detenerse por completo o corregir su ángulo de giro.

Por un momento Pitt consideró la posibilidad de poner en reversa la hélice de babor, haciendo girar la nave sobre su eje, pero necesitaba toda la inercia del barco para salir de los escollos, además existía el riesgo de que la popa girase demasiado hacia estribor y chocase con las rocas.

A través de los auriculares, Giordino le advirtió:

—No conseguirás apartar el barco. Está a merced de las olas. Es mejor que saltes mientras puedas.

Pitt no contestó. Estudió el desconocido panel de mandos y localizó las palancas que controlaban los propulsores de proa y popa. También había un mando regulador que conectaba el panel con las máquinas. Conteniendo el aliento, Pitt puso los propulsores a toda marcha. La respuesta fue casi inmediata. En las entrañas de la nave, como manejados por una mano invisible, los motores se revolucionaron y Pitt sintió un momentáneo alivio al notar bajo sus pies la creciente vibración de las máquinas. Ya poco podía hacer, salvo cruzar los dedos y esperar que hubiera suerte. En el helicóptero Giordino miró aprensivamente hacia abajo. Desde su privilegiado puesto de observación, no parecía que el barco estuviera girando. Al italiano le pareció imposible que Pitt pudiera escapar después de que el barco chocase contra la isla, pero, por otra parte, saltar en ese momento a las agitadas aguas hubiera sido un auténtico suicidio.

—Bajaré a por ti —dijo a Pitt.

—Ni se te ocurra —contestó él—. Desde donde estás no puedes apreciarlo, pero la turbulencia del aire en las proximidades de los farallones es terrible, y si te acercas harás caer el aparato.

—Es una locura que esperes más. Si saltas ahora, podré recogerte.

—Y un cuer... —Pitt se interrumpió horrorizado. Una ola gigantesca cubrió de repente la embarcación como un alud. Por un largo momento el *Polar Queen* pareció deslizarse hacia los farallones y las aguas turbulentas que los circundaban. Luego volvió a embestir hacia adelante. La quilla rompehielos se hundió bajo la ola y el mar de espuma llegó hasta el puente. El barco siguió descendiendo, como si se propusiera llegar hasta el fondo marino.

El torrente cayó con clamor de trueno y arrojó a Pitt sobre cubierta. Instintivamente, contuvo el aliento mientras las heladas aguas lo envolvían. Se aferró con desesperación al pedestal de la consola de mandos, para evitar caer en el mortal torbellino. Tuvo la sensación de que una inmensa catarata caía sobre él. A través de la máscara que le cubría el rostro sólo podía ver burbujas y espuma, e incluso estando protegido por el traje polar, notó como si un millón de agujas se clavaran en su piel. Era como si le estuvieran arrancando los brazos, que a duras penas seguían aferrados a la base del panel de mandos.

Luego el *Polar Queen* embistió contra las aguas y salió por la parte posterior de la ola. Su proa se desplazó otros diez metros hacia babor. La nave se negaba a morir y estaba dispuesta a luchar contra las aguas embravecidas hasta el amargo fin. El agua caía a torrentes del puente, pero por un momento Pitt pudo asomar la cabeza y respirar, a la vez que intentó ver a través del diluvio de agua que sacudía el barco tras golpear contra los oscuros farallones, tan próximos que parecían al alcance de la mano. El *Polar Queen* se hallaba envuelto en una nube de espuma y agua pulverizada, y cuando ya estaba al borde de la catástrofe, Pitt accionó el propulsor de popa, para intentar salir de las rompientes.

El propulsor de proa se hundió en las aguas e impulsó la parte delantera del barco hacia las inmensas olas, al tiempo que las hélices de popa convertían el agua en espuma y colocaban el *Polar Queen* en un ángulo que lo alejaba de la pétrea pared vertical. Imperceptiblemente y por la gracia de Dios, la proa quedó enfilada hacia mar abierto.

—¡Está girando! —gritó Giordino desde arriba—. ¡Está girando!

—Aún no hemos salido de este jardín. —Por primera vez desde la inundación, Pitt se permitió el lujo de contestar. Con mirada recelosa, estudió la andanada de olas que se aproximaba.

El mar aún no había terminado con el *Polar Queen*. Pitt hurtó el cuerpo al nuevo torrente de agua que cayó sobre el puente. La siguiente ola chocó contra la nave como un tren expreso, mientras que, por el lado contrario, el barco recibía el golpe del reflujó de la anterior. Golpeado simultáneamente por delante y por detrás, el *Polar Queen* ascendió hasta que su casco fue visible hasta la quilla. Sus hélices gemelas giraron en el aire, arrojando agua y espuma como las ruedas de fuegos artificiales desprenden fuego y chispas. El barco permaneció suspendido en el aire durante unos terribles instantes y luego cayó, pero inmediatamente fue alcanzado por la siguiente ola. La proa se desvió a estribor, pero el propulsor volvió a enderezarla.

Una y otra vez el buque se encaramó en las olas que batían contra los costados del casco; sin embargo, ya no era posible detenerlo, pues ya había pasado lo peor y se

sacudía las sucesivas olas como un perro mojado se sacude el agua. Quizá la mar lo devorase en otra ocasión, pero lo más probable era que el *Polar Queen* terminase sus días dentro de treinta años en un dique de desguace.

—¡Lo conseguiste! —exclamó Giordino, sin dar crédito a sus ojos—. ¡Lograste rescatarlo!

Pitt se apoyó en la barandilla del puente y, súbitamente, se sintió presa del cansancio. Fue entonces cuando tomó conciencia del dolor que sentía en la parte derecha de la cadera. Recordó que se golpeó contra el candelero que servía de soporte a una de las luces de posición cuando una ola gigante había zarandeado el buque. No podía verlo, pero estaba seguro de que bajo el traje se le estaba formando un hermoso moretón.

Una vez accionó los controles de navegación para dirigir la nave hacia el sur, a fin de adentrarse en el mar de Weddell, Pitt se volvió hacia la mole rocosa que se alzaba sobre el mar como una negra y amenazante columna. Los islotes parecían mirar ceñudamente a la presa que se les había escapado. El *Polar Queen* se fue alejando y la isla no tardó en convertirse en una simple mota rocosa en medio del mar.

Pitt alzó la vista hacia el helicóptero de color turquesa que seguía sobre la vertical de la caseta del timón.

—¿Qué tal andas de combustible? —preguntó a Giordino.

—Tengo suficiente para llegar al *Ice Hunter* y aún me sobrarán algunos litros.

—Entonces será mejor que te largues.

—¿Te das cuenta de que si uno aborda un barco abandonado y lo conduce a puerto seguro tiene derecho a que la empresa aseguradora le pague una recompensa de vanos millones de dólares?

Pitt se echó a reír.

—¿Crees que el almirante Sandecker y el gobierno de Estados Unidos permitirían que un pobre pero honrado burócrata se embolsara la recompensa?

—Probablemente, no. ¿Puedo hacer algo por ti?

—Dale a Dempsey mi posición y dile que me reuniré con él donde me diga.

—Hasta pronto —se despidió Giordino. Estuvo a punto de bromear sobre el hecho de que su compañero tenía a su disposición todo un barco de placer, pero se contuvo. La situación no tenía la menor gracia. Pitt era el único con vida en un barco repleto de cadáveres. Sin envidiar en absoluto la situación de su amigo, el italiano hizo girar el helicóptero en dirección al *Ice Hunter*.

Pitt se despojó del casco y contempló cómo el helicóptero turquesa se alejaba volando bajo sobre el frío mar azul. Lo miró hasta que el aparato se convirtió en un punto sobre el horizonte azul dorado. Luego miró alrededor. El barco estaba vacío y, súbitamente, se sintió invadido por una desolada sensación. Permaneció durante un rato con la mente en blanco, mirando absorto la nave.

Esperaba oír algún sonido que no fuese el batir de las olas contra el casco y el monótono trepidar de los motores. Quizá por un momento albergó la ilusión de escuchar voces o risas, algo que indicase la presencia de personas vivas. Quizá esperara detectar algún movimiento que no fuese el de las banderolas del buque ondeando impulsadas por la brisa. Pero en realidad estaba pensando en lo que con toda seguridad iba a encontrar. Iba a repetirse el drama de la base científica argentina. Los cadáveres empapados de los pasajeros y los tripulantes repartidos por las cubiertas superiores no eran más que una muestra de lo que le esperaba en las salas y los camarotes de abajo.

Salió al fin de su abstracción y se metió en la caseta del timón. Puso los motores a media marcha y trazó un curso aproximado hacia la intersección con el *Ice Hunter*. Luego programó las coordenadas adecuadas en el sistema informático de navegación y puso el piloto automático de la nave, conectándolo con el radar para que eludiese cualquier iceberg que se cruzara en su camino. Una vez se hubo cerciorado de que el barco ya no corría riesgo alguno, salió de la caseta.

Algunos de los cadáveres de cubierta eran de los tripulantes que habían estado dedicados a servicios de mantenimiento del barco. Dos de ellos habían estado pintando mamparas y otros habían sido sorprendidos por la muerte mientras trabajaban en los botes salvavidas. La posición de los cuerpos de ocho pasajeros parecía indicar que en el momento de morir estaban admirando el paisaje de la costa virgen. Pitt atravesó un pasillo y llegó hasta el hospital del barco, que estaba vacío, al igual que el gimnasio. Bajó por unas escaleras alfombradas hasta la cubierta de botes, donde se encontraban las seis suites de la nave. Todas estaban vacías excepto una; en ésta yacía una anciana aparentemente dormida. Pitt le tocó el cuello, y comprobó que la mujer estaba fría como el hielo.

Se sintió como el Viejo Marino de la famosa oda de Coleridge, embarcado en una nave llena de fantasmas; sólo le faltaba un albatros alrededor del cuello. Gracias a los generadores, seguía habiendo calefacción y luz, y en el barco todo parecía ordenado y en su lugar. Después de haber sufrido el embate de las aguas árticas, Pitt disfrutó aún más del cálido interior de la nave. Se sorprendió al advertir que ya no le afectaba como al principio la visión de los cadáveres; además había dejado de examinarlos de cerca para ver si quedaba en ellos una chispa de vida, pues conocía bien la trágica realidad. Sin embargo, seguía resultándole difícil creer que no había vida a bordo. Nada en su experiencia anterior lo ayudaba a admitir que la muerte hubiera asolado el *Polar Queen* como una macabra ventolera. Además se sentía un intruso, invadiendo la intimidad de una nave que sin duda había conocido momentos de gran felicidad. Se preguntó qué pensarían los futuros pasajeros y tripulantes al navegar en un barco maldito. ¿Se sentirían los turistas repelidos por la tragedia, o acudirían en tropel a comprar billetes, en busca de un toque de morbo que añadir a la aventura?

De pronto se detuvo y aguzó el oído: en algún rincón del barco sonaba un piano. Reconoció la melodía. Era una vieja pieza de jazz llamada *Sweet Lorraine*. Luego, con la misma brusquedad con que había empezado, la música cesó.

De pronto Pitt comenzó a sudar. Permaneció unos minutos inmóvil y luego se quitó el traje polar. «A los muertos no les importará que recorra el barco en ropa interior», pensó con un humor algo macabro. Siguió adelante.

Entró en la cocina. La zona contigua a los fogones y las mesas de preparación estaba cubierta por los cadáveres de chefs, pinches y camareros. El horror se había adueñado del lugar, que parecía un matadero en el que no se había derramado una gota de sangre. Únicamente se veían formas amorfas sin vida, sorprendidas por la muerte en la última acción que pudieron realizar: todos se aferraban a algo sólido, como si una fuerza invisible intentara arrastrarlos. Pitt, descompuesto, se dio media vuelta y subió hasta el salón comedor en el montacargas de la cocina.

Las mesas estaban dispuestas para una comida que no llegó a servirse. Los cubiertos, desordenados a causa de los fuertes bandazos, seguían sobre los impolutos manteles. La muerte debió de llegar poco antes de la hora del almuerzo. Cogió un menú y leyó los platos: lubina, diversas clases de pescado Antártico y, para los que preferían carne, chuleta de ternera. Dejó el menú sobre una mesa y, cuando estaba a punto de salir del comedor, detectó algo extraño, algo que estaba fuera de lugar. Pasó por encima del cuerpo de un camarero y se dirigió a una mesa situada junto a una de las grandes ventanas.

Alguien había comido allí; los platos estaban sucios de restos de comida. Había un cuenco casi vacío de lo que parecía ser sopa de almejas, bollos partidos untados de mantequilla y un vaso que contenía té frío. Era como si alguien hubiera estado comiendo allí hasta hacía unos minutos y se hubiese levantado para dar una vuelta. Se preguntó si habrían abierto el comedor anticipadamente para darle de comer a alguien. Rechazó de pleno la posibilidad de que alguien hubiese comido en esa mesa después de que el azote desconocido descargase su golpe mortal.

Pitt intentó justificar el inesperado hallazgo con una docena de razones lógicas. Pero, sin poder evitarlo, el miedo comenzó a aflorar y de vez en cuando miraba, vigilante, por encima de su hombro. Al salir del comedor, pasó por delante de la tienda de regalos y llegó hasta el gran salón del barco, donde había un piano de cola Steinway junto a una pequeña pista de baile de madera, alrededor de la cual habían dispuesto sillas y mesas que formaban una gran herradura. Además de la camarera, que había caído mientras transportaba una bandeja con bebidas, había un grupo de ocho personas, de unos setenta años cada una de ellas, que habían estado sentadas en torno a una gran mesa y que en esos momentos yacían sobre la alfombra en grotescas posiciones. Mientras los miraba, Pitt sintió a un tiempo tristeza y angustia. Abrumado por la impotencia, maldijo la desconocida causa de una tragedia tan espantosa.

De pronto se fijó en uno de los cuerpos. Era el de una mujer que permanecía sentada en un rincón del salón, con la barbilla sobre las rodillas y la cabeza entre los brazos. Vestía una chaquetilla de cuero muy elegante y pantalones de lana. Sorprendentemente, no tenía el cuerpo contorsionado y no parecía haber vomitado como los otros.

Pitt sintió un escalofrío recorriéndole la espina dorsal y cómo los latidos del corazón se le multiplicaban. Sobreponiéndose a su sorpresa inicial, cruzó lentamente la sala en dirección al cuerpo de la mujer. Tendió el brazo y le tocó suave, tentativamente, la mejilla. Experimentó un indescriptible alivio al notar la calidez de la piel. Movié con suavidad a la durmiente y vio que sus párpados se abrían. Al principio, ella lo miró ofuscada, sin comprender, pero luego abrió desmesuradamente los ojos y, rodeándolo con los brazos, exclamó:

—¡Estás vivo!

—Y no sabes cómo me alegro de que tú también lo estés —dijo Pitt con una tenue sonrisa.

Entonces ella se separó bruscamente de él.

—¡No, no puedes ser real! ¡Todos estáis muertos!

—No te asustes de mí —dijo él, tratando de tranquilizarla.

La mujer lo miró con sus ojos pardos enrojecidos por el llanto. En su espléndido cutis se advertía una nota de palidez y una tenue demacración. Tenía el cabello cobrizo y los pómulos prominentes y los labios sensuales de una *top model*. Escrutó a Pitt por unos instantes, y luego desvió la mirada. Por lo que él podía percibir, dada la posición de la joven, su figura también era espléndida. Sus brazos desnudos parecían musculosos, casi impropios de una mujer. Sólo cuando ella bajó la vista y miró el cuerpo de Pitt, éste recordó que únicamente llevaba los calzoncillos y la camiseta.

—¿Por qué vas en ropa interior? —preguntó finalmente ella.

Fue una pregunta sorprendente, producto del temor y del trauma, más que de la curiosidad. Pitt no se molestó en darle explicaciones.

—¿Puedes explicarme quién eres y cómo lograste sobrevivir?

La joven parecía a punto de desmayarse, así que Pitt se apresuró a inclinarse para alzarla en vilo y llevarla hasta una butaca de cuero contigua a una mesa. Luego se dirigió al bar y pasó tras la barra, donde, tal como se había imaginado, encontró a un camarero muerto. Cogió una botella de Jack Daniels de un estante y llenó casi a rebosar un vaso.

—Bebe esto —dijo, al tiempo que acercaba la bebida a los labios de la mujer.

—No bebo alcohol —protestó ella débilmente.

—Piensa que es una medicina y da unos sorbos.

Ella consiguió apurar el vaso sin toser, pero hizo una mueca al notar la quemazón del whisky. Tras tomar aire varias veces, la joven miró los ojos verdes de Pitt y captó



la compasión que éstos reflejaban.

—Me llamo Deirdre Dorsett —susurró algo nerviosa.

—Continúa —la animó Pitt—. ¿Eres una de las pasajeras?

Ella negó con la cabeza.

—Soy artista —dijo—. Canto y toco el piano en el salón.

—O sea que eras tú quien estaba interpretando *Sweet Lorraine*.

—Supongo que fue mi forma de reaccionar ante la conmoción de ver que todo el mundo había muerto y de pensar que a mí me tocaría a continuación. No puedo creer que aún esté viva.

—¿Dónde estabas cuando se produjo la tragedia?

Deirdre miró con morbosa fascinación hacia las cuatro parejas de ancianos que yacían en torno a la gran mesa.

—La señora del vestido rojo y el hombre de cabellos plateados celebraban sus bodas de oro con unos amigos que los acompañaban en el crucero. La noche antes de su fiesta privada, los del equipo de cocina habían preparado una talla de hielo que representaba a cupido sobre un corazón para ponerlo en el centro de una ponchera llena de champán. Mientras Fred, que es... —Se corrigió inmediatamente—: que era el camarero, abría la botella de champán y Marta, la camarera, iba a la cocina por la ponchera, yo me ofrecí a ir a buscar la escultura de hielo al cuarto frío.

—¿Estabas en el congelador?

Ella asintió en silencio.

—¿Recuerdas si cerraste la puerta tras de ti?

—La puerta del congelador se cierra sola automáticamente.

—¿Hubieras podido transportar tú sola la escultura de hielo?

—No era grande. Tendría el tamaño de una maceta pequeña.

—¿Qué hiciste luego?

Ella cerró fuertemente los ojos y luego se los frotó con las manos.

—Sólo estuve allí unos minutos —susurró—. Cuando salí, me encontré con que todos habían muerto.

Pitt preguntó suavemente:

—Exactamente, ¿cuántos minutos calculas que estuviste encerrada?

Ella movió levemente la cabeza y, con la cara entre las manos, replicó:

—¿Por qué me haces tantas preguntas?

—No me gusta parecer un fiscal, pero contesta, por favor. Es importante.

Deirdre bajó las manos y contempló el tablero de la mesa.

—No lo sé. No hay modo de calcularlo. Lo único que recuerdo es que me llevé algún tiempo envolver la escultura en un par de toallas para poderla coger sin congelarme los dedos.

—Tuviste muchísima suerte —dijo Pitt—. El tuyo es el ejemplo clásico de estar

en el lugar oportuno en el momento adecuado. Si hubieras salido del congelador dos minutos antes de lo que lo hiciste, ahora estarías muerta como todos los demás. Y volviste a tener suerte cuando yo abordé el barco en el momento en que lo hice.

—¿Formas parte de la tripulación? Tu cara no me resulta conocida.

Pitt comprendió que la joven no se daba cuenta del riesgo que había corrido el *Polar Queen* en las islas del Peligro.

—Perdona. No me he presentado. Me llamo Dirk Pitt. Formo parte de la tripulación de un buque científico. Encontramos al grupo de excursionistas que el *Polar Queen* dejó en la isla Seymour y, como el barco no respondía a nuestras llamadas por radio, vinimos a buscarlo.

—Debes de referirte al grupo de Maeve Fletcher —murmuró Deirdre—. Supongo que todos ellos también están muertos.

—Sólo dos pasajeros y el tripulante que los condujo a tierra. La señorita Fletcher y el resto de los turistas están sanos y salvos.

En un instante el rostro de la joven reflejó una variedad de expresiones de la que se hubiera sentido orgullosa una actriz de Broadway. El sobresalto fue seguido por la furia que luego hizo una lenta transición a la alegría. Sus ojos adquirieron un brillo singular y Deirdre se tranquilizó visiblemente.

—Cómo me alegro de que Maeve se encuentre bien —dijo.

La luz que entraba por las ventanas del salón hizo brillar el cabello suelto de la mujer, que le llegaba a los hombros. Pitt notó el aroma de su perfume y percibió un extraño cambio en su actitud. Deirdre no era una jovencita, sino una aplomada mujer de treinta y pocos años que parecía poseer una gran fortaleza interior. Pitt sintió una desconcertante atracción hacia ella y se reprendió por ello, porque desde luego no era ni el lugar ni el momento adecuado para tales cosas. Volvió la cabeza, para que ella no advirtiese lo que estaba pasándole por la mente.

Aturdida, la joven abarcó con un gesto el salón, y preguntó:

—¿Por qué...? ¿Por qué han tenido que morir?

Pitt dirigió una mirada al grupo de ocho amigos que habían estado disfrutando de un momento muy especial antes de que sus vidas les fueran cruelmente arrebatadas.

—No puedo saberlo con certeza, pero creo que tengo una idea muy aproximada de lo sucedido —contestó con una voz solemne, que denotaba no tan sólo ira, sino también un intenso sentimiento de piedad por los que habían muerto.

Pitt combatía a duras penas la fatiga cuando avistó en el horizonte el *Ice Hunter*, que llevaba ya algún tiempo en la pantalla del radar. Tras registrar en vano el resto del *Polar Queen* en busca de otros supervivientes, durmió un poco mientras Deirdre Dorsett montaba guardia, para que lo despertara en caso de que el barco fuera a colisionar contra alguna pequeña embarcación de pesca. Hay gente que se siente descansada tras un breve sueño, pero Pitt no tuvo bastante con ese pequeño descanso. Veinte minutos en brazos de Morfeo no fueron suficientes para reponerse de veinticuatro horas de tensiones y fatigas. Al despertar se sentía peor que antes. Pensó que ya era demasiado viejo para andar saltando desde helicópteros y enfrentándose a mares embravecidos. Cuando tenía veinte años, era capaz de saltar de lo alto de un rascacielos sin pensarlo dos veces. Cuando tenía treinta, podía saltar de casas de dos pisos. ¿Cuánto tiempo hacía de aquello? Teniendo en cuenta sus doloridos músculos y articulaciones, debían de haber pasado ochenta o noventa años.

Llevaba demasiado tiempo trabajando para la Agencia Nacional de Investigaciones Marinas, bajo las órdenes del almirante Sandecker. Quizá hubiese llegado el momento de cambiar de trabajo, buscar algo menos duro y con un horario más flexible. Podría dedicarse a hacer sombreros de paja en una playa de Tahití, o a algo mucho más estimulante, como vender anticonceptivos de puerta en puerta. Sacudió la cabeza para librarla de las necias ideas causadas por la fatiga, y puso el sistema automático de control en «todo parado».

Pitt hizo un breve contacto por radio con Dempsey, a bordo del *Ice Hunter*, para informarle de que paraba los motores y necesitaba una tripulación que subiera a bordo y se pusiera al mando del *Polar Queen*. Luego levantó el auricular del teléfono y llamó vía satélite al almirante Sandecker para ponerlo al corriente de la situación.

La telefonista de la ANIM lo comunicó inmediatamente con Sandecker a través de la línea privada de éste. Aunque se encontraban separados por un tercio del planeta, tan sólo había una diferencia horaria de una hora entre la Antártida y Washington.

—Buenos días, almirante.

—Ya era hora de que tuviera noticias tuyas.

—Las cosas han estado muy movidas.

—Tuve que enterarme por Dempsey de que Giordino y tú encontrasteis y salvasteis el barco de turistas.

—Con mucho gusto le daré todos los detalles.

—¿Te has encontrado ya con el *Ice Hunter*? —Sandecker era parco con los saludos.

—Sí, señor. El capitán Dempsey se halla a sólo unos cientos de metros a estribor

de mi barco. Va a mandar un bote con una tripulación de emergencia para que se haga cargo del *Polar Queen* y de la única superviviente.

—¿Cuántas bajas? —preguntó Sandecker.

—Tras un registro preliminar del barco, he encontrado a todos los tripulantes menos a cinco. Según una lista de pasajeros facilitada por la compañía naviera y una relación de tripulantes que encontramos en el camarote del primer oficial, de un total de doscientas dos personas, sólo quedan con vida dos tripulantes y veinte pasajeros.

—O sea que ha habido ciento ochenta muertos.

—Ése es mi calculo.

—Como el barco es australiano, el gobierno de Australia ya ha iniciado una investigación para aclarar las causas de esta tragedia.

Al noreste de tu posición, en la bahía Duse, no muy lejos de donde estás, hay una base científica británica dotada de aeropuerto. He ordenado al capitán Dempsey que se dirija allí para dejar a los supervivientes. Ruppert y Saunders, los propietarios de la línea naviera, han fletado un reactor de la Quantas para llevarlos hasta Sidney.

—¿Qué pasará con los cadáveres de los pasajeros y los tripulantes?

—En la base británica los congelarán y los enviarán a Australia en un transporte militar. Una vez allí, los investigadores oficiales interrogarán a los supervivientes y los patólogos efectuarán las autopsias.

A continuación, Pitt le explicó con detalle como él y Giordino habían localizado el *Polar Queen*, y el escaqueo que la nave tuvo con la muerte frente a las islas del Peligro.

—¿Qué hacemos con el *Polar Queen*? —preguntó una vez hubo finalizado su relato.

—Ruppert y Saunders han enviado una tripulación para que conduzca el buque a Adelaida; les acompaña un equipo de investigadores, con la misión de examinar a conciencia la nave antes de llegar a puerto.

—Podría usted reclamar la recompensa por rescatar el barco. La ANIM podría embolsarse hasta veinte millones de dólares por haber salvado el *Polar Queen* de un desastre seguro.

—Aunque tengamos derecho a hacerlo, no pienso cobrar ni un centavo por salvar el barco. —Pitt percibió una nota de satisfacción en la voz de Sandecker—. Así conseguiré dos veces esa suma en favores y cooperación por parte del gobierno australiano, para futuras misiones de investigación en las aguas de su jurisdicción.

Desde luego nadie podría acusar al almirante de estar senil.

—Nicolás Maquiavelo podría haber aprendido mucho de usted —bromeó Pitt.

—Supongo que te interesará saber que por fin han cesado las muertes de animales marinos en la zona donde os encontráis. Los pescadores y los investigadores de las bases científicas me han informado de que en las últimas cuarenta y ocho horas no se

han encontrado peces ni mamíferos muertos. Por lo visto el asesino se ha mudado. Hemos sabido que los cuerpos muertos de colonias de peces y tortugas de mar están llegando a las costas de las islas Fiji.

—Parece que la plaga posee vida propia.

—No se centra en una zona —dijo Sandecker—. Hay mucho en juego. Si nuestros científicos no logran identificar y eliminar con la máxima rapidez la causa de esta tragedia, nos enfrentaremos a un desastre ecológico de dimensiones inimaginables.

—Al menos nos queda el consuelo de saber que no se trata de una repetición de las grandes mareas rojas provocadas por la contaminación química del río Níger.

—Desde luego; logramos acabar con ese problema definitivamente cuando clausuramos la peligrosa planta incineradora de residuos de Malí responsable de las mareas rojas. Nuestros monitores en el río no han detectado nuevos indicios del cobalto y el aminoácido sintético responsables del problema.

—¿Tienen nuestros genios del laboratorio alguna sospecha acerca de cuál es la causa de esta tragedia? —preguntó Pitt.

—No, por aquí no tenemos ni idea —replicó Sandecker—. Albergábamos la esperanza de que los biólogos del *Ice Hunter* hubiesen descubierto algo.

—Si ha sido así, no me han dicho nada.

—¿Tienes tú alguna teoría al respecto? —Sandecker lo preguntó con voz insegura, casi cautelosa—. Algo sabroso que pueda echarles a los sabuesos de la prensa que tenemos en el vestíbulo, donde en estos momentos se apiñan más de doscientos periodistas.

Por los labios de Pitt cruzó la sombra de una sonrisa. Entre el almirante y él existía el acuerdo tácito de no hablar por teléfono satélite de ningún tema importante, porque esa clase de llamadas eran tan fáciles de intervenir como las que se realizaban con los viejos teléfonos de operadora. La simple mención de la prensa significaba que Pitt debía eludir el tema.

—Están ansiosos de conseguir una buena historia, ¿no?

—Los tabloides ya hablan de un barco de la muerte en el triángulo de la Antártida.

—¿En serio?

—Con mucho gusto te enviaré los artículos de prensa por fax.

—Mucho me temo que mi hipótesis los defraudará.

—¿Tienes inconveniente en compartir conmigo tu teoría?

Tras una pausa, Pitt replicó.

—Creo que puede tratarse de un virus desconocido que viaja por el aire.

—Un virus —repitió mecánicamente Sandecker—. Realmente, no es una teoría muy original.

—Reconozco que suena raro —dijo Pitt—, y que es algo tan lógico como contar ovejas cuando uno no puede dormir.

Si Sandecker se sintió desconcertado por las erráticas palabras de Pitt, no lo demostró. Se limitó a lanzar un suspiro de resignación, como si estuviese acostumbrado a oír extravagancias de labios de su interlocutor.

—Será mejor que dejemos que los científicos se encarguen de la investigación. Ellos tienen las ideas bastante más claras que tú.

—Dispense, almirante, estoy algo confuso.

—Hablas como un hombre perdido en la niebla. En cuanto llegue la tripulación de Dempsey, vete al *Ice Hunter* y échate una buena siesta.

—Gracias por ser tan comprensivo.

—Me hago cargo de tu situación, eso es todo. Hablaremos más tarde. —Tras estas palabras, el almirante Sandecker colgó.

Deirdre Dorsett salió al puente y movió las manos frenéticamente cuando reconoció a Maeve Fletcher apoyada en la barandilla del *Ice Hunter*. Concluido el martirio de ser la única persona viva en un barco lleno de cadáveres, su humor había cambiado, y la joven se mostraba exultante. Con todas sus fuerzas, gritó:

—¡Maeve!

En el *Ice Hunter*, Maeve miró hacia las cubiertas del *Polar Queen*, buscando la procedencia de la voz femenina que había pronunciado su nombre. Sus ojos encontraron al fin la figura que agitaba los brazos desde el puente y por un momento la contempló asombrada. Luego, al reconocer a Deirdre, reaccionó como alguien que, caminando a solas y de noche por un cementerio, nota de pronto el contacto de una mano sobre el hombro.

—¿Deirdre? —gritó insegura.

—¿Así saludas a alguien que regresa de entre los muertos?

—¿Estás... estás viva?

—No sabes cómo me alegro de verte sana y salva, Maeve.

—Menuda sorpresa me has dado —dijo, recuperando la compostura.

—¿Sufriste algún daño mientras estabas en tierra? —preguntó Deirdre.

—Principio de congelación, nada más. —Maeve señaló hacia los tripulantes del *Ice Hunter*. Los hombres estaban arriando una lancha—. Iré con ellos y te saludaré al pie de la escalerilla.

—Te espero.

Deirdre sonrió y volvió a la caseta del piloto, donde Pitt estaba hablando por radio con Dempsey. Antes de cortar la comunicación, él le dirigió una sonrisa y se inclinó levemente.

—Dempsey me dice que Maeve viene hacia aquí.

Deirdre asintió con la cabeza.

—Se llevó una gran sorpresa al verme.

—Es una coincidencia sumamente afortunada que los únicos miembros de la tripulación que siguen con vida sean dos amigas —dijo Pitt, que advirtió por vez primera que ella era casi tan alta como él.

Deirdre se encogió de hombros.

—No puede decirse que seamos exactamente amigas.

Pitt miró con curiosidad sus ojos pardos, en los que se reflejaban los rayos del sol que entraban por la ventanilla delantera.

—¿Qué ocurre? ¿Os lleváis mal?

—Se trata de una complicada relación familiar, amigo Pitt. Ocurre que, pese a que llevamos apellidos diferentes, Maeve Fletcher y yo somos hermanas —contestó ella con tono indiferente.

Por suerte, el mar estaba en calma cuando el *Ice Hunter*, seguido por el *Polar Queen*, llegó al cobijo de la bahía Duse y echó ancla frente a la base científica británica. Desde el puente, Dempsey ordenó al reducido equipo de tripulantes que había a bordo del crucero que fondearan la nave a una distancia adecuada, de modo que los dos barcos pudieran quedar anclados a merced de la marea sin colisionar.

Pitt había hecho caso omiso del consejo de Sandecker, y seguía despierto, aunque apenas podía mantenerse en pie. Una vez entregó el *Polar Queen* a la tripulación de Dempsey, aún quedaban mil y un detalles por atender. Primero dejó a Deirdre Dorsett en la lancha con Maeve, para que las dos fueran al *Ice Hunter*. Luego estuvo casi toda la soleada noche efectuando un concienzudo registro del barco, y encontró los muertos que se le habían pasado por alto en su primer recorrido de la nave. Finalmente, desconectó la calefacción, para que los cadáveres se conservaran mejor y pudieran ser examinados posteriormente por los patólogos. Sólo cuando el *Polar Queen* estuvo anclado y a salvo en la bahía, Pitt entregó la nave y regresó al barco científico de la ANIM. Giordino y Dempsey lo aguardaban en la caseta del timón, para saludarlo y felicitarlo. Era evidente que Pitt estaba agotado, así que su compañero le sirvió una taza de café de la cafetera que siempre estaba a punto junto al timón. Pitt la aceptó agradecido, y mientras daba el primer sorbo, vio por la ventana que un pequeño fueraborda se acercaba al barco.

Casi antes de que los dientes del ancla del *Ice Hunter* mordieran el fondo, los representantes de Ruppert y Saunders llegados en avión, abordaron una Zodiac para hacer el trayecto hasta el barco. A los pocos minutos, subieron por la escalerilla y se dirigieron al puente, donde Pitt, Dempsey y Giordino los esperaban. Uno de los hombres, que había subido los peldaños de tres en tres, se detuvo ante ellos. Era un individuo alto y fornido que mostraba una sonrisa de oreja a oreja.

—¿El capitán Dempsey? —preguntó.

—Yo mismo —dijo Dempsey adelantándose con la mano tendida.

—Soy el capitán Ian Ryan, jefe de operaciones de Ruppert y Saunders.

—Bienvenido a bordo, capitán.

—Mis oficiales y yo estamos aquí para ponernos al mando del *Polar Queen* —explicó con una sonrisa algo aprensiva.

—Es todo suyo, capitán —dijo Dempsey—. Una vez se encuentre usted a bordo, ¿me hará el favor de enviar aquí a mi tripulación en su lancha?

Una expresión de alivio se vislumbró en el rostro curtido de Ryan. La situación podría haber sido espinosa. Legalmente, Dempsey, como responsable del rescate del crucero, tenía plena autoridad sobre él. El mando había pasado del fallecido capitán y los propietarios a Dempsey.



—¿Debo entender, señor, que renuncia usted al mando en favor de Ruppert y Saunders?

—La ANIM no se dedica al salvamento de barcos, capitán. No haremos ninguna reclamación respecto al *Polar Queen*.

—Los directivos de la compañía me han pedido que le exprese nuestro más profundo agradecimiento y nuestra más sincera felicitación por haber salvado a los pasajeros y al barco.

Dempsey indicó a Pitt y a Giordino e hizo las presentaciones.

—Estos caballeros son los que encontraron a los supervivientes en la isla Seymour e impidieron que el *Polar Queen* se estrellase contra las rocas de las islas del Peligro.

Ryan les estrechó cordialmente las manos.

—Toda una hazaña, de veras admirable. Les aseguro que Ruppert y Saunders les demostrarán generosamente su agradecimiento.

Pitt negó con la cabeza.

—Nuestro jefe, el almirante James Sandecker, nos ha dicho que no podemos aceptar recompensas ni gratificaciones por el salvamento.

—¿Nada de nada? —preguntó Ryan atónito.

—Ni un centavo —contestó Pitt, a quien le costaba mantener abiertos los fatigados ojos.

—Es todo un rasgo de generosidad por su parte —dijo Ryan impresionado—. Se trata de algo sin precedentes en la historia de los salvamentos marinos. No me cabe duda de que nuestros aseguradores beberán a su salud todos los años en el aniversario de la tragedia.

Dempsey indicó con un ademán el corredor que conducía a sus habitaciones.

—Hablando de beber, capitán, ¿qué tal una copa en mi camarote?

Ryan señaló con un movimiento de la cabeza a los oficiales que estaban tras él.

—¿Incluye la invitación a mis hombres?

—Claro que sí —contestó Dempsey con la más cordial de sus sonrisas.

—Salvan ustedes nuestro barco, rescatan a nuestros pasajeros y, además, nos ofrecen una copa —dijo Ryan desconcertado—. Si me permite decirlo, ustedes los yanquis son una raza bien extraña.

—No. Lo que ocurre es que no sabemos aprovechar las oportunidades —contestó Pitt, cuyos ojos verdes ya no podían disimular su cansancio.

Pitt, con movimientos más propios de un autómatas, se dio una ducha y se afeitó por primera vez desde que él y Giordino despegaron para ir en busca del *Polar Queen*. Bajo el relajante chorro del agua caliente, estuvo a punto de doblar las rodillas y quedarse dormido. Estaba tan cansado que ni siquiera fue capaz de secarse el cabello, así que se puso una toalla alrededor de la cintura y se derrumbó en su

enorme cama —en el *Ice Hunter* los jergones y las literas estrechas eran cosas desconocidas—. Se cubrió con las sábanas, se estiró, apoyó la cabeza en la almohada y se fue derecho al reino de los sueños.

Su cerebro, agotado, no registró la llamada a la puerta de su camarote. Y aunque normalmente el menor sonido lo despertaba, tampoco la segunda llamada lo sacó de su sopor; de hecho, estaba tan exhausto que ni siquiera se le alteró la respiración, ni movió un párpado cuando Maeve abrió cautelosamente la puerta, asomó la cabeza y preguntó en voz baja:

—¿Estás ahí, Pitt?

Aunque, por una parte, su discreción la obligaba a retirarse, la curiosidad la impulsó a permanecer allí. Avanzó con cuidado, con dos esbeltas copas y una botella de coñac Rémy Martin XC que Giordino le había prestado tras sacarla de su maletín personal. La excusa de la joven para irrumpir así en el camarote era agradecer a Pitt como se merecía el haberle salvado la vida.

Se sorprendió al ver su imagen reflejada en un espejo colgado de la pared encima de un escritorio. Tenía las mejillas tan enrojecidas como las de una muchacha que espera a que su pareja pase a recogerla para ir a su primer baile en el instituto. Maeve no solía sonrojarse y, algo molesta consigo misma, apartó la vista del espejo. Le costaba creer que estuviera en el dormitorio de un hombre sin haber sido invitada. Para ella, Pitt era prácticamente un desconocido, pero Maeve era una mujer acostumbrada a hacer las cosas a su modo.

Su padre, el acaudalado presidente de una empresa minera internacional, había educado a Maeve y a sus dos hermanas como a muchachos. No tuvieron muñecas, ni vestidos bonitos, ni habían celebrado su puesta de largo. Su madre murió sin haber alumbrado hijos que heredaran el imperio financiero familiar, por eso su padre, desafiando al destino, crió a sus hijas para que fueran fuertes como un hombre. Al cumplir dieciocho años, Maeve lanzaba la pelota de fútbol más lejos que la mayor parte de sus condiscípulos varones, y en una ocasión recorrió a pie el interior de Australia, desde Canberra a Perth, con la única compañía de un dingo amaestrado. Su padre recompensó tal proeza sacándola del instituto y obligándola a trabajar en las minas familiares, codo con codo con los perforadores y barreneros. Ella se rebeló. Aquélla no era vida para una mujer con sus ambiciones. Huyó a Melbourne y trabajó para pagarse la carrera de zoóloga. Su padre no hizo el menor intento por conseguir que volviese al hogar. Y, finalmente, la desheredó y actuó como si ella hubiese dejado de existir cuando se enteró de que había tenido gemelos, sin estar casada, seis meses después de haberse separado de un muchacho que había conocido en la universidad y con el que había compartido un año maravilloso de vida en común. El joven, hijo de un ovejero, estaba espléndidamente bronceado por el sol del desierto, era corpulento y sus ojos grises denotaban una gran sensibilidad. Mientras habían estado juntos, no

pararon de reír, hacer el amor y pelearse. Cuando llegó la inevitable separación, Maeve no le dijo que estaba preñada.

Dejó la botella y las copas sobre el escritorio y observó los objetos personales de Pitt diseminados entre los papeles y una carta de navegación. Husmeó furtivamente en el interior de una billetera de cuero, donde encontró varias tarjetas de crédito, tarjetas de visita y negocios, dos cheques personales en blanco y ciento veintitrés dólares en metálico. Le extrañó que no hubiera fotos. Volvió a dejar la cartera sobre el escritorio y examinó el resto de las cosas. Había un viejo reloj Doxa de submarinista, con pulsera de acero, y un surtido de llaves, que debían de ser de su casa y del coche. No había más.

No era suficiente para sacar alguna conclusión acerca del propietario de tales objetos. Maeve había tenido relaciones con varios hombres, pero cuando éstos se habían alejado de su vida, ya hubiera sido por voluntad propia o porque ella lo había decidido, todos dejaron algo tras de sí. Pitt parecía un hombre solitario que caminaba sin dejar nada suyo detrás.

Franqueó el umbral y entró en el dormitorio. Al ver el espejo del baño empañado por el vapor, dedujo que Pitt se había dado una ducha recientemente. Olió el refrescante aroma de una loción para después del afeitado y, al hacerlo, sintió una extraña sensación en el estómago.

—¿Pitt? —volvió a decir en voz baja—. ¿Estás ahí?

Entonces lo vio tumbado en la cama, con los brazos sobre el pecho, como si yaciese en un ataúd. Maeve suspiró aliviada al advertir que tenía las ingles cubiertas con una toalla de baño.

—Lo siento. Perdona por la intrusión —murmuró con suavidad.

Pitt siguió durmiendo.

Maeve lo recorrió con la mirada. El cabello, moreno y rizado, estaba húmedo y despeinado y tenía las cejas tan pobladas que casi se unían por encima de la nariz aguileña. Maeve calculó que tendría unos cuarenta años, aunque sus facciones algo toscas y la piel curtida por el viento y el sol, así como la recia mandíbula que parecía tallada en piedra, hacían que pareciese mayor. Pitt parecía estar sonriendo siempre debido a las pequeñas arrugas que tenía alrededor de los ojos y los labios, lo que le dotaba de un poderoso atractivo para las mujeres. Era un hombre intrépido y decidido que había vivido experiencias muy intensas y nunca había flaqueado ante las pruebas a que la vida lo había sometido.

El resto del cuerpo era firme y lampiño, salvo por la oscura mata de pelo que cubría su pecho. Los hombros eran anchos, el estómago liso y las caderas estrechas. Tenía los músculos de los brazos perfectamente cincelados, sin que fueran protuberantes. Era más bien delgado, incluso enjuto, y parecía siempre presa de una fuerte tensión, como un muelle a punto de saltar. También se fijó en sus cicatrices, de

las que no supo determinar su causa.

Pitt no parecía cortado por el mismo patrón de otros hombres que Maeve había conocido. En realidad, no amó a ninguno, y si se acostó con ellos fue más por curiosidad y por rebeldía hacia su padre que a causa del deseo apasionado. De hecho, cuando quedó preñada de su compañero de estudios, se negó a abortar para mortificar a su padre, y dio a luz a los gemelos.

Mientras miraba a Pitt, durmiendo prácticamente desnudo en la cama, sintió una extraña y placentera sensación de poder. Levantó el borde inferior de la toalla, sonrió malévolamente y volvió a dejarlo como estaba. A Maeve, Pitt le resultaba inmensamente atractivo, y lo deseaba. Sí, lo deseaba febril y descaradamente.

—¿Ves algo que te gusta, hermanita? —preguntó tras ella una voz suavemente ronca.

Contrariada, Maeve giró sobre sus talones y miró a Deirdre, que se encontraba apoyada en el marco de la puerta, fumando un cigarrillo.

—¿Qué haces tú aquí? —susurró.

—Impedir que muerdas más de lo que puedes tragar.

—Muy graciosa. —Con un movimiento casi maternal, Maeve cubrió a Pitt con las sábanas y las remitió bajo el colchón. Luego se volvió y empujó a Deirdre fuera de la habitación, tras lo cual cerró suavemente la puerta del dormitorio—. ¿Por qué me sigues? ¿Por qué no vuelves a Australia con los otros pasajeros?

—Lo mismo puedo preguntarte yo a ti, querida hermana.

—Los científicos del barco me han pedido que permanezca a bordo y redacte un informe sobre lo ocurrido en la isla.

—Y yo me quedé con la esperanza de que tú y yo nos diéramos un beso e hiciéramos las paces —dijo Deirdre, tras aspirar una bocanada de humo de su cigarrillo.

—En otro tiempo quizá te hubiera creído, pero ahora no.

—Admito que tuve otros motivos.

—¿Cómo te las arreglaste para que yo no te viera durante las semanas que estuvimos navegando?

—¿Me creerás si te digo que estuve en mi camarote, porque tenía el estómago revuelto?

—No —replicó secamente Maeve—. Eres fuerte como un caballo. Nunca te he visto enferma.

Deirdre miró alrededor buscando un cenicero. Al no encontrar ninguno, abrió la puerta del camarote y tiró el cigarrillo al mar, por encima de la barandilla.

—Supongo que debes estar asombrada por cómo logré sobrevivir en el *Polar Queen*.

Maeve miró confusa y desconcertada a su hermana.

—Por lo que he oído, estabas en el congelador cuando ocurrió la tragedia.

—Fui sumamente oportuna, ¿no crees?

—Tuviste una suerte increíble.

—La suerte no tuvo nada que ver —la contradujo Deirdre—. ¿Qué me dices de ti? ¿No se te ha ocurrido preguntarte por qué, justo en el momento oportuno, te encontrabas en las cuevas de la estación ballenera?

—¿A dónde quieres llegar?

—No entiendes nada —la regañó Deirdre, como si estuviera hablando con una niña traviesa—. ¿Creíste que papá iba a perdonar y olvidar después de que te marchaste de su despacho jurando que no volverías a vernos a ninguno de nosotros? Se puso muy furioso cuando se enteró de que habías cambiado legalmente tu apellido por el de la madre de tu tatarabuela. Fletcher. Desde que te fuiste, papá ha hecho que siguieran todos tus movimientos, desde que te matriculaste en la Universidad de Melbourne hasta que conseguiste el trabajo con Ruppert y Saunders.

Maeve la miró furiosa, sin poder creer lo que estaba oyendo. Luego, poco a poco, entendió el interés de su padre.

—¿Tanto miedo tenía de que yo hablase de sus malditas operaciones de negocios con personas que no debía?

—Si papá ha utilizado métodos poco ortodoxos, ha sido para aumentar el imperio familiar, tanto en tu beneficio como en el mío y el de Boudicca.

—¡Boudicca! —Maeve escupió el nombre—. ¡Nuestra hermana, el demonio reencarnado!

—Pese a lo que puedas pensar —contestó Deirdre sin alterarse— Boudicca siempre se ha preocupado por tu bienestar.

—Si de veras te crees eso, eres mucho más boba de lo que pensaba.

—Fue ella la que insistió en que yo fuera en el barco y convenció a papá de que te perdonara la vida.

Maeve pareció desconcertada.

—¿Perdonarme la vida? ¿De qué estás hablando?

—¿Quién crees que intercedió por ti para que el capitán del barco te mandara a acompañar al primer grupo de excursionistas?

—¿Tú?

—Yo.

—Me tocaba ir a mí. Los otros guías y yo trabajábamos por turnos.

Deirdre negó con la cabeza.

—Si hubieran respetado el turno, tú habrías ido con el segundo grupo, el que nunca llegó a abandonar el barco.

—Explícate.

—Todo estaba planeado —contestó Deirdre con súbita frialdad—. La gente de

papá previo que el fenómeno se produciría cuando el primer grupo de turistas se encontrase en el interior de las cuevas de almacenamiento de la estación ballenera.

Maeve notó como si la cubierta se estremeciese bajo sus pies y de sus mejillas desapareció todo color.

—Es imposible que papá predijera un suceso tan terrible —dijo, sintiendo que le faltaba el aliento.

Imperturbable, como si estuviese chismorreando por teléfono con una amiga, Deirdre contestó:

—Nuestro padre es un tipo muy listo. Si no hubiese sido porque él lo había previsto todo, ¿cómo crees que yo hubiera sabido en qué momento debía encerrarme en el congelador del barco?

—¿Cómo podía saber en qué momento ocurriría la tragedia? —preguntó Maeve, que no podía creer lo que estaba oyendo.

—Nuestro padre no tiene un pelo de tonto —contestó Deirdre con una sonrisa maligna.

Maeve, sintiéndose presa de la furia, espetó a su hermana:

—Si papá sospechaba algo, debió haber avisado para evitar todas esas muertes.

—Papá tiene cosas más importantes que hacer que preocuparse por un grupo de estúpidos turistas.

—Juro por Dios que haré que paguéis por vuestra crueldad.

—¿Traicionarías a la familia? —preguntó sarcásticamente Deirdre, y luego contestó ella misma a su pregunta—: Sí, supongo que serías capaz de hacerlo.

—Puedes estar segura de ello.

—Pues más vale que te saques esa idea de la cabeza si quieres ver de nuevo a tus dos preciosos hijos.

—Papá nunca podrá encontrar a Sean y a Michael.

—Pese a lo que creas, dejar a tus hijos con ese maestro de Perth no fue una buena idea.

—No hablas en serio.

—Tu querida hermana Boudicca convenció al maestro y a su esposa, Hollander creo que se llaman, de que le permitiesen llevarse a los gemelos de excursión.

Ante la enormidad de las palabras de su hermana, Maeve comenzó a temblar y estuvo a punto de vomitar.

—¿Están en vuestro poder?

—¿Los chicos? Desde luego.

—Si papá les hizo algo a los Hollander...

—Qué va, nada de eso.

—¿Qué habéis hecho con Sean y Michael?

—Papá se ocupa de ellos en nuestra isla privada. Incluso les está enseñando cómo

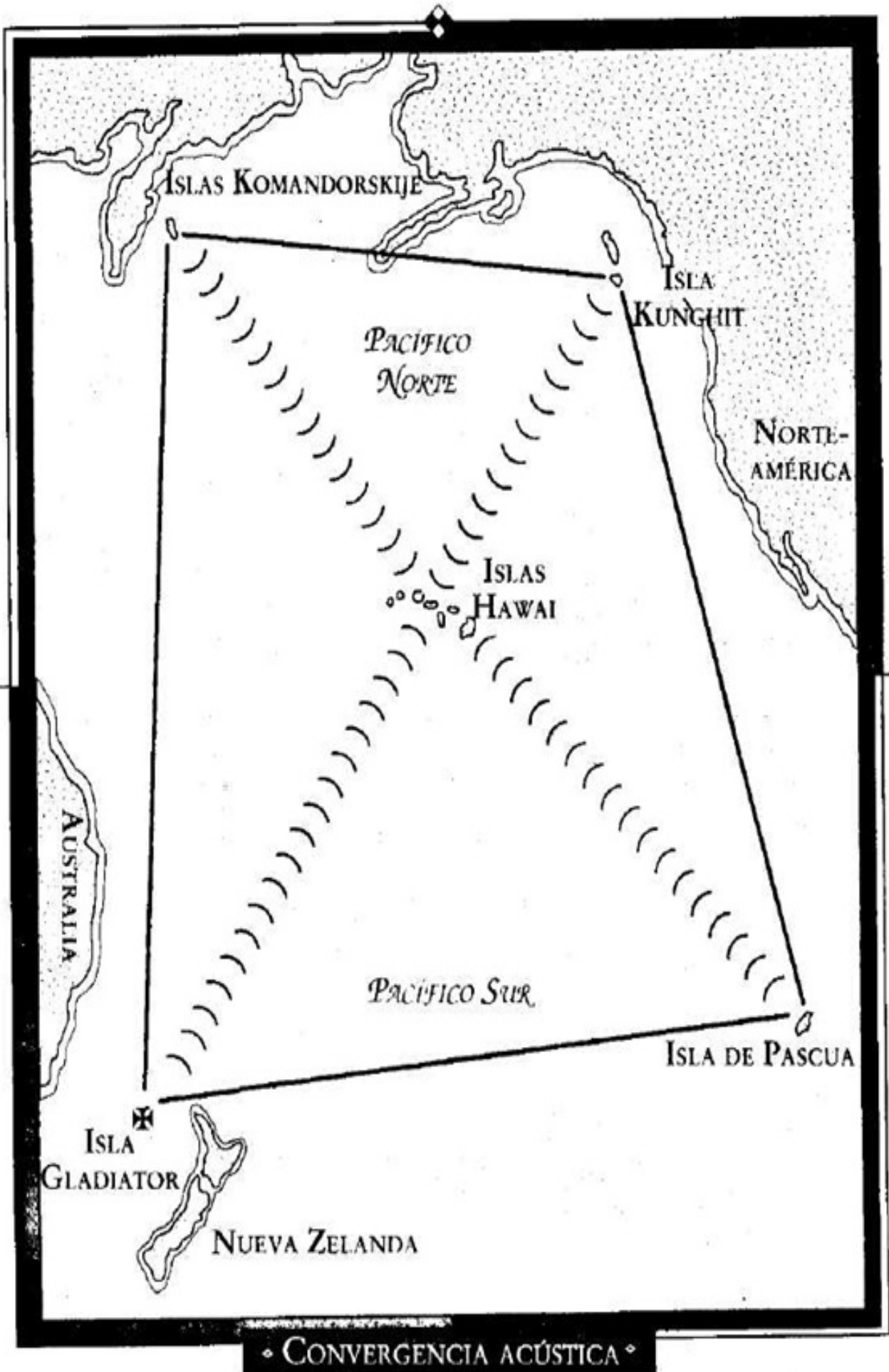
funciona nuestro negocio de diamantes. Anímate. Lo peor que puede pasar es que sufran algún accidente. Tú mejor que nadie debes conocer los riesgos que corren los niños jugando en los túneles de las minas. Lo mejor de todo esto es que, si permaneces junto a tu familia, tus hijos llegarán a ser hombres increíblemente ricos y poderosos.

—¿Cómo papá? —preguntó Maeve presa de la indignación y el temor—. Antes muertos. —Conteniendo los deseos de matar a su hermana, se sentó en una silla, consternada y derrotada.

—Peores cosas les podrían ocurrir —dijo Deirdre, deleitándose con la impotencia de Maeve—. Quédate unos días con tus amigos de la ANIM, pero no les digas una palabra de lo que te acabo de explicar. Luego nos iremos a casa en avión. —Fue hasta la puerta y se detuvo—. Si pides perdón y demuestras tu lealtad a la familia, estoy segura de que papá se mostrará sumamente comprensivo. —Dicho esto, salió a cubierta y se perdió de vista.

**II.**  
**DONDE NACEN LOS SUEÑOS**





El almirante Sandecker rara vez utilizaba el gran salón de conferencias para sus reuniones, pues lo reservaba para recibir a los visitantes, en su mayoría políticos y científicos extranjeros y norteamericanos. Para los asuntos internos de la ANIM prefería una pequeña sala de trabajo contigua a su despacho. Era una estancia sumamente cómoda, única y exclusivamente suya, una especie de escondite donde celebraba reuniones informales y de carácter confidencial con los directores de la agencia. Sandecker la utilizaba con frecuencia como comedor ejecutivo. Él y los directores se relajaban en las mullidas butacas de cuero que rodeaban la mesa de conferencias, de tres metros de largo, construida con una sección del casco de madera rescatado de una goleta hundida en el lago Erie y colocada sobre una gruesa alfombra color turquesa, frente a una chimenea provista de una repisa victoriana.

En contraste con el moderno diseño y decorado de las otras oficinas de la central de la ANIM, separadas entre sí por paneles de vidrio de tono verdoso, esa estancia parecía salida de un anticuado club londinense. Las cuatro paredes y el techo estaban cubiertos de magnífica teca y los motivos de los cuadros, de marcos recargados, eran acciones bélicas de la marina norteamericana. Había uno que reproducía con todo detalle la épica batalla entre John Paul Jones en el deploramente armado *Bonhomme Richard* y la *Serapis*, una espléndida fragata inglesa de cincuenta cañones. Junto a este cuadro, había uno de la venerable fragata norteamericana *Constitution* derribando el mástil del barco británico *Java*. Justo enfrente de éstos se batían el *Monitor* y el *Virginia*, más conocido como *Merrimac*, dos buques blindados de la guerra civil. Colgados uno al lado del otro, había un cuadro del comodoro Dewey destruyendo la flota española en la bahía de Manila, y otro de una escuadrilla de aviones de bombardeo despegando del portaaviones *Enterprise* para bombardear la flota japonesa durante la batalla de Midway. El único cuadro que no reproducía acciones de guerra era el que había encima de la chimenea. Se trataba de un retrato de Sandecker vestido con uniforme que había sido pintado poco antes de que el almirante se retirara. Debajo, en una pequeña vitrina de cristal, había una maqueta del último barco que mandó, el crucero portamisiles *Tucson*.

Un antiguo presidente de Estados Unidos pidió a Sandecker cuando ya estaba retirado que organizara y estableciera una nueva agencia gubernamental de investigaciones marinas. El almirante empezó a trabajar en el proyecto en un almacén alquilado y con menos de una docena de colaboradores —entre ellos Pitt y Giordino—, y había convertido la ANIM en una importante organización, envidiada por las instituciones oceanográficas de todo el mundo, que contaba con dos mil empleados y un generoso presupuesto rara vez cuestionado y casi siempre aprobado por el Congreso.

Sandecker combatía con pasión su avanzada edad. A sus sesenta y pocos años, era un fanático del ejercicio: corría, levantaba pesas y hacía cualquier cosa que le hiciera sudar y le acelerase el ritmo cardíaco. El ejercicio que practicaba y el equilibrado régimen alimenticio que seguía se reflejaban en su espléndida forma. Era bastante bajo y conservaba todo su llameante cabello rojo que llevaba muy corto y con raya a la izquierda. Tenía un fino y enérgico rostro, unos brillantes ojos color avellana y el mentón cubierto por una barba fina y bien recortada del mismo color de su pelo.

El único vicio de Sandecker eran los cigarros. Solía fumar con placer diez enormes puros diarios, especialmente seleccionados y confeccionados según su gusto personal. Entró en la sala de trabajo rodeado por una aureola de humo, como si fuese un mago haciendo su entrada en el escenario. Se dirigió a la cabecera de la mesa y miró con una sonrisa benigna a los hombres sentados alrededor.

—Lamento tenerlos despiertos hasta tan tarde, caballeros, pero no les hubiera pedido que trabajasen a deshora si no se tratase de algo de gran importancia.

Hiram Yaeger, jefe de la red informática de la ANIM y supervisor del banco de datos sobre ciencias marítimas más importante del mundo, echó hacia atrás la butaca e hizo una leve inclinación de cabeza dirigida a Sandecker. Cuando había un problema, el almirante recurría en primer lugar a Yaeger, quien siempre iba vestido con un mono de trabajo y llevaba el pelo recogido en una coleta. Vivía con su mujer e hijas en una lujosa zona residencial de Washington y conducía un BMW.

—Si no hubiese venido aquí, habría tenido que llevar a mi esposa al ballet —dijo con un brillo burlón en los ojos.

—Te pusieron entre la espada y la pared —dijo sonriendo Rudi Gunn, director ejecutivo de la ANIM y lugarteniente de Sandecker. Así como Pitt era el principal «arreglalo todo» del almirante, Gunn era su genio en logística. Flaco, de caderas y hombros estrechos, de un carácter excelente e inteligencia brillante, contemplaba el mundo a través de unas gruesas gafas de montura de concha y con ojos que parecían los de un búho esperando que un ratón pasara bajo su árbol.

Sandecker se acomodó en una de las butacas de cuero, tiró la ceniza de su cigarro en un cenicero hecho con una concha marina y procedió a extender sobre la mesa un mapa del mar de Weddell y de la península Antártica. Señaló con el dedo un círculo en cuyo interior se habían marcado una serie de cruces numeradas.

—Todos ustedes, caballeros, están familiarizados con la tragedia ocurrida en el mar de Weddell, donde se han encontrado muertas colonias enteras de diferentes animales marinos. El número uno señala el lugar donde el *Ice Hunter* localizó los delfines muertos; el dos, una de las islas Oreadas del sur donde se hallaron las focas muertas; el tres, la isla Seymour, el lugar en que perecieron hombres, mujeres, pingüinos y focas; y el cuatro, la situación aproximada del *Polar Queen* cuando se produjo la catástrofe.

Yaeger estudió el perímetro del círculo.

—Parece tener un diámetro de unos noventa kilómetros.

—Malo —dijo Gunn frunciendo el entrecejo—. Eso dobla en tamaño la última zona en que se produjo una tragedia similar, en las proximidades de la isla Chirikof, en las Aleutianas.

—En aquel desastre perdieron la vida más de tres mil leones marinos y cinco pescadores —dijo Sandecker.

El almirante tomó un pequeño mando a distancia, lo apuntó hacia un pequeño panel de la pared del fondo de la sala y oprimió un botón. Lentamente, una gran pantalla descendió desde el techo. Sandecker apretó otro botón y apareció un holograma tridimensional generado por ordenador, en el que se veían varios globos azules fluorescentes que mostraban peces y mamíferos animados proyectados espaciadamente en distintas zonas del mapa. El globo situado sobre la isla Seymour, frente a la península Antártica, así como el más cercano a Alaska, incluía figuras humanas. Sandecker continuó:

—Hasta hace tres días todas las muertes se habían producido en el Pacífico, pero ahora, después de lo ocurrido en la isla Seymour, nos hallamos ante una nueva zona en el Atlántico meridional.

—En cuatro meses, han habido ocho catástrofes ecológicas —dijo Gunn—. Parece que las consecuencias de esta plaga se intensifican.

Sandecker miró su cigarro.

—Y no tenemos ni idea de cuál es la causa.

Volviendo hacia arriba las palmas de las manos en un gesto de impotencia, Yaeger dijo:

—Yo ya no sé qué hacer. He realizado un centenar de proyecciones informáticas, y ninguna de ellas encaja en este rompecabezas. No se conoce ninguna clase de enfermedad o de contaminación química que pueda surgir de la nada, viajar miles de kilómetros, matar a todos los seres vivos en una determinada zona y desaparecer sin dejar ni rastro.

—Tengo a treinta científicos trabajando en esto —dijo Gunn—, pero no han encontrado nada acerca de cuál es la procedencia de esta plaga.

—¿Han llegado a alguna conclusión los patólogos que estudian los cadáveres de los cinco pescadores que el servicio de guardacostas encontró muertos en su barco frente a la isla Chirikof? —preguntó Sandecker.

—En las autopsias no se ha descubierto daño en los tejidos causado por veneno, ni inhalado ni ingerido; tampoco se han encontrado indicios de que fueran víctimas de alguna enfermedad conocida por la ciencia médica que pudiera acabar fulminantemente con sus vidas. En cuanto el coronel Hunt, del Centro Médico Militar Walter Reed, haya concluido su informe, le diré que se ponga en contacto con usted,

almirante.

—¡Maldita sea! —exclamó Sandecker—. Algo los mató. El piloto murió con las manos aferradas al timón y los otros pescadores estaban echando las redes cuando fueron sorprendidos por la muerte. La gente no cae muerta así como así, y menos si se trata de hombres saludables de veinte y treinta años.

Yaeger mostró su acuerdo asintiendo con la cabeza.

—Quizá no estamos buscando en los sitios adecuados. Debe de tratarse de algo en lo que no hemos pensado.

Sandecker contempló ociosamente como el humo de su cigarro se elevaba hacia el techo. Era un hombre que rara vez enseñaba todas sus cartas al mismo tiempo; prefería ir las descubriendo poco a poco.

—Hace unos momentos estuve hablando con Pitt.

—¿Han descubierto algo nuevo los científicos del *Ice Hunter*? —preguntó Gunn.

—Los biólogos, no, pero Dirk tiene una teoría, aunque admite que se trata de algo bastante descabellado. Sin embargo, a ninguno de nosotros se nos había ocurrido.

—Oigámosla —dijo Yaeger.

—Cree que se trata de cierto tipo de contaminación.

Gunn miró escépticamente a Sandecker.

—¿Qué clase de contaminación? ¿Algo que a nosotros se nos ha escapado?

Sandecker sonrió como un francotirador apuntando por su mira telescópica.

—Sonido —replicó lacónico.

—¿Sonido? —repitió Gunn—. ¿Qué clase de sonido?

—Cree que puede tratarse de ondas sónicas letales que viajan bajo el agua durante cientos o, quizá, miles de kilómetros, antes de aflorar a la superficie y matar los seres vivos que se encuentran en un determinado radio. —Sandecker hizo una pausa y esperó la reacción de sus subordinados.

Yaeger, aunque no tenía nada de cínico, echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada.

—Me parece que el viejo Pitt está abusando de su tequila favorito.

Sorprendentemente, el rostro de Gunn no reflejó duda alguna mientras escrutaba la imagen proyectada del océano Pacífico.

—Creo que Dirk no está del todo equivocado —dijo finalmente.

—¿Sí? —preguntó Yaeger entrecerrando los ojos.

—Sí —replicó Gunn—. Nuestro «villano» puede muy bien ser un fenómeno acústico subacuático.

—Me alegro de que alguien más esté de acuerdo —dijo Sandecker—. Cuando Dirk me lo dijo, pensé que desvariaba a causa del agotamiento, pero cuanto más pienso en su teoría, más posible me parece.

—Me han dicho que él solito salvó el *Polar Queen* de estrellarse contra las rocas

—dijo Yaeger.

Gunn asintió con la cabeza.

—Es cierto. Al lo llevó hasta el barco en helicóptero y Dirk logró desviar la nave, que iba derecha hacia los farallones.

Volviendo a la parte más sombría del problema, Sandecker dijo:

—Sigamos con los pescadores muertos. ¿De cuánto tiempo disponemos antes de que tengamos que entregar sus cadáveres a las autoridades de Alaska?

—En cuanto se enteren de que los tenemos en nuestro poder —replicó Gunn—, no podremos tenerlos durante mucho tiempo. Y los tripulantes del patrullero guardacostas que descubrió el barco a la deriva en el golfo de Alaska hablarán con las autoridades en cuanto fondeen en su base de Kodiak y bajen a tierra.

—Su capitán les ha ordenado que no abran la boca —dijo Sandecker.

—Pero no estamos en guerra, almirante. Los del servicio de guardacostas están muy bien considerados en las aguas del Norte, y no querrán encubrir el hallazgo de los cadáveres de unos hombres cuyas vidas estaban comprometidos a salvar. Unas copas en el bar Yukon, y contarán la noticia a cuantos quieran escucharla.

Sandecker lanzó un suspiro.

—Supongo que es cierto. Al comandante MacIntyre no le hizo gracia el secreteo. Antes de dar su brazo a torcer y entregar los cuerpos a los científicos de la ANIM, tuvo que recibir una orden directa de la Secretaría de Defensa.

—Me pregunto quién consiguió la cooperación del secretario de Defensa —dijo Yaeger mirando burlonamente al almirante.

—En cuanto le expliqué la gravedad de la situación, no tuvo inconveniente en cooperar con nosotros —contestó él con una sonrisa.

—Esto se convertirá en un infierno en cuanto las cofradías locales de pescadores y los familiares de los tripulantes muertos descubran que los cuerpos fueron encontrados y sufrieron autopsias una semana antes de que se hiciera la notificación oficial de sus muertes —profetizó Yaeger.

—Sobre todo —añadió Gunn—, cuando se enteren de que enviamos los cadáveres a Washington para que les hicieran allí las autopsias.

—Estábamos iniciando la investigación, y no nos convenía que la prensa escribiera historias sobre una tripulación que fue misteriosamente exterminada, junto a su loro mascota, en su barco. En aquellos momentos nosotros andábamos a tuestas y no nos convenía una ola de especulaciones sobre fenómenos inexplicables.

—Pero ahora es inevitable que se descubra el pastel —dijo Gunn encogiéndose de hombros—. No hay modo de ocultar el desastre del *Polar Queen*. Estoy seguro de que esta noche la noticia abrirá los informativos de televisión de todo el mundo.

—Hiram, explora tu biblioteca y averigua cuanto puedas sobre los fenómenos acústicos subacuáticos —dijo Sandecker—. Investiga si se están efectuando

experimentos comerciales o militares en los que estén implicadas ondas sónicas de alta potencia, y entérate de su causa y de los efectos que tienen sobre los seres humanos y los mamíferos submarinos.

—Me pongo a ello de inmediato —aseguró Yaeger.

Gunn y Yaeger se levantaron y salieron de la sala de reuniones, pero Sandecker se quedó arrellanado en la butaca fumando su cigarro. Su vista fue de batalla naval en batalla naval, estudiando cada uno de los cuadros durante unos segundos antes de pasar al siguiente. Luego cerró los ojos e intentó aclarar sus ideas.

Lo que más lo ofuscaba era la incertidumbre. Al cabo de un rato, abrió los ojos y contempló la imagen del océano Pacífico generada por el ordenador.

—¿Dónde descargará su próximo golpe? —preguntó el almirante a la sala vacía—. ¿A cuántos más matará?

El coronel Leigh Hunt permanecía sentado frente al escritorio de su oficina situada en el sótano —le desagradaba la formalidad que tenían los despachos de los pisos altos del hospital Walter Reed—, contemplando una botella de Cutty Sark. Afuera, la oscuridad había caído sobre el distrito de Columbia, las farolas ya estaban encendidas y el tráfico era menos intenso. Se habían terminado las autopsias de los cinco pescadores muertos en las aguas heladas del noroeste, y Hunt estaba a punto de regresar a casa con su gato. Dudaba entre beber un trago o hacer una última llamada antes de irse. Decidió hacer ambas cosas al tiempo.

Marcó el número telefónico con una mano mientras con la otra se servía un whisky en una taza de café. Tras escuchar dos señales telefónicas, una ronca voz respondió:

—Espero que sea usted, coronel Hunt.

—Sí, soy yo —replicó Hunt—. ¿Cómo sabía que iba a llamarlo?

—Tenía una corazonada.

—Siempre es un placer hablar con la marina —dijo afablemente Hunt.

—¿Qué me cuenta? —preguntó Sandecker:

—Lo primero, ¿está seguro de que los cadáveres fueron encontrados en un barco pesquero en mitad del mar?

—Lo estoy.

—¿Y también las dos marsopas y las cuatro focas que nos envió?

—¿De qué otro sitio cree que íbamos a sacarlas?

—Nunca había hecho autopsias de criaturas acuáticas.

—Los humanos, las marsopas y las focas son mamíferos.

—Querido almirante, tiene usted entre manos un caso de lo más intrigante.

—¿De qué murieron?

Hunt hizo una pausa para beber un gran sorbo de su taza.

—Clínicamente, las muertes fueron producidas por la ruptura de la cadena de

huesecillos formada por el *malleus*, *incus* y *estapes*, que quizá usted recuerde de sus tiempos de estudiante como martillo, yunque y estribo. La base de este último también estaba fracturada. Esto produjo un vértigo debilitador y un agudo *tinnitus*, o un fuerte zumbido en los oídos, que culminó en la ruptura de la arteria anterior inferior del cerebelo y produjo hemorragias en las fosas craneales anterior y media dentro de la base del cráneo.

—¿Puede usted repetir todo eso en cristiano?

—¿Le suena el término «infartación»? —preguntó Hunt.

—No mucho.

—La infartación es un cúmulo de células muertas en un órgano o tejido, producto de alguna obstrucción, por ejemplo, una burbuja de aire, que interrumpe la circulación sanguínea.

—¿En qué parte de los cuerpos sucedió eso? —preguntó Sandecker.

—Se había producido una hinchazón del cerebelo, con compresión de la base craneal. También nos encontramos con que el laberinto vestibular...

—Ya estamos otra vez.

—Además de referirse a otras cavidades corporales, «vestibular» se aplica a la cavidad central del laberinto óseo del oído.

—Siga, por favor.

—El laberinto vestibular aparecía dañado por una violenta torsión. Algo similar a lo que ocurre en una inmersión en aguas profundas, cuando la compresión hidráulica del aire perfora la membrana del tímpano al entrar agua a presión por el canal auditivo externo.

—¿Cómo llegó a esa conclusión?

—Aplicando los métodos normales de investigación. Hice una resonancia magnética y una tomografía computerizada, una técnica de diagnóstico que utiliza radiografías en las que se eliminan todos los planos y órganos ajenos a la parte investigada. También he realizado estudios hematológicos y serológicos, así como punciones lumbares.

—¿Cuáles son los primeros síntomas de ese desorden?

—En las marsopas y focas, los desconozco. Pero la reacción en los humanos fue coherente con la causa atribuida. Un súbito e intenso vértigo, pérdida total del equilibrio, vómitos, dolor craneal paroxístico extremo y una súbita convulsión que duró menos de cinco minutos. Todo ello se tradujo en la inconsciencia y luego en la muerte. Es algo muy similar a un infarto de proporciones monstruosas.

—¿Me puede decir qué produjo ese trauma?

Hunt vaciló.

—No con precisión.

Sandecker no desistía con facilidad:



—Emita una teoría, aunque le parezca descabellada.

—Si me pone entre la espada y la pared, me arriesgaré a decir que los pescadores, las marsopas y las focas murieron por haber sido expuestos a ondas sónicas de enorme intensidad.

22 de enero del 2000, isla Howland, Pacífico meridional.

Todos los miembros de la tripulación del *Mentawai*, un mercante indonesio procedente de Honolulu con destino a Jayapura, Nueva Guinea, se hallaban apiñados en las barandillas contemplando un hecho insólito: habían avistado una frágil embarcación en medio del océano. Sin embargo, el junco chino de Ningpo navegaba serenamente sobre las olas de un metro que batían contra él desde el este. El aspecto de la nave era magnífico. Sus velas multicolores estaban henchidas por la brisa del suroeste y la madera barnizada de su casco relucía bajo el sol anaranjado del amanecer. En la quilla había pintados dos grandes ojos que parecían bizquear si se contemplaban de frente. Según la tradición, esos ojos permitían que la embarcación viera a través de la niebla y la tormenta.

El *Tz'u-shi*, bautizado en honor de la última emperatriz viuda de China, era el segundo hogar del actor de Hollywood Garret Converse, quien, aunque nunca sería nominado para un Oscar, era el héroe de acción más taquillera de la gran pantalla. El junco tenía veinticuatro metros de eslora y seis de manga y estaba hecho de madera de cedro y teca. Converse no había reparado en gastos y lo había dotado de las máximas comodidades y de la más avanzada tecnología de navegación. Pocos yates estaban pertrechados tan lujosamente. Amante de la aventura a la manera de Errol Flynn, Converse había zarpado en el *Tz'u-shi* desde Newport para hacer un crucero alrededor del mundo, y se encontraba cruzando el Pacífico en el último tramo de su viaje, a cincuenta kilómetros de la isla Howland, a la cual se dirigía la aviadora Amelia Earhart cuando desapareció en 1937.

Cuando los dos barcos se cruzaron, Converse saludó al carguero por radio.

—Saludos desde el *Tz'u-shi*. ¿Cómo se llama su barco?

—*Mentawai*, procedente de Honolulu —contestó el operador de radio—. ¿Adónde se dirige usted?

—A la isla Christmas, y luego a California.

—Le deseo buena travesía.

—Lo mismo digo —replicó Converse.

El capitán del *Mentawai* observó cómo el junco se alejaba por popa y, dirigiéndose a su primer oficial, comentó:

—Nunca pensé ver un junco en mitad del Pacífico.

El primer oficial, de ascendencia china, movió la cabeza en un gesto de reprobación.

—De muchacho, fui tripulante de un junco. Esa gente corre un gran riesgo navegando en la zona en que se fraguan los tifones. Los juncos no están preparados

para soportar fuertes temporales. Tienen la línea de flotación demasiado baja y son difíciles de gobernar cuando hay tormenta. La mar embravecida quiebra sin dificultades sus enormes timones.

Dando la espalda al junco que se perdía en la distancia, el capitán dijo:

—O son muy valientes o son muy locos tentando así al destino. Yo me siento mucho más cómodo teniendo bajo mis pies un casco de acero y unos buenos motores.

A los dieciocho minutos de haberse cruzado el *Mentawai* y el *Tz'u-shi*, el buque contenedor estadounidense *Río Grande*, que se dirigía a Sidney con un cargamento de tractores y equipo agrícola, recibió una llamada de socorro. La sala de radio daba directamente al espacioso puente de mando, así que el operador sólo tuvo que volverse para hablar con el segundo oficial, encargado de la primera guardia de la mañana.

—Recibo una llamada de socorro del buque carguero indonesio *Mentawai*, señor.

El segundo oficial, George Hudson, tomó el auricular del teléfono del barco, marcó un número y esperó respuesta.

—Hemos recibido una llamada de socorro, capitán.

El capitán Jason Kelsey estaba a punto de comenzar a desayunar en su camarote cuando recibió el aviso desde el puente.

—Muy bien, señor Hudson. Voy para allá. Intente conseguir la posición del barco en apuros.

Kelsey engulló los huevos y el bacon, se bebió de un trago media taza de café y recorrió apresuradamente la corta distancia que lo separaba del puente de mando. Se dirigió directamente a la sala de radio.

El operador alzó la vista, y en sus ojos había reflejada una extraña expresión.

—Un mensaje de lo más extraño, capitán —dijo tendiéndole una libreta de notas.

Kelsey leyó y miró desconcertado al operador de radio.

—¿Seguro que esto fue lo que transmitieron?

—Sí, señor. He recibido el mensaje con toda claridad.

Kelsey leyó en voz alta:

«A todos los barcos, acudan inmediatamente. Buque carguero *Mentawai*, a cuarenta kilómetros al sudoeste de la isla Howland. Vengan rápido. Todos están muriendo». —El capitán alzó la vista—. ¿Nada más? ¿No mencionaron las coordenadas?

El operador de radio negó con la cabeza.

—Se quedaron mudos, y no he podido restablecer el contacto con ellos.

—Entonces no podemos utilizar nuestro sistema de triangulación radial. —Kelsey se volvió hacia el segundo oficial—. Señor Hudson, fije un curso hacia la última posición conocida del *Mentawai*, al sudoeste de la isla Howland. Sin las coordenadas exactas, no podremos hacer mucho. Si no logramos avistarlo, quizá podamos

localizarlo con el radar. —Pudo haber pedido a Hudson que marcara el curso en el ordenador de navegación, pero prefirió hacerlo a la antigua.

El segundo oficial se puso a la tarea sobre la carta de navegación con una regla y un compás y Kelsey ordenó al jefe de máquinas que pusiera el barco a toda velocidad. El primer oficial Hank Sherman apareció en el puente, bostezando y abrochándose la camisa.

—¿Es cierto que vamos a responder a una llamada de auxilio? —preguntó a Kelsey.

—En este barco las noticias vuelan —dijo el capitán con una sonrisa, al tiempo que le tendía la libreta con el mensaje.

Hudson se apartó de la mesa de mapas.

—Calculo que el *Mentawai* se encuentra a unos sesenta y cinco kilómetros, rumbo uno-tres-dos grados.

Kelsey se acercó a la consola de navegación y marcó las coordenadas. Casi inmediatamente, el gran buque contenedor comenzó a girar a estribor.

—¿Algún otro barco respondió al mensaje? —preguntó al operador de radio.

—Somos los únicos que intentamos responder, señor.

Kelsey miró hacia cubierta.

—Deberíamos llegar a su posición en menos de dos horas.

Sherman seguía mirando estupefacto el mensaje.

—Si no se trata de una broma muy pesada, lo más probable es que sólo encontremos cadáveres.

Encontraron el *Mentawai* cuando faltaban unos minutos para las ocho de la mañana. A diferencia del *Polar Queen*, que siguió navegando impulsado por sus motores, el carguero indonesio parecía a la deriva. Aparentemente, no había nada extraño en él. Salía humo por las chimeneas gemelas, pero no se veía a nadie en las cubiertas, y las llamadas que se hicieron desde *Río Grande* con altavoces no obtuvieron respuesta.

—Silencio sepulcral —comentó tétricamente el primer oficial Sherman.

—¡Dios bendito! —murmuró Kelsey—. El barco está rodeado por un mar de peces muertos.

—No me gusta nada la pinta que tiene esto.

—Reúna un grupo de abordaje para ir a investigar —ordenó Kelsey.

—Sí, señor, ahora mismo.

El segundo oficial Hudson estaba escrutando el horizonte con unos prismáticos.

—Hay otro barco a unos diez kilómetros a babor.

—¿Va hacia el *Mentawai*? —preguntó Kelsey.

—No, señor. Más bien parece alejarse.

—Qué extraño. ¿Por qué no hará caso de la petición de auxilio? ¿Qué clase de

embarcación es?

—Parece un yate de lujo, señor. Es grande y esbelto. De los que se ven anclados en Mónaco y Hong Kong.

Kelsey fue a la puerta de la sala de radio y dijo al operador:

—A ver si puede usted comunicarse con ese otro barco.

Al cabo de un par de minutos, el operador negó con la cabeza.

—No dicen ni pío. O tienen desconectada la radio, o han decidido no hacernos caso.

El *Río Grande* redujo velocidad y giró lentamente hacia el carguero que se mecía impulsado por las olas. Cuando estuvieron cerca del exánime barco, el capitán Kelsey pudo ver sus cubiertas desde el puente del gran buque contenedor. Había dos figuras inertes y lo que le pareció un pequeño perro. Volvió a usar los altavoces, pero sólo obtuvo silencio como única respuesta.

Sherman y un grupo de marinos arriaron el bote y se dirigieron al carguero. Cuando estuvieron junto al casco, lanzaron un gancho a la barandilla y lo utilizaron para asegurar una escala de abordaje. A los pocos minutos, Sherman estaba inspeccionando los cuerpos caídos sobre cubierta. Luego desapareció por una escotilla situada bajo el puente, seguido de cuatro hombres, mientras otros dos se quedaron en el bote y lo llevaron a poca distancia del casco, a la espera de recibir una señal para volver a por el grupo. Aunque Sherman había comprobado que los hombres que yacían en cubierta estaban muertos, esperaba encontrar con vida al resto de la tripulación del carguero. Franqueó la escotilla y ascendió por una escalera hasta el puente. De pronto, se sintió dominado por una sensación de irrealidad. Todos, desde el capitán hasta el grumete, estaban muertos, y sus cadáveres se hallaban esparcidos por cubierta, en el lugar donde cayeron. El operador de radio tenía los ojos desorbitados y las manos crispadas sobre la consola de comunicaciones, como si temiera caer. Veinte minutos más tarde, Sherman retiró al operador de radio y llamó al *Río Grande*.

—¿Capitán Kelsey?

—Adelante, señor Sherman. ¿Qué ha encontrado?

—Todos están muertos, señor. No se ha salvado nadie, ni siquiera dos loros que había en el camarote del jefe de máquinas. También hemos encontrado muerto el perro del barco, un beagle que aún estaba enseñando los dientes.

—¿Hay algún indicio de cuál fue la causa?

—Puede haber sido una intoxicación. Parece que todos vomitaron antes de morir.

—Tenga cuidado, no vaya a tratarse de gas tóxico.

—Descuide, señor.

Kelsey quedó unos momentos reflexionando sobre la insólita situación en que se encontraba.

—Envíe el bote de regreso —dijo finalmente—. Mandaré a otros cinco hombres para que lo ayuden a manejar el barco. El puerto más próximo es el de Apia, en las islas Samoa. Entregaremos el barco a las autoridades de allí.

—¿Qué hacemos con los cuerpos de los tripulantes? No podemos dejarlos sobre cubierta con este calor tropical.

Sin vacilar, Kelsey replicó:

—Métenlos en el congelador —contestó Kelsey sin vacilar—. Hay que conservarlos hasta que puedan ser examinados por...

Kelsey se interrumpió bruscamente a mitad de frase. Una explosión producida en las entrañas del *Mentawai* hizo temblar el casco de la nave. Las escotillas de las bodegas salieron lanzadas hacia el cielo y los huecos quedaron cerrados por las llamas y el humo. El barco saltó del agua y volvió a caer inclinándose a estribor. El techo de la caseta del timón se desplomó. Un nuevo y fuerte rumor recorrió el interior del carguero, seguido por el chirrido de metal desgarrándose.

Kelsey observó horrorizado cómo el *Mentawai* comenzaba a desplomarse hacia estribor.

—¡El barco se va a pique! —gritó por la radio—. ¡Salgan todos antes de que se hunda!

Sherman había caído de bruces sobre cubierta y aún se encontraba aturdido por la explosión. Miró alrededor, ofuscado, mientras el suelo se inclinaba más y más. Se arrastró hasta un rincón de la destrozada sala de radio y permaneció allí, mientras veía cómo el agua entraba por la puerta que daba al puente de mando. Su cerebro conmocionado no logró entender lo que estaba pasando. Tomó lo que sería su última bocanada de aire e intentó ponerse en pie, pero ya era demasiado tarde. Las aguas verdes y cálidas del mar se cerraron sobre él.

Kelsey y la tripulación del *Río Grande*, inmovilizados ante el horror que estaban presenciando, contemplaron cómo el *Mentawai* caía de lado y se giraba por completo hasta que su casco quedó sobre el mar como el caparazón de una gigantesca tortuga metálica. Salvo por los dos hombres del bote que fueron aplastados por el *Mentawai* en su caída, el grupo de abordaje de Sherman se encontraba atrapado en el interior del barco cuando se produjo la explosión. Ninguno logró escapar. Con un gran estruendo provocado por el agua que irrumpía en su interior y el aire expelido, el carguero se zambulló bajo la superficie como si estuviera ansioso de convertirse en un nuevo enigma marino.

A bordo del *Río Grande*, nadie daba crédito a sus ojos. Les parecía imposible que el carguero pudiera haberse hundido con tal rapidez. Contemplaban horrorizados los restos del naufragio y las volutas de humo que flotaban sobre las aguas convertidas en una gran tumba. No podían creer que sus compañeros estuvieran encerrados en ese ataúd de acero que descendía hacia la eterna oscuridad del fondo marino.

Por un momento Kelsey permaneció inmóvil. Su rostro era una máscara de dolor e ira. Pero, poco a poco, una idea se abrió paso en su cerebro dominado por el estupor. Apartó la vista de los restos del naufragio, tomó unos prismáticos y miró por las ventanas de proa hacia el yate que se esfumaba en la distancia. Ya no era más que una mota blanca que se distinguía del azul del cielo y el mar y se alejaba a gran velocidad. Kelsey comprendió que la misteriosa embarcación no es que hubiese hecho caso omiso de la llamada de socorro, sino que había acudido, y ahora, deliberadamente, huía del lugar del desastre.

—¡Maldito! —gritó furioso—. ¡Así ardas en los infiernos!

Treinta y un días más tarde, Ramini Tantoa, nativo de la isla Cooper, en el atolón de Palmira, despertó y, como tenía por costumbre, se dispuso a darse su chapuzón matutino en la laguna Oriental. Salió de su pequeña cabaña, y al poco de caminar por la blanca arena, quedó asombrado cuando distinguió un gran junco chino que, de algún modo, había conseguido atravesar el canal del arrecife durante la noche y se encontraba embarrancado en la orilla. El bao de babor estaba seco y semihundido en la arena, mientras las mansas olas de la laguna lamían el otro costado del casco.

Tantoa gritó un saludo, pero nadie apareció en cubierta ni contestó desde dentro. El junco parecía desierto. Todas las velas estaban izadas y se mecían a merced de la brisa suave. La bandera que ondeaba en la popa era la de Estados Unidos. La teca barnizada del casco relucía, como si el sol no hubiera tenido tiempo de decolorarla. Mientras caminaba alrededor del barco semienterrado, Tantoa tuvo la sensación de que los ojos pintados de la proa seguían todos sus movimientos.

Al fin, el hombre reunió ánimos, trepó por el enorme timón, pasó sobre la barandilla de proa y llegó a la toldilla. Luego quedó paralizado por el desconcierto. La cubierta principal estaba desierta. Todo parecía en orden, todos los cabos estaban enrollados y los aparejos desplegados y tensos. En cubierta no se veía ni un solo indicio de desorden.

Tantoa descendió al interior del junco y lo recorrió aprensivamente, esperando encontrar algún cadáver. Afortunadamente, no halló nada fuera de lo normal. En la embarcación no había un alma.

Un barco no podía navegar desde China y cruzar medio Pacífico sin tripulación, se dijo Tantoa. Poco a poco, el miedo se adueñó de él y pensó en la posibilidad de fantasmas. Podía ser un barco gobernado por una tripulación de espectros. Asustado, subió a toda prisa por la escalera, salió a cubierta, saltó la barandilla y cayó en las cálidas arenas. Debía informar del hallazgo de la nave abandonada al concejo de la pequeña aldea de la isla Cooper. Tantoa corrió por la playa hasta encontrarse a una distancia que consideró segura. Sólo entonces se atrevió a mirar por encima del hombro para ver si algún terrible espectro lo perseguía. Alrededor del junco, la arena estaba desierta. Sólo los ojos de la proa lo miraban malévolamente. Tantoa echó a

correr hacia la aldea sin mirar atrás en ningún momento.



La alegría dominaba el ambiente del comedor del *Ice Hunter*, pues se estaba celebrando una fiesta de despedida organizada por la tripulación y los científicos en honor de los supervivientes de la tragedia del *Polar Queen*.

Roy Van Fleet y Maeve habían trabajado día y noche, hombro con hombro, durante los tres últimos días, examinando los cuerpos de los pingüinos, las focas y los delfines y anotando concienzudamente todas sus observaciones. Durante esos días Van Fleet había sentido una admiración cada vez mayor hacia Maeve, sin embargo se cuidó mucho de no demostrar su afecto, pues raras veces lo abandonaba el recuerdo de su querida esposa y de sus tres hijos. Sin embargo, sentía sinceramente que no pudieran continuar trabajando juntos. Además, el resto de científicos del laboratorio estaban de acuerdo en que los dos formaban un gran equipo.

El cocinero del *Ice Hunter* había querido lucirse y para ello preparó una exquisita cena cuyo plato estrella fueron filetes de bacalao con champiñones y vino blanco. El capitán Dempsey se hizo el distraído mientras el vino fluía. La ley seca sólo imperaba para los oficiales que permanecían de guardia haciéndose cargo del buque; éstos debían esperar a que finalizara su turno para participar en la fiesta.

El doctor Mose Greenberg, el ingenioso del barco, pronunció una larga perorata salpicada de bromas banales a costa de cuantos se encontraban a bordo. Hubiera seguido otra hora pontificando si Dempsey no le hubiera indicado al cocinero que sacara la tarta preparada especialmente para la ocasión. El pastel tenía la forma de Australia y reproducía los accidentes geográficos más notables del continente, como la roca de Ayres y la bahía de Sydney. Maeve se emocionó y sintió que sus ojos se humedecían. Sin embargo, a Deirdre pareció aburrirle todo aquello.

Como capitán, Dempsey ocupaba la presidencia de la mesa más larga y se hallaba rodeado de las damas que había a bordo. Como jefe de la división de proyectos especiales de la ANIM, a Pitt le correspondió sentarse al otro extremo de la mesa. Ya hacía un rato que se había desentendido de las conversaciones que se mantenían alrededor de él y se hallaba concentrado en las dos hermanas.

«No podían ser más distintas», pensó. Maeve, cálida y extrovertida, parecía siempre rebosante de vitalidad. Pitt, en sus fantasías, la imaginaba como la pizpireta hermana de un amigo, lavando un coche vestida con una camiseta y unos pantalones cortos, que dejaban a la vista su juvenil cintura y sus bien torneadas piernas. Maeve había cambiado mucho desde que Pitt la encontró en la isla. Hablaba de modo exuberante, moviendo mucho los brazos; era vivaz y nada pretenciosa. Sin embargo, su talante parecía extrañamente forzado, como si se encontrase bajo alguna desconocida tensión y sus pensamientos estuvieran en otra parte.

Llevaba un vestido corto de fiesta muy ceñido. Al principio, Pitt pensó que quizá

se lo había prestado alguna de las científicas de a bordo que tuviera una talla menor a la de Maeve, pero luego recordó que cuando regresó con Deirdre del *Polar Queen* en el bote del *Ice Hunter*, Maeve llevaba consigo su equipaje. Lucía unos pendientes de coral amarillos que hacían juego con el collar que adornaba su amplio escote. Ella miró hacia Pitt y sus miradas se cruzaron por un instante. Maeve estaba explicando cómo era su mascota australiana, un dingo, y rápidamente volvió a concentrarse en la conversación.

Deirdre, sin embargo, exudaba sensualidad y elegancia, cualidades que no se le escapaban a ninguno de los hombres del comedor. Pitt podía imaginarla sin dificultad tendida sobre una cama cubierta con sábanas de seda. El único defecto de la joven era su imperiosa actitud. Cuando la encontró a bordo del *Polar Queen*, a Pitt le pareció tímida y vulnerable. Pero también ella había cambiado desde entonces y se había convertido en una criatura fría y distante que parecía esconderse tras una dureza pétreas que Pitt, al principio, no había captado.

Permanecía muy erguida en la silla y llevaba un elegante vestido marrón que le llegaba por encima de las rodillas. El fular alrededor del cuello realzaba el color de sus bellos ojos y el tono cobrizo de su cabello, que llevaba recogido en un sencillo moño. Como si se diera cuenta de que Pitt la observaba, la joven se volvió con lentitud y lo miró fríamente con ojos inexpresivos y calculadores.

De pronto él se sintió obligado a sostener la mirada. Deirdre seguía mirándolo sin pestañear ni interrumpir su conversación con Dempsey. Parecía que, al no haber encontrado en Pitt nada que la interesara, estuviera mirando a través de él el cuadro que tenía tras de sí. Sus ojos pardos, de un matiz verde opalino, no vacilaron ni por un momento. Evidentemente, era una dama a la que no intimidaban en absoluto los hombres, se dijo Pitt. Entonces él, lenta y premeditadamente, comenzó a bizquear. Esa payasada rompió el ensalmo y la concentración de Deirdre, que alzó la cabeza con un gesto altivo y desdeñoso y devolvió su atención a la charla de sus compañeros de mesa.

Aunque Pitt se sentía atraído por Deirdre, prefería la compañía de Maeve, mucho más afectuosa. Quizá fuera a causa de su sempiterna sonrisa, con la que dejaba ver la pequeña separación que había entre sus dientes delanteros, o por la mata de cabello rubio que le caía en cascada sobre los hombros. Pitt se preguntó qué había causado ese cambio de actitud en Maeve desde que la encontró en plena tormenta en la isla Seymour. La sonrisa fácil y la afabilidad de su talante habían desaparecido. Pitt intuyó que Maeve estaba sutilmente dominada por Deirdre; además, era evidente, al menos para él, que entre las dos hermanas no había el cariño fraternal que cabía esperar.

Pitt meditó sobre los dilemas a que se enfrentaban uno y otro sexo desde el principio de los tiempos. Las mujeres se encontraban frecuentemente divididas entre

su atracción hacia los buenos chicos, que generalmente terminaban siendo los padres de sus hijos, y los simpáticos sinvergüenzas, que representaban el romance y la aventura. Los hombres también tenían que elegir de vez en cuando entre las muchachas serias y formales, que solían terminar siendo las madres de sus hijos, y las provocativas vampiresas, que despertaban en ellos una poderosa atracción sexual.

Pero Pitt no se vería forzado a elegir. A última hora de la tarde siguiente, el barco fondearía en el puerto chileno de Punta Arenas, en la Tierra del Fuego. Allí Maeve y Deirdre tomarían un avión que las llevaría a Santiago, desde donde volarían directamente a Australia. Así pues, pensó que era una tontería permitir que su imaginación se desmandase, ya que seguramente no volvería a ver a ninguna de las dos hermanas.

Pitt metió una mano en el bolsillo de sus pantalones y tocó el fax portátil doblado que allí guardaba. Movido por la curiosidad, había llamado a Julien Perlmutter, un viejo amigo de la familia que había acumulado la biblioteca más extensa del mundo sobre naufragios. Renombrado anfitrión y *gourmand*, Perlmutter tenía excelentes relaciones en Washington y conocía los trapos sucios de mucha gente importante. Pitt le había pedido que averiguase los antecedentes familiares de las dos hermanas. Al cabo de menos de una hora Perlmutter le envió un breve informe por fax, en el que le prometía que en un par de días le mandaría otro más extenso.

Ninguna de las dos eran mujeres vulgares y corrientes. Si los solteros —y tal vez también algunos casados— hubieran sabido que el padre de Maeve y Deirdre, Arthur Dorsett, estaba al frente de un imperio de diamantes superado sólo por la firma De Beers, y era el sexto hombre más rico del mundo, habrían caído de rodillas, suplicando que cualquiera de ellas les concediera su mano.

La parte del informe que más llamó la atención de Pitt fue la reproducción del logotipo de la empresa de Dorsett que Perlmutter había incluido en el fax. En lugar de ser un diamante sobre cualquier clase de fondo, como cabía esperar, el emblema de Dorsett era una serpiente ondulando sobre las aguas.

El oficial de guardia se acercó a Pitt y le dijo en voz baja:

—El almirante Sandecker está al teléfono. Quiere hablar con usted.

—Muchas gracias. Hablaré con él desde mi camarote.

Discretamente, Pitt se levantó y abandonó el comedor sin que nadie más que Giordino lo advirtiera.

Pitt lanzó un suspiro, se quitó los zapatos y se arrellanó en su sillón de cuero.

—Aquí Dirk, almirante.

—Ya era hora —rezongó Sandecker—. Mientras te esperaba, podría haber escrito mi próximo discurso para el comité de presupuestos del Congreso.

—Lo siento, señor, estaba en una fiesta.

Se produjo una pausa.

—¿Una fiesta en un barco de la ANIM dedicado a la investigación científica?

—Hemos organizado una despedida en honor de las damas que rescatamos del *Polar Queen* —explicó Pitt.

—Que no me entere yo de ninguna actividad indebida. —Sandecker era un hombre de talante abierto y amistoso, pero su punto fuerte no era precisamente discutir de algo que no fueran actividades científicas a bordo de los barcos de su flota.

A Pitt le encantaba incordiar al almirante.

—¿Se refiere a ligues y cosas de ésas, señor?

—Lámalo como quieras, pero asegúrate de que los tripulantes se portan correctamente. No nos hace ninguna falta que la prensa amarilla se ocupe de nosotros.

—¿Puedo preguntarle a qué se debe su llamada, señor? —Sandecker jamás telefoneaba sólo por charlar.

—Necesito que tú y Giordino vengáis a Washington cuanto antes. ¿Cuándo podéis despegar del *Ice Hunter* en dirección a Punta Arenas?

—Estamos a tiro de helicóptero —dijo Pitt—. Podemos partir antes de una hora.

—Tengo un reactor militar de transporte esperando vuestra llegada al aeropuerto.

Pitt pensó que Sandecker era de los que no dejaban que la hierba creciese bajo sus pies.

—Entonces mañana por la tarde Al y yo estaremos con usted, almirante.

—Tenemos que hablar de muchas cosas.

—¿Ha habido alguna novedad?

—Se ha encontrado un carguero indonesio con toda la tripulación muerta frente a la isla Howland.

—¿Y los cadáveres presentan los mismos síntomas que los del *Polar Queen*?

—Nunca lo sabremos —replicó Sandecker—. Hubo una explosión en el barco y se hundió mientras lo inspeccionaba un grupo de tripulantes de la nave que acudió a la llamada de auxilio. Esos hombres también murieron.

—Eso es una novedad.

—Y para aumentar el misterio —siguió Sandecker—, un lujoso junco capitaneado por su dueño, el actor cinematográfico Garret Converse, ha desaparecido en esa misma zona.

—Sus fans quedarán desconsoladas cuando se enteren de que murió por causas desconocidas.

—Su desaparición probablemente recibirá más cobertura de prensa que todas las muertes que se produjeron en el crucero —admitió Sandecker.

—¿Hay algo nuevo sobre mi teoría de las ondas sónicas? —preguntó Pitt.

—Mientras nosotros hablamos, Yaeger está investigando esa posibilidad con los

ordenadores. Con un poco de suerte, cuando tú y Al aparezcáis, él habrá conseguido más datos. Tengo que decirte que tanto él como Rudi Gunn piensan que puedes haber dado en el clavo.

—Hasta pronto, almirante.

Pitt colgó y por un momento permaneció inmóvil contemplando el teléfono y deseando con todas sus fuerzas que se encontrasen en el buen camino.

En el comedor del barco, los camareros habían retirado ya los platos. Todos los asistentes reían, porque habían organizado una especie de concurso de chistes sobre chuchos. (Como ocurrió con Pitt, apenas nadie notó que Giordino había abandonado la fiesta). El capitán Dempsey decidió participar en la jocosa competición con un viejo, viejísimo chiste del granjero que envía a la universidad a su hijo más inepto acompañado por *Rover*, el viejo perro de la familia. El muchacho acaba utilizando el chucho para sacarle dinero a su padre, diciéndole que necesita mil dólares porque sus profesores aseguran que pueden enseñar a leer, escribir y hablar a *Rover*. Cuando Dempsey llegó al final del chiste, todos reían a carcajadas, más por alivio que por la gracia del chiste.

Sonó un teléfono de pared situado cerca de la mesa, y el primer oficial contestó. Sin decir palabra, hizo una seña a Dempsey. El capitán se acercó y respondió a la llamada. Escuchó unos momentos, colgó y echó a andar hacia el corredor que conducía a la cubierta de popa.

—¿Se cansó de los chistes, capitán? —dijo Van Fleet.

—Debo ocuparme del despegue del helicóptero —replicó Dempsey.

—¿Cuál es la misión?

—Ninguna. El almirante ha ordenado que Pitt y Giordino regresen cuando antes a Washington. En el aeropuerto de Punta Arenas los está esperando un avión militar.

—¿Cuándo se van? —preguntó Maeve a Dempsey, agarrándolo del brazo.

Al capitán le sorprendió la fuerza con que la mujer aferraba su brazo.

—Ahora mismo —dijo.

Deirdre se acercó y se detuvo junto a Maeve.

—No parece que le importes mucho —dijo a su hermana—. Ni siquiera se ha molestado en despedirse de ti.

Maeve sintió como si una gigantesca mano le estrujase el corazón. Angustiada, echó a correr hacia cubierta. Pitt sólo había elevado el helicóptero unos tres metros de la plataforma de aterrizaje cuando ella apareció; de modo que pudo ver claramente a los dos hombres a través de las grandes ventanillas del helicóptero. Giordino miró hacia abajo, vio a la joven y le dirigió un saludo. Pitt, al tener las manos ocupadas, sólo pudo responder con una cálida sonrisa y una inclinación de cabeza.

El italiano esperaba que la muchacha sonriese y devolviera el saludo; sin embargo, no fue así; el rostro de Maeve sólo reflejaba aprensión. Haciendo bocina

con las manos, gritó algo, pero el sonido del motor y de las palas de los rotores ahogaron sus palabras. Giordino le contestó moviendo la cabeza y encogiéndose de hombros. Maeve gritó de nuevo, esta vez con los brazos caídos a los costados, como si quisiera transmitirle sus pensamientos por telepatía. Demasiado tarde. El helicóptero ascendió verticalmente en el aire y se alejó del barco. La joven cayó de rodillas sobre cubierta, con la cabeza entre las manos, sollozando.

Giordino miró hacia atrás por la ventanilla lateral y vio a Maeve derrumbada sobre cubierta, y a Dempsey caminando hacia ella.

—¿A qué habrán venido tantos aspavientos? —se preguntó en voz alta el italiano.

—¿Qué aspavientos? —preguntó Pitt.

—Maeve se ha quedado llorando como una plañidera.

Pitt había estado tan concentrado en las maniobras de despegue que no había visto la inesperada manifestación de dolor de la joven.

—Tal vez no le gusten las despedidas —dijo, sintiendo un acceso de remordimientos.

—Intentaba decirnos algo —contestó Giordino, que trataba de revivir mentalmente la escena.

Pitt no miró hacia atrás. Se arrepentía de no haberse despedido, pues sentía una gran atracción hacia ella. Maeve le había hecho sentir cosas que no experimentaba desde que, muchos años atrás, perdió a una persona muy querida en el mar, al norte de Hawai. Se llamaba Summer, y no pasaba un día sin que Pitt recordase su adorable rostro.

No le resultaba posible saber si la atracción era mutua. Los ojos de Maeve hablaban de multitud de sentimientos, pero entre ellos no distinguió el de deseo. Y ninguna de sus palabras le hizo pensar que entre ellos hubiera algo más que una amistad pasajera.

Intentó olvidar el episodio, al tiempo que se convencía de que entre ellos nada podía ocurrir, pues sus destinos los encaminaban a extremos opuestos del mundo. Era mejor dejar que el recuerdo de Maeve se difuminase, sin especular sobre lo que habría podido ocurrir si la luna y las estrellas hubieran brillado en la dirección adecuada.

—Qué cosa tan rara —dijo Giordino, con la mirada al frente, mientras las lejanas islas al norte del cabo de Hornos iban aumentando de tamaño.

—¿A qué te refieres? —preguntó Pitt indiferente.

—A lo que dijo Maeve cuando despegábamos.

—¿Pudiste oír algo con el ruido del helicóptero?

—No, pero entendí lo que decía por el movimiento de su boca.

—¿Desde cuándo lees los labios? —preguntó Pitt sonriendo.

—No bromeo, amigo —dijo Giordino muy serio—. Sé lo que quiso decirnos.

Después de tantos años de trabajo y amistad, Pitt sabía que Giordino sólo se ponía serio cuando ocurría algo grave. Ignorando a qué se refería su amigo, le dijo:

—Suéltalo. ¿Qué dijo Maeve?

Giordino se volvió lentamente hacia Pitt y lo miró con ojos a un tiempo sombríos y reflexivos.

—Juraría que dijo «ayudadme».

El reactor bimotor *Buccaneer* tomó tierra y luego rodó hasta una zona tranquila de la base de la fuerza aérea de Andrews, al sudoeste de Washington. El aparato, confortablemente acondicionado para los altos oficiales de la fuerza aérea, volaba casi tan rápido como el más moderno avión de caza.

Mientras el auxiliar de vuelo, que vestía uniforme de sargento mayor, llevó el equipaje de los dos amigos hasta un coche con chófer que los esperaba, Pitt se admiró de la influencia que el almirante Sandecker tenía en la capital. Se preguntó a qué general había convencido para que les prestase el avión y qué sistema de persuasión había utilizado.

Giordino dormitó durante el trayecto, mientras Pitt miraba sin verlos los edificios bajos de la ciudad. El tráfico de hora punta había disminuido en el centro de la capital, pero las calles y puentes que conducían a la periferia estaban embotellados. Por suerte, el coche oficial iba en dirección contraria.

Pitt maldecía su estupidez por no haber aterrizado de nuevo en el *Ice Hunter*. Si Giordino había interpretado correctamente las palabras de Maeve, ésta debía de encontrarse en algún apuro. La posibilidad de haberla abandonado cuando ella pedía su ayuda le producía un fuerte malestar.

El largo brazo de Sandecker penetró en su melancolía y espanto sus remordimientos. Durante los años que llevaba en la ANIM, Pitt siempre había subordinado sus problemas personales al trabajo de la agencia. Durante el vuelo a Punta Arenas, Giordino había hecho el comentario definitivo:

—Éste no es momento para pensar en mujeres, Dirk. En los mares están muriendo muchas personas y animales. Así que cuanto antes terminemos con este azote, más vidas lograremos salvar. Olvida a Maeve por ahora. Cuando acabemos con esto, podrás irte a Australia a perseguirla.

Quizá Giordino no estuviese capacitado para enseñar retórica en Oxford, pero su sentido común era abrumador. Pitt hizo un esfuerzo por apartar a Maeve de su mente, aunque no lo consiguió del todo. Su recuerdo permanecía como un retrato que con el paso del tiempo se hace cada vez más bello.

El hilo de sus pensamientos se quebró cuando el coche se detuvo frente al edificio alto que albergaba la central de la ANIM. El aparcamiento para los visitantes estaba atestado de camiones y furgonetas con equipos móviles de televisión que transmitían las microondas suficientes para cocinar una granja avícola entera.

—Los dejaré en el aparcamiento subterráneo —dijo el chófer—. Los buitres están esperando su llegada.

—¿Seguro que en el edificio no hay un asesino con un hacha? —preguntó Giordino.



—No, esta recepción es en su honor. Los periódicos y las emisoras de televisión están ansiosos por conseguir los detalles sobre la matanza del *Polar Queen*. Aunque los australianos intentaron que el asunto no saltara a la prensa, la noticia se difundió en cuanto los pasajeros supervivientes llegaron a Chile y comenzaron a hablar. Han contado maravillas sobre ustedes dos, sobre cómo los salvaron e impidieron que el barco se estrellase contra las rocas. Como es natural, el hecho de que dos de las pasajeras fueran hijas de Arthur Dorsett exacerbó el interés de la prensa sensacionalista.

—Así que hablan de una matanza —suspiró Pitt.

—Eso vende más ejemplares que decir que se trata de un suceso inexplicable —dijo Giordino.

El coche se detuvo frente a un guardia de seguridad que se hallaba junto a la puerta de un ascensor privado. Firmaron en el registro de entrada y luego subieron al décimo piso. Al abrirse las puertas se encontraron en la enorme sala que albergaba el feudo informático de Hiram Yaeger y desde la cual el mago de los ordenadores dirigía el inmenso banco de datos de la ANIM.

Yaeger, sentado frente al enorme escritorio con forma de herradura que ocupaba el centro de la estancia, alzó la vista y sonrió. De forma poco habitual, Yaeger no llevaba puesto el mono de trabajo, sino una vieja chaqueta Levis que parecía haber sido arrastrada por un caballo desde Tombstone a Durango. Al verlos, se levantó de inmediato, rodeó el escritorio y estrechó vigorosamente las manos de Pitt y Giordino.

—No sabéis cómo me alegro de veros, sinvergüenzas. Desde que os fuisteis a la Antártida, esto ha sido tan aburrido como un parque de atracciones abandonado.

—Siempre es agradable volver a encontrarse sobre un suelo que no se balancea —dijo Pitt.

Yaeger sonrió a Giordino.

—Estás aún más feo que cuando te fuiste.

—Eso se debe a que aún tengo los pies fríos como el hielo —replicó Giordino con su habitual tono burlón.

Pitt miró alrededor. La sala estaba atestada de técnicos que atendían el equipo de proceso de datos.

—¿Andan por aquí el almirante y Rudi Gunn?

—Os aguardan en la sala de trabajo —contestó Yaeger—. Supusimos que Al y tú queríais verlos nada más llegar.

—Quería hablar un momento contigo antes de la reunión.

—Tú dirás.

—Me gustaría estudiar toda la información que tengas sobre serpientes marinas.

Yaeger alzó las cejas.

—¿Has dicho *serpientes marinas*?

Pitt movió la cabeza en un gesto de afirmación.

—Estoy interesado en ellas, pero no puedo decirte por qué.

—Quizá te sorprenda, pero tengo una auténtica montaña de material referente a serpientes marinas y monstruos lacustres.

—Olvídate de las criaturas imaginarias que nadan en el lago Ness y en el Champlain —dijo Pitt—. Sólo me interesa la variedad marina.

Yaeger se encogió de hombros.

—Como la mayor parte de los avistamientos ocurren en aguas interiores, eso reduce la búsqueda en un ochenta por ciento. Mañana por la mañana tendrás sobre tu escritorio una carpeta bastante gruesa.

—Muchas gracias, Hiram. Siempre se puede contar contigo.

Giordino consultó su reloj.

—Démonos prisa, o el almirante nos colgará del palo mayor más próximo.

Yaeger señaló hacia una puerta cercana.

—Vayamos por las escaleras.

Cuando Pitt, Giordino y Yaeger entraron en la sala de trabajo, Sandecker y Gunn estaban estudiando la parte del mapa holográfico donde se había señalado la zona del último caso de muertes misteriosas. El almirante y Gunn se adelantaron para saludarlos, por unos minutos estuvieron de pie hablando sobre los últimos acontecimientos. Gunn interrogó a Pitt y a Giordino, pues deseaba que le dieran el mayor número de detalles posible; pero como ambos estaban muy cansados, fueron bastante breves en sus explicaciones.

Sandecker, que los conocía bien, no quiso atosigarlos —ya habría tiempo para que redactaran informes detallados—, y señaló con un ademán las butacas vacías.

—Sentaos y comencemos a trabajar.

Gunn indicó uno de los globos azules que parecían flotar sobre un extremo de la mesa.

—El último incidente mortal —explicó—. Un carguero indonesio llamado *Mentawai*, con una dotación de dieciocho tripulantes.

Pitt se volvió hacia el almirante.

—¿El barco que hizo explosión mientras un grupo de abordaje de otro buque lo inspeccionaba?

—El mismo —asintió Sandecker—. Como te dije cuando estabas en el *Ice Hunter*, el actor Garret Converse y su tripulación fueron vistos en un lujoso junco navegando en las proximidades donde se produjo la tragedia por un petrolero que salió ileso.

Parece que la embarcación de Converse y todos los que iban a bordo se han esfumado.

—¿El satélite no los ha podido localizar? —preguntó Giordino.

—La capa de nubes es demasiado densa, pero de todas formas las cámaras no captarían una nave tan pequeña.

—Pero hay un detalle que sí debemos tener en cuenta —dijo Gunn—. El capitán del buque norteamericano que encontró el *Mentawai* informó de que había visto un yate de lujo alejándose a toda velocidad del lugar del suceso. Aunque no podría declararlo bajo juramento en un tribunal, está seguro de que ese yate se había acercado al *Mentawai* antes de que él llegara para auxiliar el carguero. También cree que la tripulación del yate es de algún modo responsable de la explosión que acabó con el grupo de abordaje compuesto por hombres a su mando.

—El buen capitán parece un tipo con mucha imaginación —opinó Yaeger.

—Acusar a ese hombre de ver visiones es injusto. El capitán Jackson Kelsey es un buen marino, con fama de ser competente e íntegro.

—¿Describió el yate?

—Cuando Kelsey centró su atención en él, el yate se había alejado demasiado y no pudo identificarlo. Sin embargo, el segundo oficial sí que había reparado en él, cuando estaba más cerca, y lo había observado con los prismáticos. Por suerte, se trata de un artista aficionado cuyo pasatiempo favorito es el de dibujar barcos.

—¿Hizo un boceto del yate?

—Admite que se ha tomado algunas libertades, porque el yate se estaba alejando y apenas pudo ver la popa. Pero nos hizo una descripción bastante detallada del diseño del casco que quizá nos ayude a localizar a los armadores que lo construyeron.

Sandecker encendió un cigarro y dijo a Giordino:

—¿Por qué no te ocupas de investigarlo, Al?

Giordino sacó un cigarro que era una réplica exacta del de Sandecker y, lentamente, lo hizo girar entre el pulgar y el índice mientras quemaba un extremo con un fósforo de madera.

—En cuanto me dé una ducha y me cambie de ropa, me encargaré de ello.

Para Sandecker, era un misterio sorprendente cómo obtenía Giordino puros exactamente iguales a los suyos. Llevaban muchos años jugando al gato y al ratón, y Sandecker no lograba descubrir el secreto, sin embargo era demasiado orgulloso para preguntárselo directamente a Giordino. Y lo que definitivamente volvía loco al almirante era que nunca le faltaban cigarrillos en su reserva.

Pitt, que garabateaba en un papel, preguntó a Yaeger sin alzar la vista:

—Dime una cosa, Hiram, ¿puede ser factible mi teoría de que el fenómeno se debe a ondas sónicas mortíferas?

—Pues sí, puede serlo —replicó Yaeger—. Los expertos en sonido aún están intentando forjar una hipótesis detallada, pero parece que nos encontramos frente a un asesino que viaja a través del agua y consta de varios elementos. Existen varios aspectos que debemos tener en cuenta. El primero es la posibilidad de una fuente que

genere una energía muy intensa; el segundo, la propagación, es decir: cómo viaja esa energía desde su fuente hasta los mares; el tercero, el blanco de esas ondas, y por último, el efecto fisiológico que tienen en los tejidos humanos y animales.

—¿Es posible, al menos en hipótesis, que se trate de ondas acústicas de alta intensidad capaces de producir la muerte? —preguntó Pitt.

Yaeger se encogió de hombros.

—Nos hallamos en un terreno resbaladizo, pero ésta es la posibilidad que en estos momentos consideramos más probable. Lo que debemos averiguar es la naturaleza de esa fuente capaz de emitir una energía tan intensa que hace letales sus ondas. Ninguna de las fuentes acústicas de gran intensidad conocidas podría matar a gran distancia, a no ser que se hubiese conseguido concentrar el sonido de algún modo.

—Cuesta creer que, tras recorrer grandes distancias a través del agua, una combinación de sonido de alta intensidad y una fuerte resonancia pueda aflorar y matar a todos los seres vivos en un radio de más de treinta kilómetros.

—¿Alguna idea respecto al origen de esas ondas? —preguntó Sandecker.

—Pues sí, alguna idea tenemos.

—¿Puede realmente una única fuente de sonido causar las masacres de estos últimos días?

—No —replicó Yaeger—. Para producir tragedias de esa magnitud, no sólo bajo el mar sino también en la superficie, serían necesarias diversas fuentes en extremos opuestos del océano.

Yaeger hizo una pausa y miró entre los papeles que tenía ante él hasta encontrar lo que buscaba. Luego cogió un mando a distancia y marcó una serie de códigos. Cuatro luces verdes aparecieron en ángulos opuestos del mapa holográfico.

—Hemos utilizado el sistema de computerización global por hidrófonos colocados en todos los océanos por la marina para localizar a los submarinos soviéticos durante la guerra fría, y hemos conseguido determinar las fuentes de las ondas sónicas destructivas en cuatro puntos distintos del océano Pacífico. —Yaeger hizo una pausa para repartir copias impresas del mapa a todos los que se hallaban sentados a la mesa—. La número uno, que es con mucho la más fuerte, parece proceder de la isla Gladiator, la cima de una profunda cordillera submarina de origen volcánico que asoma entre Tasmania y la isla del Sur de Nueva Zelanda. La número dos está orientada hacia las islas Komandorskie, frente a Kamchatka en el mar de Bering.

—Eso está muy al norte —comentó Sandecker.

—No entiendo qué podrían ganar los rusos con todo esto —dijo Gunn.

—La número tres la encontramos cruzando el mar en dirección este hasta la isla Kunghit, frente a la Columbia Británica en Canadá —siguió Yaeger—. La última fuente rastreada por los hidrófonos está en la isla de Pascua.

—Forman el contorno de un trapecio —comentó Gunn.

Giordino se enderezó.

—¿Un qué?

—Un trapecio, un cuadrilátero que carece de lados paralelos.

Pitt se puso en pie y avanzó hasta estar casi en el interior del mapa tridimensional del océano.

—Resulta bastante curioso que todos los orígenes de las ondas acústicas estén situados en islas. —Se volvió hacia Yaeger—. ¿Estás seguro de la veracidad de esos datos? ¿No habrá algún error en el análisis que tus ordenadores hicieron de los datos procedentes del sistema hidrofónico?

Por la cara de Yaeger, pareció que Pitt lo hubiera acuchillado en el pecho.

—En nuestro análisis hemos tenido en cuenta las recepciones de la red acústica y las variaciones que pueden atribuirse a alteraciones oceánicas.

—Perdona —dijo Pitt, al tiempo que se inclinaba hacia Yaeger en un gesto de disculpa—. ¿Son islas desiertas o están habitadas? Yaeger tendió a Pitt una carpeta pequeña.

—Hemos recogido toda clase de datos sobre esas islas. Geología, fauna, habitantes... La isla Gladiator es una propiedad privada. Las otras tres han sido alquiladas por gobiernos extranjeros para llevar a cabo exploraciones mineras. Son zonas que deben considerarse prohibidas.

—¿Cómo puede propagarse el sonido a tanta distancia bajo el agua? —preguntó Giordino.

—El sonido de alta frecuencia es absorbido con rapidez por las sales del agua de mar; sin embargo, a las ondas acústicas de baja frecuencia no les influyen las estructuras moleculares de las sales, y sus señales se han llegado a detectar a miles de kilómetros de distancia. La siguiente parte del cuadro es algo más confusa. No sé cómo, de un modo que aún no comprendemos, las ondas de alta y baja frecuencia emitidas por las diversas fuentes se unen en lo que se conoce como «zona de convergencia». Es un fenómeno al que los científicos llaman «cáustica».

—¿Cómo en sosa cáustica? —preguntó Giordino.

—No, es una superficie que envuelve las ondas sonoras cuando éstas convergen y se unen.

Sandecker alzó sus gafas de lectura hacia la luz, para buscar las manchas en los cristales.

—¿Y qué nos ocurriría si estuviésemos sentados en la cubierta de un barco que se encontrara en medio de una zona de convergencia?

—Si sólo nos alcanzase una fuente sónica —explicó Yaeger—, oiríamos un leve zumbido y quizá sólo sentiríamos un ligero dolor de cabeza. Pero si cuatro ondas convergieran en la misma región y al mismo tiempo, multiplicando de esta forma su

intensidad, la estructura del barco vibraría o reverberaría y la energía sónica produciría suficientes daños internos como para matarnos en cuestión de minutos.

—A juzgar por lo diseminadas que se encuentran las zonas donde se han producido las tragedias, el desastre se puede repetir en cualquier punto del mar —dijo Giordino.

—O del litoral —añadió Pitt.

—Hemos intentado determinar cuál podía ser la siguiente zona de convergencia —dijo Yaeger—, pero es difícil averiguarlo. Por el momento lo máximo que podemos hacer es tener en cuenta las mareas, las corrientes, las profundidades marinas y la temperatura de las aguas, pues pueden alterar de modo significativo el recorrido de las ondas acústicas.

—Puesto que tenemos una vaga noción de a qué nos enfrentamos —dijo Sandecker—, podemos pensar en algo para terminar con ello.

—¿Qué tienen en común las cuatro islas, aparte de las exploraciones mineras? —preguntó Pitt.

—¿Pruebas clandestinas de armas nucleares o convencionales? —aventuró Giordino, mientras miraba su cigarro.

—Nada de eso —replicó Yaeger.

—Entonces ¿qué? —preguntó Sandecker.

—Diamantes.

El almirante miró a Yaeger con extrañeza.

—¿Diamantes, dices?

—Sí, señor. —Yaeger echó un vistazo a sus papeles—. La Dorsett Consolidated Mining Limited de Sydney monopoliza las operaciones mineras en las cuatro islas. Después de la De Beers, es la compañía de diamantes más importante del mundo.

Pitt sintió como si alguien, de pronto, le hubiera dado un puñetazo en el estómago.

—Y, casualmente, Arthur Dorsett, el presidente de Dorsett Consolidated Mining, es el padre de las dos mujeres que Al y yo rescatamos en la Antártida —murmuró.

—¡Claro! —exclamó Gunn, como si, súbitamente, hubiese visto la luz—. Deirdre Dorsett... —Y a renglón seguido, desconcertado, preguntó—: ¿Y Maeve Fletcher?

—Es la hermana de Deirdre, pero ha adoptado el apellido de una bisabuela —explicó Pitt.

—Se tomaron un montón de molestias para encontrarse con nosotros —bromeó Giordino.

Sandecker lo fulminó con una mirada y se volvió hacia Pitt.

—No creo que se trate de una coincidencia.

—Me pregunto —dijo Giordino— qué puede haber dicho uno de los tratantes en diamantes más ricos del mundo al enterarse de que, con sus perforaciones, casi mata

a sus dos queridas hijas.

—Podemos encontrarnos ante una bendición disfrazada —dijo Gunn—. Si las operaciones mineras de Dorsett son de algún modo responsable de las ondas letales, Dirk y Al están suficientemente acreditados para llamar a la puerta de ese tipo y bombardearlo a preguntas. Dorsett tiene todos los motivos del mundo para actuar como un padre agradecido.

—Por lo que sé, Arthur Dorsett es un individuo tan reservado como lo fue en sus tiempos Howard Hughes —dijo Sandecker—. O quizá más. Al igual que De Beers, la Dorsett Consolidated Mining toma grandes medidas contra el robo y el contrabando de diamantes. A Dorsett nunca se le ha visto en público, ni ha concedido entrevistas a la prensa. Es prácticamente un ermitaño, y dudo que el hecho de que hayáis salvado a sus hijas haga mella en él. Yaeger señaló los globos azules del mapa holográfico. —Mucha gente está muriendo, así que creo que si las operaciones de Dorsett son responsables en alguna medida de ello, el tipo atenderá a razones.

—Arthur Dorsett es un extranjero con un inmenso poder. —Sandecker hablaba con gran lentitud—. Mientras carezcamos de pruebas, debemos considerarlo libre de toda culpa. Por lo que sabemos hasta el momento, todas esas muertes son producto de un azote natural. Nosotros tenemos la obligación de trabajar valiéndonos de los canales oficiales, y de eso me ocupo yo. Haré las gestiones necesarias ante el Departamento de Estado y la embajada australiana, para establecer contacto con Arthur Dorsett y pedirle que coopere en la investigación.

—Eso llevará semanas —arguyó Yaeger.

—Si te parece, llamamos a la puerta de su mina de diamantes más próxima y pedimos ver las excavaciones —sugirió Pitt con sarcasmo.

—Si Dorsett es un tipo tan paranoico como usted dice —dijo Giordino volviéndose hacia el almirante—, no creo que se preste a juegos diplomáticos.

—Al tiene razón —convino Yaeger—. Si queremos acabar con esas muertes, y hacerlo cuanto antes, no podemos andarnos con diplomacias. Debemos actuar clandestinamente.

—No es fácil fisgar en minas de diamantes —dijo Pitt—. Están muy protegidas contra los ladrones y cualquier intruso que quiera ganarse unos dólares fáciles con el contrabando de piedras. Los sistemas de seguridad de las minas de diamantes son los más avanzados; para poder burlarlos necesitaremos a profesionales altamente cualificados.

—¿Un equipo de las fuerzas especiales? —propuso Yaeger.

Sandecker negó con la cabeza.

—Sin autorización presidencial, no.

—¿Qué dice el presidente? —preguntó Giordino.

—Aún es pronto para recurrir a él —respondió el almirante—. Y no podemos

hacerlo hasta que tengamos pruebas concluyentes de que existe una auténtica amenaza para la seguridad nacional.

—La mina de la isla Kunghit parece la más indicada de las cuatro —dijo Pitt, mientras contemplaba el mapa—. Como está en la Columbia Británica, prácticamente a la vuelta de la esquina, no veo por qué no podemos hacer una pequeña exploración por nuestra cuenta.

—Espero que no albergues la ilusión de que nuestros vecinos del norte están dispuestos a hacer la vista gorda a una intrusión así —dijo Sandecker mirándolo fijamente.

—¿Por qué no? Teniendo en cuenta que hace algunos años la ANIM localizó en la isla de Baffin un depósito de petróleo muy rentable, no creo que a los canadienses les importe mucho que ahora demos una vuelta en canoa alrededor de la Kunghit y fotografiemos el paisaje.

—¿Ése es tu plan?

Pitt miró al almirante como un niño que espera que le regalen una entrada para el circo.

—Quizá haya exagerado algo, pero sí, eso es lo que propongo.

Sandecker aspiró pensativo el humo de su cigarro. Al fin, lanzando un suspiro, dijo:

—Muy bien. Adelante con ello. Pero tened en cuenta que si sois atrapados por los servicios de seguridad de Dorsett no debéis molestaros en telefonar a casa, porque nadie contestará la llamada.



Un sedán Rolls Royce se detuvo silenciosamente junto a un hangar abandonado en medio de un campo lleno de maleza próximo al aeropuerto internacional de Washington. Como una rica matrona de visita en los bajos fondos, el viejo y majestuoso automóvil parecía fuera de lugar en ese camino desierto de tierra y en plena noche. Sólo un viejo farol iluminaba el cobertizo y la luz débil y amarillenta escasamente dejaba ver la pintura verde y plateada del vehículo.

El Rolls Royce era de un modelo conocido como Silver Dawn. El chasis salió de la fábrica en 1955 y la carrocería era obra de Hoopers y Compañía. Los parachoques delanteros se unían elegantemente al cuerpo del vehículo y el motor de seis cilindros con válvulas en la culata hacía que el coche se deslizara silenciosamente por las carreteras. Para los Rolls Royce, la velocidad nunca había sido importante, y cuando se les preguntaba a los fabricantes por la potencia, éstos se limitaban a contestar que era la adecuada.

El chófer de Julien Perlmutter, un tipo taciturno que respondía al nombre de Hugo Mulholand, echó el freno de mano, cortó la ignición y se volvió hacia su jefe, que llenaba casi todo el asiento posterior.

—Nunca me siento a gusto cuando lo traigo hasta aquí —dijo con voz grave de bajo que iba muy en consonancia con sus ojos de perro pachón. Miró el oxidado techo de metal ondulado y las paredes que llevaban cuarenta años sin saber lo que era una mano de pintura—. No comprendo cómo a alguien le puede gustar vivir en una barraca tan inmundada.

Perlmutter pesaba ciento ochenta y un kilos, aunque, extrañamente, en su cuerpo apenas se percibía flaccidez; era bastante fuerte, para tratarse de un hombre de su envergadura. Alzó el pomo dorado de un bastón hueco relleno de brandy y golpeó con él la mesita abatible de nogal que salía del respaldo del asiento delantero.

—Resulta que esa barraca inmundada, como tú la llamas, alberga una colección de automóviles y aviones antiguos valorada en millones de dólares. Además, el riesgo de ser asaltada por bandidos es mínimo, pues los delincuentes no suelen merodear por los aeropuertos a altas horas de la noche. Y no sólo eso, sino que posee un sistema de seguridad tan eficaz como el de cualquier banco de Manhattan. —Perlmutter hizo una pausa para señalar con la punta del bastón una pequeña luz roja apenas visible—. En estos mismos momentos, una cámara de vídeo nos está enfocando.

Mulholand suspiró, se apeó, rodeó el coche y abrió la puerta para que saliera Perlmutter.

—¿Espero?

—No, voy a cenar aquí. Diviértete un rato y vuelve a recogerme a las once y media.

Mulholand ayudó a su jefe a bajar del coche y luego lo acompañó hasta la entrada del hangar. La puerta estaba sucia y llena de polvo. Desde luego era un buen camuflaje. Cualquiera que viese el astroso cobertizo pensaría que era un edificio abandonado y a punto de ser demolido. Perlmutter golpeó la puerta con el bastón. Al cabo de unos segundos sonó un *click* y la puerta se abrió, como empujada por una mano fantasmal.

—Que disfrute de su cena —dijo Mulholand. Luego metió un envase cilíndrico bajo el brazo de Perlmutter y le entregó un portafolios. Después dio media vuelta y regresó al Rolls Royce.

Tras franquear el umbral del hangar, Perlmutter se encontró en otro mundo. En lugar de suciedad, polvo y telarañas, se vio inmerso en un ambiente luminoso y excelentemente decorado, lleno de relucientes cromados y pinturas. Sobre el suelo de cemento pulido había cuatro docenas de automóviles clásicos, dos aviones y un vagón de tren de fines del siglo XIX, todos ellos restaurados. Mientras la puerta se cerraba silenciosamente a su espalda, Perlmutter avanzó por entre la exposición de las máquinas exóticas.

Pitt estaba en la galería de su apartamento, situado en la parte alta del hangar, a diez metros por encima del suelo de cemento. Señalando el envoltorio cilíndrico que Perlmutter llevaba bajo el brazo, dijo parafraseando a Virgilio:

—Recelad de los griegos que traen regalos.

Perlmutter alzó la vista y lo miró ceñudo.

—No tengo nada de griego, y esto es una botella de Dom Pérignon —dijo mostrando el envoltorio—. Cosecha 1983. Es para celebrar tu regreso a la civilización. Supongo que tú, en tu bodega, no tienes nada mejor.

Pitt se echó a reír.

—Muy bien, lo compararemos con mi vino espumoso *gruet brut* de Albuquerque.

—No hablarás en serio. ¿Albuquerque? ¿*Gruet*?

—Es mucho mejor que los vinos gaseados de California.

—Tanto hablar de vino me abre el apetito. Envíame el ascensor.

Pitt hizo descender un antiguo montacargas con jaula de hierro forjado. En cuanto la cabina llegó abajo, Perlmutter se metió en ella.

—¿Crees que esto aguantará mi peso?

—Lo instalé yo mismo para subir los muebles, pero ésta va a ser la auténtica prueba de resistencia.

—Tus palabras me tranquilizan —murmuró Perlmutter mientras el montacargas subía sin problemas hasta el apartamento de Pitt.

En el rellano, los dos hombres se abrazaron como buenos amigos.

—Me alegro de verte, Julien.

—Siempre es un placer cenar con mi décimo hijo. —Ésa era una de las bromas

favoritas de Perlmutter. El hombre era un soltero impenitente, y Pitt el único hijo del senador George Pitt de California.

—No me digas que hay otros nueve como yo —dijo Pitt simulando sorpresa.

Perlmutter se acarició el inmenso estómago.

—Antes de que esto se interpusiera, fueron muchísimas las damiselas que sucumbieron a mis impecables modales y a mi convincente labia. —Se interrumpió para olfatear—. ¿Son arenques lo que huelo?

Pitt asintió con la cabeza.

—Picadillo de carne con arenques y chucrut. Pero primero una sopa de lentejas con salchichas de hígado de cerdo.

—En lugar de champán, debí traer cerveza de Munich.

—Seamos intrépidos y saltémonos las reglas —dijo Pitt.

—Tienes toda la razón del mundo. Suena de lo más apetitoso. Con tus habilidades culinarias, algún día convertirás a una mujer en una feliz esposa.

—Me temo que mis grandes dotes de cocinero no compensarán el resto de mis deficiencias.

—Hablando de mujeres encantadoras, ¿qué sabes de la congresista Smith?

—Loren ha vuelto a Colorado. Está haciendo campaña para conservar su escaño en el Congreso —explicó Pitt—. Llevo casi dos meses sin verla.

—Basta de charla ociosa —dijo Perlmutter impaciente—. Abramos la botella de champán y comencemos a trabajar.

Pitt sacó un cubo con hielo; comieron con el Dom Pérignon y reservaron el *gruet brut* para el postre. Perlmutter se sintió gratamente impresionado con el vino espumoso de Nuevo México.

—Esto está bastante bien; es seco y ligero. ¿Dónde puedo conseguir una caja?

—Si sólo estuviera «bastante bien», no te interesaría conseguir una caja —sonrió Pitt—. Eres un viejo charlatán.

—Pero a ti no logro engañarte —dijo encogiéndose de hombros.

En cuanto Pitt retiró los platos, Perlmutter se dirigió a la sala, abrió el portafolios y dejó sobre la mesita de café un montón de papeles. Cuando Pitt se reunió con él, el obeso erudito ya estaba revisando sus notas.

Pitt se acomodó en un sofá de piel, bajo los atestados estantes en los que se veía una pequeña flota de modelos de barco, réplicas de los que Pitt había descubierto a lo largo de los años.

—Bueno, ¿qué has descubierto sobre la renombrada familia Dorsett?

Mostrando el montón de papeles, de más de mil hojas, Perlmutter preguntó:

—¿Me creerás si te digo que esto no es más que el principio de la investigación? Por lo que he averiguado, la historia de los Dorsett parece sacada de una novela épica.

—¿Qué me dices del actual jefe de la familia, Arthur Dorsett?

—Es un hombre muy reservado. Rara vez aparece en público. Es porfiado, está lleno de prejuicios y carece por completo de escrúpulos. Todos los que han tenido algún trato con él, por mínimo que éste haya sido, lo detestan.

—Pero es muy rico —dijo Pitt.

—Sí, asquerosamente rico —contestó Perlmutter con la expresión de un hombre que acaba de comerse una araña—. La Dorsett Consolidated Mining Limited y la cadena de tiendas minoristas Dorsett son propiedad de la familia. No tienen accionistas ni socios. También controlan una compañía filial llamada Pacific Gladiator que se dedica a la minería de gemas exóticas.

—¿Cómo empezó Arthur Dorsett su carrera?

—Para contestar a eso hay que remontarse a 144 años. —Perlmutter tendió su copa y Pitt la llenó—. Debemos comenzar por una historia épica escrita por el capitán de un clíper y publicada póstumamente por su hija. En enero de 1856, durante un viaje en el que este capitán transportaba convictos, entre ellos algunas mujeres, a la colonia penal australiana de la bahía Botany, un pequeño golfo situado al sur de donde actualmente se alza Sydney, su barco se encontró con un violento tifón, cuando navegaba con rumbo norte por el mar de Tasmania. El clíper se llamaba *Gladiator* y su capitán, Charles *Bully* Scaggs, famoso en su época.

—Hombres de hierro y barcos de madera —murmuró Pitt.

—En efecto —asintió Perlmutter—. Scaggs y su gente debieron de trabajar como demonios para salvar el barco de una de las peores tormentas del siglo. Pero cuando los vientos cesaron y los mares se calmaron, el *Gladiator* estaba hecho una ruina. Tenía los mástiles caídos, la superestructura destruida y varias vías de agua. Los botes salvavidas habían desaparecido o estaban destrozados, así que el capitán Scaggs supo que a la embarcación le quedaban pocas horas de vida. En consecuencia, ordenó que la tripulación y los reclusos construyeran una balsa con los restos del barco.

—Probablemente, era la única alternativa —comentó Pitt.

—Dos de los convictos eran antepasados de Arthur Dorsett —continuó Perlmutter—. Su tatarabuelo era Jess Dorsett, un salteador de caminos, y su tatarabuela, Betsy Fletcher, condenada a veinte años en la colonia penal por robar una manta.

Contemplando las burbujas de su copa, Pitt comentó:

—Evidentemente, en aquella época el crimen se pagaba.

—La mayor parte de nuestros compatriotas no se dan cuenta de que, desde la época colonial hasta la guerra de Secesión, Norteamérica era el vertedero de todos los delincuentes de Inglaterra. Muchas familias se llevarían una gran sorpresa si se enteraran de que sus antepasados llegaron a nuestras costas en calidad de criminales convictos.

—¿Qué pasó con los supervivientes de la balsa? ¿Fueron rescatados?

Perlmutter movió la cabeza en un gesto de negación.

—Los siguientes quince días fueron una sucesión de horrores y muerte. Sufrieron toda clase de penalidades: tormentas, sed, hambre y, por si fuera poco, los reclusos se amotinaron y atacaron a los marineros y soldados. Al final, en la balsa sólo quedaron algunos supervivientes. Según la leyenda, cuando al fin las corrientes los llevaron al arrecife de una isla que no figuraba en los mapas, los náufragos que nadaban hacia la orilla fueron salvados de un gran tiburón blanco gracias a la milagrosa aparición de una serpiente marina.

—Lo que explica el logotipo de Dorsett. Debió de ser el producto de la alucinación colectiva de unos hombres al borde de la muerte.

—No me extrañaría. De los doscientos treinta y uno que eran al abandonar el barco, sólo ocho lograron llegar a la playa de la isla: seis hombres y dos mujeres, todos más muertos que vivos.

Pitt miró a Perlmutter.

—Eso significa que hubo doscientas veintitrés víctimas... Una cifra apabullante.

—Y de esos ocho, un marinero y un convicto murieron en la isla peleando a causa de las mujeres.

—Parece que se repitió la historia de los amotinados de la *Bounty*.

—No del todo. Dos años más tarde, el capitán Scaggs y el único de sus marineros que había sobrevivido y que, por suerte, era el carpintero del barco, construyeron una embarcación con los restos de un balandro de la marina francesa que se estrelló contra las rocas frente a la isla sin que hubiera supervivientes. El capitán y el marinero dejaron a los reclusos en la isla y cruzaron el mar de Tasmania hasta Australia.

—No me digas que Scaggs dejó en la isla a Dorsett y a Fletcher.

—Lo hizo por muy buenas razones. Una encantadora isla desierta era muy preferible al infierno de los campos de prisioneros de la bahía Botany. Como Scaggs consideraba que le debía la vida a Dorsett, les dijo a las autoridades de la colonia penal que todos los convictos habían muerto en la balsa. De este modo, los supervivientes lograron seguir viviendo en paz.

—E iniciaron una nueva vida y se multiplicaron.

—Exacto —dijo Perlmutter—. Jess y Betsy, a quienes Scaggs había casado, tuvieron dos hijos, y la otra pareja de convictos tuvo una hija. Con el tiempo, crearon una pequeña comunidad familiar y comenzaron a vender provisiones a los barcos balleneros, que no tardaron en convertir la isla Gladiator, nombre que dieron al lugar, en una parada habitual en sus largos viajes.

—¿Qué fue de Scaggs? —preguntó Pitt.

—Volvió al mar, capitaneando un nuevo clíper propiedad de una compañía llamada Carlisle y Dunhill. Tras varios viajes más por el Pacífico, se retiró, y veinte

años más tarde, en 1876, falleció.

—¿Cuándo aparecen los diamantes en la historia?

—Paciencia —dijo Perlmutter con un tono más propio de un maestro de escuela—. Para que comprendas bien la historia, será mejor que te ponga en antecedentes. Para empezar, debes saber que, aunque han causado más crímenes, corrupciones e historias románticas que ninguno de los otros minerales de la tierra, los diamantes sólo son carbono cristalizado. Químicamente, son hermanos del grafito y el carbón. Se cree que los diamantes se formaron hace unos tres mil millones de años, en profundidades de entre ciento veinte y doscientos kilómetros, en el manto superior de la tierra. Bajo el enorme calor y las terribles presiones, el carbono puro, junto con gases y roca líquida, llegó a la superficie de la tierra a través de chimeneas volcánicas. Cuando la ígnea mezcla afloró, el carbono se solidificó y cristalizó en piedras duras y transparentes. Los diamantes son de los pocos materiales que han llegado hasta la superficie terrestre procedentes de las más remotas profundidades.

Pitt bajó la mirada e intentó imaginar el proceso mediante el que la naturaleza producía los diamantes.

—Supongo que un corte del terreno mostraría un rastro de diamantes ascendiendo hacia la superficie y tendría la forma de una especie de embudo, con la parte ancha hacia arriba.

—O de una zanahoria —dijo Perlmutter—. A diferencia de la lava pura, que originó altos y escarpados volcanes, la mezcla de diamantes y roca líquida, conocida como kimberlita, por la ciudad sudafricana de Kimberley, se enfrió rápidamente y formó grandes montículos. Éstos se desgastaron por erosión natural, y los diamantes se diseminaron en lo que se conoce como depósitos aluviales. Algunas de esas chimeneas erosionadas llegaron incluso a formar lagos. Sin embargo, la masa principal de piedras cristalizadas permaneció en las chimeneas subterráneas.

—A ver si adivino. Los Dorsett encontraron una de esas chimeneas diamantíferas en su isla.

—¿Quieres dejar de interrumpirme? —dijo Perlmutter irritado.

—Lo siento —se disculpó Pitt.

—Fortuitamente, los náufragos no sólo encontraron una, sino dos chimeneas ricas en residuos volcánicos que se hallaban en los extremos opuestos de isla Gladiator. Las piedras que encontraron, y que habían sido liberadas de la roca por siglos de lluvia y vientos, les parecieron simplemente «cosas bonitas», como Betsy Fletcher las llamaba en una carta escrita a Scaggs. En realidad, los diamantes sin cortar ni pulir son piedras prácticamente opacas, que apenas tienen brillo. Por su aspecto y su tacto, muchas veces parecen barras de jabón de formas extrañas.

—En 1886, tras la guerra civil, un buque de la marina norteamericana que estaba haciendo un viaje de exploración en busca de posibles puertos de gran calado en las

aguas del Pacífico meridional, recaló en la isla para aprovisionarse de agua. A bordo iba un geólogo. Fortuitamente, vio a los hijos de Dorsett jugando en la playa con piedras, y sintió curiosidad. Al examinar una de ellas, comprobó asombrado que se trataba de un diamante de unos veinte quilates. Cuando el geólogo preguntó a Jess Dorsett cómo había conseguido aquella piedra, el viejo salteador, hombre astuto, le dijo que la había traído de Inglaterra.

—Y ese afortunado suceso dio lugar a la Dorsett Consolidated Mining.

—No inmediatamente —dijo Perlmutter—. Tras la muerte de Jess, Betsy envió a sus dos hijos, Jess Júnior y Charles, bautizado con ese nombre, sin duda en honor a Scaggs, y a la hija de la otra pareja de convictos, Mary Winkleman, a Inglaterra, para que recibiesen una buena educación. Betsy escribió al viejo capitán pidiéndole ayuda, y le envió una bolsa de diamantes en bruto para pagar con ellos los gastos. El capitán confió las piedras a su amigo y antiguo patrón, Abner Carlisle. Éste, actuando en nombre de Scaggs, que por entonces se encontraba en su lecho de muerte, hizo cortar y pulir los diamantes, que posteriormente fueron vendidos en Londres por casi un millón de libras, o unos siete millones de dólares de la época.

—Bonita suma —dijo Pitt—. Los chicos debieron de pasárselo en grande con ese dinero.

Perlmutter movió la cabeza en un gesto de negación.

—Te equivocas. Vivieron frugalmente en Cambridge. Mary asistió a una buena escuela de señoritas próxima a Londres, y luego ella y Charles se casaron poco después de que él se graduara. Entonces volvieron a la isla para dirigir las operaciones mineras en los volcanes inactivos. Jess Dorsett se quedó en Inglaterra y abrió la Casa de Dorsett en sociedad con un tratante de diamantes judío de Aberdeen llamado Levi Strouser. La central londinense de la empresa, que se ocupaba de cortar y vender los diamantes, tenía lujosas salas de exposición para las ventas al por menor, elegantes oficinas en los pisos altos para los negocios con mayoristas y un enorme taller en el sótano, donde se cortaban y pulían las piedras procedentes de la isla Gladiator. La dinastía prosperó gracias a que los diamantes procedentes de las chimeneas volcánicas de la isla eran de un raro color violeta rosado y de la más alta calidad.

—¿Las minas no llegaron a agotarse?

—No, aún no. Con gran astucia, los Dorsett retuvieron buena parte de su producción, cooperando con el cartel que mantiene los precios estables.

—¿Qué hay de los descendientes? —preguntó Pitt.

—Charles y Mary tuvieron un hijo, Anson. Jess Júnior nunca se casó.

—¿Anson era el abuelo de Arthur?

—Sí, y dirigió la compañía durante más de cuarenta años. Probablemente, fue el más decente y honrado de todos ellos. Anson se contentó con dirigir y conservar su

pequeño y rentable imperio. Nunca se dejó arrastrar por la codicia como hicieron sus descendientes, e hizo gran cantidad de donativos a obras de caridad. Fundó infinidad de bibliotecas y hospitales en Australia y Nueva Zelanda. Al morir, en 1910, legó la compañía a su hijo Henry y a su hija Mildred. Ésta murió joven, en un accidente de navegación. Por lo visto, cayó por la borda durante un crucero en el yate familiar y fue devorada por los tiburones. Corrió el rumor de que su hermano la había asesinado, pero, gracias al dinero de Henry, no se investigó el caso. Bajo la jefatura de Henry, la familia se lanzó por el camino de la codicia, la envidia, la crueldad y la voracidad de poder. Y en ese camino sigue.

—Recuerdo haber leído un artículo sobre él en *Los Angeles Times* —dijo Pitt—. Comparaban a sir Henry Dorsett con sir Ernest Oppenheimer, de la De Beers.

—Ninguno de los dos era lo que se dice un santo. Oppenheimer superó multitud de obstáculos para construir un imperio que se extiende por los cinco continentes y que se ha diversificado en participaciones de empresas automovilísticas, fábricas de papel y explosivos y destilerías, así como minas de oro, uranio, platino y cobre. No obstante, el principal interés de la De Beers siguen siendo los diamantes y el cartel que regula el mercado desde Londres hasta Nueva York y Tokio. La Dorsett Consolidated Mining, por su parte, se ha dedicado exclusivamente a los diamantes. Y salvo por ciertas acciones algunas minas de gemas (rubíes de Birmania, esmeraldas de Colombia, zafiros de Ceilán), la familia nunca ha diversificado sus inversiones. Han ido reinvertiendo los beneficios en la corporación.

—¿De dónde procede el apellido De Beers?

—De Beers era el agricultor surafricano que, sin saberlo, vendió por unos miles de dólares sus tierras, verdaderas tumbas de diamantes que Cecil Rhodes descubrió al hacer excavaciones en ellas; ganó una fortuna y fundó el cartel.

—¿Se unió Henry Dorsett al cartel de Oppenheimer y De Beers? —preguntó Pitt.

—Aunque participó en el control de los precios de mercado, Henry se convirtió en el único propietario de minas importantes que siguió vendiendo de modo independiente. En estos momentos, el 85 por ciento de la producción mundial pasa por la Organización Central de Ventas, que distribuye las piedras a tratantes y vendedores. Dorsett llegó a los principales mercados de diamantes de Londres, Amberes, Tel Aviv y Nueva York, para vender directamente al público su limitada producción de piedras de primera calidad a través de la cadena Casa de Dorsett, que en la actualidad cuenta con más de quinientos establecimientos.

—¿La empresa De Beers no hizo nada contra él?

Perlmutter negó con la cabeza.

—Oppenheimer había fundado el cartel para garantizar que los diamantes tuvieran un mercado estable y unos precios altos, y no vio en Dorsett ninguna amenaza, puesto que el australiano en ningún momento intentó anegar el mercado



con su producción de piedras.

—Para mantener una organización de esa envergadura, Dorsett debe de contar con un ejército de empleados.

—Más de mil hombres y mujeres repartidos en tres enormes talleres de corte de piedras, dos de tallado y otros dos de pulido. Además, la empresa también tiene un edificio de treinta pisos en Sidney, donde una legión de diseñadores y artesanos producen las excelentes e innovadoras joyas de la Casa de Dorsett. Si bien la mayoría de los otros tratantes contratan judíos para cortar y tallar sus piedras, Dorsett recurre principalmente a profesionales chinos.

—Henry Dorsett murió a fines de los años setenta, ¿no es así?

Perlmutter sonrió.

—La historia se repitió. A los sesenta y ocho años, Henry se cayó de su yate en Mónaco y se ahogó. Se dijo que Arthur lo emborrachó y lo arrojó a la bahía.

—¿Cuál es la historia de Arthur?

Perlmutter echó un vistazo a sus papeles y luego, mirando por encima de sus gafas de lectura, dijo:

—Si la gente que compra diamantes tuviese idea de las sucias operaciones que Arthur Dorsett ha realizado durante los últimos treinta años, no compraría una sola piedra de ese individuo.

—Parece un gran tipo.

—Algunos hombres tienen dos caras, pero Arthur tiene como mínimo cinco. Nació en la isla Gladiator en 1941, y fue hijo único de Henry y Charlotte Dorsett. Lo educó su madre y no asistió a ninguna institución docente hasta que tuvo dieciocho años, cuando ingresó en la Escuela de Minas Colorado de Golden. Es un hombre muy alto, y ya de joven destacaba por ello entre sus condiscípulos, sin embargo nunca se interesó por los deportes; prefería husmear por las viejas minas abandonadas de las Montañas Rocosas. Tras graduarse como ingeniero de minas, trabajó en unas excavaciones de la De Beers en África del Sur durante cinco años y luego regresó a casa y ocupó el cargo de superintendente de las minas familiares en la isla. Durante sus frecuentes visitas al edificio de la De Beers en Sydney, conoció y contrajo matrimonio con una encantadora muchacha, Irene Calvert, hija de un profesor de biología de la Universidad de Melbourne. Irene le dio tres hijas.

—Maeve, Deirdre y...

—Boudicca.

—Dos diosas celtas y una legendaria reina bretona.

—Una trinidad femenina.

—Maeve y Deirdre tienen, respectivamente, veintisiete y treinta y un años. Boudicca tiene treinta y ocho.

—Cuéntame más cosas sobre su madre.

—Hay poco que decir. Irene murió hace quince años en misteriosas circunstancias. Pasó un año desde su entierro en la isla Gladiator hasta que el reportero de un periódico de Sidney descubrió que la esposa de Dorsett había muerto. El diario publicó su necrológica antes de que Arthur pudiera sobornar al editor para que no lo hiciera. En otro caso, nadie se hubiese enterado de su fallecimiento.

—El almirante Sandecker, que sabe algo de Arthur Dorsett, dice que es un hombre inabordable —dijo Pitt.

—Muy cierto. Nunca se le ve en público, no asiste a reuniones sociales y no tiene amigos. Dedicó toda su vida al negocio. Incluso tiene un túnel secreto para entrar y salir de la central de Sydney sin ser visto. Prácticamente, ha dejado incomunicada la isla Gladiator del mundo exterior. Según él, cuanto menos se sepa de las operaciones mineras de la Dorsett, mejor.

—¿Y qué pasa con la compañía? Arthur no puede mantener permanentemente ocultas las actividades de una empresa tan enorme.

—Bueno, no estoy de acuerdo —dijo Perlmutter—. Una corporación privada puede hacer lo que le dé la gana. Hasta los gobiernos de los países en que opera se las ven y se las desean para evaluar los activos de la compañía con fines fiscales. Arthur Dorsett puede ser la reencarnación de Ebenezer Scrooge, el avaro de *Canción de Navidad*, pero nunca ha vacilado en invertir enormes sumas para comprar lealtades. Para obtener influencia y poder, Dorsett jamás ha dudado en convertir en millonario a un funcionario gubernamental.

—¿Sus hijas también trabajan para la compañía?

—Por lo visto, dos de ellas sí. La otra...

—Maeve —dijo Pitt.

—Sí; ella se desentendió de la familia, estudió en la universidad por su cuenta y se licenció como zoóloga marina. Parece que heredó los genes de su abuela paterna.

—¿Y Deirdre y Boudicca?

—Dicen que son dos auténticas diablasas, peores incluso que el viejo. Deirdre es la Maquiavelo de la familia, una intrigante nata que lleva el latrocinio en las venas. Boudicca, por lo visto, es implacable y fría como el hielo del fondo de un glaciar. Ninguna de las dos parece interesada por los hombres o la buena vida.

—¿Qué tienen los diamantes para poseer tal atractivo? —preguntó Pitt con mirada distante—. ¿Por qué la gente mata por ellos? ¿Por qué por su culpa han caído y surgido gobiernos?

—Aparte de que, una vez cortados y tallados son de una gran belleza, los diamantes tienen cualidades únicas. Son la sustancia más dura del mundo. Si se frota contra seda, producen una carga electrostática positiva. Si se exponen al sol poniente, luego relucen en la oscuridad con un brillo fantasmagórico. Amigo mío, los diamantes son algo más que un mito. Son los más grandes forjadores de ilusiones. —

Perlmutter hizo una pausa y alzó la botella del cubo de hielo. Vertió las últimas gotas en su copa y dijo con cierta tristeza—: Vaya por Dios, me he quedado seco.

Tras abandonar el edificio de la ANIM, Giordino firmó la entrega de uno de los coches turquesa de la agencia y lo condujo hasta su apartamento nuevo en Alexandria, junto al río Potomac. Las habitaciones podían ser una pesadilla para cualquier decorador de interiores, porque ningún elemento del mobiliario hacía juego con el resto. Nada seguía las habituales normas de buen gusto y estilo. Cada una de las múltiples novias que habían convivido con el italiano había dejado en la casa su impronta decorativa, que nada tenía que ver con la de las anteriores o posteriores. Giordino seguía siendo buen amigo de todas ellas, y ellas disfrutaban de su compañía, pero por nada del mundo se habrían casado con él, y no porque fuera un dejado que no supiese hacer las tareas del hogar —la cocina, por ejemplo, se le daba bien—, sino porque raramente estaba en casa. Cuando no estaba con Pitt en alguna aventura submarina, se dedicaba a organizar expediciones de búsqueda, ya fuera para encontrar barcos, aviones o personas. Le gustaba ir en busca de lo desaparecido. No era capaz de quedarse en casa viendo la televisión o leyendo un libro. En su mente, Giordino viajaba incluso con la imaginación y rara vez lograba centrar su atención en la dama que lo acompañaba, lo que frustraba muchísimo a sus amigas.

Metió su ropa sucia en la lavadora y se dio una ducha rápida. Luego puso una muda en un maletín y fue en coche hasta el aeropuerto Dulles International, donde tomó un vuelo a Miami al atardecer. Al llegar, alquiló un coche, fue hasta la zona portuaria de la ciudad y se alojó en uno de los hoteles de la zona. Seguidamente, consultó el listín telefónico y copió los nombres, direcciones y número de teléfono de los ingenieros navales especializados en la construcción de yates privados. Luego comenzó a telefonar.

Sus primeras cuatro llamadas fueron respondidas por contestadores, pero cuando lo intentó por quinta vez le respondió una voz humana. Giordino no se sorprendió, pues había esperado que alguno de los ingenieros estuviera trabajando hasta tarde, atareado en diseñar la residencia flotante de algún multimillonario.

—¿Señor Wes Wilbanks? —preguntó.

—Yo mismo. ¿Qué puedo hacer por usted a estas horas de la noche? —La voz tenía un ligero acento sureño.

—Me llamo Albert Giordino. Trabajo para la Agencia Nacional de Investigaciones Marinas. Necesito su ayuda para identificar al constructor de un barco.

—¿Se encuentra anclado aquí, en Miami?

—No, señor. Podría estar en cualquier lugar del mundo.

—Eso suena muy misterioso.

—Y lo es. Más de lo que usted puede imaginar.

—Mañana, a partir de las diez, estaré en mi oficina.

—Se trata de un asunto bastante urgente —dijo Giordino con firmeza.

—Muy bien. Terminaré de trabajar dentro de una hora. ¿Por qué no se pasa por aquí? ¿Tiene las señas?

—Sí, pero no conozco Miami.

Wilbanks indicó a Giordino el modo de llegar a su oficina, que resultó estar a sólo unas manzanas de distancia. El italiano cenó rápidamente en un pequeño café cubano y luego fue caminando hasta el despacho del ingeniero.

El hombre que le abrió la puerta tenía poco más de treinta años, era alto y vestía unos pantalones cortos y una camisa floreada. La cabeza de Giordino apenas llegaba a los hombros del ingeniero, que tenía un rostro atractivo enmarcado por una abundante cabellera algo canosa en las sienes. Giordino pensó que Wilbanks tenía el aspecto típico del socio de un club marítimo.

—Soy Wes Wilbanks, señor Giordino. Encantado de conocerlo.

—Gracias por recibirme.

—Pase. ¿Un café? Está hecho desde esta mañana, pero gracias a la achicoria conserva su sabor.

—Sí, muchas gracias.

Wilbanks lo condujo a una oficina con suelo de madera. Una de las paredes estaba forrada de estantes repletos de libros sobre diseño de yates y embarcaciones pequeñas. La otra pared estaba llena de maquetas de barcos que Giordino supuso que habían sido diseñados por Wilbanks. El centro de la habitación lo ocupaba un tablero de dibujo. Frente a una ventana enorme desde la que se dominaba el puerto había un pequeño escritorio con un ordenador.

Giordino aceptó una taza de café, sacó los bocetos hechos por el segundo oficial del buque contenedor *Río Grande* y los dejó sobre el tablero de dibujo.

—Comprendo que esto no es gran cosa, pero... ¿podría identificar a los armadores de este yate?

Wilbanks estudió los dibujos. Al cabo de un momento, se frotó el mentón y alzó la vista.

—La verdad es que por su diseño podría ser obra de un centenar de armadores. Pero sospecho que el que vio el barco y lo dibujó no tenía un campo visual que favoreciera su observación. Creo que en realidad es una embarcación de dos cascos que sirven de base a un habitáculo futurista que da a la nave el aspecto de pertenecer a la era espacial. Siempre he deseado diseñar algo parecido, pero nunca he encontrado a un cliente dispuesto a desviarse tanto de las normas convencionales.

—Ni que estuviera usted hablando de una nave para ir a la luna.

—Casi, casi. —Wilbanks se sentó ante el ordenador y lo encendió—. Le mostraré lo que quiero decir con una serie de diseños gráficos. —Rebuscó en un cajón,

encontró un disquete y lo insertó en el aparato—. Es un diseño que he hecho en mi tiempo libre, y por el que nadie me pagará nunca, pues no creo que encuentre a alguien que se atreva a construirlo.

En el monitor apareció la imagen de un yate deportivo sin la tradicional proa triangular. El casco y el habitáculo eran de líneas suaves y redondeadas; desde luego no era una embarcación convencional. Parecía salida de mediados del siglo XXI. Giordino quedó impresionado. Por medio del sistema de gráficas del ordenador, Wilbanks lo condujo por el interior del yate, haciendo énfasis en los rasgos más heterodoxos y futuristas del diseño y el aparataje. Todo era imaginativo e innovador.

—¿Ha imaginado usted esto viendo sólo un par de bocetos? —preguntó Giordino, que no salía de su asombro.

—Aguarde y verá —dijo Wilbanks. Pasó los bocetos por un escáner electrónico que transfirió las imágenes a la pantalla del ordenador. Luego las sobrepuso a sus gráficas y las comparó. Salvo por pequeñas diferencias de diseño y dimensiones, eran sumamente parecidas.

—Todo está en los ojos del espectador —murmuró Giordino.

—No se imagina usted cómo envidio al colega que se me anticipó —dijo Wilbanks—. Yo hubiera vendido a mis hijos con tal de construir una cosa así.

—¿Puede usted darme una idea del tamaño y del tipo de motor?

—¿Se refiere a mi barco o al suyo?

—Al de los bocetos —contestó Giordino.

—Diría que tiene unos treinta metros de eslora y una manga de algo menos de diez metros. En cuanto al tipo de motor, yo habría especificado un par de turbo diesel Blitzen Seastorm; con toda probabilidad, dos BAD 98, pues la potencia combinada de estos dos motores es de más de dos mil quinientos caballos. Calculo que su velocidad de crucero por un mar en calma sería de setenta nudos o más, dependiendo de la línea de los cascos gemelos.

—¿Qué armadores tendrían recursos suficientes para construir un barco así?

Wilbanks quedó unos momentos pensativo.

—Un barco con un tamaño y una configuración así requeriría una tecnología en fibra de vidrio muy avanzada. Los armadores Glastec de San Diego podrían hacerlo, y también los Heinklemann de Kiel, Alemania.

—¿Y los japoneses?

—Ellos apenas se ocupan del mercado de yates. Hong Kong tiene algunos pequeños astilleros, pero trabajan principalmente en madera. Casi todos los constructores de barcos de fibra de vidrio prefieren ir sobre seguro y ceñirse a conceptos ya probados.

—Entonces usted cree que el armador podría ser Glastec o Heinklemann.

—Yo recurriría a ellos para que realizaran mi diseño —aseguró Wilbanks.

—¿Qué me dice del diseñador?

—Se me ocurren al menos veinte ingenieros especializados en diseños avanzados.

—Tuve suerte de tropezarme con el número veintiuno —dijo Giordino sonriendo.

—¿Dónde se aloja usted?

—En el motel Seaside.

—Parece que la ANIM no es muy generosa con las cuentas de gastos, ¿no?

—Debería conocer a mi jefe, el almirante James Sandecker. Él y Shylock, primos hermanos.

Wilbanks se echó a reír.

—Le diré lo que haremos. Vuelva por aquí mañana por la mañana, a eso de las diez. Creo que podré tener algo para usted entonces.

—Le agradezco mucho su ayuda.

Giordino estrechó la mano de Wilbanks y luego dio un largo paseo por los muelles antes de volver a la habitación de su motel, donde estuvo leyendo una novela de misterio hasta que se quedó dormido.

A las diez en punto Giordino entró en el estudio de Wilbanks. El ingeniero naval estaba estudiando unos planos y se los mostró sonriente al italiano.

—Anoche, después de irse usted —dijo—, pulí los bocetos que me entregó e hice algunos planos a escala. Luego los reduje y los mandé a San Diego y a Alemania. Debido a la diferencia horaria, Heinklemann respondió antes de que yo llegara a la oficina y la respuesta de Glastec ha llegado hace sólo veinte minutos.

—¿Tenían noticia del barco en cuestión? —preguntó impaciente Giordino.

—Me temo que a ese respecto, las noticias son malas. Ninguno de los dos armadores construyó ese barco —contestó Wilbanks con rostro inexpresivo.

—Entonces será cuestión de volver a la casilla de salida.

—Pues no, no del todo. La buena noticia es que uno de los ingenieros de la Heinklemann vio el barco de los bocetos y tuvo ocasión de examinarlo mientras estaba anclado en Mónaco, hace cosa de nueve meses. Me ha dicho que lo había construido una firma francesa, nueva en la industria, que yo no conocía. Se trata de la Jusserand Marine, que tiene sus talleres en Cherburgo.

—Entonces —dijo el italiano esperanzado—, podemos mandarles un fax con la copia de sus planos, y así ellos...

—No será necesario —le interrumpió Wilbanks—. Aunque la cuestión no salió a relucir en la charla que mantuvimos ayer usted y yo, he supuesto que su interés por localizar a los constructores del barco tiene como último motivo averiguar la identidad del propietario.

—En efecto. No hay razón para no admitirlo.

—El ingeniero de la Heinklemann que vio el barco en Mónaco ha tenido la amabilidad de incluir el nombre del dueño en su fax. Mencionó el hecho de que sólo

hizo indagaciones al advertir que la dotación parecía más propia de una banda de matones de la mafia que de unos sazonados marineros que se ocupaban de pilotar y mantener un yate de lujo.

—¿Matones de la mafia?

—Al parecer, todos iban armados.

—¿Quién es el propietario?

—Una mujer, una acaudalada australiana. Su familia hizo una fortuna con minas de diamantes. Se llama Boudicca Dorsett.



Pitt recibió la llamada de Giordino mientras volaba hacia Canadá. El italiano le puso al corriente de lo que había descubierto sobre el misterioso yate.

—¿Estás seguro de todo eso? —preguntó Pitt.

—Desde luego —replicó Giordino—. No tengo prácticamente duda alguna de que el barco que huyó del escenario de la catástrofe pertenece a la familia Dorsett.

—La maraña se enreda cada vez más.

—Quizá también te interese saber que el almirante pidió a la marina que efectuase una inspección por satélite de la franja central y oriental del océano Pacífico. El yate fue descubierto y rastreado. Hizo una breve escala en Hawai y luego continuó hacia donde tú vas.

—¿A la isla Kunghit? Entonces podré matar dos pájaros de un tiro.

—Esta mañana no dices más que patéticas frases manidas.

—¿Qué aspecto tiene el yate?

—Es distinto a todos los que has visto en tu vida. Su diseño es propio de la era espacial.

—Estaré atento por si lo veo —prometió Pitt.

—Ya sé que decírtelo es una pérdida de tiempo, pero procura no meterte en líos.

—Si necesito dinero, telegrafiaré. —Pitt colgó sonriente, pensando que era magnífico tener un buen amigo como Albert Cassius Giordino que se preocupaba por su seguridad.

Tras el aterrizaje, Pitt alquiló un coche y se dirigió al puente que cruzaba el río Rideau en dirección a Ottawa, la capital canadiense. El clima era tan frío como el interior de una nevera, y el paisaje, con todos los árboles desprovistos de hojas, carecía de vida. Las únicas notas de color en la blanca sábana de nieve que lo cubría todo eran algunos grupos diseminados de pinos verdes. Por encima de la baranda, miró hacia el río, un afluente del río Ottawa y, en consecuencia, del gran San Lorenzo, que fluía bajo una capa de hielo. Pitt pensó que Canadá era un país muy bello, pero ganaría mucho si sus duros inviernos emigraran hacia el norte para siempre.

Mientras cruzaba el puente sobre el río Ottawa en dirección a la pequeña ciudad de Hull, Pitt echó un vistazo al mapa y memorizó las calles que conducían a un grupo de tres grandes edificios gubernamentales, donde se hallaba la entidad oficial que se ocupaba de las cuestiones ambientales en Canadá, un departamento equivalente a la Agencia de Protección Ecológica estadounidense de Washington.

Un agente de seguridad que montaba guardia en una garita le indicó dónde debía ir. Pitt dejó su coche en el aparcamiento para el personal ajeno a la institución y entró en el edificio. Tras echar un vistazo al directorio que había en el vestíbulo, tomó el

ascensor.

Una recepcionista próxima a la jubilación lo miró con una sonrisa.

—¿Puedo ayudarlo?

—Me llamo Pitt y tengo una cita con el señor Edward Posey.

—Un momento. —La mujer marcó un número, anunció la llegada de Pitt y luego dijo—: Vaya usted hasta la puerta del fondo del pasillo.

Pitt le dio las gracias y siguió la indicación. Una bonita secretaria pelirroja lo recibió en la puerta y lo condujo hasta la oficina de Posey. Un hombre bajo, con gafas y barba se levantó de su sillón, se inclinó sobre el escritorio y estrechó la mano que Pitt le tendía.

—Encantado de volver a verte, Pitt. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Once años. La última vez que nos vimos fue en la primavera de 1989.

—Sí, cuando el proyecto Doodlebug. Nos conocimos en la conferencia que diste para anunciar el descubrimiento del campo petrolífero próximo a la isla de Baffin.

—Necesito un favor, Ed.

Posey señaló una silla con un movimiento de cabeza.

—Siéntate, siéntate. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Necesito tu permiso para investigar las actividades mineras de la isla Kunghit.

—¿Te refieres a las operaciones de la Dorsett Consolidated?

—Eso es —dijo Pitt moviendo la cabeza en un gesto de asentimiento—. La ANIM tiene buenos motivos para creer que la tecnología minera que están utilizando tiene un efecto devastador sobre la vida marítima, y ese efecto llega a tener consecuencias hasta en la Antártida.

—¿Tiene esto algo que ver con el barco de turistas australiano cuyos pasajeros resultaron muertos? —preguntó Posey mirándolo fijamente.

—En estos momentos la relación es puramente circunstancial.

—Pero tenéis ciertas sospechas, ¿no es así? —preguntó Posey.

—En efecto.

—Deberías hablar con la agencia que se ocupa de los recursos naturales.

—No lo creo. Si tu gobierno actúa como el mío, sería necesario el visto bueno del Congreso para efectuar una investigación en una tierra cedida legalmente a una compañía minera. Y, aun en ese caso, Arthur Dorsett es demasiado poderoso para permitir algo así.

—Parece que te encuentras en un callejón sin salida —dijo Posey.

—Hay una salida —dijo Pitt sonriendo—. Pero requiere de tu colaboración.

—No puedo autorizarte a fisgonear en la mina de diamantes de Dorsett a menos que tengas pruebas concluyentes de que se está dañando el medio ambiente de modo ilegal —contestó Posey.

—Es posible, pero podéis contratar mis servicios para estudiar el desove del

salmón de morro de coliflor.

—La época de desove ya casi ha concluido. Además, nunca he oído hablar del salmón de morro de coliflor.

—Yo tampoco.

—No lograrías engañar a los responsables de seguridad de la mina. Dorsett contrata a antiguos comandos británicos y a veteranos de las fuerzas especiales norteamericanas.

—No necesito saltar la cerca y meterme en las propiedades de la compañía —explicó Pitt—. Tengo los medios necesarios para averiguar cuanto necesito navegando en torno a la isla Kunghit.

—¿En un barco de reconocimiento?

—Más bien en una canoa. Ya sabes: color local y todo eso.

—Olvida la canoa. Las aguas que rodean la isla Kunghit son muy traicioneras. Las olas del Pacífico rompen contra el litoral con mucha fuerza.

—¿Tan peligrosas son?

—Si el mar no acaba contigo, lo harán los matones de Dorsett —dijo Posey muy serio.

—Muy bien, entonces utilizaré un barco más grande y llevaré un arpón —dijo Pitt con ironía.

—¿Y por qué no visitas las instalaciones con un equipo de verdaderos especialistas canadienses en el sistema ecológico, y sí encuentras actividades sospechosas, las denuncias?

Pitt negó con la cabeza.

—Sería una pérdida de tiempo. El capataz de Dorsett se limitaría a clausurar la mina hasta que el equipo se fuera. Es preferible investigar mientras están desprevenidos.

Antes de responder, Posey miró ensimismado por la ventana, luego dijo encogiéndose de hombros:

—Muy bien, arreglaré las cosas para que la agencia te contrate con el fin de investigar las algas varec de la isla Kunghit. Tu misión será estudiar el daño que los desechos químicos procedentes de las operaciones mineras han podido producir a esas algas. ¿Qué te parece?

—Muchas gracias —dijo Pitt—. ¿Cuánto me pagaréis?

Posey le siguió la broma.

—Lo siento, pero no hay sitio para ti en la nómina. Sin embargo, te puedo invitar a comer una hamburguesa.

—Trato hecho.

—Otra cosa, ¿piensas ir solo?

—Un hombre parece menos sospechoso que dos.

—En este caso, no —dijo Posey—. Te aconsejo que vayas acompañado por un indio local que te haga de guía. Eso te dará una mayor apariencia oficial. Nuestra agencia trabaja en estrecha colaboración con las tribus para evitar la contaminación y proteger los bosques. Un investigador acompañado por un pescador canadiense, trabajando ambos en un proyecto gubernamental, no suscitará recelos en los de seguridad de Dorsett.

—¿Has pensado en alguien en concreto?

—En Mason Broadmoor. Un tipo de muchos recursos. Ya ha trabajado para nosotros en varios proyectos ambientales.

—¿Es indio y se llama Mason Broadmoor?

—Pertenece a la tribu haida, que vive en el archipiélago de la Reina Carlota, en la Columbia Británica. La mayoría de los indios tomaron nombres británicos hace muchas generaciones. Son excelentes pescadores y conocen bien las aguas que rodean la isla Kunghit.

—¿Y Broadmoor es pescador?

—Pues no, pero es muy creativo.

—Creativo ¿en qué?

Posey dudó unos momentos, ordenó unos papeles de su mesa y luego miró a Pitt.

—Mason Broadmoor —dijo al fin con cierta timidez— se dedica a tallar tótems.

Como cada día a las siete de la mañana, Arthur Dorsett salió del ascensor privado y se dirigió a su suite en el ático, como un toro embistiendo en el ruedo de Sevilla, enorme, amenazador, invencible. Era un hombre alto y corpulento, rozó con los hombros los lados del marco de la puerta y tuvo que inclinar la cabeza para no golpearse contra el dintel. Tenía la complexión velluda y musculosa de un profesional de lucha libre, el pelo crespo y rubio rojizo como una mata de zarzas y un rostro duro y tan amenazador como el brillo de sus ojos negros coronados por unas cejas muy pobladas. Caminaba meciéndose de forma extraña, con los hombros subiendo y bajando como un balancín de perforación.

Tenía la tez curtida y bronceada por las largas horas pasadas bajo el sol, trabajando en minas abiertas o forzando a sus mineros a producir más, y aún era capaz de levantar en vilo una carretilla de escombros. Un enorme bigote le cubría el labio superior, y las comisuras de los labios, siempre entreabiertos, dejaban ver unos dientes, parecidos a los de una morena, que amarilleaban a causa de años y años fumando en pipa. Irradiaba desdén y arrogancia. Arthur Dorsett era la personificación de un imperio, y no seguía más leyes que las que marcaba su voluntad.

Dorsett huía de las candilejas, algo difícil teniendo en cuenta su enorme fortuna y el edificio de cuatrocientos millones de dólares que había construido para su empresa en Sidney. El rascacielos, similar al Trump Towers de Nueva York, se financió sin créditos bancarios, con fondos salidos del propio peculio de Dorsett, y albergaba oficinas de tratantes en diamantes, vendedores y compradores, laboratorios para cortar y tallar y un taller de pulido. Además de ser uno de los principales productores de diamantes, Arthur Dorsett desempeñaba también un importante papel secreto entre las bambalinas del mercado de gemas de color.

Cruzó a grandes zancadas la gran antesala, pasó ante cuatro secretarias sin saludarlas y entró en una oficina, situada en el centro del edificio, sin ventanas que permitieran divisar el magnífico panorama de Sydney y su bahía. (Dorsett había traicionado a demasiados hombres en sus tratos comerciales y cualquiera de ellos hubiera podido contratar a un francotirador para eliminarlo). Franqueó una puerta de acero y entró en una oficina sencilla, casi espartana, con muros de dos metros de grosor. Desde la enorme habitación abovedada Dorsett dirigía las actividades de su empresa. En ella había reunido y expuesto las piedras más grandes y más opulentas sacadas de sus minas y talladas en sus talleres. En el interior de vitrinas de cristal, dispuestas sobre paños de terciopelo negro había centenares de brillantes de una gran belleza. Se calculaba que en esa habitación había piedras por un valor cercano a los mil doscientos millones de dólares.

Dorsett no necesitaba un calibrador milimétrico para medir las piedras, ni una

balanza de precisión para pesarlas, ni una lupa para detectar los fallos o manchas en el carbono. En el mundo de los diamantes no había ojo más experto que el suyo. De todos los diamantes expuestos en la sala para su satisfacción personal, siempre se detenía a contemplar el mayor y más precioso, que quizá fuera la gema más costosa del mundo. Se trataba de una piedra impecable, de un brillo extraordinario, transparencia perfecta y una asombrosa refracción. Puesta bajo una luz cenital, brillaba de forma cegadora, con una luz violeta rosada. Había sido descubierta por un trabajador chino en la mina de la isla Gladiator en 1908. Era el diamante más grande hallado en la isla, con un peso bruto original de 1130 quilates, que al tallarlo se redujo a 620. La piedra tenía una doble talla en rosa, con noventa y ocho facetas que realizaban su brillo. Entre los diamantes que evocaban romances y aventuras, el más notable era el *Dorsett Rose* como *Arthur*, modestamente, lo había bautizado, de un valor incalculable. Eran muy pocas las personas que conocían siquiera su existencia. Dorsett sabía que en el mundo había al menos cincuenta hombres que no dudarían en asesinarlo para conseguir el *Dorsett Rose*.

Reluctante, dejó de contemplar la piedra y fue a sentarse tras su escritorio, que era una enorme roca volcánica pulida con cajones de caoba. Apretó un botón de una consola y anunció a su secretaria personal que ya se encontraba en el despacho.

—Sus hijas llevan casi una hora esperándolo —dijo ella por el intercomunicador.

—Haga pasar a las niñas —dijo con una voz tan dura como los diamantes expuestos en la sala. Luego se arrellanó en el sillón para contemplar la espectacular aparición de sus hijas, cuyas diferencias en físico y personalidad nunca dejaban de fascinarlo.

Boudicca, una escultural y gigantesca mujer, entró en la sala a grandes zancadas, con la seguridad de una tigresa irrumpiendo en una aldea indefensa. Vestía un suéter de punto acanalado, pantalones ceñidos y botas de montar. Era mucho más alta que sus hermanas y también que la mayoría de los hombres. Su imponente belleza, propia de una amazona, suscitaba el asombro allá donde iba. Era un poco más baja que su padre y, como él, tenía los ojos negros, aunque, en lugar de feroces, eran veladamente amenazadores. No llevaba maquillaje, y la cascada de cabello rubio cobrizo caía hasta sus caderas. Su cuerpo atlético estaba perfectamente proporcionado. Tenía una expresión entre desdeñosa y maligna y era capaz de dominar con facilidad a cuantos se ponían ante ella; a todos claro, excepto a su padre.

Dorsett veía a Boudicca como al hijo que nunca había tenido. Con el paso de los años, había aceptado, aunque con dificultad, el secreto estilo de vida de su hija, ya que cuanto a él le importaba era que Boudicca fuera tan fuerte y tesonera como él.

Deirdre entró en el despacho como flotando, impecablemente vestida con un sencillo y elegante traje de chaqueta color burdeos. Tenía un indiscutible atractivo y se conocía a sí misma a la perfección; sabía de lo que era capaz y no se andaba por

las ramas. Sus facciones delicadas y su grácil cuerpo contrastaban con su carácter masculino. Ella y Boudicca se acomodaron en dos de las tres sillas situadas ante el escritorio de Dorsett.

Maeve siguió a sus dos hermanas, moviéndose con la gracia de los juncos acariciados por la brisa. Sobre un suéter blanco de cuello alto, llevaba una camisa azul con falda a juego. Su cabello largo y rubio era suave y brillante y tenía el rostro enrojecido y los ojos azules refulgían por la ira. Avanzó con el mentón levantado por entre sus hermanas y miró fijamente los ojos de su padre, espejos de perfidia y corrupción.

—¡Quiero a mis hijos! —espetó. No fue una súplica, sino una exigencia.

—Siéntate, querida —dijo él, tomando una pipa de espuma de mar y apuntándola con ella como si de una pistola se tratara.

—¡No! —gritó Maeve—. Secuestraste a mis hijos, y si no me los devuelves, por Dios que te denunciaré a ti y a estas dos rameritas a la policía, aunque no sin antes haber contado a la prensa todo lo que sé de vosotros.

Dorsett la miró sin pestañear, aceptando con calma su desafío. Luego llamó a su secretaria por el intercomunicador.

—¿Tiene la bondad de ponerme con Jack Ferguson? —dijo mientras miraba a Maeve con una sonrisa—. Supongo que recuerdas a Jack.

—Sí, recuerdo al sádico gorila al que llamas superintendente de minas. ¿Por qué?

—Pensé que te gustaría saber que está haciendo de niño de los gemelos.

En el rostro de Maeve, la ira dio paso al pánico.

—¿Ferguson?

—Un poco de disciplina siempre es beneficiosa para los niños.

Maeve iba a contestar, pero en ese momento sonó el intercomunicador y Dorsett alzó una mano pidiendo silencio y conectó el altavoz del teléfono, para que todos pudieran seguir la conversación:

—¿Eres tú, Jack?

—El mismo. —Sus palabras se oyeron ensordecidas por el ruido de maquinaria pesada en funcionamiento.

—¿Están los chicos por ahí?

—Sí, señor. Están recogiendo la escoria que se cae de las vagonetas.

—Quiero que organices un accidente...

—¡No! —gritó Maeve—. ¡Por Dios, sólo tienen seis años! ¡No serás capaz de asesinar a tus propios nietos! —La joven observó con horror la expresión indiferente de Deirdre, mientras el rostro de Boudicca permanecía tan frío como una lápida de granito.

—No considero que esos bastardos sean mis nietos —replicó Dorsett, airado.

Maeve se sintió presa del terror. Era una batalla que no podía ganar. Sus hijos

estaban en peligro de muerte y la única forma de salvarlos era sometiénolos a la voluntad de su padre. Estaba inerme ante él. Debía ganar tiempo, hasta que se le ocurriera algo para salvarlos. Eso era lo único importante. Si al menos hubiera podido explicar al hombre de la ANIM el atolladero en que se encontraba... Él habría encontrado el modo de ayudarla. Pero Dirk Pitt se hallaba a miles de kilómetros de distancia. Maeve se dejó caer en una silla, derrotada pero aún desafiante.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó a su padre.

Dorsett se relajó y apretó una tecla del teléfono, dando por finalizada la llamada. Las arrugas que rodeaban sus ojos parecieron hacerse más profundas.

—Debí darte unas cuantas palizas cuando eras niña.

—Lo hiciste, querido papá. Muchas veces.

—Dejémonos de sentimentalismos —gruñó Arthur—. Quiero que regreses a Estados Unidos y trabajes con los de la Agencia Nacional de Investigaciones Marinas. Quiero que los vigiles, que averigües cómo intentan descubrir la causa de las muertes marinas. Y si se acercan a la respuesta, haz lo que esté en tu mano para impedir que lleguen a ella. Recurre al sabotaje, al asesinato, o a lo que sea. Si me fallas, puedes estar segura de que esos sucios arrapiezos que pariste morirán, pero si te portas bien, vivirán rodeados de abundancia.

—Estás loco —murmuró Maeve, sin dar crédito a sus oídos—. Serías capaz de matar a la carne de tu carne y a la sangre de tu sangre, sin que eso no significase nada...

—Estás muy equivocada, querida hermanita —intervino Boudicca—. No se puede decir que veinte mil millones de dólares no signifiquen nada.

—¿En qué insensato plan os habéis metido? —preguntó Maeve.

—Si no te hubieras ido de casa, lo sabrías —dijo Deirdre, casi escupiendo las palabras.

—Papá piensa derrumbar el mercado mundial de diamantes —dijo Boudicca, con el desenfado de quien anuncia que se va a comprar unos zapatos nuevos.

—Eso es imposible —dijo Maeve mirando fijamente a su padre—. La De Beers y el resto del cartel no permitirán que bajen los precios de los diamantes.

El corpachón de Dorsett pareció agrandarse tras el escritorio.

—Pese a su habitual manipulación de la ley de la oferta y la demanda, dentro de treinta días el colapso será una realidad. Un alud de diamantes caerá sobre el mercado y a precios tan baratos que cualquier niño podrá comprarse uno con su asignación semanal.

—Ni siquiera tú puedes manipular el mercado de diamantes.

—Te equivocas, querida hija —dijo Dorsett—. Desde siempre, el exagerado precio de los diamantes ha dependido de la escasez de la oferta. Para fomentar el mito de que los diamantes son escasos, la De Beers ha apuntalado los precios comprando



nuevas minas en Canadá, Australia y África y almacenando su producción. Cuando Rusia abrió minas en Siberia y llenó un almacén de cinco pisos con miles de toneladas de diamantes, la De Beers, que no podía permitir que se produjese una avalancha de piedras en el mercado, llegó a un acuerdo con los rusos. Actualmente efectúa empréstitos de miles de millones de dólares al nuevo estado ruso, y éste los devuelve en diamantes; de esta forma mantiene los precios altos en interés de los productores y vendedores. El cartel ha comprado muchas minas y luego las ha cerrado para mantener una oferta baja. La chimenea diamantífera norteamericana en el estado de Arkansas es un buen ejemplo de ello. Si llegara a ser explotada, podría convertirse en una de las principales fuentes de diamantes del mundo. Sin embargo, la De Beers compró la propiedad y se la ofreció al Servicio de Parques Nacionales estadounidense, que se limita a permitir que los turistas excaven superficialmente cobrándoles una pequeña cantidad.

—Han utilizado los mismos métodos con propietarios de compañías mineras de todo el mundo, desde Tanzania a Brasil —dijo Deirdre—. Tú has sido un gran maestro, papá. Boudicca y yo conocemos al dedillo los trapicheos e intrigas del cartel de diamantes.

—Yo no sé nada —le espetó Maeve a Dorsett—. Nunca me interesó el negocio de los diamantes.

—Es una lástima que hicieras oídos sordos a las enseñanzas de papá —dijo Boudicca—. Las cosas te hubieran ido mejor si lo hubieras escuchado.

—Pero... ¿por qué quieres derrumbar el mercado de diamantes? —preguntó Maeve—. Un colapso de precios acabaría también con la Dorsett Consolidated Mining. ¿De qué forma piensas beneficiarte de este desastre?

—Es mejor que no lo sepas hasta que ocurra —dijo Dorsett, cerrando los dientes manchados sobre la boquilla de la pipa vacía—. A diferencia de tus hermanas, no puedo confiar en tu silencio.

—¿Dices que puedes derrumbar el mercado en treinta días? Dorsett se retrepó en su asiento, cruzó las manos sobre el pecho y asintió con la cabeza.

—He tenido a nuestros mineros trabajando en tres turnos, veinticuatro horas al día, durante los últimos diez años. Dentro de un mes, habré acumulado una reserva de diamantes valorada en más de dos mil millones de dólares. Dado que la economía mundial está en crisis, las ventas de diamantes se han estancado momentáneamente. Las inmensas sumas invertidas por el cartel en publicidad no han logrado fomentar las ventas. Si el instinto no me falla, el mercado tocará fondo en treinta días y luego volverá a subir. Me propongo atacarlo mientras está hundido.

—¿Qué métodos estáis utilizando en las minas? ¿Por qué producen tantas muertes en todo el océano? —quiso saber Maeve.

—Hace cosa de un año mis ingenieros crearon un excavador revolucionario que

utiliza vibraciones ultrasónicas de alta energía para perforar la tierra azul que contiene los grandes depósitos de diamantes. La roca subterránea que hay bajo las islas donde tenemos excavaciones produce una resonancia que viaja a través del agua. Aunque no es frecuente, en algunas ocasiones esa resonancia converge con las producidas en nuestras otras minas de Siberia, Chile y Canadá. La energía se intensifica hasta el punto de resultar mortífera para los animales y las personas. Aunque lamento tales accidentes, no puedo permitir que esos aberrantes fenómenos alteren mi calendario.

—Pero... ¿es que estás loco? —dijo Maeve anonadada—. ¿Acaso no te importan las pérdidas de vidas humanas y de animales que ha causado tu codicia? ¿Cuántos más han de perecer antes de que tu loca ambición quede satisfecha?

—Sólo me detendré cuando haya destruido el mercado de diamantes —dijo Dorsett sin alterarse. Luego se volvió hacia Boudicca y preguntó—: ¿Dónde está el yate?

—Después de desembarcar en Honolulu para regresar en avión a casa, lo mandé a la isla Kunghit. Mi jefe de seguridad me ha informado de que la policía montada canadiense comienza a recelar. Por lo visto, han estado sobrevolando la isla y han tomado fotos y hecho preguntas a los habitantes de las cercanías. Con tu permiso, quisiera regresar al yate. Tus geofísicos predicen otra convergencia, aproximadamente a quinientos kilómetros al este de Seattle. Así que quiero estar allí para hacer desaparecer los restos de cualquier posible naufragio, a fin de evitar posteriores investigaciones del servicio de guardacostas norteamericano.

—Usa el reactor privado de la compañía y regresa lo antes posible —dijo Dorsett.

—¿Sabéis dónde se producirá la próxima tragedia? —preguntó Maeve, que no podía creer lo que estaba oyendo—. Debéis avisar a los barcos para que no se acerquen a la zona.

—Pregonar al mundo nuestro secreto es una pésima idea —dijo Boudicca—. Además, los científicos de papá sólo pueden calcular de modo aproximado cuándo y dónde golpearán las ondas sónicas.

Maeve miró fijamente a su hermana.

—Tuviste una buena idea al mandar a Deirdre al *Polar Queen* para que me salvara la vida —dijo con expresión crispada.

Boudicca se echó a reír.

—¿Es eso lo que crees que ocurrió?

—Es lo que ella me dijo.

—Te menté para impedir que informases a la gente de la ANIM —dijo Deirdre—. Lo siento mucho, querida hermanita: los ingenieros de papá cometieron un ligero error al calcular el tiempo. Previeron que el impacto acústico alcanzaría el barco tres horas antes de lo que lo hizo.

—Tres horas antes... —murmuró Maeve. Poco a poco, la terrible verdad fue abriéndose paso en su mente—. Yo habría estado en el barco.

—Y habrías muerto como los demás —dijo Deirdre, como si le molestase que no hubiera sido así.

—¡Pretendíais que *yo muriese!* —exclamó Maeve, horrorizada y asqueada a un tiempo.

Su padre la miró como si ella fuese una piedra, encontrada en una de sus minas.

—Nos volviste la espalda a tus hermanas y a mí. Al hacerlo, dejaste de existir para nosotros. Y sigues sin existir.

Un hidroavión rojo con la inscripción Chinook Cargo Carriers pintada en grandes letras mayúsculas sobre el fuselaje se mecía sobre las aguas cercanas a un muelle de reaprovisionamiento próximo al aeropuerto de Shearwater, en la Columbia Británica. Un hombre bajo, de cabello castaño y expresión seria, vestido con un anticuado traje de vuelo de cuero, tenía metida la manguera de combustible en uno de los depósitos de las alas del aparato. Sin abandonar su tarea, miró hacia el hombre que caminaba por el muelle, cargado con una mochila y una gran maleta. Vestía vaqueros y chaqueta de esquiador y llevaba un sombrero tejano. Cuando el desconocido se detuvo junto al avión y alzó la vista, el piloto señaló el sombrero de ala ancha.

—¿Es un Stetson?

—No. Fue hecho a la medida por Manni Gammage, de Austin, Texas.

El desconocido estudió el hidroavión, que parecía anterior a 1970.

—Es un De Havilland, ¿no?

El piloto asintió con la cabeza.

—Un De Havilland Beaver, uno de los mejores aeroplanos para operar en regiones boscosas que se ha construido.

—Viejo pero bueno.

—Lo hicieron en Canadá en 1967. Puede despegar sobre cien metros de agua con más de cuatro mil kilos de carga. Se lo conoce como el caballo de carga del norte. Hay más de un centenar volando todavía.

—Ya no se ven muchos grandes motores en estrella.

—¿Eres amigo de Ed Posey? —preguntó de pronto el piloto.

—En efecto —replicó Pitt sin presentarse.

—Hoy el tiempo está algo ventoso.

—Calculo que debe de soplar a unos veinte nudos.

—¿Eres aviador?

—Tengo unas cuantas horas de vuelo.

—Malcolm Stokes.

—Dirk Pitt.

—Me han dicho que quieres volar hasta la caleta de Black Water.

Pitt asintió con la cabeza.

—Ed Posey me dijo que allí podría encontrar a un tallador de tótems llamado Mason Broadmoor.

—Conozco a Mason. Su pueblo está en la parte baja de isla Moresby, frente a la Kunghit, al otro lado del canal Houston Stewart.

—¿Cuál es la duración del vuelo?

—Una hora y media por el estrecho de Hecate. Podrás estar allí a la hora del

almuerzo.

—Estupendo —dijo Pitt.

Stokes señaló la maleta negra con un gesto de la cabeza.

—¿Qué llevas ahí, un trombón?

—Un hidrófono. Un instrumento para medir sonidos submarinos.

Sin decir más, Stokes puso el tapón al depósito de combustible y volvió a meter la boca de la manguera en el surtidor de gasolina. Mientras tanto, Pitt subió a bordo su equipaje. Tras soltar las amarras y separar con un empujón del pie el hidroavión del muelle, Stokes subió a la cabina del piloto.

—¿Te importa sentarte delante? —preguntó.

Pitt sonrió. En la sección de carga no había asientos para pasajeros.

—No, en absoluto —dijo.

Pitt se ajustó el cinturón del asiento del copiloto mientras Stokes ponía en marcha el gran motor en estrella y verificaba los manómetros. La bajamar ya había alejado tres metros el aeroplano del muelle. Tras cerciorarse de que no había otros aviones o barcos en el canal, Stokes empujó hacia adelante el acelerador y despegó, enfilando el Beaver hacia la isla Campbell para girar luego hacia el oeste. Mientras ascendían, Pitt recordó el informe que le había facilitado Hiram Yaeger en Washington.

El archipiélago de la Reina Carlota consta de unas 150 islas, situadas frente a la costa canadiense, a 160 kilómetros hacia el este. La superficie total de las islas es de 9584 kilómetros cuadrados, con una población de 5890 habitantes, en su mayoría indios haidas que invadieron las islas en el siglo XVIII. Los haidas utilizaron los abundantes cedros rojos para construir enormes canoas y casas multifamiliares sostenidas sobre pilares, así como para tallar espléndidos tótems, máscaras, cajas y platos.

Su economía se basaba en la madera y la pesca, así como en la minería de cobre, carbón y hierro. En 1997 un equipo de buscadores de la Dorsett Consolidated Mining Limited, encontró una chimenea de kimberlita en Kunghit, la isla más meridional del archipiélago de la Reina Carlota. Tras una perforación de prueba, se hallaron 98 diamantes. Aunque la isla Kunghit formaba parte del parque Nacional South Moresby, el gobierno permitió que la Dorsett Consolidated efectuase una reclamación y obtuviera el arriendo de la isla. Al poco tiempo, Dorsett emprendió grandes excavaciones y cerró la isla a todos los visitantes. Los *brokers* neoyorquinos C. Dirgo y Compañía calculaban que la mina podía producir hasta dos mil millones de dólares en diamantes.

Stokes interrumpió los pensamientos de Pitt.

—Ahora que ya no nos ve nadie, dime cómo puedo estar seguro de que eres Dirk Pitt, de la Agencia Nacional de Investigaciones Marinas.

—¿Con qué autoridad lo preguntas?

Stokes sacó del bolsillo superior una cartera de cuero y la abrió.

—Real Policía Montada, Directorio de Inteligencia Criminal.

—Así que hablo con el inspector Stokes.

—En efecto.

—¿Qué quieres que te muestre? ¿Tarjetas de crédito, licencia de conducir, identificación de la ANIM, tarjeta de donante de sangre?

—Bastará con que respondas a una pregunta referente a un naufragio.

—Adelante.

—¿Qué sabes del *Empress of Ireland*?

Pitt se retrepó en su asiento sonriendo.

—Era un transatlántico de la Canadian and Pacific que se hundió en 1914 tras chocar contra un barco carbonero en el río San Lorenzo, a un par de kilómetros de la ciudad de Rimouski. Hubo más de mil muertos; la mayoría de ellos eran miembros de un contingente del ejército de salvación que se dirigía a una convención en Inglaterra. El barco se halla a unos cincuenta metros bajo el agua. La ANIM lo inspeccionó en mayo de 1989.

—Espléndido. Pareces ser quien dices.

—¿Por qué interviene la policía montada? —preguntó Pitt—. Posey no me dijo nada de una investigación criminal.

—No era misión de Ed hacerlo. Tu solicitud de permiso para inspeccionar los alrededores de la isla Kunghit pasó de forma rutinaria por mi escritorio. Formo parte de un equipo de cinco hombres que lleva nueve meses investigando la mina de diamantes Dorsett.

—¿Por algún motivo en particular?

—Inmigración ilegal. Sospechamos que Dorsett envía clandestinamente chinos a la isla para trabajar en la mina.

—¿Por qué chinos? ¿Por qué no contrata a ciudadanos canadienses?

—Creemos que Dorsett compra obreros a sindicatos criminales y luego los usa como mano de obra esclava. Imagina lo que se ahorra en impuestos, seguridad social, pensiones, etcétera.

—Tú representas a la justicia canadiense. ¿Qué te impide ir a la mina y pedirles los papeles a los trabajadores?

—A fin de proteger sus operaciones, Dorsett tiene sobornados a un montón de funcionarios y miembros del parlamento. Cada vez que intentamos investigar las instalaciones de la empresa, nos tropezamos con un montón de abogados bien pagados que nos ponen un sinfín de obstáculos legales. Y como no tenemos las pruebas suficientes, el DIC no puede hacer nada.

—¿Por qué tendré la absurda sensación de que voy a ser utilizado? —murmuró Pitt.

—Tu aparición no pudo ser más oportuna. Al menos, para la policía montada.

—A ver si lo acierto. Pretendéis que me meta donde la policía no puede llegar.

—Bueno, tú eres estadounidense. Si te atrapan por entrar en la isla ilegalmente, lo peor que te puede suceder es que te deporten. Sin embargo, si cogieran a uno de nosotros, se produciría un escándalo político. Los miembros de mi equipo, y también yo, naturalmente, tenemos que pensar en nuestras pensiones.

—Sí, claro —replicó sarcásticamente Pitt.

—Si, tras pensártelo bien, cambias de idea, estoy dispuesto a llevarte de regreso al aeropuerto de Shearwater.

—Me encantaría cambiar mi destino e irme a pescar a algún arroyo repleto de salmones, pero en los mares está muriendo mucha gente. Estoy aquí para averiguar si la responsabilidad de todas esas muertes incumbe a la Dorsett Consolidated y a sus operaciones mineras.

—Ya me han informado sobre las ondas sónicas que mataron a los pasajeros de varios barcos —dijo Stokes—. Parece que perseguimos a la misma presa por motivos distintos.

—Lo importante es que logremos detener a Dorsett antes de que muera más gente.

—¿Puedes contarme cuál es tu plan?

—Se trata de algo muy simple —contestó Pitt—. Espero conseguir infiltrarme en la mina después de contratar a Mason Broadmoor para que me lleve a la isla. Siempre y cuando él esté dispuesto a hacerlo, claro.

—La verdad es que casi estoy seguro de que Mason no desaprovechará la oportunidad que vas a brindarle. Hace cosa de un año su hermano estaba pescando en las cercanías de la isla, cuando una de las lanchas de seguridad de la Dorsett Consolidated le ordenó que se alejara. Como la familia lleva generaciones pescando en esas aguas, el hombre se negó. Le dieron una buena paliza y le quemaron el bote. Cuando investigamos el hecho, los de la Dorsett dijeron que el bote del hermano de Mason había sufrido una explosión y ellos rescataron al tipo.

—La palabra de uno contra la de veinte, ¿no?

—Más bien fueron ocho, pero sí, así ocurrió.

—Ahora te toca a ti —dijo cortésmente Pitt—. ¿Cómo piensas que puedo ayudaros?

Stokes señaló por su ventanilla hacia una boscosa isla en cuyo centro se veía una gran cicatriz de tierra.

—La isla Kunghit. Hay una pequeña pista de aterrizaje para transportar hasta aquí hombres y suministros. Simularé que tenemos problemas mecánicos y bajaremos. Mientras yo discuto con los guardas, quiero que tú los entretengas con alguna de tus hazañas submarinas.

Pitt, desconcertado, miró a Stokes.

—¿Y qué pretendes conseguir con eso, aparte de irritar a los guardias de seguridad de Dorsett?

—Tengo varios motivos para querer aterrizar. En primer lugar, quiero tener la oportunidad de que las cámaras instaladas en los flotadores puedan hacer fotos de cerca durante el aterrizaje y el despegue.

—No sé por qué, pero me da la sensación de que les molestan los visitantes que no han sido invitados. ¿Qué te hace pensar que no nos pegarán cuatro tiros y listo?

—En segundo lugar —dijo Stokes, rebatiendo las objeciones de Pitt—, mis superiores desean que ocurra algo así. Así podrán venir aquí y clausurar las instalaciones de esta gentuza.

—Ya.

—En tercer lugar, tenemos a un agente infiltrado en la mina. Albergamos la esperanza de que, mientras estoy abajo, él logre pasarme información.

—Parece que nos movemos en un mar de intrigas —dijo Pitt.

—Hablando en serio, si las cosas se ponen mal, antes de que los hombres de Dorsett nos ofrezcan un cigarrillo y una venda para los ojos, me identificaré como miembro de la policía montada. No son tan estúpidos como para arriesgarse a recibir la visita de una legión de agentes de la ley en busca del cuerpo de uno de los suyos.

—Espero que hayas notificado a tus superiores que pensabas aterrizar en la isla. Stokes pareció molesto por la duda de Pitt.

—Si se produce alguna desaparición, saldrá publicada en los titulares de los periódicos de esta misma tarde. No te preocupes, los ejecutivos de la Dorsett aborrecen la publicidad.

—¿Cuándo pondremos en acción los astutos planes de la policía montada?

Stokes volvió a señalar la isla.

—Comenzaré a descender dentro de cinco minutos.

Poco podía hacer Pitt, aparte de retrepase en su asiento y disfrutar del paisaje. Abajo veía el gran cono volcánico con la chimenea central de tierra azul —la que contenía los diamantes en bruto—. Sobre el terreno abierto se alza un enorme puente de vigas de acero, con una miríada de cables que subían y bajaban los cangilones llenos de tierra excavada. Una vez alcanzaban la parte alta, los cangilones avanzaban horizontalmente, como si se tratara de un telesilla y cruzaban el pozo abierto hasta los edificios donde extraían los diamantes. Luego arrojaban el material sobrante a un gran vertedero próximo a la excavación, que servía a su vez como barrera artificial para evitar que nadie entrara ni saliera. Algo obvio, dado que, como observó Pitt, el único acceso era un túnel que daba a una pista que conducía al muelle de una pequeña ensenada llamada Rose Harbour, según pudo ver Pitt en el mapa. Mientras efectuaba su inspección, un remolcador que arrastraba un lanchón vacío se separó del



muelle y tomó rumbo hacia tierra firme.

Entre el montículo del vertedero y el pozo se alzaba una serie de edificios prefabricados que, aparentemente, servían de oficinas y viviendas para los mineros. En el recinto, de unos dos kilómetros de diámetro, también había una estrecha pista de aterrizaje y un hangar. Desde el aire, las instalaciones mineras parecían una gigantesca cicatriz sobre el paisaje.

—Bonito costurón —dijo Pitt.

—En ese costurón, como tú lo llamas, es donde nacen los sueños —contestó Stokes sin bajar la vista.

El inspector accionó el estrangulador con lo que dejó casi sin combustible el potente motor Pratt & Whitney R-985 Wasp, de cuatrocientos cincuenta caballos, que comenzó a fallar y petardear. Por la radio sonó una voz advirtiéndole que se alejase de la propiedad, pero Stokes hizo caso omiso.

—Tengo bloqueado el sistema de suministro de combustible, y me veo obligado a utilizar su pista para efectuar un aterrizaje de emergencia. Lamento las molestias, pero no puedo evitarlo. —Luego desconectó la radio.

—¿Verdad que es un fastidio presentarse en los sitios de sopetón? —comentó Pitt.

Stokes, concentrado en hacer aterrizar el avión con el motor petardeando y sin apenas girar, no contestó. Hizo bajar un par de pequeñas ruedas que había en la parte central delantera de los dos grandes flotadores y se dirigió hacia la pista. Un frente de viento racheado alcanzó el aparato, pero Stokes logró mantener el equilibrio del avión. Pitt se puso algo nervioso al advertir que Stokes no lo dominaba por completo. El policía parecía competente, pero no se podía decir de él que fuera un piloto experto. El aterrizaje fue brusco y el avión estuvo a punto de volcar hacia adelante.

Antes de detenerse frente al hangar de la pista, se vieron rodeados por unos diez hombres vestidos con uniformes azules de combate y armados con fusiles de asalto M-16 Bushmaster, provistos de silenciadores y especialmente preparados. Un hombre alto y delgado, de poco más de treinta años, cubierto con un casco de combate, se montó en uno de los flotadores, abrió la portezuela, subió al aparato y llegó a la cabina de mando. Pitt advirtió que el guarda tenía la mano sobre la culata de una pistola automática de nueve milímetros que llevaba enfundada en el cinturón.

—Están ustedes invadiendo una propiedad privada —dijo con voz sorprendentemente amistosa.

—Lo siento —dijo Stokes—. Se ha obstruido el filtro del aire. Es la segunda vez que me ocurre en un mes. Seguro que son las porquerías que le echan al combustible...

—¿Cuánto tiempo tardará en reparar la avería e irse?

—Veinte minutos como máximo.

—Apresúrese, por favor. Tendrán que quedarse ustedes junto al avión —dijo el

oficial de seguridad.

—¿Puedo usar el baño? —preguntó Pitt.

El guarda lo miró un momento y luego asintió:

—En el hangar hay uno. Uno de mis hombres lo acompañará.

—No sabe cómo se lo agradezco —dijo Pitt, simulando un gran alivio.

Saltó del avión y echó a andar hacia el hangar con un guarda de seguridad pisándole los talones. Una vez en el interior de la estructura metálica, se volvió hacia el guardia, fingiendo cierta impaciencia, para que le indicara la puerta del baño, aunque ya había adivinado cuál era. De esta forma pudo echar un breve vistazo al avión que se hallaba en el hangar. Se trataba de un Gulfstream V, el último grito en aviones de reacción para ejecutivos. A diferencia del Learjet —que con tanta fruición habían comprado los ricos y famosos—, en cuyo interior apenas había espacio para moverse, el G V era espacioso y los pasajeros podían moverse dentro de él con plena libertad. Tenía un techo lo suficientemente alto para que hasta los hombres de elevada estatura pudieran permanecer de pie dentro del aparato. Volaba a una velocidad de crucero de 924 kilómetros por hora y a una altura de poco menos de 11 000 metros, con una autonomía de 6300 millas náuticas. El aparato estaba impulsado por dos motores de reacción construidos por la BMW y la Rolls Royce. Pitt pensó que Dorsett no reparaba en gastos para su flota de transporte; un aparato como ése costaba más de treinta y tres millones de dólares.

Estacionados frente a la puerta principal del hangar, amenazadores y siniestros bajo una capa de pintura azul oscuro, había dos achaparrados helicópteros. Pitt los identificó como McDonnell Douglas 530 MD Defenders, aparatos militares diseñados para el vuelo silencioso y dotados de una gran estabilidad para las maniobras anómalas. Por la parte baja de la cabina asomaban los cañones de dos ametralladoras de 7,62 milímetros montadas en receptáculos situados bajo el fuselaje. Asimismo había una serie de aparatos de localización especialmente modificados para detectar ladrones de diamantes u otros intrusos indeseados.

Cuando Pitt salió del baño, el guarda le indicó que entrara en una oficina. El hombre sentado a un escritorio era bajo, menudo, iba atildadamente vestido con un traje y su actitud era amable, fría y del todo satánica. Apartó la vista de la pantalla de un ordenador y miró a Pitt con unos inescrutables ojos grises. A Pitt le pareció un individuo rastrero y repulsivo.

—Soy John Merchant, jefe de seguridad de esta mina —dijo con un marcado acento australiano—. ¿Me puede mostrar una identificación, por favor?

Silenciosamente, Pitt le entregó su tarjeta de la ANIM y quedó a la espera.

—Dirk Pitt —dijo lentamente Merchant, y repitió—: Dirk Pitt. ¿No es usted el tipo que encontró hace unos años un importante tesoro inca en el desierto de Sonora?

—Formé parte del equipo, eso fue todo.

—¿Qué le trae por la isla Kunghit?

—Eso, mejor se lo pregunta al piloto. Él es el que ha aterrizado con su avión en sus preciosas instalaciones mineras. Yo sólo soy un pasajero accidental.

—Malcolm Stokes es inspector de la policía montada canadiense y miembro del Directorio de Investigación Criminal. —Merchant señaló su ordenador con un ademán—. Tengo un amplio expediente sobre él. La identidad que está en cuestión es la suya.

—Es usted muy concienzudo —dijo Pitt—. Teniendo en cuenta sus estrechos contactos con el gobierno canadiense, probablemente ya sabrá que estoy aquí para estudiar los efectos de la contaminación química sobre las algas y los peces de esta zona. ¿Le interesa ver mis credenciales?

—Ya tengo copias de ellas.

Pitt estuvo tentado de creer a Merchant, pero conocía a Posey lo suficiente para confiar en su discreción. Estaba seguro de que Merchant mentía. Se trataba de un viejo truco que utilizaba la Gestapo: hacían creer a la víctima que lo sabían todo de ella.

—Entonces ¿para qué se molesta en preguntar?

—Quería ver si usted mentía.

—¿Acaso soy sospechoso de algún crimen horrendo? —preguntó Pitt.

—Mi tarea consiste en detener a los ladrones de diamantes antes de que lleguen con las piedras a los mercados clandestinos de Europa y Oriente Medio. Y como usted se ha presentado aquí sin haber sido invitado, debo poner en tela de juicio sus motivos.

Pitt observó el reflejo del guarda en las lunas de un armarito de cristales. Se encontraba detrás de Pitt, a su derecha, sosteniendo el arma automática sobre el pecho.

—Pero como, por lo visto, usted conoce mi identidad y asegura tener documentación fidedigna sobre los motivos que me han traído al archipiélago de la Reina Carlota, no puede creer seriamente que yo soy un contrabandista de diamantes. —Pitt se puso en pie—. He disfrutado de nuestra charla, pero no veo razón para continuar aquí.

—Lamentándolo mucho, me veo obligado a detenerlo aquí por un tiempo —dijo Merchant con un tono frío y tajante.

—Carece de autoridad para hacerlo.

—Es usted un intruso que se ha metido con falsos pretextos en una propiedad privada, y la ley me autoriza a efectuar un arresto.

Malo, pensó Pitt. Si Merchant investigaba a fondo y lo relacionaba con las hermanas Dorsett y el *Polar Queen* no habría mentira, por imaginativa que fuese, que pudiera justificar su presencia en la isla.

—¿Qué me dice de Stokes? ¿Por qué no me entrega a él ya que él es policía?

—Prefiero entregarlo a los superiores de Stokes —dijo Merchant con cierta jovialidad—, pero no lo haré sin antes investigar más a fondo el asunto.

A Pitt no le cabía duda de que no le permitirían salir vivo de las instalaciones mineras.

—¿Permitirán que Stokes se marche?

—En cuanto termine de hacer ver que está reparando el avión. Me divierten sus toscos intentos de espionaje.

—Supongo que sabrá que él informará de mi detención.

—Desde luego —dijo Merchant sin inmutarse.

En el exterior del hangar sonó el petardeo del motor del avión poniéndose en marcha. Estaban obligando a Stokes a despegar sin su pasajero. Pitt calculó que, si iba a hacer algo, disponía de menos de treinta segundos para ello. Al ver un cenicero lleno de colillas sobre el escritorio, supuso que Merchant fumaba. Entonces alzó las manos en ademán de derrota y dijo:

—Ya que me obligan a quedarme, ¿le importa que fume un cigarrillo?

—En absoluto —dijo Merchant, empujando el cenicero hacia el otro lado del escritorio—. Yo fumaré con usted.

Pitt había dejado de fumar hacía años, pero hizo un lento movimiento, como para llevar la mano al bolsillo superior de la camisa. Entonces cerró la mano derecha sobre el puño izquierdo y, súbitamente, golpeó con el codo izquierdo, empujándolo con la mano derecha, al guarda de seguridad en pleno estómago. Sonó un agónico estertor y el hombre se dobló hacia adelante.

Merchant reaccionó con admirable rapidez. Sacó de la funda que llevaba en el cinturón una pequeña pistola automática de nueve milímetros al tiempo que, con un estudiado movimiento, le quitaba el seguro. Pero antes de que el cañón de la pistola asomara por encima del escritorio, el hombre se encontró ante el cañón del fusil automático del guarda, que Pitt sujetaba con firmeza entre sus manos y apuntaba a Merchant entre los ojos. Al jefe de seguridad le pareció estar mirando a través de un túnel, al final del cual sólo se veía oscuridad.

Lentamente, dejó la pistola sobre el escritorio.

—Hacer esto no le servirá de nada —dijo.

Pitt cogió la automática y la metió en el bolsillo de la chaqueta.

—Lamento no poder quedarme a cenar, pero no quiero perder el avión.

Luego salió de la oficina y echó a correr a través del hangar. Arrojó el fusil en un cubo de basura, franqueó la puerta y caminó apresuradamente por entre los guardas. Éstos lo miraron con recelo, pero como pensaron que su jefe había permitido que Pitt se marchara, no hicieron nada por detenerlo. Stokes accionó el acelerador y el hidroavión comenzó a deslizarse por la pista. Pitt saltó a uno de los flotadores, abrió

la portezuela contra el viento de la hélice y se dejó caer en el compartimiento de carga. Cuando estuvo acomodado en el asiento del copiloto, Stokes lo miró estupefacto.

—¡Dios bendito! ¿De dónde sales?

—Había un atasco de tráfico camino del aeropuerto —dijo Pitt, tratando de recuperar el aliento.

—Me obligaron a despegar sin ti.

—¿Qué pasó con tu agente infiltrado?

—No lo he visto. El avión estaba demasiado vigilado.

—Aunque no creo que te haga muy feliz saberlo, te comunico que el jefe de seguridad de Dorsett, un desagradable hombrecillo llamado John Merchant, te ha identificado como agente del DIO

—Adiós mi tapadera de piloto forestal —murmuró Stokes, empujando hacia él la columna de control.

Pitt descorrió la ventanilla lateral, asomó la cabeza y miró hacia atrás. Los guardas de seguridad corrían en todas direcciones como hormigas asustadas. Luego vio algo que le hizo sentir un nudo en el estómago.

—Creo que se han enfadado.

—¿Será por algo que dijiste?

Pitt cerró la ventanilla.

—Golpeé a un guarda y le robé la pistola al jefe de seguridad.

—Pues será por eso.

—Nos siguen con uno de los helicópteros armados.

—Conozco esos aparatos —dijo Stokes algo inquieto—. Superan la velocidad de esta vieja bañera en más de cuarenta nudos. Nos alcanzarán antes de que podamos llegar a Shearwater.

—No pueden derribarnos delante de testigos —dijo Pitt—. ¿A qué distancia estamos del lugar habitado más próximo de la isla Moresby?

—El pueblo de Mason Broadmoor está en la caleta de Black Water, a unos sesenta kilómetros al norte de aquí. Si llegamos allí antes que ellos, podré amarrar en medio de la flota pesquera del pueblo.

Con la adrenalina anegando su sistema, Pitt miró a Stokes con ojos en los que refulgía el fuego.

—Vamos para allá.

Pitt y Stokes supieron desde el principio que se encontraban en una situación imposible. La única salida era despegar en dirección sur, girar ciento ochenta grados y tomar rumbo norte hacia la isla Moresby. El helicóptero McDonnell Douglas Defender, tripulado por los agentes de seguridad de Dorsett, despegó verticalmente desde delante del hangar, giró hacia el norte y se puso, sin más, a la cola del lento hidroavión. El indicador de velocidad del De Havilland Beaver marcaba ciento sesenta nudos, pero a Stokes le parecía como si estuviera cruzando el pequeño canal que separaba las dos islas montado en una cometa.

—¿Dónde están? —preguntó sin apartar la vista de un grupo de colinas cubiertas de cedros y pinos que tenía ante sí. Luego miró hacia el agua, a sólo cien metros por debajo de ellos.

—A medio kilómetro de nuestra cola, y acercándose muy deprisa —contestó Pitt.

—¿Sólo nos persigue un aparato?

—Probablemente piensan que derribarnos es pan comido, por eso han decidido dejar el otro helicóptero en casita.

—Si no fuera por el peso extra y la resistencia al aire de nuestros flotadores, estaríamos en casi igualdad de condiciones.

—¿Llevas alguna arma en este vejstorio? —preguntó Pitt.

—Va contra las normas.

—Lástima que no escondieras una escopeta en los flotadores.

—A diferencia de los agentes de la ley norteamericanos, a quienes les encanta ir con un arsenal a cuestas, nosotros sólo recurrimos a las armas en situaciones en las que hay vidas en juego.

Pitt lo miró estupefacto.

—¿Y cómo llamas al atoladero en que nos encontramos?

—Dificultad imprevista —replicó estoicamente Stokes.

—Entonces nuestra única arma frente a dos ametralladoras pesadas es la pistola de nueve milímetros que robé —dijo Pitt con resignación—. ¿Sabes?, hace un par de años derribé un helicóptero lanzando una balsa de goma contra sus rotores.

Stokes, asombrado por la increíble calma de Pitt, se volvió hacia él.

—Lo siento mucho —dijo—, pero, aparte de un par de chalecos salvavidas, el compartimiento de carga está vacío.

—Se han colocado a nuestra derecha para poder apuntarnos. Cuando te diga, baja los alerones y cierra la admisión de combustible.

—Si paro el motor a esta altura, caeremos como una piedra.

—Caer sobre las copas de los árboles es preferible a recibir un tiro en la cabeza y estrellarnos entre llamas.

—Quizá tengas razón —dijo Stokes.

Pitt vio cómo el helicóptero azul oscuro se colocaba en paralelo al hidroavión y quedaba, aparentemente, suspendido en el aire como un halcón al acecho de una paloma. Estaban tan cerca que Pitt podía distinguir las caras del piloto y el copiloto. Ambos sonreían. Pitt abrió su ventanilla, manteniendo oculta la pistola automática que empuñaba.

—¿No nos van a dar aviso por radio, ni van a pedirnos que regresemos a la mina? —comentó Stokes, que parecía no poder creer lo que le estaba pasando.

—Estos tipos juegan duro. No se atreverían a matar a un policía si no tuvieran órdenes de la jefatura de la Dorsett Consolidated.

—No puedo creer que pretendan dispararnos.

—Pues al menos van a intentarlo —dijo Pitt con la mirada clavada en el artillero—. Prepárate. —No era optimista. Su única ventaja, que en realidad no lo era en absoluto, era que el 530 MD Defender era más apto para atacar objetivos situados en tierra que para el combate en el aire.

Stokes sujetó entre las piernas la columna de control, mientras con una mano agarraba el mando de los alerones y con la otra la palanca de aceleración. Se preguntó por qué confiaba hasta tal extremo en un hombre al que sólo conocía desde hacía un par de horas. La respuesta era simple: en todo el tiempo que llevaba en la policía montada, había conocido a pocos hombres que parecieran tan seguros de sí mismos en una situación tan desesperada.

—¡Ahora! —gritó Pitt al tiempo que disparaba.

Stokes hizo descender los alerones y echó hacia atrás la palanca de aceleración. El viejo Beaver, sin la tracción del motor y sostenido sólo por la resistencia del aire contra los grandes flotadores, redujo su velocidad tan bruscamente como si hubiese entrado en una nube de cola de pegar.

Casi en el mismo instante, Stokes escuchó el ensordecedor tableteo de una ametralladora y el ruido de los impactos de bala en el ala. También oyó el seco estampido de la automática de Pitt. Mientras luchaba por mantener en el aire el avión, que casi estaba parado, pensó que era una batalla perdida, como si un solo delantero tuviera que enfrentarse a toda la línea defensiva de los Cardenales de Phoenix. Luego, de pronto, por algún ignorado motivo, las detonaciones cesaron. El morro del avión estaba cayendo y Stokes empujó el acelerador hacia adelante para recuperar el dominio del aparato.

Mientras enderezaba el hidroavión y recuperaba velocidad, Stokes miró de soslayo. El helicóptero azul oscuro se alejaba, pero vio al copiloto derrumbado en el asiento y varios orificios de bala en la burbuja de plástico de la cabina. Stokes advirtió con asombro que el Beaver respondía a los mandos. Pero todavía se sintió más sorprendido al ver la expresión de Pitt, cuyo rostro reflejaba una profunda

decepción.

—¡Maldita sea! —exclamó—. Fallé.

—¿Qué dices? Alcanzaste al copiloto.

Pitt, furioso consigo mismo, quiso fulminar al policía con la mirada.

—Apuntaba al eje de los rotores —dijo.

—Calculaste el tiempo a la perfección —lo felicitó Stokes—. ¿Cómo supiste en qué instante debías darme la señal y disparar?

—El piloto dejó de sonreír.

Stokes no insistió. Aún no habían salido del atolladero. Faltaban unos treinta kilómetros para llegar al pueblo de Broadmoor.

—Vienen otra vez hacia nosotros —dijo Pitt.

—Es inútil intentar de nuevo el mismo truco.

Pitt estuvo de acuerdo.

—Sí, el piloto estará prevenido. Esta vez echa para atrás la columna de control y haz un Immelmann.

—¿Qué es un Immelmann?

Pitt lo miró.

—¿No lo sabes? ¿Cuánto tiempo llevas volando, por el amor de Dios?

—Más o menos, veintiuna horas.

—¡Espléndido! —gruñó Pitt—. Tienes que hacer un medio rizo y dar media vuelta, para volar en dirección contraria a la que ibas.

—No estoy seguro de poder hacerlo.

—¿Es que la policía montada no tiene pilotos profesionales cualificados?

—Para esta misión no había ninguno disponible —dijo Stokes—. ¿Crees que esta vez podrás alcanzar el eje de los rotores?

—No, a no ser que tenga mucha suerte —replicó Pitt—. Sólo me quedan tres balas.

El piloto del Defender no vaciló. Se colocó a un lado del hidroavión, por encima de él, y se dispuso a atacar, sin dejar demasiado espacio de maniobra a Stokes.

—¡Ahora! —gritó Pitt—. Baja el morro para ganar velocidad y luego haz un rizo...

El inexperto Stokes vaciló un momento. Apenas había alcanzado la cresta del rizo y se preparaba para dar el medio giro, cuando las primeras balas de 7,62 milímetros perforaron la fina piel de aluminio del aparato. El parabrisas estalló en un millar de fragmentos y las balas martillearon sobre el panel de instrumentos. El piloto del Defender cambió su ángulo de tiro y un reguero de balas recorrió el fuselaje del aparato, de la cabina a la cola. Fue un error, gracias al cual el Beaver siguió en el aire. El piloto debió haber concentrado el fuego de su artillería en el motor.

Pitt disparó sus tres últimas balas y se echó hacia adelante, para evitar ser un



blanco fácil, lo que en sus circunstancias era casi imposible.

Asombrosamente, Stokes, aunque tarde, había logrado completar el Immelmann, y ahora el Beaver se alejaba del helicóptero, sin dar a su piloto tiempo de hacer girar ciento ochenta grados el aparato. Pitt movió la cabeza, incrédulo y ofuscado, e hizo inventario de los daños sufridos. Salvo por unos cuantos cortes en la cara producidos por los fragmentos del parabrisas, estaba ileso. El Beaver volaba en horizontal y el motor en estrella, a tope de revoluciones, seguía funcionando bien. Era la única parte del aparato que no había recibido una lluvia de balas. Pitt miró a Stokes.

—¿Estás bien?

El inspector se volvió lentamente hacia él y lo miró con ojos vacíos.

—Creo que esos cabrones me han dejado sin mi pensión —murmuró. Tosió, y sus labios se tiñeron de rojo. La sangre se deslizó por ellos y cayó sobre el pecho. Luego se derrumbó hacia adelante, frenado por el cinturón, y quedó inconsciente.

Pitt tomó el volante del copiloto e hizo un giro brusco de ciento ochenta grados, para dirigir el hidroavión hacia el pueblo de Mason Broadmoor. El cambio repentino de dirección cogió por sorpresa al piloto del helicóptero, y una lluvia de balas atravesó el aire tras la cola del hidroavión.

Se limpió la sangre que le caía sobre los ojos y comprobó el estado del aparato. Estaba cosido por un centenar de balazos, pero los sistemas y mandos de control funcionaban, al igual que el gran motor 450 Wasp. ¿Qué hacer a continuación? Lo primero que se le ocurrió fue intentar embestir al helicóptero —«la vieja estrategia de llevarse al enemigo por delante», se dijo Pitt—, pero la cosa se habría quedado en eso, en un intento. El Defender era mucho más ágil que el pesado Beaver con sus enormes flotadores. Hubiera tenido las mismas posibilidades de éxito que una cobra frente a una mangosta, pelea en la que, indefectiblemente, siempre gana esta última porque la cobra es mucho más lenta. Sin embargo, cuando se enfrenta a una serpiente de cascabel, la mangosta acaba siendo derrotada. La peregrina idea de Pitt se convirtió en inspiración divina cuando vio un promontorio rocoso de escasa altura que se alzaba a su derecha aproximadamente a medio kilómetro de distancia.

Un sendero iba hacia las rocas atravesando un denso bosque de abetos. Pitt descendió hasta que las alas del avión rozaron las ramas altas. A cualquiera que hubiera presenciado la maniobra, aquello le hubiese parecido una locura suicida; desde luego, despistó al piloto del Defender, que interrumpió el tercer ataque y se colocó detrás, por encima del hidroavión, esperando ver cómo el aparato se estrellaba.

Pitt mantuvo la velocidad máxima y sujetó fuertemente el volante de control, sin dejar de mirar la pared pétrea a la que se dirigía. El aire entraba a raudales por el parabrisas roto, y Pitt tuvo que volver la cabeza hacia un lado para protegerse del viento y poder ver. Por fortuna, las ráfagas le limpiaron la sangre y las lágrimas que

le caían de los ojos entrecerrados.

Siguió volando por entre los árboles. No podía permitirse un solo error de cálculo. Tenía que hacer el movimiento exacto en el momento adecuado. Un fallo de una décima de segundo significaría la muerte. Las rocas parecían abalanzarse contra el avión. Pitt las vio con claridad: eran peñascos pardos veteados de negro. No necesitó mirar el altímetro para saber que marcaba cero, tampoco miró el tacómetro, pues sin duda debía tener la aguja en la zona roja. El viejo aparato se lanzaba a toda velocidad hacia su destrucción.

—¡Más bajo! —gritó Pitt, al ventarrón que entraba por el hueco del parabrisas—. ¡Dos metros más bajo!

Apenas le dio tiempo a compensar, pues ya estaba sobre las rocas. Tiró de la columna de control, sólo lo suficiente para alzar el morro del aparato, y las aspas de la hélice pasaron a sólo unos centímetros de la cima del promontorio. De pronto se produjo un fortísimo golpe metálico. Los flotadores de aluminio se habían estrellado contra las rocas y se habían desprendido el fuselaje del avión. Libre del peso de los flotadores, que habían quedado destrozados sobre las rocas, con su masa reducida en casi la mitad, el viejo avión se hizo más maniobrable y la velocidad aumentó en treinta nudos. El aparato respondió sin problemas y comenzó a ganar altura.

—Ahora verás lo que es un Immelmann —murmuró con una satánica sonrisa en los labios.

Hizo que el hidroavión ascendiera dibujando en el cielo un medio rizo y luego dio un giro de noventa grados y se lanzó directamente hacia el helicóptero.

—¡Escribe tu testamento, estúpido! —gritó. Su voz quedó ahogada por el viento y el rugido del motor—. ¡Aquí está el Barón Rojo!

El piloto del helicóptero comprendió demasiado tarde las intenciones de Pitt. No tenía espacio para esquivarlo ni sitio donde esconderse. Lo último que podía haber imaginado era que el maltrecho hidroavión se lanzara al ataque. Pero allí estaba, volaba directo hacia él a casi doscientos nudos, una velocidad que al sorprendido piloto le parecía imposible. Efectuó una serie de precipitadas maniobras, pero Pitt, previéndolas, logró mantener la embestida. El hombre de Dorsett apuntó el morro del helicóptero contra su rival, en un desesperado intento de despedazar a balazos el Beaver antes de que el inminente choque se produjera.

Pitt vio cómo giraba el helicóptero y advirtió los destellos de las ametralladoras. Las balas habían alcanzado el gran motor del hidroavión. De pronto, de debajo del capotaje brotó el aceite, que cayó sobre los conductos calentados del escape, provocando una nube de humo denso y azul que dejó un rastro en el cielo tras el aparato. Pitt alzó una mano para protegerse los ojos del aceite caliente que, impulsado por el aire, le caía a torrentes por el rostro. Una imagen se grabó en su memoria segundos antes del impacto: la expresión del rostro del piloto del helicóptero, que

parecía aceptar con increíble resignación su destino.

El cono de la hélice y el motor del hidroavión golpearon el helicóptero por detrás de la cabina. En la colisión quedó destrozado el rotor de cola del aparato que, desprovisto de su estabilizador, hizo una serie de giros incontrolables, hasta que al fin cayó como una piedra y se estrelló contra el suelo, quinientos metros más abajo. A diferencia de los accidentes que preparan para el cine los expertos en efectos especiales, el aparato no se incendió nada más caer. Pasaron casi dos minutos antes de que las llamas estallaran y envolvieran los restos del helicóptero.

Algunos fragmentos de la hélice destrozada del Beaver saltaron por el cielo como chispas de una rueda de fuegos artificiales. El capotaje salió disparado del motor y aleteó como un pájaro herido hacia los árboles. El motor se paró tan bruscamente como si Pitt hubiera cortado la ignición. Se limpió el aceite de los ojos, y sólo pudo ver una alfombra de copas de árboles por encima de las descubiertas cabezas de los cilindros. La velocidad del Beaver disminuía, y Pitt se preparó para el golpe. Los controles aún funcionaban, así que intentó hacer que el avión cayese sobre el colchón de las ramas más altas.

Estuvo a punto de conseguirlo, pero el extremo del ala derecha chocó con un cedro rojo de setenta metros, y el aparato realizó un giro brusco de noventa grados. Descontrolado y sin impulso, el aparato se desplomó sobre una sólida masa de árboles y el ala izquierda chocó contra otro enorme cedro, lo que provocó su total desprendimiento. Verdes agujas de pino se cerraron sobre el aparato, haciéndolo invisible desde arriba. Frente al maltrecho Beaver apareció el tronco de un abeto de medio metro de diámetro contra el que colisionó el cono de la hélice, atravesándolo. El motor quedó arrancado de sus soportes y la mitad superior del árbol cayó sobre el avión, cercenando la parte trasera. Al fin, los restos del Beaver se desplomaron pesadamente sobre el suelo de tierra vegetal.

Durante los siguientes minutos, un silencio sepulcral reinó en el bosque. Pitt permaneció inmóvil, ofuscado, mirando sin ver a través del hueco del parabrisas. Advirtió por vez primera que había perdido el motor y se preguntó adonde habría ido a parar. En cuanto pudo despejarse un poco, se acercó a Stokes para ver cómo estaba.

El policía se estremeció, sufrió un acceso de tos y luego movió débilmente la cabeza, al tiempo que recuperaba poco a poco el conocimiento. Miró desconcertado las ramas de pino que se habían apoderado de la cabina.

—¿Cómo hemos llegado al bosque? —murmuró.

—Te dormiste en lo mejor —contestó Pitt, frotándose las heridas.

No era necesario ser médico para saber que Stokes moriría si no lograba llevarlo inmediatamente a un hospital. Sin perder tiempo, le desabrochó el viejo traje de vuelo y le abrió la camisa, para ver la herida. Vio que tenía afectado el esternón en el lado izquierdo. Había poca sangre y el orificio era minúsculo. Pitt pensó que no era una

herida de bala. Tocó el agujero con las yemas de los dedos y notó que dentro había un pequeño fragmento metálico. Desconcertado, miró el marco del parabrisas; estaba destrozado. El impacto de una bala había arrancado una esquirla del marco de aluminio y ésta se había clavado en el pecho de Stokes, atravesándole el pulmón izquierdo. Un centímetro más, y habría llegado al corazón.

Stokes tosió y escupió sangre por la ventanilla abierta.

—Qué curioso —murmuró—. Siempre creí que me pegarían un tiro en alguna callejuela o durante una persecución por carretera.

—Pues no has tenido esa suerte.

—¿Qué aspecto tiene la herida?

—Tienes una esquirla metálica en el pulmón —explicó Pitt—. ¿Te duele?

—Me noto entumecido.

Con cierta dificultad, Pitt se levantó de su asiento y se colocó detrás de Stokes.

—Aguanta. Te sacaré de aquí.

Le costó diez minutos abrir la abollada puerta y sacar del aparato el peso muerto de Stokes. Una vez fuera, lo tendió con todo cuidado sobre la tierra. Se sentía cansado por el esfuerzo, y cuando se sentó junto al cuerpo del policía, respiraba con dificultad. El rostro de Stokes se contrajo por el dolor más de una vez, pero no se quejó. Cerró los ojos, al borde de la inconsciencia.

Pitt lo meció suavemente.

—No te me duermas, amigo. Te necesito para que me indiques el camino hacia el pueblo de Mason Broadmoor.

Stokes abrió los ojos y miró inquisitivamente a Pitt, como si en ese momento hubiese recordado algo importante.

—¿Y el helicóptero de Dorsett? —preguntó—. ¿Qué pasó con los cabrones que disparaban contra nosotros?

Pitt levantó la vista hacia la columna de humo que se alzaba sobre el bosque y sonrió.

—Se han ido de barbacoa.

En enero y en la isla Kunghit, Pitt había esperado tener que avanzar dificultosamente por entre la nieve, pero el terreno sólo estaba cubierto por una fina alfombra blanca. Arrastró a Stokes tras él en un *travois*, un artefacto que utilizaban los indios norteamericanos de las llanuras para acarrear bultos. No podía abandonar a Stokes ni tampoco cargar con él, pues hubiera corrido el peligro de provocarle hemorragias internas, así que, con dos ramas y unas correas que rescató de los restos del avión, construyó una especie de camilla en la que acomodó al policía. Luego, sujetándose a la espalda la parte delantera del *travois*, arrastró al policía herido a través de los bosques. Las horas pasaron, se puso el sol, llegó la noche y él siguió su esforzada marcha hacia el norte entre las tinieblas, orientándose por medio de la brújula que había sacado del panel de instrumentos del avión; algo que ya había tenido que hacer hacía varios años cuando tuvo que recorrer a pie buena parte del desierto del Sáhara.

Cada diez minutos, más o menos, Pitt preguntaba a Stokes cómo se encontraba y el policía replicaba débilmente:

—Todavía aguanto.

—Estoy frente a un pequeño arroyo que fluye hacia el oeste.

—Se trata de Wolf Creek. Crúzalo y dirígete al noroeste.

—¿Cuánto queda hasta el pueblo de Broadmoor?

—Dos kilómetros, quizá tres —susurró Stokes.

—Continúa hablando. ¿Me oyes?

—Pareces mi esposa.

—¿Estás casado?

—Desde hace diez años, con una estupenda mujer que me ha dado cinco hijos.

Pitt volvió a ajustarse las correas, que le mordían la carne, y arrastró a Stokes por el arroyo. Tras caminar un kilómetro más por entre la maleza, llegó a un sendero. En algunos trechos, el camino estaba cubierto de maleza, pero en general se encontraba libre de obstáculos, lo que supuso una bendición para Pitt, que hasta el momento había tenido que abrirse paso a través de bosques llenos de arbustos.

En dos ocasiones temió haberse salido del camino, pero tras seguir unos metros en la misma dirección, volvió a encontrarlo. Pese a las bajas temperaturas, sudaba copiosamente a causa del esfuerzo. No se atrevía a pararse a descansar. Para que Stokes volviera a ver a su esposa y a sus cinco hijos, era necesario que él siguiera adelante. Mantenía prácticamente un monólogo con el herido, que sólo intervenía en la conversación de vez en cuando, para evitar que cayera en coma a causa de la conmoción. Concentrado en la dura tarea de poner un pie delante del otro, Pitt no advirtió nada extraño.

Stokes le susurró algo que él no entendió. Volvió la cabeza hacia el policía, aguzó el oído y preguntó:

—¿Quieres que me detenga?

—¿No hueles...? —dijo Stokes débilmente.

—No.

—Huelo a humo.

Entonces Pitt lo percibió. Respiró profundamente. De algún lugar, por delante de ellos, llegaba un olor de madera quemada. Aunque estaba cansado, Pitt se inclinó y continuó avanzando, a pesar del dolor que le producía la presión de las correas de la camilla. Al cabo de poco rato, escuchó el ruido de un pequeño motor de explosión, era una pequeña sierra mecánica cortando madera. El olor se hizo más intenso y, a la tenue luz del amanecer, Pitt vio una columna de humo por encima de las copas de los árboles. El corazón estaba a punto de reventarle en el pecho a causa del esfuerzo, pero no estaba dispuesto a desistir cuando se encontraba tan cerca de la meta.

Amaneció, pero el sol permaneció oculto detrás de unos nubarrones. Caía una fina llovizna cuando Pitt llegó a un claro cercano al mar y abierto a una pequeña bahía. Se encontró frente a una pequeña comunidad de casas de troncos con techos de metal ondulado; de algunas chimeneas de piedra salía humo. En distintos lugares del pueblo se veían grandes tótems cilíndricos de madera tallados con figuras de hombres y animales. Alrededor de un dique flotante cabeceaba una pequeña flota pesquera, con sus tripulantes atareados en reparar motores y remendar redes. En el interior de un cobertizo, varios niños miraban a un hombre que estaba cortando un enorme tronco con una sierra mecánica. Dos mujeres charlaban mientras colgaban la ropa en un tendedero. Una de ellas vio a Pitt y gritó para alertar a los demás, al tiempo que señalaba hacia él.

Exhausto, Pitt cayó de rodillas, mientras una docena de personas corrían hacia él. Un hombre, con una cabellera negra larga y lacia, de rostro redondo, se arrodilló junto a Pitt y le rodeó los hombros con el brazo.

—Ya está usted a salvo —dijo, denotando preocupación en su voz. Luego se dirigió a los tres hombres que auxiliaban a Stokes y les ordenó—: Llévallo a la casa tribal.

Pitt miró al hombre.

—¿No serás por casualidad Mason Broadmoor?

Unos ojos negros como el carbón lo miraron con curiosidad.

—Pues sí, soy yo.

Antes de derrumbarse, Pitt atinó a decir:

—Amigo... No sabes cómo me alegro de verte.

La nerviosa risita de una niña despertó a Pitt de su sueño ligero. Pese a su cansancio, sólo había dormido cuatro horas. Abrió los ojos, miró un momento a la

pequeña, le sonrió y bizqueó los ojos. La chiquilla salió corriendo de la habitación llamando a su madre. Estaba en un dormitorio acogedor provisto de una pequeña estufa que caldeaba enormemente el ambiente. Lo habían acostado sobre una cama hecha con pieles de oso y lobo. Sonrió al recordar a Broadmoor, en mitad de una aldea india perdida y desprovista de los adelantos modernos más esenciales, llamando por un teléfono satélite a una ambulancia aérea para que transportase a Stokes a un hospital del continente.

Pitt cogió el auricular y llamó a la central de la policía montada en Shearwater. En cuanto mencionó el nombre de Stokes, lo pusieron con el inspector Pendleton, que interrogó a Pitt acerca de los sucesos que se iniciaron la mañana anterior. Antes de colgar, Pitt indicó a Pendleton en qué lugar se habían estrellado, a fin de que la policía canadiense pudiera enviar un equipo para recuperar las cámaras que había en el interior de los flotadores, y que quizá habían salido indemnes del impacto.

Poco antes de que Pitt se terminase un tazón de sopa de pescado preparado por la esposa de Broadmoor, llegó un hidroavión con un médico y dos enfermeros, que examinaron a Stokes y aseguraron a Pitt que el policía tenía excelentes posibilidades de recuperarse. Después de que el hidroavión despegara hacia el continente, para llevar a Stokes al hospital más próximo, Pitt se dejó convencer y se acostó en una cama de la familia Broadmoor, donde no tardó en dormirse.

La esposa de Broadmoor entró en el dormitorio. Irma era una mujer llena de gracia y dignidad, recia pero grácil, con ojos color café y boca animada por una permanente sonrisa.

—¿Cómo se encuentra, señor Pitt? Creí que seguiría usted durmiendo al menos otras tres horas.

Pitt comprobó que seguía llevando los pantalones y la camisa y luego echó a un lado las mantas, para poner los pies desnudos en el suelo.

—Lamento haberles sacado de la cama.

La mujer lanzó una risa musical.

—Apenas son las doce del mediodía, y usted se acostó a las ocho.

—Les agradezco mucho su hospitalidad.

—Debe de estar usted hambriento. Le prepararé un poco de salmón a la brasa. Espero que le guste el salmón.

—Me encanta.

—Mientras espera, puede usted charlar con Mason. Está fuera, trabajando.

Pitt se puso los calcetines y las botas, se mesó los cabellos y se enfrentó de nuevo al mundo. Encontró a Broadmoor en el cobertizo, cincelando un tronco de cedro rojo de cinco metros de largo dispuesto horizontalmente sobre cuatro burros de madera. Broadmoor utilizaba una maza redondeada de madera y un cincel cóncavo. La talla no estaba lo bastante avanzada como para permitir a Pitt saber qué reproducía. Los

rostros de animales apenas habían sido esbozados.

Al aproximarse, Broadmoor alzó la vista.

—¿Descansaste bien?

—No sabía que las pieles de oso fueran tan blandas.

Broadmoor sonrió.

—No hagas correr la voz, o los pobres bichos se extinguirán en menos de un año.

—Ed Posey me dijo que tallabas tótems. Nunca había visto trabajar a un tallista.

—Mi familia lleva generaciones haciéndolo. Gracias a los tótems, hechos en madera de cedro rojo, los antiguos indios del noroeste que carecían de lenguaje escrito pudieron preservar sus historias familiares y sus leyendas, tallando símbolos de figuras de animales.

—¿Tienen algún significado religioso? —preguntó Pitt.

Broadmoor negó con la cabeza.

—Nunca han sido venerados como iconos divinos, pero siempre los hemos respetado como espíritus guardianes.

—¿Qué significan los símbolos de ese tótem?

—Esto es una espira mortuoria, o lo que se podría llamar una columna conmemorativa. Está dedicado a mi tío, que falleció la semana pasada. Estoy tallando su escudo personal, que consta de un águila, un oso y la figura del difunto. Cuando lo termine, lo instalaremos durante una fiesta en la casa de su viuda.

—Siendo un tallista de prestigio, debes de tener encargos apalabrados para varios meses.

Broadmoor se encogió de hombros.

—Para casi dos años —dijo con modestia.

—¿Sabes por qué estoy aquí? —preguntó Pitt. La cuestión, algo brusca, sorprendió a Broadmoor con la maza levantada para golpear el cincel.

Dejó a un lado sus herramientas e indicó a Pitt que lo siguiera hasta la bahía. Se detuvo junto a un cobertizo para botes que se adentraba en el agua. Abrió las puertas y entró al interior. Había dos embarcaciones pequeñas flotando en un embarcadero en forma de «U».

—¿Eres aficionado a las Jet Skis? —preguntó Pitt.

—Creo que ahora se las llama hidromotos —contestó Broadmoor sonriendo.

Pitt miró las dos Wetjets Dúo 300, fabricadas por Mastercraft Boats. Eran aparatos de altas prestaciones, con capacidad para dos personas, decorados con símbolos de animales, típicos de la tribu haida.

—Se diría que pueden volar.

—Sobre el agua, lo hacen. He trabajado en los motores para obtener quince caballos extra. Pueden alcanzar los cincuenta nudos. —Súbitamente, Broadmoor cambió de tema—: Ed Posey dijo que te proponías rodear la isla Kunghit con un



equipo de medición acústica. Pensé que las hidromotos serían un buen vehículo para efectuar ese trabajo.

—Serían ideales. Pero, lamentablemente, mi equipo ha sufrido importantes daños cuando Stokes y yo nos estrellamos. La única alternativa que tengo es investigar en la propia mina.

—¿Qué esperas descubrir?

—El método de excavación que usa Dorsett para sacar los diamantes.

Broadmoor se inclinó a coger un canto de la orilla y lo arrojó a las verdes aguas.

—La compañía tiene una pequeña flota de barcos patrullando las inmediaciones de la isla —dijo al fin—. Van armados y se sabe que han atacado a algunos pescadores que se acercaron demasiado.

—Parece que las autoridades canadienses no me contaron todo lo que necesitaba saber —dijo Pitt, maldiciendo en secreto a Posey.

—Supongo que pensarían que, como tenías licencia para efectuar una investigación de campo, los responsables de seguridad de la mina no te importunarían.

—Stokes me contó que los hombres de Dorsett habían abordado y quemado el barco de tu hermano.

Broadmoor señaló hacia el tótem en que estaba trabajando.

—¿Te contó también que habían matado a mi tío?

Pitt negó lentamente con la cabeza.

—No. Lo lamento.

—Encontré su cadáver flotando en el mar, a ocho kilómetros de la costa. Se había atado a un par de bidones de combustible. El agua estaba fría y murió por congelación. Lo único que encontramos de su pesquero fue un fragmento de la caseta del timón.

—Y sospechas que la gente de Dorsett lo asesinó.

—*Sé que lo asesinaron* —dijo Broadmoor, cuyos ojos resplandecían por la ira.

—¿Qué hizo la policía?

Broadmoor movió la cabeza en un gesto de negación.

—El inspector Stokes sólo tiene una fuerza simbólica. Primero, Arthur Dorsett invadió las islas con sus equipos de exploración geológica. Cuando al fin encontraron la veta principal de los diamantes en la isla Kunghit, utilizó su poder y dinero para arrebatar literalmente la isla del control del gobierno, sin que a nadie importara que nuestra tribu reclamara la isla como terreno sagrado. Ahora, para los miembros de mi pueblo, es ilegal no sólo poner un pie en Kunghit sin permiso, sino incluso pescar a menos de cuatro kilómetros de su costa. Los mismos policías montados a los que pagamos para que nos defiendan, pueden arrestarnos.

—Ahora comprendo el poco respeto por la ley que manifiesta el jefe de seguridad

de la mina.

—Merchant, o Lindo John, como lo llaman. —Broadmoor lo dijo presa de la furia—. Tuviste suerte al poder escapar. Lo más seguro es que te hubieran hecho desaparecer. Muchos hombres han intentado encontrar diamantes en la isla y alrededor de ella, pero no tuvieron éxito, aunque tampoco se ha vuelto a ver a ninguno de ellos.

—¿Ha beneficiado en algo a su tribu el descubrimiento de los diamantes? —preguntó Pitt.

—Hasta ahora, lo único que ha hecho es fastidiarnos —replicó Broadmoor—. La posibilidad de que el dinero de los diamantes redunde en nuestro beneficio se ha convertido en un problema más legal que político. Llevamos años de negociaciones, para conseguir la parte del pastel que nos corresponde, pero los abogados de Dorsett tienen el asunto parado en los tribunales.

—Me cuesta creer que el gobierno canadiense acepte órdenes de Arthur Dorsett.

—La economía del país atraviesa una situación difícil, y los políticos cierran los ojos a la corrupción, para proteger proyectos de especial interés que aportan dinero a las arcas públicas. —Hizo una pausa y miró a Pitt con curiosidad, como si tratara de adivinar sus intenciones—. ¿Qué pretendes, Pitt? ¿Cerrar la mina?

Pitt movió la cabeza en un gesto de afirmación.

—Eso mismo, siempre y cuando pueda demostrar que las excavaciones de Dorsett son las causantes de las ondas sonoras responsables de las muertes de personas y animales marinos.

—Te llevaré al interior de las instalaciones mineras —dijo Broadmoor, mirando fijamente a Pitt.

Por un momento Pitt sopesó la oferta.

—Tienes esposa e hijos. No hay por qué arriesgar dos vidas. Déjame en la isla y ya encontraré el modo de cruzar el vertedero sin que me vean.

—Imposible. Cuentan con un sistema de seguridad muy avanzado, ni una ardilla puede cruzar sin ser detectada; y no es ninguna broma, el vertedero está lleno de cadáveres de ardillas y de otros pequeños animales que habitaban la isla antes de que la mina Dorsett acabase con lo que era un lugar paradisíaco. Además, tienen perros policía alsacianos que pueden olfatear a un intruso a cien metros.

—Puedo probar a entrar por el túnel.

—Nunca lograrías cruzarlo solo.

—Es preferible eso a que tu mujer se quede viuda.

Pitt pudo leer en los ojos de Broadmoor el deseo de venganza. El indio, sopesando sus palabras, le dijo:

—No lo entiendes. La mina paga a nuestra comunidad para que mantengamos su despensa abastecida de pescado fresco. Una vez a la semana, mis vecinos y yo

navegamos hasta Kunghit y les entregamos el pescado. En el muelle lo cargamos en carretillas y lo transportamos por el túnel hasta el departamento del jefe de cocina. Él nos sirve un desayuno, nos paga en metálico (mucho menos de lo que la carga vale) y luego nos vamos. Tú tienes el pelo negro, con ropas de pescador y si mantienes la cabeza baja, podrás pasar por un haida. Los guardas están más preocupados por los diamantes que puedan salir de la mina que por los pescados que entren en ella. Como nosotros nos limitamos a entregar, sin llevarnos nada, no suscitamos sospechas.

—¿No podría trabajar la gente de tu tribu en la mina?

—Olvidar la pesca y la caza es olvidar nuestra independencia —dijo Broadmoor encogiéndose de hombros—. El dinero que nos dan por abastecer su despensa lo dedicamos a la construcción de una nueva escuela para nuestros hijos.

—*Lindo John Merchant* constituye un pequeño problema. Nos hemos visto, y lo nuestro fue un caso de antipatía a primera vista. El caso es que tuvo tiempo de verme bien, y estoy seguro de que recordará mi rostro.

Broadmoor hizo un gesto, con el que trataba de quitar importancia a las palabras de Pitt.

—Las posibilidades de que Merchant pueda reconocerte son mínimas. Nunca aparece por el túnel ni en la cocina, debe de temer mancharse sus zapatos italianos. Con este clima, rara vez asoma la cabeza fuera de su despacho.

—No creo que del personal de cocina me sea posible conseguir mucha información —dijo Pitt—. ¿Conoces a algún minero de confianza que pueda ponerme al corriente sobre los métodos de extracción?

—Todos los mineros son chinos, los han traído ilegalmente a través de sindicatos mafiosos. Ninguno de ellos habla inglés. Tu única esperanza es un viejo ingeniero de minas que odia con toda su alma a la Dorsett Consolidated.

—¿Puedes ponerte en contacto con él?

—Ni siquiera sé su nombre. Trabaja en el turno de noche y normalmente desayuna a la misma hora en que nosotros entregamos la mercancía. Hemos charlado un par de veces mientras tomábamos café. No está contento con las condiciones de trabajo. La última vez que hablamos, me aseguró que durante el último año han muerto en la mina más de veinte trabajadores chinos.

—Hablar con él diez minutos podría ayudarme mucho a resolver el enigma de las ondas sonoras.

—No hay garantía de que él esté allí cuando hagamos la entrega —dijo Broadmoor.

—Habrá que arriesgarse —dijo Pitt—. ¿Cuándo tenéis que llevar la próxima carga a la isla?

—El último barco de la flota pesquera del pueblo amarrará aquí dentro de unas horas. Meteremos el pescado en cajas con hielo esta noche, y mañana al amanecer

estaremos listos para zarpar hacia Kunghit.

Pitt se preguntó si, mental y físicamente, estaba preparado para arriesgar de nuevo su vida. Luego recordó los centenares de cadáveres que había visto en el *Polar Queen* y no le cupo la menor duda de cuál era su obligación.

Seis pequeños pesqueros pintados con vivos colores se hicieron a la mar en Rose Harbour. Sobre sus cubiertas se amontonaban las cajas de madera llenas de pescado con hielo. Los motores diesel zumbaban suaves y el humo de la combustión interna salía a través de los altos tubos de escape. Una leve neblina cubría el agua tiñéndola de un color gris verdoso. El sol era un gran globo en el horizonte oriental y el viento soplaba a menos de cinco nudos. En las aguas no se veían olas y la única espuma era la que levantaban las quillas de los pesqueros y la de la estela de los barcos, que avanzaban por las aguas tranquilas.

Broadmoor se aproximó a Pitt, que estaba sentado en la popa observando las gaviotas que evolucionaban sobre el barco en espera de un desayuno gratuito.

—Llegó tu momento, Pitt.

Pitt no había conseguido que Broadmoor lo llamase Dirk. Mientras intentaba tallar la nariz de una mascarilla sin terminar que el haida le había prestado, hizo un gesto de asentimiento. Pitt vestía pantalones de hule amarillo sujetos con tirantes, un grueso suéter tejido por Irma Broadmoor y una gorra de punto calada hasta las pobladas y negras cejas. Los indios no suelen tener sombra de barba, así que se había afeitado a conciencia. Permanecía con la vista fija en la dura madera de la máscara que estaba tallando, pero con el rabillo del ojo miraba el gran muelle —no un pequeño embarcadero, sino un auténtico lugar de amarre para grandes barcos— que iba creciendo en tamaño según el pesquero se adentraba en la bahía. Por el muelle se movía una enorme grúa sobre rieles que servía para descargar maquinaria pesada y otros equipamientos de grandes buques transatlánticos.

Una gran embarcación de líneas insólitamente suaves y con superestructura redondeada, distinta a cuantos yates de lujo había visto Pitt, permanecía amarrada al muelle. Sus cascos gemelos de fibra de vidrio de altas prestaciones estaban diseñados para la velocidad y el confort. El yate parecía capaz de surcar las aguas a más de ochenta nudos. A juzgar por la descripción hecha por Giordino de la nave con diseño inspirado en la era espacial, ésta era la embarcación que habían visto alejarse del carguero *Mentawai*. Pitt buscó el nombre y el puerto de origen, que normalmente aparecen pintados en el yugo de los buques, pero ninguna marca alteraba la belleza del hermoso casco azul zafiro.

Los propietarios suelen enorgullecerse del nombre de sus barcos y del puerto en que están registrados, así que Pitt pensó que Arthur Dorsett no quería publicidad para su yate por motivos de cuestionable moralidad.

La nave había suscitado su curiosidad. Alzó la vista y escrutó los tragaluzes del yate, pero no pudo ver nada porque las cortinas estaban echadas. En cubierta no se veía a nadie, aunque, ciertamente, era demasiado temprano para que los pasajeros o

los tripulantes estuvieran en pie. Cuando iba a volver la cabeza hacia los doce agentes de seguridad armados que había en el muelle, se abrió una puerta del yate y apareció una mujer en cubierta.

Era una auténtica belleza, alta y con aspecto de amazona. Salió sacudiendo la cabeza para apartar del rostro el largo cabello rubio cobrizo. Llevaba una bata corta y parecía recién levantada. Tenía los pechos plenos, pero extrañamente desproporcionados, aunque esto era más una intuición que una certeza, pues los llevaba cubiertos por completo por la bata, sin que se viera un milímetro de escote. Pitt advirtió en la desconocida un carácter indómito y feroz, parecía una tigresa examinando sus dominios. La mujer miró distraídamente la pequeña flota pesquera, y luego se fijó en Pitt, que la miraba descaradamente.

En circunstancias normales, Pitt, con su talante desenfadado, se hubiera puesto en pie y, con la gorra en la mano, le hubiera hecho una amplia reverencia. Pero debía representar el papel de indio, así que se limitó a mirarla inexpresivamente y dirigirle una respetuosa inclinación. Ella dio media vuelta y se desentendió de Pitt, como si éste fuera un árbol más del bosque. Un mayordomo uniformado se acercó a ella y le ofreció una taza de café sobre una bandeja de plata. El aire frío del amanecer la hizo temblar, y la desconocida regresó al interior del yate.

—Una mujer impresionante, ¿no? —comentó Broadmoor, sonriendo al ver la expresión de Pitt.

—Debo admitir que nunca había visto a una mujer semejante.

—Es Boudicca Dorsett, una de las tres hijas de Arthur. Aparece inesperadamente por aquí varias veces al año en su lujoso yate.

Así que ésa era la tercera hermana, se dijo Pitt. Perlmutter la había descrito como implacable y fría como el hielo del fondo de un glaciar. Tras haber visto a la tercera hija de Dorsett, a Pitt le costaba creer que Maeve hubiera salido del mismo vientre que alumbró a Deirdre y Boudicca.

—Sin duda ha venido para exigir una producción más alta de la mano de obra esclava y a hacer recuento de las ganancias.

—Ni lo uno ni lo otro —dijo Broadmoor—. Boudicca dirige la organización de seguridad de la compañía. Tengo entendido que va de mina en mina, inspeccionando los sistemas y el personal para detectar los posibles fallos.

—*Lindo John Merchant* estará particularmente alerta si ella está aquí —dijo Pitt—. Tomará precauciones especiales para que sus guardas estén atentos y den buena impresión a su jefa.

—Deberemos aumentar nuestras precauciones —dijo el indio asintiendo con la cabeza. Luego señaló a los agentes de seguridad que había en el muelle aguardando para inspeccionar lo que transportaban los pesqueros y añadió—: Fíjate, hay seis hombres. Normalmente, sólo hay dos. El que lleva el medallón en el cuello es el

encargado del muelle. Se llama Crutcher. Mal tipo.

Pitt echó un vistazo a los agentes para ver si alguno de ellos había estado en la pista de aterrizaje cuando Stokes llegó con el hidroavión a las instalaciones. La marea estaba baja, y tuvo que alzar la cabeza para mirar a los hombres del muelle. Le producía particular aprensión la posibilidad de ser reconocido por el guardia al que golpeó en la oficina de John Merchant. Afortunadamente, no reconoció a ninguno de los hombres.

Llevaban las correas de los fusiles sobre los hombros y los cañones apuntados hacia la zona en que se encontraban los pescadores indios. Pitt no tardó en advertir que tan sólo era una manera de intimidarlos, puro teatro. No iban a disparar contra nadie, porque no iban a correr el riesgo de que les viera hacerlo la dotación de un carguero fondeado en las proximidades. Crutcher, un arrogante y frío joven de unos veintiséis o veintisiete años, se adelantó hasta el borde del muelle cuando el timonel de Broadmoor acercó el barco al amarradero. Broadmoor lanzó una maroma que cayó delante de las botas de combate del guarda.

—Eh, amigo, amarre el cable.

El guarda le dirigió una despectiva mirada y le dio una patada a la maroma, que volvió a caer sobre la cubierta del pesquero.

—Amárralo tu mismo —contestó.

Pitt supuso que el tipo debía de ser un antiguo miembro de las fuerzas especiales. Tomó la maroma, subió por una escalerilla hasta el muelle, y una vez en él, se rozó a propósito con Crutcher mientras ataba el extremo de la maroma en torno a un moray.

Crutcher le dio un puntapié a Pitt. Éste se irguió y entonces el guarda lo agarró por los tirantes y lo sacudió violentamente mientras decía:

—¡Cuida tus modales, cara de calamar!

Broadmoor sintió un escalofrío de aprensión. La situación era peligrosa. Los haidas eran un pueblo tranquilo que sabía dominar los accesos de ira, sin embargo Pitt no era un haida; estaba seguro de que se soltaría del desdeñoso guarda y luego lo tumbaría de un golpe. Pero Pitt no cayó en la tentación. Sin alterarse, se pasó la mano por el incipiente moretón de sus nalgas y miró a Crutcher con insondable expresión. Se quitó la gorra de punto, simulando respeto, y dejó ver la mata negra de su cabello, cuyos rizos naturales había alisado con gomina.

—Fue sin querer. Lo siento —dijo con expresión sumisa.

—Tu cara no me suena —contestó Crutcher.

—He venido aquí más de veinte veces —dijo Pitt respetuoso—. Y lo conozco a usted. Se llama Crutcher. Hace tres semanas, me dio un puñetazo en el estómago por demorarme en la descarga del pescado.

El guarda observó por un momento a Pitt y luego se echó a reír como un chacal.

—Crúzate otra vez en mi camino, y te enviaré al otro lado del canal de una patada

en el culo.

Pitt puso cara de mansa resignación y saltó de nuevo a la cubierta del pesquero. El resto de la pequeña flota se había dispersado por el muelle, entre los barcos de provisiones. Donde no había espacio disponible para amarrar, los barcos se colocaban en paralelo, y los tripulantes del de más afuera pasaban su carga de pescado a la cubierta del que estaba amarrado. Pitt se unió a los pescadores y comenzó a pasar cajas de salmón a uno de los marineros de Broadmoor que las iba apilando sobre unas vagonetas de carga enganchadas a un pequeño vehículo tractor de ocho ruedas. Las cajas eran pesadas, por lo que los bíceps y la espalda de Pitt no tardaron en protestar. Apretó los dientes; sabía que los guardas recelarían de él si no trabajaba con la misma rapidez de los otros haidas.

Dos horas más tarde, las vagonetas ya estaban cargadas. Cuatro de los guardas y los tripulantes de los pesqueros montaron en ellas y el tren tirado por el tractor se dirigió al comedor de la compañía minera. Fueron detenidos en el túnel de entrada, desde donde los condujeron a un pequeño edificio donde les dijeron que se quedaran en ropa interior. Luego registraron sus ropas y pasaron a los pescadores por rayos X. Todos tuvieron que someterse a ello, excepto un haida que por descuido llevaba un cuchillo de pesca en la bota. A Pitt le pareció extraño que, en lugar de confiscar simplemente el cuchillo, lo devolvieran al pescador y lo obligaran a regresar al barco. A los demás les permitieron vestirse y montar de nuevo en los remolques para ir hasta la zona de excavaciones.

—Creí que nos registrarían al salir, por si nos llevábamos diamantes ocultos, y no al entrar —dijo Pitt.

—También lo hacen —explicó Broadmoor—. Al salir de la mina, pasamos otra vez por lo mismo. Nos examinan de nuevo con rayos X para hacernos entender que es inútil que nos traguemos unos cuantos diamantes para intentar pasarlos sin ser vistos.

El túnel de cemento que atravesaba el vertedero de escoria medía cinco metros de alto por diez de ancho, espacio más que suficiente para permitir el paso de camiones grandes con hombres y equipo. Tenía una longitud de casi medio kilómetro y el interior estaba iluminado por largas hileras de tubos fluorescentes. Del túnel partían otros corredores laterales de dimensiones más pequeñas.

—¿Adónde conducen? —preguntó Pitt a Broadmoor.

—Forman parte del sistema de seguridad. Rodean las instalaciones y están llenos de aparatos de detección.

—Guardas armados, todo este alarde de dispositivos de seguridad... Todo esto para evitar que desaparezcan unos cuantos diamantes parece una exageración.

—No es sólo por los diamantes. También pretenden evitar que los trabajadores ilegales escapen al continente. Eso forma parte del trato con los funcionarios



canadienses corruptos.

Cuando llegaron al otro extremo del túnel se encontraron rodeados por la frenética actividad de la operación minera. El conductor del tractor dirigió el tren de vagonetas hacia un camino pavimentado que rodeaba el pozo abierto de la chimenea volcánica y lo detuvo junto al andén de carga que había en la parte delantera de un pequeño edificio de hormigón.

Un hombre que llevaba uniforme de cocinero bajo un chaquetón forrado de piel abrió la puerta del gran almacén que hacía de despensa. Hizo un gesto de saludo a Broadmoor.

—Me alegro de verte, Mason. Llegas justo a tiempo. Sólo nos quedaban un par de cajas de bacalao.

—Traemos el pescado suficiente para que a tus hombres les salgan escamas. —Broadmoor se volvió hacia Pitt y, en voz baja, le dijo—: Dave Anderson, el jefe de cocina de los mineros. Es un buen tipo, pero le gusta demasiado la cerveza.

—La puerta del congelador está abierta —dijo Anderson—. Tened cuidado al almacenar las cajas. La última vez mezclasteis el salmón con la platija y me fastidiasteis el menú.

—Te traje un regalito. Cincuenta kilos de bistecs de alce.

—Eres buena gente, Mason. Gracias a ti, no tengo que comprar pescado congelado en el continente —dijo con una amplia sonrisa—. Cuando acabéis con las cajas, id al comedor. Mis chicos tendrán listo el desayuno para tus hombres. En cuanto haga inventario de la carga, te extenderé un cheque.

Cuando acabaron de colocar las cajas de pescado en el congelador, los pescadores, seguidos por Pitt, se dirigieron al comedor, donde reinaba una cálida temperatura. Fueron pasando por el mostrador, y les sirvieron huevos, salchichas y tortitas. Mientras cada uno de ellos se servía café de una enorme cafetera, los cuatro guardas conversaban bajo una nube de humo de tabaco junto a la puerta. En el comedor había casi un centenar de mineros chinos que habían terminado el turno de noche. Diez hombres, que Pitt supuso que serían ingenieros y superintendentes, estaban sentados en un pequeño comedor privado, algo apartado.

—¿Cuál de ellos es el empleado descontento? —preguntó a Broadmoor.

Broadmoor señaló con un movimiento de cabeza la puerta que conducía a la cocina.

—Te está aguardando fuera, junto a los contenedores de basura.

Pitt miró con extrañeza al indio.

—¿Cómo te pusiste de acuerdo con él?

Broadmoor sonrió enigmáticamente.

—Los haidas tenemos medios de comunicación en los que no son necesarias las palabras.

Pitt no hizo más preguntas, pues no era el momento oportuno. Sin quitar ojo a los guardas, se dirigió con toda naturalidad a la cocina y pasó por entre los hornos y las pilas de comida en dirección a la puerta trasera, sin que ninguno de los cocineros y pinches alzara la vista. Abrió la puerta, bajó por unos escalones y llegó junto a los contenedores de basura que apestaban el aire fresco de un olor a vegetales descompuestos.

Permaneció quieto, aguantando el frío, sin saber muy bien qué esperaba.

Por detrás de un contenedor asomó la alta figura de un hombre vestido con un mono amarillo. Tenía la parte inferior de los pantalones manchada por un extraño ceno azul. Llevaba la cabeza cubierta con un casco de minero y el rostro oculto por una máscara de protección contra gases tóxicos. Apareció con un bulto bajo el brazo.

—Creo que está usted interesado en el funcionamiento de nuestra mina —dijo en voz baja.

—Sí. Me llamo...

—Los nombres no importan. Si tiene usted que regresar a la isla con los pescadores, no disponemos de mucho tiempo. —Sacó del bulto un mono de trabajo, una máscara y un casco, y se lo dio a Pitt—. Póngase esto y sígame.

Pitt obedeció sin decir nada, seguro de que no se trataba de una trampa. Los guardas de seguridad podrían haberlo detenido en cualquier momento desde que puso pie en el muelle. Cerró la cremallera de la parte delantera del mono, se ajustó el barboquejo del casco y la máscara y echó a andar tras el hombre que, según esperaba Pitt, le mostraría de dónde procedía el azote que había causado tantas muertes.

Pitt siguió al enigmático ingeniero de minas por un camino, hasta el interior de un moderno edificio prefabricado donde una serie de elevadores transportaban a los trabajadores hasta las excavaciones. Los dos más grandes estaban destinados a los mineros chinos, pero el más pequeño, situado en un extremo, era el que usaban los jefes. Las máquinas de los ascensores eran el último grito tecnológico de la fábrica Otis. El ascensor descendió con suavidad, sin ruido, ni sensación de caída.

—¿Cuánto estamos bajando? —preguntó Pitt con la voz amortiguada por la máscara.

—Quinientos metros —replicó el minero.

—¿Por qué son necesarias estas máscaras?

—Cuando en un pasado remoto el volcán en el que nos encontramos hizo erupción, llenó la isla Kunghit de piedra pómez. Las vibraciones causadas por las excavaciones levantan un polvo de esa espuma de lava que destroza los pulmones.

—¿Es ése el único motivo? —preguntó Pitt, sospechando que había otra causa.

—No —contestó el ingeniero con honestidad—. No quiero que vea mi cara. De ese modo, si los de seguridad recelan, podré pasar la prueba del detector de mentiras que el jefe de seguridad aplica con la misma frecuencia con que un médico efectúa un análisis de orina.

—*Lindo John Merchant* —dijo Pitt sonriente.

—¿Conoce usted a John?

—Nos hemos visto.

El hombre aceptó la declaración de Pitt sin hacer comentarios.

Al acercarse al final del descenso, Pitt notó un extraño zumbido en los oídos. Antes de que tuviera oportunidad de preguntar de qué se trataba, las puertas se abrieron. Su acompañante lo condujo por un conducto minero hasta una plataforma abierta de observación situada cincuenta metros por encima de la enorme cámara de excavación. El equipo del fondo del pozo no era el que habitualmente existía en las minas. No había vagonetas llenas de mineral deslizándose sobre raíles, ni tampoco taladros, explosivos o grandes vehículos excavadores. Era una organización bien financiada y cuidadosamente diseñada y organizada, dirigida por ordenadores que manipulaban un pequeño grupo de hombres. La única máquina en funcionamiento que se veía era el enorme puente con cables y cangilones que transportaba la tierra azul en la que se encontraban los diamantes hasta los edificios de la superficie en los que se efectuaba la extracción de las piedras.

El ingeniero se volvió y Pitt pudo ver sus ojos verdes por encima de la mascarilla.

—Mason no me ha dicho quién es usted ni a quién representa, aunque tampoco quiero saberlo. Sólo me ha dicho que está intentando localizar un canal de

vibraciones sonoras que viaja bajo el agua y cuyos efectos son letales.

—Es cierto. Ejemplares de diferentes especies marinas y cientos de personas han muerto misteriosamente en alta mar y en las costas.

—¿Cree que el sonido se origina aquí?

—Tengo motivos para pensar que la mina de la isla Kunghit es una de las cuatro fuentes de ese sonido.

El ingeniero asintió con la cabeza.

—Komandarskie en el mar de Bering, la isla de Pascua y la Gladiator en el mar de Tasmania son las otras tres.

—¿Lo sabe o lo supone?

—Lo sé. En todas ellas se utiliza el mismo equipo de excavación por impulsos ultrasónicos que tenemos aquí. —El ingeniero señaló el pozo abierto—. Antes cavábamos pozos para localizar las concentraciones de diamantes, de modo muy similar a como los mineros siguen una veta aurífera. Pero los científicos e ingenieros de Dorsett descubrieron un sistema de excavación que producía cuatro veces más en un tercio del tiempo, así pues, abandonamos de inmediato los viejos métodos.

Pitt se apoyó en la barandilla y contempló la actividad del pozo. Grandes vehículos robot introducían en la tierra azul pértigas metálicas de gran longitud que producían extrañas vibraciones que recorrían el cuerpo de Pitt desde los pies hasta la cabeza. Dirigió una mirada inquisitiva al ingeniero.

—Los impulsos ultrasónicos de alta frecuencia desintegran la roca diamantífera y la arcilla. —El ingeniero hizo una pausa para señalar una gran estructura de hormigón sin ventanas—. ¿Ve ese edificio en el lado sur del pozo?

Pitt movió la cabeza en un gesto de afirmación.

—Es un generador nuclear. Se necesita una energía muy potente para producir los entre diez y veinte impulsos sónicos de alta frecuencia por segundo necesarios para penetrar en la durísima arcilla y desintegrarla.

—Ése es el quid del problema.

—¿A qué se refiere? —preguntó el ingeniero.

—El sonido generado por el equipo excavador llega hasta el mar. Cuando converge con las ondas procedentes de las otras minas Dorsett del Pacífico, su intensidad aumenta y puede exterminar la vida animal de un amplio radio de la zona de convergencia.

—Ése es un concepto interesante, aunque sólo hasta cierto punto. A su rompecabezas le falta una pieza.

—¿Acaso mi teoría no le parece verosímil?

El ingeniero negó con la cabeza.

—Por sí misma, la energía sónica que se produce ahí abajo no podría matar ni a una sardina situada a tres kilómetros de aquí. El equipo de perforación ultrasónica

utiliza ondas de sonido cuyas frecuencias acústicas son de entre sesenta y ochenta mil hertzios por segundo. Antes de que puedan recorrer una distancia considerable, las frecuencias son absorbidas por las sales marinas.

Pitt escrutó al ingeniero, intentando averiguar algo más sobre él, pero sólo podía verle los ojos y unos mechones de cabello gris asomando bajo el casco; eso y que era de su misma altura, aunque con unos diez kilos más que él, era todo lo que podía discernir.

—¿Cómo sé que no intenta usted despistarme?

Pitt no pudo ver la sonrisa que ocultaba la máscara de protección, pero la adivinó.

—Acompáñeme —dijo el ingeniero—. Le enseñaré la solución del enigma. —Volvió a meterse en el ascensor, pero antes de oprimir el botón del panel ofreció a Pitt un casco de espuma acústica—. Quítese el que lleva y póngase éste. Ajústese bien, para evitar los posibles vértigos. Lleva aplicado un transmisor-receptor, así que podremos seguir hablando.

—¿Adónde vamos? —preguntó Pitt.

—A un túnel de exploración socavado por debajo del pozo principal, para examinar los depósitos de piedras más grandes.

Se abrieron las puertas y entraron en un túnel de mina abierto en la roca volcánica y apuntalado con maderos gruesos. Involuntariamente, Pitt alzó las manos y se las apretó contra las sienas. Aunque los sonidos estaban amortiguados, notaba una extraña sensación en los tímpanos.

—¿Me oye bien? —preguntó el ingeniero.

—Sí, le oigo, pero escucho una especie de zumbido de fondo —contestó Pitt a través del pequeño micrófono.

—Ya se acostumbrará.

—¿Cuál es la fuente de ese ruido?

—Sígame cien metros y le mostraré la pieza que falta en su rompecabezas.

Pitt siguió los pasos del ingeniero hasta que llegaron a un túnel lateral que carecía de puntales. La roca volcánica era suave y lisa. Daba la sensación de que una inmensa fresadora la había pulido.

—Esto es un cañón Thurston de lava —dijo Pitt—. Ya los había visto en Hawai.

—Algunas clases de lava, como por ejemplo ésta, de composición basáltica, forman pequeños regueros llamados *pahoehoe* que fluyen lateralmente y cuyas superficies son lisas —explicó el ingeniero—. Cuando la lava más próxima a la superficie se enfría, la del interior, aún caliente, sigue fluyendo hasta abrirse paso al exterior, dejando tras de sí cámaras vacías o cañones. Son estas bolsas de aire las que resuenan a causa de las ondas ultrasónicas producidas por el equipo perforador de arriba.

—¿Qué pasaría si me quitara el casco?

—Hágalo, pero no le gustarán las consecuencias —dijo el ingeniero encogiéndose de hombros.

Pitt se quitó el casco de espuma acústica. De inmediato se sintió desorientado y tuvo que apoyarse en la pared del cañón para no perder el equilibrio. Después sintió náuseas. El ingeniero se acercó a él y volvió a ponerle el casco. Luego rodeó a Pitt por la cintura para ayudarlo a mantenerse en pie.

—¿Satisfecho? —preguntó.

El vértigo y las náuseas se disiparon rápidamente. Pitt suspiró profundamente.

—Tenía que probarlo. Ahora me hago una pequeña idea de lo que esa pobre gente sufrió antes de morir.

El ingeniero lo condujo hasta el ascensor.

—No es una experiencia agradable, y cuanto más abajo excavamos, los síntomas se hacen más graves. En una ocasión anduve por aquí sin protegerme los oídos, y el dolor de cabeza me duró una semana.

Mientras el ascensor subía, Pitt se recuperó, aunque siguió sintiendo un ligero zumbido en los oídos. Ahora lo entendía todo: conocía la fuente original de las ondas sónicas, sabía cómo se producía la destrucción y cómo detenerla, y todo ello le hizo sentirse eufórico.

—Ya comprendo. Las cámaras de aire que hay en la lava resuenan e irradian los impulsos sónicos de alta intensidad a través de la roca hasta el mar, produciendo un increíble estallido energético.

—En efecto. —El ingeniero se quitó el casco y se mesó su escaso cabello cano—. La resonancia sumada a la intensa vibración sónica crea una fuerza energética tan potente que puede matar.

—¿Por qué arriesga usted su empleo, y quizá su vida, contándome todo esto?

Pitt vio la ira relucir en los ojos del ingeniero, que hundió las manos en los bolsillos del mono y dijo:

—No me gusta trabajar para gente de la que no me fío. Los hombres como Arthur Dorsett sólo sirven para crear conflictos y tragedias, y si alguna vez se encuentra usted con él, comprobará que no miento. Esta operación minera, lo mismo que todas las que ha hecho en su vida, apesta. Obligan a trabajar a los pobres obreros chinos hasta que revientan. Reciben una buena alimentación, pero no cobran nada y tienen que pasarse dieciocho horas diarias en el pozo. En los últimos doce meses han muerto veinte obreros; los hombres, demasiado cansados, no tomaron las precauciones necesarias y fueron aplastados por la maquinaria. ¿Por qué demonios es necesario sacar diamantes durante veinticuatro horas al día, si en todo el mundo existen excedentes de estas malditas piedras? La De Beers encabeza un monopolio repugnante, pero eficaz. Mantienen baja la producción a fin de que los precios sigan altos... Dorsett tiene algún maldito plan para derrumbar el mercado. Daría un año de

paga por averiguar qué proyectos alberga su diabólica mente. Es preciso que alguien como usted, que comprende el horror que estamos produciendo aquí, pueda actuar y evitar con ello que Dorsett asesine a otro centenar de personas inocentes.

—¿Por qué no denuncia usted a las autoridades lo que ocurre aquí? —preguntó Pitt.

—Eso es más fácil de decir que de hacer. Todos los científicos e ingenieros que dirigimos la excavación firmamos contratos de hierro. Si no hay resultados, no se cobra. Si pusiéramos una demanda, los abogados de Dorsett levantarían una pantalla de humo tan densa que no podríamos perforarla ni con un láser. O, lo que sería igualmente malo, si la policía montada se enterase de las muertes de los trabajadores clandestinos chinos, Dorsett alegaría ignorancia y se ocuparía de que todos nosotros fuéramos procesados por conspiración. De todas maneras, está previsto que abandonemos la isla dentro de cuatro semanas. Tenemos orden de clausurar las instalaciones una semana antes. Sólo entonces cobraremos y podremos irnos.

—¿Y por qué no se montan en un barco y se marchan ya?

—Eso pensábamos hacer, hasta que el superintendente puso en práctica el plan —dijo lentamente el ingeniero—. Según las cartas que nos envió su esposa, el hombre nunca regresó a casa, ni nadie volvió a verlo.

—Dorsett no se anda con bromas.

—Es tan implacable como un traficante en drogas centroamericano.

—¿Por qué piensa clausurar la mina si aún no está agotada?

—No tengo idea. Dorsett es quien fija las fechas. Evidentemente, tiene un plan que no desea compartir con sus empleados.

—¿Por qué está tan seguro Dorsett de que cuando ustedes lleguen a sus casas no hablarán?

—No es ningún secreto que, si alguno de nosotros se va de la lengua, acabaremos todos en la cárcel.

—¿Y los trabajadores chinos?

El hombre miró a Pitt con ojos inexpresivos.

—Sospecho que se quedarán dentro de la mina.

—¿Enterrados?

—Dorsett es capaz de darles esa orden a sus esbirros, y éstos la cumplirían sin pestañear.

—¿Conoce usted a Dorsett? —preguntó Pitt.

—Lo vi una vez y tuve más que suficiente. Su hija, la Castradora, es tan mala como él.

—Boudicca. —Pitt sonrió—. ¿La llaman la Castradora?

—Es una mujer fuerte como un buey —dijo el ingeniero—. La he visto levantar en vilo con un solo brazo a un hombre.

Antes de que Pitt pudiera hacer más preguntas, el ascensor llegó a la superficie y se detuvo. Seguido por Pitt, el ingeniero salió al rellano de los ascensores y luego al exterior, donde permaneció un momento con la mirada fija en una camioneta Ford que pasaba en esos momentos. Pitt dobló la esquina del comedor tras él y ambos llegaron a los contenedores de basura.

—El equipo que lleva pertenece a un ingeniero que está con gripe —dijo señalando el mono de trabajo que llevaba Pitt—. Tengo que devolverlo antes de que note su desaparición y comience a hacer preguntas.

—Estupendo —murmuró Pitt—, probablemente, su máscara estaba llena de gérmenes.

—Sus amigos indios han regresado a los barcos. —El ingeniero señaló hacia el andén de carga del almacén de comida—. La camioneta que pasó hace un momento frente al edificio de los ascensores era un vehículo de transporte de personal. Regresará en un par de minutos. Hágale una señal al conductor y pídale que lo lleve al otro lado del túnel.

—¿Y si me preguntan por qué me separé de mis compañeros? —preguntó Pitt mirando al viejo ingeniero.

Éste sacó papel y lápiz de un bolsillo de su mono de trabajo y escribió una nota. Arrancó la hoja de papel, la dobló y se la entregó a Pitt.

—Dele esto. Le servirá de salvoconducto. Debo regresar a mi trabajo antes de que los matones de *Lindo John* comiencen a hacer preguntas.

Pitt le estrechó la mano.

—Le agradezco su ayuda. Ha corrido usted un riesgo enorme revelando los secretos de la Dorsett Consolidated a un extraño.

—Cualquier riesgo que yo corra es pequeño si con él se evitan más muertes de personas inocentes.

—Buena suerte —dijo Pitt.

—Lo mismo le deseo. —El ingeniero comenzó a alejarse, pero recordó algo y se acercó de nuevo a Pitt—. Otra cosa, es simple curiosidad. El otro día vi que el helicóptero armado de Dorsett despegaba detrás de un hidroavión, pero el aparato no regresó.

—Ya —dijo Pitt—. Se estrelló contra un monte y ardió.

—¿Cómo lo sabe?

—Yo iba en el hidroavión.

El ingeniero lo miró con extrañeza.

—¿Qué fue de Malcolm Stokes?

De pronto Pitt comprendió que se encontraba frente al colaborador infiltrado del que le había hablado Stokes.

—Un fragmento de metal le perforó el pulmón, pero vivirá para disfrutar de su



pensión,

—Me alegro. Malcolm es un buen hombre y tiene una hermosa familia.

—Esposa y cinco hijos —dijo Pitt—. Me lo contó después de estrellarnos.

—Así que, apenas salvó usted el pellejo, volvió a la línea de fuego, ¿no?

—No fue muy sensato por mi parte, ¿verdad?

El ingeniero sonrió.

—No, supongo que no. —El hombre dio media vuelta, se encaminó al edificio de los ascensores y desapareció.

Cinco minutos más tarde apareció la camioneta y Pitt le hizo una señal para que se detuviese. El conductor, con uniforme de guarda de seguridad, miró con cierto recelo a Pitt.

—¿De dónde sales tú? —preguntó.

Encogiéndose de hombros, Pitt le tendió la nota doblada, sin decir una palabra. El conductor la leyó y luego la tiró al suelo.

—Muy bien, monta. Te dejaré al otro lado del túnel, frente al puesto de seguridad.

El chofer cerró la puerta y puso la camioneta en marcha. Pitt se acomodó tras él, pero antes se agachó para recoger del suelo la nota arrugada y la leyó: «Este pescador haida se encontraba en el baño y sus compañeros, sin darse cuenta, lo dejaron atrás. Ruego lo conduzcan al muelle antes de que la flota pesquera se marche. C. Cussler. Capataz jefe».

El conductor detuvo la camioneta ante el puesto de control, donde, por segunda vez esa mañana, Pitt fue sometido a una exploración por rayos X. Al concluir, el médico encargado del registro anatómico hizo un gesto de asentimiento y, ahogando un bostezo, dijo:

—No, tú no llevas diamantes, muchachote.

—¿Para qué los quiero? —murmuró Pitt—. Las piedras no se comen. Son la maldición del hombre blanco. Los indios no se matan entre sí por diamantes.

—Te retrasaste, ¿no? Tus compañeros pasaron por aquí hace veinte minutos.

—Me quedé dormido —dijo Pitt, poniéndose apresuradamente la ropa.

Salió a toda prisa, corrió por el muelle y se detuvo a unos cincuenta metros del borde del agua. De pronto se sintió presa de la preocupación y la alarma. La flota pesquera haida se encontraba ya a unos cinco kilómetros canal adentro. Estaba solo y sin ningún sitio al que ir.

Un gran carguero fondeado al otro lado del muelle, frente al yate de Dorsett, estaba terminando de descargar. Pitt sorteó los grandes contenedores que estaban siendo sacados de las bodegas del barco por una rampa de madera e, intentando pasar inadvertido entre el ajetreo de las maniobras, avanzó hacia la pasarela, para poder subir al buque. Puso una mano en la barandilla y un pie en el primer peldaño, pero no pudo ir más lejos.

—Quietecíto, pescador —dijo una voz tranquila tras él—. Parece que perdiste tu barco, ¿no?

Lentamente, Pitt se volvió hacia atrás y quedó helado, con los latidos del corazón acelerados, al ver al sádico Crutcher recostado contra un embalaje que contenía una gran bomba hidráulica fumando con indiferencia la colilla de un cigarro. Junto a él había un guarda apuntándolo con su fusil de asalto M-1. Era el hombre de seguridad al que Pitt había golpeado en el despacho de Merchant. El corazón de Pitt volvió a acelerarse cuando el propio *Lindo John Merchant* apareció tras el guarda y quedó mirando a Pitt con la fría autoridad de quien tiene las vidas de muchos hombres en la palma de la mano.

—Vaya, señor Pitt, parece que es usted un hombre muy testarudo.

—En cuanto subió a la camioneta, lo reconocí —dijo sonriendo el guarda. Luego avanzó hacia Pitt y le golpeó en el estómago con el cañón del fusil—. Esto es por sacudirme a traición.

Pitt, sobrecogido por el dolor, se dobló hacia adelante. El golpe no le provocó ninguna herida interna, pero lo dejó sin aliento por unos momentos. Alzó la vista hacia el sonriente guarda y dijo entre dientes:

—Escoria social, eso es lo que eres.

El hombre alzó el fusil para golpearlo de nuevo, pero Merchant se lo impidió.

—Basta ya, Elmo. Cuando nos explique el porqué de sus insistentes intrusiones podrás entretenerme con él. —Se volvió hacia Pitt y, cambiando de tono, añadió—: Disculpe a Elmo. Tiene la costumbre de golpear a la gente en que no confía.

Pitt pensó desesperadamente en encontrar un modo de escapar. Pero las únicas salidas eran saltar al agua helada y fallecer por hipotermia, o —y eso era lo más probable— ser convertido en picadillo para los peces por el fusil automático de Elmo.

—Tiene usted una gran imaginación si cree que yo soy una amenaza para la Dorsett —murmuró Pitt a Merchant, intentando ganar tiempo.

Con parsimonia, Merchant sacó un cigarrillo de una pitillera de oro y lo encendió con un encendedor a juego.

—Desde la última vez que nos vimos he averiguado muchas cosas sobre usted, señor Pitt. Decir que supone una amenaza para sus adversarios es decir muy poco. No se ha metido usted subrepticamente en las propiedades Dorsett para estudiar los peces ni las algas. Está usted aquí con un propósito mucho más tenebroso. Espero que nos explicará su presencia aquí con todo detalle, sin que tengamos que presenciar prolongadas y melodramáticas resistencias.

—Lamento defraudarlo —dijo Pitt, respirando entrecortadamente—. Me temo que no tendrá usted tiempo de realizar uno de sus sórdidos interrogatorios.

Merchant no era fácil de engañar, pero sabía que Pitt no era un ladrón de diamantes de tres al cuarto. El no ver miedo en los ojos de su víctima, lo alarmaba bastante; Pitt le inspiraba una mezcla de curiosidad e inquietud.

—La verdad es que esperaba de usted algo más que una baladronada barata.

Pitt alzó la vista y escrutó los cielos.

—En cualquier momento aparecerá una escuadrilla de cazas con misiles del portaaviones *Nimitz*.

—¿Pretende que me crea que el funcionario de una oscura agencia del gobierno tiene el suficiente poder para ordenar un ataque contra suelo canadiense? ¿Me toma por un idiota?

—Acierta usted en lo que dice de mí —replicó Pitt—. Pero mi jefe, el almirante James Sandecker, tiene poder e influencia suficientes para ordenar un ataque aéreo.

Por un instante, lo que dura un parpadeo, Pitt pensó que Merchant iba a picar. La sombra de la duda cruzó por el rostro del jefe de seguridad. Luego sonrió malévolamente, avanzó un paso y, con la mano enguantada, golpeó en la boca a Pitt, que trastabilló hacia atrás y notó el sabor de la sangre.

—Correré el riesgo —dijo secamente Merchant. Con una expresión de desagrado, se limpió del guante una mancha de sangre—. Déjese de historias. A partir de ahora, usted sólo hablará para responder a mis preguntas. —Se volvió hacia Crutcher y Elmo—. Llévalo a mi oficina. Continuaremos charlando allí.

Crutcher empujó a Pitt y lo mandó dando traspiés hacia el otro lado del muelle.

—Creo que iremos a su oficina andando en lugar de en coche, señor. A nuestro entrometido amigo le vendrá bien un poco de ejercicio...

—¡Quietos todos! —ordenó una autoritaria voz desde la cubierta del yate. Boudicca Dorsett, apoyada en la barandilla, había estado observando la escena del muelle. Llevaba una chaqueta de lana encima de un suéter de cuello alto y una falda corta plisada, medias blancas y botas de montar de piel. Se echó hacia atrás el cabello, y señaló la escalerilla que iba del muelle a la cubierta de paseo del yate—. Suban a bordo al intruso.

Merchant y Crutcher intercambiaron miradas de indulgencia e hicieron subir a Pitt a bordo. Elmo lo empujó con la culata del fusil y lo obligó a franquear una puerta de teca que se abría al salón principal de la embarcación.

Boudicca se hallaba recostada en el borde de un escritorio de base de madera, con un tablero de mármol italiano. Tenía la falda subida hasta la mitad del muslo. Era una mujer robusta, de movimientos poco femeninos, aunque exudaba sensualidad y la rodeaba una inconfundible aura de riqueza y refinamiento. Acostumbrada a intimidar a los hombres, frunció el entrecejo al advertir que Pitt la miraba fijamente y con curiosidad, como si ella fuese un bicho raro. Sin embargo, pensó que la actuación de la mujer era apabullante, y hubiera impresionado y acobardado a la mayoría de los hombres. Merchant, Crutcher y Elmo no podían apartar los ojos de ella. Pero Pitt se negó a seguirle el juego, e ignoró los encantos de la mujer, centrando su atención en el lujoso mobiliario del salón del yate.

—Esto está realmente bonito —dijo impasible.

—¡Cierra la boca delante de la señorita Dorsett! —le espetó Elmo, alzando la culata de su arma para golpearlo de nuevo.

Pitt giró sobre sus talones, apartó de un golpe el fusil y, con la otra mano, asestó un puñetazo en el abdomen de Elmo, justo por encima de la ingle. Éste lanzó un gruñido de dolor e ira, se dobló hacia adelante y soltó el fusil para agarrarse con las manos la parte golpeada.

Antes de que nadie pudiera reaccionar, Pitt se inclinó, recogió el fusil de la alfombra y, tranquilamente, le entregó el arma al estupefacto Merchant.

—Estoy harto de que este cretino me utilice para satisfacer su sadismo. Haga el favor de mantenerlo bajo control. —Luego, volviéndose hacia Boudicca, añadió—: Aunque comprendo que es temprano, me vendría bien una copa. ¿Hay tequila a bordo de este palacete flotante?

Boudicca permanecía imperturbable, pero miró a Pitt con renovada curiosidad.

—¿Quién es este hombre? —preguntó a Merchant.

—Ha llegado a la isla haciéndose pasar por un pescador indio. Pero es un agente norteamericano.

—¿Y qué trata de encontrar en la mina?

—Cuando usted nos llamó, lo llevaba a mi oficina para averiguarlo —replicó Merchant.

La mujer se enderezó. Era más alta que los hombres que había con ella en el salón. Miró con sus fríos ojos a Pitt y dijo con una voz grave y sensual:

—Tenga la bondad de decirme su nombre y contarme qué le trae por aquí.

—Se llama... —comenzó a decir Merchant.

—Quiero que sea *él* quien me lo diga —lo interrumpió Boudicca.

Sin hacer caso de la pregunta y sosteniendo la mirada de la mujer, Pitt contestó:

—Así que es usted Boudicca Dorsett. Al fin las conozco a las tres.

Ella miró fijamente a Pitt.

—¿A qué tres? —preguntó.

—A las encantadoras hijas de Arthur Dorsett —replicó Pitt.

A Boudicca no le gustaba que jugasen con ella. Se abalanzó sobre Pitt, lo agarró con fuerza por los hombros y lo empujó contra una pared del salón. Los negros ojos de la gigante, fijos en los de Pitt, carecían de expresión. No dijo nada, se limitó a ir aumentando la presión y a empujar hacia arriba, hasta que los pies de Pitt casi dejaron de tocar la alfombra. Pitt resistió tensando el cuerpo y flexionando los bíceps. Sentía como si tuviera los brazos atrapados en un cepo. Le parecía imposible que nadie tuviera tanta fuerza, y más imposible aún tratándose de una mujer. Tuvo la sensación de que sus músculos estaban siendo reducidos a pulpa. Para combatir el creciente dolor, encajó las mandíbulas y apretó los sangrantes labios. Cuando el estrangulamiento del flujo sanguíneo comenzaba a blanquearle las manos, Boudicca lo soltó al fin y se retiró.

—Ahora, si no quiere que lo estrangule, dígame quién es usted y por qué se ha metido en una mina de mi familia.

Pitt tardó casi un minuto en contestar, dando tiempo a que el dolor pasara y a que sus brazos recuperasen la sensibilidad. Estaba asombrado por la fuerza sobrehumana de esa mujer.

—Bonita forma de tratar al hombre que rescató a sus hermanas de una muerte segura —murmuró finalmente.

Boudicca alzó las cejas, desconcertada e inquisitiva.

—¿A qué se refiere? ¿De qué conoce usted a mis hermanas?

—Me llamo Dirk Pitt. Mis amigos y yo salvamos a Maeve de morir congelada y a Deirdre de ahogarse en el Antártico.

—¿Usted? ¿Es usted el hombre de la Agencia Nacional de Investigaciones Marinas?

—El mismo. —Pitt se acercó a un elegante bar con mostrador de cobre y cogió una servilleta de papel para restañarse la sangre que le brotaba de un corte en el labio.

Merchant y Crutcher parecían anonadados, como si hubieran apostado todos sus ahorros a un caballo y éste hubiera llegado el último a la meta.

—Está mintiendo —dijo Merchant a Boudicca.

—¿Quiere que las describa con detalle? —preguntó Pitt indiferente—. Maeve es alta, rubia, con unos increíbles ojos azules... —Hizo una pausa para señalar el retrato de una joven rubia que llevaba un vestido antiguo y un diamante del tamaño de un huevo de codorniz colgado del cuello—. Ese retrato es de ella.

—Frío, frío... —dijo con una sonrisa afectada Boudicca—. Es el retrato de la madre de mi tatarabuela.

—Da lo mismo —dijo Pitt, simulando indiferencia y sin apartar los ojos de la que parecía una doble de Maeve—. Deirdre, por otra parte, tiene los ojos pardos, es pelirroja y camina como una modelo de alta costura.

Tras un largo silencio, Boudicca admitió:

—Parece que es usted quien dice.

—Eso no explica su presencia aquí —insistió Merchant.

—Ya se lo expliqué en nuestra última charla —dijo Pitt—. Vine a estudiar los efectos de los productos químicos contaminantes que fluyen al mar desde la mina.

—Bonita historia, pero falsa —contestó Merchant, sin dejar de sonreír. La mente de Pitt no paraba de trabajar. Se enfrentaba a gente peligrosa, astuta y sin escrúpulos. Hasta el momento, había ido improvisando y estudiando cómo reaccionaban a sus palabras. Sin embargo, sabía que Boudicca descubriría pronto su juego. Era inevitable. La mujer tenía piezas suficientes para completar el rompecabezas. Pitt decidió que si decía la verdad dominaría mejor la situación.

—Muy bien, si así lo quieren, seré sincero. Estoy aquí porque los ultrasonidos que utilizan para las excavaciones de diamantes causan una intensa resonancia que se transmite a grandes distancias bajo el mar. Cuando las condiciones submarinas son óptimas, las ondas sónicas provenientes de las diferentes minas que tienen en el Pacífico convergen en una zona y matan a todos los organismos vivos que se hallan en ella. Pero no estoy diciendo nada que usted no sepa.

Sus palabras sorprendieron a Boudicca, que miró a Pitt como si éste acabara de salir de una nave extraterrestre. Con vacilante voz, dijo:

—Es indudable que sabe usted actuar —dijo, algo insegura—. Debió dedicarse al cine.

—Consideraré la idea —dijo Pitt—. Lo malo es que no tengo el talento de James Woods ni la pinta de Mel Gibson. —En un estante del bar descubrió una botella de tequila Herradura y se sirvió un trago. También encontró un limón y un salero. Mientras Boudicca y los otros lo observaban, se echó sal entre el pulgar y el índice. Luego apuró el tequila, lamió la sal y chupó el limón—. Bueno, con esto me siento capaz de enfrentarme a lo que queda del día. Como decía, usted sabe mucho más que

yo de los horrores del azote de ondas sónicas que estuvo a punto de matar a sus dos hermanas, señorita Dorsett, así que sería estúpido por mi parte seguirle dando detalles.

—No tengo la más remota idea de lo que me habla. —Boudicca se volvió hacia Merchant y Crutcher—. Este hombre es peligroso y constituye un riesgo para la Dorsett Consolidated Mining. Sáquenlo de aquí y hagan con él lo que consideren necesario para que no nos vuelva a molestar.

Pitt decidió arriesgarse a efectuar una última jugada.

—Garret Converse, el actor, y su junco chino, el *Tz'u-shi*. El mago David Copperfield admiraría la forma en que usted hizo desaparecer a Converse, su tripulación y su barco. —Se produjo la reacción esperada. La seguridad y la arrogancia de Boudicca se desvanecieron.

De pronto, la mujer parecía perdida. Pitt continuó:

—Seguro que no ha olvidado usted el *Mentawai*. Eso fue una chapuza. Calcularon ustedes mal el momento de la explosión e hicieron volar también al grupo de abordaje del *Río Grande* que estaba investigando lo que había sucedido con el *Mentawai*. Desgraciadamente para usted, alguien vio y, posteriormente, identificó su yate cuando abandonaba la escena del delito.

—Un relato de lo más intrigante. —Boudicca lo dijo desdeñosamente, aunque no pudo disimular la preocupación que le habían producido las palabras de Pitt—. Apasionante. ¿Ha acabado ya, señor Pitt, o tiene algo más que añadir?

—El final de la historia aún no está escrito —contestó él—. Sin embargo, me arriesgaría a decir que muy pronto, de la Dorsett Consolidated Mining Limited, no quedará más que el recuerdo.

Había ido demasiado lejos. Boudicca dejó de dominarse. Presa de la ira, se acercó a Pitt con el rostro crispado y dijo:

—Nadie detendrá a mi padre. Ninguna agencia legal, ni ningún gobierno. Desde luego, no en los próximos veintisiete días. Pasado ese tiempo, nosotros mismos clausuraremos las minas.

—¿Por qué no lo hacen ahora, y salvan sabe Dios cuántas vidas?

—No lo haremos ni un minuto antes de estar listos.

—Listos, ¿para qué?

—Lástima que no le pueda preguntar eso a Maeve.

—¿Por qué a Maeve?

—Según me ha dicho Deirdre, Maeve se hizo muy amiga del hombre que la salvó.

—Ella está en Australia —dijo Pitt.

Boudicca movió la cabeza y mostró los dientes en una gélida sonrisa.

—Maeve se encuentra en Washington. Nuestro padre la ha convencido para que

trabaje para nosotros y nos haga saber toda la información que la ANIM posee acerca de las ondas sónicas. Para evitar problemas, no hay como tener a alguien de la familia en el campo enemigo.

—La juzgué mal —dijo Pitt—. Me hizo creer que proteger la vida marina era su trabajo y su gran vocación.

—Su indignación moral se disolvió como un azucarillo cuando se enteró de que mi padre tenía a sus hijos en su poder.

—Quiere decir que los tiene como rehenes. —La niebla comenzaba a disiparse. Pitt entendió que Arthur Dorsett no era sólo un hombre codicioso, sino también un asesino sin escrúpulos capaz de utilizar a su propia familia para llevar a cabo sus planes.

Boudicca no hizo caso del comentario de Pitt, e hizo una señal a John Merchant.

—Es suyo. Deshágase de él como le parezca.

—Antes de enterrarlo con los otros —dijo Crutcher, relamiéndose los labios—, lo convenceremos de que nos cuente todos los detalles que haya pretendido ocultarnos.

—Así que primero me torturarán y luego me ejecutarán —dijo Pitt, simulando indiferencia. Se sirvió otro trago de tequila mientras su cerebro creaba y desechaba una docena de inútiles planes de fuga.

—Usted mismo se condenó al venir aquí —dijo Boudicca—. Si, como dice, los de la ANIM estuvieran seguros de que nuestras operaciones mineras son las responsables de enviar mortíferas ondas sónicas a través del océano, no habría habido necesidad de que usted viniera a espiar lo que ocurre en nuestras propiedades. La verdad es que se ha enterado de las respuestas hace menos de una hora, y aún no ha podido contárselas a sus superiores en Washington. Lo felicito, señor Pitt. Entrar en la mina sorteando nuestros sistemas de seguridad fue una jugada maestra. Pero no pudo usted hacerlo solo. En cuanto el señor Merchant le dé un pequeño repaso, nos contará usted su secreto con todo detalle.

«Me ha pillado», pensó Pitt, sintiéndose derrotado.

—Espero que no se olvide de saludar de mi parte a Maeve y a Deirdre —dijo.

—Conociendo a mis hermanas, estoy segura que ninguna se acordará ya de usted.

—Tal vez Deirdre lo haya hecho, pero Maeve, no. Ahora que las conozco a las tres, creo que ella es la mejor de todas.

A Pitt le sorprendió ver el odio que relucía en los ojos de Boudicca.

—Maeve es una renegada. Nunca se ha sentido un miembro de nuestra familia.

Pitt mostró su habitual sonrisa, burlona y retadora.

—Lo comprendo perfectamente.

Boudicca se puso en pie. Los tacones de sus botas la hacían parecer aún más alta. Miró a Pitt, furiosa por la risueña expresión de sus ojos verdes.

—Cuando clausuremos la mina, Maeve y sus bastardos habrán desaparecido. —



Dio media vuelta y miró a Merchant con ojos llameantes—. Saquen a esta basura de mi barco —dijo—. No quiero volver a verlo.

—Muy bien, señorita Dorsett —dijo Merchant, e indicó a Crutcher que sacara a Pitt del salón—. Le prometo que ésta será la última vez que lo vea.

Pitt salió flanqueado por Merchant y Crutcher, mientras Elmo cerraba la marcha. Los tres escoltaron a su prisionero por la pasarela y, al llegar al muelle, lo condujeron hacia una furgoneta. Cuando pasaban junto a los grandes contenedores de provisiones y equipo que habían sido descargados del buque, los ruidosos motores diesel de las grúas amortiguaron un sonido sordo. Súbitamente, Crutcher se desmoronó sobre el suelo del muelle y Pitt dio media vuelta, a la vez que se agachaba para evitar un posible golpe. Justo en ese momento Merchant cayó con los ojos en blanco como un saco de arena. Unos pasos más atrás, Elmo yacía inerte; parecía muerto, y, en realidad, lo estaba. Todo, desde el golpe mortal en la nuca de Elmo hasta la contusión que dejó inconsciente a John Merchant, había ocurrido en apenas diez segundos.

Mason Broadmoor agarró el brazo de Pitt con la mano izquierda, mientras en la derecha empuñaba una enorme llave inglesa de acero.

—¡Vamos, salta, deprisa!

—¿Saltar? ¿Adónde? —preguntó confuso Pitt.

—Al agua, idiota.

Pitt no necesitó que se lo dijeran dos veces. Corrieron y se lanzaron al aire y al mar a escasos metros de la proa del carguero. Las aguas heladas dejaron insensibles las terminaciones nerviosas del cuerpo de Pitt, pero inmediatamente la adrenalina lo hizo reaccionar y nadó al lado de Broadmoor.

—¿Y ahora qué? —jadeó, sacudiéndose el agua del rostro y el cabello y viendo ante sí el aliento convertido en una nube de vapor.

—Las hidromotos —contestó Broadmoor, expulsando agua por la nariz—. Las sacamos a escondidas del pesquero y las ocultamos bajo el muelle.

—¿Estaban en el barco? No las vi.

—Estaban en un compartimento secreto que yo mismo construí —dijo Broadmoor sonriente—. Nunca se sabe cuándo hay que huir de la ciudad perseguido por el sheriff. —Llegó a una de las dos Wetjets Dúo 300 que flotaban junto a un pilar de hormigón y se subió a ella—. ¿Sabes llevar una hidromoto?

—Nací pilotando una —dijo Pitt, montándose a horcajadas sobre el segundo vehículo.

—Si mantenemos el carguero entre nosotros y el muelle, permaneceremos fuera de la línea de tiro de los hombres de Dorsett durante más de medio kilómetro.

Pusieron las hidromotos en marcha y los motores modificados rugieron. Con Broadmoor abriendo la marcha un metro por delante de Pitt, salieron de debajo del muelle como si hubieran sido disparados por un cañón. Describiendo con las

hidromotos una curva cerrada, se ciñeron a la parte exterior del carguero cuyo casco utilizaron como escudo. Los motores respondieron al acelerón sin problemas. Pitt en ningún momento miró hacia atrás. Se inclinó sobre el manillar, apretando a tope el acelerador y esperando que en cualquier momento un diluvio de balas cayera sobre el agua alrededor de él. Pero no ocurrió así; habían logrado fugarse limpiamente, y cuando el resto de los hombres de John Merchant fueron alertados, ellos ya estaban fuera de peligro.

Por segunda vez en dos días, Pitt estaba escapando a la desesperada de la mina que Dorsett tenía en la isla Moresby. La superficie del agua era un difuso borrón azul. Los brillantes colores y las pinturas tribales de las hidromotos refulgían alumbradas por el sol. Los sentidos y los reflejos de Pitt se agudizaron ante el peligro.

Desde el aire, el canal que separaba las islas parecía poco más que un río ancho. Pero desde la superficie del mar, la invitadora seguridad de los árboles y los montes rocosos de Moresby parecían una mota en el lejano horizonte.

A Pitt le asombró la estabilidad del vehículo y la potencia del motor, convenientemente modificado, que impulsaba la hidromoto por encima de las olas bajas, sin que apenas oscilara. Eran máquinas realmente potentes. Aunque no podía saberlo con certeza, Pitt calculó que iba a cerca de sesenta nudos de velocidad. Era casi como conducir una moto de carreras sobre el agua. Aceleró y, saliéndose de la estela de Broadmoor, se puso a su altura.

—¡Si nos alcanzan, nos convertirán en carne picada! —gritó.

—¡No te preocupes! —replicó Broadmoor—. ¡Corremos más que sus patrulleras!

Pitt se volvió, miró por encima del hombro hacia la isla, que iba quedando rápidamente atrás y maldijo entre dientes. El otro helicóptero Defender estaba alzándose sobre el montículo que rodeaba la mina. En menos de un minuto, el aparato se hallaba sobre el canal, detrás de ellos.

—¡Pero no corremos más que el helicóptero! —gritó Pitt a Broadmoor.

En contraste con Pitt, que se sentía verdaderamente alarmado por la situación, Mason Broadmoor parecía tan contento y animado como un muchacho preparándose para su primera carrera de motos. Su rostro pardo reflejaba un enorme entusiasmo. Se levantó del asiento y miró hacia el aparato que los perseguía.

—Esos infelices no tienen ni una sola posibilidad —dijo sonriendo—. Pégate a mi cola.

Rápidamente, se acercaban a la flota pesquera que volvía a casa, pero entonces Broadmoor hizo un giro cerrado y se volvió hacia la isla Moresby, alejándose de los barcos. La costa estaba a unos cientos de metros, y el helicóptero se encontraba a menos de un kilómetro a sus espaldas. Pitt miró las olas que rompían contra las rocas que conformaban la orilla de los escarpados acantilados y se preguntó si Broadmoor, que parecía encaminarse derecho hacia las rompientes, estaba animado por ansias

suicidas. Pitt trató de olvidarse del helicóptero que los perseguía y depositó toda su confianza en el tallista de tótems haida. Pegó el morro de su hidromoto a la trasera de la de su compañero y avanzó sobre la estela espumosa, pasando por entre las amenazadoras rocas que asomaban por encima de las olas.

Pitt, que pensó que iban a estrellarse contra los rocosos farallones, agarró con fuerza el manillar y afirmó los pies en la plataforma de la hidromoto. El ruido de las rompientes era infernal y sólo podía ver una gigantesca cortina de agua y espuma. Por su mente cruzó la imagen del *Polar Queen* avanzando indefenso hacia la isla rocosa de la Antártida, sólo que esta vez, en lugar de estar en un transatlántico, iba en una cáscara de nuez flotante. Siguió adelante, pese a que ya tenía la casi total certeza de que Broadmoor estaba totalmente loco.

Broadmoor rodeó una enorme roca. Pitt lo siguió, ladeando el cuerpo para compensar el giro y volviendo luego a enderezarse, sin perder en ningún momento la cola de su compañero. Ascendieron hasta la cresta de una enorme ola y cayeron de inmediato en su seno, lo mismo ocurrió con la siguiente ola.

El helicóptero ya casi estaba sobre ellos, pero el piloto, como hipnotizado, contemplaba cómo las hidromotos se dirigían a lo que con toda seguridad iba a ser su fin. El asombro le impidió apuntar y disparar las ametralladoras gemelas de 7,62 milímetros. Temeroso por su propia seguridad, elevó el aparato en vertical para salvar los promontorios rocosos. Inmediatamente, giró para volver a echar un nuevo vistazo, pero las hidromotos habían desaparecido de su vista en menos de diez críticos segundos; sus víctimas se habían esfumado.

Una vocecilla interior le dijo a Pitt que en menos de cien metros se habría hecho picadillo contra el muro pétreo que surgía de las aguas, y así terminaría todo. Siempre le quedaba la posibilidad de desviarse y quedar a merced del fuego del helicóptero, pero se mantuvo detrás de Broadmoor. Imágenes de su vida inundaron su mente. Y entonces lo vio.

En la parte inferior de los farallones había un minúsculo orificio, apenas el ojo de una aguja, que no mediría más de dos metros de ancho. Broadmoor pasó a través de él y desapareció.

Pitt apretó los dientes y lo siguió —habría jurado que los extremos del manillar rozaron con las paredes de la entrada—. De pronto se encontró en una gran gruta, con un techo alto en forma de uve invertida. Frente a él, Broadmoor redujo la marcha y se detuvo junto a un pequeño muelle de piedra. Saltó de la hidromoto, se quitó el chaquetón y lo llenó con algas muertas. Pitt comprendió de inmediato la hábil estrategia que se proponía su amigo. Accionó el interruptor de parada e hizo lo mismo que Broadmoor.

Cuando acabaron de rellenar los chaquetones, para simular cuerpos decapitados, los arrojaron al agua de la entrada de la gruta. Pitt y Broadmoor se quedaron mirando

cómo flotaban mansamente durante unos segundos y luego eran arrastrados por la corriente hasta las aguas agitadas del exterior.

—¿Crees que lograremos engañarlos? —preguntó Pitt.

—Garantizado —replicó Broadmoor con mucha seguridad—. El saliente de la pared de los farallones no deja ver la entrada de la gruta desde el aire. —Aguzó el oído para escuchar los rotores del helicóptero—. Calculo que tardarán diez minutos en regresar a la mina, para decirle a *Lindo John Merchant*, si es que ya ha recuperado la conciencia, que nuestros cerebros quedaron repartidos por las rocas.

Las palabras de Broadmoor fueron proféticas. Poco a poco, el ruido del helicóptero fue debilitándose hasta desvanecerse por completo en la distancia. El indio verificó los indicadores de combustible de las hidromotos y movió aprobadoramente la cabeza.

—Si vamos a media marcha, tendremos combustible suficiente para llegar a mi pueblo.

—Propongo que descansemos hasta el anochecer —dijo Pitt—. No es necesario que nos arriesguemos, quizá el piloto sea un tipo receloso y vuelva para comprobar que realmente hemos muerto. ¿Podrás regresar a tu pueblo a oscuras?

—Con los ojos vendados y maniatado —replicó Broadmoor, tajante—. Partiremos a medianoche y a las tres de la mañana ya estaremos acostados.

Permanecieron unos minutos inmóviles y en silencio, reponiéndose de la carrera por el canal y de la escaramuza con la muerte. Sólo se oían las olas rompiendo en el exterior. Al fin, Broadmoor abrió un compartimiento de su *Wetjet* y sacó una cantimplora de dos litros. Le quitó el tapón de corcho y se la ofreció a Pitt.

—Vino de moras. Lo hice yo mismo.

Pitt dio un largo trago e hizo una mueca.

—Querrás decir brandy de moras, ¿no?

—Admito que es fuertecillo —dijo, cuando Pitt le devolvió la cantimplora—. ¿Conseguiste en la mina lo que pretendías?

—Sí. El ingeniero me mostró la fuente del problema.

—Me alegro de que el viaje haya valido la pena.

—Has pagado un precio muy alto. No podrás volver a vender pescado en la mina.

—De todas maneras, aceptando dinero de Dorsett me sentía como una prostituta —dijo Broadmoor, con expresión de disgusto.

—Quizá te sirva de consuelo saber que Boudicca Dorsett asegura que su padre clausurará la mina dentro de un mes.

—De ser eso cierto, mi pueblo se llevará una gran alegría —dijo Broadmoor, tendiendo de nuevo la cantimplora a Pitt—. Eso merece otro trago.

—Tengo una deuda impagable para contigo —murmuró Pitt—. Has corrido un enorme riesgo ayudándome a escapar.

—Ha merecido la pena, aunque sólo haya sido por abrirles la cabeza a Merchant y a Crutcher. —Broadmoor se echó a reír—. Nunca me había sentido tan bien. Soy yo quien debería darte las gracias por haberme brindado esa oportunidad.

Pitt tendió la mano y estrechó la de Broadmoor.

—Echaré de menos tu alegría, amigo.

—¿Vuelves a casa?

—Tengo que llevar a Washington la información que he conseguido.

—Para ser de tierra adentro, no eres torpe, amigo Pitt. Si alguna vez necesitas una segunda residencia, en mi pueblo siempre serás bienvenido.

—Nunca se sabe —contestó Pitt sonriendo—. Quizá algún día acepte tu invitación.

Abandonaron la gruta bien entrada la noche, para evitar el riesgo de que las patrulleras de seguridad de Dorsett los descubrieran fortuitamente. Broadmoor se colgó del cuello la cadena de una pequeña linterna encendida que se colocó en la espalda.

Animado por el vino de moras, Pitt siguió el pequeño resplandor a través de las olas y por entre las rocas, asombrado por la facilidad con que Broadmoor navegaba sin el menor contratiempo en la oscuridad.

El recuerdo de Maeve, obligada a hacer de espía por su padre, que retenía como rehenes a sus propios nietos, hizo que a Pitt le hirviera la sangre de ira. También sintió una punzada en el corazón, una sensación que llevaba años sin experimentar. El recuerdo de otra mujer atormentaba su ánimo. Pero en ese momento advirtió que era posible sentir el mismo amor hacia dos mujeres distintas, una viva y la otra muerta, en diferentes etapas de la vida.

Preso de contradictorias emociones de amor y odio, y decidido a detener a toda costa a Arthur Dorsett, fueran cuales fueran las consecuencias, Pitt, que seguía la estela de espuma levantada por la hidromoto de Broadmoor, apretó con tanta fuerza el manillar, que los nudillos de sus dedos resplandecieron bajo la luz de la luna.

Durante casi toda la tarde había soplado un ligero viento del noreste que apenas levantaba espuma en las olas de menos de un metro de alto. El viento traía consigo una fuerte lluvia que reducía la visibilidad a menos de cinco kilómetros y repiqueteaba sobre las aguas como si en ellas coletearan millones de arenques. Para la mayoría de los marinos ése era un tiempo infame, pero para algunos hombres de mar ingleses como el capitán Ian Briscoe, que había pasado sus primeros años de navegante en barcos que surcaban las aguas del mar del Norte, era como un recuerdo del hogar.

A diferencia de sus oficiales, que permanecían secos y a buen recaudo, Briscoe seguía en el puente de su barco, recargando la sangre de sus venas, con la mirada al frente, como si esperara la aparición de un buque fantasma que no hubiese detectado el radar. Observó que el mercurio se mantenía estable en una temperatura de varios grados sobre cero. Protegido con las prendas de hule, sólo ocasionalmente alguna gota de agua se deslizaba por su recortada barba y le bajaba por el cuello.

Tras permanecer dos semanas en Vancouver para participar en una serie de ejercicios navales con barcos de la marina canadiense, el buque de Briscoe, el destructor tipo 42 *Bridlington*, de la marina británica, regresaba a Inglaterra vía Hong Kong, escala obligada para cualquier buque de la armada inglesa que cruzase el Pacífico. Aunque la cesión de noventa y nueve años había expirado, y la colonia real británica fue devuelta a China en 1996, se había convertido en una cuestión de orgullo nacional mostrar ocasionalmente la cruz de san Jorge y recordar a los nuevos propietarios quiénes fueron los fundadores de la meca financiera de Asia.

La puerta de la caseta del piloto se abrió, y asomó por ella el segundo oficial, el teniente Samuel Angus.

—Señor, ¿puede usted dejar de desafiar a los elementos por unos instantes y entrar?

—¿Por qué no sale usted, muchacho? —gritó Briscoe, para hacerse oír sobre el rugido del viento—. Blandos. Eso es lo malo de los jóvenes de hoy. No saben disfrutar del mal tiempo.

—Por favor, capitán —suplicó Angus—. El radar detecta que alguien se nos aproxima por el aire.

Briscoe cruzó el puente y entró en la caseta del piloto.

—¿Y qué tiene eso de insólito? Docenas de aviones sobrevuelan el barco.

—Se trata de un helicóptero, señor, y estamos a más de dos mil quinientos kilómetros de distancia del continente americano. Además, no hay buques militares de aquí a Hawai.

—El muy estúpido debe de haberse perdido —gruñó Briscoe—. Llamen al piloto

y pregúntenle si desea que le facilitemos su posición.

—Me tomé la libertad de ponerme en contacto con él, señor, pero sólo habla ruso.

—¿Hay alguien que pueda entenderse con él?

—El teniente médico Rudolph, señor.

—Llámelo al puente.

Tres minutos más tarde, un hombre bajo y de cabello rubio se aproximó a Briscoe, que ocupaba su asiento algo elevado y tenía la vista fija en la lluvia.

—¿Me mandó llamar, capitán?

Briscoe asintió con la cabeza.

—Hay un helicóptero ruso perdido en la tormenta. Háblele por radio y averigüe qué hace en medio del mar.

El teniente Angus sacó unos auriculares, los conectó a la consola de comunicaciones y los tendió a Rudolph.

—Ya está fijada la frecuencia. Puede hablar cuando quiera.

Rudolph se colocó los auriculares y habló por el pequeño micrófono que llevaban incorporado. Briscoe y Angus esperaron pacientemente mientras el teniente médico escuchaba más que hablaba. Finalmente, Rudolph se volvió hacia el capitán.

—Ese hombre parece muy trastornado, habla de un modo casi incoherente. Por lo visto, procede de una flota ballenera rusa.

—Entonces no hay problema, simplemente está haciendo su trabajo.

Rudolph negó con la cabeza.

—No deja de repetir: «están todos muertos», y quiere saber si se le permite aterrizar en el *Bridlington*.

—Imposible —gruñó Briscoe—. Infórmele de que la marina británica no permite que un aparato extranjero se pose en un barco de la reina.

Mientras Rudolph repetía el mensaje, los motores del helicóptero se hicieron audibles y el aparato se materializó de pronto entre la copiosa lluvia, medio kilómetro a babor y a una altura de no más de veinte metros sobre el mar.

—Está al borde de la histeria. Jura que, a no ser que usted lo derribe, se posará a bordo.

—¡Maldita sea! —exclamó Briscoe—. Lo último que necesito es que un cochino terrorista vuele mi barco.

—No creo que un terrorista estuviera perdido en alta mar —dijo Angus.

—Sí, sí, ya lo sé, como también sé que la guerra fría terminó hace diez años.

—Por lo que he logrado entenderle —dijo Rudolph—, me parece que el piloto está muerto de miedo. No detecto el menor tono de amenaza en su voz.

Briscoe permaneció unos momentos en silencio, y luego accionó una palanca del intercomunicador del barco.

—Radar, ¿se detecta la presencia de algún barco? .

Una voz replicó:

—Tenemos un gran barco y otros cuatro más pequeños, a dos-siete-dos grados. Distancia, noventa y cinco kilómetros.

Briscoe accionó otro mando.

—¿Comunicaciones?

—¿Señor?

—Vea si puede ponerse en contacto con una flota ballenera rusa situada a noventa y cinco kilómetros al oeste de nuestra posición. Si necesita un intérprete, el médico del barco puede servirle de traductor.

—Las treinta palabras que sé de ruso me servirán —replicó jovialmente el oficial de comunicaciones.

Briscoe miró a Rudolph.

—Muy bien, dígame que se le concede permiso para aterrizar en nuestro helipuerto.

Rudolph transmitió el mensaje, y todos miraron cómo el helicóptero se aproximaba a la pista del destructor.

Briscoe observó que el piloto manejaba el aparato de modo errático, con dificultades para mantenerlo equilibrado debido a la fuerza del viento.

—Ese idiota vuela como si estuviese en pleno ataque de nervios —comentó. Y, volviéndose hacia Angus, añadió—: Reduzca la velocidad y ordene que un grupo armado reciba a nuestro visitante. —Luego, como si se tratase de una ocurrencia tardía, dijo—: Si el tipo le hace un solo arañazo a mi barco, dispáren.

Angus sonrió amablemente, y cuando el capitán no pudo verlo, guiñó un ojo a Rudolph. A través del intercomunicador, ordenó al timonel que redujera la velocidad. No había la menor insubordinación en la actitud de los dos hombres. Todos los tripulantes admiraban a Briscoe como a un viejo lobo de mar que se preocupaba por sus hombres y gobernaba concienzudamente su barco. Sabían que eran pocos los barcos de la marina real cuyo capitán prefería el servicio en alta mar a un empleo en el estado mayor.

El helicóptero visitante era una versión reducida del Ka-32 Helix de la marina rusa, usado para el transporte ligero y el reconocimiento aéreo. El aparato, utilizado por la flota pesquera para localizar ballenas, no parecía haber sido objeto de demasiados cuidados de mantenimiento. Tenía aceite en las sujeciones del motor y la pintura del fuselaje estaba arañada.

Los marinos británicos que aguardaban bajo el cobijo de grandes mamparos de acero bajaron la cabeza cuando el helicóptero descendió a menos de tres metros de la cubierta. El piloto redujo demasiado pronto las revoluciones del motor y el aparato cayó pesadamente sobre la cubierta, rebotó en ella, volvió a elevarse y, finalmente, se posó en la pista. El piloto apagó los motores y las aspas del rotor no tardaron en



detenerse por completo.

El hombre abrió una puerta y miró la enorme antena de radar del *Bridlington*, luego se fijó en los cinco marinos que avanzaban hacia él empuñando pistolas automáticas. Saltó a cubierta y los miró con curiosidad. Los británicos llegaron junto a él, lo agarraron por los brazos y lo condujeron hasta una escotilla abierta. Después de llegar a la tercera cubierta, caminaron por un corredor que conducía a la cámara de oficiales.

El primer oficial del barco, el capitán de corbeta Roger Avondale, se había unido al comité de recepción y permanecía a un lado con el teniente Angus. El teniente médico Rudolph esperaba junto a Briscoe para hacer de intérprete. Nada más ver al ruso notó que en sus pupilas dilatadas se reflejaba una mezcla de miedo y fatiga.

—Pregúntele qué demonios le hizo creer que podía abordar un barco extranjero cuando le diese la gana —dijo Briscoe a Rudolph.

—Y pregúntele también por qué volaba solo —añadió Avondale—. No parece probable que anduviera buscando ballenas por su cuenta.

Rudolph y el piloto hablaron atropelladamente durante más de tres minutos. Al fin, el médico del barco se volvió hacia los otros oficiales y dijo:

—Se llama Fyodor Gorimykin y es el piloto encargado de localizar ballenas para una flota ballenera que tiene su base en el puerto de Nikolayevsk. Según dice, él, su copiloto y un observador estaban explorando para los barcos arponeros...

—¿Barcos arponeros? —le interrumpió Angus.

—Embarcaciones rápidas de unos sesenta y cinco metros de eslora que lanzan arpones explosivos contra las ballenas —explicó Briscoe—. Luego hinchán con aire el cuerpo de la ballena para mantenerlo a flote, la marcan con una radiobaliza que emite señales que permite su localización y la dejan abandonada mientras el arponero continúa la caza. Más tarde regresa para recoger la presa y remolcarla hasta el buque factoría.

—Hace años, en Odessa, tomé unas copas con el capitán de un buque factoría —dijo Avondale—. Me invitó a bordo. Era un barco enorme, de casi doscientos metros de eslora, totalmente autosuficiente, con un equipo procesador de alta tecnología, laboratorio e incluso un excelente hospital. Colocan en una rampa una ballena de cien toneladas, la despojan de la grasa como el que pela un plátano y la hierven en un tambor giratorio. Se extrae el aceite, y todo lo demás —la carne por un lado y los huesos por otro— es triturado y embalado. Todo el proceso dura poco más de una hora.

—Es increíble que después de la persecución a la que se han visto sometidas todavía queden ballenas en el mar —murmuró Angus.

—Escuchemos la historia del hombre —pidió Briscoe, que se estaba impacientando.

—Como no encontraron ballenas —continuó Briscoe—, regresaron a su buque factoría, el *Aleksandr Gorchakov*, Jura que, tras aterrizar, se encontraron con que todos los tripulantes de su buque y los de los barcos arponeros cercanos habían muerto.

—¿Y su copiloto y el observador? —insistió Briscoe.

—Dice que fue presa del pánico y despegó sin ellos.

—¿Adónde se proponía ir?

Rudolph interrogó al ruso y luego tradujo la respuesta:

—Quería alejarse del escenario de las muertes todo lo que el combustible de sus depósitos le permitiera.

—Pregúntele cuál es la causa de la muerte de sus compañeros.

Tras un intercambio rápido de palabras, Rudolph se encogió de hombros.

—Lo ignora. Pero dice que sus rostros reflejaban expresiones agónicas y que parecían haberse ahogado en sus propios vómitos.

—Es una historia fantástica, por no decir otra cosa peor —comentó Avondale.

—Si no fuera porque tiene todo el aspecto de haber visto a una legión de fantasmas, pensaría que el tipo es un mentiroso patológico —dijo Briscoe.

—¿Damos crédito a sus palabras, señor? —preguntó Avondale al capitán.

Tras reflexionar unos momentos, Briscoe asintió.

—Dé orden de aumentar en diez nudos la velocidad, y luego comuníquese con el alto mando de la flota del Pacífico. Explíqueles la situación e infórmeles de que modificamos nuestro rumbo para investigar lo ocurrido.

Antes de que Avondale pudiera cumplir las órdenes del capitán, sonó una voz familiar por los altavoces del puente:

—Puente, aquí radar.

—Adelante, radar —contestó Briscoe.

—Capitán, respecto a los barcos que nos ordenó localizar...

—Sí, ¿qué ocurre?

—Pues señor, no se mueven, pero están desapareciendo de la pantalla.

—¿Funciona bien nuestro equipo?

—Sí, señor.

En el rostro de Briscoe se reflejó su absoluto desconcierto.

—Explique lo que quiere decir con que «están desapareciendo».

—Simplemente eso, señor —replicó el oficial del radar—. Creo que esos barcos están hundiéndose.

El *Bridlington* llegó a la última posición conocida de la flota pesquera rusa y no encontró barco alguno. Briscoe ordenó una operación de búsqueda y, al cabo de un buen rato, hallaron una gran mancha de aceite rodeada por un mar de pecios diseminados. El piloto del helicóptero ruso corrió a la barandilla, señaló uno de los

objetos que flotaban en el agua y se echó a llorar, presa de la angustia.

—¿Qué le ocurre? —gritó Avondale a Rudolph desde el puente.

—Dice que su barco ha desaparecido, y con él, el copiloto y el observador.

—¿Qué es lo que señala? —preguntó Briscoe.

Rudolph miró hacia el mar y luego alzó la vista.

—Un chaleco salvavidas. Lleva el nombre del barco, *Aleksandr Gorchakov*.

Angus, que estaba mirando por unos prismáticos, anunció:

—Veo un cadáver. No, son cuatro, aunque no durarán mucho; hay aletas de tiburón en los alrededores.

—Disparen contra esos cochinos carniceros —ordenó Briscoe—. Quiero que los cadáveres estén de una pieza, para que puedan ser examinados. Que nuestros botes recojan todos los restos de naufragio que encuentren. Alguien, en algún lugar, necesitará la mayor cantidad de pruebas posibles.

Mientras los cañones gemelos Bofors de cuarenta milímetros abrían fuego contra los tiburones, Avondale se volvió hacia Angus y dijo:

—Todo esto es muy extraño. ¿Usted qué piensa?

Angus lo miró y contestó con una sonrisa.

—Parece que, después de ser sacrificadas durante dos siglos, las ballenas se han vengado al fin.

Pitt ocupaba el escritorio de su despacho por primera vez en casi dos meses. Tenía la mirada perdida y jugueteaba con el cuchillo de buceador que utilizaba como abrecartas. Permanecía en silencio, en espera de la respuesta del almirante Sandecker, que permanecía sentado ante él.

Había llegado a Washington a primera hora de la mañana de aquel domingo y había ido directamente al edificio vacío de la central de la ANIM, donde estuvo las siguientes seis horas redactando un detallado informe sobre sus descubrimientos en la isla Kunghit. Asimismo apuntó posibles formas de resolver el problema de las ondas acústicas submarinas. Tras las agotadoras penurias de los pasados días, el informe le pareció el anticlímax de todo lo vivido. A Pitt le había llegado el momento de resignarse a que otros hombres, mejor cualificados que él, analizaran el problema y encontraran las soluciones adecuadas.

Hizo girar su sillón y miró el río Potomac por la ventana. Recordó a Maeve, presa del miedo y la desesperación, en la cubierta del *Ice Hunter*. Se sentía furioso consigo mismo por haberla abandonado. Estaba seguro que a bordo del *Ice Hunter*, Deirdre había dicho a Maeve que su padre había secuestrado a sus hijos. Por eso había corrido a cubierta, en busca del único hombre en que podía confiar, y Pitt no entendió su desesperación. En su informe, no había hecho referencia a esa parte de la historia.

Sandecker acabó de leer y dejó los papeles sobre el escritorio de Pitt.

—Una investigación excelente. Fue un milagro que no te mataran.

—Conté con la ayuda de excelentes colaboradores —dijo Pitt muy serio.

—Has hecho todo lo que estaba en tu mano. Quiero que Giordino y tú os toméis un permiso de diez días. Vete a casa y diviértete con tus coches antiguos.

—No pienso discutir esa orden —dijo Pitt, frotándose las magulladuras de los brazos.

—A juzgar por los aprietos que has tenido que pasar para huir, es evidente que Dorsett y sus hijas juegan muy duro.

—Maeve, no —dijo Pitt—. Ella es... la oveja blanca de la familia.

—Supongo que sabes que está trabajando en el departamento de biología de la ANIM junto con Roy Van Fleet.

—Sí, sé que están estudiando los efectos de los ultrasonidos sobre la vida marítima.

Sandecker miró fijamente a Pitt, escrutando cada línea de su rostro curtido.

—¿Podemos fiarnos de ella? Podría estar informando a su padre de nuestras averiguaciones.

—Maeve no tiene nada en común con sus hermanas —contestó Pitt.

Sandecker entendió que Pitt no quería seguir hablando de Maeve y cambió de

tema.

—Por cierto, ¿te dio Boudicca Dorsett alguna explicación de por qué su padre cerrará la mina dentro de unas semanas?

—Ninguna en absoluto.

Sandecker meditó sobre el asunto mientras hacía girar un cigarro entre sus dedos.

—Como ninguna de las minas de Dorsett se encuentra en territorio estadounidense, es difícil que hallemos un medio rápido para evitar futuras muertes.

—Si lográramos cerrar una de las cuatro minas —dijo Pitt—, se mermaría la potencia letal de las ondas sónicas.

—Lo único que se me ocurre es ordenar un ataque con bombarderos B-1, pero es algo que el presidente no aprobará. Así pues, tenemos las manos atadas.

—Debe de existir una ley internacional contra los responsables de asesinatos en masa en alta mar.

Sandecker movió la cabeza en un gesto de negación.

—No hay ninguna ley que contemple esta situación. La ausencia de una organización policial internacional actúa en favor de Dorsett. La isla Gladiator pertenece única y exclusivamente a su familia, y se tardaría años en convencer a los rusos de que cierren la mina de Siberia. Lo mismo ocurre con Chile. Mientras Dorsett tenga en su nómina secreta a altos funcionarios del gobierno, sus minas seguirán abiertas.

—¿Y los canadienses? —dijo Pitt—. Si se les diera libertad de acción, la policía montada cerraría la mina de la isla Kunghit mañana mismo. Pueden acusar a Dorsett de utilizar inmigrantes ilegales como mano de obra esclava.

—¿Qué les impide entonces actuar?

Pitt recordó lo que le había dicho el inspector Stokes respecto a los burócratas y los miembros del parlamento que Dorsett tenía metidos en un bolsillo.

—Los mismos obstáculos: cómplices pagados y abogados astutos.

—Dinero llama a dinero. —Sandecker suspiró—. Y Dorsett tiene demasiado y está muy bien organizado para poder terminar con él por los métodos normales. Ha creado una maquinaria inexpugnable al servicio de su ambición y su avaricia.

—No es propio de usted mostrarse tan derrotista, almirante. ¿Acaso piensa darse por vencido ante Arthur Dorsett?

Los ojos del almirante parecieron los de una víbora a punto de atacar.

—¿Quién ha hablado de darse por vencido?

A Pitt le gustaba azuzar a su jefe. Ni por un instante había creído que Sandecker fuera a tirar la toalla.

—¿Qué piensa hacer?

—Ya que no puedo ordenar la invasión de una propiedad privada, que posiblemente se traduciría en la muerte de cientos de civiles inocentes, ni tampoco

puedo enviar un equipo aéreo de fuerzas especiales para que neutralice las minas de Dorsett, me veo obligado a tomar el único camino que me queda.

—¿Y cuál es? —preguntó Pitt.

—Darle publicidad al asunto —dijo Sandecker, sin que su expresión se alterase en absoluto—. Mañana a primera hora convocaré una conferencia de prensa y denunciaré a Arthur Dorsett como el más sanguinario monstruo que la humanidad ha conocido desde los tiempos de Atila. Revelaré la causa de las muertes en alta mar y lo haré aparecer como el único responsable. A continuación, instaré a los miembros del Congreso a que presionen al Departamento de Estado, a fin de que éste pida a los gobiernos de Canadá, Chile y Rusia que clausuren todas las instalaciones de Dorsett. Luego me quedaré sentado, a ver cómo sale la cosa.

Pitt miró a su jefe con admiración. El almirante pensaba lanzarse a aguas turbulentas, sin importarle un ardite los torpedos ni sus consecuencias.

—Se pelearía usted con el diablo si lo mirase mal.

—Discúlpame por soltar vapor. Sabes tan bien como yo que no existirá tal conferencia de prensa. Sin pruebas sólidas, lo único que conseguiría es una plaza en un sanatorio psiquiátrico. Los hombres como Arthur Dorsett se regeneran como los rabos de las lagartijas. No basta con destruirlos, porque han sido creados por un codicioso sistema que se traduce en un enorme poder. Lo patético de los hombres como él es que no saben qué hacer con su fortuna, pero no se les ocurre repartirla entre los necesitados. —Sandecker hizo una pausa para encender su cigarro. Luego añadió—: No sé cómo, pero juro por la Constitución que daré a ese canalla la lección que se merece.

Maeve había puesto buena cara durante todo su calvario. Al principio, siempre que se quedaba a solas en la pequeña casa colonial de Georgetown que los colaboradores de su padre habían alquilado para ella, lloraba desconsolada. El corazón se le encogía al pensar en lo que podía estarles ocurriendo a sus hijos en la isla Gladiator. Deseaba correr a su lado y llevarlos a un lugar seguro, pero estaba atada de pies y manos. A veces soñaba que estaba con ellos, pero, al despertar, esos sueños se convertían en una pesadilla. No había modo alguno de enfrentarse al increíble poder de su padre. Aunque no había logrado identificar a nadie, estaba segura de que los hombres de seguridad de su padre vigilaban todos sus movimientos.

Roy Van Fleet y su esposa Robin, que había cobijado a Maeve bajo su ala, la invitaron a asistir con ellos a una fiesta organizada por el acaudalado propietario de una compañía de prospecciones submarinas. A Maeve no le apetecía ir, pero Robin insistió; le dijo que no aceptaría un no por respuesta y que necesitaba divertirse un poco. Desde luego, Robin no sabía la angustiada situación en que se encontraba Maeve.

—Asistirán montones de peces gordos y políticos —dijo—. No puedes perderte

algo así.

Se maquilló, se recogió el cabello en un moño y se puso un vestido de gasa de seda bordada con cintura estilo imperio, cuya falda le llegaba un palmo por encima de las rodillas. Había comprado el vestido en Sydney, y cuando lo hizo le pareció bonito y elegante, pero ahora no estaba tan segura. No sabía si era muy adecuado mostrar tanto las piernas en una fiesta de Washington.

—Al demonio —se dijo, contemplándose en un gran espejo—. De todas maneras, nadie me conoce.

Apartó las cortinas de la ventana y miró al exterior. La calle estaba cubierta por una fina alfombra de nieve, pero no hacía demasiado frío. Se sirvió un vodka con hielo, se puso un abrigo negro que le llegaba hasta los tobillos, y esperó a que los Van Fleet pasaran a recogerla.

Al llegar a la puerta del club de campo, Pitt mostró la invitación que le había prestado el almirante y cruzó las hermosas puertas de madera en las que habían tallado las figuras de golfistas famosos. Dejó su abrigo en el guardarropa y se dirigió a un espacioso salón de baile decorado con paneles de nogal. Uno de los más famosos decoradores de Washington había creado en la sala un sorprendente ambiente submarino. Peces de papel ingeniosamente diseñados colgaban del techo, mientras unos focos ocultos emitían una luz de un verde azulado que recordaba los fondos marinos.

El anfitrión, presidente de Deep Abyss Engineering, su esposa y otros altos directivos de la compañía formaban en línea para recibir a los invitados. Pitt eludió las formalidades y se dirigió a un rincón oscuro del bar, donde pidió un tequila con hielo y limón. Luego echó un vistazo al salón recostado en la barra.

Debía de haber casi doscientos invitados. La orquesta interpretaba una selección de bandas sonoras de películas conocidas. Reconoció a varios congresistas y a cuatro o cinco senadores; todos eran miembros de comités que se ocupaban de los océanos y del medio natural. Muchos de los hombres llevaban esmoquin blanco, aunque la mayoría había optado por trajes oscuros de etiqueta con vistosos fajines y corbatas de lazo. Pitt prefería la vestimenta clásica. De su chaleco colgaba una pesada cadena de oro de la que pendía un reloj de bolsillo que perteneció a su bisabuelo, que había sido maquinista en el ferrocarril de Santa Fe.

Las mujeres, esposas en su mayoría, con la salvedad de unas cuantas amantes, vestían con elegancia, algunas de largo, otras con minifalda. A Pitt no le costaba distinguir los matrimonios de las parejas solteras. Los matrimonios permanecían juntos, como viejos amigos; las parejas solteras no dejaban de tocarse.

Cuando asistía a esa clase de fiestas, Pitt permanecía apartado, sin participar en la diversión ni en la charla. Se aburría fácilmente y rara vez aguantaba más de una hora; prefería volver a su apartamento del hangar. Esa noche era distinta. Buscaba a

alguien. Sandecker le había dicho que Maeve asistiría a la fiesta con los Van Fleet. La buscó con la mirada por las mesas y en la atestada pista de baile, pero no la vio.

Pitt pensó que quizá Maeve había cambiado de idea a última hora, aunque también cabía la posibilidad de que aún no hubiera llegado. Como no le gustaba competir por la atención de preciosas muchachas rodeadas de admiradores, se dirigió a una anodina mujer de treinta y tantos años que debía de pesar tanto como él. Estaba sentada a solas a una de las mesas y le gustó que un guapo desconocido se acercara y la invitara a bailar. Hacía mucho tiempo que Pitt había descubierto que las mujeres de las que otros hombres hacían caso omiso, las perdedoras en el concurso de belleza, solían ser las más simpáticas e interesantes. Aquélla resultó ser una alta funcionaria del Departamento de Estado, que le contó interesantes chismes sobre asuntos de política exterior. Pitt bailó con otras dos damas consideradas poco atractivas por el resto de los hombres; una, la secretaria privada del anfitrión, y la otra, ayudante del senador que presidía el comité sobre océanos. Después Pitt regresó al bar a tomarse otra tequila. Fue entonces cuando Maeve entró en el salón de baile.

Pitt se llevó la agradable sorpresa de que, sólo con mirarla, sentía una cálida sensación en todo el cuerpo. El resto del salón pareció difuminarse y los invitados se convirtieron en un turbio borrón. Maeve apareció ante su vista rodeada de una iridiscente aura.

Pitt volvió a la realidad cuando la joven se separó de la línea de personas encabezada por el anfitrión y, adelantándose a los Van Fleet, se detuvo a contemplar la masa de invitados. Llevaba el cabello rubio recogido en un moño que dejaba al descubierto cada detalle de sus facciones y resaltaba los prominentes pómulos. La joven alzó con timidez una mano y se la llevó al escote con los dedos extendidos. El vestido corto mostraba sus largas y bien torneadas piernas y realzaba su perfecta figura. Era una dama majestuosa, pensó Pitt, con un toque de lascivia. No había otra palabra para describirla. Tenía la gracia de una gacela a punto de emprender la carrera.

—Bonita muchacha —comentó el camarero, mirando a Maeve.

—Estoy totalmente de acuerdo —dijo Pitt.

Acompañada por los Van Fleet, Maeve se encaminó a una mesa, a la que se sentaron. Un camarero acudió a atenderlos. Apenas se hubo sentado, se acercaron a ella hombres de todas las edades para solicitarle un baile. Cortésmente, la joven rechazó todas las invitaciones. A Pitt le divirtió advertir que la insistencia de los varones no hacía mella en ella. Sus pretendientes no tardaron en desistir y pasar de largo, sintiéndose como muchachos rechazados. Mientras esperaban la cena, los Van Fleet fueron a la pista a bailar. Maeve se quedó sola en la mesa.

—La chica es exigente —comentó el camarero.

—Llegó el momento de que actúe el primer equipo —dijo Pitt, dejando el vaso



vacío sobre el mostrador.

Cruzó la pista de baile sorteando las parejas. Un hombre corpulento a quien Pitt reconoció como un senador del estado de Nevada se rozó contra él. El senador fue a decir algo, pero Pitt lo acalló con una mirada fulminante.

Maeve intentaba combatir el aburrimiento mirando a la gente, cuando, de pronto, advirtió que un hombre avanzaba hacia ella con paso decidido. Al principio, apenas le prestó atención, porque pensó que sería otro desconocido que pretendía bailar con ella. En otro momento y en otro lugar, quizá le hubiese halagado tanta atención, pero sus pensamientos se hallaban a veinte mil kilómetros de distancia. Entonces el individuo llegó a su mesa, apoyó las manos en el mantel azul y se inclinó sobre ella. El rostro de Maeve resplandeció de alegría.

—Oh, Dirk... Pensé que no volvería a verte —dijo, sin apenas aliento.

—Vengo a pedirte perdón por no haberte dicho adiós antes de irme a toda prisa del *Ice Hunter*.

Ella se sintió sorprendida y satisfecha por su comportamiento. Había pensado que Pitt no sentía nada hacia ella, pero ahora sus ojos parecían decirle todo lo contrario.

—No podías adivinar lo mucho que te necesitaba —susurró.

Pitt rodeó la mesa y se sentó junto a ella.

—Ahora lo sé —dijo él.

—No sabes en qué atolladero me encuentro —explicó ella, apartando la mirada de los ojos de Pitt.

Pitt tomó la mano de Maeve entre las suyas. Era la primera vez que la tocaba para demostrarle su afecto.

—Tuve una agradable charla con Boudicca y ella me lo contó todo —dijo con cierta ironía.

Maeve pareció derrumbarse.

—¿Boudicca y tú? ¿Cómo es posible?

Pitt se puso en pie y, suavemente, la hizo levantarse.

—¿Por qué no bailamos y luego te lo cuento todo?

Como por arte de magia, él estaba abrazándola estrechamente y ella respondía apretándose contra su cuerpo. Pitt cerró por un momento los ojos y se embriagó con el perfume de Maeve. El aroma de la loción de afeitado de Pitt, nada amigo de colonias, la envolvió y la hizo estremecer como las aguas de un lago de montaña acariciadas por el viento. Bailaron muy juntos mientras la orquesta interpretaba *Moon River*, de Henry Mancini.

Maeve susurró suavemente la letra de la canción hasta que, de pronto, apartó un poco a Pitt y dijo:

—¿Sabes lo de mis hijos?

—¿Cómo se llaman?

—Sean y Michael.

—Tu padre tiene a Sean y a Michael como rehenes en la isla Gladiator. Así consigue que le informes de cualquier cosa que descubra la ANIM sobre las catástrofes marinas.

Maeve lo miró, confusa, pero antes de que pudiera hacer más preguntas, él la estrechó de nuevo contra sí. Al cabo de unos momentos, Pitt notó que ella se relajaba y entonces se echó a llorar mansamente.

—Me siento tan avergonzada... No sé qué hacer.

—Piensa en el presente —dijo él con ternura—. El resto se resolverá solo.

Se sentía aliviada junto a Pitt, y el placer que experimentaba al estar con él la ayudó a olvidar por un momento sus problemas. De nuevo susurró la letra de *Moon River*.

—*We're after the same rainbow's end, waitin' round the bend, my huckleberry friend, Moon River and me.*<sup>[4]</sup>

La música cesó. Maeve echó la cabeza hacia atrás y miró a Pitt, sonriendo con los ojos anegados en lágrimas.

—Ése eres tú —dijo.

Él la miró con extrañeza.

—¿Quién?

—Mi amigo *Huckleberry*, Dirk Pitt. Eres la encarnación perfecta de *Huckleberry Finn*, siempre recorriendo el río en busca de algo situado tras el siguiente recodo.

—Sí, supongo que podría decirse que el viejo Huck y yo tenemos algunas cosas en común.

Siguieron moviéndose en la pista de baile, aún abrazados, pese a que la orquesta se había tomado un descanso y las demás parejas regresaban a sus mesas. Ninguno de los dos notó las miradas irónicas de que eran objeto. Maeve pensaba decir: «Me apetece que nos marchemos», pero su inconsciente la traicionó y dijo:

—Quiero estar a solas contigo.

Enseguida se sintió turbada por sus palabras, y su sonrojo fue evidente a pesar de su saludable bronceado. «¿Qué pensará ahora de mí?», se preguntó mortificada.

Él sonrió.

—Despídete de los Van Fleet. Voy a por mi coche y te espero afuera, en la puerta del club. Espero que hayas traído un buen abrigo.

Cuando Maeve les dijo que se marchaba con Pitt, los Van Fleet se miraron divertidos. Con el corazón acelerado, Maeve cruzó apresuradamente el salón de baile, recogió del guardarropa su abrigo y salió a las escalinatas de la entrada. Enseguida localizó a Pitt. Estaba junto a un automóvil rojo, dándole la propina al muchacho que le había traído el coche. El vehículo parecía recién salido de una pista de carreras. Sólo los asientos delanteros estaban tapizados. El pequeño parabrisas curvo ofrecía

una mínima protección contra el viento. No tenía parachoques y los salvabarros de las ruedas delanteras le parecieron a Maeve más propios de una motocicleta que de un coche. La rueda de repuesto colgaba a la derecha del vehículo, tras la portezuela.

—¿Realmente conduces este chisme? —preguntó Maeve.

—En efecto —replicó él.

—¿Cómo lo llamas?

—Es un Allard J2X —contestó él, mientras abría la pequeña portezuela de aluminio.

—Parece antiguo.

—Se construyó en Inglaterra en 1952, al menos veinticinco años antes de que tú nacieras. Tiene un motor norteamericano de ocho cilindros en V, El Allard superó a todos los coches de carreras de su época, hasta que hizo su aparición el Mercedes 300 SL.

Maeve se acomodó en la espartana cabina. Las piernas le quedaron casi paralelas al suelo del vehículo cuando las estiró. En el salpicadero no había velocímetro, sólo cuatro manómetros y un tacómetro.

—¿Crees que este cacharro podrá llevarnos a nuestro destino? —preguntó algo inquieta.

—No es demasiado cómodo, pero este trasto corre a la velocidad del sonido —dijo Pitt con una sonrisa.

—Ni siquiera tiene capota.

—Nunca lo uso cuando llueve. —Tendió a la joven un pañuelo de seda—. Para tu pelo. Ahí sentada, el viento puede despeinarte. Y no te olvides de ponerte el cinturón; la portezuela del pasajero tiene la fea costumbre de abrirse cuando hago un giro cerrado a la izquierda.

Pitt acomodó su enorme corpachón tras el volante mientras Maeve se anudaba el pañuelo bajo la barbilla. Él hizo girar la llave de contacto, apretó el embrague y metió la primera. No se produjo ni rugido de motor ni chirrido de neumáticos: el Allard se deslizó por la rampa del club de campo sin el menor ruido y con toda suavidad.

—¿Cómo le transmites a tu padre los informes sobre la ANIM? —preguntó Pitt.

Ella guardó silencio por unos momentos, incapaz de mirarlo. Al fin dijo:

—Uno de los hombres de mi padre viene a casa haciéndose pasar por repartidor de pizzas.

—No es un truco genial, pero sí adecuado —dijo Pitt, pendiente de un Cadillac STS último modelo estacionado junto al bordillo, a poca distancia de la puerta principal del club de campo. Dentro había tres figuras sombrías, dos delante y una atrás. Pitt vio por el retrovisor cómo las luces del Cadillac se encendían y el coche comenzaba a seguirlos a cierta distancia.

—¿Te vigilan, Maeve?

—Me dijeron que no me perderían de vista, pero yo no he notado nada.

—Eres poco observadora. Ahora mismo hay un coche siguiéndonos.

Ella se aferró al brazo de Pitt.

—Este automóvil parece muy rápido. ¿Por qué no aceleras y dejas al otro atrás?

—¿Que lo deje atrás? —Pitt la miró de reojo—. El que nos sigue es un Cadillac STS. Ese coche tiene un motor de más de trescientos caballos y es capaz de alcanzar más de 260 kilómetros por hora. El chisme en el que vamos también tiene un motor Cadillac con carburadores dobles de cuatro bocas y leva Iskenderian de tres cuartos.

—Lo cual a mí no me dice nada.

—Lo que quiero decir es que este coche era muy rápido hace cuarenta y ocho años, y sigue siéndolo, pero no pasa de los 210 kilómetros por hora, y eso con viento de cola. En definitiva, el Cadillac nos supera en potencia y velocidad.

—Algo podrás hacer para dejarlo atrás.

—Claro que puedo, pero no sé si te gustará. Pitt aguardó hasta coronar una empinada cuesta y, al dejar atrás la rasante, apretó el acelerador hasta el suelo. Momentáneamente invisible desde el Cadillac, el Allard le ganó una ventaja de cinco preciosos segundos. El pequeño coche deportivo rojo pareció saltar sobre el asfalto. Los árboles de los lados, cuyas desnudas ramas se tendían sobre la carretera como esqueléticos dedos, se convirtieron en un difuso borrón bajo la luz de los faros del Allard. La sensación era similar a la de caer por un pozo.

Pitt miró por el pequeño retrovisor colocado sobre un soporte del capó y calculó que le había ganado unos ciento cincuenta metros al Cadillac. Sus perseguidores se dieron cuenta de la ventaja que había conseguido cuando culminaron la rasante. En total, los había adelantado aproximadamente un tercio de kilómetro. Así pues, teniendo en cuenta la mayor velocidad del Cadillac, Pitt calculó que tardaría cuatro o cinco minutos en alcanzarlos. Iban por una carretera rural que discurría recta por una zona rica de Virginia, en las afueras de Washington, en la que abundaban los criaderos de caballos. A esas horas de la noche, el tráfico era fluido y Pitt rebasó sin dificultad a dos coches más lentos. El Cadillac iba a toda velocidad tras ellos, y ganando terreno a cada kilómetro. Pitt manejaba el volante con soltura y tranquilidad. No tenía miedo. Quienes los seguían no querían hacerles daño ni a Maeve ni a él. Así pues, no se trataba de una carrera a vida o muerte. Lo embargaba una estimulante sensación: la aguja del tacómetro en la zona roja, una carretera casi vacía ante él y el viento rugiendo en sus oídos sobre el zumbido del doble tubo de escape situado bajo los costados del Allard; todo ello aumentaba su excitación.

Apartó por un instante los ojos de la carretera y miró a Maeve. La muchacha permanecía retrepada en su asiento, con la cabeza ligeramente levantada, como si quisiera inspirar el aire que pasaba por encima del parabrisas. Había entrecerrado los ojos y tenía los labios semiabiertos. Parecía sumida en el éxtasis. La emoción, el

rugido del motor, la velocidad; Maeve no era la primera mujer seducida por la pasión de la aventura; además tenía lo que una mujer necesita en tales casos: un hombre a su lado con quien compartir esa pasión.

Hasta que llegaron a las afueras de la ciudad, poco pudo hacer Pitt, salvo apretar el acelerador a fondo y mantener las ruedas en paralelo a la línea longitudinal del centro de la calzada. Sin velocímetro, sólo podía calcular la velocidad por el tacómetro. Debían de ir a 190 o 200 kilómetros por hora. El viejo coche estaba rindiendo al máximo.

Sujeta por el cinturón, Maeve se volvió en el asiento y, por encima del estruendo, gritó:

—¡Se están acercando!

Pitt volvió a echar un rápido vistazo por el retrovisor. El Cadillac estaba a unos cien metros. «Es un conductor hábil» pensó Pitt. Sus reflejos eran tan rápidos como los de él. Devolvió la atención a la carretera.

Se aproximaban a una zona residencial. Pitt podría haber intentado despegarse del Cadillac tomando alguna calle lateral, pero desechó la idea, porque corría el riesgo de arrollar a alguna familia que hubiese salido a dar un paseo al perro a última hora. No quería provocar un accidente mortal en que las víctimas fueran personas inocentes.

Sólo faltaban un par de minutos para que, por motivos de seguridad, tuviera que reducir una marcha y mezclarse con el creciente tráfico, pero de momento la carretera estaba despejada y Pitt mantuvo la velocidad. De pronto apareció una señal que advertía de obras en una carretera comarcal que se dirigía hacia el oeste en la siguiente intersección. Pitt sabía que esa carretera estaba llena de curvas cerradas y discurría durante cinco kilómetros por una zona desierta, hasta llegar a la autopista que pasaba ante la central de la CÍA en Langley.

Levantó el pie derecho del acelerador y pisó el freno a fondo, al tiempo que hacía girar el volante hacia la izquierda. El Allard derrapó y los neumáticos chirriaron; sintieron un fuerte olor a caucho quemado. Antes de que el coche se detuviera por completo, las ruedas traseras volvieron a girar, impulsando el vehículo deportivo hacia la carretera comarcal sumergida en una completa oscuridad.

Pitt se concentró al máximo en las curvas que tenía por delante. Los viejos faros de reflector no iluminaban la carretera tan extensamente como las modernas luces halógenas y debía anticipar cada vuelta por medio de su sexto sentido. Pitt disfrutaba conduciendo en las curvas. Sin tocar el freno, las tomaba derrapando y compensando luego el automóvil.

El Allard se encontraba en su elemento. Para ser un automóvil de turismo, el pesado Cadillac tenía una excelente suspensión, pero, aun así, no podía rivalizar con el coche deportivo, mucho más ligero y pensado para las carreras. Pitt estaba enamorado del Allard; además, se compenetraba a la perfección con la máquina. Le

gustaba su sencillez y su poderoso motor. Pitt apretaba los labios en una sonrisa crispada al tomar las curvas. Conducía como un diablo, sin tocar el freno y reduciendo la marcha sólo en las curvas más cerradas. El conductor del Cadillac hacía lo que podía, pero perdía terreno en cada curva.

Luces amarillas de peligro brillaban en unas barreras situadas más adelante. Junto a la cuneta había una enorme trinchera donde se estaba instalando una tubería. Pitt advirtió con alivio que el camino se estrechaba, pero no estaba cortado. El pavimento pasó a ser de tierra y grava durante cien metros, pero Pitt no levantó el pie del acelerador, regocijándose por la gran nube de polvo que levantaba a su paso y que, sin duda, haría que su perseguidor tuviese que reducir velocidad.

Al cabo de otros dos minutos de furiosa carrera, Maeve señaló hacia adelante y un poco a la derecha.

—Veo faros —dijo.

—La autopista —asintió Pitt—. Aquí es donde los perderemos definitivamente.

La intersección estaba libre de tráfico y no vieron coches a medio kilómetro en ninguna de las direcciones. Pitt quemó las cubiertas de las ruedas al realizar un giro cerrado a la izquierda que los alejó de la ciudad.

—¿No vas en dirección contraria? —preguntó Maeve, alzando la voz para que Pitt pudiera oírla por encima del ensordecedor chirrido de los frenos.

—Fíjate y aprende —dijo Pitt. Giró el volante en sentido opuesto, frenó con suavidad e hizo que el Allard girase en «U», para seguir luego en dirección opuesta. Pasó ante el cruce con la carretera comarcal antes de que las luces del Cadillac fueran visibles y aumentó la velocidad en dirección a la capital.

—¿Para qué has hecho eso? —preguntó Maeve.

—Ha sido una maniobra de despiste. Si los sabuesos son tan listos como imagino, seguirán mis huellas de frenado en dirección opuesta.

Ella le agarró el brazo y se apretó contra él.

—¿Qué piensas hacer como colofón? —preguntó.

—Ahora que ya te he deslumbrado con mi virtuosismo, procederé a seducirte con mi encanto.

Maeve le dirigió una mirada burlona.

—¿Qué te hace creer que no estoy demasiado asustada para seducciones?

—Te leo los pensamientos y sé que no es así.

Maeve se echó a reír.

—¿Cómo puedes leer mis pensamientos?

—Es un don. Por mis venas corre sangre gitana —contestó Pitt, encogiéndose de hombros.

—¿Tú, gitano?

—Según mi árbol genealógico, mis antepasados paternos, que emigraron de

España a Inglaterra en el siglo XVII, eran gitanos.

—Y tú lees la palma de la mano y echas la buena ventura.

—Pues no. Mi don únicamente se pone de manifiesto en las noches de luna llena.

Ella lo miró con recelo, pero mordió el cebo.

—¿Qué te sucede en las noches de luna llena?

Pitt se volvió hacia ella y contestó con una sonrisa descarada:

—Que salgo a robar gallinas.

Maeve escrutaba recelosamente la oscuridad, mientras Pitt conducía por un camino de tierra apenas iluminado que bordeaba el aeropuerto internacional de Washington. Se aproximaban a lo que parecía un viejo hangar abandonado. No había otro edificio en las proximidades. Maeve se sintió aún más inquieta cuando Pitt detuvo el coche bajo las luces amarillas de una farola.

—¿Adónde vamos? —preguntó Maeve.

—A mi casa, naturalmente —contestó él divertido.

El rostro de la joven reflejó un desagrado muy femenino.

—¿Vives en este viejo barracón?

—Lo que ves es un edificio histórico, construido en 1963 como hangar de mantenimiento para una aerolínea pionera desaparecida hace ya mucho.

Sacó del bolsillo un pequeño mando a distancia y marcó en él una clave. Al cabo de un segundo se alzó una puerta y apareció ante ellos lo que a Maeve le pareció la boca de una caverna, negra y llena de acechantes peligros. Para aumentar aún más el dramatismo de la situación, Pitt apagó los faros y avanzó entre tinieblas. Luego usó de nuevo el mando a distancia para cerrar la puerta y se quedó en el asiento.

—Bueno, ¿qué te parece? —preguntó burlonamente en la oscuridad.

—Estoy a punto de gritar pidiendo ayuda —dijo Maeve, presa de la confusión.

—Lo siento. —Pitt usó de nuevo el mando y en el interior del hangar se encendieron unos tubos fluorescentes estratégicamente dispuestos en el techo abovedado del hangar.

Maeve quedó boquiabierta al verse rodeada de una valiosa colección de vehículos. Contempló con estupor los relucientes automóviles clásicos, los aviones y el decimonónico vagón de tren. Reconoció un par de Rolls Royce y un gran Daimler descapotable, pero no estaba familiarizada con los Packard, Pierce Arrow, Stutz, Cord y los otros automóviles europeos que había, entre ellos, un Hispano-Suiza, un Bugatti, un Isotta Fraschini, un Talbot Lago y un Delahaye. Los dos aviones que colgaban del techo eran un viejo Ford trimotor y un caza Messerschmitt 262 de la Segunda Guerra Mundial. El único objeto que parecía fuera de lugar era un pedestal que sustentaba un motor fueraborda incorporado a una vieja bañera de hierro forjado.

—¿Todo esto es tuyo? —preguntó Maeve.

—Tuve que elegir entre esto y una esposa e hijos —bromeó él.

Ella se volvió hacia él, ladeando la cabeza con coquetería.

—No eres viejo. Todavía puedes casarte y tener familia. Lo que ocurre es que no has encontrado a la mujer adecuada.

—Sí, supongo que tienes razón.



—¿Desgraciado en amores?

—Ésa es la maldición de los Pitt.

—¿Es ahí donde vives? —preguntó Maeve, señalando una caravana Pierce Arrow azul oscuro.

Él se echó a reír y señaló hacia arriba.

—Mi apartamento está al final de esa escalera de caracol pero sí estás cansada, puedes subir en el montacargas.

—El ejercicio me vendrá bien —dijo suavemente ella. Pitt la condujo escaleras arriba. Franquearon la puerta que se abría a un salón estudio lleno de estantes atestados de libros sobre el mar y de pequeñas vitrinas que albergaban réplicas de los barcos descubiertos y explorados por Pitt en sus años al servicio de la ANIM. Una puerta situada en un lado de la habitación conducía a un enorme dormitorio decorado como el camarote del capitán de un viejo velero. El cabezal de la cama era un enorme timón. En el extremo opuesto de la sala había una cocina y el comedor. Maeve pensó que ese apartamento sólo podía ser de un hombre solitario.

—O sea que aquí se mudó Huckleberry Finn tras dejar su casa flotante en el río —dijo. Luego se quitó los zapatos y se sentó en un sofá de piel, con las piernas cruzadas.

—Como me paso la mayor parte del año en el mar, no puedo venir aquí con la frecuencia que me gustaría. —Se quitó el abrigo y se soltó el lazo de la corbata—. ¿Una copa?

—Un brandy me vendría de perlas.

—Ahora que pienso, te saqué de la fiesta antes de que tuvieras oportunidad de cenar. Te prepararé algo.

—Con el brandy será suficiente. Mañana tendré tiempo de atiborrarme.

Pitt sirvió a Maeve un Rémy Martin y se sentó junto a ella en el sofá. La joven lo deseaba desesperadamente, quería tocarlo, sentirse rodeada por sus brazos; pero en su interior se debatían fuerzas en conflicto. Recordó a sus dos hijos, que estarían sufriendo bajo las brutales manos de Jack Ferguson, y una ola de remordimientos la invadió. Era algo demasiado terrible que no debía olvidar ni por un momento. Sintió una opresión en el pecho, y el resto del cuerpo, crispado y débil. Le angustiaba la suerte de Sean y Michael; sus hijos seguían siendo para ella unos bebés, y le parecía una monstruosidad permitirse en esos momentos el solaz de una aventura sensual. Quería gritar de desesperación. Dejó el brandy sobre la mesa de café y, de pronto, se echó a llorar desconsoladamente.

Pitt la abrazó con fuerza.

—¿Tus hijos? —preguntó.

Ella asintió entre sollozos.

—Lo siento. No pretendía jugar contigo.

Extrañamente, y a diferencia de lo que le ocurría al resto de los hombres, Pitt comprendía bien las emociones femeninas, y las lágrimas nunca lo desconcertaban ni confundían. Reaccionaba ante el comportamiento temperamental de las mujeres con más comprensión que incomodidad.

—Cuando una mujer tiene que elegir entre la preocupación por sus hijos y sus deseos, el instinto maternal gana siempre.

Maeve se sorprendió de que Pitt fuera tan comprensivo. No parecía humano. Indiscutiblemente, era distinto a cuantos hombres había conocido en su vida.

—Estoy tan perdida y asustada. Jamás me había sentido tan indefensa.

Pitt se levantó del sofá y regresó con una caja de pañuelos de papel.

—Lamento no poder ofrecerte un pañuelo de tela, pero hace mucho que no los uso.

—¿No te sientes... decepcionado?

Pitt sonrió, mientras observaba a Maeve secarse los ojos y sonarse la nariz.

—Lo cierto es que yo tenía motivos ulteriores.

Ella lo miró inquisitivamente.

—¿No quieres acostarte conmigo?

—Si no quisiera, me retirarían la licencia de uso de testosterona. Pero no fue ése el único motivo por el que te traje aquí.

—No entiendo.

—Necesito tu ayuda para redondear mis planes.

—¿Qué planes?

Él la miró como si la pregunta lo sorprendiese.

—¿Qué planes van a ser? Conseguir meterme en la isla Gladiator, rescatar a tus chicos y escapar.

Maeve movió las manos nerviosa.

—¿Harías eso? —preguntó casi sin aliento—. ¿Arriesgarías la vida por mí?

—Y por tus hijos —añadió Pitt.

—Pero... ¿por qué?

Él ardía en deseos de decir a Maeve que era hermosa y encantadora, y que albergaba sentimientos de profundo afecto hacia ella; pero no fue capaz de hablar como un adolescente con mal de amores. Fiel a sí mismo, optó por bromear.

—¿Por qué? Porque el almirante Sandecker me ha dado diez días libres y detesto quedarme haraganeando y sin hacer nada de provecho.

Maeve sonrió con los ojos anegados en lágrimas y atrajo a Pitt hacia ella.

—Eso es mentira. Y ni siquiera es una buena mentira.

Antes de besarla, Pitt susurró:

—¿Por qué será que las mujeres siempre me leen los pensamientos?

### **III.**

## **DIAMANTES... LA GRAN ILUSIÓN**

La casa solariega de los Dorsett se alzaba en el centro de la isla, entre los dos volcanes inactivos. La fachada daba a la laguna, convertida en un concurrido puerto para las actividades de la minería de diamantes. Dos minas en sendas chimeneas volcánicas llevaban en actividad continua casi desde el día en que Charles y Mary Dorsett regresaron de Inglaterra tras contraer matrimonio. Había quien aseguraba que el imperio familiar comenzó entonces, pero los mejor informados afirmaban que en realidad el imperio lo inició Betsy Fletcher cuando encontró las extrañas piedras y se las entregó a sus hijos para que jugaran.

La casa original, construida principalmente con troncos y techo de palmas, fue derribada por Anson Dorsett. Fue él quien diseñó y mandó construir la gran mansión que aún seguía en pie tras ser remodelada por generaciones posteriores, hasta que llegó a manos de Arthur Dorsett. El estilo se ceñía al esquema clásico: un patio central rodeado por verandas desde las que se accedía a las treinta habitaciones, todas ellas decoradas con antigüedades coloniales inglesas. El único elemento moderno que se veía era la gran antena parabólica que se alzaba en el jardín y una espléndida piscina situada en el patio central.

Arthur Dorsett colgó el auricular del teléfono, salió de su despacho y se dirigió a la piscina, donde Deirdre, con un espectacular bikini, yacía lánguidamente en una tumbona, bronceándose bajo el sol tropical.

—Más vale que mis hombres no te vean así —dijo el hombre, ceñudo.

Ella se levantó lentamente y se contempló el cuerpo.

—¿Cuál es el problema? Llevo puesta la parte de arriba.

—Y a las mujeres les extraña que las violen.

—¿Qué pretendes? ¿Que ande por ahí vestida con un saco? —preguntó Deirdre, burlona.

—Acabo de hablar por teléfono con Washington. Parece que tu hermana se ha esfumado —dijo él, bastante preocupado.

Deirdre se incorporó, sorprendida, y alzó una mano para protegerse los ojos del sol.

—¿Estás seguro? Contraté personalmente a los mejores detectives, antiguos agentes del servicio secreto, para que la vigilaran.

—Está confirmado. Metieron la pata y perdieron a Maeve tras una persecución por carreteras rurales.

—Maeve no es tan lista como para despistar a unos investigadores profesionales.

—Por lo visto, contó con ayuda.

Los labios de la mujer se apretaron en una mueca de desagrado.

—A ver si adivino... Dirk Pitt.

Dorsett asintió.

—Ese hombre está en todas partes. Boudicca lo tuvo en su poder en la mina de la isla Kunghit, pero se le escapó de entre los dedos.

—Me imaginé que ese tipo era peligroso cuando salvó a Maeve. Y debí darme cuenta de hasta qué punto lo era cuando frustró mis planes de sacarte del *Polar Queen* con nuestro helicóptero antes de que el barco se estrellara contra las rocas. Creí que, después de eso, ya nos habríamos librado de él. Nunca se me ocurrió que se presentaría sin aviso en nuestras instalaciones canadienses.

Dorsett le hizo una seña a una bonita y menuda muchacha china que permanecía junto a una de las columnas que sustentaban el techo de la veranda. Llevaba un vestido de seda con largas aperturas en los costados.

—Tráeme una ginebra —ordenó—. Doble. No me gustan los tragos escasos.

Deirdre alzó su vaso vacío.

—Otro ron.

La joven se alejó apresuradamente en busca de las bebidas. Deirdre sorprendió a su padre dirigiendo una apreciativa mirada al trasero de la china y puso los ojos en blanco.

—Pero papá... No deberías andar acostándote con el servicio. La gente espera algo más de un hombre con tu fortuna y posición.

—Ciertas cosas están más allá de las clases sociales —replicó él, severo.

—¿Qué haremos respecto a Maeve? Es evidente que ha conseguido la colaboración de Dirk Pitt y de los miembros de la ANIM para ayudarla a rescatar a sus hijos.

Dorsett dejó de mirar a la criada china.

—Tal vez sea un hombre de muchos recursos, pero, aunque logró infiltrarse en nuestras propiedades de la isla Kunghit, no le resultará tan fácil entrar en la isla Gladiator.

—Maeve conoce la isla mejor que ninguno de nosotros. Encontrará un modo.

Dorsett señaló con un dedo la dirección aproximada en que se encontraban las minas.

—Aunque consigan acceder a la isla, nunca podrán acercarse a la casa.

Deirdre sonrió diabólicamente.

—Debemos prepararles una cálida bienvenida.

—Nada de cálidas bienvenidas en la isla Gladiator, querida hija.

—Tienes otros planes. —Fue más una afirmación que una pregunta.

Dorsett asintió con la cabeza.

—No dudo de que, con la ayuda de Maeve, encontrarán algún medio de saltarse nuestras medidas de seguridad. Pero, desafortunadamente para ellos, eso no les servirá de nada.

—No entiendo.

—Como suelen decir en las películas del Oeste, los atraparemos en el desfiladero. No llegarán a la isla.

—Éste es mi padre. —La joven se puso en pie y lo abrazó, aspirando su aroma. Siempre olía a colonia, una marca especial importada de Alemania, que tenía un tenue aroma almizclado que a ella le recordaba a maletines de buen cuero, a sala de reuniones ejecutiva y a la lana de calidad de un costoso traje de negocios.

De mala gana, Dorsett la apartó. Le irritaba sentir lascivia hacia la carne de su carne y la sangre de su sangre.

—Quiero que tú coordines la operación y Boudicca, como de costumbre, la lleve a cabo.

—Apostaría mi paquete de acciones de la Dorsett Consolidated a que sabes dónde encontrarlos. —La mujer dirigió una sesgada sonrisa a su padre—. ¿Cuál es nuestra agenda?

—Sospecho que el señor Pitt y Maeve ya han salido de Washington.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Tan pronto?

—En los dos últimos días ni Maeve ha aparecido por su casa, ni Pitt por su despacho en el edificio de la ANIM, así pues, es de suponer que se dirigen hacia aquí con el propósito de rescatar a los gemelos.

—Dime dónde les preparamos la trampa —dijo Deirdre, con un felino brillo en los ojos, presta para la caza y segura de que su padre tenía la respuesta—. ¿En un aeropuerto o en un hotel de Honolulu, Auckland o Sydney?

Dorsett negó con la cabeza.

—Nada de eso. No nos van a facilitar las cosas viajando en vuelos comerciales y alojándose en concurridos hoteles. Vendrán en un avión de reacción de la ANIM y utilizarán como base las instalaciones de la agencia.

—No sabía que los norteamericanos tuvieran bases permanentes de investigaciones oceanográficas en Nueva Zelanda y Australia.

—No las tienen —contestó Dorsett—. Pero un buque científico de la ANIM, el *Ocean Angler*, se encuentra efectuando un estudio de las profundidades marinas en Bounty Trough, al oeste de Nueva Zelanda. Si todo sale según tienen previsto, mañana a estas horas Pitt y Maeve llegarán a Wellington y, en el muelle de la capital, subirán a ese barco.

Deirdre miró a su padre con evidente admiración.

—¿Cómo has logrado enterarte de todo eso?

Dorsett curvó los labios en una amplia sonrisa.

—Tengo a mi propio informante en la ANIM. Le pago muy bien para que me mantenga informado de cualquier descubrimiento de depósitos de piedras preciosas

en el fondo del mar.

—O sea que nuestro plan consistirá en que Boudicca y su tripulación intercepten y aborden el buque científico y lo hagan desaparecer.

—No, eso sería una torpeza —dijo Dorsett, tajante—. Boudicca se ha enterado de que, de algún modo, Dirk Pitt relacionó la desaparición de los barcos abandonados con su yate. Así que si enviamos al fondo del mar uno de los buques de la ANIM con toda su tripulación dentro, nos culparán de inmediato de ello. No, debemos ocuparnos de este asunto con mucha más delicadeza.

—Veinticuatro horas no es mucho tiempo.

—Si sales después del almuerzo, estarás en Wellington a la hora de la cena. John Merchant y sus fuerzas de seguridad te esperarán en el almacén que tenemos a las afueras de la ciudad.

—Creí que a Merchant le habían partido la cabeza en la isla Kunghit.

—Sólo fue una brecha en la frente, pero está ansioso de vengarse por ello. Insistió en encargarse personalmente de la misión.

—¿Y qué haréis Boudicca y tú?

—Iremos en el yate y llegaremos a medianoche —contestó Dorsett—. Eso nos dejará diez horas para acabar de realizar todos los preparativos.

—Entonces tendremos que enfrentarnos a ellos a plena luz del día.

Dorsett tomó a Deirdre por los hombros con tal fuerza que ella hizo una mueca de dolor.

—Cuento contigo para superar todos los obstáculos que surjan, hija.

—Cometimos un error al pensar que podíamos fiarnos de Maeve. Debiste prever que en cuanto tuviese una oportunidad se lanzaría al rescate de sus cachorros.

—La información que nos pasó antes de desaparecer nos fue muy útil —respondió él, ceñudo. A Arthur Dorsett no le hacía gracia que lo acusaran de cometer errores de cálculo.

—Si Maeve hubiera muerto en la isla Seymour, no nos encontraríamos en este atoladero.

—La culpa no es totalmente de ella —dijo Dorsett—. Maeve no supo que Pitt había pensado introducirse en Kunghit. Aunque el tipo haya conseguido echar sus redes, la información que consiguió no puede perjudicarnos en nada.

Pese a los pequeños reveses, Dorsett no estaba excesivamente preocupado. Sus minas se encontraban en islas, en lugares apartados donde las protestas organizadas resultaban más que imposibles. Sus inmensos recursos se habían puesto ya en marcha: se habían redoblado las medidas de seguridad para evitar que los periodistas se acercaran a las minas Dorsett y sus abogados trabajaban horas extra para superar cualquier clase de oposición legal, mientras los encargados de las relaciones públicas de su vasto imperio tildaban las historias de muertes y desapariciones en todo el

océano Pacífico de inventos de los ecologistas e intentaban hacer que otros cargaran con las culpas, atribuyendo los extraños hechos a experimentos militares secretos realizados por los norteamericanos.

Cuando Dorsett habló, lo hizo con renovada calma.

—Si el almirante Sandecker organiza algún escándalo, la cosa se apaciguará dentro de veintitrés días, cuando clausuremos las minas.

—No podemos cerrarlas, eso sería lo mismo que declararnos culpables, y tendríamos que enfrentarnos a un montón de denuncias por parte de los ecologistas y de los familiares de los desaparecidos.

—No te preocupes, hija. Resulta casi imposible obtener pruebas que demuestren que nuestros métodos de excavación producen convergencias de ondas submarinas de alta frecuencia que acaban con toda clase de vida orgánica. Para hacerlo, serían necesarias pruebas científicas que requerirían meses y meses, así que les será imposible demostrar nada en sólo tres semanas. Según nuestros planes, de las minas se retirará todo, hasta la última tuerca. La plaga acústica, como insisten en llamarla, será cosa del ayer.

La pequeña muchacha china reapareció con las bebidas en una bandeja. Les sirvió y se retiró de inmediato, silenciosa como un espectro, a la sombra de la veranda.

Deirdre preguntó a su padre.

—Ahora que su madre nos ha traicionado, ¿qué piensas hacer con Sean y Michael?

—Me ocuparé de que Maeve no vuelva a verlos nunca más.

Haciendo girar el helado vaso contra la frente, la mujer dijo:

—Será una auténtica lástima.

Dorsett bebió un sorbo de ginebra como si fuese agua. Luego bajó el vaso y miró a su hija.

—¿Lástima? ¿De quién se supone que tengo que sentir lástima? ¿De Maeve o de sus hijos?

—De ninguno de ellos.

—Entonces, ¿de quién?

Las exóticas facciones de Deirdre reflejaron una sardónica expresión.

—De los millones de mujeres de todo el mundo que se encontrarán con que sus diamantes valen tanto como el cristal.

—Les quitaremos a las piedras su romántico atractivo —dijo Dorsett sonriendo—. De eso puedes estar segura.



Mientras contemplaba la ciudad desde la ventanilla del avión de la ANIM, Pitt pensó que Wellington no podía encontrarse en un emplazamiento más bello. Se hallaba situada junto a una inmensa bahía y un dédalo de islas y rodeada de una exuberante vegetación y de pequeñas montañas cuya cima más elevada era la del monte Victoria, además contaba con un puerto considerado como uno de los más importantes del mundo. Ésa era la cuarta vez en diez años que Pitt visitaba la capital de Nueva Zelanda, y casi nunca la había visto sin chaparrones y fuertes vientos.

El almirante Sandecker había dado su visto bueno a la misión de Pitt, aunque no sin fuertes reticencias. Consideraba que Arthur Dorsett era un hombre sumamente peligroso, un codicioso psicópata social, capaz de matar sin remordimiento alguno. El almirante había autorizado que un avión de la ANIM transportase a Pitt, Giordino y Maeve a Nueva Zelanda y permitido que Pitt se pusiera al mando de un buque científico y lo utilizara como base de operaciones para el rescate, aunque con la estricta condición de que no debían arriesgarse vidas en el intento. Pitt accedió de buen grado, puesto que, una vez el *Ocean Angler* estuviese a una distancia segura de la isla Gladiator, las únicas vidas en peligro serían las de ellos tres. Su plan consistía en utilizar un sumergible para llegar a la laguna, y luego, una vez en tierra, ayudar a Maeve a recuperar a sus hijos y regresar con ellos al barco. Irónicamente, Pitt se dijo que, desde luego, era un plan sin demasiados tecnicismos, pues, cuando estuvieran en la isla, todo dependería de Maeve.

Miró a Giordino, que, en el otro lado de la cabina, pilotaba el reactor Gulfstream. Su corpulento amigo estaba tan tranquilo como si se encontrase tumbado bajo una palmera en una playa tropical. Eran amigos íntimos desde el día en que se conocieron en la escuela primaria y se enzarzaron en una pelea a puñetazos. Jugaron al fútbol americano en el mismo equipo del instituto y luego en el de la Academia de la Fuerza Aérea. Haciendo descarado uso de la influencia del padre de Pitt, senador por California, para continuar juntos, Dirk y Al asistieron a la misma escuela de vuelo y estuvieron en Vietnam, volando en la misma escuadrilla. En lo referente a damas, sin embargo, sus gustos eran muy diferentes. A Giordino le encantaban los tórridos idilios, mientras que Pitt se sentía más cómodo con las relaciones más tranquilas.

Se levantó de su asiento, se dirigió a la cabina principal y contempló a Maeve. La joven había dormido poco durante el largo y tedioso viaje desde Washington, y por eso estaba demacrada y parecía cansada. Tenía los ojos cerrados, pero supuso que no estaba dormida porque se movía inquieta en el estrecho diván. Pitt se inclinó sobre ella y la movió suavemente.

—Vamos a aterrizar en Wellington —dijo.

Los extraordinarios ojos azules de Maeve se abrieron.

—Estoy despierta —murmuró con voz adormilada.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó él, atento y preocupado.

Maeve se incorporó y asintió valerosamente.

—Lista y dispuesta —dijo.

Giordino hizo descender el avión hasta que el tren de aterrizaje tomó contacto con la pista y luego rodó hasta la zona reservada para los aparatos privados.

—¿Ves algún coche de la ANIM? —preguntó a Pitt.

Por ningún lado se advertía la presencia de uno de los peculiares vehículos pintados de turquesa y blanco.

—Se habrán retrasado —contestó Pitt—. O nosotros nos hemos adelantado.

—Hemos llegado con quince minutos de antelación a la hora prevista —dijo Giordino, tras echar un vistazo al reloj del panel de mandos.

Desde la plataforma de una pequeña camioneta de servicio, un empleado del aeropuerto indicó a Giordino que lo siguiera hasta un estacionamiento vacío que había en una hilera de reactores. Cuando las alas del aparato se alinearon con las de los aviones contiguos, Giordino lo detuvo y se dispuso a apagar motores.

Pin abrió la portezuela de pasajeros y bajó la pequeña escalerilla. Maeve lo siguió al exterior y caminó un poco para desentumecer sus miembros y articulaciones después del largo viaje. Miró la zona de aparcamiento tratando de distinguir algún coche de la ANIM y dijo entre bostezos:

—Pensé que alguien del barco vendría a recogernos.

Giordino sacó las bolsas de viaje, cerró el avión y se refugió con Pitt y Maeve bajo el ala del aparato para no mojarse. Una nube descargó sobre el aeropuerto y luego se alejó hacia el otro lado de la bahía, momento en que el sol asomó entre una blanca masa de nubes. Minutos más tarde apareció un pequeño autobús Toyota con el distintivo del puerto de Wellington en los costados. El conductor se apeó y se dirigió al aparato. Era un hombre flaco, de rostro cordial, vestido como el héroe de una película del Oeste.

—¿Alguno de ustedes es Dirk Pitt?

—Soy yo —dijo Pitt.

—Me llamo Cari Marvin. Lamento el retraso. La camioneta que llevamos en el *Ocean Angler* se quedó sin batería y tuve que pedir un vehículo al jefe del puerto. Espero que el retraso no los haya importunado.

—Nada de eso —respondió Giordino, hosco—. Nos hemos entretenido disfrutando del tifón.

El chófer hizo caso omiso del sarcasmo.

—¿Han tenido que aguardar mucho?

—Diez minutos —dijo Pitt.

Marvin cargó las bolsas de viaje en la parte trasera del autobús y, en cuanto los

pasajeros se hubieron sentado, se alejó del avión.

—El muelle en que está anclado el barco se encuentra a poca distancia del aeropuerto —dijo con tono cordial—. Acomódense y disfruten del viaje.

Pitt y Maeve se sentaron juntos cogidos de la mano y hablaron en voz baja como adolescentes. Giordino se acomodó en el asiento situado delante de ellos y detrás del conductor. Estuvo casi todo el trayecto estudiando la foto aérea de la isla Gladiator que el almirante Sandecker había conseguido de sus amigos del Pentágono.

No tardaron en apartarse de la carretera principal para dirigirse al transitado puerto, que se encontraba muy próximo a la ciudad. Había una flota internacional de cargueros, casi todos asiáticos, amarrada a los muelles, flanqueados por grandes almacenes. Nadie prestó atención al errático recorrido del autobús por entre los edificios, barcos y grúas. Marvin estaba pendiente de sus pasajeros y los miraba con frecuencia por el retrovisor.

—El *Ocean Angler* está amarrado frente al próximo almacén —dijo señalando vagamente hacia adelante.

—¿Podremos zarpar enseguida? —preguntó Pitt.

—La tripulación está dispuesta y esperándolos.

Giordino miró pensativo la nuca del conductor.

—¿Cuál es su trabajo en el barco? —preguntó.

—¿El mío? —dijo Marvin sin volverse—. Formo parte del equipo fotográfico.

—¿Cómo se siente navegando a las órdenes del capitán Dempsey?

—Es todo un caballero y siente una gran consideración hacia los científicos y su trabajo.

Giordino alzó los ojos y vio que el chófer lo miraba por el espejo retrovisor. Sonrió hasta que Marvin volvió a centrar su atención en el camino. Entonces, oculto por el respaldo del asiento del chófer, sacó el recibo que le habían entregado cuando repostó combustible en Honolulu, escribió algo en él, lo arrugó y lo arrojó disimuladamente por encima de su hombro. El papel fue a caer sobre las piernas de Pitt.

Charlando con Maeve, a Pitt le había pasado inadvertida la conversación de Marvin y Giordino. Desplegó la nota y leyó el mensaje: «este tipo es un impostor».

Pitt se echó hacia adelante y, con tono despreocupado y nada receloso, preguntó a su amigo:

—¿Por qué eres tan aguafiestas?

Giordino se volvió y dijo en voz baja:

—Nuestro amigo no pertenece al *Ocean Angler*.

—Sigue.

—Le dije que Dempsey es el capitán y él no me corrigió.

—Paul Dempsey es el capitán del *Ice Hunter* y Joe Ross el del *Angler*.

—Además, antes de salir hacia la Antártida, tú, yo y Rudi Gunn repasamos los proyectos de investigación de la ANIM y el personal asignado a ellos.

—¿Y...?

—Nuestro amigo no sólo tiene un falso acento tejano, sino que además asegura pertenecer al equipo fotográfico del *Ocean Angler*. ¿Entiendes?

—Desde luego —murmuró Pitt—. No se contrató a ningún equipo fotográfico para la misión del *Angler*, sólo a técnicos de sonar y a un equipo de geofísicos para estudiar el fondo oceánico.

—Y este fulano nos conduce derechitos al infierno —dijo Giordino, mirando por la ventanilla hacia un almacén del muelle sobre cuyas grandes puertas había un cartel que rezaba: «Dorsett Consolidated Mining Ltd».

Confirmando los temores de los dos amigos, el chófer giró el volante e hizo pasar el autobús por entre los dos guardas de seguridad con uniformes de la Dorsett Consolidated que vigilaban el exterior del almacén. Los guardas siguieron a la furgoneta al interior, y accionaron el interruptor que cerraba las puertas.

—Bien, debo reconocer que nos la han jugado —dijo Pitt.

—¿Cuál es el plan de ataque? —preguntó Giordino, hablando ya en voz alta.

No había tiempo para perfilar los detalles de una estrategia, pues el autobús ya se estaba adentrando en el oscuro almacén.

—Deja a nuestro amigo Cari fuera de combate y larguémonos de aquí.

Giordino no lo pensó dos veces. Se abalanzó hacia el conductor que decía llamarse Cari Marvin, y después de golpearlo, lo quitó de detrás del volante, abrió la portezuela del autobús y lo arrojó afuera.

Pitt se colocó en el puesto del conductor y apretó el acelerador a fondo. El autobús salió lanzado hacia un grupo de hombres armados, obligándolos a dispersarse como hojas al viento. Dos elevadores cargados con cajas de cartón que contenían electrodomésticos de cocina japoneses estaban detenidos frente al autobús, sin embargo la expresión de Pitt no denotó que fuera consciente del inminente choque... Cajas de cartón, tostadores, licuadoras y cafeteras saltaron por el aire como si fueran metralla de un obús.

Pitt hizo un giro cerrado en el amplio pasillo que separaba los estantes llenos de mercaderías, se inclinó sobre el volante y se dirigió hacia una gran puerta metálica. Hubo un gran estruendo cuando el autobús golpeó la puerta y la hizo saltar de sus goznes. De nuevo se hallaban en el muelle de carga. Pitt giró bruscamente el volante para evitar estrellarse contra la base de una enorme grúa portuaria.

Esa parte del puerto se encontraba desierta. No había barcos cargando o descargando sus bodegas y los obreros que trabajaban en una sección del muelle estaban almorzando, sentados codo con codo en una larga barrera de madera que había en la boca de una vía de acceso al muelle. Pitt hizo sonar el claxon al tiempo

que giraba violentamente para evitar arrollar a los obreros, que quedaron paralizados al ver el vehículo que se abalanzaba hacia ellos. Pitt casi consiguió sortear la barrera, pero, cuando completaba el giro, el parachoques posterior del autobús golpeó con fuerza en la barrera y la derrumbó, haciendo que los obreros salieran corriendo.

—¡Lo siento mucho, amigos! —gritó Pitt por la ventanilla, al pasar entre ellos.

Lamentaba no haberse fijado más en el trayecto durante el viaje de ida y, tardíamente, comprendió que el falso chófer había dado un rodeo para confundirlos, y, desgraciadamente, lo había conseguido, porque Pitt no tenía idea de cómo llegar a la autopista que conducía a la ciudad.

Un gran camión con remolque se cruzó ante él y le bloqueó la salida. Pitt giró bruscamente el volante para evitar estrellarse contra el enorme camión... Un gran estrépito de metal, seguido de cristales rotos y la chapa desgarrada se produjo cuando el lateral del autobús chocó con la parte delantera del camión. El autobús, con el costado derecho prácticamente destruido, quedó fuera de control. Pitt corrigió la dirección, haciendo colear el vehículo hasta que al fin lo enderezó, pero entonces advirtió que caía líquido sobre el parabrisas roto y, furioso, golpeó el volante con fuerza: el impacto había roto las sujeciones del radiador y soltado los manguitos del motor, pero ése no era el único problema: el neumático derecho se había reventado y la suspensión delantera había quedado desplazada.

—¿Tienes que chocar contra todo lo que te encuentras? —preguntó Giordino, irritado. Estaba sentado en el suelo de la parte indemne del autobús, protegiendo a Maeve con su cuerpo.

—Hoy me he levantado torpe —dijo Pitt—. ¿Algún herido?

—Tengo suficientes magulladuras como para denunciarte por lesiones —bromeó Maeve.

Giordino se frotó un protuberante chichón en la frente y miró, afligido, a Maeve.

—Tu viejo es un astuto truhán. Sabía que veníamos y nos preparó una fiesta sorpresa.

—Debe tener en su nómina a alguien de la ANIM —Pitt dirigió una breve mirada a Maeve—. Espero que no seas tú.

—No, no soy yo —dijo Maeve, firme.

Giordino se dirigió a la parte de atrás y miró por la ventanilla para ver si los seguía alguien. Dos furgones negros rodearon el camión accidentado y les iban pisando los talones.

—Tenemos a unos tipos pegados a nuestro tubo de escape.

—¿Son los buenos o los malos? —preguntó Pitt.

—Lamento ser portador de malas noticias, pero no llevan sombrero blanco.

—¿Consideras eso una identificación positiva?

—Para ser más específico te diré que en los costados llevan logotipos de la

Dorsett Consolidated Mining.

—Mensaje comprendido.

—Como se acerquen un poquito más, podré pedirles el permiso de conducir.

—Gracias por decírmelo, pero tengo espejo retrovisor.

—Con todo el estropicio que hemos hecho, lo lógico sería que tuviéramos detrás a media docena de coches de policía —rezongó Giordino—. ¿Por qué no están cumpliendo con su deber de patrullar por los muelles? Lo mínimo que podrían hacer es detenerte por estar conduciendo como un loco.

—O no conozco a mi padre, o él los pagó para que se fueran de excursión —dijo Maeve.

Al no llevar refrigeración, el motor se calentó rápidamente y del capó comenzaron a surgir nubes de vapor. Pitt apenas tenía control sobre el vehículo prácticamente destrozado: las torcidas ruedas delanteras pretendían avanzar en direcciones opuestas. De pronto, vieron ante ellos un callejón que separaba dos almacenes. Jugándose todo a una carta, Pitt metió el vehículo por el angosto pasaje... y la suerte no le fue propicia. Demasiado tarde, supo que el callejón conducía a un muelle desierto cuyo único acceso era ese pasaje.

—Fin de trayecto —dijo Pitt al tiempo que lanzaba un suspiro.

Giordino se volvió a mirar de nuevo hacia atrás.

—La jauría lo sabe. Se han detenido para paladear su triunfo.

—¿Maeve?

La joven fue hasta la parte delantera del autobús.

—¿Sí? —dijo con voz suave.

—¿Durante cuánto tiempo eres capaz de contener la respiración?

—No lo sé. Un minuto o así.

—¿Qué hacen, Al?

—Vienen hacia aquí con unas porras de lo más desagradable.

—Nos quieren vivos —dijo Pitt—. Muy bien, amigos, a sentarse y a sujetarse bien.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Maeve.

—Vamos a darnos un baño, amor mío. Abre todas las ventanillas, Al. Quiero que este trasto se hunda como una piedra.

—Espero que el agua esté caliente —dijo Giordino mientras bajaba las ventanillas—. Odio el agua fría.

Pitt se volvió hacia Maeve y dijo:

—Aspira profundamente varias veces para oxigenar bien la sangre, y cuando caigamos, llénate los pulmones de aire.

—Apuesto a que puedo llegar más lejos que tú buceando —dijo ella, tratando de afrontar el difícil momento con coraje.

—Vas a tener la oportunidad de demostrarlo —contestó él, admirado por el valor de Maeve—. No pierdas tiempo esperando que se forme una bolsa de aire. En cuanto el agua termine de inundar el autobús, sal por las ventanillas de tu derecha y nada bajo el muelle.

Pitt metió la mano tras el asiento del conductor, abrió su bolsa de viaje, sacó un paquete de nailon y se lo metió en la parte delantera de los pantalones.

—¿Se puede saber qué haces? —preguntó Maeve.

—Es mi bolsita de emergencia —explicó Pitt—. Nunca salgo de casa sin ella.

—Los tenemos encima —dijo Giordino con tranquilidad.

Pitt se puso un chaquetón de cuero, se subió la cremallera hasta el cuello y cerró las manos alrededor del volante.

—Muy bien, a ver si conseguimos que los jueces nos den una buena puntuación.

Aceleró y puso el cambio automático en posición de *low*. El maltrecho autobús traqueteó hacia adelante con la rueda delantera derecha girando de forma extraña y envuelto en una nube de vapor que salía de debajo del capó... estaba tomando impulso antes de zambullirse. En el borde del muelle no había barandilla, sólo una valla de madera larga y baja que servía de límite para los vehículos. Las ruedas de delante la golpearon y la ya debilitada suspensión delantera se desprendió mientras las ruedas traseras giraban impulsando lo que quedaba del Toyota hacía el agua.

El autobús pareció moverse en cámara lenta hasta que la pesada parte delantera se adentró en el agua levantando una estrepitosa ola alrededor de ella. Lo último que Pitt oyó antes de que el parabrisas se sumergiera y el mar inundara el interior del vehículo fue el fuerte siseo del motor recalentado al contactar con el agua.

El autobús flotó por unos instantes y luego se hundió en las verdes aguas del puerto. Cuando los hombres de seguridad de Dorsett llegaron al borde del muelle, vieron una nube de vapor, una masa de burbujas y una creciente mancha de aceite. Las olas levantadas por la caída rompieron contra los pilares que sustentaban el muelle. Los guardas esperaron ver aparecer cabezas, pero de las verdes profundidades no surgió absolutamente nada.

Pitt había calculado que, si los muelles podían acoger a grandes cargueros, el agua debía de tener una profundidad de más de quince metros. El autobús se hundió en el fondo de cieno del puerto. Salió de detrás del volante y nadó hacia el fondo del vehículo para cerciorarse de que Maeve y Giordino no habían sufrido heridas y habían salido por las ventanillas. Cuando comprobó que así había sido, salió él impulsándose con los talones por entre la opaca nube de cieno. Cuando salió de en medio del barro, el agua estaba más clara y también unos grados más fría de lo que había esperado. La marea alta había regenerado el agua amarronada del muelle y Pitt pudo distinguir los pilares de sustentación. Calculó que la visibilidad era de veinte metros.

Reconoció las vagas formas de Maeve y Giordino que, a unos cuatro metros por delante de él, nadaban con energía hacia el vacío que se abría ante ellos. Alzó la vista, pero la superficie no era más que una difusa luminosidad parecida a la de un cielo encapotado. Seguidamente el agua se oscureció, se encontraba bajo el muelle, nadando por entre los pilares. Perdió momentáneamente a sus compañeros entre las sombras y sus pulmones protestaron por la prolongada falta de aire. Poco a poco, fue ascendiendo, alzando una mano por encima de la cabeza para evitar golpearse cuando alcanzase la superficie. Al fin lo consiguió y se encontró rodeado de un pequeño mar de desperdicios flotantes. Aspiró golosamente varias bocanadas de aire salino y giró sobre sí mismo hasta localizar a Maeve y Giordino, que se hallaban a escasa distancia de él.

Ambos se acercaron y Pitt admiró aún más a Maeve al ver que estaba sonriendo.

—Fanfarrón —dijo la joven en voz baja, pues sabía que los hombres de su padre podían oírles—. Apuesto a que por intentar ganarme casi te ahogas.

—Aunque soy viejo, soy duro de pelar —murmuró Pitt.

—No creo que nos hayan visto —susurró Giordino—. Cuando salí de la nube de cieno, casi estaba debajo del muelle.

Pitt señaló hacia la parte más concurrida del puerto.

—Lo mejor que podemos hacer es nadar bajo los muelles hasta que encontremos un sitio seguro por el que salir del agua.

—¿Y si nos subimos al primer barco que encontremos? Maeve lo miró con escepticismo. Su largo cabello flotaba en el agua tras ella como rubias algas en un estanque.

—Si la gente de mi padre nos viera, obligaría a los del barco a que nos entregasen.

Giordino la miró fijamente.

—¿No crees que los tripulantes nos retendrían hasta que estuviéramos bajo la protección de las autoridades locales?

Pitt movió la cabeza en un gesto de negación, haciendo que de su cabello se desprendiera una lluvia de pequeñas gotas.

—Si tú fueras el capitán de un barco o el comandante al cargo de la policía portuaria, ¿a quién creerías?, ¿a tres ratas mojadas o a los representantes de Arthur Dorsett?

—Probablemente, a ellos —admitió Giordino—. Si pudiésemos llegar al *Ocean Angler*...

—Ahí es justamente donde esperan que vayamos —dijo Maeve.

—Pero cuando estuviéramos a bordo, los hombres de tu padre tendrían que pelear para sacarnos del barco —aseguró Pitt.

—Ésta es una discusión inútil —dijo Giordino entre dientes—, porque no



tenemos la más remota idea de dónde está amarrado el *Ocean Angler*.

Pitt dirigió una mirada de reproche a su amigo.

—Te detesto cuando hablas con sensatez —dijo.

—¿Es de color turquesa y blanco como el *Ice Hunter*? —preguntó Maeve.

—Todos los barcos de la ANIM tienen esos colores —contestó Giordino.

—Entonces lo vi. Está amarrado en el muelle 16.

—Me rindo. ¿Cómo se llega al muelle 16 desde aquí?

—Es el cuarto hacia el norte —dijo Pitt.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Por la señalización de los almacenes. Pasamos ante el número 19 antes de llegar al 20.

—Puesto que ya hemos fijado nuestra posición y tenemos una dirección, será mejor que nos pongamos en marcha —sugirió Giordino—. Por poco que piensen, no tardarán en enviar a buceadores para buscar nuestros cuerpos en el autobús.

—No os acerquéis a los pilares —previno Pitt—. Están llenos de mejillones y las conchas pueden cortaros la piel como hojas de afeitar.

—¿Por eso nadas con tu chaqueta de cuero? —preguntó Maeve.

—Uno nunca sabe con quién se va a encontrar —respondió Pitt.

Les resultaba difícil orientarse, así que no podían calcular cuánto tardarían en llegar al buque científico. Sin derrochar fuerzas, nadaron lentamente a braza por entre el laberinto de pilares, alejándose de los hombres de Dorsett. Tras alcanzar el muelle 20, pasaron bajo la avenida que interconectaba todas las zonas de embarque del puerto, giraron hacia el norte, hacia el muelle 16. Después de casi una hora, Maeve divisó el casco turquesa reflejándose en las aguas.

—Lo conseguimos —exclamó la joven, feliz.

—No te hagas muchas ilusiones —le recomendó Pitt—. El muelle puede estar lleno de sicarios de tu padre.

El casco del buque se encontraba a sólo dos metros de los pilares. Pitt nadó hasta estar debajo de la pasarela de acceso. Alzó los brazos y cerró las manos en torno a una viga transversal que reforzaba los pilares, para encaramarse a ella y salir del agua. Ascendió por el maderamen del muelle hasta alcanzar el borde superior, después asomó lentamente la cabeza a fin de comprobar quién había en los alrededores.

La zona en torno a la pasarela de acceso estaba desierta, pero en el acceso al muelle más cercano había una furgoneta del servicio de seguridad de Dorsett. Pitt contó cuatro hombres situados en una zona despejada entre los contenedores y los coches estacionados ante el barco amarrado frente al *Ocean Angler*, Pitt bajó la cabeza y dijo a Maeve y Giordino:

—Nuestros amigos están apostados en la entrada del muelle, a unos ochenta

metros de distancia, demasiado lejos para impedirnos subir a bordo.

No eran necesarias más palabras. Pitt ayudó a sus dos compañeros a subir a la viga y luego, a su señal, ascendieron al madero que hacía las veces de bordillo, se escurrieron por debajo del enorme noray al que estaban sujetos los cables de amarre del barco y, con Maeve a la cabeza, subieron corriendo la pasarela hacia la cubierta de arriba.

Cuando estuvo en el barco, Pitt comprendió que se había equivocado y que su error no tenía remedio. Lo supo cuando vio que los hombres que vigilaban el muelle echaron a andar sin prisas hacia el *Ocean Angler*, como si estuvieran dando un paseo por el parque. No hubo ni gritos ni confusión. Actuaban como si hubiesen esperado que sus perseguidos aparecieran súbitamente y alcanzasen el refugio del barco. Al contemplar las cubiertas, carentes de toda actividad humana, Pitt se dijo que algo andaba mal, muy mal, de lo contrario, hubieran visto a alguno de los tripulantes. Los sumergibles autómatas, el equipo de sonar, el gran chigre que servía para hacer bajar a las profundidades los aparatos de inspección, todo se encontraba en su sitio. Rara era la vez en que no había ingenieros o científicos afanándose en torno al costoso equipo. Cuando una de las puertas que daban al puente se abrió y apareció una familiar figura, Pitt comprendió que lo impensable había sucedido.

—Es un placer verlo de nuevo, señor Pitt —dijo sarcásticamente John Merchant—. Es usted de los que nunca se dan por vencidos, ¿verdad?

En los primeros momentos de amarga frustración, Pitt se sintió inundado por una terrible sensación de derrota. Habían sido engañados, Maeve se encontraba a merced de su padre y era muy probable que él y Giordino acabaran muertos. Desde luego, era algo difícil de aceptar.

Era tristemente obvio que, prevenidos de antemano por su agente en el interior de la ANIM, los hombres de Dorsett habían llegado primero al *Ocean Angler* y, por medio de algún tipo de subterfugio, habían dominado al capitán y a la tripulación y se habían apoderado del barco para atrapar a Pitt y a sus compañeros. Evidentemente, Arthur Dorsett había planeado esa estrategia ante la posibilidad de que Pitt y Giordino escapasen de la encerrona del muelle y lograsen, de algún modo, llegar a bordo. Pitt se reprochó no haberlo previsto, y haber buscado una solución alternativa, pero había subestimado al astuto magnate de los diamantes. La posibilidad de que piratease un barco fondeado en un muelle a tiro de piedra de una gran ciudad, no se le había pasado por la cabeza a Pitt.

Comprendió que estaba perdido cuando vio salir de sus escondites a un pequeño ejército de hombres uniformados que llevaban porras policiales y fusiles con pelotas de goma. Pero no irremisiblemente perdido. No, mientras Giordino estuviese a su lado. Miró al italiano, para saber cómo estaba reaccionando ante esa horrible sorpresa. Asombrosamente, Giordino había adoptado una expresión ausente, como si estuviese en el aula de una clase escuchando una aburrida conferencia. Impertérrito, miraba a Merchant como si le estuviera tomando medidas para hacerle un ataúd, y éste, a su vez, observaba a Giordino con una mirada extrañamente similar.

Pitt rodeó con el brazo a Maeve, que, aunque valiente, parecía estar desmoronándose. La expresión de sus ojos azules era desoladora, la de una mujer que se sentía irremisiblemente perdida. Inclino la cabeza, se cubrió el rostro con las manos y sus hombros se hundieron. No temía por ella, sino por lo que su padre les haría a los gemelos cuando se enterase de que ella lo había traicionado.

—¿Qué han hecho con los tripulantes? —preguntó Pitt a Merchant, fijándose en el vendaje que el hombre llevaba en la cabeza.

—A los cinco hombres que se encontraban a bordo se les persuadió de que permanecieran en sus camarotes. Pitt lo miró inquisitivamente.

—¿Sólo cinco?

—Sí. Los otros fueron invitados por el señor Dorsett a una fiesta dada en su honor en el mejor hotel de Wellington. Ya sabe, gloria a los valerosos exploradores de las simas marinas y todo eso. Como compañía minera, la Dorsett Consolidated tiene grandes intereses en cualesquiera minerales que se descubran en el fondo del mar.

—Han tenido en cuenta todos los detalles —dijo fríamente Pitt—. ¿Qué miembro

de la ANIM les informó de que veníamos?

—Un geólogo. Ignoro su nombre, pero es el que mantiene al señor Dorsett informado de los proyectos de minería submarina de su agencia. El tipo no es más que uno de los muchos que facilitan a la compañía información sobre las empresas y los gobiernos de todo el mundo.

—Una gran red de espionaje corporativo.

—Sí, y sumamente eficaz. Le hemos seguido desde el momento en que despegó del aeropuerto de Langley en Washington.

Los guardas que los rodeaban no hicieron nada por limitar los movimientos de los cautivos.

—¿No piensan atarnos ni esposarnos? —preguntó Pitt.

—En caso de que usted o su amigo traten de escapar, mis hombres tienen orden de disparar contra la señorita Dorsett. —Merchant dejó ver sus dientes en una sarcástica sonrisa—. No fue idea mía, desde luego. La orden procede directamente de la señorita Boudicca Dorsett.

—Un encanto de criatura —comentó acremente Pitt—. Seguro que de niña torturaba a sus muñecas.

—Tiene planes muy interesantes para usted, señor Pitt.

—¿Qué tal su cabeza?

—La herida no me impidió volar sobre el océano para detenerlo.

—No aguanto el suspense. ¿Adónde nos llevan?

—El señor Dorsett llegará enseguida y serán ustedes trasladados a su yate.

—Creí que su villa flotante estaba en la isla Kunghit.

—Hace unos días, así era. —Merchant sonrió, se quitó las gafas y limpió meticulosamente los cristales con un pañuelo—. El yate Dorsett tiene cuatro motores turbo diesel conectados con propulsores de agua que producen un total de 18 000 caballos de potencia, con lo cual la embarcación, pese a sus 80 toneladas, puede alcanzar una velocidad de crucero de 120 kilómetros por hora. Como puede advertir, el señor Dorsett es un hombre de gustos muy refinados.

—Probablemente, su personalidad es tan interesante como la agenda de un monje de clausura —dijo Giordino—. ¿Qué hace para distraerse, aparte de contar diamantes?

Por un breve momento, los ojos de Merchant fulminaron a Giordino y su sonrisa se desvaneció. Luego el hombre se dominó y volvió a mostrarse impávido.

—Las bromas, caballeros, se pagan. Como la señorita Dorsett podrá atestiguar, su padre no siente gran estima por las personas ingeniosas. Me atrevo a decir que mañana a estas horas tendrán ustedes muy poco sobre lo que bromear.

Arthur Dorsett no tenía nada que ver con la imagen que Pitt se había formado de él. Esperaba que uno de los hombres más ricos del mundo, padre de tres hermosas

hijas, fuera razonablemente atractivo y poseyera un cierto grado de distinción. Lo que Pitt encontró en el salón del mismo yate a cuya cubierta lo habían subido en la isla Kunghit fue un gigantón que parecía salido del folclore teutónico.

Dorsett le sacaba a Pitt más de media cabeza y, de cintura para arriba, era el doble de ancho; desde luego no era un hombre que pudiera sentirse cómodo detrás de un escritorio. Dorsett tenía la tez curtida por el sol y el frío y las toscas y callosas manos indicaban que era un sujeto al que no le importaba trabajar duro. El bigote era largo y ralo, con fragmentos de la comida del almuerzo adheridos a las hebras de cabello. Pero lo que más sorprendió a Pitt en un hombre de tal talla internacional fueron los dientes, que parecían el marfileño teclado de un viejo piano, amarillentos y mellados. Los labios podrían haber sido el telón que ocultase tanta fealdad, pero, extrañamente, Dorsett nunca los cerraba, ni siquiera cuando estaba callado.

Se encontraba frente al escritorio de madera con repisa de mármol, flanqueado por Boudicca, que permanecía a su izquierda, vestida con unos vaqueros y camisa anudada en la cintura y, extrañamente, abotonada hasta el cuello, y por Deirdre, sentada en un sillón de tapicería de seda estampada, y muy elegante con un suéter de cuello de cisne y camisa y falda escocesas. Con los brazos cruzados y recostado en el escritorio, con un pie en el suelo alfombrado, Dorsett sonreía como una vieja y monstruosa bruja. Los siniestros ojos, penetrantes como agujas, escrutaron a Pitt y Giordino de pies a cabeza, sin perderse detalle. El hombre se volvió hacia Merchant, que se encontraba tras Maeve, con la mano, en el interior del chaquetón, sobre la pistola automática que llevaba en una funda atada al lado izquierdo de su cuerpo.

—Bien hecho, John. —La sonrisa del potentado era resplandeciente—. Te anticipaste a todos sus movimientos. —Alzando las pobladas cejas, contempló a los dos hombres mojados y sucios que tenía ante sí y luego desvió la mirada hacia Maeve, también empapada y con el aire pegado a la frente y las mejillas. Dorsett sonrió y, dirigiéndose de nuevo a Merchant, dijo—: ¿Hubo algún problema? Parece que nuestros amigos se mojaron.

—Demoraron lo inevitable huyendo por el agua —respondió Merchant, con jactancia y pomposidad—. Pero al fin, ellos solos cayeron en mis manos.

—¿Algún problema con los agentes de seguridad de los muelles?

—Las negociaciones para compensarlos por las molestias se desarrollaron sin problemas —dijo Merchant, untuoso—. En cuanto su yate se detuvo junto al *Ocean Angler*, soltamos a los cinco tripulantes que habíamos detenido. Estoy seguro de que cualquier queja formal presentada por la ANIM será recibida con burocrática indiferencia por las autoridades locales. El país tiene una gran deuda para con la Dorsett Consolidated por su contribución a la economía nacional.

—Los felicito a usted y a sus hombres —dijo Dorsett, con una aprobadora inclinación de cabeza—. Todos recibirán una generosa recompensa.

—Es usted muy generoso, señor —ronroneó Merchant.

—Ahora déjenos solos, por favor.

Merchant miró recelosamente a Pitt y a Giordino.

—Son hombres peligrosos, señor —dijo—. Le aconsejo que no se arriesgue con ellos.

—¿Cree que van a intentar adueñarse del yate? —dijo Dorsett sonriendo—. ¿Dos tipos indefensos contra dos docenas de hombres armados? ¿O teme que salten por la borda y naden hasta tierra? —Dorsett señaló la gran ventana, a través de la que se veía la estrecha punta de cabo Farewell, en la isla del Sur neozelandesa, a popa de la embarcación—. ¿Cree que podrían nadar cuarenta kilómetros de mar infestado de tiburones? Yo no lo creo.

—Mi trabajo consiste en protegerlo a usted y a sus intereses —dijo Merchant que, tras apartar la mano de la pistola y abotonarse el chaquetón, se dirigió rápidamente hacia la puerta—. Y yo me tomo en serio mi trabajo.

—Se lo agradezco, Merchant —dijo Dorsett con súbita impaciencia.

En cuanto Merchant se marchó, Maeve espetó a su padre:

—Te exijo que me digas si Sean y Michael se encuentran bien. Espero que el sádico superintendente de tus minas no les haya hecho daño.

Sin articular palabra, Boudicca se adelantó y tendió la mano hacia su hermana. Pitt pensó que iba a mostrarle su afecto con ese gesto, pero no. La golpeó en la mejilla con tanta fuerza que casi derribó a Maeve. Ésta se estremeció y Pitt la sujetó, mientras Giordino se interponía entre las dos mujeres.

Giordino, mucho más bajo que Boudicca, tuvo que mirar a ésta como si estuviera encaramada en lo alto de un rascacielos. La escena resultaba aún más ridícula porque el italiano tenía que mirar por encima de los generosos pechos de Boudicca.

—Bonita bienvenida —dijo sarcástico.

Pitt conocía bien a su amigo y sabía que era un buen juez de rostros y caracteres, por lo que dedujo que debía de haber advertido algún detalle extraño que a Pitt se le había escapado. Giordino estaba corriendo lo que consideraba un riesgo calculado. Miró de arriba abajo a Boudicca con una sonrisa.

—¿Hacemos una apuesta? —preguntó a la mujer.

—¿Una apuesta?

—Sí. Apuesto a que no se depila usted ni las piernas ni las axilas. Se produjo un breve silencio causado, no por el ultraje, sino por la curiosidad. De pronto, el rostro de Boudicca se contorsionó por la ira y echó un puño hacia atrás para descargar un golpe. Giordino permaneció tranquilo, esperando el puñetazo sin hacer nada por esquivarlo.

Boudicca golpeó a Giordino con fuerza, con mucha más fuerza que un pugilista olímpico. Su puño alcanzó a Giordino en la mejilla y la mandíbula. Fue un golpe

salvaje, devastador, que hubiese derrumbado a cualquier otro hombre, que seguramente hubiese quedado inconsciente durante veinticuatro horas. Sin embargo, Giordino volvió el rostro hacia un lado y retrocedió un paso, sacudió la cabeza para despejarse y luego escupió un diente sobre la costosa alfombra. Increíble, inexplicablemente, el italiano avanzó de nuevo para quedar una vez más bajo el protuberante pecho de Boudicca. En los ojos del hombre no había animosidad ni deseos de venganza.

—Si tuviera usted algo de decencia y de respeto hacia el juego limpio, ahora me dejaría intentarlo a mí —dijo.

Boudicca quedó pasmada y confusa, mientras se frotaba la mano dolorida. La furia incontrolada dio paso en sus ojos a la fría animosidad. Parecía una víbora a punto de descargar un golpe mortal.

—Es usted un perfecto estúpido —dijo gélidamente.

De pronto, las manos de Boudicca se cerraron en torno al cuello de Giordino, que permaneció con los puños caídos a los costados, sin hacer nada por detenerla. De su rostro desapareció el color y abrió desmesuradamente los ojos, pero el italiano siguió sin defenderse, mirando sin asomo de rencor a la mujer.

Pitt recordaba bien la fuerza de las manos de Boudicca, pues aún tenía magulladuras en los brazos de su enfrentamiento con ella. Desconcertado por la insólita pasividad de Giordino, se apartó de Maeve, dispuesto a descargar una patada en la rodilla de Boudicca, pero en aquel momento Dorsett gritó:

—¡Suéltalo! No te manches las manos con esa rata.

Giordino seguía tan inmóvil como la estatua de un parque cuando Boudicca le soltó el cuello, retrocedió un paso y quedó frotándose los nudillos magullados por el puñetazo que le había dado al italiano.

—La próxima vez no estará mi padre para salvar tu sucio pellejo —dijo amenazadora.

—¿Nunca has pensado en hacerte profesional? —dijo Giordino con voz ronca, mientras se tocaba las marcas blancas que le habían quedado en el cuello—. Sé dónde hay una feria en la que andan buscando una gigan...

Pitt le puso una mano a su amigo sobre el hombro.

—Antes de que acordéis la fecha de la pelea de desquite, ¿qué tal si escuchamos lo que tiene que decir el señor Dorsett?

—Es usted más inteligente que su amigo —dijo Dorsett.

—Sólo en lo referente a ahorrarme dolores y a relacionarme con delincuentes.

—¿Es eso lo que piensa usted de mí? ¿Que soy un delincuente común?

—Teniendo en cuenta que es usted responsable del asesinato de centenares de personas, la respuesta a su pregunta es un categórico sí.

Dorsett se encogió de hombros, indiferente, y se sentó tras el escritorio.

—Lamentablemente, fue algo necesario.

Pitt apenas lograba dominar la febril furia que sentía hacia Dorsett.

—No se me ocurre nada que pueda justificar la muerte de hombres, mujeres y niños inocentes.

—¿Por qué se preocupa usted tanto por unas cuantas muertes, cuando en el tercer mundo mueren todos los años millones de personas a causa del hambre, las enfermedades y las guerras?

—Así me educaron —dijo Pitt—. Mi madre me enseñó que la vida es un don divino.

—La vida es un artículo de consumo, nada más —dijo despectivamente Dorsett—. Las personas son como herramientas que se usan y luego, cuando ya no tienen utilidad, se desechan o se destruyen. Compadezco a los hombres que, como usted, viven bajo el peso de la moral y los principios. Están condenados a vivir persiguiendo un espejismo, un mundo perfecto que ni ha existido ni existirá.

Pitt entendió que se encontraba ante un demente.

—También usted morirá persiguiendo un espejismo.

Dorsett sonrió.

—Se equivoca, señor Pitt. Antes de que me llegue mi última hora, habré conseguido cuanto deseo.

—Tiene usted una filosofía demencial de la vida. Demencial y monstruosa.

—Pues hasta ahora me ha ido muy bien.

—¿Qué excusa tiene para no interrumpir sus excavaciones mediante ondas sonoras de alta frecuencia que producen la muerte de centenares de personas?

—Extraer más diamantes, ¿qué otra excusa puedo tener? —Dorsett estudió a Pitt como si éste fuera un espécimen metido en un frasco—. Dentro de escasas semanas, haré felices a millones de mujeres porque les venderé las más preciosas de las piedras a un precio que hasta un mendigo podrá pagar.

—No me parece que la caridad sea su punto fuerte.

—En realidad, los diamantes sólo son trozos de carbono. Lo único que los caracteriza es que son la sustancia más dura conocida, por eso son esenciales para la forja de metales y la perforación de rocas. ¿Sabía que la palabra diamante viene del griego, señor Pitt? Significa «indomable». Los griegos, y después los romanos, los usaron para protegerse contra las bestias salvajes y los enemigos humanos. Sus mujeres, sin embargo, no los adoraban como los adoran hoy en día. Aparte de para alejar a los malos espíritus, eran usados como prueba para el adulterio. Y sin embargo, en lo referente a belleza, se puede conseguir exactamente el mismo brillo del cristal.

A Dorsett no se le alteraba la mirada al hablar de diamantes, pero el latido de una vena del cuello denotaba su pasión por ellos. Hablaba como si de pronto se hubiera



elevado a un plano superior al que pocos podían acceder.

—¿Sabía usted que el primer anillo de compromiso de diamantes se lo regaló el archiduque Fernando de Austria a María de Borgoña en 1477, y que la creencia de que la «vena» del amor va directamente del cerebro al dedo anular de la mano izquierda es un mito que procede de Egipto?

Pitt miró a Dorsett con evidente desdén.

—No, pero sé que existe un *stock* de diamantes guardado en almacenes de África del Sur, Rusia y Australia, a fin de que su valor no disminuya. También sé que el cartel, un monopolio dirigido principalmente por la De Beers, fija los precios. ¿Cómo es posible entonces que un solo hombre se enfrente a todo eso y produzca un súbito y drástico descenso en el precio del mercado de los diamantes?

—El cartel caerá en mis manos —afirmó desdeñosamente Dorsett—. Históricamente, siempre que un país o una compañía de diamantes han intentado actuar libremente y comercializar sus piedras en el mercado abierto, el cartel ha bajado los precios. El rebelde, incapaz de competir y acorralado en una situación sin salida, siempre ha acabado volviendo al rebaño. Estoy seguro de que en esta ocasión el cartel actuará del mismo modo, pero, cuando se enteren de que estoy vendiendo millones de diamantes a precios miserables, sin pensar en obtener beneficios, ya será demasiado tarde para reaccionar. El mercado se habrá venido abajo.

—¿Qué beneficio obtendrá dominando un mercado que está por los suelos?

—No me interesa dominar el mercado, señor Pin. Lo que quiero es acabar definitivamente con él.

Pitt advirtió que Dorsett no lo miraba a él, sino que sus ojos estaban perdidos en el vacío, como si estuviera contemplando algo que sólo él podía ver.

—O mucho me equivoco, o va usted a rebanarse su propio cuello.

—Eso parece, ¿verdad? —Dorsett alzó un admonitorio dedo—. Es exactamente lo que quiero que todos crean, incluso mis socios más próximos y también mis propias hijas, pero la verdad es que espero ganar una inmensa suma de dinero.

—¿Cómo? —preguntó Pitt interesado.

Dorsett mostró los grotescos dientes en una satánica sonrisa.

—La respuesta no está en los diamantes, sino en el mercado de gemas de color.

—Dios bendito, ya lo entiendo —dijo Maeve, como si hubiese tenido una revelación—. Quieres acaparar el mercado de gemas de color.

Dorsett asintió con la cabeza.

—Sí, hija. Durante los pasados veinte años, tu astuto padre ha almacenado su producción de diamantes al tiempo que, discretamente, adquiría participaciones en las principales minas de gemas de color del mundo. A través de una compleja red de empresas, en la actualidad controlo secretamente el 80 por ciento del mercado.

—Supongo que al decir gemas de color se refiere usted a los rubíes y esmeraldas

—dijo Pitt.

—Desde luego, y también estoy hablando de zafiros, topacios, turmalinas y amatistas. Casi todas estas piedras preciosas son mucho más escasas que los diamantes. Por ejemplo, cada vez es más difícil encontrar depósitos de savorita, berilio rojo, esmeralda roja u ópalo de fuego mexicano. Hay algunas piedras preciosas tan raras que los coleccionistas las guardan y nunca llegan a convertirse en joyas.

—¿Por qué no se ha mantenido el precio en esas piedras preciosas a la misma altura que el de los diamantes?

—Porque el cartel de diamantes siempre ha conseguido relegar las gemas de color a las sombras —respondió Dorsett con fervor de converso—. La De Beers lleva décadas invirtiendo enormes sumas en hacer análisis y estudios de los mercados internacionales. Se han invertido millones en publicidad, para crear la imagen de que el valor de los diamantes es imperecedero. Para mantener los precios, la De Beers creó una gran demanda de diamantes que se correspondiera a la enorme producción. Se ha conseguido que la gente crea que la mejor forma que un hombre tiene para demostrar su amor a una mujer es regalarle un diamante. Supongo que recordará el eslogan de «Un diamante es para siempre». —Paseó por la estancia, tratando de enfatizar sus palabras con movimientos exagerados de las manos—. Como el mercado de gemas de color está fragmentado en millares de productores independientes, todos ellos compitiendo entre sí, no existe una organización unificada que promueva esas piedras preciosas y mejore su imagen ante los consumidores. Yo me propongo cambiar esta situación cuando el precio de los diamantes se desplome.

—Así que va usted a por todo.

—No me limitaré a vender las gemas de color tal como salen de mis minas —dijo Dorsett—. A diferencia de la De Beers, las cortaré y comercializaré a través de la Casa de Dorsett, mi cadena de tiendas al por menor. Quizá los zafiros, las esmeraldas y los rubíes no sean eternos, pero, cuando lleve a efecto mis planes, cualquier mujer que los luzca se sentirá como una diosa. El arte de la joyería alcanzará nuevos esplendores. Incluso Benvenuto Cellini, el famoso orfebre del Renacimiento, proclamó que el rubí y la esmeralda superaban en gloria a los diamantes.

Se trataba de algo revolucionario, y Pitt consideró cuidadosamente sus posibilidades antes de preguntar:

—Las mujeres llevan décadas relacionando los diamantes con el amor y el matrimonio. ¿Cree usted realmente que conseguirá que dejen de desear diamantes y prefieran las gemas de color?

—¿Por qué no? —Dorsett parecía sorprendido por las dudas de Pitt—. La idea de que un anillo de compromiso debe ser necesariamente de diamantes se impuso a fines del siglo XIX. Sólo se necesita una buena estrategia de marketing para cambiar las

costumbres sociales. Tengo una gran agencia de publicidad con sucursales en treinta países dispuesta a lanzar una campaña internacional de promoción que coincidirá con el hundimiento del cartel de diamantes. Cuando alcance mi meta, las piedras de color serán las de más prestigio en joyería, y los diamantes serán productos secundarios.

Pitt miró a las tres hermanas: Boudicca, Deirdre, Maeve.

—A mí, como a todos los hombres, no se me da bien adivinar las reacciones femeninas, pero no creo que resulte fácil convencer a las mujeres de que los diamantes no son sus mejores amigos.

Dorsett rió sarcásticamente.

—Son los hombres quienes compran las piedras preciosas a las mujeres. Y ellos, aun cuando quieren manifestar su amor, nunca pierden de vista el valor de una inversión. Si se los convence de que los rubíes y esmeraldas son cincuenta veces más escasos que los diamantes, los comprarán.

Pitt preguntó escéptico:

—¿Es eso cierto? ¿Una esmeralda es cincuenta veces más escasa que un diamante?

Dorsett asintió solemnemente.

—Según vayan agotándose los depósitos de esmeraldas, algo que ocurrirá en poco tiempo, el abismo se hará aún mayor. Es algo que ya se ha visto en el mercado de la esmeralda roja, que sólo se encuentra en un par de minas del estado de Utah.

—Me cuesta creer que, para acaparar un mercado destruyendo otro, tan sólo le mueva el interés de obtener simples beneficios.

—No se trata de «simples beneficios», querido amigo, sino de beneficios sin precedentes en la historia. Hablamos de decenas de miles de millones de dólares.

A Pitt esa enorme suma le parecía inverosímil.

—Sólo podrá conseguir tanto dinero doblando el precio de las gemas de color.

—No lo doblaré, sino que lo cuadruplicaré. Naturalmente, el aumento no se producirá de la noche a la mañana, pienso hacerlo de forma gradual, durante un período de varios años.

Pitt se colocó frente a Dorsett y miró fijamente al gigantesco hombre.

—Nada tengo que oponer a su deseo de jugar a rey Midas —dijo—. Haga lo que le plazca con el precio de los diamantes. Pero, por el amor de Dios, cancele la emisión de esas ondas sonoras mortíferas en sus minas. Llame a sus hombres y ordéneles que suspendan las operaciones, y hágalo ya, antes de que se pierdan nuevas vidas.

Se produjo un extraño silencio. Todos se volvieron hacia Dorsett, esperando que el hombre estallara presa de la ira. Sin embargo, miró a Pitt por un largo momento y luego se volvió hacia Maeve.

—Tu amigo es impaciente. No me conoce, ni sabe hasta dónde puede llegar mi

determinación. —Se enfrentó de nuevo a Pitt—. He fijado asestar el golpe que acabe con el mercado de diamantes el 22 de febrero, dentro de veintiún días. Para que tenga éxito, necesito cada gramo, cada quilate que mis minas puedan producir hasta entonces. Todo está dispuesto y organizado para esa fecha: la cobertura mundial de la prensa y el espacio de publicidad en los periódicos y la televisión. No puede haber cambios, y no los habrá. Si tienen que morir unos cuantos infelices, que mueran.

Pitt estuvo seguro, al ver el maligno brillo de los ojos de Dorsett, de que el hombre era una víctima del desequilibrio mental, al que se añadía una total ausencia de remordimientos. Ese hombre carecía por completo de conciencia. Sólo con mirarlo, a Pitt se le erizaban los cabellos. Se preguntó de cuántas muertes sería responsable Arthur Dorsett. ¿A cuántos hombres que se habían interpuesto en su camino a la riqueza y el poder había matado aun antes de utilizar ultrasonidos en las minas de diamantes? Sintió un escalofrío al entender que era un psicópata social, peor incluso que un asesino múltiple.

—Pagará usted por sus crímenes —dijo Pitt con voz tranquila—. El dolor y la angustia que ha causado no quedará sin castigo.

—¿Y quién será mi ángel exterminador? —preguntó Dorsett con ironía—. ¿Usted? ¿Su amigo Giordino? No espero recibir un castigo del cielo, pues considero que se trata de una posibilidad bastante remota. Lo que sí es totalmente seguro, señor Pitt, es que usted no estará en este mundo para ver lo que ocurra.

—¿Así es cómo actúa usted siempre? ¿Matando a los testigos pegándoles un tiro en la cabeza y arrojándolos luego por la borda?

—¿Pegarles un tiro en la cabeza a usted y al señor Giordino? —No había rastro de emoción ni de sentimiento en la voz de Arthur Dorsett—. No haré algo tan tosco y vulgar... ni tan clemente. ¿Arrojarlos al mar? Sí, eso pueden ustedes darlo por hecho. En cualquier caso, me ocuparé de que usted y su amigo sufran una muerte lenta pero violenta.

Al cabo de treinta horas de navegar a gran velocidad, el rugido de los potentes motores turbo diesel del yate se convirtió en un tenue zumbido y el barco redujo la marcha y quedó a la deriva en un mar de mansas olas. Las costas de Nueva Zelanda habían quedado atrás hacía ya mucho. Hacia el norte y el oeste, el cielo se veía encapotado y cruzado por los ígneos trazos de los rayos, con el rugido tenue del trueno a lo lejos, en el horizonte. Hacia el sur y el este no había nubes ni truenos; el cielo aparecía azul y despejado.

Pitt y Giordino pasaron la noche y la mitad del día siguiente encerrados en una pequeña despensa situada tras el cuarto de máquinas. Apenas disponían de espacio para permanecer sentados en el suelo con el mentón sobre las rodillas. Pitt estuvo despierto durante casi todo ese tiempo. El zumbido del motor y el rumor de las olas le aclaró la cabeza. Desechando cualquier idea de comedimiento, Giordino había arrancado la puerta de los goznes, pero sólo consiguió verse frente a cuatro guardas apuntándole con armas automáticas. Derrotado, una vez la puerta fue colocada de nuevo, el italiano no tardó en dormirse.

Pitt estaba furioso y se consideraba el único culpable de la situación en que se encontraban, se sentía agobiado por los remordimientos, aunque, en realidad, poca culpa real tenía de lo ocurrido. Le hubiera sido imposible adivinar las intenciones de John Merchant, pues nunca hubiera creído posibles las fanáticas ansias que sentía Dorsett de volver a tener entre sus garras a Maeve. En esa partida de ajedrez, él y Giordino no eran más que insignificantes peones. Arthur Dorsett únicamente los consideraba una pequeña molestia en su loca cruzada para conseguir una absurda acumulación de millones.

Resultaba macabro y ominoso el modo en que había llevado a cabo planes tan complejos sólo para conseguir atrapar a Maeve y eliminar a los dos hombres de la ANIM. Pitt se estaba preguntando por qué los habían mantenido vivos a Giordino y a él, cuando la dañada puerta se abrió y en el umbral apareció John Merchant sonriendo. Al ver a su némesis, Pitt, mecánicamente, echó un vistazo a su Doxa. Eran las once y veinte de la mañana.

—Hora de embarcar —anunció melifluamente Merchant.

—¿Cambiamos de nave? —preguntó Pitt.

—Sí, se puede decir que sí.

—Espero que el servicio sea mejor —dijo perezosamente Giordino—. Supongo que ustedes se ocuparán de nuestro equipaje.

Merchant se limitó a encogerse de hombros e ignorar las palabras del italiano.

—Apresúrense, caballeros. Al señor Dorsett no le gusta que lo hagan esperar.

Un pequeño ejército de hombres provistos de armas capaces de herir, pero no de

matar, los escoltó hasta la cubierta de popa. Los dos amigos parpadearon al recibir los tenues rayos de sol, al tiempo que caían unas cuantas gotas que no eran sino el prólogo de la tormenta que se avecinaba.

Dorsett se encontraba bajo un toldo, sentado a una mesa llena de fuentes de plata con exquisitos manjares. Dos asistentes uniformados lo flanqueaban, uno listo para servirle vino a la más leve indicación y el otro pendiente de sustituir los platos usados por otros limpios. Boudicca y Deirdre se encontraban sentadas a izquierda y derecha de su padre y no se molestaron en alzar la vista cuando Pitt y Giordino fueron llevados ante su «divina» presencia. Pitt buscó a Maeve con la mirada, pero no la encontró.

—Lamento que deba usted abandonarnos —dijo Dorsett, mientras masticaba unos bocados de una tostada cubierta con caviar—. Lástima que no puedan acompañarnos en nuestro almuerzo.

—¿Acaso no sabe que hay que boicotear el caviar? —dijo Pitt—. Los pescadores furtivos están acabando con los esturiones.

Dorsett se encogió apáticamente de hombros.

—Por eso su precio ha subido unos cuantos dólares.

Pitt se volvió para escrutar el mar, que comenzaba a tener un aspecto tenebroso debido a la proximidad de la tormenta.

—Nos han dicho que íbamos a cambiar de embarcación.

—Así es.

—¿Dónde está?

—Flotando junto a nosotros.

—Comprendo —murmuró Pitt—. Está claro que piensa usted abandonarnos a la deriva.

Con una servilleta, Dorsett se limpió la boca. Lo hizo con el *savoir-faire* de un mecánico quitándose la grasa de las manos.

—Lamento mucho que se trate de un bote tan pequeño y sin motor, pero es cuanto puedo ofrecerles.

—Un bonito detalle de sadismo. Supongo que disfrutará usted pensando en nuestros sufrimientos.

Giordino miró las dos potentes lanchas a motor que colgaban de la cubierta superior del yate.

—Su generosidad nos abruma —dijo.

—Deberían agradecer que les dé esta oportunidad de sobrevivir.

—Nos hace usted un gran favor dejándonos a la deriva en una zona donde no pasa un maldito barco y que no tardará en ser azotada por la tormenta —comentó Pitt sarcástico—. Lo menos que podría hacer es darnos papel y pluma para escribir nuestra última voluntad y testamento.

—Nuestra conversación ha finalizado. Adiós, señor Pitt y señor Giordino. *Bon voyage*. —Dorsett hizo una seña a Merchant—. Lleve a esta escoria de la ANIM hasta el bote.

Merchant señaló hacia una portilla abierta que había en la baranda.

—¿No habrá confetis ni serpentinas de despedida? —murmuró Giordino.

Pitt fue hasta el extremo de la cubierta y miró hacia abajo. Un pequeño bote inflable cabeceaba en el agua junto al yate. De tres metros de largo por dos de ancho, poseía un casco en V de fibra de vidrio que parecía resistente. Sin embargo, en el compartimiento central apenas cabían cuatro personas, pues el flotador externo de neopreno ocupaba la mitad del bote. Parecía que la embarcación había tenido un motor fuera borda, pero se lo habían quitado y los cables aún colgaban de una consola central. En el interior distinguió una figura acurrucada en un extremo, cubierta con la cazadora de cuero de Pitt.

La ira se apoderó de Pitt. Agarró a Merchant por el cuello de la chaqueta y lo lanzó a un lado como si el hombre fuera un espantapájaros. Antes de que pudieran detenerlo, Pitt llegó hasta la mesa de Dorsett.

—¡Maeve, no! —le espetó.

Dorsett mostró una sonrisa carente por completo de humor.

—Ya que tomó el nombre de su antepasada, que sufra como ella lo hizo.

—¡Canalla! —gritó Pitt—. ¡Es usted un monstruo...! —No pudo decir más. Uno de los guardas de Merchant le golpeó en el costado con la culata del arma, justo por encima del riñón.

Una ola de agónico dolor lo envolvió, pero la ira lo mantuvo en pie. Se lanzó hacia adelante, agarró el mantel y tiró con fuerza. Saltaron por los aires vasos, cuchillos, tenedores, cucharas, fuentes y platos llenos de exquisiteces, que cayeron sobre cubierta con un gran estrépito. Luego Pitt se lanzó sobre la mesa hacia Dorsett; no pretendía golpearlo o estrangularlo, sabía que sólo tenía una posibilidad de mutilar al hombre. Con los brazos extendidos, arremetió contra Dorsett al tiempo que los guardas caían sobre él. Boudicca, furiosa, quiso darle un puñetazo en el cuello, pero falló, y sólo le alcanzó en el hombro. Pitt no logró, en el primer intento, dar en su blanco y sólo arañó la frente de Dorsett, pero, finalmente, alcanzó su objetivo y pudo oír un agónico y salvaje grito de dolor. Luego sintió sobre él una lluvia de golpes y poco a poco se halló sumido en la inconsciencia.

Al despertar, pensó que estaba en el fondo de un insondable pozo o en las profundidades de una oscura caverna subterránea. Desesperadamente, intentó encontrar a tientas la salida, pero fue como andar por un laberinto. Creyó que se encontraba prisionero en una pesadilla, condenado a vagar eternamente en un dédalo de sombras y, de pronto, por un brevísimo instante, vio brillar una luz a lo lejos. Tendió la mano hacia ella y vio cómo se convertía en unas oscuras nubes diseminadas

por el cielo.

—Aleluya, Lázaro regresó de entre los muertos. —La voz de Giordino parecía llegarle desde la más remota lejanía—. Aunque, por la tormenta que se avecina, lo hace justo a tiempo para morir otra vez.

Al recuperar plenamente la conciencia, Pitt deseó regresar de nuevo al sombrío laberinto. Le dolía todo el cuerpo, como si, de la cabeza a las rodillas, tuviera rotos todos los huesos. Intentó incorporarse, pero no pudo y lanzó un gruñido de dolor. Maeve le tocó la mejilla y le pasó un brazo por los hombros.

—Si te quedas quieto, te dolerá menos.

Pitt miró el rostro de la joven. Sus ojos azul cielo expresaban cariño y preocupación. Agradeció el afecto de Maeve, que pareció mitigar sus dolores.

—Vaya, parece que metí bien la pata, ¿no? —dijo.

Ella negó lentamente con la cabeza y el largo y rubio cabello sacudió sus mejillas.

—No, no es cierto. De no ser por mí, no te encontrarías en esta situación.

—Los chicos de Merchant te dieron un buen repaso antes de tirarte del yate. Por tu aspecto, se diría que los Dodgers de Los Angeles te han utilizado para hacer práctica de bateo.

Con gran esfuerzo Pitt consiguió sentarse.

—¿Y Dorsett?

—Cuando se ponga el parche en el ojo que le sacaste, parecerá un auténtico pirata, sólo le faltará una cicatriz en la mejilla y un garfio.

Maeve explicó:

—Boudicca y Deirdre lo llevaron al salón durante la pelea —explicó Maeve—. Si Merchant hubiese advertido la gravedad de la herida de mi padre, sabe Dios lo que te habría hecho.

Pitt echó un vistazo al mar, desierto y amenazador, con los hinchados ojos entrecerrados.

—¿Se fueron?

—Antes de largarse huyendo de la tormenta, intentaron arrollarnos —dijo Giordino—. Por suerte para nosotros, los flotadores de neopreno de la balsa (ya que no tiene motor, es de la única forma que podemos llamarla) rebotaron contra la quilla del yate. De todas maneras, estuvimos a punto de volcar.

Pitt volvió a mirar a Maeve.

—Así que nos han dejado abandonados en medio del mar como hicieron con la madre de tu tatarabuela, Betsy Fletcher.

Ella lo miró con extrañeza.

—¿Cómo lo sabes? Yo no te lo conté.

—Siempre investigo a las mujeres con que me propongo pasar el resto de mi vida —contestó Pitt con una sonrisa.



—Será una vida breve —dijo Giordino, señalando con expresión torva hacia el noroeste—. A no ser que en las clases nocturnas de meteorología me contaran un cuento, nos encontramos en el camino de lo que por estos contornos llaman un tifón, o quizá un ciclón, dependiendo de lo cerca que nos encontremos del océano Índico.

Al contemplar las oscuras nubes y los ígneos trazos de los rayos, seguidos por el rumor del trueno, Pitt se sintió profundamente descorazonado. El margen entre la vida y la muerte tenía el grosor de un papel de fumar. El sol ya estaba oculto y el mar había adquirido un tono grisáceo; en pocos minutos el pequeño bote sería engullido por la tempestad.

Pitt no vaciló más.

—La primera orden del día es construir un ancla. —Se volvió hacia Maeve—. Necesitaremos mi cazadora de piel, cable y cualquier cosa que contribuya a crear resistencia y evitar que la fuerza de las olas nos vuelque.

Sin decir palabra, la joven se quitó la cazadora y se la dio a Pitt, mientras Giordino registraba un pequeño compartimiento que había bajo un asiento. Encontró un rezón, un pequeño gancho unido a dos cabos de cuerda de nailon, uno de cinco metros y otro de tres. Pitt desplegó la cazadora y puso dentro los zapatos de los tres y el rezón, junto con viejas piezas de motor y varias herramientas oxidadas que Giordino había encontrado. Luego cerró la cremallera, anudó las mangas en torno a la cintura, ató el bulto al cabo de nailon más corto y lo arrojó por la borda. Cuando se hundió, amarró fuertemente el otro extremo a la consola central en la que se encontraban los inútiles mandos del inexistente motor fuera borda.

—Tumbaos en el suelo del bote —ordenó después de atar el otro cable a la consola—. Nos espera un viaje agitado. Pasaos el cable por la cintura y dejad suelto el otro extremo de modo que, si volcamos y caemos al mar, no nos separemos del bote.

Por encima de los grandes flotadores de neopreno, Pitt echó un último vistazo a las amenazadoras olas que hacían cabecear el bote, produciendo la sensación de que el horizonte subía y bajaba. El aspecto del mar era terrible y bello a la vez. Los rayos cruzaban las nubes negras, mientras los truenos rugían, como el lejano redoblar de mil tambores. La tormenta no tuvo piedad alguna de ellos. En menos de diez minutos la galerna los alcanzó con toda su fuerza, acompañada de una lluvia torrencial, un diluvio que ocultó el cielo y convirtió el mar en un hervidero de blanca espuma. Las gotas, impulsadas por un viento que aullaba como un millar de almas en pena, los golpeaban con fuerza.

Las crestas de las olas, coronadas de espuma, se alzaban tres metros por encima de ellos. Rápidamente, crecieron hasta alcanzar los siete metros, cayendo sobre el bote desde todas las direcciones. El viento aumentó su ululante fuerza y el mar redobló los azotes contra la frágil embarcación y sus patéticos pasajeros. El bote se

agitaba y retorció al subir a las crestas de las olas y caer luego entre sus senos. No existían límites claros entre el aire y el agua, les era imposible discernir cuándo estaban en la superficie y cuándo se hallaban en las profundidades.

Milagrosamente, el cable del ancla improvisada no se rompió y mantuvo frenado el bote, evitando que el mar embravecido lo volcase y arrojase a los tres ocupantes a las mortíferas aguas de las que hubiera sido imposible regresar. Las olas grises se abalanzaban sobre ellos e inundaban el interior del bote de borboteante espuma, empapándolos hasta los huesos; pero, gracias a ello, el centro de gravedad de la balsa se hundía más y le confería una mayor estabilidad. Los traqueteos y las subidas y bajadas agitaban el agua del interior del bote, de forma que Pitt, Giordino y Maeve tuvieron la sensación de estar en el interior de una enorme batidora en funcionamiento.

En cierto modo, el reducido tamaño del bote era una ventaja. Los tubos de neopreno de los costados lo hacían flotar como un corcho. A pesar de la violencia de la tempestad, el casco era fuerte y no se haría pedazos, además, si el ancla resistía, evitaría que volcasen; como las palmeras que se inclinan cuando son azotadas por vientos huracanados, pero permanecen enteras. Pasaron veinticuatro minutos que a los tres amigos, sujetos con todas sus fuerzas al cable, les parecieron veinticuatro horas. A Pitt le costaba creer que la tormenta no hubiese terminado ya con ellos. No había palabras para describir la angustia que estaban sufriendo.

Los incesantes aludes de agua inundaban el bote, y los tres tosían y jadeaban hasta que el bote era impulsado de nuevo hacia arriba, hacia la cresta de la siguiente ola. No era necesario achicar, pues el peso del agua del interior los ayudaba a evitar que volcaran. Tan pronto se encontraban sujetándose con fuerza para evitar que la barca se levantara por encima de los flotadores, como descendiendo vertiginosamente hasta el seno de la siguiente ola y esforzándose para no salir lanzados del bote.

Pitt y Giordino sujetaban a Maeve y la protegían con los brazos, mientras empujaban con los pies los costados del bote para conseguir una mejor sujeción. Si uno de ellos caía al agua, no habría posibilidad de rescate; nadie podría sobrevivir en medio de ese torturado mar. La lluvia torrencial reducía la visibilidad, y si alguien caía, se perdería inmediatamente de vista.

Aprovechando el resplandor de un relámpago, Pitt miró a Maeve, que estaba pasando por un infierno de vértigo y mareo. Pitt quiso decirle algo que le sirviera de consuelo, pero era imposible que lo oyera a causa del aullido del viento. Pitt maldijo el nombre de Dorsett. Dios, cuán terrible debía de ser para Maeve tener un padre y unas hermanas que la odiaban lo bastante como para secuestrar a sus hijos e intentar asesinarla porque era bondadosa y amable y se negaba a participar en los crímenes de su familia; era horroroso e injusto. La joven no podía morir, no mientras a él le quedase un hálito de vida. Apretó con cariño el hombro de Maeve y luego miró a

Giordino.

La expresión del italiano era estoica. Su aspecto tranquilo en ese momento tan angustioso reconfortó a Pitt. En los ojos de su amigo podía leerse: «Lo que sea, sonará». Su resistencia no conocía límites. Pitt sabía que Giordino moriría antes que soltarse del bote y de Maeve. Jamás se rendiría ante el mar.

Como si sus mentes funcionaran al unísono, Giordino miró a Pitt para ver cómo le iba. El italiano pensó que había dos clases de hombres: los que se dejaban vencer por el miedo al ver al diablo esperándolos y también los que se dejaban dominar por la desesperanza y consideraban que el diablo podía ser un alivio de las miserias terrenas. Pitt no pertenecía a ninguna de esas dos clases. Él podía mirar de frente al diablo y escupirle en la cara.

Pitt, su amigo desde hacía treinta años, parecía capaz de aguantar indefinidamente. Al italiano ya había dejado de sorprenderle la fortaleza y el amor hacia la adversidad de su compañero. Pitt se crecía ante los desastres y las calamidades. Haciendo caso omiso de los frenéticos azotes de las monstruosas olas, Pitt no parecía un hombre en espera del fin, ni que se considerase indefenso ante las furias del mar. Sus ojos contemplaban con extraña y remota mirada las masas de agua y espuma que se abatían sobre él. Parecía como si se encontrara cómodamente arrellanado en su apartamento del hangar, pensando en otras cosas. Por graves y apuradas que fueran las circunstancias, Pitt, en el mar, estaba en su elemento.

Las sombras cayeron y al fin pasaron. Fue una terrible, aparentemente inacabable noche. Estaban ateridos de frío y empapados. El helor les cortaba las carnes como un millar de cuchillos. El amanecer alivió el martirio de oír y sentir las olas, pero no poder verlas. Cuando el sol asomó por entre las convulsas nubes, los tres amigos seguían milagrosamente con vida. Habían ansiado el amanecer, pero cuando al fin llegó lo hizo teñido de un extraño color gris que iluminó el despiadado mar, que parecía sacado de una vieja película en blanco y negro.

Pese a la salvaje turbulencia, la atmósfera era sofocante y opresiva, una salina manta bajo la que se hacía casi imposible la respiración. El paso del tiempo carecía de toda relación con la hora que marcaban sus relojes. El viejo Doxa de Pitt y el más moderno Aqualand Pro de Giordino seguían funcionando, pero el agua salada había anegado el mecanismo del pequeño reloj digital de Maeve.

Cuando el mar inició su bestial asalto, Maeve ocultó la cabeza contra el fondo de un tubo de flotación y le pidió a Dios volver a ver a sus hijos, rezó por no morir sin dar a sus hijos la oportunidad de recordarla con cariño en lugar de tener sólo la vaga memoria de su desaparición en alta mar. La torturaba pensar en la triste suerte que correrían los niños a manos de su abuelo. Al principio, la joven sintió miedo, mucho más del que había experimentado en toda su vida; el terror fue como un frío alud que la dejó paralizada. Luego, poco a poco, al advertir que la presión de los brazos que la

sujetaban no disminuía, Maeve fue tranquilizándose y recuperó parte de su fortaleza. Con la protección de Pitt y Giordino, todo era posible, incluso ver el amanecer de un nuevo día.

Pitt no era, ni con mucho, tan optimista. Sabía que sus energías y las de Giordino estaban menguando. Sus peores enemigos eran las invisibles amenazas de la hipotermia y la fatiga. Algo terminaría cediendo: o la violencia de la tempestad o su resistencia. La lucha había sido desesperada y el agotamiento los estaba envolviendo. Sin embargo, Pitt se resistía a darse por vencido. Se aferraba a la vida, haciendo pleno uso de toda su capacidad de aguante, soportando con tenacidad los embates de las olas, pero consciente de que su última hora se aproximaba con rapidez.

Pero Pitt, Maeve y Giordino no murieron.

Al anochecer el viento amainó y el mar se calmó. Aunque ellos lo ignoraban, el tifón había cambiado su curso y se dirigía hacia el sureste, hacia la Antártida. La velocidad del viento descendió y de los 150 kilómetros por hora pasó a poco menos de 60. La furia del mar se redujo, de forma que las olas alcanzaban una altura máxima de tres metros. El diluvio se había convertido en una llovizna que apenas era una tenue niebla que flotaba sobre las apaciguadas olas. En el cielo, sin poder adivinar su procedencia, apareció una gaviota que sobrevoló el pequeño bote, gritando como si le sorprendiera verlo aún a flote.

Al cabo de una hora, desaparecieron las nubes y al viento apenas le quedó fuerza para impulsar un balandro. Parecía como si la tormenta hubiese sido un mal sueño que, tras atacar por la noche, se hubiese disipado con la luz del sol. Sin embargo, en su lucha con los elementos, Pitt, Giordino y Maeve sólo habían ganado una batalla; de momento el mar embravecido y la fuerza cruel del viento no habían conseguido arrastrarlos a las profundidades marinas.

A Maeve le parecía un milagro, un buen augurio. Si estuvieran destinados a morir, no habrían sobrevivido a esa tormenta. «Si seguimos vivos, es por algo», pensó, llena de esperanza.

No cruzaron una palabra, agotados, se mantenían apiñados en el bote. Tranquilizados por la calma que siguió a la tormenta y extenuados por los esfuerzos, cayeron en la apatía y en la indiferencia y no tardaron en quedar profundamente dormidos.

Como herencia de la tempestad, las aguas continuaron algo picadas hasta la mañana siguiente, cuando el mar quedó como una balsa de aceite. La niebla se había disipado y la visibilidad era buena, podían contemplar el horizonte desierto. Ahora el mar se disponía a lograr por el agotamiento lo que no había conseguido por medio de la violencia. Lentamente, la mujer y los dos hombres fueron despertando de su sueño y se encontraron con que el sol, que tanto habían añorado, los quemaba ahora inclemente.

Cuando intentó sentarse, Pitt sintió el cuerpo recorrido por olas de intenso dolor, debido a los baqueteos del mar y las lesiones sufridas a manos de los hombres de John Merchant. Con los ojos entrecerrados a causa del cegador reflejo del sol sobre el agua, logró incorporarse. Lo único que podían hacer era esperar, pero... ¿esperar qué? La esperanza de que en esa desolada parte del mar, no transitada, apareciese de pronto un barco yendo hacia ellos era remota, por no decir absurda.

Arthur Dorsett había elegido bien el sitio donde los abandonó. Aunque gracias a un milagro habían logrado sobrevivir al tifón, la sed y el hambre terminarían con

ellos. Pero Pitt evitaría que, después de todo lo pasado, muriesen. Secretamente, hizo un juramento de venganza. Sobreviviría, aunque sólo fuese para matar a Arthur Dorsett. Pocos hombres merecían más la muerte. Pitt se juró que, si alguna vez volvía a verse ante Dorsett, olvidaría su código ético y moral. Y tampoco se olvidaba de Boudicca y Deirdre; también ellas pagarían por el depravado trato al que habían sometido a Maeve.

—Qué silencio —dijo Maeve, aferrándose a Pitt, que notó cómo temblaba—. Parece como si la tormenta siguiera rugiendo en el interior de mi cabeza.

Pitt se quitó la sal seca de los ojos, y al hacerlo advirtió con alivio que los tenía mucho menos hinchados. Bajó la vista hasta los ojos azules de Maeve, que parecían drogados por la fatiga y nublados por el sueño, pero que, poco a poco, mirándolo, comenzaron a brillar de nuevo.

—Venus surgiendo de las olas —murmuró él.

Maeve se sentó y se sacudió la sal del rubio cabello.

—No me siento como Venus —dijo sonriendo—. Y, desde luego, no tengo su aspecto. —Se levantó el suéter y se tocó con suavidad las marcas enrojecidas producidas por la fricción del cable de nailon.

Giordino abrió un ojo y dijo:

—Si no os calláis y me dejáis dormir, llamaré al gerente de este hotel para protestar.

—Vamos a darnos un chapuzón en la piscina y luego desayunaremos en la terraza. ¿Qué tal si nos acompañas? —bromeó Maeve.

—Prefiero llamar al servicio de habitaciones —dijo Giordino, que pareció quedar exhausto con sólo pronunciar esas pocas palabras.

—Puesto que nos sentimos tan animados, sugiero que nos ocupemos de la dura tarea de sobrevivir —dijo Pitt.

—¿Qué posibilidades tenemos de ser rescatados? —preguntó inocentemente Maeve.

—Ninguna —respondió Pitt—. Puedes apostar a que tu padre nos dejó en la parte más desolada del océano. El almirante Sandecker y la gente de la ANIM no tienen la menor idea de lo que nos ha ocurrido. Y aunque lo supieran, no sabrían dónde buscarnos. Si queremos seguir vivos, tendremos que arreglárnoslas sin esperar ayuda.

En primer lugar, sacaron el ancla fabricada con la cazadora de Pitt, los zapatos, las herramientas y todo lo demás. Luego hicieron inventario de todo lo que tenían y podía serles de alguna utilidad durante la larga travesía que tenían por delante. Finalmente, Pitt sacó del bolsillo el pequeño paquete que había cogido de su bolsa de viaje antes de lanzar el autobús al agua del puerto.

—¿Qué has encontrado en el bote? —preguntó a Giordino.

—Con lo que hay aquí no podríamos ni colocar la puerta de un establo. En el

compartimiento había tres llaves de diversos tamaños, un destornillador, una bomba de gasolina, cuatro llaves de bujías, tornillos y tuercas, un par de trapos, un remo de madera, una cubierta de nailon para el bote y un bonito chisme que nos alegrará el viaje.

—¿De qué se trata?

Giordino le mostró una pequeña bomba de aire manual.

—Esto, que sirve para hinchar los tubos de flotación.

—¿Cuánto mide el remo?

—Poco más de un metro.

—Apenas tiene la suficiente altura para sustentar una vela.

—Cierto, pero si lo atamos a la consola, podemos utilizarlo para sujetar la cubierta de nailon y protegernos del sol.

—Buena idea, además podremos recoger agua en caso de que vuelva a llover —dijo Maeve. Pitt la miró.

—¿Llevas algo encima que pueda sernos de alguna utilidad? Ella negó con la cabeza.

—Sólo la ropa. Mi monstruosa hermana me arrojó al bote sin permitirme siquiera coger el lápiz de labios.

Pitt abrió el pequeño paquete y sacó de él una navaja del ejército suizo, una vieja brújula de *boy scout*, un pequeño tubo de fósforos, un botiquín de primeros auxilios del tamaño de un paquete de cigarrillos y una pequeña pistola automática máuser de calibre 25 con un cargador extra. Maeve miró la pequeña arma.

—Con eso podrías haber matado a John Merchant y a mi padre.

—Con todos los guardias que rodeaban a tu padre, no tenía la más mínima posibilidad de conseguirlo.

—Por el bulto de ese paquete en la pernera de tu pantalón, pensé que estabas particularmente bien dotado —dijo Maeve con una sonrisa maliciosa—. ¿Siempre llevas encima una bolsa de emergencia?

—Desde mis días de *boy scout*.

—¿Y contra quién piensas disparar aquí, en medio de la nada?

—No contra quién, sino contra qué. Contra el primer pájaro que se me ponga a tiro.

—¿Serías capaz de matar a un pobre animal indefenso? Pitt la miró irónicamente.

—Pues sí. Es que tengo una extraña aversión a morirme de hambre, compréndelo.

Mientras Giordino hinchaba con la bomba los tubos de flotación antes de instalar el toldo, Pitt examinó el bote para comprobar que no hubiera vías de agua o quemaduras en los flotadores de neopreno o algún otro daño en el casco de fibra de vidrio. Luego se tiró al agua y, buceando, pasó las manos por el fondo de la embarcación; afortunadamente se hallaba intacto. El bote debía de tener unos cuatro

años y, al parecer, había sido utilizado para llegar a la orilla cuando el yate de Dorsett se encontraba amarrado frente a alguna playa sin fondeadero. Con gran alivio, Pitt llegó a la conclusión de que el bote estaba algo usado, pero, por lo demás, se encontraba en excelentes condiciones. El único fallo era que no tuviera motor fuera borda.

Subió de nuevo a bordo y mantuvo a sus compañeros ocupados todo el día con pequeños trabajos que les hicieran olvidar la sed y la desesperada situación en que se hallaban. No se hacía ilusiones respecto al tiempo que podrían aguantar así. Tiempo atrás, Giordino y él caminaron sin agua durante casi siete días por el desierto del Sáhara, pero aquél era un calor seco, mientras que, en el mar, la sofocante humedad era una inapelable sentencia de muerte.

Giordino colocó el toldo de nailon para que él y sus compañeros pudieran protegerse de los ardientes rayos del sol. Utilizó como soporte el remo, previamente asegurado a la consola de mando, y, usando pequeños cabos cortados del cable de nailon, ató los extremos de la cubierta a los lados de los tubos de flotación. Dejó suelto un extremo de la tela, a fin de que, si caía agua de lluvia, ésta fuera a parar a una nevera de plástico que Maeve había encontrado bajo un asiento. La joven limpió la nevera, que llevaba largo tiempo sin ser usada, y luego trató de que el interior del bote fuera lo más cómodo posible. Pitt, mientras tanto, estuvo separando las hebras de un pedazo de cuerda de nailon, para hacer con ellas un sedal de pesca.

La única comida que había en dos mil kilómetros a la redonda eran los peces. Si no lograban atrapar alguno, morirían de hambre. Con la aguja de la hebilla del cinturón, improvisó un anzuelo que luego ató al sedal y sujetó el otro extremo al centro de una de las herramientas, a fin de poderlo coger con ambas manos. El problema era que no tenían cebo. En las inmediaciones no había gusanos, ni moscas, ni, desde luego, pedazos de queso. Pitt se inclinó sobre los tubos de flotación, hizo visera con la mano para protegerse los ojos del sol y miró hacia el fondo del mar.

Ya se había reunido un séquito de curiosos bajo la sombra de la balsa. Cuando se surcan los mares en barcos y yates impulsados por potentes motores con ruidosos tubos de escape y grandes hélices, es difícil distinguir algún tipo de vida en alta mar. Sin embargo, al ir flotando próximos a la superficie del agua, yendo silenciosamente a la deriva, era fácil ver los habitantes de las profundidades, mucho más numerosos y variados que los animales que moran en tierra firme.

Bancos de peces similares a arenques, no mucho más grandes que el meñique de Pitt, pasaban coleteando bajo el bote. Reconoció pámpanos, delfines, que no debían ser confundidos con las marsopas, y sus primos mayores, los dorados, con las altas frentes y las largas y policromas aletas coronando sus iridiscentes cuerpos. Un par de grandes caballas nadaban en círculo y atacaban ocasionalmente a algún pez menor. También había un pequeño tiburón, un pez martillo, uno de los más extraños



habitantes del mar, cuya cabeza se expandía a lo ancho.

—¿Qué usarás como cebo? —preguntó Maeve.

—A mí mismo —dijo Pitt—. Me ofreceré a los peces como exquisitez culinaria.

—¿Qué quieres decir?

—Mira y aprende.

Estupefacta, Maeve observó cómo Pitt sacó la navaja, se remangó una pernera del pantalón y con tranquilidad se rebanó un pedacito de carne de la parte trasera del muslo. Luego lo pinchó en el improvisado anzuelo. Pitt lo hizo con tal naturalidad que Giordino no se fijó en él hasta que vio unas gotas de sangre en el suelo del bote.

—¿Te divierte hacer esas cosas? —quiso saber.

—¿Tienes el destornillador a mano? —preguntó Pitt.

Giordino le enseñó el que tenía.

—¿Quieres que te opere?

—Hay un pequeño tiburón bajo el bote —explicó Pitt—. Voy a atraerlo a la superficie. Cuando pique, tú le clavas el destornillador en la cabeza, entre los ojos. Si lo haces bien, quizá le alcances el cerebro de tamaño de un guisante que tiene.

Maeve no quería participar en esa extraña pesca.

—¿Vas a subir un tiburón a bordo?

—Si tenemos suerte, sí —dijo Pitt, desgarrándose un pedazo de camiseta para vendarse la pequeña herida del muslo.

Ella fue a gatas hasta la popa del bote y se acomodó tras la consola, para quitarse de en medio.

—Ten cuidado, no te vaya a arrancar un brazo.

Giordino se arrodilló junto a Pitt y éste sumergió lentamente el cebo humano en el agua. Las caballas nadaron alrededor, pero Pitt levantó el cebo para desalentarlas. Algunos de los pequeños peces carroñeros se precipitaron para atrapar el apetitoso aperitivo, pero no tardaron en abandonar la escena cuando el tiburón, advirtiendo la presencia de sangre, fue hacia el cebo. Pitt tiraba del sedal cada vez que el tiburón se aproximaba.

Mientras Pitt iba acercando lentamente el anzuelo y el cebo al bote, Giordino, con el brazo alzado y empuñando el destornillador como si fuese una daga, escrutaba las profundidades. Al fin el tiburón se puso de costado junto al bote. El lomo del animal era gris ceniciento y la panza blanca, entonces vieron la aleta dorsal que emergía del agua como el periscopio de un submarino. El destornillador describió un arco y se clavó en la dura cabeza del tiburón cuando éste rozó los tubos de flotación con su costado. En manos de cualquier otro hombre, el metal nunca hubiese perforado el cartilaginoso esqueleto del pez, pero Giordino lo hundió hasta la empuñadura.

Pitt se inclinó, cerró los brazos bajo la panza del pez martillo, tras las branquias y tiró hacia arriba al tiempo que Giordino volvía a golpearlo. Cayó de espaldas en el

bote, sujetando al tiburón de metro y medio entre los brazos como si fuera un bebé. Agarró la aleta dorsal, cerró las piernas en torno a la cola y aguantó.

Las feroces fauces se abrían y cerraban violentamente, sin encontrar más que aire. Tras la consola, Maeve se estremeció y lanzó un grito cuando los triangulares dientes se cerraron a sólo unos metros de sus piernas.

Parecía que estuviesen peleándose con un caimán. Giordino cayó sobre la coleteante bestia marina, apretándose contra el suelo del bote, lacerándose los antebrazos contra la áspera piel.

Aunque malherido, el pez martillo daba muestras de una increíble vitalidad. Impredecible, tan pronto se mostraba agresivo como dócil. Al fin, tras largos minutos de debatirse inútilmente, el tiburón se rindió y quedó inmóvil. Pitt y Giordino se apartaron de él e intentaron recuperar el aliento. El duro forcejeo agravó las magulladuras de Pitt, que se sentía inmerso en un mar de dolor.

—Tendrás que cortarlo tú —dijo a Giordino con el poco aliento que le quedaba—. Tengo menos fuerzas que un gatito.

—Tranquilo —dijo el italiano, paciente y comprensivo—. Después de la paliza que te dieron en el yate y el vapuleo de la tormenta, es un milagro que no hayas entrado en coma.

Aunque Pitt había afilado las hojas de su navaja del ejército suizo, Giordino tuvo que sujetar la empuñadura con ambas manos y hacer uso de toda su fuerza para desgarrar la dura panza del escualo. Siguiendo los consejos de Maeve, zoóloga marina profesional, extrajo diestramente el hígado e hizo una gran incisión en el estómago, donde encontró un dorado recién comido y varios arenques. Luego Maeve le mostró cómo separar con eficacia la carne de la piel.

—Debemos comernos el hígado enseguida —aconsejó la joven—. Es la parte más nutritiva y se descompone con rapidez.

—¿Y qué hacemos con el resto de la carne? —preguntó Giordino, al tiempo que metía la mano en el agua para limpiársela y limpiar el cuchillo—. Con este calor, no tardará en echarse a perder.

—Disponemos de toda la sal del océano. Corta la carne en tiras y luego cuélgala por todo el bote. Cuando se seque, cogeremos la sal que se ha cristalizado en el toldo y frotaremos con ella la carne, para conservarla mejor.

—Yo, de niño, odiaba el hígado —dijo Giordino, que sintió náuseas sólo de pensar que debía comerse el del pez martillo—. No creo que tenga tanta hambre como para poder comérmelo crudo.

—Haz un esfuerzo —pidió Pitt—. Es importante que conservemos las fuerzas. Ahora sabemos que podemos conseguir alimento, por lo tanto nuestro mayor problema es la falta de agua.

Con la noche llegó una extraña calma. La media luna rielaba sobre el mar,

dibujando un plateado rastro que se perdía en el horizonte septentrional. Oyeron los graznidos de un pájaro que cruzaba el cielo estrellado, pero no lograron divisar el animal. Después de sufrir el calor del sol, tuvieron que enfrentarse a las frías temperaturas, frecuentes en las latitudes meridionales, que mitigaron ligeramente la sed de los tres amigos, cuyas mentes se evadieron en otras cosas. El rítmico golpeteo de las olas contra el bote hizo que Maeve se quedara adormilada pensando en los felices momentos pasados con sus hijos. Giordino se imaginó en el sofá de su apartamento de Washington, rodeando a una bella mujer con un brazo, mientras sostenía una jarra de cerveza helada con la otra mano y veía viejas películas por la televisión.

Tras pasarse casi toda la tarde descansando, Pitt estaba despierto y se sentía lo bastante recuperado como para tratar de calcular donde se hallaban e intentar predecir el tiempo por la forma de las nubes, la altura y la frecuencia de las olas y el color del ocaso. Cuando se hizo de noche, estudió las estrellas e intentó calcular la posición aproximada del bote. Durante su encierro en la despensa del yate, en el viaje desde Wellington, había utilizado su vieja brújula, y pudo comprobar que el yate mantuvo un rumbo suroeste de dos-cuatro-cero grados durante treinta horas menos veinte minutos. Recordó que John Merchant había dicho que el yate alcanzaba una velocidad de crucero de 120 kilómetros por hora. Multiplicando la velocidad por el tiempo consiguió un total de distancia recorrida de unos 3600 kilómetros desde el momento en que salieron de Wellington hasta que fueron abandonados en medio del océano. Según esa estimación, debían de encontrarse en el centro de la parte sur del mar de Tasmania, entre las costas más meridionales de Tasmania y Nueva Zelanda.

La siguiente cuestión que debía resolver era hasta dónde los había arrastrado la tormenta, algo casi imposible de calcular con un mínimo de precisión. Sin embargo, Pitt estaba seguro de que la tormenta había soplado del noroeste. En cuarenta y ocho horas, podría haberlos llevado a considerable distancia hacia el sureste, lejos de tierra firme. Por su experiencia en otros proyectos, sabía que las corrientes y los vientos de esa parte del océano índico tenían una ligera desviación hacia el sureste. Si se encontraban a la deriva entre los paralelos cuarenta y cincuenta, iban camino de la enorme y desierta expansión del Atlántico meridional, donde no navegaba barco alguno. La tierra más próxima debía de ser el extremo meridional de América del Sur, a casi trece mil kilómetros de distancia.

Alzó la vista hacia la Cruz del Sur, una constelación que no era visible por encima de los treinta grados de latitud norte, la latitud que cruzaba África del Norte y el extremo de Florida. Descrita desde la antigüedad, sus cinco brillantes estrellas habían servido de guía a los marinos y aviadores que surcaban la inmensa extensión del Pacífico desde los primeros viajes de los polinesios. Millones de kilómetros cuadrados de soledad, punteados sólo por islas que eran las cimas de inmensas

montañas submarinas.

Por más que pensara y deseara sobrevivir, y pese a cuanta suerte pudieran tener, lo cierto era que sus posibilidades de volver a pisar tierra firme eran prácticamente nulas.

Hiram Yaeger estaba sumido en las azules profundidades del mar, cuyas aguas pasaban fugazmente ante él, como si se encontrase volando en un reactor a través de nubes coloreadas. Pasaba sobre el borde de abismos aparentemente insondables, recorría valles entre enormes cadenas montañosas que ascendían desde el negro fondo del abismo hasta la soleada superficie. El paisaje marino era a un tiempo sobrecogedor y bello. La sensación era idéntica a la de volar.

Era domingo y Yaeger trabajaba a solas en el décimo piso del desierto edificio de la ANIM. Tras nueve horas ininterrumpidas de mirar el monitor del ordenador, el hombre se retrepó en el asiento y dio descanso a sus fatigados ojos. Al fin había dado los toques finales a un complejo programa que había creado utilizando síntesis visuales algorítmicas para mostrar de modo tridimensional la propagación de las ondas sonoras a través de los mares. Mediante la sofisticada tecnología de las gráficas informáticas, había penetrado en un mundo que muy pocos conocían. Yaeger y todo su equipo habían tardado una semana en reproducir por medio del ordenador el curso de los sonidos de alta frecuencia que viajaban por el agua. Utilizando un *hardware* especial y una gran base de datos sobre las variaciones de transmisión del sonido en el Pacífico, habían logrado establecer un modelo que distinguía los lugares susceptibles de ser puntos de convergencia sónica.

Las imágenes submarinas aparecían en rapidísima sucesión, creando la ilusión de movimiento a través de los mapas tridimensionales que se habían acumulado a lo largo de un período de estudios oceanográficos de treinta años. Habían logrado convertir la representación visual informática en una obra de arte.

Seguía atento a una serie de luces de una variada gama de colores cálidos, que iban del amarillo al rojo intenso. Según parpadeaban secuencialmente, podía saber lo cerca que estaba del punto en que las ondas sónicas podían converger. Un lector digital separado le informaba de la latitud y la longitud. *Lapiéce de résistance* del sistema gráfico era la representación dinámica de la zona de convergencia. Incluso era posible programar la imagen para que se elevara por encima de la superficie del agua y mostrara la presencia de cualquier barco cuyo curso conocido fuera a cruzar por aquel sector del océano en un momento determinado.

La luz roja más a la derecha de Yaeger parpadeó. Tecleó para elevar la imagen por encima del agua y poder ver la superficie marina del punto de convergencia. Había esperado contemplar un horizonte vacío, pero lo que el monitor le mostró no fue en absoluto lo que había imaginado. Una montañosa masa terrestre cubierta de vegetación llenó la pantalla. Repitió toda la secuencia, desde los cuatro puntos repartidos por el océano que representaban las islas en que se encontraban las minas de la Dorsett Consolidated... Repitió el procedimiento diez, veinte, treinta veces,

rastreando las ondas sónicas hasta su lugar de convergencia.

Convencido al fin de que no había error, Yaeger se desmoronó exhausto en el sillón y movió la cabeza en un gesto de desesperación.

—¡Dios mío! —murmuró.

El almirante Sandecker debía obligarse a no trabajar los domingos. Siendo el suyo un caso grave de adicción al trabajo, corría diez kilómetros cada mañana y después del almuerzo hacía gimnasia para quemar el exceso de energía. Apenas dormía cuatro horas diarias, y sus largas jornadas de trabajo hubieran podido acabar con cualquiera. Aunque divorciado desde hacía mucho, con una hija que vivía con su marido y sus tres hijos en Hong Kong, el otro extremo del mundo, Sandecker no era ni mucho menos un solitario. Considerado un excelente partido por las otoñales solteras y divorciadas de Washington, llovían sobre él las invitaciones a cenas y fiestas de la élite social. Sin embargo, aunque disfrutaba de la compañía femenina, su amor era la ANIM. La agencia científica marina era para él su familia. Él la creó y la convirtió en una gigantesca institución admirada y respetada en todo el mundo.

Dedicaba los domingos a navegar por el río Potomac en un viejo barco auxiliar de la marina que había adquirido y él mismo había reconstruido. La pequeña embarcación, de sólo ocho metros de eslora, tenía su historia, y Sandecker la había investigado desde que había sido construida en 1936 en un pequeño astillero de Portsmouth, Maine. Desde él fue transportada a Newport News, Virginia, donde la cargaron a bordo del entonces recién fletado portaaviones *Enterprise*. Durante los años de guerra y a lo largo de múltiples batallas en el Pacífico meridional, fue el barco personal de costa del almirante Bull Halsey. En 1958, cuando el *Enterprise* fue retirado del servicio y desguazado, el añoso barco auxiliar quedó olvidado en una zona de almacenamiento del astillero New York. Fue allí donde Sandecker encontró y compró la reliquia. Luego la restauró con todo su amor y el barco recuperó el aspecto que había tenido al salir de los astilleros de Maine.

Mientras escuchaba el suave ruido del viejo motor diesel Buda de cuatro cilindros, reflexionó sobre los sucesos de la anterior semana y consideró lo que debía hacer a partir del lunes. Lo que más le preocupaba era la plaga acústica desencadenada por la codicia de Arthur Dorsett, que estaba devastando el océano Pacífico. Además estaba el secuestro de Pitt y Giordino y su posterior desaparición. A Sandecker le angustiaba no tener la más remota idea de cómo solucionar ambos problemas.

Los miembros del Congreso a los que se había dirigido habían rechazado su petición de que tomaran medidas drásticas a fin de detener a Arthur Dorsett. Querían pruebas contundentes, pues para ellos, no había suficientes indicios de culpabilidad que relacionaran a Dorsett con las muertes en el océano. Esta actitud era respaldada y fomentada por los agentes de Dorsett, que estaban generosamente pagados. Lo mismo

de siempre, pensó Sandecker frustrado. Los burócratas sólo actuaban cuando ya era demasiado tarde. La única esperanza que le quedaba era persuadir al presidente de que emprendiera alguna acción legal contra Dorsett, pero sin el apoyo de al menos dos congresistas, ésa era también una causa perdida.

Nevaba ligeramente sobre el río, y los copos blanqueaban los árboles desnudos y la escasa vegetación. En ese día invernal, el suyo era el único barco visible en el río. El cielo de la tarde era azul pálido como el hielo y el aire limpio y frío. Sandecker se subió el cuello del viejo chaquetón marino, se bajó el gorro de lana hasta las orejas y dirigió el barco hacia el amarradero de Maryland donde lo guardaba. Mientras se aproximaba, vio que alguien bajaba de un jeep y cruzaba el embarcadero. Incluso a quinientos metros de distancia, reconoció con facilidad el vivo y característico modo de caminar de Rudi Gunn.

Sandecker puso el pequeño barco contra la corriente y redujo casi por completo la potencia del viejo motor Buda. Al aproximarse al embarcadero, advirtió la torva expresión de Gunn. Mientras intentaba dominar sus malos presentimientos, el almirante arrojó los neumáticos de goma que servían de parachoques por encima de la borda de babor. Luego echó un cable a Gunn y éste tiró del barco y amarró la proa y la popa a sendas cornamusas atornilladas a la grisácea madera.

El almirante extrajo de un cajón una cubierta y, ayudado por Gunn, la extendió sobre las barandillas del barco. Una vez hubieron terminado, el almirante saltó al embarcadero. Los dos hombres aún no habían cruzado palabra.

—Si alguna vez quiere venderlo —dijo Gunn, contemplando la embarcación—, no olvide que yo siempre tengo listo mi talonario.

Sandecker lo miró e inmediatamente advirtió que Gunn estaba muy preocupado.

—No creo que hayas venido hasta aquí sólo para admirar mi barco.

Gunn fue hasta el extremo del embarcadero y dirigió una torva mirada a las turbias aguas del río.

—Nos ha llegado el último informe sobre el secuestro de Dirk y Al en el *Ocean Angler* y no es demasiado bueno.

—Oigámoslo.

—Diez horas después de que el yate de Dorsett desapareciera de nuestras cámaras satélite...

—¿Los satélites de reconocimiento los han perdido? —lo interrumpió Sandecker furioso.

—Nuestras agencias militares de inteligencia no consideran que el hemisferio sur sea una zona de conflictos o de actividades potencialmente hostiles —contestó algo molesto Gunn—. Es imposible que con los presupuestos con que contamos se mantengan en órbita los satélites necesarios para cubrir los mares del sur de Australia.

—Debí tenerlo en cuenta —murmuró Sandecker—. Continúa, por favor.

—La Agencia Nacional de Seguridad interceptó una comunicación telefónica vía satélite entre Arthur Dorsett, desde su yate, y su superintendente de operaciones en la isla Gladiator, un tal Jack Ferguson. El mensaje decía que Dick, Al y Maeve Fletcher fueron abandonados en medio del mar en un pequeño bote sin motor, muy al sur del paralelo cincuenta, donde el océano índico se une con el mar de Tasmania. No se mencionaba el lugar exacto. Dorsett dijo que se proponía regresar a su isla privada.

—¿Dejó a su propia hija en una situación que podía significar su muerte? —murmuró Sandecker, que le costaba creer lo que estaba oyendo—. Me parece algo impensable. ¿Estás seguro de que el mensaje fue correctamente interceptado?

—No existe error —dijo Gunn.

—Es un asesinato a sangre fría —musitó Sandecker—. Y los ha dejado en una zona de fortísimos vientos.

—Aún hay más —dijo Gunn muy serio—. Dorsett los abandonó en medio del camino de un tifón.

—¿Cuánto hace de eso?

—Llevan cuarenta y ocho horas a la deriva.

Sandecker movió la cabeza en un gesto de desolación.

—Aunque hayan logrado sobrevivir, será difícilísimo encontrarlos.

—Más bien imposible; ni nuestra marina ni la australiana disponen de barcos o aviones para efectuar una búsqueda.

—¿Y tú crees que eso es cierto?

Gunn negó con la cabeza.

—¿Qué posibilidades tienen de ser vistos por algún barco? —preguntó Sandecker.

—Se encuentran alejados de las rutas navales. Sólo algunos barcos que llevan provisiones a las estaciones científicas subcontinentales y algún que otro ballenero transitan por esa zona. El mar entre Australia y la Antártida es prácticamente un desierto, las posibilidades de que los rescaten son más bien nulas.

Rudi Gunn parecía cansado y derrotado. Sí fueran un equipo de fútbol en el que Sandecker actuara de entrenador, Pitt de delantero y Giordino de defensa, Gunn sería el encargado de la estrategia, de analizar las jugadas y mantener informado al entrenador. Era un hombre indispensable, con la moral siempre alta, por eso a Sandecker le sorprendía verlo tan abatido.

—Me da la sensación de que no tienes muchas esperanzas de que sobrevivan.

—Tres personas en una balsa a la deriva, asediadas por fuertes vientos y un mar embravecido... Aunque, milagrosamente, hayan sobrevivido al tifón, tendrán que enfrentarse a la sed y el hambre. Dirk y Al han regresado de entre los muertos en más de una ocasión, pero me temo que esta vez las fuerzas de la naturaleza les han declarado la guerra.



Tajantemente, Sandecker replicó:

—Estoy seguro de que Dirk no se habrá dejado vencer por la tormenta y sobrevivirá —contestó Sandecker de forma tajante—. Aunque para ello tenga que ir remando en esa balsa hasta San Francisco. —Hundió las manos en los bolsillos del chaquetón marineroy—. Pon alerta a todos los barcos de investigación de la ANIM que se encuentren en un radio de cinco mil kilómetros y envíalos a la zona.

—Disculpe la franqueza, almirante; pero es muy poco lo que podemos hacer... además, posiblemente ya es demasiado tarde.

—No, no pienso aceptar eso —exclamó Sandecker con resolución—. Pienso exigir que se emprenda una operación de búsqueda por mar y aire. Y si no me hacen caso, haré que la marina y la fuerza aérea se arrepientan de haber nacido.

Yaeger localizó a Sandecker en su restaurante favorito, un pequeño y acogedor local donde preparaban una carne excelente. El almirante, sombrío, estaba cenando con Gunn cuando de pronto sonó el pequeño teléfono móvil Motorola Iridium. Sandecker engulló un bocado de *filet mignon* con ayuda de un sorbo de vino y contestó a la llamada.

—¿Sí?

—Soy Hiram Yaeger, almirante. Lamento molestarlo.

—No necesitas disculparte, Hiram. Me consta que, si no fuera urgente, no me molestarías estando fuera de la oficina.

—¿Le causaría mucho trastorno venir al centro de datos?

—¿Se trata de algo demasiado importante para decírmelo por teléfono?

—Sí, señor. Ya sabe que es fácil interceptar las conversaciones realizadas por teléfonos móviles. No quiero parecer melodramático, pero es fundamental que le informe en persona.

—Rudi Gunn y yo estaremos ahí en media hora. —Sandecker se guardó el teléfono en el bolsillo y continuó cenando.

—¿Malas noticias? —preguntó Gunn.

—Si he leído correctamente entre líneas, Hiram ha obtenido nuevos datos sobre la plaga acústica. Quiere informarnos en el centro de datos.

—Espero que sean buenas noticias.

—Por el tono de su voz, no me ha dado esa sensación —contestó Sandecker—. Sospecho que ha dado con algo que a ninguno de nosotros nos gustará.

Yaeger estaba repantigado en su sillón, con las piernas extendidas, contemplando la imagen de vídeo que mostraba la pantalla de un gran monitor cuando Sandecker y Gunn entraron en su despacho.

Yaeger se volvió hacia ellos y los saludó sin levantarse.

—¿Qué novedades tienes? —preguntó el almirante, yendo directo al grano.

Yaeger se enderezó y señaló la pantalla.

—Encontré un método para calcular las posiciones de convergencia de la energía acústica procedente de las minas de Dorsett.

Gunn arrimó una silla y, sin dejar de mirar el monitor, dijo:

—Te felicito, Hiram. ¿Has conseguido saber dónde se producirá la próxima convergencia?

Yaeger movió la cabeza en un gesto de afirmación.

—En efecto, pero antes, si me lo permiten, les explicaré el proceso. —Tecleó una serie de datos y luego se echó hacia atrás en su asiento—. La velocidad con que el sonido viaja a través del agua varía según las temperaturas del mar y las diferentes presiones hidrostáticas de las distintas profundidades. Cuanto mayor es la profundidad y más pesada la columna de agua que hay por encima, más deprisa viaja el sonido. Podría citar otro centenar de variables como las condiciones atmosféricas, los cambios climáticos de las estaciones, el acceso de propagación a la zona de convergencia y la formación de cáusticas sónicas, pero haré un resumen lo más sencillo posible y lo ilustraré.

En el monitor apareció la imagen de un mapa del océano Pacífico, con cuatro líneas verdes que comenzaban en las distintas minas de Dorsett y se cruzaban en la isla Seymour y en la Antártida.

—Empecé yendo desde el punto donde se produjo la convergencia hacia atrás, hacia la fuente del fenómeno. En primer lugar, el hueso más duro de roer, la isla Seymour, situada frente al extremo de la Península Antártica, en el mar de Weddell, que forma parte del Atlántico meridional. He logrado determinar que las ondas sónicas que se propagaron por el fondo del mar fueron desviadas a causa de las características montañosas del fondo marino. Se trató de un fenómeno fortuito, que no respondía a las pautas normales. Establecido un método, calculé un caso más simple, el que mató a la tripulación del *Mentawai*.

—Eso ocurrió cerca de la isla Howland, casi en el centro del océano Pacífico —comentó Sandecker.

—Por eso es mucho más sencillo de analizar que la convergencia de la isla Seymour —dijo Yaeger, mientras tecleaba nuevos datos que alteraron la pantalla. Ésta mostró entonces cuatro líneas azules que comenzaban en las islas Kunghit, Gladiator, de Pascua y Komandorskie. Luego añadió otras cuatro líneas rojas—. Ésta es la intersección de las zonas de convergencia que exterminó a la flota pesquera rusa que navegaba al noreste de Hawai —explicó.

—¿Dónde calculas que se producirá la siguiente intersección de zonas de convergencia? —preguntó Gunn.

—Si las condiciones permanecen estables durante los tres próximos días, la próxima tragedia tendrá lugar por estos contornos.

Las líneas, esta vez amarillas, se cruzaron novecientos kilómetros al sur de la isla

de Pascua.

—En esa parte del océano, el riesgo de que algún barco que atravesase la zona sea alcanzado resulta mínimo —murmuró Sandecker—. De todas maneras, y para no correr riesgos, haré que se dé aviso a todos los barcos de que no naveguen por esa zona.

Gunn se acercó más a la pantalla.

—¿Cuál es el margen de error?

—Más o menos doce kilómetros —replicó Yaeger.

—¿Y la extensión de la zona de convergencia?

—Tendrá un diámetro de entre cuarenta y noventa kilómetros; la diferencia depende de la energía con que converjan las ondas de sonido de alta frecuencia después de recorrer esas enormes distancias.

—El número de criaturas marinas que habitan en una zona así debe de ser enorme.

—¿Con cuánto tiempo de anticipación puedes predecir una convergencia de ultrasonidos? —quiso saber Sandecker.

—Las condiciones oceánicas son muy difíciles de predecir —contestó Yaeger—. Me es imposible hacer previsiones precisas a más de treinta días. Pasado ese límite de tiempo, el azar manda.

—Aparte de la próxima confluencia de ondas, ¿has podido determinar alguna otra?

—Sí. Se producirá dentro de diecisiete días. —Yaeger echó un vistazo a un gran calendario en el que se veía a una bonita muchacha con falda ajustada sentada ante un ordenador—. El 22 de febrero.

—¿Tan pronto?

Yaeger miró al almirante con una expresión asustada.

—He reservado lo peor para el final. —Sus dedos se movieron sobre el teclado—. Señores, les comunico que el 22 de febrero se producirá una catástrofe de gran magnitud, sin precedentes hasta este momento.

No estaban preparados para aceptar lo que apareció en la pantalla. Lo que el monitor de vídeo anunciaba era un acontecimiento absolutamente impensable, un apocalíptico desastre que les resultaba imposible evitar. Horrorizados y estupefactos, Sandecker y Gunn contemplaron las cuatro líneas púrpura que se cruzaban en la pantalla.

—¿No hay posibilidad de error? —preguntó Gunn.

—He repetido los cálculos más de treinta veces —dijo Yaeger cansado—. Me esforcé al máximo por detectar algún fallo, algún error, alguna variable que desmienta mis conclusiones, pero, por muchas vueltas que le doy, siempre llego a la misma conclusión.

Sandecker se pasó una mano por la frente y susurró:

—Dios mío, no puede ser... No, habiendo tantos lugares desiertos en el océano.

—A no ser que algún trastorno natural imprevisto altere las condiciones marítimas y atmosféricas —anunció Yaeger con aplomo—, la zona de convergencia tendrá lugar, aproximadamente, a quince kilómetros de la ciudad de Honolulu.

A diferencia de su predecesor, el presidente que ocupaba en esos momentos la Casa Blanca tomaba decisiones con rapidez y firmeza, sin vacilar. Se negaba a participar en interminables comités que conseguían poco o nada y sentía particular desagrado hacia los asesores que se pasaban el día lamentando o celebrando las últimas encuestas presidenciales. No le interesaba construirse trincheras contra las críticas de la prensa o el público, sino hacer cuanto le fuera posible en los cuatro años de su presidencia. Si fracasaba, por mucha retórica que utilizara, por mucho que dorase la píldora al electorado o echase la culpa al partido de la oposición, no lograría ser elegido para otro mandato. Los politicastos del partido se mesaban los cabellos y le suplicaban que ofreciese una imagen más receptiva, pero él les hacía caso omiso y se dedicaba a la tarea de gobernar en el mejor interés del país y sin pensar mucho en cuántos callos pisaba.

La petición de Sandecker de entrevistarse con el presidente apenas inmutó a Wilbur Hutton, jefe de personal de la Casa Blanca, que solía ignorar tales solicitudes, salvo que procedieran de algún líder del partido en el Congreso o del vicepresidente. Hasta a los propios miembros del Gabinete presidencial les costaba conseguir entrevistas personales con el presidente, porque Hutton desempeñaba con excesivo celo su tarea de cancerbero del jefe del Ejecutivo.

Hutton no resultaba fácil de intimidar. Era un hombre alto y corpulento como un profesional de lucha libre. Llevaba el poco pelo que le quedaba cuidadosamente cortado a cepillo, de manera que acentuaba aún más la forma de su cabeza, un huevo teñido de rojo. Miraba el mundo a través de unos límpidos ojos azules que nunca hurtaban la mirada. Licenciado por la Universidad de Arizona, doctor en economía por la de Stanford, tenía fama de mostrarse poco receptivo hacia las personalidades procedentes de las universidades más rancias y prestigiosas.

A diferencia de muchos altos funcionarios de la Casa Blanca, Hutton sentía gran respeto hacia los miembros del Pentágono. Se había alistado en la infantería y servido en el ejército y poseía un envidiable historial militar conseguido por su heroica actuación en la guerra del Golfo, por ello sentía gran afecto hacia los jefes militares y atendía mucho mejor a los generales y almirantes que a los políticos de traje oscuro.

—Siempre es un placer verte, Jim. —Había recibido cordialmente a Sandecker, pese al hecho de que éste se había presentado sin previo aviso—. Aunque parece tener gran urgencia por ver al presidente, lamento decirte que tiene la agenda completa. Siento mucho que hayas hecho el viaje para nada.

Sandecker sonrió primero y se puso serio luego.

—Lo que me trae es demasiado delicado para explicarlo por teléfono, Will. No disponemos de tiempo para utilizar los canales adecuados. Cuanta menos gente

conozca el peligro que se avecina, mejor.

Hutton indicó a Sandecker una butaca y luego cruzó el despacho y cerró la puerta.

—Discúlpame si te parezco frío e insensible, pero esas palabras las escucho muy a menudo.

—Estoy seguro de que lo que voy a decirte no lo has escuchado nunca. Dentro de dieciséis días, todos los hombres, mujeres y niños de Honolulu y en gran parte de la isla de Oahu estarán muertos.

Sandecker sintió sobre sí la taladrante mirada de Hutton.

—Vamos, vamos, Jim. ¿A qué viene esto?

—Mis científicos y analistas de datos de la ANIM han resuelto el misterio marino que ha matado a tanta gente y ha hecho estragos en la fauna del océano Pacífico. — Sandecker abrió el portafolios y dejó una carpeta sobre el escritorio de Hutton—. Éste es el informe de nuestra investigación. Llamamos al fenómeno plaga acústica, porque las muertes son producto de ondas sónicas de alta frecuencia que se concentran por refracción. Esta extraordinaria energía se propaga luego a través del mar hasta que converge y aflora, matando a todo ser vivo que se encuentra en un radio de hasta noventa kilómetros.

Por unos instantes Hutton guardó silencio, se preguntaba si el almirante había perdido la cabeza; pero no. Conocía a Sandecker desde hacía demasiado tiempo y sabía que era un hombre serio, consagrado a su trabajo y nada dado a exageraciones. Abrió la carpeta del informe y echó un vistazo a su contenido mientras el almirante aguardaba pacientemente. Al fin Hutton alzó la mirada.

—¿Está tu gente segura de esto?

—Por completo —dijo Sandecker tajante.

—Siempre existe la posibilidad de un error.

—No hay error posible. Sólo existe un 5 por ciento de posibilidades de que la convergencia se produzca a una distancia que no afecte a la población de la isla.

—En los cenáculos del Congreso se dice que abordaste a los senadores Raymond e Ybarra para hablarles de este asunto, pero no lograste conseguir su apoyo para un ataque militar contra las propiedades de la Dorsett Consolidated.

—No conseguí persuadirlos de la gravedad de la situación.

—Y ahora acudes al presidente.

—Y acudiría al propio Dios, si con ello salvase dos millones de vidas.

Hutton miró a Sandecker con la cabeza ladeada y un dubitativo brillo en los ojos. Jugeteó con uno de los lápices que había sobre el escritorio y luego movió la cabeza en un gesto de afirmación y se puso en pie, convencido de que no podía ignorar las palabras del almirante.

—Espera un momento —ordenó. Salió por una puerta que conducía a la Sala Oval y estuvo ausente durante diez minutos. Cuando regresó, dijo—: Pasa, Jim. El

presidente te recibirá.

Sandecker miró a Hutton.

—Gracias, Will. Te debo una.

Cuando el almirante entró en la Sala Oval, el presidente, cortés, rodeó el viejo escritorio que había pertenecido a Roosevelt y estrechó la mano a su visitante.

—Encantado de conocerlo, almirante Sandecker.

—Le agradezco que me dedique su tiempo, señor presidente.

—Will me ha dicho que se trata de un asunto urgente que guarda relación con todas esas muertes del *Polar Queen*.

—Y muchas otras más.

—Cuéntale al presidente lo que acabas de decirme —dijo Hutton, al tiempo que daba al presidente el informe sobre la plaga acústica para que lo leyese mientras el almirante explicaba en qué consistía la amenaza.

Sandecker expuso la situación con calor y convicción, se mostró enérgico y vibrante, pues creía apasionadamente en el personal de la ANIM, en sus juicios y conclusiones. Tras una enfática pausa, terminó solicitando que se utilizase la fuerza militar para detener las operaciones mineras de Dorsett.

El presidente escuchó a Sandecker con atención, y cuando el almirante hubo concluido, siguió leyendo en silencio por unos minutos. Al fin alzó la vista.

—Comprenderá usted, almirante, que no puedo destruir arbitrariamente propiedades privadas situadas en suelo extranjero.

—Una acción que además pondría en peligro vidas inocentes —apostilló Hutton.

Sandecker dijo:

—Si lográsemos detener las operaciones de una de las minas de la Dorsett Consolidated —dijo Sandecker—, evitando así que la energía acústica dimanase de una de sus cuatro fuentes, reduciríamos lo bastante la fuerza de la convergencia como para salvar de una muerte horrible a los casi dos millones de hombres, mujeres y niños que viven en Honolulu y sus inmediaciones.

—Estará usted de acuerdo conmigo, almirante, en que la energía acústica no es una amenaza habitual para el gobierno. Se trata de una cuestión totalmente nueva para mí. Necesitaré tiempo para hacer que mis asesores del Consejo Nacional de Ciencias verifiquen las averiguaciones y datos de la ANIM.

—La convergencia se producirá dentro de dieciséis días, señor presidente —recordó Sandecker con tono sombrío.

—Nos reuniremos de nuevo pasados cuatro días —le aseguró el presidente.

—Ése es tiempo más que suficiente para decidir un plan de acción y llevarlo a efecto —dijo Hutton.

El presidente tendió la mano.

—Gracias por informarme sobre este asunto, almirante —dijo—. Le prometo que

estudiaré con todo interés su informe.

—Muchas gracias, señor presidente —dijo Sandecker—. No podía esperar más.

Mientras acompañaba al almirante a la salida, Hutton dijo:

—No te preocupes, Jim. Yo me ocuparé de cursar tu aviso a través de los canales adecuados.

Sandecker le dirigió una taladrante mirada.

—Limítate a ocuparte de que el presidente no eche en saco roto mi advertencia, pues de lo contrario no quedará nadie en Honolulu para votarlo.



Cuatro días sin agua. El inclemente calor y la humedad constante les exprimía todo el sudor del cuerpo. Pitt no permitía que sus compañeros se dejaran ganar por el desaliento que podía mermar aún más su energía física e impedirles pensar adecuadamente. El monótono golpear de las olas contra el bote estuvo a punto de enloquecerlos hasta que al fin se acostumbraron a él. El ingenio era la clave de la supervivencia. Pitt había leído infinidad de relatos de naufragos y sabía que muchos marineros habían muerto a causa del letargo y la desesperanza. Pitt no dejaba de acicatear a Maeve y Giordino, instándolos a dormir sólo por la noche y a mantenerse ocupados durante las horas de luz.

Su estrategia surtió efecto. Aparte de cumplir la función de carnicera del barco, Maeve ató un pañuelo de seda a unos cables y lo dejó arrastrando por el agua en la parte de popa. Actuando como fina red, el pañuelo recogió una variada colección de plancton y de microscópicos seres marinos. Al cabo de unas cuantas horas dividió los especímenes en tres pequeños montones sobre la tapa de un asiento, como si se tratase de una ensalada de delicias del mar.

Giordino utilizó el duro acero de la navaja del ejército suizo para hacer muescas en el anzuelo hecho con la aguja de la hebilla del cinturón de Pitt. El italiano se había reservado las tareas de pesca, mientras Maeve hacía uso de sus conocimientos de biología y zoología, para limpiar y diseccionar las capturas del día. Otros naufragos se hubieran limitado a echar el anzuelo al agua y esperar. Giordino escogió como cebo los bocados más apetitosos —al menos para un pez— de las entrañas del tiburón y utilizó el sedal como los vaqueros usan la reata para enlazar a una res, enrollándose entre el codo y el valle del pulgar y el índice y soltándolo poco a poco, al tiempo que lo sacudía levemente para dar vida al cebo, pues una presa aparentemente viva resultaba más atractiva para los peces, y Giordino no tardó en conseguir su primera captura. Un pequeño atún mordió el anzuelo y un poco más tarde el animal se encontraba a bordo.

Los anales de los naufragos estaban llenos de historias de marinos que murieron de hambre a pesar de estar rodeados de peces, debido a que carecían de la pericia necesaria para atraparlos; no era el caso de Giordino. Una vez dominó el arte de la pesca y refinó su sistema, sacaba peces con el virtuosismo de un pescador veterano. Con una red, habría llenado todo el bote en cuestión de horas. En los alrededores de la pequeña balsa, el mar parecía un acuario. Peces de todas clases escoltaban a los naufragos; los más pequeños y de vivos colores atraían a otros mayores, y éstos, a su vez, a los tiburones, que constituían una permanente molestia, pues embestían constantemente contra la balsa.

Amenazadores y elegantes a la vez, los tigres de las profundidades nadaban

alrededor del bote cortando el agua con sus aletas triangulares como si fueran cuchillos de carnicero. Acompañados por su legendario séquito de peces guía, los tiburones giraban de costado al deslizarse tras el bote, y cuando éste se encontraba en el seno de una ola, los escualos, desde la cresta de la siguiente, miraban de frente a sus víctimas potenciales con felinos ojos, fríos como el hielo. Pitt recordó la reproducción de una pintura de Winslow Homer, *Gulf Stream*, que había en el aula de su escuela elemental. En ella se veía a un negro a bordo de un balandro desarbolado rodeado por una manada de tiburones en medio de una tempestad. Así había interpretado Homer la desigual lucha del hombre contra los elementos.

Masticar pescado crudo era un viejo y eficaz sistema, descubierto por los náufragos y los primeros navegantes, que proporcionaba a sus desdichados cuerpos algo de humedad. Comían la carne de tiburón secada al sol, aunque su menú también incluía dos peces voladores bastante grandes que habían caído en el bote durante la noche. El pescado crudo, con su aceitoso sabor, no era exactamente una fiesta para el paladar, pero contribuía a disminuir las punzadas del hambre y la sed y los hacía sentir ahítos con sólo unos bocados.

También satisfacían parcialmente la necesidad de reponer sus fluidos corporales dándose frecuentes chapuzones en el agua cerca del bote, mientras los otros vigilaban los tiburones. La fresca sensación que sentían tumbándose con las ropas húmedas a la sombra del toldo del bote contribuía a mitigar la angustia de la deshidratación y el tormento del sol. También ayudaba a disolver la capa de sal que se acumulaba rápidamente sobre sus cuerpos.

Los elementos hacían que a Pitt le fuera fácil su labor de marino, pues los fuertes vientos del oeste, habituales en la zona, los empujaban hacia el este y la corriente los impulsaba en idéntica dirección. Para determinar de modo aproximado su posición, utilizaba el sol y las estrellas, así como una ballestilla improvisada con dos astillas arrancadas del remo; era un sistema para determinar la latitud ideado por los antiguos marinos. Se sostenía el extremo de un listón frente al ojo y luego se calibraba con una pieza transversal, deslizándola hacia adelante y hacia atrás hasta que un extremo encajaba exactamente entre el sol —u otra estrella— y el horizonte. Luego se leía el ángulo de latitud en unas muescas marcadas sobre el listón. Una vez establecido el ángulo, el navegante podía calcular toscamente una latitud aproximada que no podía contrastarse con ninguna tabla de referencia. Determinar la longitud —en el caso de Pitt, cuánto se estaban desplazando hacia el este— era otra cuestión.

El cielo nocturno estaba tachonado de estrellas, relucientes puntos de una brújula celestial que giraba de este a oeste. Tras fijar sus posiciones durante varias noches, a Pitt le fue posible llevar una rudimentaria bitácora anotando sus cálculos en un extremo de la cubierta de nailon del bote con un pequeño lápiz que Maeve había encontrado de forma casual bajo uno de los tubos de flotación. La principal dificultad

era que Pitt no estaba tan familiarizado con las estrellas y constelaciones del hemisferio sur como con las del norte del ecuador, por lo que sus cálculos se resentían.

La ligera embarcación era muy sensible al viento y se deslizaba sobre el agua como a impulsos de una vela. Pitt calculaba la velocidad arrojando al agua, frente al bote, uno de sus zapatos de suela de goma sujeto al extremo de un trozo de cable de cinco metros. Luego, después de contar los segundos que la balsa tardaba en rebasar el zapato, lo sacaba del agua antes de que quedara atrás. Descubrió que el viento del oeste los impulsaba a una velocidad de unos tres kilómetros por hora. Utilizando la cubierta de nailon como vela, con el corto remo a modo de mástil, podían alcanzar los cinco kilómetros por hora, la velocidad a la que camina una persona a paso ligero.

—Aquí estamos, navegando sin timón, como si fuéramos pecios perdidos en el ancho mar de la vida —murmuró Giordino, que tenía los labios cubiertos de sal—. Ahora lo único que necesitamos es encontrar el modo de gobernar este chisme.

—No sigas —contestó Pitt, utilizando el destornillador para soltar las bisagras del asiento de fibra de vidrio, que cubría un compartimiento. En menos de un minuto tuvo en sus manos la tapa rectangular, de aproximadamente el tamaño y la forma de una puerta de alacena—. Dicho y hecho, aquí tienes el timón.

Maeve, que ya se estaba acostumbrando a los constantes inventos de Pitt, preguntó:

—¿Cómo piensas sujetarlo?

—Soltando las bisagras de los otros asientos y poniéndoselas a esta tapa, que luego atornillaré al yugo en que iba el motor fuera borda, de manera que pueda girar a uno y otro lado. Luego, sujetando dos cables al extremo superior, podremos manejar la tapa como el timón de cualquier barco o aeroplano... Así contribuyo a mejorar el mundo en el que vivo.

—Eres un genio —dijo Giordino—. No hay problema que no resuelvas con tu pasmosa sabiduría.

Pitt sonrió a Maeve.

—Lo bueno de Giordino —dijo— es que, ocurra lo que ocurra, él nunca deja de hacer el payaso.

—Bueno, gran navegante, ahora que ya dominamos mínimamente este bote, ¿hacia dónde lo dirigimos?

—Eso debe decirlo la dama —respondió Pitt—. Ella está más familiarizada que nosotros con estas aguas.

—Si nos dirigimos hacia el norte —dijo Maeve—, quizá lleguemos a Tasmania.

Pitt negó con la cabeza y señaló la improvisada vela.

—Con un aparejo como éste, no podemos navegar con viento de través. Debido a nuestro fondo plano, iríamos cinco veces más rápido en dirección este que en

dirección norte. La posibilidad de llegar al extremo sur de Nueva Zelanda existe, pero es muy remota. Deberemos contentarnos con enfilear la vela ligeramente hacia el noreste, digamos un rumbo de setenta y cinco grados según mi vieja brújula de *boy scout*.

—Cuanto más al norte mejor —dijo ella, cruzando los brazos sobre el pecho para darse calor—. Al sur las noches son muy frías.

—¿Sabes si en ese rumbo encontraremos tierra? —preguntó Giordino a Maeve.

—No hay muchos puntos de recalada —respondió ella—. Al sur de Nueva Zelanda las islas son escasas y están muy dispersas, incluso podríamos pasar entre ellas sin verlas, sobre todo de noche.

—Pueden ser nuestra única esperanza. —Pitt, con la brújula en la mano, estudió la aguja—. ¿Recuerdas cuál es la situación aproximada de esas islas?

—La isla Stewart se encuentra por debajo de la isla Sur. Luego están las Snares, las Auckland y, novecientos kilómetros más al sur, las Macquaire.

—El único nombre que me suena vagamente es el de la isla Stewart —dijo Pitt.

—De las Macquaire puedes irte olvidando —dijo Maeve, temblando de frío—. Sus únicos habitantes son pingüinos y siempre nieva.

—Debe de ser por las corrientes frías procedentes del Antártico.

—Si pasamos de largo sin advertirlas, de aquí a Sudamérica sólo hay mar abierto —dijo Giordino desalentado.

Pitt oteó el cielo vacío haciendo visera con la mano.

—Quizá logremos sobrevivir al frío de las noches, pero si no llueve, nos deshidrataremos mucho antes de poner un pie en alguna playa. Lo mejor es que mantengamos rumbo hacia las islas del sur, para tratar de divisar alguna de ellas. Podemos decir que nos lo jugamos todo a varias cartas, para aumentar así nuestras posibilidades.

—O sea que intentaremos llegar a las Macquaire —dijo Giordino.

—Creo que es la mejor salida que tenemos —asintió Pitt.

Con la valiosa ayuda de Giordino, Pitt no tardó en colocar la vela para poner la balsa en un rumbo de setenta y cinco grados, según la brújula. El rudimentario timón funcionó de forma eficaz y pudieron incrementar su deriva hasta casi sesenta grados. Animados por el hecho de ser mínimamente capaces de controlar su destino, experimentaron cierto optimismo que fue a más cuando, súbitamente, Giordino anunció:

—Una tormenta viene hacia nosotros.

Por el lado oeste habían aparecido negras nubes que avanzaban hacia los náufragos a gran velocidad. Al cabo de escasos minutos cayeron gruesas gotas aisladas sobre el bote que no tardaron en convertirse en una lluvia torrencial.

—Abrid todos los cajones y cualquier recipiente que haya en la balsa —ordenó

Pitt, mientras arriaba la vela de nailon—. Mantened durante un minuto la vela inclinada con un extremo fuera del bote para que el agua se lleve la sal acumulada y luego haremos con ella un canalón a fin de conducir la lluvia hasta la nevera.

El agua seguía cayendo. Pitt, Maeve y Giordino alzaron los rostros hacia las nubes con las bocas abiertas para beber y llenarse del precioso líquido; parecían ansiosos pajarillos exigiendo a sus alados padres unos bocados. El agua dulce y fresca fue como miel para ellos, que tenían las gargantas resecas. Nada podía haberles resultado más placentero.

El viento azotaba el mar, y ellos continuaron disfrutando del cegador diluvio. Los flotadores de neopreno, golpeados por las gotas de lluvia, resonaban como un tambor. El agua no tardó en llenar la nevera y el fondo del bote. El revitalizador chaparrón cesó tan inesperadamente como había comenzado. Apenas se desperdició una gota. Se quitaron las ropas y las retorcieron sobre sus bocas, luego almacenaron el agua del fondo del bote de todos los modos que se les ocurrieron. El chaparrón y la ingestión de agua insufló nuevos ánimos en ellos.

—¿Cuántos litros habremos recogido? —preguntó Maeve.

—Unos doce o quince litros —aventuró Giordino.

—Podemos convertirlos en quince o dieciséis si añadimos un poco de agua de mar.

Maeve lo miró extrañada.

—¿No sería un poco arriesgado? El agua con sal no es exactamente un remedio para la sed.

—Los habitantes de los trópicos, en los días calurosos y sofocantes, suelen atiborrarse de agua, y cuando el líquido les sale ya por las orejas, siguen teniendo sed. El cuerpo admite más agua de la que necesita. Lo que el metabolismo necesita después de sudar mucho es sal. Sé que el agua del mar deja un gusto amargo en el paladar, pero creedme, si añadimos un poco al agua dulce, saciaremos nuestra sed sin sentirnos luego enfermos.

Tras comer pescado crudo y beber, volvieron a sentirse casi humanos. Maeve encontró un poco de aceite de máquinas en la consola, donde tiempo atrás habían estado los mandos del bote, y lo mezcló con la grasa de los peces para hacer una loción bronceadora; llamó a su creación protección Fletcher, aunque dijo que la loción tenía un factor de protección de menos seis. Para el único mal que no tenían remedio era para las llagas de las piernas y la espalda que los tres tenían a causa de los roces continuos con la balsa debido al movimiento de las olas. La improvisada loción bronceadora de Maeve ayudó algo, pero no resolvió el creciente problema.

Por la tarde comenzó a soplar un fuerte viento que agitó las aguas en torno a ellos y los impulsó en dirección noreste, a merced de las caprichosas olas. Habían perdido el ancla hecha con la cazadora de cuero y Pitt arrió la vela para evitar que saliera

volando. Era como rodar cuesta abajo por una ladera cubierta de nieve metidos en una gran tubería, sin el más mínimo dominio de la situación. El viento duró hasta las diez de la mañana del día siguiente. En cuanto las aguas se calmaron, los peces volvieron. Aparentemente furiosos por la interrupción, agitaron el mar y golpearon el bote. Los animales más voraces, los matones de la bancada, se dieron un festín con sus congéneres de menor tamaño. Durante casi una hora, mientras los peces representaban el sempiterno drama de la supervivencia, en el que los tiburones siempre salían triunfadores, las aguas que rodeaban la balsa se riñeron de rojo.

Inmensamente cansada del baqueteo de la balsa, Maeve no tardó en dormirse y soñó con sus hijos. Giordino también se echó una siesta y soñó con que estaba en un restaurante comiendo cuanto se le antojaba. Para Pitt no hubo sueños. Luchando contra la fatiga, volvió a izar la vela, midió la situación del sol con la ballestilla y marcó el curso con ayuda de la brújula. Situándose lo más cómodamente posible en popa, enfiló el bote hacia el noreste con ayuda de las cuerdas unidas al timón.

Como solía ocurrirle cuando el océano estaba en calma, se sintió muy lejos de los problemas del mar y la supervivencia. Tras meditar sobre la situación en que se encontraban, sus pensamientos se centraron una vez más en Arthur Dorsett y, poco a poco, se sintió presa de la ira. Nadie podía infligir tantos sufrimientos a personas inocentes, incluida su propia hija, y no sufrir un castigo justo. Hacer que esto se hiciese realidad era para él lo más importante en esos momentos. Los desdeñosos rostros de Dorsett, Deirdre y Boudicca parecían reírse de él.

Pitt no quería pensar en los sufrimientos de los cinco últimos días, ni en los tormentos que Giordino, Maeve y él habían sufrido. La venganza dominaba obsesiva y salvajemente sus pensamientos; venganza o ejecución, Pitt no hacía distinciones entre una y otra. No podía permitir que Dorsett continuase con su reinado del terror. No, después de tantas muertes. De un modo u otro, tenía que pagar el mal que había hecho.

Había dos objetivos que primaban sobre todo lo demás: rescatar a los hijos de Maeve y acabar con el despiadado magnate de los diamantes.

Pitt ya llevaba ocho días pilotando la pequeña balsa por el inmenso mar. Al anoecer Giordino se encargó de dirigir la embarcación mientras Pitt y Maeve cenaban una mezcla de pescado fresco y seco. La luna llena se alzó sobre el horizonte como una gran bola ambarina que, después de cruzar el cielo sobre ellos, disminuyó de tamaño y se tornó blanca. Maeve bebió un poco de agua para quitarse de la boca el sabor a pescado y se sentó entre los brazos de Pitt, mirando el blanco surco de la luna rielando en las aguas.

La joven susurró unas frases de la canción *Moon River*, luego se volvió hacia Pitt y miró su rostro curtido y estudió la línea de su mandíbula, las oscuras y pobladas cejas y los verdes ojos que relucían con la luz de la luna. Tenía una nariz bonita, aunque se notaba que se la había roto en más de una ocasión. Las pequeñas arrugas alrededor de los ojos y la ligera curvatura de los labios denotaban su buen humor y su naturaleza optimista, era un hombre capaz de hacer sentirse a gusto a cualquier mujer, un hombre que ofrecía una acogedora protección. Se daba en Pitt una extraña mezcla de dureza y sensibilidad que a Maeve le resultaba increíblemente atractiva.

La joven permaneció inmóvil, hipnotizada por su compañero, hasta que él, de pronto, bajó la vista y advirtió la fascinada expresión de Maeve, aun así ella siguió mirándolo.

—Eres un hombre poco común —comentó sin saber muy bien el motivo.

Él la miró intrigado.

—¿Por qué lo dices?

—Por lo que haces y lo que dices. Nunca me había sentido tan bien con nadie como contigo.

Pitt sonrió, evidentemente halagado.

—Nunca he escuchado a una mujer decir nada parecido.

—¿Has conocido a muchas?

—¿A muchas qué?

—Mujeres.

—La verdad es que no. Siempre quise ser un sátiro como el bueno de Al, pero nunca encontré tiempo.

—¿Has estado casado?

—No, nunca.

—¿Ni siquiera se te ha pasado esa idea por la mente?

—Quizá una vez.

—¿Qué pasó?

—Ella murió.

Maeve intuyó que Pitt nunca había llegado a salvar el abismo que separaba el

pesar del agrí dulce recuerdo. Lamentó haber hecho la pregunta y se sintió algo turbada. Sentía una instintiva atracción hacia él y quería conocer sus pensamientos. Creía adivinar que Pitt ansiaba algo más profundo que una pasajera relación física y que los vanos flirteos no le interesaban.

—Ella se llamaba Summer —dijo Pitt—. Fue algo que ocurrió hace mucho.

—Lo siento —murmuró Maeve.

—Tenía los ojos grises y era pelirroja, pero se parecía mucho a ti.

—Me siento halagada.

Pitt estuvo a punto de preguntarle por sus hijos, pero no lo hizo, pues esa pregunta hubiera roto la intimidad de ese momento. Dos personas a solas —bueno, casi a solas—, rodeados de la luna, las estrellas y el negro e inquieto mar. Sin seres humanos ni tierra firme, en medio de miles de kilómetros de agua... Resultaba muy fácil olvidarse de quiénes eran e imaginarse navegando por la bahía de una isla tropical.

—También tienes un increíble parecido con la madre de tu tatarabuela —dijo él.

Ella alzó la cabeza y lo miró.

—¿Cómo es posible que sepas eso?

—En el yate había un retrato de Betsy Fletcher.

—Algún día te hablaré de ella —dijo Maeve, acurrucándose entre los brazos de Pitt como un gato.

—No es necesario —contestó Pitt sonriente—. Me da la sensación de que la conozco tan bien como a ti. Una mujer valiente, arrestada y enviada a la colonia penal de Botany Bay, superviviente de la balsa del *Gladiator*. Gracias a ella salvaron sus vidas el capitán *Bully Scaggs* y Jess Dorsett, un salteador convicto que se convirtió en su esposo y en el padre de tu tatarabuela. Tras llegar a la que hoy se conoce como isla *Gladiator*, Betsy descubrió una de las mayores minas de diamantes del mundo y fundó una dinastía. En mi apartamento tengo un informe completo sobre los Dorsett, desde Betsy y Jess hasta llegar a ti y a tus horribles hermanas.

Ella se incorporó furiosa.

—Pediste que me investigaran, sinvergüenza. Probablemente, lo hizo la CÍA.

Pitt negó con la cabeza.

—Tratamos de reunir información sobre toda tu familia, sobre la famosa dinastía de los magnates de diamantes. Y el trabajo lo realizó un viejo caballero que se indignaría mucho si se enterase que lo habías tomado por un agente de la CÍA.

—No sabes de mi familia tanto como crees. Mi padre y sus antecesores fueron hombres muy reservados.

—En realidad, hay un miembro de tu familia que me intriga mucho más que el resto.

Ella lo miró con extrañeza.



—Si no soy yo, ¿quién?

—El monstruo marino de vuestra laguna.

Esa respuesta cogió a Maeve por sorpresa.

—No te estarás refiriendo a *Basil*...

Pitt pareció desconcertado.

—¿A quién?

—*Basil* no es un monstruo, sino una serpiente marina. Son cosas muy distintas.

Yo la he visto con mis propios ojos en tres ocasiones.

Pitt se echó a reír.

—¿*Basil*? ¿La llamáis *Basil*?

—No te reirías tanto sí estuvieras entre sus fauces —dijo Maeve irritada.

Pitt movió la cabeza en un gesto divertido.

—Me parece increíble que una zoóloga profesional crea en serpientes marinas.

—Para empezar, «serpiente marina» es un nombre inadecuado. No son auténticas serpientes como las víboras.

—Los turistas han contado muchas historias inauditas sobre extrañas bestias que aparecen en algunos lagos, desde el Ness hasta el Camplain, pero desde el siglo pasado, que yo sepa, no se ha informado de ninguna aparición en el mar de bestias marinas.

—En la actualidad esa clase de apariciones no reciben la publicidad que antes se les dedicaba. Las guerras, los desastres naturales y las matanzas masivas han copado los titulares de los periódicos.

—Eso no explica que no aparezcan en la prensa sensacionalista.

—Actualmente los barcos siguen rutas marinas fijadas con gran exactitud —explicó Maeve paciente—. Los viejos barcos de vela solían surcar aguas poco frecuentadas y los barcos balleneros, al recorrer grandes distancias mientras perseguían a sus presas, informaban también, como aquéllos, de frecuentes apariciones. Además, los barcos de vela de antaño navegaban en silencio y podían aproximarse a las serpientes que nadaban en la superficie, sin que éstas lo advirtieran. Sin embargo, un moderno buque con motores diesel puede ser oído a muchos kilómetros de distancia bajo el agua. Son animales enormes, pero tímidos y retraídos, infatigables viajeros oceánicos que se niegan a ser capturados.

—Si no se trata de espejismos ni de serpientes, ¿qué son?, ¿dinosaurios supervivientes?

—Muy bien, señor incrédulo —respondió Maeve con un toque de desafío en la voz— quiero que sepas que mi tesis doctoral trata de la criptozoología, la ciencia que estudia las bestias legendarias. Para tu información, existen 467 apariciones confirmadas; es decir que no se trata de alucinaciones, historias fantásticas o informes de segunda mano. Las he clasificado en mi ordenador según la naturaleza de la

aparición, teniendo en cuenta las condiciones climáticas y marinas en las que tuvo lugar; la distribución geográfica; las características distintivas; color, forma y tamaño. Por medio de técnicas de representación gráfica, he podido reproducir la evolución de esas bestias y, respondiendo a tu pregunta, te diré que probablemente evolucionaron a partir de los dinosaurios, de modo similar a como lo hicieron los caimanes y cocodrilos, aunque, desde luego, no se trata de «dinosaurios supervivientes». Los plesiosaurios, con forma de serpientes marinas, la especie que muchos creen que ha sobrevivido, nunca pasaron de los dieciséis metros, mucho menos de lo que mide *Basil*, por ejemplo.

—Muy bien, reservo mi opinión en espera de que me demuestres que realmente esas bestias existen.

—Hay seis especies principales —respondió ella—. La que ha sido vista en más ocasiones es una criatura de cuello largo con una joroba y con la cabeza y las fauces similares a las de un gran perro. También se ha descrito una con cabeza de caballo, crines y enormes ojos, de la que se dice que tiene una especie de barba de chivo.

—Barba de chivo —repitió Pitt incrédulo.

—Luego existe una especie cuyo cuerpo recuerda al de una serpiente o al de una anguila. Se ha descrito una cuarta variedad de aspecto semejante al de una nutria marina gigante y otra cuyos especímenes poseen una gran hilera de enormes aletas triangulares. La que ha sido documentada en más ocasiones posee múltiples jorobas dorsales, cabeza en forma de huevo y un morro parecido al de un perro; siempre se la retrata con el lomo oscuro y la panza blanca. Algunas tienen aletas similares a las de las focas o las tortugas, pero no todas. De la misma forma, algunos miembros de la especie desarrollan colas larguísimas, mientras que otros han sido descritos con un muñón. A muchas se las describe con pelo; a otras, con piel tersa y sedosa. Los colores varían, y van del amarillo grisáceo al pardo o el negro. A diferencia de la mayoría de los auténticos reptiles marinos y terrestres, que se impulsan mediante movimientos laterales del cuerpo, las serpientes de mar lo hacen por medio de ondulaciones verticales. Se cree que se alimentan de peces y sólo se dejan ver cuando hace buen tiempo; de hecho estos animales han sido vistos en todos los mares, salvo en las aguas del Ártico y el Antártico.

—¿Cómo puedes tener la seguridad de que todas esas apariciones son ciertas? Pudo tratarse de grandes tiburones, masas de algas, una manada de marsopas o incluso calamares gigantes.

—En muchos casos, fueron vistas por más de un testigo —contestó Maeve—. Muchos de ellos, capitanes de barco con una gran reputación. El capitán Arthur Rose fue uno de ellos.

—Lo conozco. Estaba al mando del *Carpathia*, el barco que recogió a los supervivientes del *Titania*.

—Él divisó una criatura que le pareció que estaba en apuros, como si se encontrase enferma o herida.

—Los testigos, aunque sean creíbles, pueden equivocarse —insistió Pitt—. Los científicos no han encontrado ninguna serpiente, ni restos de ellas, así que no han podido diseccionar ni estudiar su organismo; por lo tanto, no se tienen pruebas reales de su existencia.

—¿Puedes decirme algún motivo por el que en los mares no puedan seguir viviendo reptiles de entre veinte y cincuenta metros de longitud, parecidos a serpientes, como ocurría en el mesozoico? El mar no es un acuario, no podemos estudiar sus profundidades con la facilidad que investigamos nuestro suelo. ¿Quién sabe cuántas especies gigantescas, desconocidas aún por la ciencia, habitan en los mares?

—Aunque casi me da miedo preguntarlo —dijo Pitt sonriendo—, ¿a qué especie pertenece *Basil*?

—La tengo clasificada como una mega-anguila. Posee un cuerpo cilíndrico de treinta metros de longitud que termina en una cola en punta. Tiene la cabeza algo achatada, como la de la anguila común, pero su boca está provista de dientes muy afilados. Es azulada con el abdomen blanco y sus ojos son negros y enormes. Avanza con movimientos ondulantes como lo hacen las anguilas o las serpientes. La he visto en dos ocasiones, alzándose por encima del agua, mostrando más de diez metros de su cuerpo, y volviéndose a sumergir en medio de un fuerte estrépito.

—¿Cuándo la viste por primera vez?

—Cuando tenía unos diez años —contestó Maeve—. Deirdre y yo estábamos navegando en un pequeño bote de vela que nuestra madre nos había regalado, cuando de pronto tuve la extraña sensación de que alguien me observaba. Sentí un escalofrío, aunque Deirdre no lo advirtió. Yo me di la vuelta lentamente y allí, a veinte metros de nuestra popa, había una cabeza y un cuello asomando unos tres metros por encima del agua. El monstruo nos miró con sus grandes y relucientes ojos negros.

—¿Qué grosor tenía el cuello?

—Debía de poseer un diámetro de más de dos metros, tan grande como un túnel de mina, como decía mi padre.

—¿El también la vio?

—Todos los miembros de mi familia la han visto en más de una ocasión, generalmente cuando alguien estaba a punto de morir.

—Sigue con tu descripción.

—La bestia me pareció un dragón salido de una pesadilla infantil. Quedé petrificada y no pude articular palabra ni gritar. Deirdre seguía mirando hacia proa, pendiente de decirme cuándo debía amurar para que no encallásemos en la barrera de arrecifes.

—¿En algún momento trató de atacarnos? —preguntó Pitt.

—No. Se limitó a mirarnos, sin hacer nada mientras nos alejábamos de ella en el bote.

—Y Deirdre no la vio.

—Aquella vez, no, pero más tarde la divisó en dos ocasiones distintas.

—¿Cómo reaccionó tu padre cuando le dijiste lo que habías visto?

—Se echó a reír y dijo: «Bueno, al fin conociste a *Basil*».

—Antes me has dicho que la serpiente aparece cuando va a producirse una muerte, ¿no es así?

—Se trata de una leyenda familiar, aunque hay algo de verdad en ella. *Basil* fue vista en la laguna por la tripulación de un ballenero que estaba haciendo escala en la isla cuando Betsy Fletcher fue enterrada. Además, también apareció antes de que mi tía abuela Mildred y mi madre murieran, ambas en violentas circunstancias.

—¿Fue una coincidencia o fue el destino?

Maeve se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? De lo único que estoy segura es de que mi padre asesinó a mi madre.

—Del mismo modo que, supuestamente, tu abuelo Henry mató a su hermana Mildred.

Ella lo miró con extrañeza.

—Vaya, también sabes eso.

—Es del dominio público.

Ella miró hacia el negro mar y la luna iluminó sus ojos, grandes y tristes.

—Las tres últimas generaciones de los Dorsett no han sido precisamente ejemplos de virtudes.

—Tu madre se llamaba Irene.

Maeve asintió en silencio.

—¿Cómo murió? —preguntó Pitt.

—Estaba destinada a morir tarde o temprano con el corazón roto por el infame trato que durante toda su vida recibió del hombre al que con tanta desesperación amaba. Mientras caminaba por los acantilados con mi padre, tropezó y cayó al mar.

—En su delicado rostro se dibujó una expresión de odio sin límites—. Él la empujó —dijo con frialdad—. Mi padre la empujó, estoy tan segura de ello como de que hay estrellas en el universo.

Pitt la abrazó y notó que Maeve estaba temblando.

—Hablame de tus hermanas —dijo, tratando de cambiar de tema.

La expresión de odio se desvaneció y sus facciones volvieron a ser afables.

—No hay mucho que contar. Nunca estuve muy unida a ellas. Deirdre siempre ha sido una desaprensiva. Si yo tenía algo que ella deseaba, me lo quitaba y luego decía

que siempre había sido suyo. De las tres, Deirdre fue siempre la favorita de mi padre. La debilidad que él siente por ella yo la atribuyo a que son almas gemelas. Deirdre vive en un mundo de fantasía creado por sus propias mentiras. Es incapaz de decir la verdad, incluso cuando no hay motivo para mentir.

—¿Ha estado casada alguna vez?

—Sí, con un jugador profesional de fútbol que creyó que casándose con ella viviría el resto de su vida entre la gente de la alta sociedad y permitiéndose todos los caprichos. Desdichadamente para él, cuando solicitó el divorcio y exigió un acuerdo monetario equivalente al presupuesto nacional de Australia, se cayó «accidentalmente» de uno de los yates de mi familia. Nunca se encontró su cuerpo.

Sarcásticamente, Pitt comentó:

—Aceptar invitaciones para navegar en un yate de los Dorsett puede ser algo peligroso —comentó Pitt con sarcasmo.

—Cuando pienso en todas las personas que mi padre ha matado porque, real o imaginariamente, se interponían en su camino...

—¿Y Boudicca? ¿Qué me dices de ella?

—La verdad es que apenas la conozco —respondió Maeve en tono distante—. Boudicca es once años mayor que yo. Poco después de mi nacimiento, mi padre la mandó a un internado muy caro, al menos siempre me dijeron eso. Yo tenía casi once años cuando nos vimos por primera vez. En realidad, lo único que sé de ella es que le apasionan los jóvenes apuestos, algo que molesta mucho a mi padre, aunque no hace nada por evitar que ande por ahí acostándose con quien le da la gana.

—Parece una mujer bastante peligrosa.

—Una vez la vi encararse con mi padre, porque estaba borracho perdido y estaba pegando a nuestra madre.

—Es curioso que tu padre y tus hermanas te odien, cuando tú eres la única persona decente de la familia.

—Después de que mi madre muriera, me escapé de la isla, en la que mis hermanas y yo éramos prácticamente prisioneras. Mi padre nunca ha sabido perdonarme que quisiera vivir mi vida. Le enfureció que yo fuese capaz de estudiar y abrirme paso sin recurrir a la fortuna Dorsett. Durante un tiempo estuve viviendo con un muchacho, y cuando me quedé embarazada de los gemelos y decidí tenerlos en lugar de abortar, aunque sin casarme con mi compañero, mi padre y mis hermanas me desvincularon del imperio Dorsett. Fue algo absurdo, que todavía no acierto a explicar. Cambié legalmente mi nombre por el de la madre de mi tatarabuela y seguí viviendo tranquilamente, satisfecha por haberme librado de una familia de indeseables.

Maeve había sido maltratada por su familia y Pitt la compadecía al tiempo que admiraba su fortaleza. Era una mujer llena de amor. Mientras miraba sus azules e

infantiles ojos, Pitt se juró que, si era necesario, movería cielo y tierra para salvarla.

Fue a decir algo, pero en ese momento vio, surgiendo de las tinieblas, la cresta de una gigantesca ola que se abalanzaba hacia ellos. Pitt sintió como si una mano helada lo atenazase por la nuca y entonces, tras la primera ola, estallaron otras tres de idénticas dimensiones.

Avisó con un grito a Giordino y lanzó a Maeve al suelo. La ola se dobló sobre el bote, inundándolo de agua y espuma y alcanzando de lleno el cuarto de estribor, mientras el lado izquierdo de la pequeña embarcación se elevó sobre el agua y el bote se volcó de lado, cayendo de costado en el seno del siguiente muro de agua, que se alzó hasta tocar las estrellas antes de caer sobre ellos con la fuerza de un tren de mercancías. La balsa se hundió bajo las negras aguas. A merced del furioso mar, lo único que podían hacer para seguir con vida era aferrarse fuertemente a los tubos de flotación; iban a volver a sufrir todo lo sucedido durante el anterior tifón. Si caían al mar, no podrían llegar a la balsa, y la única duda era si morirían ahogados o serían pasto de los tiburones.

Cuando el pequeño bote logró salir de nuevo a la superficie, recibió, en rápida sucesión, el violento impacto de otras dos olas gigantes que lo baquetearon en medio de una vorágine de aguas tumultuosas. Los indefensos pasajeros volvieron a verse sumergidos, pero cuando salieron a flote una vez más, encontraron una mar calmada como una balsa de aceite. Las inmensas olas siguieron adelante, perdiéndose entre las sombras.

—Un ejemplo más del pésimo carácter que puede tener el mar —farfulló Giordino, que se había aferrado con todas sus fuerzas a la consola—. ¿Qué le hemos hecho para que se enfadase tanto con nosotros?

Pitt soltó a Maeve y la ayudó a sentarse.

—¿Estás bien?

Ella estuvo un rato tosiendo antes de contestar:

—Supongo que... sobreviviré. Dios bendito... ¿se puede saber qué ha pasado?

—Supongo que fue un disturbio sísmico del fondo del mar. No es necesario un maremoto de gran magnitud para que se formen olas gigantes.

Maeve se apartó los mechones rubios que le habían caído sobre los ojos.

—Menos mal que el bote no volcó y ninguno de nosotros cayó al mar.

—¿Qué tal el timón? —preguntó Pitt a Giordino.

—Aún aguanta. El remo que nos sirve de mástil también ha sobrevivido, pero la vela tiene unos cuantos jirones y boquetes.

—Nuestras provisiones de comida y agua también se encuentran en buen estado —dijo Maeve.

—O sea que hemos salido prácticamente ilesos —dijo Giordino, que parecía no acabar de creérselo.

—¡Me temo que no por mucho tiempo! —exclamó Pitt con los ojos desorbitados. Maeve miró alrededor, sin ver nada preocupante, el bote, aparentemente, estaba intacto.

—No veo ningún daño que parezca irreparable.

—Yo tampoco —comentó Giordino, después de comprobar los tubos de flotación.

—No habéis mirado hacia abajo.

Bajo la brillante luz lunar, Maeve y Giordino se asustaron al comprobar la gran tensión que se reflejaba en el rostro de Pitt. Miraron el fondo de la balsa y de pronto entendieron que sus posibilidades de supervivencia se habían esfumado.

En el fondo de fibra de vidrio del bote se había abierto una gran grieta por la que estaba entrando agua.

Rudi Gunn no era aficionado al ejercicio ni a los deportes de competición, así que, para estar en forma y conservar un aspecto juvenil, confiaba en sus facultades mentales, en un régimen alimenticio equilibrado y en su metabolismo. Una o dos veces a la semana, cuando le apetecía, montaba en bicicleta durante la hora de comer junto a Sandecker, que era un apasionado del *footing*. El almirante corría todos los días diez kilómetros por los senderos del parque Potomac. Sin embargo, el ejercicio no se hacía en silencio, pues, mientras uno corría y el otro pedaleaba, discutían asuntos de la ANIM como si se encontrasen conversando en la oficina.

—¿Cuál es el récord de supervivencia para alguien abandonado en el mar a la deriva? —preguntó Sandecker al tiempo que se ajustaba una cinta para el sudor alrededor de la cabeza.

—Steve Callahan, un balandrista, sobrevivió 76 días después de que su barco naufragara en las islas Canarias —respondió Gunn—. Ése es el récord para botes hinchables. La plusmarca de supervivencia en el mar, según el *Guinnes*, la posee Poon Lim, un camarero chino que quedó a la deriva en una balsa porque su barco fue torpedeado en el Atlántico meridional durante la Segunda Guerra Mundial. Sobrevivió 133 días, hasta que lo recogieron unos pescadores brasileños.

—¿Sufrió alguno de los dos el embate de una tormenta de fuerza diez?

Gunn negó con la cabeza.

—Ni Callahan ni Poon Lim sufrieron los embates de una tormenta que pueda compararse con el tifón al que han tenido que enfrentarse Dirk, Al y la señorita Fletcher.

—Ya han pasado casi dos semanas desde que Dorsett los abandonó —dijo Sandecker entre jadeos—. Si sobrevivieron a la tormenta, deben de estarlo pasando muy mal a causa de la sed, el sol y el frío de la noche.

—Pitt es un hombre de muchos recursos —contestó Gunn—, y estando con Giordino, no me sorprendería que hubieran llegado a una playa de Tahití y estuvieran descansando en una cabaña de palma.

Sandecker se apartó a un lado del camino para dejar que pasara una mujer que corría en dirección opuesta empujando a un niño en un cochecito de tres ruedas.

—Dirk siempre ha dicho que el mar no revela fácilmente sus secretos —murmuró al tiempo que reanudaba la carrera.

—Hubiéramos podido localizarlos si las fuerzas de búsqueda y rescate australianas y neozelandesas hubieran colaborado con las de la ANIM.

—Arthur Dorsett tiene un brazo muy largo —dijo Sandecker furioso—. Con todas las excusas que me dieron esos burócratas, aduciendo que estaban ocupados en otras misiones, podría haber empapelado una habitación.



—No cabe duda de que el poder de ese hombre es increíble. —Gunn dejó de pedalear y se detuvo junto al almirante—. El dinero de los sobornos de Dorsett llega hasta los bolsillos de los congresistas estadounidenses, así como a los de los parlamentarios europeos y japoneses. Es asombrosa la cantidad de gente poderosa que figura en su nómina.

Sandecker tenía el rostro enrojecido, no sólo a causa del ejercicio, sino también debido a la frustración que sentía. No lograba contener su furia y resentimiento. Se detuvo y apoyó las manos en las rodillas, quedando con la mirada en el suelo.

—No me importaría clausurar la ANIM si ello me sirviera para ponerle las manos encima a Dorsett.

—Estoy seguro de que no es usted el único que piensa así —dijo Gunn—. Debe de haber miles de personas que desconfían de él e incluso lo odian. Y, sin embargo, nadie se ha atrevido a traicionarlo.

—Es lógico. A los que se interponen en su camino, o los elimina mediante «supuestos» accidentes o los compra llenando de diamantes sus cajas de seguridad en bancos suizos.

—Los diamantes son un argumento muy convincente.

—Sí, pero con ellos no puede comprar al presidente.

—No, pero malos consejeros pueden inducir a que el presidente actúe de forma equivocada.

—Estando en juego las vidas de más de un millón de personas, no creo que sea así.

—¿Aún no ha tenido usted noticias de él? —preguntó Gunn—. El presidente dijo que lo llamaría en cuatro días, y ya han pasado seis.

—El presidente es consciente de la urgencia de la situación, así que...

Sonó un claxon, y cuando se volvieron, vieron que un automóvil con el logotipo de la ANIM se aproximaba a ellos y se detuvo en la calle, frente a la senda reservada para los que practicaban *footing*. El conductor se asomó por la ventanilla y gritó:

—Una llamada de la Casa Blanca para usted, almirante.

Sandecker se volvió hacia Gunn con una leve sonrisa.

—Ni que el presidente nos hubiera estado oyendo.

El almirante se acercó al coche y el conductor le entregó un teléfono móvil.

—Wilbur Hutton por una línea segura, señor.

—¿Will? —preguntó el almirante con el aparato telefónico en la mano.

—Hola, Jim. Me temo que tengo malas noticias para ti.

—Explícate —dijo Sandecker crispado.

—Tras la debida consideración, el presidente ha pospuesto cualquier acción en relación con la plaga acústica.

—Pero... ¿por qué? —preguntó Sandecker desalentado—. ¿Acaso no entiende

que si permanece impasible las consecuencias pueden ser terribles?

—Los expertos del Consejo Nacional de Ciencias no están de acuerdo con tu teoría. Los informes de las autopsias realizadas por los patólogos australianos del Centro de Control de Enfermedades de Melbourne les han hecho cambiar de idea. Según esos informes, está definitivamente probado que las muertes de la tripulación y los pasajeros del *Polar Queen* fueron causadas por una extraña bacteria similar a la que produce la enfermedad del legionario.

—¡Eso es imposible! —exclamó Sandecker.

—Únicamente te comunico su decisión —admitió Hutton—. Los australianos sospechan que la contaminación del agua en los humidificadores del sistema de calefacción del barco fue la única responsable de la tragedia.

—No me importa lo que digan esos patólogos. El presidente cometerá una locura si hace caso omiso de mi advertencia. Por el amor de Dios, Will, ponte de rodillas, llora, haz lo que sea necesario para convencerlo de que utilice su autoridad para clausurar las minas Dorsett antes de que sea demasiado tarde.

—Lo siento, Jim. El presidente tiene las manos atadas. Ninguno de los asesores científicos ha considerado que las pruebas que aportaste fueran lo bastante concluyentes como para correr el riesgo de que se produzca un incidente internacional. Y, menos aún, en un año de elecciones.

—¡Es una locura! —exclamó Sandecker desesperado—. Si mi gente tiene razón, el presidente no podrá ser elegido ni para limpiar baños públicos.

—Eso es lo que *tú opinas* —dijo fríamente Hutton—. Debo añadir que Arthur Dorsett ha comunicado que dejará entrar a un equipo internacional de investigadores en sus minas.

—¿Cuánto tardará en reunirse ese equipo?

—Esas cosas requieren tiempo. Dos semanas, quizá tres.

—Para entonces, toda la isla de Oahu estará cubierta de cadáveres.

—Por suerte o por desgracia, según se mire, eres el único que opina así.

—Estoy seguro de que has hecho cuanto has podido, Will, y te lo agradezco —murmuró sombrío el almirante.

—Si descubres nuevos datos, te ruego que te pongas en contacto conmigo, Jim. Mi línea siempre está abierta para ti.

—Gracias. —Adiós.

Sandecker devolvió el teléfono al conductor y se volvió hacia Gunn.

—Nos están cortando la hierba bajo los pies.

Gunn pareció alarmado.

—¿El presidente no hará nada respecto a la situación?

Derrotado, Sandecker movió la cabeza en un gesto de afirmación.

—Dorsett ha sobornado a los patólogos. Entregaron un informe falso en el que

aseguran que la muerte de los pasajeros del *Polar Queen* se debió a que el sistema de calefacción estaba contaminado.

—No podemos darnos por vencidos —dijo Gunn contrariado por la noticia—. Debemos encontrar otro medio para detener la locura de Dorsett a tiempo.

Con el fuego retornando a sus ojos, Sandecker dijo:

—Cuando existen dudas, hay que recurrir a alguien más listo y con más recursos. —Recuperó el teléfono y marcó un número—. Hay un hombre que puede tener la clave de este asunto.

Sandecker se inclinó a colocar el *tee* en el club de golf Camelback, de Scottsdale, Arizona. Eran las dos de la tarde y el cielo estaba despejado de nubes. Hacía sólo cinco horas, el almirante había estado corriendo junto a Rudi Gunn en Washington. Tras aterrizar en el aeropuerto de Scottsdale, Sandecker, en un coche que le prestó un amigo, un viejo marino retirado, se dirigió al campo de golf. En enero podía hacer frío en el desierto, así que se había puesto unos pantalones de lana y un suéter de manga larga de cachemir. Había dos pistas y él estaba jugando en la llamada Indian Bend.

Apuntó al *green* situado a 365 metros de distancia, amagó dos golpes de prueba y lanzó sin esfuerzo. La pelota se elevó admirablemente, se desvió un poco a la derecha, rebotó y se detuvo 190 metros más allá de la calle.

—Buen golpe, almirante —dijo el doctor Sanford Adgate Ames—, cometí un error al invitarlo a una amistosa partida de golf. No sospechaba que los viejos marinos se pudieran tomar en serio un deporte de tierra firme. —La gran barba gris que le cubría la boca y le llegaba hasta el pecho daba a Ames el aspecto de un viejo prospector minero del desierto. En cuento a sus ojos, permanecían ocultos tras unas gafas bifocales de vidrios azulados.

—Los viejos marinos hacen muchas cosas raras —contestó Sandecker.

Invitar al doctor Sanford Adgate Ames a ir a Washington a participar en una conferencia era como rezarle a dios para que mandase el viento siroco a derretir los glaciares. Ames detestaba Nueva York y Washington, y se negaba a visitar ambas ciudades. Ni con ofertas de homenajes o premios se lo podía sacar de su escondite en el monte Camelback, en Arizona.

Sandecker necesitaba a Ames, lo necesitaba imperiosamente, así que a pesar del esfuerzo que suponía para él, solicitó una entrevista con el *soundmeister*, así llamaban a Ames sus colegas científicos. Este aceptó, con la condición de que Sandecker llevase sus palos de golf, puesto que toda la charla tendría lugar en el campo de golf.

Muy respetado en los círculos científicos, Ames era considerado en el campo del sonido lo que Einstein en el del tiempo y la luz. Brusco, egocéntrico y brillante, había escrito más de trescientos trabajos sobre casi todos los aspectos del sonido, en

relación con el mar. Los estudios y análisis que a lo largo de cuarenta y cinco años había efectuado cubrían fenómenos como las técnicas subacuáticas de radar y sonar, la propagación acústica y la reverberación sónica en las profundidades marinas. Había sido uno de los asesores de confianza del Departamento de Defensa, pero lo obligaron a dimitir por su tajante oposición a las pruebas sónicas oceánicas que por entonces se estaban realizando en todo el mundo para medir el recalentamiento del planeta. Sus cáusticos ataques a los proyectos de pruebas nucleares subacuáticas de la marina le crearon muchas enemistades en el Pentágono. Representantes de numerosas universidades llamaron a su puerta para que Arnés se uniese a sus respectivos claustros, pero él se negó, pues prefería efectuar sus investigaciones con un pequeño equipo formado por cuatro estudiantes a los que él pagaba de su propio bolsillo.

—¿Qué tal si jugamos a dólar el hoyo, almirante? ¿O prefiere apuestas más fuertes?

—A un dólar me parece bien, doctor —dijo Sandecker, siguiéndole la corriente al científico.

Ames se colocó en el *tee*, estudió la calle detenidamente y lanzó. Era un hombre de casi setenta años, pero Sandecker pensó que su golpe tenía muy poco que envidiar al de un hombre más joven y vigoroso. La pelota se elevó y cayó en la zona de arena situada más allá de la marca de doscientos metros.

—Con qué rapidez caen los poderosos —dijo filosóficamente Ames.

A Sandecker no se le engatusaba con facilidad. Sabía que el científico le estaba dando facilidades en el juego. En los círculos de la capital, Ames tenía fama de ser una especie de tahúr del golf y todos los expertos estaban de acuerdo en que, de no haberse dedicado a la física, se habría convertido en un profesional del golf.

Montaron en un carrito y, con Ames al volante, se dirigieron hacia donde habían caído sus pelotas.

—¿Qué puedo hacer por usted, almirante? —preguntó el científico.

—¿Está usted al corriente de los esfuerzos que está haciendo la ANIM para resolver el problema del fenómeno al que llamamos plaga acústica?

—Algo he oído.

—¿Y qué piensa al respecto?

—Me parece bastante descabellado.

—El Consejo Nacional de Ciencias, que asesora al presidente, piensa lo mismo —dijo Sandecker malhumorado.

—No me extraña.

—Entonces ¿usted considera imposible que el sonido viaje miles de kilómetros bajo el agua y luego aflore y mate?

—¿Que las emisiones procedentes de cuatro fuentes acústicas distintas de alta frecuencia converjan en la misma zona y causen la muerte a todos los mamíferos de

los contornos? No me atrevería a defender una hipótesis así, pues estoy seguro de que perdería la estimación de mis colegas.

—¡No se trata de una hipótesis! —exclamó Sandecker—. Ha habido ya cuatrocientos muertos. El coronel Leigh Hunt, uno de los mejores patólogos del país, ha demostrado que sin duda las muertes han sido producidas por ondas de sonido de alta frecuencia.

—Sin embargo, los informes de las autopsias realizadas por los australianos no apoyan esa tesis.

—Es usted un viejo farsante, doctor —dijo Sandecker sonriendo—. Está al corriente de la situación.

—Todo lo relacionado con el sonido siempre me interesa.

Llegaron primero al lugar en que había caído la pelota de Sandecker. El almirante escogió un palo del número tres e impulsó su pelota hasta un banco de arena que se hallaba veinte metros por delante del *green*.

—Parece que también usted siente debilidad por los fosos de arena —dijo Ames.

—Sí, y en más de un sentido —admitió Sandecker.

Se detuvieron ante la pelota de Ames. El científico sacó de su bolsa un palo de hierro del número tres. Su juego parecía más mental que físico; no amagaba tiros de prueba ni tomaba distancias, se limitaba a plantarse ante la bola y golpearla. Levantó una lluvia de arena y la pelota salió despedida y fue a parar al *green*, a diez metros del hoyo.

Sandecker necesitó dos golpes para salir del foso y otros dos para meter la pelota en el hoyo, haciendo doble más uno. Ames se apuntó un dos bajo par. Mientras rodaban hacia el segundo *tee*, Sandecker le hizo un minucioso relato de lo que sabían hasta ese momento. Disputaron los siguientes ocho hoyos discutiendo con viveza. Ames no dejaba de preguntar a Sandecker, y adujo una serie de argumentos que contradecían la posibilidad del asesinato por medio de ultrasonidos.

En el noveno *green* Ames utilizó el *wedge* —palo de hierro con forma de cucharilla— para dejar la pelota a menos de metro y medio del hoyo. Observó divertido cómo Sandecker, tras calcular mal la caída del *green*, envió la pelota a los arbustos circundantes.

—Sí practicase usted más, podría convertirse en un buen jugador, almirante.

—Tengo suficiente con jugar cinco veces al año —replicó Sandecker—. La verdad, perseguir una pelota durante seis horas me parece una perfecta pérdida de tiempo.

—No lo crea. Muchas de mis mejores ideas se me han ocurrido en un campo de golf.

Cuando Sandecker logró al fin hacer el hoyo, regresaron al carrito. Ames sacó de una pequeña nevera una lata de Coca-Cola *light* y se la dio al almirante.

—¿Qué espera oír de mis labios exactamente? —preguntó.

Sandecker lo miró fijamente.

—No me importa lo que piensan unos científicos que viven encerrados en una torre de marfil. Hay personas muriendo en los mares. Si no detengo a Dorsett, morirán más hombres y mujeres inocentes. Usted es la máxima autoridad en la investigación sónica en nuestro país. Necesito que me oriente y me ayude a terminar con estas tragedias.

Con un sutil cambio de tono que, indiscutiblemente, ponía de manifiesto su gran interés, Ames dijo:

—Así que yo soy su último recurso, y lo que desea es que le facilite una solución práctica para su problema.

—Para *nuestro problema* —lo corrigió Sandecker.

—Sí, ahora me doy cuenta de ello. —Ames contempló con curiosidad la lata de Coca-Cola que tenía en la mano—. La descripción que ha hecho de mí es exacta, almirante. Soy un viejo farsante. Antes de que su avión despegase de Washington, yo ya había elaborado una especie de plan. Dista mucho de ser perfecto, y sus posibilidades de éxito no son demasiadas, menos de un 50 por ciento, pero es lo máximo que puedo hacer, teniendo en cuenta que no dispongo de los meses que serían necesarios para investigar este asunto a fondo.

Disimulando su nerviosismo y con un renovado brillo de esperanza en los ojos, Sandecker miró a Ames.

—¿Realmente se le ha ocurrido a usted una idea para poner fin a las operaciones mineras de Dorsett? —preguntó expectante.

Ames negó con la cabeza.

—El despliegue de fuerzas armadas escapa a mi jurisdicción. De lo que hablo es de un método para neutralizar la convergencia acústica.

—Y... ¿cómo se puede lograr eso?

—Muy simple. La energía de las ondas sónicas puede ser desviada.

—Lo sé. Siga, por favor.

—Puesto que ustedes saben que los cuatro rayos sónicos se propagarán por separado en dirección a la isla de Oahu y han determinado aproximadamente el instante en que la convergencia se producirá, asumo que sus científicos pueden predecir con exactitud el lugar de convergencia.

—Tenemos una idea bastante clara al respecto, sí.

—Pues ahí está la respuesta que buscan.

—¿Dónde? —Las esperanzas que Sandecker comenzaba a abrigar se disiparon—. No termino de entenderlo.

—La ley de Ockham, almirante. El principio de exclusión de la diversidad de causas.

Sandecker, desconcertado, asintió con la cabeza.

—Sí, ya sé: la respuesta más sencilla es preferible a la más compleja.

—Exactamente. Mi consejo es que la ANIM construya un reflector similar a la parabólica de un satélite, que lo sumerja en el mar en el punto de convergencia, y desvíe las ondas acústicas de Honolulu.

Sandecker mantuvo el rostro inexpresivo, pero el corazón le golpeaba fuertemente contra las costillas. La clave del enigma era ridículamente simple. Ciertamente, la ejecución de un proyecto de redirección no era fácil, pero sí factible.

—Si la ANIM puede construir y situar un reflector a tiempo, ¿hacia dónde cree usted que habría que desviar las ondas acústicas?

—La primera idea que se me ocurre es lanzarla hacia algún lugar deshabitado del océano, digamos hacia la Antártida —dijo, pero añadió con una sonrisa malévola—: Sin embargo, dado que la energía de convergencia disminuye con el espacio recorrido, ¿por qué no enviarla de regreso a su fuente de origen?

—La mina Dorsett en la isla Gladiator... —dijo Sandecker, procurando dominar la emoción que embargaba su voz.

Ames asintió con la cabeza.

—Una elección tan buena como cualquier otra. Tras hacer un viaje de ida y vuelta, la intensidad de la energía habría disminuido y no produciría muertes, pero sí les metería el temor de Dios en el cuerpo a esos rufianes y les daría un dolor de cabeza de todos los demonios.

Pitt pensó con amargura que habían llegado al final. Nadie podría pedir más de la resistencia humana. Aquello era el fin de su valeroso esfuerzo, de los deseos, amores y alegrías de los tres. Terminarían sus días en el mar, siendo pasto de los peces. Los infortunados restos de sus cuerpos se hundirían en las profundidades y terminarían en el desolado fondo del mar. Maeve nunca volvería a ver a sus hijos, Pitt sería llorado por sus padres y sus muchos amigos de la ANIM. Con un último vestigio de humor, Pitt se dijo que a las honras fúnebres de Giordino asistiría un impresionante número de mujeres apenadas, dignas, todas ellas, de aparecer en la portada de la más prestigiosa revista de belleza.

El pequeño bote estaba, literalmente, haciéndose pedazos. Con cada ola que lo golpeaba, la grieta del fondo se hacía un poco mayor. Los tubos de flotación los mantendrían en la superficie de las aguas, pero cuando el fondo se rompiera definitivamente y las distintas piezas de la embarcación se desparramaran, los tres acabarían en el agua, aferrados a los restos del naufragio y expuestos al ataque de los omnipresentes tiburones.

Por el momento el mar estaba en calma, las olas se elevaban tan sólo un metro; pero si el tiempo empeoraba súbitamente y el mar se agitaba un poco, la muerte haría algo más que mirarlos a los ojos. La vieja de la guadaña los abrazaría con rapidez y sin más vacilaciones.

Pitt estaba inclinado sobre el timón de popa, escuchando el ya familiar sonido del achicador. Sus intensos ojos verdes, enrojecidos e hinchados, otearon el horizonte. El globo del sol matutino aparecía ya amarillo resplandeciente. Sin esperanza, su mirada buscó un promontorio de tierra que se alzase frente al despejado horizonte del mar que los rodeaba. Su búsqueda fue en vano: ni barcos, ni aviones, ni islas; salvo por unas cuantas nubes dispersas a unos veinte kilómetros, el mundo que rodeaba a Pitt estaba tan desierto como las llanuras de Marte. La balsa no era más que un minúsculo punto en el inmenso océano.

Habían pescado peces suficientes como para abrir un restaurante, por lo que el hambre no constituía problema. Sus reservas de agua, si lograban conservarlas, les durarían otros seis o siete días. Lo que estaba dejándolos exhaustos era la fatiga y la falta de sueño, pues debían estar achicando agua constantemente para mantener el bote a flote. Cada hora que pasaba era un suplicio. Como no tenían cuencos ni botellas u otros tipos de vasijas, habían estado sacando agua de la barca con las manos, hasta que a Pitt se le ocurrió hacerlo con la bolsa impermeable donde había guardado los accesorios de emergencia. Unida a un par de llaves, con lo que adoptaba una forma cóncava, podía sacar un litro de agua de una sola vez.

Al principio, trabajaron en turnos de cuatro horas, pues Maeve exigió participar al



igual que ellos. La joven trabajó duro, combatiendo la rigidez que contrajo sus articulaciones y le produjo fuertes dolores musculares. Maeve hacía gala de su determinación y coraje, pero carecía de la fortaleza física de sus dos compañeros. Pronto determinaron los turnos según la resistencia de cada uno, por lo que ella achicó agua sólo durante tres horas y luego la relevó Pitt, que trabajó durante cinco. Por su parte, Giordino se negó a abandonar su puesto hasta que hubo estado ocho horas sacando agua por la borda.

Pero la grieta se hizo mayor y el agua entró a raudales en la barca. El mar se abría paso cada vez más deprisa... Entendieron que el fin estaba cerca y no existía la menor posibilidad de recibir auxilio, así que, poco a poco, los tres ocupantes de la balsa fueron perdiendo ánimos y tenacidad.

«¡Maldito Arthur Dorsett! —se dijo Pitt—. ¡Maldita Boudicca, maldita Deirdre!».

Matarlos era un asesinato inútil y absurdo, ya que ellos no constituían una amenaza para los fanáticos sueños de imperio de Dorsett. Ellos jamás hubieran podido acabar con él, ni siquiera perjudicarlo. Abandonarlos en medio del mar había sido un acto de puro sadismo.

Maeve se removió en sueños, murmurando algo ininteligible, luego alzó la cabeza, adormilada, y miró a Pitt:

—¿Es ya mi turno?

—No, aún faltan cinco horas —mintió Pitt sonriendo—. Sigue durmiendo.

Giordino dejó de achicar por un momento y miró fijamente a Pitt con expresión sombría, pues sabía que dentro de poco Maeve sería despedazada y devorada por las máquinas de matar de los abismos. Con resignación, retornó a su actividad, trabajó incansablemente, devolviendo al mar miles de litros de agua.

Sólo Dios sabía qué movía a Giordino para seguir adelante. Debía de tener la espalda y los brazos destrozados. Su férrea voluntad de aguantar rebasaba con mucho los límites humanos. Pitt era un hombre excepcionalmente fuerte, pero al lado de Giordino se sentía como si fuera un alfeñique junto a un levantador de pesas olímpico. Cuando Pitt, exhausto, entregó el recipiente al italiano, éste retomó la tarea como si pudiera seguir achicando indefinidamente. Pitt sabía que su amigo nunca aceptaría la derrota. Probablemente, el fuerte y fornido italiano moriría intentado estrangular a un tiburón.

El peligro aguzó el ingenio de Pitt. En un desesperado intento final, arrió la vela, la dejó plana sobre el agua y luego la metió bajo el casco y ató los cables a los tubos de flotación. La cubierta de nailon, oprimida contra la grieta por la presión del mar, redujo en un amplio 50 por ciento la entrada de agua, pero eso sólo era un arreglo que les concedería unas cuantas horas más de vida. Pitt pensó que, sí, con suerte, el mar permanecía en calma, llegarían hasta la noche, pero poco después el agotamiento físico y el deterioro del bote terminarían con ellos. Miró su reloj y comprobó que sólo

faltaban cuatro horas y media para que anoheciera.

Pitt tocó suavemente a Giordino en el hombro y le quitó el recipiente de entre las manos.

—Me toca a mí —dijo.

Giordino no discutió. Asintió, agradecido, y aunque estaba demasiado cansado para poder dormir, se desmoronó sobre un tubo de flotación.

La vela impedía que la entrada de agua fuera excesiva y, por breve tiempo, Pitt pudo controlar la inundación. Se pasó la tarde achicando de modo mecánico, perdiendo el sentido del tiempo, sin sentir los efectos del sol, que lo fulminaba con sus rayos. Sacaba agua como un robot, insensible al dolor de la espalda y los brazos, con los sentidos embotados, trabajando como si estuviera bajo los efectos de narcóticos.

Maeve salió de su letargo, se incorporó y, ofuscada, miró el horizonte a espaldas de Pitt.

—¿Verdad que las palmeras son muy bonitas? —murmuró la joven.

—Sí, preciosas —dijo Pitt con una crispada sonrisa y creyendo que Maeve alucinaba—. Pero no hay que tumbarse debajo; sé de mucha gente que ha muerto porque le ha caído un coco en la cabeza.

—Una vez estuve en Fiji —dijo ella, sacudiendo la cabeza— y vi como un coco caía sobre el parabrisas de un coche aparcado y lo rompía.

Pitt pensó que Maeve parecía una niña, perdida sin rumbo en un bosque, desesperada porque sabía que no encontraría el camino de regreso a casa. Quiso poder hacer o decir algo que la consolase, pero no se le ocurrió qué, no había nada que hacer o decir en medio de ese paisaje desamparado. Sintió una intensa amargura causada por la compasión y la impotencia.

—¿No crees que deberías virar más a estribor? —dijo Maeve exánime.

—¿Estribor?

Ella lo miraba fijamente, parecía en trance.

—Sí, claro, no quieres pasar la isla de largo.

Pitt entrecerró los ojos. Lentamente, se dio la vuelta y miró por encima del hombro. Después de dieciséis días de contemplar el sol para calcular dónde se hallaban y de sufrir los efectos del reflejo de la luz solar en el agua, Pitt tenía los ojos tan fatigados que sólo podía mirar a lo lejos por unos segundos y cerrarlos de nuevo para descansar. Echó un breve vistazo por encima de la proa, pero sólo vio olas azules.

Pitt se volvió de nuevo hacia Maeve.

—Ya no podemos dominar el bote —dijo con suavidad—. He puesto la vela bajo el asco para reducir la entrada de agua...

—Por favor... —suplicó ella—. Está tan cerca... ¿No podemos desembarcar,

aunque sólo sea para pasear unos minutos por tierra firme?

Lo dijo con tanta calma que Pitt sintió un escalofrío. ¿Acaso Maeve estaba viendo algo? Aunque la razón le decía que Maeve sufría alucinaciones, una mezcla de esperanza y desesperación hizo que Pitt se incorporara sobre las rodillas agarrándose a un tubo de flotación. En ese momento el bote coronó la cresta de una ola y, por un instante, Pitt contempló sin obstáculos el horizonte... No había ninguna isla con palmeras.

Pitt rodeó con el brazo los hombros de Maeve. La joven, que hasta ese momento se había mostrado fuerte y animosa, parecía débil y abatida. Sin embargo, una intensa y extraña expresión dominaba su rostro. Pitt advirtió que Maeve no miraba el mar, sino al cielo.

Por primera vez, él vio el pájaro que sobrevolaba el bote, con las alas extendidas, planeando a merced del suave viento. Hizo visera con las manos y miró el animal. Debía de medir un metro y tenía las plumas verdes con pintas pardas y la parte superior del pico curvada y puntiaguda; parecía un pariente bastante feo de la familia de los papagayos.

—Tú también lo ves —dijo Maeve excitada—. Es un kea, la misma clase de pájaro que condujo a mis antepasados a la isla Gladiator. Según los marinos que surcan las aguas del sur, el kea señala la ruta hasta los puertos seguros.

Giordino miró hacia arriba, pero miró al papagayo más como a un potencial almuerzo que como a un mensajero divino enviado por los espíritus para conducirlos hacia tierra firme.

—Pídele a ese loro que nos recomiende un buen restaurante —murmuró—. A ser posible, uno en cuyo menú no haya pescado.

Pitt no contestó al irónico comentario de Giordino, estaba demasiado atento a los movimientos del kea. El pájaro planeaba como si estuviera descansando y no intentó aproximarse a la balsa. Luego, como si ya se hubiese recuperado, aleteó en dirección sur. Inmediatamente, Pitt miró la brújula para averiguar el rumbo del kea, al que no perdió de vista hasta que se convirtió en un punto en la distancia y al fin desapareció.

Los papagayos no son aves acuáticas como las gaviotas o los petreles, que se aventuran hasta alta mar. Pitt pensó que tal vez el animal se hubiera perdido, pero no le pareció posible. Se trataba de un ave que gustaba de cerrar sus garras sobre algo sólido, y sin embargo no intentó posarse en la balsa. Eso significaba que no se encontraba fatigado de volar guiado por el instinto hacia algún desconocido lugar de apareamiento. Aquel pájaro sabía muy bien dónde estaba y hacia dónde se dirigía... Quizá, sólo quizá, se encontraba a mitad de camino entre dos islas. Pitt estaba seguro de que el kea podía divisar algo que ellos, desde la dilapidada balsa, no podían ver.

Se desplazó hasta la consola de control y, apoyándose en ella, se puso en pie, sujetándose bien con ambas manos para evitar ser lanzado por la borda. De nuevo

entornó los párpados hinchados y miró hacia el sureste.

Ya estaba familiarizado con las formaciones nubosas que, situadas sobre el horizonte, producían la sensación de ser masas de tierra sobre el agua. Demasiadas veces las caprichosas formas de las distantes nubes le habían hecho albergar esperanzas que luego habían resultado vanas.

Pero esa vez fue distinto. En el horizonte una solitaria nube permanecía inmóvil mientras otras se alejaban. Estaba ligeramente elevada sobre el mar y no parecía poseer una masa sólida. No se veía rastro de vegetación, porque la nube estaba formada por el vapor que se alzaba de la arena caldeada por el sol antes de condensarse en capas más altas de la atmósfera.

Sin embargo, Pitt contuvo su alegría y entusiasmo, ya que la isla se encontraba aún a cinco horas largas de distancia. No había la más mínima posibilidad de llegar a ella, no lo conseguirían aunque desplegara de nuevo la vela en el mástil y permitiera que el mar anegase el bote. Pero inmediatamente sus maltrechas ilusiones cobraron de nuevo fuerza, porque vio que no se trataba de la cima de un monte submarino surgido como consecuencia de miles de siglos de actividad volcánica y cuyos montes y valles estaban cubiertos por una exuberante vegetación. Aquélla era una roca baja y plana sobre la que crecían algunos árboles que, de algún modo, habían logrado sobrevivir a pesar del clima frío de esa zona situada al sur del trópico.

Los árboles, claramente visibles, se apiñaban en las pequeñas zonas de tierra que había en los intersticios de las rocas. Pitt vio que la isla estaba mucho más próxima de lo que parecía a primera vista; se encontraba a unos ocho o nueve kilómetros de distancia. Las copas de los árboles parecían una tupida alfombrilla extendida sobre el horizonte.

Pitt determinó la posición de la isla, que se hallaba en la dirección que había seguido el kea. Inmediatamente verificó las direcciones del viento y la deriva y calculó que las corrientes los conducirían hacia el extremo norte de la isla; así pues, debían corregir ligeramente su rumbo hacia el sureste. Hacia estribor, como, asombrosamente, Maeve había visto en su imaginación.

—La señorita ha ganado el premio —anunció Pitt—. Ante nosotros hay tierra firme.

Maeve y Giordino se pusieron trabajosamente en pie junto a Pitt y miraron hacia la lejana isla.

—No es un espejismo —dijo Giordino sonriendo.

—Te dije que el kea nos conduciría a nuestra salvación —susurró Maeve al oído de Pitt.

Pitt no se dejó llevar por el entusiasmo.

—Aún no estamos allí. Para llegar a la orilla, tendremos que volver a colocar la vela y achicar agua como demonios.

Giordino estimó la distancia que los separaba de la isla y se puso serio.

—Nuestra residencia flotante no lo conseguirá —predijo—. Se partirá antes de que cubramos la mitad de la distancia.

Izaron la vela y utilizaron todo el cable de nailon disponible para reforzar el casco agrietado. Con Maeve al timón, Giordino achicando agua con el recipiente como un poseso y Pitt haciendo lo mismo con las manos, la maltrecha balsa apuntaba su quilla hacia la pequeña isla situada a unos cuantos kilómetros de distancia. Al fin las dotes de navegante de Pitt habían sido recompensadas.

Pitt y Giordino habían olvidado la ofuscante fatiga y el paralizador agotamiento, se encontraban en un estado en que ya no eran ellos mismos, en una zona psicológica en que el esfuerzo y el sufrimiento carecían de significado. Daba igual que sus cuerpos fueran a pagar luego una amarga factura de agónicos sufrimientos, lo importante era que su determinación y su negativa a aceptar la derrota los ayudase a salvar la distancia que separaba el bote de la orilla. Eran conscientes del dolor que torturaba sus hombros y sus espaldas, pero el malestar quedaba difuminado en su mente, como si sus tormentos los estuvieran padeciendo otros.

El viento henchía la vela, impulsando el bote en dirección al solitario promontorio del horizonte. Pero el inexorable mar no tenía intención de soltar su presa. La corriente los arrastraba hacia dentro, tratando de enviarlo de vuelta a la inmensa desolación del océano abierto.

—Creo que nos estamos desviando —dijo Maeve temerosa.

Mirando hacia adelante y sin dejar de achicar agua con las manos, Pitt no quitaba ojo a la tierra cada vez más cercana. Al principio creyó que se trataba de una sola isla, pero cuando se hallaron a unos dos kilómetros comprobó que se trataba de dos. Un brazo de mar de unos doscientos metros de ancho las separaba. También advirtió que lo que parecía ser una corriente de mar discurría por entre la separación de ambas islas.

Por las ondas que hacía el viento sobre la superficie del agua y por la forma como impulsaba la espuma en el aire, Pitt supo que la brisa había cambiado y favorecía el curso que pretendían seguir, impulsando el bote en un ángulo más agudo a través de la hostil corriente. Aquello era una ventaja, pensó optimista, como también lo era el hecho de que en esas zonas meridionales el agua estuviera demasiado fría para permitir la formación de arrecifes de coral, pues, de existir, hubieran desgarrado y hecho pedazos el bote.

Mientras luchaban contra el agua que pretendía invadir el bote, Pitt y Giordino percibieron un rumor que se hizo más y más fuerte. De pronto sus miradas se cruzaron, pues ambos interpretaron al mismo tiempo que ese peculiar sonido se debía a las olas rompiendo contra los riscos. Las olas, potenciales asesinas, arrastraban el bote hacia la catástrofe. La alegría de los naufragos ante la perspectiva de estar a punto de poner pie en tierra firme se convirtió en temor de ser hechos pedazos por las

aguas agitadas.

En lugar de un refugio seguro, Pitt vio ante él dos impresionantes rocas, surgidas bruscamente del mar, contra las que rompían con violencia las olas. No estaban ante atolones tropicales con playas de arenas blancas, ni se veían amistosos nativos que los saludasen alegremente. No había indicios de habitantes en ninguna de las dos islas: ni humo, ni edificaciones... Eran atolones desnudos, azotados por el viento y desiertos. Su única vegetación eran matorrales pelados y extraños y sufrientes árboles.

A Pitt le costaba creer que, por tercera vez desde que encontró y rescató a Maeve en la Península Antártica, se encontrara frente a la amenaza de aguas y rocas hostiles. Por un instante revivió la apurada escapatoria del *Polar Queen* y la fuga de la isla Kunghit con Mason Broadmoor. En ambas ocasiones había logrado escapar gracias a potentes vehículos, pero en ese momento se enfrentaba a la catástrofe a bordo de un minúsculo bote anegado de agua y con una vela que no era mayor que una sábana.

Recordó haber leído alguna vez que un buen marino, cuando se enfrenta con la mar picada, debe conservar sobre todo la estabilidad de la embarcación. Un buen navegante no debe permitir que entre agua en su barco, puesto que ello afecta la capacidad de flotación de la nave. Pitt pensó que el que había escrito aquello debía encontrarse en ese momento a su lado.

—A no ser que veas un trozo de playa en que podamos desembarcar, mueve el timón hacia el brazo de mar de entre las dos islas —ordenó Pitt a Maeve alzando la voz.

Las bellas, demacradas y quemadas facciones de Maeve estaban tensas. Asintió en silencio, sujetando con fuerza los cables del timón y poniendo en juego todas las fuerzas que le quedaban.

Las ariscadas rocas que surgían por encima de las rompientes parecían cada vez más amenazadoras. El agua entraba en el bote a una velocidad alarmante. Giordino se desentendió de lo que les esperaba y se concentró en evitar que el bote se hundiera bajo sus pies. Dejar de achicar en esos momentos podía tener consecuencias fatales. Si el agua entraba en el dañado bote durante diez segundos ininterrumpidos, se hundirían a quinientos metros de la orilla. Y una vez estuvieran indefensos en el agua, o los tiburones o las rocas terminarían con ellos. El italiano continuó achicando, confiando plenamente en Pitt y Maeve.

Pitt observó los cambios de cadencia que producía en las olas la creciente proximidad del fondo marino y midió la frecuencia con que rompían frente a él y a estribor. El período de las olas se redujo a nueve segundos y su velocidad era de unos veintidós nudos. El oleaje batía en ángulo oblicuo respecto a la ariscada costa, haciendo que el agua rompiese bruscamente al retirarse. (Pitt no necesitaba que un viejo capitán de clíper le explicase que, con la limitada potencia de su velamen, era

muy difícil que lograsen enfilarse el bote hacia el brazo de mar). El otro peligro era que el reflujo de las olas al retirarse de las dos islas convirtiese la entrada del canal natural en un furioso torbellino.

Podía calcular la fuerza de las olas por la presión que transmitían a sus rodillas, fuertemente apretadas contra el fondo del casco, y su masa por la vibración que producían al pasar. El pobre bote no había sido construido para soportar embates tan crueles. Pitt no se atrevió a echar por la borda la improvisada ancla como aconsejaban hacer los manuales cuando se navegaba por aguas violentas. Sin motor, consideraba que lo que más les interesaba era avanzar al ritmo de las olas, pues estaba seguro de que el tirón del ancla contra el impulso de las rompientes hubiera hecho pedazos el bote.

Pitt se volvió hacia Maeve.

—Procura mantener la balsa en la parte donde el agua es de un color azul más intenso —dijo.

—Haré lo que pueda —replicó ella.

El rugido de las violentas y traicioneras rompientes era cada vez más próximo y no tardaron en verlas además de oírlas. Careciendo de un verdadero control sobre su nave se encontraban a merced de las furiosas aguas que los zarandeaban a su capricho. El oleaje, cerca de las rocas, era más violento. Visto de cerca, el brazo de mar entre los dos promontorios rocosos parecía una trampa mortal, un canto de sirena que los llamaba hacia la perdición; pero era demasiado tarde para volver a mar abierto y rodear las islas. La suerte estaba echada...

Los islotes y el borboteante caldero de sus orillas quedaron ocultos por las crestas de las olas que rebasaban el bote. Las rachas de viento los impulsaban hacia la hendidura de la pared rocosa, su única esperanza de salvación.

Cuanto más se aproximaban, mayor era la violencia del mar. Pitt sintió un sudor frío al ver que, en el momento de romper, las crestas de las olas tenían una altura de casi diez metros. Maeve luchaba con el timón para mantener el curso, pero el bote no respondía a los mandos y no tardó en ser incontrolable... Se hallaban a merced de las embravecidas aguas.

—¡Aguantad! —gritó Pitt.

Echó un rápido vistazo hacia popa, para comprobar su posición en relación con el movimiento ascendente del mar. Sabía que el oleaje alcanzaba su máxima velocidad justo antes de romper. Las olas se sucedían como los inmensos camiones de un convoy.

El bote cayó en el seno de una ola, pero la suerte no los abandonó, y la ola rompió inmediatamente tras ellos, cuando ya se encontraban ascendiendo sobre el siguiente muro de agua a una escalofriante velocidad, con el aire salpicado de espuma. El bote cayó e inmediatamente una ola de ocho metros de altura rompió sobre sus cabezas y



los hundió bajo las aguas.

La presión del agua era intensa. Tuvieron la sensación de que el bote se había convertido en un ascensor descontrolado que los conducía al fondo del mar. La inmersión pareció durar minutos, pero no debieron de ser más que unos segundos. Pitt mantuvo los ojos abiertos y, bajo el agua, vio a Maeve difusa, irreal, aunque advirtió que ella trataba de mantener su valor. De pronto, el bote salió de nuevo a la superficie y todo volvió a adquirir contornos nítidos.

Fueron baqueteados por dos o tres olas más, de menor fuerza, y luego se encontraron más allá de las rompientes, en aguas más calmadas. Pitt movió la cabeza y escupió el agua que había tragado.

—¡Pasó lo peor! —exclamó exultante—. ¡Hemos llegado al canal!

En la boca del canal el tamaño de las olas no rebasaba los dos metros. Increíblemente, el bote se mantenía a flote y de una pieza después de haberse enfrentado a las feroces rompientes. El mástil y la vela habían sido arrancados, pero flotaban a poca distancia, unidos aún al bote por un cable.

Giordino no había dejado de achicar ni siquiera cuando el agua le llegó hasta el pecho. Escupió, se quitó la sal de los ojos y siguió arrojando agua por la borda.

El casco se había partido en dos y aguantaba gracias a los cabos de nailon que lo sujetaban y a las abrazaderas que unían los tubos de flotación. Al verse con el agua hasta los hombros, Giordino admitió al fin su derrota. Miró alrededor, ofuscado, respirando entrecortadamente.

—Y ahora ¿qué? —preguntó confuso.

Antes de que Pitt contestase, el italiano metió la cabeza en el agua y miró hacia el fondo del canal. La visibilidad era espléndida, aunque sin gafas resultaba algo difusa. Diez metros más abajo había arena y rocas. Bancos de peces multicolores nadaban tranquilamente, sin prestar atención a la extraña criatura que flotaba sobre ellos.

—Por aquí no hay tiburones —dijo aliviado.

—Rara vez sobrepasan las rompientes —dijo Maeve al mismo tiempo que tosía a causa de toda el agua que había tragado.

La corriente del canal los acercaba a la isla situada más al norte. La tierra firme estaba sólo a treinta metros de distancia. Pitt miró a Maeve y no pudo reprimir una malévola sonrisa.

—Apuesto a que eres una gran nadadora.

—No olvides que estás hablando con una australiana —contestó ella, y luego añadió—: Recuérdame que alguna vez te enseñe los trofeos de natación que gané en la especialidad de mariposa y espalda.

—Al está agotado. ¿Podrás llevarlo hasta la orilla?

—Es lo menos que puedo hacer por el hombre que impidió que nos convirtiéramos en el almuerzo de los tiburones.

Pitt señaló hacia la orilla más próxima. No había playa de arena, pero en el borde del agua había una roca lisa que formaba una especie de plataforma.

—Parece que el camino hasta la orilla está libre. La joven se apartó el cabello de los ojos y, mientras lo retorció entre sus manos, preguntó:

—¿Y tú? ¿Quieres que vuelva a por ti?

Él movió la cabeza en un gesto de negación.

—Yo tengo algo más importante que hacer.

—¿Ah, sí? ¿Como qué?

—Te recuerdo que la cadena Sheraton aún no ha construido aquí un hotel, así que seguimos necesitando todas las provisiones que tenemos. Voy a remolcar lo que queda del bote hasta la orilla.

Pitt ayudó a Giordino a pasar sobre los tubos de flotación hasta llegar al agua. Maeve lo agarró por debajo de la barbilla, como una socorrista, y luego nadó vigorosamente hacia la orilla. Pitt los miró por un momento y de pronto vio que el italiano le decía adiós con una mano. Pitt pensó que su desfachatado amigo se lo estaba pasando en grande dejándose llevar.

Ató los distintos cabos sueltos y formó con ellos un largo cable de nailon. Sujetó un extremo al bote, ya prácticamente hundido, y otro alrededor de su cintura; de esta forma nadó hacia la orilla. El peso muerto era excesivo, así que de vez en cuando se detenía, tiraba del cable hacia él y volvía a repetir todo el proceso. La corriente lo ayudó, empujando la balsa hacia la orilla. Tras recorrer veinte metros, notó al fin tierra firme bajo los pies y arrastró más fácilmente el bote hacia la plataforma de roca. Se sintió inmensamente agradecido cuando Maeve y Giordino se acercaron a él para ayudarlo a subir el bote a tierra.

—Qué pronto te has repuesto —dijo Pitt a Giordino.

—Mi capacidad de recuperación ha asombrado a médicos de todo el mundo.

—Creo que me ha tomado el pelo —comentó Maeve, simulando sentirse ultrajada.

—No hay nada como notar tierra firme bajo los pies para recuperarse.

Pitt se sentó a descansar. Estaba excesivamente fatigado para ponerse a bailar de alegría por haber salido al fin del agua. Se puso de rodillas e intentó levantarse, pero, por unos momentos, tuvo que aferrarse a la roca para no perder el equilibrio. Las casi dos semanas balanceándose en un pequeño bote en medio del mar tenía sus consecuencias: el mundo le daba vueltas y toda la isla giraba alrededor como si estuviese a merced de las olas. Maeve se sentó en el suelo, mientras Giordino afirmaba los pies en la roca y se sujetaba a las ramas de un arbusto cercano. Al cabo de unos minutos, Pitt se incorporó, tembloroso, y dio unos pasos vacilantes. No había caminado desde que habían sido secuestrados en Wellington, y tenía las piernas rígidas e insensibles, pero después de caminar unos cuantos metros sus articulaciones

recuperaron la fuerza.

Empujaron el bote lejos de la orilla y descansaron unas horas antes de cenar pescado seco acompañado de agua de lluvia que encontraron en algunos huecos de la roca. Después de haber recuperado las energías, inspeccionaron la isla, aunque poco había que ver. Tanto la isla en que se hallaban como su vecina del otro lado del canal parecían simples moles de lava, producto de erupciones volcánicas submarinas, que se habían acumulado a lo largo de miles de siglos hasta alcanzar la superficie, donde, por la erosión del viento y las olas, se vieron reducidas a atolones pelados. Si el agua hubiera sido por completo transparente y hubieran podido ver las moles de roca desde su base en el fondo del océano, el paisaje les habría recordado al de las enormes espiras de Monumento Valley, en Arizona, que se alzan como islas en el mar del desierto.

Giordino recorrió la isla de orilla a orilla, mientras contaba sus pasos, y anunció que su refugio sólo medía 130 metros de ancho. El punto más alto era una cumbre chata de unos diez metros de altura. La masa de tierra se curvaba de norte a sur en forma de lágrima, con el lado de barlovento vuelto hacia el oeste. Desde el extremo redondeado a la picuda punta no había más de un kilómetro de distancia. Rodeada por murallas rocosas que la protegían del embate de las olas, la isla parecía una fortaleza sometida al ataque continuado del mar.

A poca distancia, descubrieron los restos de un barco. Se encontraban en la parte alta y seca de una pequeña caleta abierta por la erosión del mar. Evidentemente, habían llegado allí impulsados por las olas de alguna gran tormenta. Se trataba de un barco de vela de tamaño regular, tumbado del costado de babor, con la mitad del casco y la quilla destrozados; eso les hizo pensar que la nave había colisionado contra las rocas. Pitt estaba seguro de que el barco debió de haber sido una belleza. Había estado pintado de azul con ribetes naranja; los mástiles habían desaparecido, pero la camareta alta parecía ilesa e intacta. Pitt, Maeve y Giordino se aproximaron y la observaron por un momento antes de mirar el interior.

—Debió de ser un espléndido barquito —comentó Pitt—. De unos doce metros, hecho a conciencia y con casco de teca.

—Es un queche de Bermudas —dijo Maeve al tiempo que acariciaba el viejo y gastado maderamen de teca—. Un compañero del laboratorio marino de Saint Croix tenía uno. Lo utilizábamos para recorrer las islas y era una delicia navegar en él.

Giordino observó la pintura y el calafateo del casco.

—A juzgar por su estado, debe de llevar aquí veinte o treinta años.

—Espero que los que lo ocupaban fueran rescatados sanos y salvos —dijo suavemente Maeve.

Pitt abarcó con un amplió movimiento del brazo la desolación que los rodeaba.

—A ningún marino en sus cabales se le ocurriría apartarse de su ruta para venir

aquí de visita.

Súbitamente a Maeve se le iluminaron los ojos y chasqueó los dedos como si hubiese recordado algo después de haber estado largo rato intentándolo.

—Se llaman las Tetas.

Pitt y Giordino se miraron, como no dando crédito a sus oídos.

—¿Has dicho «tetas»? ¿He oído bien? —preguntó Giordino.

—Una vieja leyenda australiana sobre dos islas que recuerdan los pechos de una mujer cuenta que aparecen y desaparecen como Brigadoon, el pueblo de aquella película de Gene Kelly.

—Lamento desmentir esa leyenda, pero te garantizo que esta mole de roca no se ha movido de aquí en el último millón de años.

—Ninguna de las glándulas mamarias que he visto tenía este aspecto —murmuró Giordino.

Ella los fulminó con la mirada.

—Sólo os estoy contando lo que oí respecto a un par de islas legendarias situadas al sur del mar de Tasmania.

Ayudado por Giordino, Pitt se encaramó al casco, gateó hasta la camareta y entró por la escotilla.

—No queda nada dentro —dijo desde el interior—. Se llevaron todo lo que no estaba atornillado al suelo. Mirad el yugo, a ver si tiene nombre.

Maeve fue hasta la popa y miró las desvaídas y apenas legibles letras.

—*Dancing Dorothy*... Se llamaba *Dancing Dorothy*.

Pitt bajó de la cabina del yate.

—Debemos registrar la isla para localizar las cosas que sacaron del yate. Quizá los tripulantes tiraron algún objeto que puede sernos útil.

Reanudaron la exploración. Les llevó poco más de media hora recorrer todo el perímetro costero del islote con forma de lágrima. Luego avanzaron tierra adentro. Se separaron para poder cubrir más terreno. Maeve fue la que hizo el primer hallazgo: un hacha clavada en el retorcido tronco de un árbol de forma grotesca.

Giordino la sacó y la estudió.

—Esto puede venirnos bien.

—Extraño árbol —dijo Pitt observando el tronco—. ¿Cómo se llamará?

—Arrayán tasmanio —respondió Maeve—. En realidad es una falsa haya. Puede alcanzar una altura de sesenta metros, pero aquí no hay bastante tierra para sus raíces, por eso todos los árboles de esta isla son enanos.

Reanudaron su minucioso registro. Minutos más tarde Pitt encontró un pequeño barranco que se abría sobre una plataforma de roca plana en el lado de sotavento de la isla. Vio que a un lado de una pared rocosa había clavado un garfio de los que se usan para subir peces a bordo de los barcos. Siguieron caminando y llegaron a un montón

de troncos que tenía forma de cabaña con un mástil de barco clavado a uno de sus lados. La estructura tendría unos tres metros de ancho por cuatro de largo. El techo de troncos y ramas no había sufrido demasiados daños con el paso del tiempo, gracias a que el desconocido constructor había hecho bien su trabajo.

En el exterior de la cabaña había un tesoro de objetos abandonados. Una batería y los restos corroídos de un radioteléfono, un goniómetro, un receptor de radio para sintonizar partes meteorológicas y señales horarias para poner en hora un cronómetro, un montón de latas vacías de comida, una lancha de teca, magníficamente bien conservada, equipada con un pequeño motor fuera borda y bastantes instrumentos de navegación; además también había platos y utensilios para comer, cazos y cacharros, un hornillo de propano y otros variados y lujosos objetos procedentes del queche naufragado. En torno al hornillo, aún había una gran cantidad de espinas de pescado.

—Los antiguos inquilinos dejaron la casa hecha un desastre —dijo Giordino, arrodillándose para examinar un pequeño generador a gas que servía para cargar las baterías del barco que habían mantenido en funcionamiento el equipo de radio y los instrumentos de navegación electrónicos diseminados alrededor de la cabaña.

—Quizá aún estén dentro —murmuró Maeve.

—¿Por qué no entras y lo averiguas? —preguntó Pitt con una sonrisa.

Ella negó vivamente con la cabeza.

—Ni hablar. Entrar en sitios oscuros y tétricos es cosa de hombres.

Pitt se dijo que las mujeres eran sin duda seres enigmáticos. Después de todos los peligros a los que se había enfrentado durante las últimas semanas, Maeve no se atrevía a entrar en la cabaña. Él se inclinó y franqueó el umbral.

Tras haber pasado tantos días al sol, Pitt tardó unos minutos en acostumbrarse a la penumbra del interior de la cabaña. Salvo el sol que entraba por la puerta, la única luz de la vivienda procedía de los resquicios abiertos entre los troncos. El aire era pesado y húmedo y olía a cerrado y a maderos podridos.

No había espectros ni fantasmas acechando en las sombras, pero Pitt se encontró frente a frente con las vacías cuencas de una calavera unida a un esqueleto.

Yacía de espaldas sobre una litera rescatada del velero. Por el marcado arco superciliar, Pitt dedujo que el cadáver pertenecía a un varón que había perdido los dientes antes de morir; en la boca sólo le quedaban tres piezas de la dentadura. Sin embargo, no parecía que se los hubiesen arrancado, sino más bien que se le habían caído.

Unos raídos pantalones cortos le cubrían la pelvis y en los huesos de los pies aún llevaba unas zapatillas de suela de goma. No había restos de carne; los gusanos habían hecho un buen trabajo de limpieza. De modo que un mechón pelirrojo pegado al cráneo era el único indicio del aspecto que esos restos humanos habían tenido en vida. Las esqueléticas manos estaban cruzadas por encima de la caja torácica y aferraban un cuaderno de bitácora con tapas de cuero.

Con un rápido vistazo Pitt comprobó que el propietario había organizado la casa de modo eficiente, utilizando elementos de su naufragado yate. Había extendido las velas del *Dancing Dorothy* bajo el techo para impedir que la humedad se filtrara por entre las ramas del tejado. Sobre un pequeño escritorio encontró mapas del Almirantazgo británico, un montón de libros sobre navegación, tablas de mareas, luces de navegación, señales de radio y un almanaque náutico. Cerca de la mesa había una estantería con folletos y libros sobre instrucciones técnicas acerca de cómo manejar los instrumentos electrónicos y mecánicos de un barco. Sobre una pequeña mesa de madera cercana a la litera había una caja de caoba pulida que contenía un cronómetro y un sextante. Junto a la mesa había un compás manual y una brújula pertenecientes al velero. La rueda del timón de navegación estaba recostada contra una pequeña mesita plegable y había unos prismáticos colgando de uno de los radios.

Pitt se inclinó sobre el esqueleto, le quitó con suavidad el cuaderno de bitácora y salió de la cabaña.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Maeve, ardiendo de curiosidad.

—A ver si adivino —dijo Giordino—. Un mohoso cofre que contiene el tesoro de un pirata.

Pitt negó con la cabeza.

—Nada de eso. Encontré al hombre que navegaba en el *Dancing Dorothy*. Nunca abandonó esta isla.

—¿Está muerto? —preguntó Maeve.

—Desde mucho antes que tú nacieras.

Giordino se acercó a la puerta y contempló los restos humanos en el interior de la cabaña.

—No entiendo cómo se alejó tanto de las rutas náuticas habituales.

Pitt mostró el cuaderno de bitácora y lo abrió.

—Las respuestas deben de estar aquí.

Maeve echó un vistazo a las páginas.

—¿Aún es legible después de tantos años?

—Sí. El cuaderno está bien conservado y la letra es clara. —Pitt se sentó en una roca, hojeó el libro y al fin alzó la vista hacia sus compañeros—. Se llamaba Rodney York y era uno de los doce propietarios de yate que participaban en una regata sin escalas alrededor del mundo que comenzó en Portsmouth, Inglaterra, y estaba patrocinada por un periódico londinense. El primer premio eran veinte mil libras. York salió de Portsmouth el 24 de abril de 1962.

—El pobre diablo lleva treinta y ocho años perdido —dijo solemnemente Giordino.

—Cuando llevaba noventa y siete días en el mar, mientras dormía, el *Dancing Dorothy* encalló contra lo que él llama las Dos Miserias. —Al decir esto último, Pitt dirigió una significativa mirada a Maeve.

—Parece que York no era experto en leyendas australianas —dijo Giordino.

—Evidentemente, se inventó el nombre —dijo Maeve tratando de no perder su dignidad. Pitt continuó:

—Según su relato, hizo un excelente tiempo durante la travesía del océano Índico meridional, tras doblar el cabo de Buena Esperanza. Luego se dispuso a aprovechar los vientos propicios de la zona para cruzar el Pacífico hacia América del Sur y el estrecho de Magallanes. Suponía que iba en primer lugar en la carrera cuando su generador se averió y perdió todo contacto con el mundo exterior.

—Eso explica muchas cosas —dijo Giordino, mirando el cuaderno por encima del hombro de Pitt—. Por eso estaba navegando en esta zona y por eso no pudo enviar un mensaje con sus coordenadas para que vinieran a rescatarlo. Le he echado un vistazo al generador; el motor que lo alimenta está en pésimo estado. Parece que York intentó repararlo, pero no lo consiguió. Ahora lo intentaré yo, aunque me temo que no obtendré resultados.

—O sea que debemos descartar la posibilidad de usar la radio de York para solicitar ayuda —dijo Pitt encogiéndose de hombros.

—¿Qué hizo tras el naufragio? —preguntó Maeve.

—Por lo visto, no era un Robinson Crusoe y perdió casi todas sus provisiones cuando su barco se estrelló contra las rocas y volcó. Más tarde, cuando una tormenta

trajo el barco hasta la playa, recuperó algunos alimentos enlatados, pero le duraron muy poco. Intentó pescar, sin demasiada suerte, pues apenas atrapó lo suficiente para sobrevivir, así que se alimentó con cangrejos de roca y algunos pájaros que logró cazar. Finalmente, su salud se debilitó. York duró 136 días en este islote perdido. Su anotación final es bastante triste: «Ya no puedo ni caminar ni ponerme en pie. Estoy tan débil que lo único que puedo hacer es esperar la muerte aquí tumbado. Cómo desearía ver de nuevo el amanecer en la bahía Falmouth, en mi Cornualles natal. Pero no será posible. A cualquiera que encuentre este cuaderno y las cartas que he escrito a mi esposa y a mis tres hijas, le ruego que se las haga llegar. Les ruego me perdonen por los grandes sufrimientos que estoy seguro les he causado. Mi fracaso no se debió tanto a la incompetencia como a la mala suerte. Tengo las manos muy cansadas y no puedo seguir escribiendo. Espero no haberme dado por vencido demasiado pronto».

—Resulta difícil creer que ese cuerpo ha estado aquí durante varias décadas sin ser descubierto por los tripulantes de algún barco o por algún equipo científico que haya podido venir a instalar en la isla instrumentos de medición meteorológica —dijo Giordino.

—El peligro que supone desembarcar entre las rompientes y las rocas de este lugar es suficiente para desalentar a cualquier curioso, ya sea científico o marinero.

—Su pobre familia ha debido de pasar todos estos años preguntándose cómo murió —dijo Maeve con los ojos anegados en lágrimas.

—York vio tierra por última vez al divisar el faro del cabo Sudeste, en Tasmania. —Pitt volvió a entrar en la cabaña y salió poco después con el mapa del Almirantazgo donde aparecía el mar de Tasmania. Lo desplegó sobre el suelo y, tras estudiarlo unos momentos, dijo—: Ya sé por qué York llamaba estos atolones las Dos Miserias, porque ése es el nombre que les da el mapa del Almirantazgo.

—¿Te equivocaste en mucho al calcular nuestra posición?

Pitt midió con un compás que había cogido del escritorio la posición aproximada que había calculado por medio de la ballestilla improvisada en la balsa.

—Yo calculé que estábamos 120 kilómetros más hacia el suroeste.

—No está nada mal, teniendo en cuenta que no conocías el lugar exacto donde Dorsett nos abandonó.

—Sí —admitió Pitt con cierta modestia—. No lo hice del todo mal.

—¿Dónde estamos exactamente? —preguntó Maeve, que se encontraba a gatas contemplando el mapa.

Pitt señaló con el índice una pequeña mota negra en medio de un mar azul.

—Aquí, en este puntito, unos 965 kilómetros al suroeste de Invercargill, en Nueva Zelanda.

—En el mapa parece tan cerca... —murmuró Maeve.

Giordino se quitó el reloj de pulsera y limpió el cristal con la tela de su camisa.



—No está tan cerca. Recuerda que, durante casi cuarenta años, a nadie se le ha ocurrido venir a echar un vistazo al pobre Rodney.

—Todo tiene su parte buena —dijo Pitt con una sonrisa—. Imaginad que hemos metido treinta y ocho dólares en monedas de veinticinco centavos en una tragaperras de Las Vegas sin haber ganado ni una sola vez. Según el cálculo de posibilidades, nos toca ganar con las próximas dos monedas.

—Es una mala comparación —dijo Giordino, eterno aguafiestas.

—¿Por qué?

El italiano miró hacia el interior de la cabaña y dijo:

—Porque no tenemos ninguna moneda de veinticinco centavos, ni modo alguna de conseguirla.

—Nueve días y sigue la cuenta —dijo Sandecker, mirando a las personas sentadas alrededor de la mesa de su oficina. Todos los hombres tenían una sombra de barba y las mujeres parecían fatigadas. Lo que pocos días atrás había sido una limpia y aseada sala de reuniones para los colaboradores íntimos del almirante, se había convertido en un lugar caótico, debido a la gravedad de la situación que se discutía. En los paneles de teca de la pared había fotos pegadas, cartas náuticas y bocetos hechos a mano. Había papelotes desperdigados por toda la alfombra de color turquesa y la mesa de conferencias estaba sembrada de tazas de café, blocs llenos de operaciones de cálculo, teléfonos y un cenicero a rebosar de colillas de los puros de Sandecker. El almirante era el único que fumaba, pero el aire acondicionado funcionaba a su máxima potencia para combatir el mal olor.

—El tiempo va en nuestra contra —dijo el doctor Sanford Adgate Ames—. Es materialmente imposible construir una unidad reflectora e instalarla antes de la fecha límite.

El experto en sonido y los estudiantes de su equipo en Arizona se habían unido al personal de la ANIM en Washington. Aunque también podía decirse, sin mentir, que los expertos de Sandecker estaban sentados entre los estudiantes en la sala de trabajo de Ames, pues, gracias a la técnica de videoholografía, sus voces e imágenes viajaban a través del país por medio de la fotónica, la emisión de luz y sonido mediante fibra óptica. Combinando esta técnica con la tecnología informática más avanzada, las limitaciones de tiempo y espacio habían desaparecido entre ambos grupos de trabajo.

—Ésa es una deducción válida —dijo Sandecker—; pero tal vez podamos utilizar un reflector ya existente.

Ames se quitó los bifocales de vidrios azules y los alzó a la luz para ver si estaban limpios. Tras cerciorarse de que así era, volvió a colocarse las gafas.

—Según mis cálculos, necesitamos un reflector parabólico más grande que un campo de béisbol que posea una cámara de aire entre las superficies para reflejar la energía sónica. No sé quién puede fabricar algo así en el poco tiempo que nos queda.

Sandecker miró hacia el otro lado de la mesa, donde estaba sentado Rudi Gunn. Éste lo miró a través de los gruesos cristales de sus gafas que aumentaban el tamaño de sus ojos enrojecidos por la falta de sueño.

—¿Alguna idea, Rudi?

—He estudiado todas las posibilidades —respondió Gunn—. El doctor Ames tiene razón, es imposible construir un reflector como ése a tiempo. Nuestra única esperanza es encontrar uno que ya haya sido construido y transportarlo a Hawai.

—Habría que desmontarlo, transportarlo y volver a montarlo —dijo Hiram Yaeger, apartando la vista de un ordenador portátil conectado con el banco de datos

del décimo piso—. No existe un avión con la suficiente capacidad para transportar algo entero de una superficie tan enorme.

—En el caso de que en Estados Unidos exista un reflector como el que necesitamos, habría que transportarlo en barco —dijo Ames.

—Pero... ¿qué clase de barco puede cargar en su estructura algo de tal envergadura? —preguntó Gunn, sin dirigirse a nadie en particular.

—Un petrolero o un portaaviones —respondió Sandecker en voz baja, como si estuviera hablando solo.

—La pista de vuelo de un portaaviones puede acoger un escudo reflector del tamaño propuesto por el doctor Ames —intervino Gunn.

—La velocidad de nuestros últimos portaaviones nucleares sigue siendo secreta, pero según hemos podido averiguar gracias a nuestras infiltraciones en el Pentágono, pueden navegar a cincuenta nudos; es decir que un portaaviones podría realizar la travesía entre San Francisco y Honolulu antes de la fecha límite.

—Setenta y dos horas desde la partida hasta la instalación en el lugar —dijo Gunn.

Sandecker miró el calendario que tenía sobre la mesa y en el que aparecían tachadas las fechas anteriores a ese día.

—Eso nos deja exactamente cinco días para encontrar un reflector, llevarlo a San Francisco e instalarlo en la zona de convergencia.

—Muy poco tiempo, aunque ya tuviéramos el reflector localizado —dijo Ames.

—¿A qué profundidad habría que instalarlo? —preguntó Yaeger a la imagen de Ames.

Como si esas palabras fueran el motivo que había estado esperando para intervenir, una bonita joven de veintitantos años tendió a Ames una calculadora de bolsillo. Él tecleó unos cuantos números, verificó el resultado y luego alzó la vista.

—Teniendo en cuenta las zonas de convergencia que tienen que solaparse y aflorar, habría que colocar el centro del reflector a una profundidad de 170 metros.

—Las corrientes son nuestro principal problema —dijo Gunn—. Será muy costoso mantener el reflector en su sitio durante el tiempo suficiente para que reboten en él las ondas sonoras.

—Que nuestros mejores ingenieros se pongan a trabajar en ello —ordenó Sandecker—. Deben diseñar algún sistema de amarre especial que mantenga el reflector en una posición estable.

—¿Cómo tiene la certeza de que al rebotar las ondas sonoras convergentes regresarán a su punto de origen en la isla Gladiator? —preguntó Yaeger a Ames.

Ames, impasible, se retorció las puntas del gran bigote que le sobresalía de la barba.

—Si los factores que propagan la onda sonora original permanecen constantes, es

decir, la salinidad, la temperatura del agua y la velocidad del sonido, la energía reflejada debe regresar a su fuente de origen por el mismo camino.

Sandecker se volvió hacia Yaeger.

—¿Cuántos habitantes hay en la isla Gladiator?

Yaeger consultó su ordenador.

—Los informes de inteligencia basados en fotos satélite sugieren una población de unas 650 personas, mineros en su mayoría.

—Mano de obra esclava importada de China —murmuró Gunn.

—Las ondas que regresen a la isla no serán letales, pero ¿está seguro de que no causaremos daños graves con ellas a los seres vivos de la Gladiator? —preguntó Yaeger a Ames.

Sin vacilar, otro de los estudiantes puso una hoja de papel en manos del experto en sonido. Ames, tras echarle un rápido vistazo, dijo:

—Según nuestros análisis, la convergencia acústica procedente de las cuatro minas Dorsett diseminadas por el Pacífico se reducirá a un factor energético del 28 por ciento cuando alcance la isla Gladiator, lo que no es suficiente para causar daños permanentes a personas o animales.

—¿Puede describir cuáles serán las consecuencias físicas?

—Lo único previsible son dolores de cabeza y vértigos unidos a leves náuseas.

—Lo primero que debemos hacer es encontrar el modo de instalar un reflector en Hawai antes de que la convergencia se produzca —dijo Gunn, con la vista fija en un mapa de la pared.

Sandecker tamborileó sobre el tablero de la mesa.

—Lo que nos devuelve a la casilla de salida —dijo pensativo.

Una mujer de unos cuarenta años, que llevaba un elegante vestido azul, contemplaba ensimismada una de las pinturas del almirante, la que reproducía el *Enterprise* —el famoso portaaviones de la Segunda Guerra Mundial—, durante la batalla de Midway. La mujer se llamaba Molly Faraday y había trabajado como analista para la Agencia Nacional de Seguridad antes de entrar en ANIM, a instancias de Sandecker, para ejercer las funciones de coordinadora de inteligencia de la agencia. Con su pelo color café y sus ojos castaños, Molly era la imagen viva de la distinción. Su mirada fue de la pintura a Sandecker y, finalmente, se posó en él.

—Quizá yo tenga la solución del problema —dijo con calma.

El almirante le hizo una seña de asentimiento.

—Tienes la palabra, Molly.

—Ayer el portaaviones *Roosevelt* de la marina estaba amarrado en el puerto de Pearl Harbor, cargando provisiones y reparando uno de los montacargas que se usan para subir los aviones, antes de incorporarse a la X Flota en Indonesia —explicó la mujer.

Gunn la miró con curiosidad.

—¿Estás segura de eso?

—Cuento con importantes fuentes de información —dijo Molly con una amable sonrisa.

—Comprendo a qué te refieres —dijo Sandecker—. Pero, careciendo de un reflector, no entiendo cómo va a ayudarnos en nuestro dilema el hecho de contar con un portaaviones en Pearl Harbor.

—El portaaviones es una ventaja secundaria —explicó Molly— lo importante es que acabo de recordar que estuve asignada a una misión en un centro de recopilación de datos sobre satélites situado en la isla hawaiana de Lanai.

—No sabía que en Lanai hubiera un centro de esa clase —dijo Yaeger—. Mi esposa y yo pasamos nuestra luna de miel en Lanai. Recorrimos en coche toda la isla y no recuerdo haber visto una estación de enlace con satélites.

—Los edificios y el reflector parabólico se encuentran en el interior del volcán apagado Palawai. Ni los nativos, que siempre se preguntaron qué estaba sucediendo allí dentro, ni los turistas pudieron acercarse lo suficiente para echar un vistazo.

—Aparte de enlazar con los satélites que sobrevolaban la zona, ¿cuál era el cometido de la instalación? —preguntó Ames.

—Enlazaba con los satélites *soviéticos* —lo corrigió Molly—. Por fortuna, los antiguos jefes militares soviéticos tenían la obsesión de hacer que sus satélites espía, tras sobrevolar el territorio estadounidense, pasaran sobre nuestras bases militares en las islas Hawai. Nuestro trabajo consistía en interceptarlos con fuertes señales microondas, para estropear las tomas fotográficas que hubieran podido hacer. Según pudo averiguar la CÍA, los rusos nunca sospecharon el motivo de que sus fotos de reconocimiento siempre les llegaran difusas y desenfocadas. Cuando el poder del gobierno comunista se desintegró, los nuevos instrumentos de comunicación espacial dejaron obsoletas las instalaciones de Palawai. Debido a su enorme tamaño, la antena fue utilizada posteriormente para transmitir y recibir señales de las sondas enviadas al espacio. Ahora, debido a su obsoleta tecnología, la instalación, aunque sigue teniendo vigilancia, está prácticamente abandonada.

Yaeger se interesó inmediatamente por la cuestión de fondo:

—¿Qué tamaño tiene el reflector parabólico?

Por un momento Molly escondió el rostro entre las manos y luego respondió:

—Creo recordar que tenía unos ochenta metros de diámetro.

—Es más de la superficie que necesitamos —dijo Ames.

—¿Crees que la Agencia Nacional de Seguridad nos la prestará? —preguntó Sandecker.

—Probablemente, si les decimos que queremos llevárnosla, nos *paguen por hacerlo*.

—Tendrían que desmontarla y transportar las piezas por vía aérea a Pearl Harbor —dijo Ames—. Y luego haría falta conseguir la cooperación del portaaviones *Roosevelt* para volverla a montar y bajarla a la zona de convergencia.

—Si tú te ocupas de convencer a los de la Agencia Nacional de Seguridad, yo me encargo de los del Departamento de Marina —dijo Sandecker mirando fijamente a Molly.

—Pondré en marcha los trámites inmediatamente —respondió ella.

Un hombre calvo con gafas, sentado casi en el extremo de la mesa, alzó la mano. Sandecker se dirigió a él con una sonrisa.

—Llevas mucho rato callado, Charlie. Algo debe rondarte por la cabeza.

El doctor Charlie Bakewell, jefe de geología submarina de la ANIM se quitó un chicle de la boca y lo envolvió cuidadosamente en un papel antes de tirarlo a una papelería. Señalando hacia la imagen holográfica del doctor Ames, dijo:

—Según veo la situación, doctor Ames, la energía ultrasónica no es capaz por sí misma de destruir el tejido humano, pero, acrecentada por la resonancia de la cámara rocosa en la que está funcionando el equipo de minería acústico, su frecuencia se reduce y le permite propagarse a enormes distancias. Cuando se solapa en una región oceánica aislada, el sonido tiene suficiente intensidad para causar daños en los tejidos humanos.

—Básicamente, lo que usted dice es cierto —admitió Ames.

—Así que, si se reflejan las convergencias solapadas y las hacemos volver a su punto de origen, ¿no repercutirá parte de esa energía en la isla *Gladiator*?

Ames asintió con la cabeza.

—En efecto. Pero mientras la energía alcance la parte submarina de la isla sin salir a la superficie y se disemine en distintas direcciones, la posibilidad de que se produzcan muertes humanas se reduce drásticamente.

—Lo que me preocupa es el momento del impacto contra la isla —intervino Bakewell—. He revisado los informes que hicieron sobre ese lugar geólogos contratados por la Dorsett Consolidated Mining hace casi cincuenta años. Los volcanes que se alzan en los extremos de la isla no están extintos, sino dormidos. Llevan así menos de setecientos años. Durante la última erupción, no había habitantes en la *Gladiator*, pero los análisis científicos de la roca volcánica datan la erupción a mediados del siglo XII. En años posteriores se han alterado los períodos de pasividad con pequeños disturbios sísmicos.

—¿Adónde quieres ir a parar, Charlie? —preguntó Sandecker.

—Quiero decir, almirante, que si una fuerza importante de energía acústica choca con la base de la isla *Gladiator*, puede desencadenarse un desastre sísmico.

—¿Una erupción? —preguntó Gunn.

Bakewell se limitó a asentir con la cabeza.

—¿Qué probabilidades hay de que ocurra algo así? —preguntó Sandecker.

—No existe modo de predecir con seguridad la actividad sísmica o volcánica, pero conozco un vulcanólogo muy cualificado que asegura que las posibilidades son de una entre cinco.

La imagen holográfica de Ames miró fijamente a Sandecker.

—Un 20 por ciento de posibilidades de erupción... Mucho me temo, almirante, que la teoría del doctor Bakewell sitúa nuestro proyecto en la categoría de riesgo inaceptable.

Sin vacilar un segundo, Sandecker contestó:

—Lo siento, doctor Ames, pero las vidas de más de un millón de habitantes de Honolulu, junto con las de decenas de millares de turistas y personal militar de las bases de Oahu, tienen prioridad sobre las de seiscientos cincuenta mineros.

—¿No podemos advertir a los directivos de la Dorsett Consolidated para que evacúen la isla?

—Lo intentaremos —respondió Sandecker—, pero, conociendo a Arthur Dorsett, lo más probable es que deseche toda advertencia, considerándola una amenaza vana.

—¿Y si dirigimos hacia otra parte la energía acústica? —sugirió Bakewell.

Ames mostró una expresión escéptica.

—Si desviamos las ondas sonoras de su ruta original, correremos el riesgo de que conserven toda su energía y alcancen Yokohama, Shanghai, Manila, Sydney, Auckland o cualquier otra ciudad costera densamente poblada.

Se produjo un breve silencio. Todos en la habitación se volvieron hacia Sandecker, incluido Ames, que se encontraba sentado frente a un escritorio a tres mil doscientos kilómetros de distancia. El almirante, abstraído, jugueteaba con un puro sin encender. Los otros no sabían que lo que le preocupaba no era la posible destrucción de la isla Gladiator. Se sentía a un tiempo entristecido y furioso por el hecho de que Arthur Dorsett hubiese abandonado a sus mejores amigos en un mar embravecido. Al final, el odio se impuso a cualquier consideración de tipo humano.

El almirante miró fijamente la imagen de Sanford Ames, y dijo:

—Haga los cálculos necesarios para enfocar el reflector hacia la isla Gladiator. Si nosotros no detenemos a la Dorsett Consolidated cuanto antes, nadie lo hará.

El ascensor privado de Arthur Dorsett en el centro comercial subía silenciosamente. El ascenso sólo quedaba evidenciado por la sucesión de números luminosos en el indicador situado encima de las puertas. Cuando la cabina se detuvo con suavidad en la suite del último piso, Gabe Strouser caminó por un corredor que conducía al patio donde Dorsett lo aguardaba.

Strouser no sentía el menor deseo de entrevistarse con el magnate de los diamantes. Ambos se conocían desde niños, pues los Strouser y los Dorsett habían mantenido una estrecha relación durante más de un siglo, hasta que Arthur cortó definitivamente con Strouser e Hijos. No fue una ruptura amistosa. Dorsett, con toda frialdad, ordenó a sus abogados que informasen a Gabe Strouser de que los servicios de su familia ya no les eran necesarios. El vínculo entre los dos hombres no se rompió con una entrevista personal, sino por teléfono, un insulto que dolió enormemente a Strouser, quien todavía no había perdonado a Dorsett.

A fin de salvar la vieja firma comercial de su familia, Strouser se había integrado en el cartel sudafricano y con el tiempo había trasladado la central de su empresa de Sidney a Nueva York. Poco a poco, fue ascendiendo en la jerarquía del cartel hasta convertirse en un respetado miembro del consejo de dirección. Como el convenio de empresas sudafricano tenía prohibido realizar negocios en Estados Unidos debido a las leyes antimonopolio nacionales, operaba ocultándose tras los faldones de la levita de los respetados comerciantes en diamantes de Strouser e Hijos, que actuaban como el brazo norteamericano del cartel.

No estaría donde estaba en esos momentos de no ser porque los otros miembros del consejo directivo eran presa del pánico a causa del rumor de que la Dorsett Consolidated Mining amenazaba con hundir el mercado de diamantes anegándolo en un alud de piedras preciosas a precios bajísimos. A fin de evitar el desastre, debía actuarse con decisión y rapidez. Hombre profundamente escrupuloso, Strouser era, a juicio del cartel, el único miembro del consejo directivo capaz de persuadir a Dorsett para que no hundiera los precios de mercado establecidos.

Arthur Dorsett se adelantó y estrechó vigorosamente la mano de su invitado.

—Llevábamos mucho tiempo sin vernos, Gabe. Demasiado.

—Gracias por recibirme, Arthur. —El tono educado de Strouser no lograba enmascarar la aversión que sentía hacia su anfitrión—. Creo recordar que tus abogados me ordenaron que no volviera a tener contactos contigo.

Dorsett se encogió de hombros.

—Eso es agua pasada. Olvidemos lo que ocurrió y charlemos de los viejos tiempos mientras almorzamos. —Señaló una mesa dispuesta en un cenador protegido por paneles de vidrio a prueba de balas, desde donde se disfrutaba de espléndidas



vistas sobre la bahía de Sidney.

Strouser nada tenía que ver con el tosco magnate minero. Era un hombre extraordinariamente atractivo de unos sesenta años, que llevaba su melena plateada cuidadosamente cortada y tenía un rostro enjuto de pómulos marcados y una fina nariz que hubiera sido la envidia de cualquier estrella de Hollywood. Era delgado, de complexión atlética y tez bronceada, varios centímetros más bajo que el gigantesco Dorsett y con unos dientes de resplandeciente blancura. Sus ojos azules miraban a Dorsett con la expresión de un gato que esperase ser atacado en cualquier momento por el perro del vecino.

Su traje, de lana de la mejor calidad, era de un espléndido corte clásico con sutiles toques que lo hacían parecer elegantemente a la moda. Lucía una costosa corbata de seda y unos relucientes zapatos italianos hechos a medida. Sus gemelos, curiosamente, no eran de diamantes, sino de ópalos.

Se sintió sorprendido por cuan amistosamente lo había recibido Dorsett, que parecía estar representando un papel en una mala función de teatro. Strouser había esperado un enfrentamiento incómodo, y no ser agasajado con semejante cordialidad. En cuanto se sentó, Dorsett hizo una seña a un camarero, que inmediatamente tomó una botella de champán de un cubo de plata con hielo y llenó la copa de Strouser. Un tanto divertido, observó cómo Dorsett, sin embargo, bebía directamente de una botella de cerveza Castlemaine.

—Cuando me dijeron que los altos capitostes del cartel enviaban a un emisario a Australia para hablar conmigo, nunca pensé que pudieras ser tú —dijo Dorsett.

—Debido a nuestra antigua relación comercial, los directivos pensaron que yo era el más indicado para este encuentro. Así que me pidieron que indagase lo que hay de verdad respecto al insistente rumor de que te propones vender diamantes a precios muy bajos, a fin de acaparar el mercado. Y, por lo visto, no diamantes industriales, sino gemas de alta calidad.

—¿Cómo os habéis enterado?

—Encabezas un imperio formado por miles de personas, Arthur. Las indiscreciones de empleados descontentos son el pan nuestro de cada día.

—Haré que mis servicios de seguridad emprendan una investigación. No soporto a los traidores, y menos cuando están en mi nómina.

—Si lo que hemos oído tiene algún fundamento, el mercado de diamantes se enfrenta a una grave crisis —continuó Strouser—. Estoy aquí para hacerte una generosa oferta. Queremos que mantengas tus piedras fuera de la circulación.

—No existe escasez de diamantes, Gabe, y nunca ha existido. Además, sabes que no puedes comprarme, ni una docena de carteles impediría que lance mis piedras al mercado.

—Cometiste una necedad al operar fuera de la organización central de ventas,

Arthur. Has perdido millones de dólares por no cooperar.

—Hice una inversión a largo plazo, y ahora me propongo recoger los dividendos —respondió Dorsett.

—¿O sea que es cierto? —preguntó Strouser—. Has estado acumulando existencias mientras que esperabas que llegara el día en que pudieras conseguir una rápida ganancia.

Dorsett le dirigió una socarrona mirada y sonrió mostrando sus dientes amarillentos.

—Claro que es cierto. Lo único falso es que me propongo conseguir una rápida ganancia.

—Al menos hay que reconocer que eres franco, Arthur.

—No tengo nada que ocultar; ya no.

—No puedes continuar actuando por libre, como si la organización no existiese; de esta forma, todo el mundo pierde.

—A tus amigos del cartel y a ti os resulta fácil decirlo, porque poseéis el monopolio de la producción mundial de diamantes.

—¿Por qué reventar el mercado por un capricho? ¿Por qué hemos de tratar de degollarnos unos a otros de forma sistemática? ¿Por qué pretendes acabar con una industria rentable y próspera?

Dorsett alzó una mano para pedir a Strouser que guardara silencio por un momento. Hizo una seña al camarero y éste les sirvió la ensalada de langosta. Luego miró fijamente a Strouser y dijo:

—No se trata de un capricho. Tengo más de una tonelada métrica de diamantes almacenados en distintos lugares del mundo y, mientras hablamos, están saliendo de mis minas otras diez toneladas. De aquí a unos días, cuando la mitad de las piedras estén cortadas y talladas, las venderé a través de mis tiendas Casa de Dorsett a diez dólares el quilate, mientras el precio de los diamantes en bruto será de cincuenta centavos el quilate. Cuando termine, el mercado se derrumbará y los diamantes dejarán de ser un lujo y una inversión.

Strouser estaba anonadado. Al principio, había creído que Dorsett se proponía provocar una momentánea baja de precios para obtener una rápida ganancia, pero entonces entendió las devastadoras consecuencias de sus planes.

—Arruinarás a miles de minoristas y mayoristas, y tú estás entre ellos. ¿Qué ganas poniéndote una cuerda alrededor del cuello y dándole luego una patada al taburete?

Haciendo caso omiso de la ensalada, Dorsett apuró la cerveza e indicó al camarero que le sirviera otra.

—Hago lo mismo que el cartel ha hecho durante cien años —continuó—. Ellos controlan el ochenta por ciento del mercado mundial de diamantes, yo controlo el

ochenta por ciento del mercado mundial de gemas de color.

A Strouser le parecía estar haciendo equilibrios en un trapecio.

—No tenía idea de que poseyeras tantas minas de gemas de color.

—Ni tú, ni nadie. Aparte de los miembros de mi familia, eres el primero que lo sabe. Ha sido un proceso largo y tedioso, en el que han estado implicadas docenas de empresas intermediarias. He obtenido participación en todas y cada una de las principales minas productoras de piedras de color del mundo. Una vez liquide el mercado de diamantes, pienso reactivar el de las gemas de color ofreciéndolas a precios de saldo; de esta forma haré que la demanda aumente. Pero luego, poco a poco, subiré los precios, obtendré enormes beneficios y me expandiré.

—Siempre has sido un desaprensivo, Arthur. Pero ni siquiera tú puedes destruir lo que se ha estado construyendo durante tanto tiempo.

—A diferencia del cartel, no pienso combatir la competencia de los minoristas. Mis tiendas jugarán limpio.

—Te propones emprender una guerra que nadie puede ganar. Antes de que puedas terminar con el mercado de diamantes, el cartel acabará contigo. Para detenerte, haremos uso de todos los ardides políticos y financieros.

—No gastes saliva en vano, compañero —contestó secamente Dorsett—. Pasaron ya los días en que los compradores tenían que peregrinar hasta vuestras todopoderosas oficinas de venta en Londres y Johannesburgo. Pasaron los días en que había que andar lamiendo botas para conseguir ser un comprador registrado, con derecho sólo a adquirir lo que vosotros quisierais vender.

Se acabó el tener que actuar en secreto, de espaldas a vuestra organización, para conseguir piedras en bruto. Se acabó que la policía internacional y vuestras fuerzas de seguridad persigan a gente a la que calificáis de delincuentes por haber contravenido las normas inventadas por vosotros contra lo que llamáis mercado ilícito de diamantes. Se acabaron las restricciones para crear una enorme demanda. Habéis sometido a los gobiernos a un lavado de cerebro, a fin de conseguir que aprueben leyes por las que el tráfico de diamantes sólo puede realizarse a través de vuestros canales. Leyes que impiden a la gente normal y corriente vender un diamante que puedan haberse encontrado en su jardín. Ahora, al fin, el mito de que los diamantes son objetos de inapreciable valor tiene sus días contados.

—Si tratas de enfrentarte a nosotros, te arruinarás —dijo Strouser intentando no perder la calma—. Estamos dispuestos a gastar cientos de millones de dólares en publicidad para promover el valor romántico de los diamantes.

Dorsett se echó a reír.

—¿Crees que no he pensado en eso y no he hecho planes para contrarrestar esa acción? Yo también he pensado en una campaña publicitaria para enfatizar la policroma variedad de las gemas de color. Vosotros promocionáis sólo una piedra

para los anillos de compromiso, yo ofreceré al público piedras preciosas de todos los colores; mi campaña tendrá como lema «Los colores del amor». Pero eso no es todo, Gabe. También pienso informar a los compradores de la rareza de las gemas de color, frente a la superabundancia de los diamantes. El resultado final será que acabaré con la reverente actitud de los compradores hacia los diamantes.

Strouser se puso en pie y arrojó la servilleta sobre la mesa.

—Eres un loco que intenta arruinar a miles de personas —dijo en tono tajante—. Te impediremos destruir el mercado.

—No seas estúpido —contestó Dorsett mostrando sus desagradables dientes—. Cambia de bando, pásate de los diamantes a las piedras de color. Despierta, Gabe. En el mercado de las gemas, el color es el futuro.

Strouser hizo un esfuerzo para dominar su ira que pugnaba por estallar.

—Mi familia lleva diez generaciones dedicada al comercio de diamantes. Esas piedras son mi vida, y no pienso dejarla atrás. Tus manos están sucias, Arthur, y lo sabes. Pienso enfrentarme a ti personalmente, hasta conseguir que dejes de ser un factor significativo en este mercado.

—Ya es tarde para pelear —contestó Dorsett con frialdad—. En cuanto las gemas de color copen el mercado, la pasión por los diamantes desaparecerá de la noche a la mañana.

—No, si yo puedo evitarlo.

—¿Qué te propones hacer cuando salgas de aquí?

—Advertiré de tus propósitos a los miembros del consejo directivo, a fin de que tomen las medidas necesarias para impedir que sigas con tus planes. Aún no es tarde para detenerte.

Dorsett permaneció sentado mirando burlonamente a Strouser.

—Te equivocas —dijo.

Strouser, sin adivinar las intenciones de su interlocutor, hizo ademán de marcharse.

—Puesto que no estás dispuesto a atender a razones, no tengo más que decir. Buenos días, Arthur.

—Antes de que te vayas quiero hacerte un regalo, Gabe.

—¡No quiero nada tuyo! —le espetó Strouser furioso.

—Lo que te voy a dar, te gustará —dijo Dorsett con una sonrisa sarcástica—. O, pensándolo bien, quizá no. —Hizo una seña con una mano y añadió—: Ahora, Boudicca. Llegó el momento.

De pronto, la mujer apareció por detrás de Strouser y le inmovilizó los brazos contra el cuerpo. El hombre se debatió durante un minuto y luego quedó inmóvil mirando confuso a Dorsett.

—¿Qué significa esto? Exijo que me soltéis.

Dorsett miró a Strouser y separó las manos en un teatral ademán de amabilidad.

—Apenas has tocado tu almuerzo, Gabe. No puedo permitir que te marches hambriento, pensarías que soy un mal anfitrión.

—Si crees que puedes intimidarme, Arthur, estás loco.

—No voy a intimidarte, querido Gabe —dijo Dorsett deleitándose sádicamente con la situación—. Quiero alimentarte.

Strouser se sintió presa del pánico. Sacudió la cabeza e inició una desigual lucha para librarse del abrazo de Boudicca.

Obedeciendo a una seña de su padre, ella sentó a Strouser a la mesa, lo agarró por la barbilla con una mano y lo obligó a echar la cabeza hacia atrás. Entonces Dorsett sacó un gran embudo y se lo metió a Strouser entre los labios. Aterrorizado, el hombre gritó, pero de nada le sirvió. Boudicca estrechó aún más su abrazo.

—Estoy lista, papá —dijo sonriendo con crueldad.

—Dado que tu vida son los diamantes, ¿no es una buena idea que te alimentemos con ellos? —dijo Dorsett. Tomó una especie de tetera que había sobre la mesa y comenzó a verter en el embudo diamantes de un quilate al tiempo que, con la otra mano, apretaba las aletas nasales de su víctima. Strouser se debatió, pataleó, pero tenía los brazos inmovilizados, como si estuviese en poder de una pitón.

Strouser, muerto de miedo, trató desesperadamente de tragarse las piedras, pero eran demasiadas. Su garganta quedó obturada... Las convulsiones del hombre fueron haciéndose más débiles a medida que se iba asfixiando, hasta que quedó totalmente inmóvil.

En sus ojos apareció la mirada vacía de la muerte mientras piedras relucientes caían de las comisuras de sus labios, golpeaban la mesa e iban a parar al suelo.

Llevaban dos días en el islote sintiéndose como si hubiesen resucitado de entre los muertos. Limpiaron el campamento de York e hicieron inventario de todos los objetos. Maeve se negó a entrar en la cabaña incluso después de que hubieron enterrado a Rodney York en un pequeño barranco parcialmente lleno de arena. Con las viejas velas de dacron hicieron un refugio similar a una tienda de campaña y emprendieron la cotidiana rutina de sobrevivir.

Para Giordino, el mayor tesoro era una caja de herramientas. Enseguida se había puesto a trabajar en la radio y el generador, pero, tras casi seis horas de inútiles esfuerzos, se dio por vencido.

—Hay demasiadas piezas rotas y otras corroídas. Es irreparable. Después de tantos años, las baterías están más muertas que las bostas de dinosaurio fosilizadas. Y sin un generador, el radioteléfono, el goniómetro y el receptor de radio son inútiles.

—¿No puedes improvisar piezas de repuesto con lo que tenemos aquí?

Giordino negó con la cabeza.

—Ni el ingeniero jefe de la General Electric sería capaz de arreglar ese generador, y aunque lo fuese, el aparato tiene el motor destrozado. Hay una grieta en el cárter. York no debió de darse cuenta e hizo funcionar el motor después de que éste se hubo quedado sin aceite; al hacerlo, quemó los rodamientos y se atascaron los pistones. Para arreglarlo, necesitaríamos disponer de un taller de reparación de locomotoras.

La primera tarea de Pitt en su calidad de mañoso oficial fue hacerse con tres pequeños trozos de madera fina. Los sacó de un tablero lateral de la litera, el último lugar de reposo de Rodney York. A continuación, hizo una plantilla de la frente de todos, justo por encima de las cejas, con el grueso papel de las portadas de unas novelas que encontró en la librería de York. Marcó las plantillas en el borde de los trozos de madera y los cortó siguiendo el contorno señalado dejando una ranura curva para la nariz. Sosteniendo fuertemente las maderas entre las rodillas, perforó y pulió las partes internas y luego quitó el exceso de madera del interior, finalmente, cortó dos ranuras horizontales en las paredes ahuecadas. Con el aceite de una lata que había junto al motor fuera borda, embadurnó las obras ya terminadas, ligeramente curvas, e hizo dos orificios en los extremos de cada una de ellas, por los que pasó un cable de nailon.

—Aquí tienen, damas y caballeros —dijo distribuyendo sus recientes creaciones—. Las espectaculares gafas de sol del coronel Thadeus Pitt, realizadas según un diseño secreto que le reveló un esquimal agonizante poco antes de que nuestro héroe emprendiera el cruce del Ártico a lomos de un oso polar.

Maeve se ajustó las lentes atándolas a la nuca.

—Espléndido. Realmente protegen del sol.

—Era un tipo listo ese esquimal —dijo Giordino mirando a través de las ranuras para los ojos—. ¿No puedes hacer las ranuras un poco más anchas? Me siento como si estuviese mirando por la rendija inferior de una puerta.

Pitt sonrió y le tendió a Giordino su navaja del ejército suizo.

—Puedes adaptar las gafas a tu gusto.

Maeve se hallaba junto a la pequeña hoguera que había encendido con los fósforos que Pitt llevaba en su equipo de supervivencia.

—Venid a cenar —dijo—. El menú de esta noche consiste en caballa asada con berberechos que encontré enterrados en la arena.

—Y yo que ya me había acostumbrado a comer pescado crudo... —bromeó Giordino.

Maeve sirvió el humeante pescado y los berberechos en los viejos platos de York.

—Si entre los presentes hay algún buen tirador, mañana cenaremos algo con alas —dijo.

—¿Quieres que matemos pajaritos indefensos? —preguntó Giordino, que simuló sentirse horrorizado por la idea.

—He visto a más de veinte pájaros parecidos a cormoranes posados en las rocas —dijo ella señalando hacia la orilla norte—. Si te escondes, se acercarán lo suficiente para que les alcances con tu bonita pistola —añadió dirigiéndose a Pitt.

—Sólo de pensar en carne asada se me hace agua la boca —dijo él—. Si no te consigo la cena para mañana, te doy permiso para que me cuelgues de los pulgares.

—¿No se te ocurre otra brillante idea como la de las gafas?

Pitt se tumbó en la arena con las manos en la nuca.

—Me alegro de que me lo preguntes. Tras una agotadora tarde dándole vueltas, he llegado a la conclusión de que debemos mudarnos a climas más gratos.

Maeve lo miró con escepticismo.

—¿Mudarnos? —La joven se volvió hacia Giordino, pero éste la miró como diciéndole «nunca aprenderás» y siguió comiendo caballa—. Con los dos barcos destrozados que tenemos no podríamos cruzar una piscina. ¿Qué pretendes que utilicemos para hacer un crucero de lujo hacia la nada?

—Elemental, querida Fletcher, construiremos un tercer barco —respondió Pitt sonriendo ampliamente.

—Construir un barco, bonita idea —se mofó ella.

Sin embargo, Giordino pareció serio y preocupado.

—¿Crees que existe alguna posibilidad de reparar el velero de York?

—No. El casco está muy dañado, y con lo poco que tenemos nos es imposible repararlo. York era un marino experto, pero es evidente que no encontró el modo de hacer que su barco volviera a navegar. Sin embargo, podemos utilizar la camareta alta.

—¿Y por qué no nos quedamos aquí aprovechando todo lo que tenemos? —dijo Maeve—. Somos mucho más mañosos que el pobre Rodney y nuestras probabilidades de supervivencia son mayores. Podemos pescar suficientes peces y cazar pájaros para mantenernos vivos hasta que aparezca un barco.

—Ése es el problema —dijo Pitt—. No podríamos vivir con los peces y las aves que atrapáramos. La desdentada boca de Rodney es una prueba de ello. El pobre tipo murió de escorbuto, porque carecía en su alimentación de vitamina C y de otra docena de nutrientes; esto lo debilitó y lo condujo a la muerte; el deterioro físico hizo que ésta fuera inevitable. Si, finalmente, aparece un barco que decide mandar a alguien a estos islotes, ese alguien encontrará cuatro esqueletos en lugar de uno. Estoy absolutamente convencido de que lo mejor que podemos hacer, ahora que físicamente todavía somos capaces de hacerlo, es seguir adelante e irnos de aquí.

—Dirk tiene razón —dijo Giordino a Maeve—. Si queremos volver a ver las luces de la ciudad, debemos largarnos cuanto antes.

—Pero... ¿cómo vamos a construir un barco? —preguntó Maeve—. ¿Con qué materiales?

Se encontraba de pie, atractiva y desafiante. Tenía los brazos y las piernas muy bronceados, la carne firme y joven, y los miraba con la cabeza ladeada, como la de un lince al acecho. Pitt se sentía tan fascinado por ella como lo estuvo cuando se encontraban a bordo del *Ice Hunter*.

—Con el tubo de flotación de nuestro bote, la camareta alta del velero de York, unos cuantos maderos... y en poco tiempo tendrás ante ti un lujoso transatlántico.

—Eso habrá que verlo —dijo Maeve.

—A tu gusto —replicó Pitt, y comenzó a dibujar sobre la arena—. La idea consiste en asegurar los tubos de flotación de nuestro bote bajo la camareta alta del velero de York. Luego convertiremos un par de troncos de arrayanes en botalones para conseguir una mayor estabilidad, y tendremos un hermoso trimarán.

—A mí me parece factible —dijo Giordino.

—Necesitaremos más de ciento treinta metros cuadrados de vela —continuó Pitt—. Disponemos de un mástil y de un timón.

Giordino señaló hacia la improvisada tienda de campaña.

—Las velas de dacron de York están reseca y agrietadas después de tantos años: se harían jirones con la primera racha de viento.

—Ya había pensado en eso —dijo Pitt—. Los marinos polinesios tejían velas con hojas de palmera. Nosotros podemos hacer lo mismo con las pobladas ramas de los arrayanes. Y en el velero hay aparejos de sobra para hacer obenques y sujetar los botalones al casco central.

—¿Cuánto tardaríamos en construir tu trimarán? —preguntó Maeve, que ya empezaba a sentir interés por el proyecto.



—Si nos ponemos a ello con ahínco, creo que en tres días podremos tener el barco listo para la botadura.

—¿Tan pronto?

—No es un trabajo complicado y, gracias a Rodney York, disponemos de las herramientas suficientes.

—¿Continuaremos navegando hacia el este o nos dirigiremos al noroeste, en dirección a Invercargill?

Pitt negó con la cabeza.

—Ni lo uno, ni lo otro. Con los instrumentos de navegación de Rodney y las cartas marinas del Almirantazgo, creo que podemos dirigirnos directamente hacia la isla Gladiator.

Maeve lo miró como si creyera que Pitt se había vuelto loco. Con los brazos a los costados, imagen viva de la estupefacción, dijo:

—Es la cosa más absurda que te he oído decir.

—Es posible —dijo Pitt mirándola fijamente—. Creo que lo lógico es que hagamos lo que nos habíamos propuesto en un principio: rescatar a tus hijos.

—Me parece una idea espléndida —dijo Giordino—. Me gustaría poder desquitarme con King Kong, o como demonios se llame tu hermana según el registro civil.

—Ya estoy suficientemente en deuda con vosotros, y no quisiera...

—Sin peros —dijo Pitt—. Por lo que a nosotros respecta, la cuestión está decidida. Construiremos el barco, navegaremos hasta la isla Gladiator, rescataremos a tus hijos y escaparemos hacia el puerto más próximo que sea seguro.

—¡Escapar a un puerto seguro! ¿Es que no comprendéis? —Su voz era implorante, casi desesperada—. El noventa por ciento de la isla está rodeado de acantilados y precipicios imposibles de escalar. Sólo se puede desembarcar en la playa que hay junto a la laguna, y siempre está vigilada. Nadie puede cruzar los arrecifes sin ser acribillado. Mi padre ha construido defensas secretas capaces de rechazar a una fuerza de asalto bien armada. Si lo intentamos, moriremos con toda seguridad.

—No hay nada por lo que alarmarse —dijo Pitt quitándole dramatismo a la situación—. Al y yo saltamos de isla en isla con la misma facilidad con que saltamos de dormitorio en dormitorio. Todo consiste en escoger el momento y el lugar adecuados.

—Es cuestión de tener agilidad —añadió Giordino.

—Las patrulleras de mi padre os descubrirán antes de que podáis llegar a la laguna.

Pitt se encogió de hombros.

—No te preocupes. Conozco un truco para eludir patrulleras que nunca falla.

—¿Puedo saber en qué consiste?

—Muy sencillo, en presentarnos por donde menos nos esperan.

—El sol os ha reblandecido los sesos a los dos —dijo Maeve moviendo la cabeza—. ¿Acaso esperáis que mi padre os invite a tomar el té? —La joven tuvo un súbito acceso de remordimientos. Sabía que ella era la responsable de los terribles peligros y tormentos que Pitt y Giordino habían atravesado, y sin embargo estaban dispuestos a arriesgar sus vidas para salvar a sus hijos. Se sintió invadida por una oleada de desaliento que no tardó en convertirse en resignación. Se acercó a Pitt y a Giordino, se arrodilló y les pasó un brazo por los hombros—. Gracias —murmuró—. He tenido una suerte inmensa al encontrar a dos hombres tan maravillosos como vosotros.

—Nos gusta ayudar a las damas en aprietos. —Giordino advirtió que los ojos de Maeve se estaban llenando de lágrimas y se apartó turbado.

Pitt besó a Maeve en la frente.

—No es tan imposible como parece. Confía en mí.

—Ojalá te hubiera conocido hace años —susurró Maeve con un nudo en la garganta. Pareció a punto de añadir algo, pero no lo hizo. Se puso en pie y se alejó con rapidez para estar sola.

Giordino miró a Pitt con curiosidad.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Lo que quieras.

—¿Por qué no me explicas cómo entraremos y saldremos de la isla?

—Entraremos con una cometa y un rezón que encontré entre las pertenencias de York.

—Ya —dijo Giordino confuso—. ¿Y cómo saldremos?

Pitt arrojó un leño de arrayán al fuego, contempló el mar de chispas que se alzó de la hoguera y, con total desenvoltura, replicó:

—De esa parte del plan me preocuparé cuando llegue el momento.

Construyeron el barco para abandonar la isla en una plataforma rocosa plana situada en un pequeño valle, al abrigo del viento, a treinta metros de la orilla. Tendieron una especie de vía hecha con troncos de arrayán para deslizar su estrafalaria obra hasta las relativamente calmadas aguas que separaban las dos islas. El trabajo no fue nada agotador. Se habían recuperado de los estragos sufridos en el mar y podían pasar la noche trabajando, cuando el clima era más fresco. Durante el día, dormían unas horas, hasta que el calor era menos fuerte. La construcción no fue difícil, y cuanto más se acercaban al final de la tarea, menos fatiga sentían.

Maeve se dedicó a tejer dos velas con las frondosas ramas de los arrayanes. Pitt optó por aprovechar los mástiles del queche de York, colocando una cangreja en la mesana y una vela cuadrada en el palo mayor. Maeve tejió en primer lugar la vela más grande para el palo mayor. Al principio, durante las primeras horas, le costó bastante, pero a última hora de la tarde ya había cogido la suficiente práctica y era capaz de tejer un metro cuadrado de vela en treinta minutos. Al tercer día, la media hora se había reducido a veinte minutos. El tejido vegetal era fuerte y resistente, y Pitt pidió a Maeve que hiciese una tercera vela, un foque triangular para colocarlo en la parte delantera del palo mayor.

Pitt y Giordino soltaron y levantaron la camareta alta del queche y la montaron sobre la parte delantera de la plataforma del timón. Esta reducida sección del queche fue colocada luego sobre los tubos de flotación del bote en que habían llegado.

La siguiente tarea consistió en asegurar los largos mástiles de aluminio, cuya longitud redujeron porque el tamaño del casco que habían creado era más pequeño, ya que no tenía una quilla suficientemente larga. Como no podían asegurarse cadenotes a los tubos de flotación de neopreno, pasaron los obenques y estays de sujeción por debajo del casco y los aseguraron con un par de acolladores.

Al día siguiente Pitt colocó el timón del queche, y para que no se hundiese demasiado en el agua, instaló una caña larga, un sistema más eficaz para pilotar un tomarán. Una vez el timón estuvo firmemente instalado y funcionando a su satisfacción, Pitt colocó el viejo motor fuera borda después de haber limpiado el carburador y los conductos de combustible y revisado a fondo el magneto.

Giordino se ocupó de los botalones estabilizadores. Cortó y limpió dos gruesos arrayanes cuyos troncos se curvaban en la parte alta. A continuación, los colocó paralelos al casco, con las secciones curvas hacia adelante, como un par de esquíes. Luego aseguró los botalones a unos postes transversales situados en la proa y la popa. Giordino quedó muy satisfecho de su obra, después de comprobar su resistencia con varias pruebas. Los botalones ya estaban perfectamente instalados y de forma segura.

Sentados en torno a una hoguera para combatir el frío del amanecer de las

latitudes meridionales, Pitt repasó los mapas y cartas de navegación de York. A mediodía midió con el sextante la posición del sol y por la noche hizo lo mismo contemplando las estrellas. Luego, con ayuda del almanaque náutico y de unas cartas de conversión trigonométricas, trató de establecer su posición, hasta que sus cifras encajaron con la latitud y longitud en la que, según las cartas de navegación, estaban situadas las Dos Miserias.

—¿Crees que lograremos llegar a la isla Gladiator? —preguntó Maeve a Pitt mientras cenaban, dos noches antes de la botadura.

—Claro que sí —respondió él con aplomo—. Por cierto, necesitaré un mapa detallado de la isla.

—Detallado ¿hasta qué punto?

—Quiero un mapa con todos los edificios, caminos y senderos, y me gustaría que, si puede ser, lo hicieras a escala.

—Lo dibujaré con la mayor precisión que pueda —prometió Maeve.

Giordino mordisqueó el muslo de un pájaro que Pitt había cazado con la pequeña pistola automática.

—¿Cuántos kilómetros hay de aquí a la isla?

—He calculado 478 kilómetros justos.

—Entonces está más cerca que Invercargill.

—Sí, ésa es una de las grandes ventajas.

—¿Cuánto tardaremos en llegar? —quiso saber Maeve.

—Es imposible decirlo —respondió Pitt—. El primer tramo del viaje será el más duro, porque deberemos navegar hacia barlovento hasta que alcancemos corrientes favorables y vientos del este procedentes de Nueva Zelanda. Los trimaranes navegan con dificultad contra el viento, porque no tienen quilla y pueden volcar fácilmente. Los mayores riesgos los correremos al zarpar. Como no podremos hacer un recorrido de prueba, no sabemos qué tal navega. Tal vez no logremos hacerla navegar a barlovento, y acabemos siendo arrastrados hacia América del Sur.

—No es una idea tranquilizadora —dijo Maeve, pensando en el calvario que supondría una travesía de noventa días en esa precaria embarcación—. Pensándolo bien, casi me apetece más quedarme en tierra firme y terminar como Rodney York.

La víspera de la botadura fue un día de febril actividad. Uno de los últimos preparativos fue la fabricación de la misteriosa cometa de Pitt, que fue plegada y guardada en la cabina, junto con 150 metros del hilo de nailon que habían encontrado en el barco de York y aún conservaba su resistencia. Luego cargaron a bordo las escasas provisiones, junto con los instrumentos de navegación, mapas y libros. Los vítores resonaron en las desnudas rocas cuando el motor fuera borda se puso en funcionamiento tras cuatro décadas de inactividad y después de que Pitt casi se dejara el brazo dándole más de cuarenta tirones al cable de puesta en marcha.

—¡Lo conseguiste! —exclamó Maeve.

Pitt adoptó una expresión modesta y dijo:

—Ha sido un juego de niños para alguien acostumbrado a restaurar automóviles antiguos y clásicos. Los que me dieron más problemas fueron el tubo de alimentación que estaba atascado y el carburador obstruido.

—Te felicito, camarada —dijo Giordino—. El motor nos vendrá de perlas cuando nos aproximemos a la isla.

—Afortunadamente, los depósitos de combustible estaban cerrados herméticamente y su contenido no se había evaporado durante todos estos años. No obstante, el combustible casi se ha convertido en laca, así que tendremos que vigilar el filtro de la gasolina. No me apetece mucho andar limpiando el carburador cada treinta minutos.

—¿Durante cuántas horas nos durará el combustible de York?

—Creo que tendremos para seis o siete horas.

Más tarde, con ayuda de Giordino, Pitt montó el motor fuera borda en la parte de popa de la cabina. Como toque final, la brújula de navegación fue instalada junto al timón. Una vez hubieron colocado las velas vegetales en los mástiles, las izaron y arriaron sin apenas problemas. Luego los tres permanecieron ante su obra. El barco parecía resistente, aunque, desde luego, no era muy bonito; era tosco y achaparrado, y los botalones lo hacían parecer aún más primitivo. Pitt pensó que sería el barco más estrambótico que surcara los anchos mares.

—Desde luego, no es muy esbelto y elegante —murmuró Giordino.

—No creo que nos permitieran inscribirlo en la competición de la Copa América —dijo Pitt.

—A vosotros, como sois hombres, se os escapa su belleza interior —dijo Maeve encantada—. Debemos ponerle un nombre. No estaría bien que no la bautizáramos. ¿Qué tal *Tesón*?

—Adecuado —dijo Pitt—, pero, según las tradiciones marineras, si queremos tener suerte, debemos ponerle un nombre de mujer.

—¿Y *Magnífica Mueve*? —propuso Giordino.

—Pues no sé —dijo Pitt—. Resulta cursi, pero está bien. Yo voto a favor.

Maeve se echó a reír.

—Me halagáis, pero la modestia impone algo más adecuado, como, por ejemplo, *Dancing Dorothy II*.

—Son dos votos contra uno —anunció Giordino—. Decidido: el barco se llama *Magnífica Maeve*.

Dándose por vencida, Maeve llenó de agua de mar una vieja botella de ron de Rodney York, para usarla en la botadura.

—Yo te bautizo *Magnífica Maeve* —dijo sonriendo, y rompió la botella contra

uno de los palos que sostenían los botalones—. Ojalá surques los mares con la rapidez de una sirena.

—Y ahora a hacer fuerza —dijo Pitt.

Se ataron alrededor de la cintura cables sujetos a su vez a la sección delantera del casco. Luego, afirmando bien los pies en el suelo, se echaron hacia adelante. Lentamente, como a regañadientes, el barco se deslizó por los troncos colocados en el suelo a modo de raíles. Aún debilitados por las vicisitudes pasadas y la falta de alimentación adecuada, los tres se sintieron agotados enseguida por los esfuerzos que tuvieron que hacer para arrastrar el barco hacia una pendiente que se alzaba dos metros sobre el agua.

Maeve empujó hasta no poder más, pero finalmente cayó de rodillas, con las manos apoyadas en el suelo y el corazón acelerado. Pitt y Giordino empujaron el enorme peso muerto otros diez metros antes de soltar las cuerdas y caer exhaustos como Maeve. El barco se encontraba en el borde de la roca, oscilando sobre los dos gruesos troncos de arrayanes que le servían de raíles.

Pasaron varios minutos. El sol estaba ascendiendo en el horizonte oriental y el mar se encontraba en absoluta calma. Pitt se quitó la cuerda de alrededor de la cintura y la arrojó al interior del barco.

—Supongo que no hay motivo para seguir demorando lo inevitable —dijo.

Montó en el *Magnífica Maeve*, hizo bajar el motor fuera borda sobre las bisagras y tiró del cable de arranque. Esta vez el motor se puso en marcha al segundo intento.

—¿Seréis capaces de darle un último empujón a nuestro yate de lujo? —preguntó a Maeve y Giordino.

—¿Y qué gano yo a cambio de todos mis esfuerzos? —rezongó Giordino.

—Un gin-tonic doble, obsequio de la casa —respondió Pitt.

—Promesas, promesas... Eres un sádico —se quejó Giordino. Rodeó con un musculoso brazo la cintura de Maeve, la ayudó a ponerse en pie y dijo—: Empuja, bella dama, llegó la hora de decirle adiós a este rocoso infierno.

Los dos empujaron a la vez la parte de popa con las fuerzas que les quedaban. El *Magnífica Maeve* se movió reticente, pero enseguida cogió cierta velocidad y la proa descendió, apuntando hacia las aguas, mientras la popa quedó levantada. Permaneció unos segundos así y finalmente cayó al agua levantando un mar de espuma alrededor. Al fin el barco quedó estabilizado en el mar. Tanto Giordino como Maeve entendieron entonces por qué Pitt había puesto antes el motor en marcha; gracias a haberlo hecho, pudo controlar inmediatamente el barco contrarrestando la fuerza de la corriente. Rápidamente, hizo girar el *Magnífica Maeve* y volvió con él al borde de la roca. En cuanto la proa estuvo bajo ellos, Giordino agarró a Maeve por las muñecas y la bajó con suavidad hasta el techo de la camareta alta. Luego el italiano saltó con agilidad y cayó en el barco junto a la joven.

—Y con esto concluye la parte más distraída de nuestro programa —dijo Pitt poniendo en reserva el fuera borda.

—¿Izamos las velas? —preguntó Maeve, que se sentía orgullosa de su obra.

—Aún no. Primero navegaremos a motor por la parte de sotavento de la isla, donde el mar está más calmado.

Giordino ayudó a Maeve a bajarse de la parte de la camareta y a entrar en la cabina. Se sentaron un momento a descansar mientras Pitt pilotaba el barco por el canal y lo conducía entre los extremos norte y sur de los dos desiertos islotes. En cuanto llegaron al mar abierto comenzaron a ver tiburones.

—Vaya, nuestros amigos han vuelto —comentó Giordino—. Seguro que nos echaban de menos.

Maeve se inclinó sobre la borda y miró las grisáceas formas que se movían bajo la superficie.

—Estos pertenecen a una especie distinta —anunció—. Son makos.

—Es cierto. Se caracterizan porque tienen unos dientes enormes y desiguales, ¿verdad?

—Exacto.

—¿Y por qué diablos me persiguen si yo nunca he pedido tiburón en un restaurante? —bromeó Giordino.

Media hora más tarde Pitt dijo a sus compañeros:

—Muy bien, vamos a probar las velas. A ver cómo se porta nuestro barco.

Giordino desplegó el velamen vegetal que Maeve había doblado cuidadosamente con pliegues de acordeón e izó la vela principal mientras Maeve hacía lo mismo con la del palo de mesana. Las velas se henchieron y Pitt manejó con suavidad el timón, haciendo virar el barco hacia el noroeste contra una fuerte brisa del oeste.

Cualquier regatista avezado se hubiera desternillado de risa viendo surcar los mares al *Magnífica Maeve*. Un ingeniero naval que se tomara en serio su profesión habría silbado el himno del club Mickey Mouse en honor de tan gallarda embarcación. Pero el estrafalario barco fue quien rió el último. Los botalones se mantuvieron a flote dándole estabilidad y el *Magnífica Maeve* respondió al timón asombrosamente bien, manteniendo un curso recto y sin desviaciones. Desde luego, aún había problemas por solucionar en sus aparejos, pero lo cierto era que el improvisado barco surcaba con facilidad las olas.

Pitt echó un último vistazo a las Dos Miserias. Luego miró el paquete hecho con un trozo de vela de dacron que contenía el cuaderno de bitácora y las cartas de Rodney York. Se juró que si lograba sobrevivir, llevaría esas cartas del malhadado navegante a sus familiares o descendientes, pues esperaba que éstos organizaran una expedición para rescatar el cuerpo de York y devolverlo a su hogar, a fin de darle sepultura en la bahía Falmouth, en su amado Cornualles.

En el décimo piso de un edificio de muros de cristal con forma de pirámide enclavado en las afueras de París, había un grupo de catorce hombres reunidos en torno a una larguísima mesa de caoba.

Vestidos de forma impecable, esos hombres ricos y poderosos eran los directores del Consejo Multilateral de Comercio, al que los expertos llamaban simplemente la Fundación, una institución que tenía como meta el desarrollo de una política económica conjunta para todo el planeta. Charlaban e intercambiaban saludos antes de iniciar la sesión de trabajo. Solían reunirse tres veces al año, pero aquella era una sesión extraordinaria en la que iban a tratar de solucionar una situación de emergencia que amenazaba sus amplias operaciones comerciales.

Los hombres de la sala representaban a importantes corporaciones internacionales y a altas instancias gubernamentales. Había un alto directivo del cartel sudafricano implicado en la venta de diamantes. Un industrial belga de Amberes y un constructor de Nueva Delhi que, amparado por la Fundación, llevaba a cabo el importante tráfico de diamantes industriales hacia el Bloque Fundamentalista Islámico, que intentaba crear sus propios sistemas de destrucción nuclear; se vendían millones de pequeños diamantes industriales para fabricar los instrumentos y el equipo necesarios para construir tales sistemas. Los diamantes más grandes, exóticos y de mayor calidad se utilizaban para financiar rebeliones en Turquía, Europa occidental, América Latina y diversos países del sureste asiático, o en cualquier otro lugar conflictivo en que pudieran utilizarse las organizaciones políticas subversivas en beneficio de los múltiples intereses de la Fundación, entre los que estaba incluida la venta de armas.

Eran personalidades públicas y celebridades en sus respectivos campos, pero a ninguno se lo identificaba como miembro de la Fundación. Aquél era un secreto que sólo conocían los allí reunidos y sus más íntimos colaboradores. Volaban sobre los océanos y los continentes, tejiendo sus redes en los lugares más extraños, haciendo estragos al tiempo que amasaban inmensos beneficios.

Escucharon con gran atención y en silencio mientras su presidente, el multimillonario director de un banco alemán, informaba sobre la crisis que se cernía sobre el mercado de diamantes. El alemán era un distinguido caballero calvo que hablaba perfectamente el inglés, idioma que dominaban todos los reunidos en torno a la mesa.

—Caballeros, debido a Arthur Dorsett, nos enfrentamos a una profunda crisis en un sensible sector de nuestras actividades. Nuestros servicios de análisis e inteligencia, tras hacer una evaluación de las últimas actuaciones de Dorsett, han llegado a la conclusión de que el mercado de diamantes está amenazado. Algo debe quedar claro: si, como al parecer pretende, Dorsett inunda el mercado minorista



vendiendo a bajos precios más de cien toneladas métricas de diamantes, este sector de la Fundación se derrumbará.

—¿Cuándo sucederá eso? —preguntó el jeque de un país petrolero del mar Rojo.

—Sé de buena tinta que el ochenta por ciento de los diamantes de Dorsett será puesto a la venta en su cadena de tiendas en menos de una semana —respondió el presidente.

—¿A cuánto pueden ascender nuestras pérdidas? —preguntó un japonés que presidía un inmenso imperio electrónico.

—Como mínimo, a trece mil millones de francos suizos.

—¡Dios! —El francés que dirigía una de las firmas de moda femenina más importantes del mundo golpeó la mesa con el puño—. ¿Tiene ese neandertal australiano poder suficiente para algo así?

El presidente movió la cabeza en un gesto de afirmación.

—Dispone de los diamantes y los medios para hacerlo.

—Nunca debimos permitir que Dorsett operara fuera del cartel —dijo un antiguo secretario de Estado norteamericano.

—El daño ya está hecho —terció el miembro del cartel de diamantes—. Nuestro mercado puede no volver a ser lo que era.

—¿No existe modo alguno de detenerlo antes de que sus tiendas comiencen a distribuir los diamantes? —preguntó el hombre de negocios japonés.

—Enviamos a un emisario para que le hiciera una generosa oferta por sus existencias, a fin de mantenerlas fuera de la circulación.

—¿Ha tenido éxito en su gestión?

—Aún no lo sé.

—¿A quién enviaron? —preguntó el presidente.

—A Gabe Strouser, de Strouser e Hijos, un respetado comerciante internacional de diamantes.

—Es un buen hombre y un excelente negociador —dijo el belga de Amberes—. Hemos hecho muchos negocios con él. Estoy seguro que es el hombre adecuado para sacar a Dorsett de su locura.

Un italiano, propietario de una flota de barcos contenedores, se encogió filosóficamente de hombros.

—Si no recuerdo mal, las ventas de diamantes descendieron drásticamente a comienzos de los años ochenta. Norteamérica y Japón sufrían graves recesiones y la demanda bajó, lo que produjo una saturación del mercado. En los años noventa, cuando la economía se recuperó, los precios volvieron a subir. ¿No es posible que la historia se repita?

El presidente asintió con la cabeza al tiempo que se acomodaba en el sillón con los brazos cruzados.

—Lo que dice es razonable, pero esta vez corren vientos peligrosos que dejarán congelados a cuantos se ganan la vida con los diamantes. Hemos descubierto que Dorsett tiene preparada una campaña de publicidad de más de cien millones de dólares que lanzará en los principales países compradores de diamantes. Si, como creemos, se propone vender los diamantes a muy bajo precio, el sólido valor de estas piedras pasará a la historia, porque el público llegará a convencerse de que sólo son simples y anodinos cristales.

El francés lanzó un profundo suspiro.

—Si el valor de los diamantes cae en picado, mis modelos querrán otras lujosas chucherías como regalos. Quizá me pidan lujosos coches deportivos.

—¿Qué hay detrás de esta disparatada estrategia de Dorsett? —preguntó el director ejecutivo de una importante compañía aérea del sureste asiático—. El tipo no es un estúpido.

—No, no lo es —estuvo de acuerdo el presidente alemán—. Actúa como una hiena que espera a que el león se duerma para arrancarle la pieza que no ha acabado de devorar. Los agentes que tengo en las redes bancarias mundiales han averiguado que Dorsett se ha hecho con el setenta o el ochenta por ciento de las principales minas productoras de gemas de color del mundo.

Un rumor de estupefacción recorrió la sala. Todos los presentes comprendieron inmediatamente cuál era el plan de Arthur Dorsett.

—Es diabólicamente simple —murmuró el magnate japonés de la electrónica—. Pone una zancadilla mortal al mercado de diamantes y luego hace que los precios de los rubíes y las esmeraldas se disparen.

Un empresario ruso, que había acumulado una inmensa fortuna comprando a precio de saldo minas clausuradas de aluminio y cobre en Siberia para abrirlas después de haber instalado en ellas alta tecnología occidental, parecía escéptico.

—Me da la sensación de que, como reza el dicho, Dorsett está desnudando un santo para vestir a otro. ¿Realmente cree que con lo que gane con los rubíes y las esmeraldas compensará lo que pierda con los diamantes?

El presidente dio la palabra al japonés con una inclinación de cabeza:

—A solicitud de nuestro presidente, hice que mis analistas financieros estudiaran las cifras. Por asombroso que parezca, Arthur Dorsett, la cadena de tiendas minoristas Casa de Dorsett y la Dorsett Consolidated Mining Limited obtendrán unos beneficios mínimos de veinte mil millones de dólares norteamericanos. Y quizá esa cifra alcance los veinticuatro mil millones si se produce la esperada reactivación de la economía.

—¡Santo Dios! —exclamó un inglés dueño de un imperio editorial—. No puedo imaginar lo que yo haría con unos beneficios de veinticuatro mil millones.

El alemán se echó a reír.

—Yo los utilizaría para comprarle a usted sus participaciones mayoritarias.

—Con una mínima parte de esa cantidad, yo me retiraría a mi granja de Devonshire.

El miembro estadounidense de la asamblea tomó la palabra. Se trataba de un antiguo secretario de Estado, miembro de una de las familias más acaudaladas de Norteamérica, y uno de los padres de la Fundación.

—¿Sabemos dónde ha almacenado Dorsett sus reservas de diamantes?

—Falta muy poco para que dé comienzo a su operación —respondió el surafricano—, así que supongo que las piedras que no se encuentran en proceso de corte y talla, estarán siendo trasladadas a las tiendas.

La mirada del presidente fue del naviero italiano al magnate asiático de la compañía aérea.

—Caballeros, ¿alguno de ustedes tiene idea de qué medios de transporte utiliza Dorsett?

—No creo que envíe sus diamantes por vía marítima —dijo el italiano—. Pues después de que el barco llegase a puerto, debería organizar el transporte por tierra.

—Si yo fuera Dorsett, mandaría mis piedras por vía aérea —dijo el asiático—. De ese modo podría distribuir la mercancía inmediatamente en casi cualquier ciudad del mundo.

—Podríamos detener algunos de sus aviones —dijo el industrial belga—, pero sin conocer los horarios de los vuelos, sería imposible interceptar todos sus envíos.

El asiático negó con la cabeza.

—Creo que pensar que podemos detener uno solo de sus vuelos es pecar de optimistas. Dorsett debe de haber contratado una flota de aviones *charter* en Australia. Sospecho que estamos cerrando las puertas del establo cuando ya los caballos se han escapado.

El presidente se volvió hacia el surafricano que representaba al cartel de diamantes.

—Parece que la gran mascarada ha concluido. A fin de cuentas el exagerado y artificial valor de los diamantes *no es para siempre*.

En lugar de mostrarse contrito, el surafricano sonrió ampliamente.

—Ya han intentado liquidarnos en otras ocasiones. Los miembros de mi consejo de directores y yo consideramos que esto no es más que un pequeño revés. Los diamantes son *para siempre*, caballeros. Tomen nota de mis palabras: el precio de las piedras de calidad subirá de nuevo cuando la gente se canse de los zafiros, las esmeraldas y los rubíes. El cartel seguirá cumpliendo con la Fundación trabajando con nuestras otras empresas mineras. No pensamos quedarnos cruzados de brazos esperando pacientemente que el mercado se recupere.

En ese momento el secretario privado del presidente entró en la sala y habló con él en voz baja. El hombre asintió y miró al surafricano.

—Han llegado noticias del emisario que envió usted a negociar con Arthur Dorsett. Strouser ha enviado un paquete.

—Me extraña que Gabe no se pusiera en contacto conmigo directamente.

—He ordenado que traigan el paquete —dijo el presidente—. Creo que todos sentimos un gran interés por saber si el señor Strouser tuvo éxito en sus negociaciones con Arthur Dorsett.

El secretario regresó momentos después con una caja cuadrada que llevaba un lazo rojo y verde. El presidente señaló hacia el surafricano y el secretario dejó la caja frente a él en la mesa. Debajo del lazo había una tarjeta. El hombre leyó en voz alta:

*Hay piedras de molino y piedras mohosas,  
piedras de fusil y piedras de imán,  
pero en boca de Strouser las piedras preciosas  
son insignificantes quisicosas  
que pronto menos que vidrio valdrán.*

El sudafricano hizo una pausa y miró fijamente la caja.

—Esto no parece propio de Gabe Strouser. Nunca le han gustado las bromas.

—Ni tampoco los versos, a juzgar por la muestra —comentó el modista francés.

—Adelante, abra la caja —le instó el italiano.

El surafricano desató el lazo, levantó la tapa y miró el interior de la caja. Palideció y se levantó con tal rapidez que derribó la silla. Aturdido, corrió a una ventana, la abrió y vomitó.

Estupefactos, los demás hombres se acercaron para ver el contenido de la caja. Algunos reaccionaron como el surafricano, otros dieron muestras de sorpresa y horror y otros, los que en su ascenso hacia el poder habían ordenado brutales asesinatos, miraron torvamente, sin manifestar emoción alguna, la ensangrentada cabeza de Gabe Strouser: tenía los ojos grotescamente desorbitados y los diamantes le salían por la boca.

—Parece que las negociaciones de Strouser no tuvieron demasiado éxito —dijo el japonés intentando dominar la bilis que le subía por la garganta.

Una vez se hubo recuperado, el presidente llamó al jefe de seguridad de la Fundación y le ordenó que se llevara la cabeza. Luego se dirigió a los otros miembros, que habían vuelto a ocupar sus puestos:

—Propongo que mantengamos en secreto lo ocurrido.

Con el rostro congestionado por la ira, el ruso preguntó:

—¿Y qué haremos con Dorsett, ese maldito matarife? No puede quedar impune, después de haber asesinado a un representante de la Fundación.

El hindú fue de la misma opinión.

—Estoy de acuerdo —dijo—. La venganza debe ser nuestra primera prioridad.

—Actuar con precipitación sería un error —advirtió el presidente—. Dejarnos llevar por los deseos de venganza y hacer contra él algo que llame la atención sobre nosotros sería imprudente. Si intentáramos eliminar a Dorsett, nuestras actividades podrían ser descubiertas por los poderes públicos. Creo que lo mejor es atacar a Arthur Dorsett de otro modo.

—Nuestro presidente tiene razón —dijo el holandés, con un inglés no muy perfecto pero comprensible—. Debemos mantener la calma a pesar de este desafío y acabar con Dorsett en cuanto tenga un desliz. Estoy seguro, no les quepa duda, de que muy pronto ese hombre cometerá una gran equivocación.

—¿Qué propone?

—Que nos mantengamos al margen y observemos el curso de los acontecimientos.

El presidente frunció el entrecejo.

—No entiendo. En mi opinión, lo que debemos hacer es pasar a la ofensiva.

—Si remata sus reservas de diamantes, Dorsett se quedará sin apenas liquidez —explicó el holandés—. En menos de un año conseguirá que el precio de las gemas suba y obtendrá de nuevo beneficios. Mientras tanto, nosotros debemos mantener el control sobre el mercado de diamantes y conservar nuestras reservas; seguiremos el ejemplo del australiano, y compraremos todas las participaciones que podamos de las minas de gemas de color. Debemos competir con él. Mis espías industriales me han informado de que Dorsett se ha concentrado en las gemas más conocidas por el público y ha dejado de lado las más exóticas.

—¿A qué piedras más exóticas se refiere? ¿Puede darnos algún ejemplo?

—Por ejemplo, la alejandrita, la savorita y el berilio rojo.

El presidente miró al resto de los reunidos en torno a la mesa.

—¿Ustedes qué opinan, caballeros?

El editor inglés se inclinó con los puños fuertemente cerrados.

—Me parece una idea excelente. Nuestro experto en diamantes ha dado con el modo de derrotar a Dorsett con su propio juego, utilizando en nuestro beneficio la baja temporal en el valor de los diamantes.

Con una sonrisa que distaba mucho de ser agradable, el presidente dijo:

—Que los que estén de acuerdo levanten la mano.

Catorce manos se alzaron y catorce voces dijeron sí.

## **IV.**

# **CATÁSTROFE EN EL PARAÍSO**

20.00 horas. 16 de febrero del 2000. Honolulu, Hawai.

Un sargento de marines rubio, vestido con unos pantalones cortos y una camisa hawaiana estaba bebiendo una lata de cerveza mientras veía una película de vídeo en el televisor. El hombre estaba cómodamente repantigado en un sofá que había sacado de uno de los dos hoteles de lujo de la isla hawaiana de Lanai que estaban siendo remodelados. Era una vieja película del Oeste de John Wayne, *La diligencia*. Llevaba puesto un casco de realidad virtual que había comprado en una tienda de artículos electrónicos de Honolulu. Tras conectarlo con el vídeo, «entró» en la pantalla del televisor y se entremezcló con los actores durante las escenas de la película. En esos momentos estaba tumbado junto a John Wayne en lo alto de la diligencia en una emocionante escena de persecución, disparando contra los indios, cuando un ruidoso zumbador interrumpió su diversión. De mala gana, el marine se quitó el casco y echó un vistazo a los monitores de seguridad que vigilaban las zonas estratégicas de la instalación secreta. El monitor tres mostraba un coche que avanzaba por el camino de tierra que conducía desde un campo de manzanos hasta la puerta principal. El sol del mediodía se reflejaba en el parachoques delantero y una gran nube de polvo se alzaba tras el vehículo.

Llevaba varios meses en ese monótono destino y el sargento había convertido la rutina cotidiana en una ciencia exacta. En los tres minutos que el coche tardó en recorrer el camino, se puso un uniforme recién planchado y llegó a la puerta que cortaba el acceso al túnel que conducía al cráter del extinto volcán.

Cuando el coche se acercó, el sargento vio que se trataba de un vehículo oficial de la marina. Se inclinó y miró por la ventanilla lateral.

—Ésta es una zona protegida. ¿Tienen permiso para acceder a ella?

El chófer, vestido con un uniforme blanco de la marina, señaló con el pulgar por encima de su hombro.

—El capitán de fragata Gunn tiene las autorizaciones necesarias.

Rudi Gunn, hombre práctico y eficiente, no había perdido su precioso tiempo intentando obtener permiso para dismantelar la inmensa antena parabólica situada en el interior del volcán Palawai de Lanai. Devanar la embrollada madeja de la burocracia a fin de averiguar qué agencia tenía jurisdicción sobre la antena, para luego tener que enfrentarse con el departamento encargado de custodiar la instalación de comunicaciones espaciales le habría llevado un mes como mínimo. La siguiente tarea, de imposible cumplimiento, habría consistido en encontrar a un burócrata dispuesto a asumir la responsabilidad de permitir que la antena fuese desmontada y prestada temporalmente a la ANIM.

Gunn se ahorró el papeleo inútil por el expeditivo sistema de hacer que el departamento de publicaciones de la ANIM falsificara una orden de requisita por triplicado, autorizando a la agencia a cambiar de ubicación la antena, a fin de emplazarla en otro lugar de la isla hawaiana de Oahu para un proyecto secreto. Luego el documento fue firmado por varios empleados de la imprenta bajo rimbombantes títulos falsos. Lo que normalmente hubiese requerido casi un año para ser luego oficialmente denegado, llevó menos de hora y media, y ese tiempo se invirtió principalmente en elegir el tipo de letra.

Cuando Gunn, con su uniforme de capitán de fragata, llegó a la puerta de entrada al túnel y mostró la autorización para desmantelar y trasladar la antena, el sargento al mando de la desierta instalación, se mostró debidamente cooperador. Y aún estuvo más dispuesto a colaborar cuando vio a la atractiva Molly Faraday sentada junto a Gunn en la parte de atrás del coche. Si se le había pasado por la mente llamar a una instancia superior para obtener confirmación oficial, olvidó la idea en cuanto vio el convoy de grandes camiones plataforma y una grúa portátil que seguían al coche oficial. La autorización para una operación de esa magnitud debía de proceder de lo más alto.

—Me alegro de tener visita —dijo el sargento con una amplia sonrisa—. Esto es muy aburrido. No tienes a nadie con quien hablar durante la guardia.

—¿Cuántos hombres hay destinados aquí? —preguntó amablemente Molly asomándose por la ventanilla trasera.

—Sólo tres, señora: uno para cada turno de ocho horas.

—¿Y qué hace usted cuando no está de servicio?

—Pues o me voy a la playa o a los hoteles, a ver si ligo a alguna chica sola.

Ella se echó a reír.

—¿Con qué frecuencia puede dejar la isla?

—Cada treinta días tengo un permiso de cinco en Honolulu y luego regreso a Lanai.

—¿Cuándo fue la última vez que vino gente de fuera a visitar la instalación?

El sargento no pareció advertir que estaba siendo interrogado.

—Hace cuatro meses nos visitó un tipo con credenciales de la Agencia Nacional de Seguridad y estuvo husmeando por aquí durante unos veinte minutos. Desde entonces, nadie. Ustedes son los primeros.

—Tenemos que desmontar la antena y llevárnosla esta misma noche —dijo Gunn.

—¿Puedo preguntarle dónde se proponen volver a montarla, señor?

—¿Y si le dijese que la vamos a desguazar?

—No me extrañaría en absoluto —respondió el sargento—. Después de tantos años sin reparaciones ni mantenimiento, este chisme se encuentra en bastante mal estado.



A Gunn le divirtió ver cómo el *marine* remoloneaba, disfrutando de la oportunidad de hablar con alguien.

—¿Nos permite pasar y ponernos manos a la obra, sargento?

El sargento saludó manualmente y se apresuró a oprimir un botón que accionó el mecanismo eléctrico de apertura de la puerta. Una vez el coche oficial se perdió de vista en el túnel, observó pasar los camiones y la grúa, saludando con la mano a los conductores. Cuando el último vehículo desapareció en el interior del volcán, cerró la puerta, regresó a la sala de guardia, se puso de nuevo los pantalones cortos y la camisa hawaiana y quitó la pausa en el aparato de vídeo. Se ajustó el casco de realidad virtual y se dispuso a unirse de nuevo a John Wayne, dispuesto a disparar contra los indios.

—Hasta ahora todo va bien —dijo Gunn a Molly.

—¿No te da vergüenza haberle dicho a ese pobre hombre que íbamos a desguazar la antena? —lo reconvino ella en broma.

—Sólo sugerí la idea.

—Si nos detienen por falsificar documentos oficiales, por convertir un coche usado en un vehículo oficial de la marina y por robar propiedad del gobierno... —Molly hizo una pausa y movió la cabeza—, nos colgarán del monumento a Washington.

—Lo daré todo por bien empleado si con ello salvamos a dos millones de personas de una muerte horrible —contestó Gunn.

—¿Qué haremos una vez hayamos desviado la onda acústica? ¿Devolveremos la antena y la montaremos de nuevo?

—Pues claro. ¿Me crees capaz de otra cosa? —Gunn miró muy serio a Molly, como si le extrañase que le hubiera hecho esa pregunta. Luego, con malévolos sonrisa, añadió—: A no ser, naturalmente, que suceda un accidente y se caiga al fondo del mar.

A Sandecker las cosas no le iban tan bien como a Gunn. Había recurrido a todos sus amigos almirantes, pero no pudo convencer a nadie con autoridad de que le prestase temporalmente el portaaviones *Roosevelt* con su tripulación. En algún punto de la cadena de mando situado entre el presidente y el almirante al mando de la flota del Pacífico, alguien estaba boicoteando su solicitud.

Sandecker paseaba de arriba abajo en el despacho del almirante John Overmeyer en Honolulu, con la exasperada ferocidad de un oso al que le hubiesen arrebatado su cachorro.

—¡Maldita sea, John! Cuando me despedí del almirante Baxter, del alto estado mayor, me aseguró que el permiso para usar el *Roosevelt* para la instalación de un reflector acústico era cosa hecha. Y ahora me dices que no puedo disponer de él.

Overmeyer, que tenía el saludable y vigoroso aspecto de un granjero de Indiana,

alzó las manos exasperado.

—No me eches la culpa, Jim. Puedo enseñarte las órdenes que he recibido.

—¿Quién las ha firmado?

—El almirante George Cassidy, jefe del distrito naval de San Francisco.

—¿Y qué demonios pinta ese chupatintas en este asunto?

—Cassidy no es ningún chupatintas —dijo Overmeyer—. Es el jefe logístico de todas las fuerzas de la marina en el Pacífico.

—No es tu superior —dijo Sandecker tajante.

—No es mi superior directo, pero si decide ponerse antipático, todos los transportes que llevan provisiones a mis barcos de aquí a Singapur pueden sufrir inexplicables demoras.

—No me cuentes historias, John. Cassidy no se atrevería a hacer algo así, y tú lo sabes de sobra. Si, por arrogancia, pusiera obstáculos al abastecimiento de tu flota, su carrera se iría al garete.

—Es posible —dijo Overmeyer—. Sin embargo, eso no cambia la situación. No puedo prestarte el *Roosevelt*.

—¿Ni por setenta y dos cochinas horas?

—Ni siquiera por setenta y dos minutos.

De pronto, Sandecker dejó de pasear, se sentó en una silla y miró fijamente a Overmeyer.

—Sé sincero conmigo, John. ¿Quién me está poniendo la zancadilla?

Evidentemente incómodo, Overmeyer no fue capaz de sostener la mirada de Sandecker.

—No puedo decírtelo —dijo bajando los ojos.

—La niebla comienza a aclararse —dijo Sandecker—. ¿Está George Cassidy enterado de que le han repartido el papel de malo en esta función?

—Que yo sepa, no —respondió honestamente Overmeyer.

—¿Acaso alguien del Pentágono está tratando de evitar que llevemos a cabo esta operación?

—Esto no lo has sabido por mí.

—Servimos juntos en el *Iowa*, y sabes que soy incapaz de traicionar a un amigo.

—Yo sería el último en dudar de tu palabra —dijo Overmeyer, sin la menor vacilación, y aguantando esta vez la mirada de Sandecker añadió—: No tengo pruebas de ello, pero un amigo destinado en el Centro de Pruebas de Armas Navales me insinuó que fue el propio presidente quien te vetó después de que algún anónimo soplón del Pentágono hizo que tu solicitud de un portaaviones llegase hasta la Casa Blanca. Mi amigo también me dejó entrever que los científicos que asesoran al presidente consideran que tu teoría de la plaga acústica es absolutamente descabellada.

—¿No son capaces de meterse en sus científicas cabezotas que muchas personas y una enorme cantidad de vida marina ha perecido ya a causa de mi descabellada teoría?

—Por lo visto, no.

Sandecker se removió en el asiento y lanzó un profundo suspiro.

—He sido acuchillado por la espalda por Wilbur Hutton y por el Consejo Nacional de Ciencias presidencial.

—Lo siento, Jim, pero en Washington lo más suave que se dice de ti es que estás loco. Cabe la posibilidad de que el presidente te obligue a dimitir de la ANIM para poner en tu puesto a algún amiguete político.

Sandecker sintió como si el hacha del verdugo se estuviese alzando sobre su cuello.

—¿Y qué? Mi carrera carece de importancia. ¿Nadie lo comprende? ¿No te das cuenta, almirante, de que dentro de tres días tú y los demás hombres que se encuentran bajo tu mando en la isla de Oahu estaréis muertos?

Overmeyer dirigió a Sandecker una triste mirada, como si le resultara difícil creer que su amigo se estaba desmoronando por momentos.

—Si he de serte sincero, Jim, la verdad es que me asustas. Desearía confiar en tu criterio, pero hay demasiadas personas cualificadas que consideran que tu teoría es tan poco creíble como el anuncio del fin del mundo.

—A no ser que me prestes el *Roosevelt* —dijo Sandecker con voz segura y firme—, tu mundo dejará de existir el sábado a las ocho en punto de la mañana.

Overmeyer movió tristemente la cabeza en un gesto de negación.

—Lo siento, Jim, pero tengo las manos atadas. Sabes muy bien que, crea o no en tus catastróficas profecías, no puedo desobedecer órdenes directas de mi comandante en jefe.

—Bien, supongo que, si no puedo convencerte, lo mejor que puedo hacer es largarme. —Sandecker se puso en pie, fue hacia la puerta y a mitad de camino se detuvo—. ¿Tienes familia aquí, en Pearl Harbor?

—A mi esposa y a dos nietas que han venido a visitarnos.

—Ojalá me equivoque, pero yo en tu lugar, amigo mío, las sacaría de la isla cuanto antes.

A medianoche la gigantesca parabólica aún no había sido desmontada. El interior del volcán estaba iluminado por deslumbrantes luces y en él resonaba el estruendo de los generadores, el entrechocar de metales y las maldiciones de los trabajadores que llevaban a cabo el desmantelamiento. El lugar era un hervidero de actividad. Los hombres y mujeres de la ANIM sudaban y bregaban con conexiones solidificadas por el óxido y la falta de mantenimiento. Nadie pensaba en dormir ni en comer. Sólo circulaba café, tan negro como el mar que los rodeaba.

En cuanto lograban separar una pequeña sección de fibra de vidrio reforzada con acero de la estructura principal, la grúa la alzaba y la depositaba en uno de los camiones. Una vez hubieron cargado y amarrado cinco secciones, el camión salió del interior del volcán y se dirigió al puerto de Kaumalapau, en la costa occidental, donde las partes de la antena fueron cargadas a bordo del pequeño barco que las transportaría hasta Pearl Harbor.

Rudi Gunn, sin camisa y sudando a causa de la humedad de la sofocante noche, dirigía a un grupo de hombres que se esforzaban en desconectar de su base el soporte principal de la antena. Gunn no dejaba de consultar los planos de antenas del mismo tipo situadas en otras estaciones de seguimiento de satélites, que Hiram Yaeger había conseguido por el expeditivo medio de colarse en el sistema informático de la corporación responsable del diseño y la construcción de las enormes parabólicas.

Molly, que se había cambiado de ropa y llevaba una camisa y unos pantalones cortos verdes mucho más cómodos, estaba sentada en una pequeña tienda de las proximidades y se ocupaba de las comunicaciones y de resolver los problemas que surgían durante la operación de desmantelamiento y transporte de las partes de la antena hasta el muelle de carga. Salió de la tienda y tendió a Gunn una botella de cerveza fría.

—Por tu aspecto, no te vendrá mal refrescarte un poco la garganta —dijo ella.

Gunn asintió, agradecido, y se pasó la botella por la frente.

—Desde que llegamos aquí, debo de haber consumido veinte litros de líquido.

—Ojalá Pitt y Giordino estuvieran aquí —dijo ella con tristeza—. Los echo de menos.

Gunn miró hacia el suelo.

—A todos nos ocurre lo mismo. El almirante está destrozado.

—¿Qué tal va todo? —preguntó ella, cambiando de tema.

Gunn señaló la antena con un movimiento de cabeza.

—Nos está dando bastante trabajo, pero ahora que ya sabemos cómo desmontarla, las cosas irán un poco más deprisa.

Mientras contemplaba a los treinta hombres y las cuatro mujeres afanados en desmontar y trasladar la antena, Molly pensó que todos sus esfuerzos por salvar tantas vidas podían resultar inútiles.

—¿Y si todo esto no sirve para nada? —preguntó apesadumbrada.

—No pierdas la confianza en Jim Sandecker —dijo Gunn—. Aunque la Casa Blanca le haya impedido conseguir el *Roosevelt*, me apuesto contigo una cena con luces suaves y música romántica a que conseguirá otro medio de transporte.

—Es una apuesta que me encantaría perder —suspiró Molly. A las cuatro de la mañana Molly recibió una llamada de Sandecker.

—¿A qué hora esperáis estar listos? —preguntó, sin que se advirtiera en su voz la

fatiga.

—Rudi piensa que tendremos cargada la última sección de la antena en el *Lanikai*...

—¿El qué? —la interrumpió Sandecker.

—El *Lanikai*, un pequeño carguero que presta servicio en el archipiélago. Lo contraté para transportar la antena hasta Pearl Harbor.

—Olvídate de Pearl Harbor. ¿Cuánto tardaréis en acabar ahí?

—Otras cinco horas —replicó Molly.

—El tiempo apremia. Recuérdale a Rudi que disponemos de menos de sesenta horas.

—Si no es a Pearl Harbor, ¿adónde vamos?

—Debéis dirigiros a la bahía Halawa, en la isla de Molokai —replicó Sandecker—. Encontré otra plataforma donde montar el reflector.

—¿Otro portaaviones?

—Algo aún mejor.

—La bahía Halawa está al otro lado del canal, a menos de cien kilómetros. ¿Cómo ha conseguido encontrar una solución tan próxima?

—El que no espera que la suerte le haga regalos, consigue doblegar el destino.

—Se muestra usted muy críptico, almirante —dijo Molly intrigada.

—Dile a Gunn que, en cuanto terminéis, debéis dirigiros a Molokai. Debéis estar allí antes de las diez de la próxima mañana.

Molly acababa de desconectar el teléfono portátil cuando Gunn entró en la tienda.

—Estamos desmontando la sección final —dijo él cansado.

—Ha llamado el almirante —le comunicó ella—. Nos ha ordenado que llevemos la antena a la bahía Halawa.

—¿En Molokai? —preguntó Gunn frunciendo el entrecejo.

—Ésa es la orden —respondió ella.

—¿Qué clase de barco crees que se habrá sacado de la chistera?

—Buena pregunta, pero no tengo ni idea.

—Más vale que sea uno adecuado, pues, de lo contrario, la función se terminó para nosotros.

Aunque no había luna, el mar relucía con una espectral fosforescencia de tonos verdes y azules bajo la luz de las estrellas que tachonaban el cielo, como las luces de un inmenso paisaje urbano. El viento había cambiado y soplaba desde el sur, empujando con fuerza al *Magnífica Maeve* hacia el noroeste. Las velas de ramas de arrayanes se henchían como el tatuado pecho de una mujer, mientras el barco saltaba sobre las olas como una mula galopando con purasangres. Pitt no había imaginado que la improvisada embarcación pudiera navegar con tanta rapidez y seguridad. Quizá no pudiera ganar trofeos, pero, si cerraba los ojos, Pitt tenía la sensación de encontrarse en un yate de lujo surcando despreocupadamente los mares.

Ni las olas tenían su anterior aspecto hostil, ni las nubes parecían ya amenazadoras. Además, encontrándose en las cálidas aguas del norte, el frío de la noche había disminuido. El mar los había sometido a un duro y cruel examen, y ellos habían aprobado con matrícula. Ahora el tiempo les ayudaba, manteniéndose constante y benigno.

Hay gente que se cansa de mirar al mar desde una playa tropical o desde la cubierta de un barco, pero Pitt nunca se cansaba de contemplarlo. Su alma inquieta y las caprichosas aguas se compenetraban a la perfección.

Maeve y Giordino ya no tenían la sensación de estar luchando por la supervivencia. Los momentos de tranquilidad y paz eran cada vez más frecuentes, debido en gran parte al tenaz optimismo de Pitt, a su contagiosa risa y a su fortaleza de carácter. Con todo ello había ayudado a sus compañeros a hacer frente a los momentos más difíciles. A pesar de todos los peligros sufridos, nunca se deprimió o se mostró pesimista. Pese a las tensiones, el cansancio o los apuros, Pitt siempre se había mostrado sonriente y animoso.

Al advertir que se estaba enamorando perdidamente de él, el independiente espíritu de Maeve se rebeló. Pero cuando al fin decidió aceptar lo inevitable, disfrutó plenamente de esa dulce sensación. No dejaba de observar sus movimientos y cada una de las expresiones de su rostro mientras anotaba la posición en que se hallaban en una de las cartas de navegación que habían pertenecido a Rodney York.

—¿Dónde estamos? —preguntó a Pitt tocándole levemente el brazo.

—En cuanto amanezca, marcaré nuestro curso y calcularé a cuánta distancia estamos de la isla Gladiator.

—¿Por qué no descansas un rato? Desde que abandonamos las Miserias, apenas has dormido un par de horas.

—Te prometo que durante el tramo final de la travesía me echaré una buena siesta —dijo Pitt, sin dejar de mirar la brújula.

—Al tampoco duerme —dijo Maeve señalando a Giordino, que examinaba el

estado de los botalones y de los aparejos que mantenían el barco.

—Si el viento se mantiene como hasta ahora y no me he equivocado en mis cálculos, veremos la isla a primera hora de pasado mañana.

Ella alzó la vista al cielo tachonado de estrellas.

—La noche está preciosa.

—Lo mismo le ocurre a cierta dama que conozco —dijo Pitt alzando la vista de la brújula y mirando a Maeve—. Una criatura radiante de maravillosos ojos azules y con un cabello que parece una fuente de monedas de oro. Una mujer inteligente e inocente nacida para el amor y la vida.

—Sí que parece atractiva, sí.

—Y eso no es más que el principio, porque resulta que, además, su padre es uno de los hombres más ricos del sistema solar.

Ella arqueó la espalda y se apretó contra él, sintiendo la dureza de su cuerpo. Rozó con los labios las pequeñas arrugas que rodeaban sus ojos y le besó la barbilla.

—Pareces muy encaprichado con ella.

—¿Cómo no voy a estarlo? Es la única chica de esta parte del océano Pacífico que me hace enloquecer de deseo.

—Pero si soy la única chica que hay en esta parte del océano Pacífico —dijo ella, y se echó a reír.

Él la besó con suavidad en la frente.

—Entonces es tu deber hacer realidad mis más íntimas fantasías.

—Lo haría si estuviéramos solos —dijo ella con voz sensual—. Sin embargo, por ahora, tendrás que sufrir.

—Podría decirle a Al que se fuese a dar una vuelta —dijo Pitt con una sonrisa.

Maeve se apartó de él echándose a reír.

—No iría muy lejos. —Se sentía secretamente contenta por el hecho de que no hubiera otra mujer que se interpusiera entre ellos—. Eres una persona muy especial —susurró—. La clase de hombre que todas deseamos encontrar.

Pitt rió halagado.

—Qué va. No soy un tipo que haga estragos entre las mujeres.

—Quizá sea porque ellas se dan cuenta de que eres un hombre difícil de alcanzar.

—No lo creas. Soy presa fácil cuando una mujer sabe jugar bien sus cartas —bromeó él.

—No me refiero a eso —respondió muy seria Maeve—. El mar es tu amante; lo entendí durante la tormenta. Más que luchar contra el océano, parecía que lo estuvieras seduciendo. Ninguna mujer puede competir con un amor tan inmenso.

—Tú también sientes un gran cariño hacia el mar... y hacia la vida marina.

Maeve suspiró profundamente.

—Sí, he consagrado mi vida al mar...

Giordino rompió la magia del momento al aparecer en la puerta de la cabina para anunciar que uno de los tubos de flotación estaba perdiendo aire.

—Pásame la bomba de hinchar —pidió—. Trataré de encontrar el pinchazo, para ponerle un parche.

—¿Qué tal aguanta el *Magnífica Mueve*? —preguntó Pitt.

—Como una dama en un concurso de baile —contestó Giordino—. Ágil y segura.

—Si aguanta hasta que lleguemos a la isla, lo donaré al Smithsonian, para que lo exhiban como el barco con menos probabilidades de éxito.

—Rezad para que no se desencadene otra tormenta —dijo Giordino—, porque, si eso ocurre, creo que perderemos todas nuestras apuestas. —Hizo una pausa y miró hacia el negro horizonte, donde las estrellas se fundían con el mar. Súbitamente, parpadeó y su cuerpo quedó tenso—. Veo una luz a babor.

Pitt y Maeve se pusieron en pie y miraron hacia donde señalaba Giordino. Divisaron una luz verde que indicaba el costado de estribor de un barco y las luces blancas que iluminaban el palo mayor. Navegaba a cierta distancia de ellos, con rumbo noreste.

—Un barco —confirmó Pitt—. Está a unos cinco kilómetros.

—Sin luces, no podrá vernos —dijo Maeve, presa de inquietud.

Giordino desapareció en la cabina y volvió a cubierta a los pocos instantes.

—La última bengala de Rodney York —dijo mostrando la pistola especial para lanzarla.

—¿Quieres que nos rescaten? —preguntó Pitt mirando fijamente a Maeve.

Ella se volvió hacia la negrura del mar y, lentamente, negó con la cabeza.

—Es una decisión muy importante que no me corresponde tomar a mí.

—¿Qué dices tú, Al? ¿Te tienta la idea de una buena cena y una cama limpia?

—Me apetece muchísimo más poder vengarme del clan Dorsett —respondió Giordino sonriendo.

Pitt pasó un brazo por los hombros de Maeve.

—Yo estoy con Al —dijo.

—Sólo faltan dos días... No puedo creer que veré de nuevo a mis niños —murmuró ella.

Pitt guardó silencio mientras pensaba en los peligros desconocidos que les aguardaban.

—Los verás y podrás abrazarlos —dijo finalmente—. Te lo prometo.

En realidad, en ningún momento sintieron la tentación de apartarse de su meta. Pitt y Giordino siempre estaban de acuerdo, y en ese momento, a pesar de que sus propias vidas corrían peligro, estaban decididos a llegar a la isla Gladiator. Ninguno de los dos se molestó en mirar cómo las luces del barco que pasaba ante ellos se alejaban, hasta que, poco a poco, se perdieron en la distancia.



Cuando el carguero que transportaba la antena desmontada llegó a la bahía Halawa, en Molokai, los hombres que iban a bordo se apiñaron en las barandillas y contemplaron estupefactos la extraña nave anclada en el puerto. Se trataba de un barco de 228 metros de eslora en cuya cubierta se alzaba un bosque de grúas alrededor de una torre de sondeo de veintitrés pisos de altura. Parecía diseñado por un equipo de ingenieros borrachos y construido por obreros dementes.

Sobre la popa, sostenida por una armazón de vigas, como si fuese un accesorio añadido a última hora, había una enorme plataforma de aterrizaje y despegue. La alta superestructura del puente se elevaba en la parte posterior del casco, de forma que el buque parecía un petrolero, aunque ése era su único rasgo en común con este tipo de barcos. En la parte central del casco había una gran cantidad de maquinaria, acumulada como si fuera un montón de chatarra. Un laberinto de escaleras de acero, andamiajes y tuberías rodeaba la torre de sondeo que se alzaba hasta el cielo como si de una estructura para el lanzamiento de cohetes espaciales se tratase. En el castillo de proa no se veían portillas, sólo una hilera de tragaluces en la parte delantera. La pintura estaba sucia y desvaída, con grandes manchas de óxido. El casco era azul marino, y la superestructura, blanca. Tiempo atrás las máquinas habían estado pintadas de varias tonalidades de gris, amarillo y naranja.

—Ahora puedo morir feliz, porque creo que ya lo he visto todo —exclamó Gunn mientras contemplaba el barco.

Molly, junto a Gunn en el puente, miró atónita el espectáculo.

—¿Cómo demonios se las habrá arreglado el almirante para conseguir el *Glomar Explorer*?

—Ni siquiera aventuraré una hipótesis —murmuró Gunn, tan fascinado con la nave como un chiquillo con su primer avión de juguete.

El capitán del *Lanikai* se asomó por la puerta de la caseta del timón.

—El almirante Sandecker al aparato, capitán Gunn.

Éste asintió con la cabeza y fue a responder la llamada.

—Llegas con una hora de retraso. —Fueron las primeras palabras que oyó Gunn.

—Lo siento, almirante. La antena estaba en peores condiciones de lo que habíamos creído y ordené a los hombres que efectuaran trabajos de reparación y mantenimiento mientras desmontábamos. Gracias a ello, el montaje nos costará menos esfuerzo.

—Buen trabajo —dijo Sandecker—. Dile al capitán que amarre su barco junto al nuestro. En cuanto eche el ancla, comenzaremos a cargar las secciones de la antena.

—¿Estoy equivocado o el que tengo delante es el famoso *Glomar Explorer* de Howard Hughes? —preguntó Gunn.

—El mismo con algunos cambios —contestó Sandecker—. Arría un bote y ven a bordo. Te espero en la oficina del capitán. Que venga también la señora Faraday.

—Ahora mismo vamos para allá.

El *Glomar Explorer*, cuya construcción fue propuesta inicialmente por el subsecretario de Defensa David Packard, ex miembro de la corporación electrónica Hewlett-Packard, estaba inspirado en un buque de investigación submarina diseñado por Willard Bascora que recibió el nombre de *Alcoa Seaprobe*. En su construcción participaron la CÍA, la Global Marine Inc. y Howard Hughes, quien consiguió la colaboración de una compañía que con el tiempo se convirtió en la Summa Corporation.

La construcción se llevó a cabo en los astilleros que la Sun Shipbuilding & Dry Dock Company tenía en Chester, Pensilvania, y el inmenso barco estuvo desde el principio rodeado por el secreto y las informaciones engañosas. Fue fletado cuarenta y un meses más tarde, a finales del otoño de 1972, lo que, tratándose de un buque tan innovador, fue toda una proeza tecnológica.

Más tarde el *Explorer* conoció la fama por haber rescatado un submarino ruso de clase G hundido a cinco mil metros de profundidad en pleno Pacífico. Pese a que las noticias de la prensa dijeron lo contrario, el submarino fue desmontado pieza por pieza y examinado concienzudamente; una operación de espionaje de gran éxito que reportó un inmenso caudal de información sobre la tecnología soviética en construcción de submarinos.

Su fama resultó efímera, pues después de eso nadie supo qué hacer con el *Explorer* y éste acabó en manos del gobierno estadounidense, que lo arrinconó en su programa de buques en reserva. Hasta hacía poco, y durante dos décadas, el *Explorer* había languidecido en el fondeadero de la bahía Suisan, al noreste de San Francisco.

Cuando Gunn y Molly subieron a la cubierta del inmenso barco, tuvieron la sensación de encontrarse en mitad de una central eléctrica. La envergadura de sus instalaciones era sorprendente, y pudieron contemplarlas sin problemas, pues ya no existían las estrechas medidas de seguridad que habían rodeado al buque en sus primeros tiempos. En lo alto de la escalerilla de acceso fueron recibidos por el segundo oficial y por nadie más.

—¿No hay guardas de seguridad? —preguntó Molly. El oficial sonrió y les indicó una escalera que conducía a una cubierta situada debajo de la caseta del piloto.

—Como ésta es una operación comercial y no nos encontramos en una misión secreta destinada a rescatar submarinos enemigos del fondo del mar, no se han considerado necesarias las medidas de seguridad.

—Pensaba que habían retirado al *Explorer* de la circulación —dijo Gunn.

—Y así era hasta hace cinco meses —contestó el oficial—, cuando la Deep Abyss Engineering lo pidió para extraer cobre y manganeso de las profundidades del océano

a doscientos kilómetros de las islas Hawai.

—¿Han comenzado ya las operaciones? —preguntó Molly.

—Aún no. Gran parte de la tecnología del barco está anticuada, y hemos tenido que efectuar algunos cambios de importancia, en particular en el equipo electrónico. En estos momentos los motores principales están creando problemas; nos pondremos en marcha en cuanto los reparemos.

Gunn y Molly se miraron, pero se abstuvieron de expresar sus inquietudes. Como si estuvieran sintonizados en la misma frecuencia, se preguntaron cómo era posible que un barco que estaba muerto sobre el agua pudiera llevarlos a tiempo a su destino, para desviar las mortales ondas acústicas.

El oficial abrió la puerta que daba a un espacioso y elegante camarote.

—Éste fue el alojamiento que se reservó para Howard Hughes, por si alguna vez visitaba el barco, algo que nunca ocurrió.

Sandecker se adelantó para recibirlos.

—Habéis hecho un gran trabajo y os felicito. Parece que desmontar esa antena fue más complicado de lo que habíamos creído, ¿no?

—El óxido fue el principal obstáculo —admitió Gunn— y complicó bastante el trabajo.

—En mi vida había oído tantas palabrotas —sonrió Molly—. Los ingenieros despotricaron a gusto, puede creerme.

—¿Servirá la antena para nuestros propósitos? —preguntó Sandecker.

—Creo que sí, siempre y cuando el mar no esté embravecido y la haga añicos.

Sandecker se dirigió hacia un individuo bajo y rollizo de poco más de cuarenta años.

—Capitán James Quick, mis ayudantes, Molly Faraday y el capitán de fragata Rudi Gunn.

—Bienvenidos a bordo —dijo Quick estrechándoles las manos—. ¿Cuánta gente los acompaña?

—Somos treinta y cinco —respondió Gunn—. Espero que nuestro número no cause problemas.

Quick rechazó tal posibilidad con un movimiento de la mano.

—En absoluto. Tenemos más alojamientos de los que podemos utilizar, y comida para dos meses.

—Su segundo oficial nos comentó que tenían dificultades con los motores.

—Tenemos problemas bastante serios —dijo Sandecker—. El capitán no está seguro de a qué hora podremos zarpar.

—O sea que tantas prisas para luego tener que esperar —murmuró Gunn.

—Lo siento muchísimo, Rudi. Se trata de un obstáculo imprevisto.

Quick se puso la gorra y echó a andar hacia la puerta.

—Ordenaré a los hombres de las grúas que comiencen a trasladar la antena de su barco al nuestro.

Gunn lo siguió.

—Me ocuparé de dirigir la operación desde el *Lanikai* —dijo.

Cuando estuvieron a solas, Molly dirigió a Sandecker una escrutadora mirada.

—¿Cómo se las ha arreglado para convencer al gobierno de que le prestara el *Glomar Explorer*?

—Me salté los canales oficiales de Washington e hice a los de la Deep Abyss Engineering una oferta que ellos no pudieron rechazar.

Molly lo miró atónita.

—No me diga que ha comprado el *Glomar Explorer*.

—Lo he alquilado —la corrigió el almirante—. Me costó un ojo de la cara.

—¿Había en la ANIM fondos suficientes para algo así?

—Las circunstancias exigían una negociación rápida. Con tantas vidas en juego, no he podido entretenerme regateando. Si los hechos nos dan la razón respecto a la letal convergencia acústica, avergonzaré al Congreso y lo obligaré a reembolsarnos los fondos. Para no correr riesgos, he conseguido que en el contrato se incluya una cláusula según la cual el pago depende de los resultados que obtengamos.

—Haber encontrado el *Explorer* después de que la marina nos negase el *Roosevelt* ha sido como tropezar con una mina de oro.

Sandecker movió lentamente la cabeza.

—Lo que la suerte da, la suerte quita. El *Explorer* se encontraba en Molokai porque durante el viaje desde California tuvo una avería en los cojinetes del eje de transmisión de la hélice. Está por ver si puede ser reparado y si llegaremos a nuestro destino antes de que sea demasiado tarde.

Las grandes grúas de estribor giraron sobre la bodega de carga del *Lanikai*. Los garfios de los extremos de los cables fueron amarrados a las secciones de la antena, que se elevaron y fueron depositadas en una zona despejada del *Glomar Explorer*, donde quedaron almacenadas en secuencia numerada para facilitar la posterior operación de montaje.

Al cabo de dos horas, la operación había finalizado y las secciones de la antena quedaron amarradas a bordo del *Explorer*. Una vez concluido su trabajo, el pequeño carguero levó anclas y con un toque de sirena en señal de despedida se dispuso a salir de la bahía. Gunn y Molly se despidieron desde la cubierta del *Explorer* de la tripulación del *Lanikai*, cuando éste comenzó a alejarse en dirección a la boca de la bahía.

Los componentes del equipo de la ANIM, disfrutaron de una sabrosa y bien merecida comida en el *Explorer* y luego se dirigieron a los camarotes que les habían asignado. Éstos no habían sido usados desde que el barco rescató el submarino

soviético de las profundidades del Pacífico. Molly había asumido el papel de madre amantísima y circulaba por entre los miembros del equipo comprobando que nadie hubiera resultado herido en la operación de carga y descarga de la antena.

Gunn se dirigió al camarote que había sido reservado en otro tiempo para el excéntrico Howard Hughes. En torno a una pequeña mesa de juego estaban sentados Sandecker, el capitán Quick y otro hombre, Jason Toft, el jefe de máquinas del barco.

—¿Un brandy? —ofreció Quick.

—Sí, gracias.

Rodeado por una densa nube de humo de cigarro, Sandecker daba ociosos sorbos al dorado líquido de su copa. No parecía contento.

—El señor Toft acaba de informarme de que no puede reparar el barco hasta que reciba del continente ciertas piezas de repuesto imprescindibles.

Gunn adivinó la irritación que en ese momento dominaba al almirante, aunque por su aspecto parecía frío como el hielo.

—¿Cuándo espera recibir esas piezas? —preguntó Gunn dirigiéndose al jefe de máquinas.

—En estos momentos vuelan hacia aquí procedentes de Los Ángeles —respondió Toft, un hombre de barriga prominente y piernas cortas—. Tenemos previsto que lleguen dentro de cuatro horas. El helicóptero de nuestro barco las está esperando en el aeropuerto Hilo, de la isla grande de Hawai, para traerlas directamente aquí en cuanto lleguen.

—¿Cuál es exactamente el problema?

—Los cojinetes del eje de la hélice —explicó Toft—. Por algún extraño motivo (probablemente debido a que la CÍA tenía prisa por concluir la construcción del barco), los cojinetes no fueron debidamente equilibrados. Durante el viaje desde San Francisco, la vibración dañó los manguitos de lubricación, cortando el suministro de aceite a los cojinetes. Debido a la fricción, a la fatiga del metal, al exceso de tensión, o a lo que sea, el sistema de transmisión de la hélice de babor se atascó cuando estábamos a ciento sesenta kilómetros de Molokai. Logramos llegar hasta aquí a duras penas, pero finalmente también se estropeó la transmisión de estribor.

—Como ya le dije, actuamos con un límite de tiempo apremiante.

—Comprendo la magnitud de su problema, almirante. Mis maquinistas trabajarán como locos para conseguir reparar la avería, pero sólo son humanos. Además, debo advertirle que los cojinetes de la transmisión no son el único problema, pues cabe la posibilidad de que a los motores no les queden muchas horas de vida. Aunque sólo se usaron, allá en los años setenta, para hacer el viaje de ida y vuelta desde la costa de California hasta el centro del Pacífico, por la falta de mantenimiento durante los últimos veinte años se hallan en un estado lamentable. Aunque logremos que las hélices giren, puede que los motores vuelvan a fallar en cuanto salgamos de la bahía.

—¿Disponemos de las herramientas necesarias para realizar el trabajo? —preguntó Sandecker.

—Hemos quitado los sombreretes del eje de estribor y retirado los cojinetes. La sustitución no tiene por qué causar problemas. Sin embargo, el eje de babor sólo podría repararse en dique seco.

—¿Cómo es posible que su compañía no revisara a fondo el *Explorer* en un astillero después de los años que había pasado amarrado en San Francisco? —preguntó Gunn dirigiéndose al capitán Quick.

—No tenían ganas de gastarse dinero —respondió Quick encogiéndose de hombros—. El jefe de máquinas Toft y yo insistimos en que el barco fuese reparado a fondo antes de abandonar Hawai, pero la dirección no nos escuchó. El barco sólo estuvo en los astilleros el tiempo necesario para retirar gran parte del sistema original de grúas e instalar el equipo de excavación. En cuanto a realizar operaciones de mantenimiento, dijeron que era tirar dinero y que cualquier fallo mecánico podría ser reparado en alta mar o una vez llegáramos a Honolulu, cosa que, evidentemente, no ha sido así. Para colmo de males, andamos muy cortos de hombres. Mientras la tripulación original era de 172, yo sólo cuento con sesenta tripulantes, y la mayoría de ellos son marineros, operadores de grúas y mecánicos encargados del mantenimiento de las máquinas. Nuestros geólogos, ingenieros navales y expertos en electrónica suman un total de doce personas. A diferencia de lo que les ocurre a ustedes en la ANIM, capitán Gunn, nosotros trabajamos con unos presupuestos miserables.

—Me disculpo, capitán —dijo Gunn—. Comprendo que para ustedes la situación no es fácil.

—¿Cuánto tardará en poner en marcha el barco? —preguntó Sandecker a Toft, intentando evitar que su voz traicionase la fatiga de las últimas semanas.

—Treinta y seis horas, quizá más.

La habitación quedó en silencio y todas las miradas se dirigieron a Sandecker. El almirante miró al jefe de máquinas con los ojos fríos de un asesino.

—Se lo explicaré otra vez, por si todavía no lo ha entendido —dijo nervioso—. Si dentro de treinta y cinco horas no tenemos la antena colocada en el punto de convergencia de las ondas sonoras, morirán cientos de miles de personas. ¿Entiende? No se trata de la fantasía de un chiflado, ni del guión de una película de ciencia ficción. Esto es la realidad y, en lo que a mí respecta, no quiero verme ante un mar de cadáveres que me echen en cara que con un esfuerzo extra hubiéramos podido evitar esa catástrofe. Aunque para ello tenga usted que hacer milagros, es imprescindible que esa antena esté debajo del agua antes de las ocho horas de pasado mañana.

—No prometeré lo imposible —dijo Toft—, pero... si no logramos lo que usted nos pide, no será porque mis maquinistas no hayan trabajado hasta la extenuación. —

Dicho esto, Toft vació su copa y salió de la sala cerrando tras de sí con un fuerte golpe.

—Sospecho que ha hecho usted enfadar a mi jefe de máquinas —dijo Quick a Sandecker—. ¿No ha sido usted un poco duro al responsabilizarlo de nuestro posible fracaso?

—Lo que nos jugamos es demasiado importante, capitán —dijo el almirante con voz grave—. Comprenderá usted que no entraba en mis planes cargar todo el peso de la responsabilidad sobre los hombros del señor Toft. Pero, nos guste o no, lo cierto es que ese hombre tiene en sus manos las vidas de todos los seres humanos que habitan la isla de Oahu.

A las 15.30 horas del día siguiente, Toft, demacrado y sucio, entró tambaleándose en la caseta del timón y anunció a Sandecker, Gunn y el capitán Quick:

—Hemos cambiado los cojinetes del eje de babor. Podemos zarpar, pero la máxima velocidad que puedo prometerle es poco más de cinco nudos por hora.

Sandecker estrechó efusivamente la mano de Toft.

—Dios lo bendiga, Toft, Dios lo bendiga.

—¿A qué distancia estamos del punto de convergencia? —preguntó Quick.

—A ochenta millas náuticas —respondió Gunn sin vacilar, pues había realizado el cálculo mental más de una docena de veces.

—Si llegamos, será por los pelos —dijo Quick inquieto—. A cinco nudos, tardaremos dieciséis horas en recorrer ochenta millas náuticas; es decir que llegaremos a nuestro destino minutos antes de las ocho de la mañana.

—Las ocho de la mañana —repitió Gunn en un susurro—. Según predijo Yaeger, será la hora en que se producirá la convergencia.

—Si llegamos, seta por los pelos —repitió Sandecker—, pero al menos el señor Toft nos brinda la oportunidad de intentarlo.

—Supongo que se da cuenta, almirante —dijo Gunn con rostro sombrío—, de que si llegamos a la zona y somos alcanzados por las ondas, moriremos.

Sandecker contempló impasible a todos los allí reunidos.

—En efecto —dijo imperturbable—. Existe ese riesgo.

Poco después de medianoche, Pitt midió por última vez la posición de la nave mediante las estrellas y la marcó en el mapa a la luz de la media luna. Si sus cálculos no fallaban, sólo tardarían unas horas en ver la isla Gladiator. Dijo a Maeve y Giordino que estuvieran atentos y luego se permitió el lujo de dormir una hora. Le parecía que apenas se había quedado adormilado cuando Maeve lo despertó sacudiéndolo levemente.

—Tenías razón —dijo ella excitada—. Allí está la isla.

—Buen trabajo, camarada —lo felicitó Giordino—. Hemos llegado antes de lo que esperábamos.

—Ha sido una suerte —dijo Maeve sonriendo—. Nuestras velas ya están deshojándose.

Pitt escrutó la noche, pero sólo vio el brillo de las estrellas y la luna sobre el agua. Abrió la boca para decir que no veía nada cuando un haz luminoso cruzó el horizonte, seguido por un brillante resplandor rojo.

—¿Vuestra isla tiene un reflector? —preguntó a Maeve.

—Hay un pequeño faro en el borde del volcán del sur.

—Al menos tu familia hizo algo en bien de los navegantes.

Maeve se echó a reír.

—Mi bisabuelo nunca pensó en los marinos en apuros cuando lo construyó. Más bien pretendía advertir a los barcos que se alejaran de la isla.

—¿Han zozobrado muchas naves frente a las costas de la Gladiator?

Ella bajó la vista a sus manos y las entrelazó.

—De niña escuchaba a papá hablar de los barcos que se habían estrellado contra las rocas.

—¿Qué decía de los supervivientes?

Ella negó con la cabeza.

—Nada. Nunca dijo nada sobre que hubiesen intentado rescatarlos. Siempre decía que el hombre que ponía un pie en la isla Gladiator sin haber sido invitado tenía una cita con Satán.

—¿Y qué quería decir con eso?

—Pues que los que estaban malheridos eran asesinados y los que salían ilesos eran obligados a trabajar en las minas hasta que morían. Nadie ha escapado de la isla Gladiator para contar las atrocidades que suceden en ella.

—Tú escapaste.

—Pero eso no les ha servido de mucho a los pobres mineros —dijo ella—. Nadie prestó atención a lo que dije sobre mi familia. Mientras yo explicaba a las autoridades lo que ocurría en la isla, mi padre las sobornaba y listo.



—¿Qué hay de los obreros chinos que trabajan actualmente en las minas? ¿Cuántos logran salir de la isla por su propio pie?

—Todos acaban muriendo a causa del calor que hace en las profundidades de las minas —respondió ella.

—¿Calor? —preguntó Pitt con curiosidad—. ¿Por qué causa?

—Se producen fugas de vapor entre las grietas de las rocas.

—Un lugar ideal para fundar un sindicato —dijo Giordino dirigiéndose a Pitt.

—Calculo que podremos desembarcar dentro de unas tres horas —dijo éste—. Aún estamos a tiempo de cambiar de idea, olvidarnos de la isla e intentar llegar a Australia.

—Éste es un mundo violento e implacable —respondió el italiano suspirando—. Pero sin emociones, no merece la pena vivir en él.

—Habló el intrépido espíritu norteamericano —dijo Pitt con una sonrisa. Observó la luna y añadió pensativo—: Supongo que tenemos suficiente luz para hacer nuestro trabajo.

—Aún no me habéis explicado cómo desembarcaremos sin ser detectados por los guardas de seguridad de mi padre —dijo Maeve.

—Primero, háblame de los acantilados que rodean la isla Gladiator.

Por unos momentos ella lo miró con extrañeza y luego se encogió de hombros.

—No hay mucho que contar. Toda la isla, menos la laguna, está rodeada de acantilados. La costa oeste sufre el embate constante de inmensas olas y el lado este, aunque más calmado, también es peligroso.

—Creo que en la costa oriental hay una pequeña cala resguardada entre rocas. ¿Me equivoco?

—Que yo recuerde, hay un par de ellas. Una tiene la boca de entrada amplia, pero la playa pequeña y la otra posee una entrada más estrecha, pero la franja de arena es más ancha. Si estás pensando en desembarcar en alguna de ellas, olvídale. Las paredes de roca que las rodean tienen más de cien metros de alto. Un escalador profesional bien equipado no cometería la locura de intentar ascender a esos acantilados en plena noche.

—¿Puedes guiarnos hasta la cala que tiene la playa más ancha? —preguntó Pitt.

—¿Qué te pasa? ¿Acaso no me has entendido? Sería lo mismo que intentar escalar el Everest con un picador de hielo. Además, los guardas de seguridad patrullan constantemente por los acantilados.

—¿También de noche?

—Papá no les da ni una oportunidad a los contrabandistas de diamantes —dijo Maeve, como si estuviera dándole explicaciones a un escolar.

—¿Cuántos hombres componen una patrulla?

—Dos. Hacen un recorrido completo de la isla durante su guardia. Sale una

patrulla cada hora.

—¿Pueden ver la playa desde lo alto de los acantilados?

—No. Las paredes caen en vertical y es imposible ver lo que hay debajo si no te acercas. —Maeve miraba a Pitt con los ojos desorbitados—. ¿A qué vienen tantas preguntas sobre la parte posterior de la isla? La laguna es la única vía de acceso.

—Tiene el maravilloso cuerpo de una mujer, pero el cerebro de una escéptica —dijo Pitt dirigiéndose a Giordino.

—No te preocupes —dijo el italiano ahogando un bostezo—. A mí las mujeres tampoco me hacen caso.

Pitt contemplaba las rocas en las que habían muerto muchos hombres, rocas en las que los náufragos supervivientes hubieran deseado ahogarse antes de sufrir las penas sin cuento trabajando como esclavos en las minas de diamantes de Dorsett. Durante largo rato, según los acantilados de la isla Gladiator iban siendo más próximos, ninguno de los tripulantes del *Magnífica Maeve* se movió ni habló. Maeve permanecía en la popa, haciendo de vigía, por si encontraban rocas frente a la costa. Pitt miró a Giordino y entrevió el difuso borrón blanco del rostro de su amigo. El italiano, con la mano en el cable de arranque del motor fuera borda, le hizo un gesto de asentimiento.

La luz de la media luna era más de lo que Pitt se había atrevido a esperar. Resultaba suficiente para iluminar los altos acantilados, era lo bastante tenue para que el *Magnífica Maeve* no pudiera ser visto desde lo alto de la pendiente. Además, el mar tranquilo y el viento favorable también estaban de su parte. Sin la brisa del este, los elaborados planes de Pitt para penetrar en la isla se hubieran ido al garete. Situó el trimarán en un curso paralelo a la costa de la isla. A setenta metros de distancia, fue surgiendo de la oscuridad un difuso y elevado borrón blanco moteado de fosforescencias, acompañado por el sordo rumor de las olas que golpeaban contra las rocas.

Hasta que rodearon la punta de la isla y la mole del volcán protegió el pequeño barco del indiscreto haz del faro de la isla Gladiator, Pitt se sintió como si interpretara el papel de un convicto en una vieja película que intentara escalar un muro sin ser detectado por la luz de los reflectores. Los tres hablaban en voz baja, pues temían que sus palabras pudieran ser oídas por encima del constante rumor del oleaje.

—¿A qué distancia está la cala? —susurró Pitt a Maeve.

—Creo que a un kilómetro más arriba del faro —respondió ella sin volverse hacia él.

El barco, tras virar hacia el norte frente a la costa, había perdido gobernabilidad y a Pitt le costaba cada vez más trabajo mantener el curso. Hizo una seña a Giordino para que pusiera en marcha el motor fuera borda. Tres corazones suspendieron sus latidos mientras el italiano tiraba del cable de arranque diez, veinte, treinta veces...

sin éxito.

Giordino hizo una pausa, se frotó el brazo cansado y, mirando amenazadoramente el viejo motor, comenzó a hablarle:

—Como no arranques ahora, la emprenderé a golpes contigo y no te dejaré una tuerca sana. —Luego sujetó con fuerza el extremo del cable de arranque y dio un fortísimo tirón. El motor roncó, tosió quejoso y comenzó a funcionar a la perfección—. De nuevo se cumple la ley de Giordino, según la cual todo artilugio mecánico tiene el secreto temor de verse convertido en chatarra.

Como Giordino ya controlaba la embarcación con el motor, Pitt arrió las velas y sacó la cometa de la camareta alta. Con suma destreza, desenrolló un ovillo de cable fino sobre la cubierta, luego tomó el pequeño garfio que había encontrado en el campamento de York y lo ató por debajo del punto de unión con la cometa. Después se sentó a esperar. En el fondo era consciente de que lo que se proponía sólo tenía una mínima posibilidad de éxito.

—Vira hacia babor —dijo Maeve señalando hacia la izquierda—. A cincuenta metros hay un promontorio rocoso.

—Virando a babor —dijo Giordino atrayendo hacia sí el mango del motor. El barco giró en un ángulo de veinte grados hacia la orilla. Mantuvo la mirada en las blancas aguas que se arremolinaban alrededor de un grupo de rocas oscuras, a las que no quitó ojo hasta haberlas rebasado.

—¿Ves algo, Maeve? —preguntó Pitt.

—No estoy segura. Hasta ahora nunca había tenido que buscar a tientas esa maldita cala —respondió ella.

Pitt observó las olas, cada vez eran más altas y se sucedían con mayor rapidez.

—El fondo está subiendo. Otros treinta metros, y tendremos que virar hacia aguas abiertas.

—No, no —dijo Maeve excitada—. Creo haber visto una brecha en los acantilados. Sí, estoy segura. Ésa es la boca que conduce a la playa más grande.

—¿A qué distancia está? —preguntó Pitt.

—A sesenta o setenta metros —contestó ella señalando hacia los farallones.

Entonces Pitt también lo vio. Una melladura vertical en los acantilados que ascendía hasta perderse en las sombras, oculta a la luna. Pitt se humedeció el dedo y verificó la orientación del viento. Soplaba del este.

—Diez minutos —susurró—. Sólo necesito diez minutos. —Luego añadió dirigiéndose a Giordino—: ¿Puedes mantener el barco inmóvil a unos veinte metros de la entrada, Al?

—Con tantas olas no será fácil.

—Inténtalo. —Pitt se volvió hacia Maeve—. Sujeta bien el timón y enfila la proa contra las olas, de frente. A ver si entre los dos podéis evitar que el barco se desplace

lateralmente.

Pitt desplegó las riostras de la improvisada cometa. Una vez extendida, la superficie de dacron medía casi dos metros y medio de alto. La alzó por encima del costado del barco y notó con satisfacción que nada más hacer contacto con el viento, le saltaba de las manos. La dejó ir soltando cable y la cometa fue ascendiendo lentamente hacia el cielo, todavía oscuro.

De pronto, Maeve entendió el aparentemente absurdo plan de Pitt.

—El garfio —murmuró—. Quieres sujetarlo al borde de los acantilados y utilizar el cable para escalar las rocas.

—Exactamente —respondió Pitt sin perder de vista la forma oscura de la cometa, apenas visible a la tenue luz de la luna.

Conjugando diestramente el acelerador del fuera borda y el mando para avanzar o dar marcha atrás, Giordino logró mantener el barco inmóvil. El italiano se mantuvo en silencio mientras observaba a su amigo.

Pitt, que había rogado por tener un viento constante, comprobó que sus ruegos habían sido escuchados. La brisa, al encontrar la resistencia de los altos acantilados, ascendía con fuerza hasta la cima de las rocas. La gran cometa casi se le escapó de las manos. Utilizó como guante la manga de la ya destrozada cazadora de piel, para evitar que la fricción del cable le quemase las manos, que lograron, no sin esfuerzo, aguantar el fuerte tirón. Pitt aguantó firme, apretando los dientes, mientras repasaba mentalmente los imprevistos que podían hacer fracasar sus planes: un súbito cambio de viento que lanzase la cometa contra las rocas, que Giordino perdiera el control del barco a causa del oleaje, no lograr afianzar el garfio en una roca, que en el momento más inoportuno apareciera una patrulla y los descubriese.

Relegando toda idea de fracaso, aguzó al máximo su capacidad de percepción. Debido a la negrura de la noche, no le era posible, ni con la ayuda de la luna, saber en qué momento el garfio rebasaba la cima de los acantilados. Notó el nudo que había hecho en el cable para indicar los cien metros que habían pasado ya por sus manos. Soltó unos veinte metros más y luego paró. Perdida su resistencia al viento, la cometa se desplomó en un lento zigzag.

Pitt dio varios tirones del cable y al fin, sintiendo que un gran peso se le quitaba de encima, notó una fuerte resistencia. El garfio había mordido la roca al primer intento y se mantenía firme.

—Adelante, Al. Tenemos vía libre hacia la cumbre.

Giordino había estado esperando esas palabras. Su lucha por mantener quieto el trimarán, resistiendo el asalto de las olas, había sido un alarde de pericia. Lanzó un suspiro de alivio, puso el motor en avance, dio gas y condujo el *Magnífica Mueve* por entre las rocas hacia la melladura negra que se abría a los pies de los acantilados.

Maeve se situó en la proa y volvió a actuar de vigía, indicando a Giordino el

rumbo a través de las negras aguas que parecían calmarse según avanzaban hacia el interior de la caleta.

—Veo la playa —anunció—. A unos quince metros más adelante. A estribor distingo un banco de arena.

Al cabo de un minuto, la proa y los botalones tocaron la arena y quedaron inmobilizados. Pitt miró a Maeve. Los acantilados ocultaban la luna y sólo pudo distinguir de forma difusa sus facciones.

—Ya estás en casa —dijo.

Ella alzó la cabeza y miró hacia los farallones y la fina franja de cielo y estrellas que parecían a años luz de distancia.

—No, todavía no —dijo ella.

Pitt en ningún momento había soltado el cable a cuyo extremo estaba el garfio. Entonces colocó la cazadora de cuero sobre los hombros de Maeve y dio un fuerte tirón del cable.

—Es mejor que nos pongamos en movimiento antes de que aparezca una patrulla.

—Yo debo ir el primero —dijo Giordino—. Soy el más fuerte.

—Eso nadie lo discute —dijo Pitt sonriendo—. Además, de todas maneras, esta vez te toca a ti.

—Ah, sí —dijo Giordino, haciendo memoria—. Me toca pagar por el rato que pasé contemplando como un impotente gusano como un terrorista te cortaba el cable de seguridad mientras tú nadabas en aquel sumidero de los Andes.

—Tuve que salir de allí con la única ayuda de un par de destornilladores.

—¿Por qué no me cuentas otra vez la historia? —preguntó Giordino sarcástico—. No me canso de oírla.

—Ponte en marcha, compañero, y permanece atento por si ves aparecer una patrulla.

Con un ligero gesto de asentimiento, Giordino agarró el cable y le dio un tirón para probar su resistencia.

—¿Soportará este hilito mi peso?

—Esperemos que sí —dijo encogiéndose de hombros.

Giordino le dirigió una mirada asesina y comenzó a ascender por la pared de roca. No tardó en desaparecer entre las sombras, mientras Pitt sostenía el cable desde abajo para mantenerlo tenso.

—Busca un par de rocas que sobresalgan y ata a ellas la proa y la popa del barco —ordenó Pitt a Maeve—. Si sucede lo peor, tal vez necesitemos recurrir al *Magnífica Maeve* para largarnos de aquí.

—¿Cómo esperabas escapar, si no? —preguntó Maeve con curiosidad.

—Es que soy bastante gandul y albergo la esperanza de poder tomar prestado uno de los yates de tu padre o algún avión.

—¿Acaso dispones de un ejército y no me lo has dicho?

—Tienes ante ti a la mitad de sus efectivos.

En ese momento miraron hacia la cumbre oscura del acantilado, preguntándose cómo estaría Giordino. Pitt sólo advertía el avance de su amigo por los estremecimientos del cable.

Al cabo de treinta minutos, el italiano se detuvo para recuperar el aliento. Sentía los brazos como si un millar de demonios los estuvieran acuchillando. A pesar de lo desigual que era la pared de roca, había ascendido a gran velocidad. Pensó que hubiera sido imposible escalar los acantilados sin el cable; incluso con un equipo adecuado, si hubiese tenido que subir a tientas metro a metro, buscando los lugares adecuados para afianzar los pies y clavar las sujeciones, el ascenso hubiera durado considerablemente más de seis horas.

Se concedió un minuto de descanso y luego continuó. Fatigado, pero aún con fuerzas, siguió ascendiendo, apoyándose en los salientes y en las oquedades. Tenía las palmas de las manos en carne viva por el constante roce con el cable de nailon rescatado del barco de Rodney York. El viejo cable apenas tenía la resistencia suficiente para aguantar su peso, pero gracias a su ligereza la cometa había podido transportar el garfio hasta lo alto de los acantilados.

Hizo una pausa y miró hacia el oscuro borde de la cima recortado en el cielo estrellado. Calculó que le faltaban cinco metros, sólo cinco metros. Respiraba con dificultad y tenía el pecho y los brazos magullados del roce de las rocas, apenas visibles. La enorme fortaleza del italiano estaba agotándose, sólo el coraje lo mantuvo firme en aquellos últimos metros. Indestructible, duro y resistente como las rocas por las que ascendía, Giordino siguió adelante, negándose a detenerse de nuevo hasta que hubiera alcanzado su meta. Luego, súbitamente, ante él se extendió el plano horizontal de la cumbre. Se impulsó hacia arriba y quedó inmóvil, de bruces contra el suelo, escuchando el acelerado latido de su corazón mientras intentaba calmar su respiración agitada.

Permaneció inmóvil por unos minutos, aliviado por haber concluido aquel esfuerzo agotador. Miró alrededor. Se encontraba tumbado en un camino que bordeaba el extremo de los acantilados. Unos cuantos pasos más allá comenzaba una sombría y nada invitadora masa de árboles y maleza. Como no percibió luces ni movimiento, siguió el cable hasta su extremo y encontró el garfio firmemente clavado en un promontorio rocoso. La estrambótica idea de Pitt había funcionado a la perfección.

Una vez hubo comprobado que el garfio estaba bien asegurado, se puso en pie. Soltó la cometa y la escondió entre la vegetación del otro lado del camino. Luego regresó al borde del acantilado y dio dos rápidos tirones del cable cuyo otro extremo se perdía entre las sombras.

—Ahora te toca a ti —dijo Pitt dirigiéndose a Maeve.

—No sé si seré capaz —dijo ella—. Las alturas me asustan.

Pitt hizo un lazo con el cable, se lo pasó por los hombros y lo ciñó a la cintura de Maeve.

—Agárrate bien a la cuerda, afianza los pies en la pared y camina por ella. Al tirará de ti desde arriba.

Pitt respondió a la señal de Giordino tirando tres veces del cable. Maeve notó que éste se tensaba y luego advirtió la presión en torno a la cintura. Cerrando bien los ojos, comenzó a caminar como una mosca por la vertical pared del farallón.

En la cima, Giordino, que tenía los brazos excesivamente fatigados para alzar a la joven a pulso, había encontrado una suave ranura en la roca e insertado en ella el cable. Luego se lo pasó por encima de los hombros, se inclinó y echó a andar por el camino de espaldas al acantilado, alzando de esta forma a Maeve.

Al cabo de doce minutos, Maeve se asomó por la cima con los ojos fuertemente cerrados.

—Bienvenida a la cumbre del Matterhorn —la saludó cálidamente Giordino.

Ella abrió los ojos por primera vez desde que abandonó la playa y murmuró:

—Gracias a Dios que el ascenso ha terminado. No sería capaz de repetirlo.

Giordino la desató.

—Vigila mientras subo a Dirk. Hacia el norte hay una buena vista de los acantilados, pero el camino del sur queda oculto por un grupo de rocas situadas a unos cincuenta metros de aquí.

—Las recuerdo —dijo Maeve—. Hay una cueva en ellas. Deirdre y yo jugábamos allí a que éramos princesas. Lo llaman el Castillo. Dentro hay un lugar de reposo y un teléfono para los guardas.

—Tenemos que subir a Dirk antes de que aparezca la próxima patrulla —dijo Giordino, mientras dejaba caer de nuevo el cable por el acantilado.

A Pitt le pareció que la subida duraba lo que se tarda en freír un huevo. Sin embargo, a menos de diez metros de la cima, su ascenso se detuvo bruscamente. No hubo aviso previo, ni palabras de ánimo: sólo silencio. Aquello sólo podía significar una cosa: Giordino y Maeve debían de haber visto una patrulla. Sin poder ver lo que ocurría en la cumbre, se apoyó en una pequeña oquedad de la roca y permaneció inmóvil, aguzando el oído.

Maeve había visto el haz de una linterna iluminando uno de los muros del Castillo e inmediatamente había avisado a Giordino. Éste aseguró el cable alrededor de un árbol para evitar que Pitt cayese a la playa, lo cubrió con tierra y hojas muertas, pero no tuvo tiempo de ocultar el garfio.

—¿Y Dirk? —susurró Maeve—. ¿Y si se le ocurre llamarnos para preguntar qué pasa?

—Estoy seguro de que no dirá una palabra, porque se imaginará que hay una patrulla cerca. —Giordino lo dijo con absoluta certeza. Empujó a Maeve hacia la vegetación del otro lado del camino y añadió—: Métete ahí y no te muevas hasta que pasen los guardas.

El haz de luz de la linterna iba acercándose y creciendo en tamaño. Llevaban cuatro meses haciendo el mismo recorrido sin haber encontrado en todo ese tiempo ni una huella extraña, así que cabía esperar que los dos hombres de la patrulla hubieran pasado confiados y distraídos, ya que la rutina y la falta de acción conducen al aburrimiento y la indiferencia. Habrían podido pasar de largo, viendo las mismas rocas, las mismas curvas del camino, oyendo el mismo tenue rumor de las olas rompiendo contra los acantilados. Pero esos hombres eran profesionales que además estaban muy bien pagados y el tedio no producía en ellos tales consecuencias.

A Giordino se le aceleró el pulso cuando advirtió que los guardas inspeccionaban cada centímetro cuadrado del camino que recorrían. Lo que el italiano ignoraba era que Dorsett pagaba veinticinco mil dólares por la mano cortada de cada contrabandista de diamantes que era atrapado. Lo que ocurría con el resto del cuerpo no se sabía, pero nadie preguntaba por ello. Desde luego, eran hombres que se tomaban muy en serio su trabajo. Detectaron algo y se detuvieron justo a la altura de Maeve y Giordino.

—Vaya, veo algo que a la última patrulla se le escapó o que no estaba aquí hace una hora.

—¿El qué? —preguntó el compañero.

—Parece un garfio de barco. —El primer guarda se agachó y apartó el camuflaje que había hecho Giordino—. Resulta que está unido a un cable que desciende por el acantilado.

—Vaya, desde que atrapamos a aquel grupo de contrabandistas canadienses hace tres años, nadie había vuelto a intentar llegar a la isla por los acantilados.

Como no se atrevía a aproximarse demasiado al borde del abismo, el guarda dirigió el haz de la linterna hacia abajo, pero no pudo ver nada.

El otro hombre sacó un cuchillo y se dispuso a cortar el cable.

—Si hay alguien abajo que intenta subir, va a llevarse un terrible chasco.

Maeve contuvo el aliento cuando vio salir a Giordino de su escondite detrás de los arbustos y aparecer en el camino.

—¿No tenéis nada mejor que hacer que andar paseando por aquí como idiotas?

El primer guarda quedó paralizado con el cuchillo aún en el aire. El segundo se volvió hacia el italiano y le apuntó con el fusil de asalto Bushmaster M-16.

—Quédese donde está o disparo.

Giordino obedeció, aunque mantuvo las piernas algo flexionadas, parado para saltar en cualquier momento. Se sintió dominado por el temor de que en cuestión de



segundos Pitt podía ser lanzado contra el mar y las rocas. Sin embargo, sorprendentemente, el guarda puso cara de asombro y bajó el arma.

Su compañero lo miró extrañado.

—¿Se puede saber qué diablos te ocu...?

Se interrumpió. Por detrás de Giordino, apareció una joven en la zona iluminada por el haz de la linterna. La expresión de la mujer no era de miedo, sino más bien de furia.

—¡Guarden sus ridículas armas y compórtense como les han enseñado! —les espetó.

El guarda que llevaba la linterna enfocó a Maeve. Quedó estupefacto al reconocerla.

—¿Señorita Dorsett? —murmuró.

—Fletcher —lo corrigió ella—. Maeve Fletcher.

—Yo creía... Creíamos que se había ahogado.

—¿Tengo aspecto de estar ahogada?

En realidad no estaba muy segura de qué aspecto tenía en ese momento, aunque imaginó que, con la blusa hecha jirones y los pantalones cortos, no debía parecer la hija de un multimillonario rey de los diamantes.

—¿Puedo preguntarle qué hace aquí a estas horas de la mañana? —preguntó educadamente el guarda.

—A mi amigo y a mí nos apetecía dar un paseo.

El hombre del cuchillo no se creyó la historia. Agarró el cable con la mano libre y se dispuso a cortarlo.

—Dispéñeme, pero todo esto me parece muy extraño.

Súbitamente, Maeve avanzó un paso y abofeteó al hombre del fusil en la mejilla. Ese alarde de despótica arrogancia tomó por sorpresa a ambos guardas, que por un momento no supieron qué hacer. Con la rapidez de una serpiente de cascabel, Giordino se abalanzó contra el que estaba más cerca de él, le obligó a soltar el fusil de un manotazo y lo golpeó con la cabeza en el estómago. El guarda gruñó, se dobló hacia adelante y cayó de espaldas en el suelo. Giordino perdió el equilibrio y se desplomó encima del guarda.

Mientras tanto, Maeve se había lanzado contra el guarda que estaba a punto de cortar el cable del que pendía Pitt. El hombre la golpeó en la cara y la detuvo en seco. Luego soltó el cuchillo, alzó el fusil y, con el dedo índice sobre el gatillo, apuntó al pecho de Giordino.

El italiano se dio por muerto. Obstaculizado por el cuerpo del otro guarda, no tenía tiempo de defenderse. Sabía que era imposible alcanzar al hombre de Dorsett antes de que éste disparara. Permaneció inmóvil, tenso, esperando recibir el impacto del proyectil. Pero no sonó detonación alguna, ningún disparo alcanzó a Giordino.

Sin que nadie lo advirtiera, una mano y un brazo asomaron por el borde del precipicio. La mano agarró el fusil y se lo arrancó a su propietario, quien, antes de poder reaccionar, salió lanzado por el acantilado. Su postrer alarido de terror resonó en el vacío hasta extinguirse.

Luego, iluminada por el haz de la linterna que se hallaba en el suelo, distinguieron la cabeza de Pitt por el borde del abismo. Tenía los ojos entrecerrados a causa de la luz intensa, e inmediatamente en sus labios se dibujó una amplia sonrisa.

—Parece que nuestro amigo va a suspender su primer examen de vuelo sin motor —dijo.

Maeve se abrazó a Pitt.

—No podrías haber llegado en un momento más oportuno.

—¿Cómo es que no liquidaste al tipo con tu pistolita? —preguntó Giordino.

Pitt sacó del bolsillo posterior de su pantalón la pequeña pistola y la sostuvo en la palma de la mano.

—Como el guarda de la linterna no me vio porque estaba escondido en una pequeña oquedad de la roca, aguardé un momento y luego ascendí hasta la cima para ver lo que ocurría. Cuando vi que estaban a punto de pegarte un tiro, ya no había tiempo para sacar el arma y disparar, así que hice lo único que podía hacer.

—Ya puedes dar gracias de que Dirk apareciera —dijo Maeve a Giordino—. Si no es por él, no lo cuentas.

El italiano no era amigo de sentimentalismos.

—Como muestra de agradecimiento, en cuanto tenga la menor oportunidad, le bajaré la basura a la calle. —Miró al guarda tumbado en el suelo en posición fetal, revolcándose de dolor mientras se abrazaba el estómago. El italiano cogió el M-16 y comprobó el cargador—. Una bonita adquisición para nuestro arsenal —dijo.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó Maeve—. ¿Lo arrojamos por el precipicio?

—No hace falta ser tan drásticos —respondió Pitt mirando instintivamente arriba y abajo del camino que discurría junto al borde del farallón—. El tipo ya no puede hacernos nada. Lo dejaremos aquí atado y amordazado, para que sus compañeros lo encuentren. Cuando vean que ni él ni el otro aparecen por el siguiente puesto de guarda, vendrán a buscarlos.

—Hasta dentro de cincuenta minutos no pasará la próxima patrulla —dijo Giordino, mientras recogía con rapidez el cable que colgaba del abismo—. Eso nos da una considerable delantera.

Minutos más tarde el guarda, con los ojos desorbitados por el pánico y vestido sólo con su ropa interior, estaba colgado en el vacío, sujeto del garfio, diez metros por debajo del borde del precipicio. El cable de nailon lo envolvía como el capullo de un gusano de seda.

Guiados por Maeve, echaron a andar por el camino. Giordino llevaba la pequeña automática mientras Pitt, que se había puesto el uniforme del guarda, cargaba el Bushmaster M-16. Ya no se sentían vulnerables e indefensos, aunque Pitt sabía que era una reacción irracional, ya que debía de haber otro centenar de guardas de seguridad vigilando las minas y el perímetro costero de la isla. Pero no era ése el problema más grave. Como ya no les sería posible regresar al *Magnífica Maeve*, tendrían que buscar otro medio de transporte, una posibilidad que Pitt llevaba tiempo acariciando, aunque no sabía cómo podría llevarla a cabo. Sin embargo, en esos

momentos no era su preocupación más acuciante. Lo único importante era encontrar a los hijos de Maeve y rescatarlos de las garras de su abuelo.

Habían recorrido unos quinientos metros, cuando Maeve alzó una mano y señaló la densa maleza.

—Cruzaremos la isla por aquí —dijo a Pitt y a Giordino—. A treinta metros de donde estamos, hay un camino que se une a éste. Si llegamos hasta él sin que nos vean, nos conducirá a la residencia de los empleados.

—¿Dónde nos encontramos respecto a los volcanes situados a uno y otro extremo de la isla?

—Estamos en medio, a mitad de camino de uno y otro, y la laguna queda justo frente a nosotros.

—¿Dónde crees que pueden tener prisioneros a tus hijos?

—Ojalá lo supiera. Supongo que estarán en la casa de mi padre, aunque es muy capaz de haberlos llevado a la central de seguridad o, peor aún, quizá se hallen en poder de Jack Ferguson.

—No me parece una buena idea andar vagando de un sitio a otro como turistas en busca de un buen restaurante —dijo Pitt.

—Tienes razón —dijo Giordino—. Lo mejor que podemos hacer es encontrar a alguien con autoridad y proceder a retorcerle el brazo.

Pitt se enderezó la guerrera del uniforme y se sacudió unas motas de polvo de los hombros.

—Si el tipo está en la isla, ya sé a quién podemos recurrir.

Veinte minutos más tarde, tras recorrer un camino lleno de curvas cerradas, llegaron al recinto donde se hallaban las viviendas de los ingenieros de minas y de los guardas de seguridad. Ocultos tras la maleza, rodearon el campo donde permanecían detenidos los trabajadores chinos, vigilados por reflectores que iluminaban los barracones y el terreno abierto. Todo el perímetro estaba rodeado por una valla electrificada coronada por alambre de púas. Las medidas electrónicas de seguridad de la zona eran tan eficaces que no se veían guardias caminando alrededor.

Después de recorrer otros cien metros, Maeve se detuvo e indicó a Pitt y Giordino que se ocultasen bajo el seto que bordeaba una carretera asfaltada cuyo extremo concluía en la gran arcada que servía de acceso a la casa solariega de los Dorsett. A poca distancia, en dirección opuesta, la carretera se bifurcaba. Una amplia avenida descendente conducía al puerto, situado en el centro de la laguna. Los muelles y almacenes tenían un extraño aspecto bajo la amarillenta luz de las lámparas de vapor de sodio. Pitt se tomó un minuto para observar el gran barco amarrado al muelle. Incluso a aquella distancia era evidente que se trataba del yate Dorsett. Pitt se sintió particularmente complacido al advertir que sobre la cubierta había un helicóptero.

—¿Hay aeropuerto en la isla? —preguntó a Maeve.

Ella negó con la cabeza.

—Mi padre se negó a construirlo. Prefiere efectuar los transportes por vía marítima, sólo utiliza el helicóptero para ir y volver a Sidney. ¿Por qué lo preguntas?

—Estoy eliminando posibilidades. Nuestro medio de transporte para la huida está ahí, justo encima del yate.

—Eso es lo que habías pensado desde un principio, ¿verdad?

—Sí, tuve esa luminosa inspiración —admitió Pitt. Luego preguntó—: ¿Cuántos hombres vigilan el yate?

—Sólo uno, el que vigila los monitores del sistema de seguridad del muelle.

—¿Y los tripulantes?

—Mi padre les ha ordenado que, cuando el barco esté amarrado en la isla, los tripulantes se alojen en tierra firme.

Pitt vio que la otra parte del camino conducía al recinto principal. Las minas del interior de los volcanes eran un hervidero de actividad, pero la zona central de las instalaciones de la Dorsett Consolidated Mining estaba desierta. En las inmediaciones del yate, el muelle se encontraba vacío bajo los focos montados en lo alto de un almacén cercano. Al parecer todo el mundo estaba durmiendo, algo normal teniendo en cuenta que eran las cuatro de la mañana.

—Dime cuál es la casa del jefe de seguridad —pidió Pitt a Maeve.

—Los ingenieros de minas y los criados de mi padre viven en el grupo de edificios más cercano a la laguna —respondió ella—. La casa del jefe de seguridad es la que se encuentra en el ángulo sureste del recinto donde se alojan los guardas de seguridad. Tiene los muros pintados de gris.

—Ya la veo. —Pitt se pasó una manga por la frente para secarse el sudor—. Aparte de la carretera, ¿existe otro modo de llegar a ella?

—En la parte de atrás hay un sendero.

—Vamos. Ya falta poco para que amanezca.

Permanecieron al cobijo de las sombras, escondidos tras el seto y los árboles que se alzaban a los lados de la carretera. A cada cincuenta metros había un farol, como en las calles de muchas ciudades. Los tres avanzaban en silencio hacia la casa gris situada en una esquina del interior del recinto, sólo se oía el rumor tenue de la hierba y las hojas bajo sus pies.

—¿Has estado alguna vez en el interior de la casa? —dijo Pitt acercándose al oído de Maeve cuando llegaron a unos arbustos que había frente a la puerta trasera.

—Sólo en una ocasión, cuando era niña. Mi padre me pidió que le llevara un mensaje al hombre que por entonces estaba al mando de las fuerzas de seguridad —respondió Maeve en un susurro.

—¿Sabes si la casa tiene un sistema de alarma?

Maeve movió la cabeza en un gesto de negación.

—¿Para qué? ¿A quién se le ocurriría meterse en la casa del jefe de seguridad?

—¿Sabes si algún criado duerme en la casa?

—Todos los criados viven juntos en otro recinto.

—Entonces ya está decidido, entraremos por la puerta trasera —murmuró Pitt.

—Espero que la cocina esté bien provista —rezongó Giordino—. No me gusta andar merodeando en la oscuridad con el estómago vacío.

—Tienes el primer puesto para el saqueo de la nevera —prometió Pitt.

Pitt se apartó de las sombras, fue hasta la casa y miró por una ventana situada junto a la puerta trasera. La única iluminación del interior era una pequeña lámpara de un pasillo que acababa en la escalera que subía al segundo piso. Metió la mano con cuidado e hizo girar el pomo de la puerta con gran suavidad; se produjo un casi inaudible *click* y Pitt, conteniendo el aliento, entreabrió ligeramente: la puerta giró silenciosamente sobre sus goznes, así que abrió del todo y entró en una pequeña cocina. La cruzó a grandes y silenciosas zancadas y, sin hacer ningún ruido, cerró una puerta corredera que daba a un pasillo. Luego encendió la luz e hizo una señal para que Maeve y Giordino entraran.

—Oh, gracias, Dios mío —murmuró Giordino, embelesado con esa cocina provista de costosos utensilios con que preparar las más exquisitas comidas.

—Qué bien se está dentro de una casa —susurró Maeve—. Llevaba semanas sin entrar en una.

—Ya noto el sabor de los huevos con bacon —dijo Giordino.

—Lo primero es lo primero —le regañó Pitt.

Apagó la luz, abrió la puerta que daba al pasillo, alzó el fusil y salió de la cocina. Quedó a la escucha, aguzando el oído, pero sólo percibió el zumbido del aire acondicionado. Apretándose contra la pared, recorrió el pasillo bajo la luz amortiguada de la lámpara y luego subió por la escalera alfombrada, tanteando cada peldaño antes de posar el pie para cerciorarse de que no crujía.

En el descansillo de lo alto de la escalera había dos puertas cerradas, una a cada lado. Probó la de su derecha: se trataba de un despacho, con ordenador, teléfonos y archivadores. El escritorio estaba impoluto e increíblemente ordenado, al igual que la cocina. Pitt sonrió: no esperaba menos de su propietario. Más confiado, se acercó a la puerta de la izquierda, la abrió de una patada y encendió la luz.

Una bella muchacha oriental de unos dieciocho años, cuyo cabello negro largo y sedoso caía hasta el suelo por el lado de la cama, quedó atónita cuando apareció la figura de un hombre en el umbral de la puerta empuñando un fusil. La joven abrió la boca como para gritar, pero sólo emitió un sonido gutural.

El individuo que había junto a ella parecía tener el sueño muy pesado. Estaba echado de costado, con los ojos cerrados, y no se volvió para mirar a Pitt, a quien, a pesar de ello, no se le escapó el leve movimiento que hizo el sujeto y apretó

suavemente el gatillo: dos proyectiles impactaron contra la almohada. Los estampidos fueron atenuados por el silenciador del arma y no sonaron más fuerte que un par de palmadas. Sólo entonces el hombre se enderezó de golpe y se miró incrédulo la mano que le sangraba a causa del orificio de la bala.

La muchacha logró al fin lanzar su grito, pero ninguno de los dos hombres le prestó atención. Ambos aguardaron pacientemente a que todo volviera a quedar en silencio.

—Buenos días, jefe —le saludó alegremente Pitt—. Lamento molestarlo.

John Merchant entrecerró los ojos, cegado por la luz, y miró al intruso.

—Mis hombres habrán oído los gritos. Deben de estar viniendo hacia aquí —dijo Merchant con aplomo.

—Lo dudo. No creo que el hecho de que en su dormitorio se oigan gritos de mujeres sea demasiado insólito para sus vecinos.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

—Qué mala memoria tenemos...

Merchant abrió más los ojos y quedó boquiabierto al reconocer al visitante. En su rostro se reflejó la estupefacción.

—No puede ser... No es posible... ¿Dirk Pitt?

En aquel momento Maeve y Giordino entraron en la habitación y se colocaron junto a Pitt sin decir nada, contemplando a las dos personas de la cama como si formasen parte de una película.

—Esto tiene que ser un mal sueño... —dijo ahogadamente Merchant.

—¿Sangra usted en sus sueños? —preguntó Pitt, que se había acercado a la cama y deslizó la mano bajo la almohada de Merchant. Sacó la automática de nueve milímetros que el jefe de seguridad había intentado empuñar y se la tiró a Giordino. Había pensado que el rastrero hombrecillo ya había entendido y encajado la situación, pero Merchant estaba demasiado sorprendido de tener ante él a los espectros de tres personas que creía muertas.

—Yo mismo los dejé a la deriva en medio del mar poco antes de que comenzara la tormenta... —murmuró Merchant atónito—. ¿Cómo han podido sobrevivir?

—Fuimos tragados por una ballena, le revolvimos el estómago y adivine qué ocurrió luego —respondió Giordino mientras corría las cortinas.

—Están ustedes locos. Suelten sus armas. Nunca saldrán vivos de esta isla.

Pitt colocó el cañón de la escopeta sobre la frente de Merchant.

—No abra la boca si no es para decirnos dónde se encuentran los hijos de la señorita Fletcher.

—No diré una palabra —contestó Merchant mirándolo desafiante.

—Entonces dese por muerto —dijo Pitt fríamente.

—Extrañas palabras en boca de un ingeniero naval y oceanógrafo, un hombre que

tiene a las mujeres y a los niños sobre un pedestal y que es respetado por su sentido del honor y su integridad...

—El discurso le ha salido muy bonito.

—No me matará —afirmó Merchant recuperando el dominio de sus emociones—. Usted no es un asesino profesional, no tiene el suficiente estómago para ello.

—No creo que uno de sus hombres, el tipo al que tiré hace un rato desde lo alto de los acantilados, estuviera de acuerdo con usted —explicó Pitt encogiéndose inocentemente de hombros.

Merchant miró a Pitt sin saber si debía creerle.

—No sé dónde tiene el señor Dorsett a sus nietos.

Pitt apartó el cañón del arma de la frente de Merchant y apuntó a una rodilla.

—Cuenta hasta tres, Maeve.

—Uno... —comenzó ella con la misma tranquilidad con que contaba los terrones de azúcar en una taza de té—, dos... tres.

Pitt apretó el gatillo y un proyectil destrozó la rodilla de Merchant. La muchacha asiática chilló de nuevo y siguió haciéndolo hasta que Giordino le tapó la boca.

—Un poquito de silencio, por favor, peligra la vida del artista.

Merchant sufrió una absoluta transformación. El despótico desdén del repelente hombrecillo se transformó de súbito en abyecto pánico.

—¡La rodilla, me ha destrozado la rodilla! —exclamó con una mueca de dolor.

Pitt le colocó el cañón en un codo.

—Tengo prisa, así que si no quiere quedarse manco además de cojo le aconsejo que hable, y que diga la verdad.

—Los hijos de la señorita Fletcher trabajan en las minas con el resto de los obreros. Los tienen en el campo de los chinos, bajo vigilancia.

Pitt se volvió hacia Maeve.

—¿Qué te parece?

Conteniendo apenas la emoción, Maeve escrutó los ojos de Merchant y dijo:

—Miente. Jack Ferguson, el superintendente de las minas de mi padre, se ocupa de los chicos y no se le ocurriría perderlos de vista ni por un momento.

—¿Dónde podemos encontrar al tipo? —preguntó Giordino.

—Ferguson vive en un pabellón de invitados contiguo a la mansión, para estar en todo momento a disposición de mi padre.

Pitt sonrió fríamente a Merchant.

—Lo siento, John, respuesta equivocada. Eso te va a costar un codo.

—¡No, por favor, no! —suplicó Merchant apretando los dientes a causa del dolor—. Usted gana. Los gemelos viven en casa de Ferguson, y sólo salen de allí para ir a trabajar en las minas.

Maeve avanzó hasta situarse frente a Merchant. Estaba pálida y demudada,



imaginando los sufrimientos que estarían padeciendo sus hijos. Sin poder dominarse, abofeteó repetidas veces a Merchant.

—¡Niños de seis años obligados a trabajar en las minas! ¿Qué clase de sádicos monstruos son ustedes?

Giordino cogió con suavidad a Maeve por la cintura y la llevó hacia el centro de la habitación, mientras la joven estallaba en angustiados sollozos.

En el rostro de Pitt se mezclaban la piedad y la ira. Acercó el cañón del fusil a un milímetro del ojo izquierdo de Merchant y dijo:

—Otra pregunta, amigo John. ¿Dónde duerme el piloto del helicóptero?

—Está en la clínica de la compañía minera con un brazo roto —respondió Merchant—. Si pretendían obligarlo a que los sacase de la isla, olvídenlo.

Pitt asintió y sonrió a Giordino.

—¿Qué falta nos hace? —Miró alrededor y, señalando hacia el armario, dijo—: Los dejaremos ahí.

—¿Se propone asesinarlos? —preguntó Merchant.

—Yo no me dedico a matar mofetas —contestó él—. Pero usted y su amiguita se quedarán metidos en el armario, atados y amordazados.

Debido al miedo, Merchant no pudo dominar un tic en la comisura de los labios.

—Ahí dentro nos asfixiaremos.

—También puedo pegarles un par de tiros. Elija lo que más le guste.

Merchant no habló más ni ofreció resistencia mientras los ataban a él y a la muchacha con jirones de las sábanas. Luego los metieron en el armario sin demasiadas contemplaciones. Giordino colocó contra la puerta la mitad de los muebles del dormitorio, para evitar que abrieran desde dentro.

—Conseguimos lo que vinimos a buscar —dijo Pitt—. Vamos hacia la vieja casa de la familia.

—Dijiste que podría saquear la nevera —protestó Giordino—. Ya ni siquiera noto el estómago.

—No hay tiempo para eso —dijo Pitt—. Ya te atiborrarás más tarde.

Giordino movió la cabeza en un gesto de tristeza, y mientras se metía la automática de Merchant en el cinturón, rezongó:

—Ni que hubiera una conspiración para privar a mi cuerpo de sus idolatrados hidratos de carbono.

Las siete de la mañana. Cielo azul, visibilidad ilimitada y un mar de olas tranquilas que avanzaban como demonios silentes hacia ignotas orillas contra las que se estrellarían y morirían. Era un día como tantos otros en las aguas tropicales de las islas Hawai, cálido y bastante húmedo. Era sábado, y las playas de Waikiki y las de la parte de barlovento de la isla se iban poblando con las aves más madrugadoras, dispuestas a darse un buen chapuzón de buena mañana. Pronto llegarían miles de residentes locales y turistas ansiosos de pasar unas horas de ocio nadando y tomando el sol sobre las cálidas arenas. En aquel apacible clima, nadie tenía ni la más ligera sospecha de que ése podía ser su último día sobre la tierra.

El *Glomar Explorer*, con sólo una de sus dos grandes hélices gemelas en funcionamiento, avanzaba hacia el punto de la letal convergencia acústica. Los ultrasonidos ya estaban cruzando el mar desde sus cuatro puntos de origen. El barco habría tenido un retraso de más de media hora de no ser porque el jefe de máquinas Toft hizo trabajar a sus hombres sin descanso. Maldijo y suplicó al motor que parecía a punto de saltar de sus soportes y logró sacar de la máquina, unida al único eje de transmisión que funcionaba, medio nudo más de velocidad. Había jurado llevar el barco a su destino con tiempo de sobra, y por Dios que lo estaba haciendo.

Sandecker, en la parte de estribor del puente, miraba por unos prismáticos hacia una versión comercial del helicóptero de la marina SH-60B Sea Hawk. El aparato, que llevaba los distintivos de la ANIM, se aproximó al barco por la parte de proa, lo rodeó una vez y se posó en la gran pista del helipuerto. Dos hombres salieron apresuradamente del aparato y, minutos después, se reunieron con Sandecker en el puente.

—¿Lanzaron los aparatos de medición sin problemas? —preguntó el almirante.

El doctor Sanford Adgate Ames asintió con una sonrisa.

—Hemos situado bajo la superficie del mar, a treinta kilómetros de distancia de la zona de convergencia, cuatro artefactos para la medición de las ondas acústicas.

—Los dispusimos en la zona prevista de aproximación de los canales sónicos —añadió Gunn, que había acompañado en el vuelo a Ames.

—¿Podrán detectar la llegada de la onda sónica y medir su intensidad? —preguntó Sandecker.

Ames asintió con la cabeza.

—Los datos telemétricos procedentes de los modems submarinos serán transmitidos mediante sus enlaces de superficie con el satélite hasta la terminal de análisis del *Explorer*. El sistema funciona de modo similar a como lo hace el programa de localización acústica de submarinos.

—Por fortuna, el tiempo y las corrientes son favorables —dijo Gunn—. Así que

las ondas sónicas llegarán en el momento predicho.

—¿Cuál es el tiempo de alerta?

—Bajo el agua, las ondas acústicas viajan a una velocidad de mil quinientos metros por segundo —respondió Ames—. Calculo que transcurrirán veinte segundos desde que las ondas pasen por los modems hasta que alcancen la pantalla reflectora situada bajo el barco.

—Veinte segundos —repitió Sandecker—. Un tiempo condenadamente corto para prepararse para lo desconocido.

—Aunque nadie que no estuviese protegido de algún modo ha logrado seguir con vida para describir la intensidad de la convergencia, calculo que su duración, antes de ser desviada hacia la isla Gladiator, será de aproximadamente cuatro minutos y medio. Si hay alguien a bordo del barco que no se encuentre en el refugio insonorizado, sufrirá sin duda una muerte horrible.

Sandecker se volvió hacia las verdes y exuberantes montañas de Oahu, a sólo quince kilómetros de distancia.

—¿Cree que los efectos alcanzarán a los habitantes de la costa? —Tal vez experimenten un dolor agudo en la cabeza, pero será breve y no sufrirán daños mayores.

Sandecker miró por las ventanas del puente hacia la inmensa masa de maquinaria que se alzaba hacia el cielo en el centro del barco. Kilómetros y kilómetros de cable y de transmisiones hidráulicas conectadas con las grúas y la torre de sondeo formaban una enmarañada tela de araña. Equipos formados por hombres y mujeres, que trabajaban en plataformas suspendidas en el aire similares a las que utilizan los limpiaventanas de los rascacielos, estaban montando infinitas partes de la enorme pantalla reflectora. La gigantesca torre de sondeo sostenía la estructura principal de la parabólica, mientras las grúas circundantes elevaban las piezas numeradas hasta los puntos de unión, donde eran ensambladas. Gracias a que Rudi Gunn tuvo la previsión de hacer limpiar y engrasar las conexiones, todas las partes encajaban con facilidad y rapidez. La operación había funcionado como un reloj y ya sólo quedaban dos partes por instalar.

El almirante volvió la vista hacia Honolulu, la joya del Pacífico. No le costó distinguir los detalles de Diamond Head, la hilera de hoteles que circundaba la playa de Waikiki, la torre Aloha de Honolulu, las casas medio perdidas en la neblina que siempre se cernía sobre el monte Tantalus, los aviones que aterrizaban en el aeropuerto internacional, los muelles de Pearl Harbor... No se podían permitir errores. A no ser que la operación se realizase de acuerdo con los planes, la bella isla se convertiría en un inmenso cementerio.

Sandecker miró entonces al hombre que estudiaba los lectores digitales del sistema informático de navegación.

—Capitán Quick...

El capitán del *Glomar Explorer* alzó la vista.

—¿Sí, almirante?

—¿Cuánto falta para llegar?

Quick sonrió. El almirante había repetido más de veinte veces esa pregunta desde que zarparon de la bahía Halawa.

—Menos de quinientos metros. En veinte minutos comenzaremos a situar al barco en el emplazamiento que su equipo ha determinado por medio del sistema de posicionamiento global.

—Lo cual sólo nos deja cuarenta minutos para instalar el escudo reflector.

—Y de no ser por los esfuerzos del jefe de máquinas Toft y de su personal, nunca habríamos llegado a tiempo.

—Sí —admitió Sandecker—. Tenemos una gran deuda con el señor Toft.

Los interminables minutos iban discurriendo. En el interior de la caseta del timón, todos miraban el reloj y los números digitales rojos del sistema de posicionamiento global que disminuyeron hasta formar al fin una hilera de ceros, lo que significaba que el barco se encontraba sobre el punto exacto en que se calculaba que las ondas sonoras convergerían. La siguiente tarea consistía en mantener al buque sobre el punto exacto. El capitán Quick programó las coordenadas en el sistema automático de control que analizaba las condiciones marítimas y climatológicas y controlaba las hélices de ataque de proa y popa. En un espacio de tiempo increíblemente corto, el *Glomar Explorer* quedó emplazado en la zona que habían determinado y lo mantuvieron estático en el agua, resistiendo el viento y las corrientes, con un factor de desviación de menos de un metro.

Se trabajó a un ritmo febril. Equipos de ingenieros y técnicos, de expertos en sistemas electrónicos y científicos trabajaron simultáneamente para colocar el escudo reflector en el lugar exacto en que convergerían las ondas sónicas. El equipo de la ANIM, que trabajaba en plataformas situadas muy por encima de la cubierta, efectuó las conexiones finales y sujetó el escudo al gancho articulado de la torre de sondeo.

Mucho más abajo, cobró vida la instalación más importante del barco. En su centro, con una extensión de 1367 metros cuadrados, la «cuba lunar», como era llamada, se fue llenando de agua a medida que dos secciones del casco central se retraían al interior de unos huecos especialmente designados a tal efecto. Aquél era el centro del sistema de dragado submarino, como también lo fue de la operación de rescate del submarino ruso. Desde la cuba lunar surgía el tubo de dragado, de una extensión de miles de metros, que podía alcanzar los minerales ocultos bajo el fondo del mar, y desde ella sería emplazado bajo las aguas el escudo reflector.

Los sistemas de ingeniería de que estaba dotado el *Glomar Explorer* habían sido originalmente diseñados para alzar objetos pesados desde el fondo marino, no para

bajar a él objetos menos pesados pero más engorrosos; así que se modificaron apresuradamente los dispositivos para adecuarlos a la compleja operación. Los pequeños problemas se fueron solucionando sobre la marcha. Cada movimiento se coordinaba y ejecutaba con absoluta precisión.

El operario de la torre de sondeo aumentó la tensión del cable amarrado a la antena, hasta que ésta quedó colgando en el aire. El equipo de la ANIM comunicó con una señal que el montaje del escudo había concluido. Luego hicieron descender el reflector en diagonal a través de la cuba lunar, con apenas unos centímetros de holgura. La velocidad de inmersión en el mar era de diez metros por minuto. El despliegue de la antena por medio de cables amarrados a la parabólica y su ubicación en el punto exacto y en el ángulo preciso para reflejar las ondas sónicas y enviarlas de vuelta a la isla Gladiator les llevó catorce minutos.

—Faltan seis minutos y diez segundos para la convergencia —dijo el capitán Quick por el sistema de megafonía del barco—. Todo el personal debe refugiarse en el depósito situado junto a la sala de máquinas. Actúen según se les ha indicado. Háganlo inmediatamente, repito inmediatamente. Corran, no caminen.

Todos descendieron por la escalera y bajaron de los andamiajes, para echar a correr hacia la zona de propulsión y bombeo del barco, donde veinte miembros de la tripulación habían aislado acústicamente el depósito contiguo al cuarto de máquinas. Habían forrado el suelo, el techo y las mamparas de las paredes con todas las toallas, mantas, sábanas y colchones que había en el barco, así como los cojines de todos los sillones y sofás.

Mientras se dirigían al improvisado refugio, Sandecker dijo a Ames:

—Ésta es la parte más angustiosa de la operación.

Mientras bajaba por una escalera saltando los peldaños de dos en dos, el científico contestó:

—Entiendo a qué se refiere. Cabe la duda de que hayamos cometido algún error de cálculo y no nos hallemos en el lugar oportuno en el momento de la convergencia. Además, si no sobrevivimos, nunca sabremos si tuvimos éxito o no en nuestra operación. La cantidad de factores desconocidos es abrumadora.

Llegaron al depósito contiguo a la sala de máquinas. Se había escogido ese lugar para protegerse de la convergencia porque era hermético y carecía de conductos de ventilación. Dos oficiales del barco encargados de hacer el recuento del personal recibieron a Sandecker y a Ames y les dieron unas orejeras amortiguadoras.

—Pónganse esto y procuren no moverse demasiado.

Los dos hombres se unieron a los miembros del equipo de la ANIM, que ya se habían acomodado en un rincón del depósito; allí estaban Rudi Gunn y Molly Faraday. Inmediatamente, se congregaron en torno al aparato de monitorización conectado a los modems de alarma y otros sensores submarinos. Todos tenían puestas

las orejeras, menos el almirante, Ames y Gunn, que dejaron la medida de seguridad para el último momento a fin de poder seguir cambiando impresiones.

En medio de un extraño silencio, el depósito no tardó en llenarse de gente. Como no podían oír, nadie hablaba. El capitán Quick permanecía de pie sobre una pequeña caja, a fin de que todos los presentes pudieran verlo. El operario de la torre de sondeo, que era el que tenía que recorrer un camino más largo, fue el último en entrar. Tras cerciorarse de que toda la tripulación estaba allí, el capitán ordenó el cierre hermético de la puerta, sobre la que pusieron varios colchones para aumentar la insonorización del reducido espacio. Quick alzó un dedo y la tensión aumentó en la pequeña sala atestada. Todos permanecían de pie, pues no había suficiente espacio para sentarse.

Gunn había calculado que las noventa y seis personas que se encontraban en el hermético recinto sólo disponían de aire para quince minutos. Luego comenzarían a experimentar síntomas de asfixia. El aire ya comenzaba a estar viciado, y cabía la posibilidad de que sufrieran un ataque colectivo de claustrofobia —lo último que necesitaban era un acceso multitudinario de histeria—. Gunn dirigió un alentador guiño a Molly y comenzó la cuenta atrás, mientras todos permanecían pendientes del capitán, como si éste fuera un director de orquesta.

Quick alzó las manos. Había llegado el momento de la verdad. Ya todo dependía de los datos analizados por los ordenadores de Hiram Yaeger. El barco se encontraba estacionado exactamente en el lugar indicado, el escudo estaba orientado según los precisos cálculos hechos por Hiram Yaeger y verificados por el doctor Ames y su equipo. Se cumplieron al pie de la letra todos los detalles de la operación. Un súbito e insólito cambio en la temperatura del mar, o cualquier leve movimiento sísmico que alterase ligeramente las corrientes oceánicas, podían significar el desastre. Las consecuencias de un posible fracaso constituían una agobiante carga para todos los miembros del equipo de la ANIM.

Pasaron cinco segundos, diez. Sandecker sintió la premonición del desastre. Luego, súbita y ominosamente, los sensores acústicos situados a treinta kilómetros de distancia, registraron la llegada de las ondas sonoras por los cauces previstos.

—¡Dios bendito! —murmuró Ames—. Los sensores se han disparado. La intensidad es mayor de lo que calculé.

—¡Faltan veinte segundos! —anunció Sandecker—. Pónganse las orejeras.

El primer indicio de la convergencia fue una leve resonancia que fue aumentando rápidamente en magnitud. Las paredes insonorizadas vibraron al ritmo del zumbido que lograba abrirse paso a través de las gruesas orejeras. Todos los que se encontraban en el depósito sintieron vértigo y una ligera desorientación, aunque nadie sufrió náuseas ni fue presa del pánico; todos soportaron con estoicismo las ligeras molestias. Sandecker y Ames se miraron, tratando de comunicarse de esta forma el

temor que sentían.

Al cabo de cinco minutos todo había concluido. La resonancia desapareció, dejando tras ella un silencio sobrenatural.

El primero que reaccionó fue Gunn. Se quitó las orejeras y, agitando los brazos, gritó al capitán Quick:

—La puerta. Ábrala para que entre aire.

Quick ordenó que retirasen los colchones y abriesen la puerta. El aire fresco que entró en el depósito fue recibido con grandes muestras de alegría por parte de todos, aunque estaba saturado de olor a aceite de máquinas. Lentamente se quitaron las orejeras, aliviados porque la pesadilla ya se había acabado; gritaron y rieron como si fueran hinchas celebrando la victoria de su equipo de fútbol. Luego salieron ordenadamente del lugar y subieron a respirar el aire marino.

Sandecker reaccionó en un tiempo asombrosamente rápido. Recorrió el camino hasta la caseta del timón sin detenerse, cogió unos prismáticos y salió al puente. Presa de la ansiedad, miró hacia la isla, a sólo quince kilómetros de distancia.

Los coches transitaban con normalidad por las calles y en las playas la gente tomaba el sol con absoluta tranquilidad. Sólo entonces se permitió lanzar un suspiro de alivio. Agotado por la tensión, se apoyó en la barandilla.

—Ha sido un gran triunfo, almirante —dijo Ames estrechando efusivamente la mano de Sandecker—. Acaba de poner usted en evidencia a las mejores mentes científicas del país.

—Tuve la suerte de contar con su experiencia y apoyo, doctor —dijo Sandecker sintiendo que le habían quitado un enorme peso de los hombros—. De no ser por usted y su brillante equipo de jóvenes científicos, esto no hubiera sido posible.

Dominados por el entusiasmo, Gunn y Molly abrazaron a Sandecker, algo que en circunstancias normales hubiera sido impensable.

—¡Lo consiguió, almirante! —exclamó Gunn—. Gracias a su tenacidad, se han salvado dos millones de vidas.

—Lo conseguimos —puntualizó el almirante—. Esto ha sido un trabajo de equipo de principio a fin.

—Es una auténtica lástima que Dirk no estuviera aquí para verlo —dijo Gunn con tristeza.

—A él se le ocurrió la idea que puso en marcha todo este proyecto —asintió Sandecker.

Ames estudió los instrumentos que había instalado durante el viaje desde Molokai.

—El posicionamiento del reflector fue perfecto —dijo feliz—. Conseguimos que la energía acústica rebotase en el escudo según lo previsto.

—¿Hacia dónde se dirigen ahora los ultrasonidos? —preguntó Molly.

—Combinadas con la energía procedente de las otras tres islas, las ondas sonoras viajan de regreso a la isla Gladiator a una velocidad mayor que la de un reactor. Su fuerza conjunta, alcanzará la base sumergida de la isla en noventa y siete minutos exactos.

—Me gustaría ver qué cara pone.

—¿Quién? —preguntó inocentemente Ames.

—Arthur Dorsett —respondió Molly—. No creo que se alegre mucho cuando su isla privada se ponga a bailar.



Maeve, Pitt y Giordino se encontraban agachados entre la maleza, cerca de la gran arcada que se abría en el alto muro de roca volcánica que rodeaba los terrenos de la casa solariega de los Dorsett. Más allá de la arcada, un sendero que bordeaba la extensa y cuidada pradera conducía a una *porte cochère*, una estructura alta que sobresalía de la fachada de la casa para proteger a los que subían y bajaban de los coches. La vivienda y los terrenos circundantes estaban iluminados por focos estratégicamente situados. La residencia tenía una gruesa puerta de hierro que parecía sacada de un castillo medieval. Con casi cinco metros de grosor, bajo la arcada había un pequeño puesto de seguridad.

—¿No hay otro modo de entrar? —preguntó Pitt a Maeve en voz baja.

—No —respondió ella.

—¿Una tubería de desagüe o algún viejo albañal...?

—No, créeme. Con la cantidad de veces que, siendo niña, tuve ganas de escaparme de casa, si hubiese existido algún pasadizo que permitiera la fuga, yo lo hubiera encontrado.

—¿Hay detectores de seguridad?

—La parte alta del muro está vigilada por rayos láser y en los terrenos hay sensores estratégicamente ubicados que se activan con el calor corporal. Cualquier cuerpo mayor que el de un gato hace que la alarma suene en la sala de seguridad. Hay cámaras de televisión que se conectan automáticamente y dirigen sus lentes hacia el intruso.

—¿Cuántos guardas?

—Dos por la noche y cuatro durante el día.

—¿No hay perros?

Maeve negó con la cabeza.

—Papá detesta los animales. Nunca le perdoné que pisotease a un pobre pajarillo con un ala rota que yo había recogido para curarlo.

—El viejo Art es un dechado de virtudes —comentó Giordino—. ¿Comete también actos de canibalismo?

—Es capaz de cualquier cosa. Creo que ya lo habéis podido comprobar —dijo Maeve.

Pitt estudió el acceso a los terrenos, intentando detectar algún indicio de actividad por parte de los guardas, pero éstos parecían contentarse con permanecer dentro, vigilando los monitores del sistema de seguridad. Finalmente se puso en pie, arrugó su uniforme y se volvió hacia Giordino.

—Voy a ver si consigo entrar marcándome un farol. Vosotros esperad aquí.

Se colgó la escopeta al hombro y sacó de un bolsillo la navaja del ejército suizo,

con la que se hizo un pequeño corte en el pulgar. Apretó para que saliera la sangre y se manchó con ella la cara. Al llegar ante la puerta, se dejó caer de rodillas aferrándose a los barrotes. Luego, con voz ronca, como si estuviera herido, comenzó a gritar.

—¡Socorro! ¡Ayudadme!

Un rostro asomó al otro lado de la puerta, pero desapareció casi inmediatamente. Segundos más tarde, dos guardas salieron del puesto de control y abrieron la puerta. Pitt se desmoronó en brazos de los dos hombres.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó uno de ellos—. ¿Quién te ha hecho esto?

—Un grupo de chinos escapó del campo a través de un túnel. Yo volvía del puerto por la carretera cuando saltaron sobre mí. Creo que conseguí matar a dos de ellos.

—Será mejor que avisemos a la central de seguridad —farfulló el otro guarda.

—Primero ayudadme a entrar —gimió Pitt—. Creo que me han fracturado el cráneo.

Los hombres lo ayudaron a ponerse en pie, y Pitt les pasó los brazos por encima de los hombros. Entre los dos lo arrastraron hacia la oficina de control. Pitt fue desplazando los brazos, hasta que las cabezas de ambos hombres quedaron tras las articulaciones de sus codos. Cuando se juntaron para cruzar la puerta, él dio un rápido paso hacia atrás y golpeó con todas sus fuerzas las dos cabezas. Los hombres quedaron derrumbados en el suelo. No recuperarían el sentido por lo menos en dos horas.

Ya sin miedo a ser descubiertos, Giordino y Maeve franquearon la puerta abierta y se reunieron con Pitt en el interior de la oficina. El italiano levantó a los guardas como si fueran espantapájaros y los sentó en unas sillas, frente a una hilera de monitores de vídeo.

—Si alguien pasa por aquí y los ve, pensará que se quedaron dormidos viendo la película —dijo.

Inspeccionaron el sistema de seguridad y Pitt desconectó las alarmas, mientras Giordino ataba a los guardas con sus propias corbatas y cinturones. Luego Pitt preguntó a Maeve:

—¿Dónde está la vivienda de Ferguson?

—Detrás de la mansión hay dos pabellones de invitados. Ferguson ocupa uno de ellos.

—Supongo que no sabrás cuál.

Ella se encogió de hombros.

—Ésta es la primera vez que regreso a la isla desde que me escapé para marcharme a Melbourne e ir a la universidad. Si la memoria no me falla, vive en el que está más próximo a la mansión.

—Tendremos que repetir nuestro bonito número de intrusión por la fuerza —dijo

Pitt—. Espero que no hayamos perdido nuestro toque personal.

Caminaron por la avenida sin apresurarse. Debido a la inadecuada dieta y a las penurias de las pasadas semanas, estaban demasiado débiles para correr. Llegaron a la vivienda que Maeve dijo que pertenecía a Jack Ferguson, superintendente de las minas Dorsett en la isla Gladiator.

Cuando se acercaron a la puerta principal, el cielo comenzaba a iluminarse por el este. Estaban tardando demasiado. Al amanecer, sin duda los descubrirían. Debían actuar con rapidez si deseaban encontrar a los gemelos, llegar al yate y huir en el helicóptero privado de Arthur Dorsett mientras seguía habiendo oscuridad.

Esta vez no actuaron con tanto sigilo. En lugar de entrar subrepticamente, Pitt llegó hasta la puerta principal, la abrió de una patada y entró. Echó un vistazo con la linterna que les había quitado a los guardas del acantilado y de esta forma averiguó lo que quería saber: Ferguson vivía allí, no cabía duda. Sobre un escritorio, había un montón de correspondencia dirigida a él junto a un dietario con anotaciones. Dentro de un armario, Pitt encontró pantalones y chaquetas masculinas perfectamente planchados.

—No hay nadie en casa —dijo—. Jack Ferguson se ha largado. No hay maletas y la mitad de las perchas del armario están vacías.

—Tiene que estar aquí —dijo Maeve.

—Según las anotaciones de su dietario, está visitando otras propiedades mineras de tu padre.

Ella miró la habitación vacía con ojos desesperanzados.

—Mis pequeños han desaparecido. Llegamos demasiado tarde. Dios mío... Seguro que han muerto.

Pitt le pasó un brazo por los hombros.

—Están tan vivos como tú y yo.

—Pero John Merchant...

Giordino, que se encontraba en el umbral, dijo:

—Nunca te fíes de los tipos con ojos saltones.

—Seguir aquí es una pérdida de tiempo —dijo Pitt pasando junto a Giordino—. Los niños están donde siempre han estado: en la mansión.

—¿Sabías desde el principio que Merchant estaba mintiendo? —preguntó Maeve a Pitt.

Pitt sonrió.

—Pero Merchant no mintió. Fuiste tú quien dijo que los pequeños vivían con Jack Ferguson en uno de los pabellones de invitados. Merchant se limitó a seguirte la corriente. Supuso que éramos lo bastante crédulos como para hacerle caso. Y tal vez lo hicimos, pero sólo durante un segundo.

—¿Qué quieres decir?

—Para mí está claro como la luz del día que tu padre no pensaba hacerles nada a los niños. Aunque te amenazase, puedes tener la certeza de que tus hijos se encuentran en tu antigua habitación, jugando con todos los juguetes que les habrá regalado su abuelo.

Maeve lo miró confusa.

—Entonces... ¿no los obligó a trabajar en las minas?

—No lo creo. Sólo quiso torturarte haciéndote creer que tus hijos estaban sufriendo. El muy malnacido deseaba que murieses creyendo que él esclavizaría a los gemelos, confiándolos a un sádico capataz que los haría trabajar hasta que muriesen de agotamiento. Está claro, Maeve. Como Boudicca y Deirdre no tienen hijos, los tuyos son los únicos herederos con que cuenta tu padre. Después de haberte liquidado pensaba criarlos y educarlos a su imagen y semejanza, lo que, para ti, es un destino peor que la muerte.

Maeve miró a Pitt por un momento. En el rostro de la muchacha, la incredulidad dio paso a la comprensión.

—¿Cómo he podido ser tan estúpida? —preguntó temblorosa.

—No quisiera ser un aguafiestas —dijo Giordino—, pero la gente de la mansión ya se está levantando. —Señaló las luces que brillaban en las ventanas de la residencia de Dorsett.

—Mi padre siempre se despierta con el alba —dijo Maeve—. A mis hermanas y a mí nos obligaba a levantarnos antes del amanecer.

—Cómo me gustaría desayunar con la familia —gimió Giordino.

—Necesitamos encontrar el medio de entrar sin que los de la casa nos descubran —dijo Pitt.

—Todas las habitaciones menos una dan a una galería abierta del interior. El estudio de mi padre tiene una puerta lateral que conduce a una cancha de *squash*.

—¿Qué es una cancha de *squash*?

—Una cancha en la que se juega a *squash* —respondió Pitt. Y añadió dirigiéndose a Maeve—: ¿Hacia dónde da tu antiguo dormitorio?

—Hacia el otro lado del jardín, más allá de la piscina, en dirección al ala este. La segunda puerta a la derecha.

—Bien, pues en marcha. Vosotros dos id a por los niños.

—¿Y tú qué harás?

—Voy a tomar prestado el teléfono de papá, quiero que pague una llamada internacional.

A bordo del *Glomar Explorer* el ambiente era relajado, casi festivo. El equipo de la ANIM y los tripulantes del barco se habían reunido en el espacioso salón contiguo a la cocina para celebrar su éxito. El almirante Sandecker y el doctor Ames estaban sentados el uno frente al otro bebiendo el champán que el capitán Quick reservaba para las ocasiones especiales.

Tras considerar con sumo cuidado la cuestión, habían decidido recuperar el reflector del fondo del mar y desmantelarlo de nuevo, por si aquello no había significado el fin de las desastrosas operaciones mineras de la Dorsett Consolidated y era necesario evitar otra convergencia acústica. El escudo reflector fue izado y el casco de debajo de la cuba lunar volvió a cerrarse, expulsando luego el agua del interior. En menos de una hora, el histórico barco se encontraba de regreso a Molokai.

Un oficial de comunicaciones del barco informó a Sandecker de que tenía una llamada importante del jefe del departamento de biología de la ANIM, Charlie Bakewell. El almirante se levantó del sillón y fue hasta una zona tranquila del salón. Una vez allí, sacó del bolsillo un pequeño teléfono satélite.

—Dime, Charlie.

—Creo que debo felicitarle. —La voz de Bakewell llegaba alta y clara.

—Lo conseguimos por los pelos. Situamos el barco y el escudo reflector minutos antes de que la convergencia se produjese. ¿Desde dónde me llamas?

—Estoy en el observatorio volcánico Joseph Marmon de Auckland, Nueva Zelanda. Tengo noticias de su equipo de geofísicos. El último análisis que han realizado sobre los efectos que tendrá el rayo sónico al hacer impacto sobre la isla *Gladiator* no resulta demasiado alentador.

—¿Han logrado calcular cuáles serán las consecuencias?

—Lamento decir que la magnitud es mayor de lo que inicialmente pensé. Los dos volcanes de la isla que, según me he enterado, se llaman monte Scaggs y monte Winkleman, en recuerdo de dos supervivientes de la balsa del *Gladiator*, forman parte de una cadena volcánica potencialmente explosiva que rodea el océano Pacífico y recibe el nombre de Cinturón de Fuego. Dicha cadena se encuentra en las proximidades de una placa tectónica similar a la que separa la falla de San Andreas, en California. La mayor parte de las erupciones volcánicas y de los terremotos son causadas por los movimientos de esas placas. Según los estudios, el último episodio de actividad volcánica ocurrió entre 1225 y 1275 a. C., cuando el Scaggs y el Winkleman hicieron una erupción simultánea.

—Si no recuerdo mal, dijiste que las posibilidades de que hubiera una erupción a causa de la convergencia era de una entre cinco.

—Tras consultar con los expertos del observatorio Marmon, debo corregirme: la

posibilidad es de una entre dos.

—No puedo creer que el rayo sónico que viaja hacia la isla tenga fuerza suficiente para causar una erupción volcánica —dijo Sandecker escéptico.

—Por sí mismo, no —respondió Bakewell—. Sin embargo, no tuvimos en cuenta que las operaciones mineras de Dorsett han hecho que los volcanes sean especialmente susceptibles a los temblores externos. Incluso un disturbio sísmico menor podría desencadenar la erupción de los montes Scaggs y Winkleman. Años y años de excavaciones diamantíferas han acabado con gran parte de los viejos depósitos que impedían el paso a la presión gaseosa de las profundidades. En resumen, si Dorsett no deja de excavar, tarde o temprano sus mineros alcanzarán el conducto central, y provocarán una explosión de lava líquida.

—¿Una explosión de lava líquida? —repitió mecánicamente Sandecker—. Dios mío... ¿qué hemos hecho? Van a perderse cientos de vidas.

—No tiene por qué darse golpes de pecho —dijo Bakewell—. En la isla Gladiator no hay mujeres, niños ni ancianos. Usted ya ha salvado la vida a incontables familias de Oahu. El hecho alertará sin duda a la Casa Blanca y al Departamento de Estado sobre la gravedad de la amenaza. Habrá sanciones y acciones legales contra la Dorsett Consolidated Mining, se lo garantizo. Sin su intervención, la plaga acústica hubiera seguido, y no hay forma de saber en las inmediaciones de qué ciudad costera se hubiese producido la próxima convergencia.

—Sin embargo... Hubiera podido ordenar que el escudo reflector desviase las ondas sónicas hacia algún territorio deshabitado —dijo lentamente Sandecker.

—¿Corriendo el riesgo de que la convergencia aflorase en las proximidades de otra flota pesquera u otro barco de turistas? Todos estuvimos de acuerdo en que era la medida más segura. Tranquilo, almirante, no debe sentirse culpable.

—Supongo que tendré que vivir el resto de mi vida con ese remordimiento.

—¿A qué hora calcula el doctor Ames que llegará la onda sonora a la isla Gladiator? —preguntó Bakewell, para evitar que el almirante siguiera flagelándose.

Sandecker consultó su reloj.

—Faltan veintiún minutos para el impacto.

—Aún hay tiempo de avisar a los habitantes de que evacúen la isla.

—Mi gente de Washington ya ha intentado alertar a la dirección de la Dorsett Consolidated Mining sobre el peligro potencial —dijo Sandecker—. Pero, cumpliendo órdenes dadas por Arthur Dorsett, han sido cortadas todas las comunicaciones entre sus minas y el mundo exterior.

—Parece como si Dorsett hubiese intuido que podía surgir algún imprevisto que alterase sus planes.

—No querrá correr el riesgo de que se produzcan interferencias externas antes de la fecha que ha establecido.

—Existe la posibilidad de que la erupción no se produzca. Quizá la energía del rayo sónico se disipe antes del impacto.

—Según los cálculos del doctor Ames, las posibilidades de que eso ocurra son mínimas —dijo Sandecker—. ¿Cuáles son, según tú, las peores consecuencias previsibles?

—Los montes Scaggs y Winkleman pertenecen a la categoría de los volcanes de aluvi3n, es decir a la de volcanes formados durante los períodos de actividad. Éstos no son tan peligrosos como los llamados conos de ceniza. Pero el Scaggs y el Winkleman no son volcanes de aluvi3n normales y corrientes. Su última erupción fue muy violenta y los expertos del observatorio esperan una explosión en torno a la base o en las laderas, que produciría grandes ríos de lava.

—¿Sobreviviría algún habitante de la isla a semejante cataclismo? —preguntó Sandecker.

—Eso depende del lugar en que se produzca la erupción. Es casi imposible que haya supervivientes si la lava irrumpe hacia el oeste y la parte habitada de la isla.

—¿Y si los ríos de lava se dirigieran hacia el este?

—Entonces las posibilidades de supervivencia aumentan un poco, aunque las repercusiones sísmicas pueden derribar la mayor parte de los edificios de la isla, si no todos.

—¿Existe el riesgo de que se produzcan maremotos?

—Según nuestros estudios, no es probable. Desde luego, no ocurrirá nada de magnitud similar a lo que se vivió con la erupción del Krakatoa, en las proximidades de Java, allá por 1883. A las orillas de Tasmania, Australia y Nueva Zelanda no llegarán olas de más de un metro y medio.

—Menos mal —suspiró Sandecker.

—Lo llamaré de nuevo cuando tenga más información —dijo Bakewell—. Espero haberle dicho ya lo peor, y que a partir de ahora las noticias que tenga para usted sean buenas.

—Gracias, Charlie. Yo también lo espero.

Sandecker desconectó el teléfono y permaneció inmóvil, pensativo. No quiso que su rostro delatara la ansiedad y la preocupación que sentía; no parpadeó, ni apretó los labios. Sin embargo, bajo su impasibilidad corría un río de ansiedad. No advirtió que Rudi Gunn se le acercaba hasta que éste le tocó en el hombro.

—Otra llamada para usted, almirante. De su despacho en Washington.

Sandecker conectó de nuevo su teléfono.

—Aquí Sandecker —dijo.

La que sonó fue la voz de su sempiterna secretaria, Martha Sherman.

—¿Almirante? —preguntó la mujer entre nerviosa y excitada—. Por favor, permanezca a la escucha, voy a pasarle una llamada.

—¿Se trata de algo importante? —preguntó él irritado—. No estoy de humor para asuntos oficiales.

—Esta llamada le interesará, créame —le aseguró ella feliz—. Un momento que le paso.

Hubo una pausa.

—Hola... —dijo Sandecker—. ¿Quién es?

—Buenos días desde las antípodas, almirante. ¿Qué es eso de andar haraganeando por el azul Hawai?

Sandecker no solía impresionarse con nada, pero aquella voz le hizo temblar. Le pareció como si el suelo hubiera desaparecido bajo sus pies.

—Dios bendito, Dirk... ¿eres tú? —susurró.

—Sólo parte de mí —respondió Pitt—. Estoy con Al y Maeve Fletcher.

—No puedo creer que estéis vivos —dijo Sandecker notando que una corriente eléctrica le recorría el cuerpo.

—Dice Al que le guarde un cigarro.

—¿Cómo está ese desvergonzado italiano?

—Algo enfadado conmigo porque no le dejo comer.

—Cuando nos enteramos de que Arthur Dorsett os había dejado a la deriva en el curso de un tifón, moví cielo y tierra intentando que se emprendiera una búsqueda por mar y aire, pero la larga mano de Dorsett frustró mis intentos de rescate. Al cabo de casi tres semanas sin noticias vuestras, pensábamos que habíais muerto. Cuéntame cómo lograsteis sobrevivir.

—Es una larga historia —dijo Pitt—. ¿Por qué no me pone al corriente de lo sucedido con la plaga acústica?

—Ésa es una historia mucho más larga que la tuya. Ya te contaré los detalles cuando nos veamos. ¿Dónde estáis en estos momentos?

—Nos las hemos arreglado para llegar a la isla Gladiator. Estoy hablando con usted desde el estudio de Arthur Dorsett con su teléfono personal.

Sandecker quedó petrificado por el estupor.

—No hablarás en serio —dijo.

—Es la pura verdad. Queremos rescatar a los hijos de Maeve. Luego huiremos por el mar de Tasmania hasta Australia. —Lo dijo como si estuviera pensando bajar a la esquina para comprar una barra de pan.

De pronto, el almirante sintió que una mano helada ahogaba su alma. La horrible situación se le manifestó de forma tan súbita que por unos segundos fue incapaz de articular palabra. Al fin, venciendo su espanto, percibió la inquisitiva voz de Pitt:

—¿Sigue usted ahí, almirante?

—¡Pitt, escúchame! —pidió Sandecker angustiado—. ¡Vuestras vidas están en peligro! ¡Marchaos de la isla! ¡Inmediatamente!



Se produjo un silencio.

—Disculpe, señor, no entiendo... —dijo Pitt finalmente.

—No hay tiempo para explicaciones —interrumpió Sandecker—. Lo único que puedo decirte es que una onda sónica de increíble intensidad alcanzará la isla Gladiator dentro de menos de veinte minutos. El impacto desencadenará una resonancia sísmica que, según los expertos, hará que entren en erupción los dos volcanes de la isla. Si la lava corre por la ladera occidental, no habrá supervivientes. Debéis escapar hacia el mar cuanto antes. No hablemos más. Corto todas las comunicaciones.

Sandecker desconectó el teléfono. Sólo le era posible pensar en una cosa: inadvertidamente, por un capricho del cruel destino, había firmado la sentencia de muerte de su mejor amigo.

La terrible noticia golpeó a Pitt como un mazazo. Por una gran ventana vio el helicóptero que había sobre el yate amarrado al muelle de la laguna. Calculó que la distancia no era mayor de un kilómetro. Con los dos niños, tardarían por lo menos un cuarto de hora en llegar al muelle. Sin un medio de transporte, no disponían del tiempo necesario. Ya no había tiempo para actuar con sigilo, si es que alguna vez lo había habido. En esos momentos, Giordino y Maeve ya debían de haber encontrado a los niños. Tenían que haberlos encontrado. De no ser así, algo había ido muy mal.

Miró el monte Winkleman y luego, tras barrer con la mirada todo el lomo de la isla, se detuvo en el Scaggs. Su aspecto era engañosamente pacífico. Contemplando la lujuriosa vegetación que poblaba sus laderas, le resultaba difícil imaginar que esos dos montes eran en realidad volcanes peligrosos, gigantes dormidos que se disponían a repartir muerte y destrucción en un estallido de gases ígneos y roca fundida.

Con rapidez pero tratando de mantener la calma, se levantó del sillón de piel de Arthur Dorsett y rodeó el escritorio. En ese instante se detuvo en el centro de la estancia. Las puertas dobles acababan de abrirse y por ellas entró Arthur Dorsett.

El hombre llevaba una taza de café en una mano y una carpeta con papeles en la otra. Vestía unos pantalones arrugados y lo que había sido una camisa blanca, ahora amarillenta, con una corbata. Su atención parecía estar en otra parte. Al percibir que había otra persona en el estudio, alzó la vista con más curiosidad que sorpresa. Al ver que el intruso llevaba uniforme, lo primero que pensó fue que Pitt era un guarda de seguridad. Abrió la boca para preguntar qué hacía allí, pero entonces quedó paralizado por la sorpresa y el asombro. Su rostro se convirtió en una máscara de estupefacción. La carpeta se le cayó al suelo y los papeles se desparramaron por la alfombra. Dejó caer la mano, derramando el café sobre sus pantalones.

—¡Usted está muerto! —exclamó.

—Me produce un gran placer informarle de que no es así. —Advirtiendo con satisfacción que Dorsett llevaba un parche en el ojo, añadió—: Aunque por su aspecto se diría que ha visto usted un fantasma.

—La tormenta... ¿Cómo pudo sobrevivir en ese mar embravecido? —Poco a poco, el hombre recuperó el aplomo—. ¿Cómo lo consiguió?

—Con mucho optimismo y la ayuda de mi navaja del ejército suizo. —«Dios bendito, este tipo es enorme», pensó Pitt, alegrándose de ser él quien tuviera el arma.

—¿Y Maeve? ¿Ha... muerto? —Lo preguntó con voz vacilante, mientras observaba el fusil con que Pitt le apuntaba al corazón.

—Con gran satisfacción por darle a usted un disgusto, le comunico que su hija está sana y salva y en estos momentos se encuentra a punto de largarse de aquí con sus hijos. —Pitt contempló con malévolos ojos al multimillonario—: Dígame una

cosa, Dorsett, ¿cómo justifica usted haber intentado asesinar a su propia hija? ¿Qué amenaza constituía para sus intereses una pobre muchacha que lo único que deseaba era ser libre? ¿O lo que usted deseaba era quedarse con los gemelos?

—Es esencial que mi imperio siga adelante en manos de mis descendientes directos, y Maeve siempre se ha negado a aceptar este hecho.

—Tengo que darle una noticia: su imperio está a punto de derrumbarse y usted perecerá bajo sus ruinas.

A Dorsett se le escapó el significado de las palabras de Pitt.

—¿Va usted a matarme?

Pitt negó con la cabeza.

—Yo no seré su verdugo. Los volcanes están a punto de despertar. Tendrá usted el fin que merece: será consumido por la lava.

—¿Qué tonterías está diciendo? —preguntó Dorsett con una sonrisa, una vez hubo conseguido dominar su sorpresa.

—Es excesivamente complicado para explicárselo. No estoy al corriente de todos los detalles técnicos, pero no le miento. Tendrá que fiarse de mi palabra.

—Está usted loco.

—Hombre de poca fe...

Con la ira reluciendo en sus ojos, negros como el carbón, Dorsett dijo:

—Si piensa matarme, hágalo de una vez.

Pitt, impasible, sonrió. Maeve y Giordino aún no habían aparecido. Por el momento, necesitaba a Arthur Dorsett con vida, por si sus compañeros habían sido apresados por los guardas de seguridad.

—Lamento no disponer de tiempo para ello. Ahora tenga la bondad de dar media vuelta y dirigirse a los dormitorios de arriba...

—No se quedará usted con mis nietos. —Dorsett pronunció estas palabras como si fueran un mandato divino.

—Disculpe que lo corrija, pero también son los hijos de Maeve.

—Mis hombres los detendrán...

—Los de la puerta principal están... ¿Cómo se dice? Ah, sí: incapacitados.

—Entonces tendrá usted que matarme a sangre fría, y me apostaría todo cuanto poseo a que no tiene redaos para hacerlo.

—No sé por qué todos ustedes están convencidos de que no soporto la vista de la sangre. —Pitt acarició con el índice el gatillo del fusil—. Muévase, Dorsett, o le vuelo las orejas.

Con altiva arrogancia, el magnate de los diamantes replicó:

—¡Hágalo, maldito cabrón! Ya me saltó usted un ojo.

—Creo que no entiende la situación. —Pitt se sentía presa de una ardiente ira a causa del desdén que percibía en Dorsett. Alzó ligeramente el fusil y apretó con

suavidad el gatillo. Hubo una detonación sorda debido al silenciador y un fragmento de la oreja del multimillonario cayó sobre la alfombra—. Ahora vaya hacia las escaleras. Si hace algún movimiento extraño le meto una bala en la espalda.

No había ni rastro de dolor en el ojo destapado de Dorsett. El hombre sonrió amenazadoramente y Pitt sintió un escalofrío. Luego, muy despacio, el multimillonario se llevó una mano a la oreja y se volvió hacia la puerta.

En ese instante Boudicca entró en el estudio, mayestáticamente erguida y vistiendo una bata corta que realzaba su proporcionada figura. Al principio no reconoció a Pitt debido al uniforme, ni se dio cuenta de que su padre se encontraba en grave peligro.

—¿Qué ha pasado papá? Me ha parecido oír un disparo... —En ese momento vio la sangre que manaba por entre los dedos de la mano que apretaba la oreja—. ¡Estás herido!

—Tenemos un visitante indeseable, hija —dijo Dorsett.

Como si tuviera ojos en la espalda, el hombre intuyó que Pitt se hallaba distraído por la repentina aparición de Boudicca. La mujer, sin darse cuenta, ayudó a los planes de su padre. Mientras iba hacia él para examinar la herida, reconoció a Pitt con el rabillo del ojo. Por un instante su rostro reflejó sorpresa y confusión.

—No... No es posible —dijo.

Era el momento que Dorsett había esperado. Retorciéndose violentamente, dio media vuelta y golpeó con una mano el cañón del fusil.

Instintivamente, Pitt apretó el gatillo. Una lluvia de balas destrozó el cuadro de Charles Dorsett que había sobre la repisa de la chimenea. Físicamente debilitado y sin apenas poder tenerse en pie por la falta de sueño, la reacción de Pitt no fue lo suficientemente rápida. Las tensiones y el agotamiento de las últimas semanas habían hecho mella en él. Como si estuviera viendo una película en cámara lenta, vio cómo le arrancaban el fusil de las manos y éste se estrellaba contra una ventana del otro lado de la habitación.

Dorsett se abalanzó contra Pitt como un rinoceronte enfurecido. Pitt se agarró a su rival, esforzándose por permanecer en pie, pero el multimillonario le golpeó tratando de alcanzarle los ojos con los pulgares. Pitt apartó la cabeza, pero un puñetazo le alcanzó una oreja. En su cerebro estalló un castillo de fuegos artificiales y se sintió embargado por la debilidad y el aturdimiento. Desesperadamente, se dobló sobre sí mismo y se echó a un lado, tratando de protegerse de la lluvia de golpes.

Lo hizo justo a tiempo de esquivar la embestida de Dorsett. El viejo minero había mandado al hospital a muchos hombres sólo con la fuerza de sus manos. Durante su agitada juventud en las minas, nunca utilizó cuchillos ni pistolas para defenderse. Tenía la corpulencia y la fuerza necesarias para quitar de en medio a cualquiera que tuviera la osadía de enfrentarse a él. Incluso a una edad en la que muchos hombres

perdían su fortaleza, Dorsett conservaba un cuerpo duro como el granito.

Pitt sacudió la cabeza tratando de despejarse. Se sentía como un zarandeado pugilista que se agarraba desesperadamente a las cuerdas deseando que sonase la campana de final de asalto e intentando con todas sus fuerzas ordenar sus ideas. Pocos expertos en artes marciales habrían logrado enfrentarse con éxito a la irresistible masa de músculos de Dorsett. Pitt pensó que lo único que podría detener al multimillonario era un fusil para elefantes. ¿Por qué no aparecía Giordino? El italiano tenía una automática de nueve milímetros. El cerebro de Pitt trabajaba como un torbellino, buscando salidas viables y desechando cualquier intento de defenderse que pudiera producirle más fracturas. Para ganar tiempo, se protegió tras el escritorio, sin perder la sonrisa, a pesar de que ello le producía un profundo dolor en su rostro malherido.

Tras numerosas peleas de bar y otros enfrentamientos, Pitt había aprendido que las sillas, las jarras de cerveza y cualquier otra cosa a mano con que poder romper la cabeza del enemigo eran mucho más efectivos que los puñetazos y las patadas. Miró alrededor, buscando un arma.

—¿Y ahora qué vas a hacer, viejo? ¿Piensas morderme con tus cochinos dientes?

El insulto consiguió el efecto deseado. Lanzando un rugido de ira, Dorsett le dio un puntapié a Pitt en la ingle; falló, aunque por poco, y su pie sólo le rozó la cadera. Luego el hombre se lanzó sobre el escritorio. Sin perder la calma, Pitt retrocedió un paso, agarró una lámpara de metal de encima del escritorio y con fuerzas renovadas por la ira y el odio golpeó al magnate.

Dorsett alzó un brazo para protegerse, pero lo hizo demasiado tarde. La lámpara lo alcanzó primero en la muñeca, rompiéndosela, y luego en el hombro, fracturándole la clavícula, que produjo un chasquido. Aullando como un animal herido, se abalanzó de nuevo contra Pitt presa del dolor y le dio una patada en la cabeza.

Pitt lo esquivó y golpeó hacía abajo con la base de la lámpara, alcanzando a Dorsett en la espinilla, por debajo de la rótula. Sin embargo, la patada arrancó de la mano de Pitt la lámpara, que cayó en la alfombra. Dorsett volvía a la carga como si estuviera ileso. Las gruesas venas de la parte lateral del cuello le latían, sus ojos refulgían de ira y había regueros de saliva en las comisuras de los labios. Pitt creyó oír su risa, Dorsett, enloquecido y farfullando algo incoherente, se lanzó contra él pero no logró alcanzarlo. Su pierna derecha cedió y se desplomó de espaldas. Pitt le había roto la tibia con la lámpara. Reaccionó como un gato y subió al escritorio dispuesto a saltar.

Pitt cayó con los pies por delante y aterrizó en el cuello de Dorsett, cuyo maligno rostro, de un único ojo diabólico, se contorsionó, dejando ver los dientes amarillentos. Una gran mano descargó un golpe contra el vacío, brazos y piernas se agitaron ciegamente. De la garganta del multimillonario surgió un agónico grito

animal, un horrible sonido gutural que emanaba de la tráquea rota. Luego el cuerpo se desmoronó, carente de vida, y el diabólico fulgor de su ojo se extinguió al fin.

Pitt, que se las había arreglado para mantenerse en pie, jadeaba con las mandíbulas apretadas por la tensión. Miró a Boudicca que, extrañamente, no había movido ni un dedo para ayudar a su padre. Ella contempló el cadáver de la alfombra con la distante pero fascinada expresión de quien ha sido testigo de un accidente de tráfico mortal.

—Lo mataste —dijo con voz tranquila.

—Pocos hombres merecían más la muerte —contestó Pitt recuperando el aliento mientras se frotaba el moretón de la frente. Boudicca se desentendió del cadáver de su padre.

—Tengo que darte las gracias, amigo Pitt. Me has entregado la Dorsett Consolidated Mining Limited en bandeja de plata.

—Tu pena me entenece.

Ella sonrió con aburrimiento.

—Me has hecho un favor.

—El botín se lo queda la amante hija, ¿no? ¿Y qué me dices de Maeve y Deirdre? Ellas tienen derecho a un tercio del negocio.

—Deirdre tendrá su parte —dijo Boudicca—. Maeve, si es que sigue viva, no recibirá nada. Mi padre ya la había apartado del negocio.

—¿Y los pequeños?

Ella se encogió de hombros.

—Todos los días se producen accidentes en los que mueren niños.

—No parece que el papel de amorosa tía sea el que mejor te vaya.

Pitt se sintió perdido ante el negro futuro que se cernía sobre él; dentro de unos minutos se produciría la erupción. Ni siquiera sabía si le quedaban ánimos para pelear con otro miembro del clan Dorsett. Recordó su sorpresa cuando Boudicca lo había alzado en vilo y apretado contra la pared del yate en la isla Kunghit. Aún pudo sentir la férrea presión en los bíceps. Según Sandecker, la onda acústica alcanzaría la isla en pocos minutos y provocaría la erupción de los volcanes. Si iba a morir, más valía morir luchando. Sin saber por qué, ser reducido por una mujer le parecía menos espantoso que acabar abrasado por un mar de lava. ¿Qué les había ocurrido a Maeve y a los niños? Pensó que con Giordino a su lado no les habría sucedido nada malo. Tenía que advertirles del inminente cataclismo o no saldrían de allí con vida, si es que aún cabía esa posibilidad.

Sabía que, en las condiciones en que estaba, Boudicca era una rival demasiado fuerte para él, pero decidió actuar mientras aún tenía a su favor el elemento de la sorpresa. Apenas lo pensó, lo hizo: se abalanzó contra ella y alcanzó con el hombro el estómago de la mujer. Aunque el golpe la cogió por sorpresa, no pareció inmutarse.

Nada. Encajó el golpe, resopló, más por el susto que por el dolor, y aunque trastabilló unos pasos, siguió en pie.

Antes de que Pitt pudiera recuperar el equilibrio, ella lo agarró por debajo del pecho, hizo un giro de ciento ochenta grados y lo lanzó contra una librería. Pitt rompió las puertas de cristales con la espalda e, increíblemente, logró mantenerse erguido sobre las piernas temblorosas en lugar de caer al suelo como un guiñapo.

Pitt lanzó un agónico resuello. Se sentía como si tuviera rotos todos los huesos del cuerpo. Rebelándose contra el dolor, se dispuso a atacar de nuevo y le dio un puñetazo a Boudicca en el rostro con tanta fuerza que le hizo brotar sangre. Aquel golpe hubiera dejado inconsciente durante una semana a cualquier mujer, pero ella se limitó a limpiarse la sangre con el dorso de la mano y a sonreír. Cerró los puños y avanzó hacia Pitt. «Un comportamiento absolutamente impropio en una dama», pensó Pitt.

Arremetió contra ella una vez más, esquivó su salvaje rechazazo y, con las últimas fuerzas que le quedaban, logró asestarle un golpe. Notó cómo su puño alcanzaba músculos y huesos y luego fue machacado por un devastador golpe en el pecho. Pensó que su corazón no lograría recuperarse, le resultaba imposible creer que una mujer pudiera dar aquellos golpes. Él le había asestado un puñetazo con fuerza más que suficiente para partirle la mandíbula, pero ella había seguido sonriendo al tiempo que le asestaba un revés que lo lanzó contra la chimenea de piedra y lo dejó exhausto. Se quedó allí, sin poderse mover, inundado por el dolor. Como entre nieblas, logró ponerse primero de rodillas y luego de pie, tambaleándose, intentando reunir fuerzas para el movimiento final.

Boudicca se adelantó y le asestó un fulminante codazo en las costillas. Él oyó el chasquido de una costilla, o quizá dos, al romperse y cayó de bruces, con una salvaje cuchillada de dolor en el pecho. Contempló, aturdido, el dibujo de la alfombra. Lo único que deseaba era quedarse allí para siempre. Quizá estuviera muerto y en eso consistiera la muerte: en mirar eternamente el diseño floral de una alfombra.

Comprendió con desesperación que había llegado a su límite. Buscó a tientas el atizador de la chimenea, pero no consiguió alcanzarlo, pues tenía la vista demasiado difusa y sus movimientos carecían de coordinación. Vagamente, advirtió que Boudicca se inclinaba sobre él, entonces lo agarró por una pierna y lo lanzó contra una puerta al otro lado de la habitación. Luego la mujer fue hasta él, lo obligó a levantarse, agarrándolo por el cuello con una mano, y con la otra le golpeó en la cabeza, justo encima de un ojo. Pitt se derrumbó, al borde de la inconsciencia, nadando en un mar de dolor, notando la humedad de la sangre que le manaba por la brecha del ojo izquierdo.

Como una gata jugando con un ratón, Boudicca no tardaría de cansarse del juego y lo mataría. Casi milagrosamente, Pitt consiguió ponerse en pie de nuevo.

Boudicca permanecía junto al cadáver de su padre, sonriendo con malicia. Estaba segura de que ella era la más fuerte, la dueña.

—Te llegó la hora de irte con mi padre —dijo con voz ronca, fría e implacable.

—No se me ocurre compañía más nauseabunda —farfulló Pitt.

Y entonces vio un cambio en la expresión de Boudicca. Notó que una mano lo hacía apartarse suavemente a un lado. Era Giordino, que acababa de entrar en el estudio.

—A esta cucaracha gigante me la cargo yo —dijo mirando con desdén a Boudicca.

Entonces en el umbral apareció Maeve, que llevaba a los niños de la mano. La mirada de la joven se posó primero en el ensangrentado rostro de Pitt, luego en Boudicca y al fin en el cuerpo muerto de su padre.

—¿Qué le ha ocurrido a papá?

—Tiene la garganta un poco irritada —murmuró Pitt.

—Lamento el retraso —dijo Giordino—. Un par de criados se mostraron excesivamente celosos y se encerraron en una habitación con los niños. Me llevó un ratito echar la puerta abajo. —Se abstuvo de explicar lo que había hecho con los criados. Le entregó a Pitt la automática de nueve milímetros que le había quitado a John Merchant y añadió—: Si vence ella, pégale un par de tiros.

—Será un placer —dijo Pitt de corazón.

De los ojos de Boudicca había desaparecido la confianza, sabía que ya no se trataba de descargar golpes que simplemente causarían daño, la pelea con Giordino iba a ser a vida o muerte, y se proponía utilizar todos los trucos sucios que su padre le había enseñado. Aquello no iba a ser un civilizado combate de boxeo o kárate. Moviéndose como una loba, se dispuso a asestar su golpe mortal, sin perder de vista ni por un momento la pistola que Pitt empuñaba.

—Así que tú también regresaste de entre los muertos —susurró.

—Siempre te tuve en mis sueños —dijo Giordino lanzándole un beso.

—Es una lástima que sólo hayas sobrevivido para morir en mi casa como...

Error. Boudicca había desperdiciado medio segundo en charla ociosa. Giordino arremetió contra ella como un toro en estampida, y cuando estuvo lo suficientemente cerca, saltó y golpeó el pecho de Boudicca con los pies. El golpe la hizo doblarse a la vez que lanzaba un grito de dolor, pero, por increíble que pareciera, logró mantener el equilibrio, cerró las manos en torno a las muñecas de Giordino y luego se echó hacia atrás, arrastrándolo con ella, hasta que quedó tendida de espaldas en el suelo y el italiano boca abajo encima del escritorio, aparentemente indefenso, pues Boudicca le había inmovilizado los brazos.

Ella miró el rostro de Giordino con una sádica sonrisa al ver a su víctima indefensa, presa en el cepo de sus zarpas. Aumentó la presión y giró las muñecas de



Giordino con intención de rompérselas. Se trataba de una excelente maniobra para incapacitar a su oponente al tiempo que, protegiéndose con su cuerpo, intentaba alcanzar el revólver que su padre guardaba cargado en uno de los cajones inferiores del escritorio.

Pitt, esperando que su amigo le indicase que disparara, no alcanzaba a ver a Boudicca bajo el escritorio. Se encontraba casi inconsciente y tenía que hacer grandes esfuerzos para mantenerse en pie. Además, su visión aún no se había repuesto del golpe en la cabeza. Maeve se encontraba a su lado, protegiendo a sus hijos e intentando que no contemplaran la brutal escena.

Giordino permanecía inmóvil sobre el escritorio, como si hubiera aceptado la derrota y ya no deseara luchar más, mientras Boudicca seguía doblándole despacio las muñecas hacia atrás. La bata de seda se había deslizado y dejaba ver sus enormes hombros de protuberantes músculos. Maeve nunca había visto a su hermana desnuda y al observar su complexión quedó estupefacta. Luego miró el cadáver de su padre, de bruces sobre la alfombra; no sintió tristeza, sólo sorpresa por su inesperada muerte.

Entonces, muy lentamente, como si hubiera estado haciendo acopio de energías, Giordino movió hacia arriba las manos como si estuviera levantando pesas. Boudicca se sorprendió primero y quedó estupefacta después, pues le costaba creer que Giordino estuviera tratando de liberarse, a pesar de que ella se lo impedía con su fuerza titánica. De pronto, las muñecas de Giordino se le escaparon de las manos; ya no lo tenía a su merced. Entonces Boudicca lanzó los dedos engarfiados contra los ojos de Giordino, pero el italiano, que había esperado ese ataque, le apartó sin dificultad las manos. Sin dar tiempo a que ella se recuperase, se dejó caer desde lo alto del escritorio sobre ella; cayó a horcajadas encima de su pecho e inmovilizó con las piernas los brazos de Boudicca. Paralizada por una fuerza que jamás había esperado, ella se debatió intentando escapar. Logró con desesperación alcanzar el cajón donde estaba el revólver, pero las rodillas de Giordino le tenían los brazos inmovilizados contra los costados.

El italiano flexionó los músculos de los brazos y rodeó con las manos la garganta de Boudicca.

—De tal palo, tal astilla —dijo despectivo—. Vas a ir a hacer compañía a tu padre en el infierno.

De pronto Boudicca tuvo la certeza de que no habría salvación ni piedad. Estaba a merced de su enemigo. Su cuerpo se convulsionó a causa del terror, mientras las manazas de Giordino iban exprimiéndole la vida. Intentó gritar, pero sólo logró emitir un débil sonido gutural. Las férreas manos mantenían su inclemente presión y el rostro de la mujer se contorsionó, con los ojos desorbitados. Su tez adquirió un tono azulado. El rostro de Giordino, que normalmente mostraba una cordial sonrisa,

permanecía frío e inexpresivo, mientras sus manos se cerraban con mayor fuerza.

El agónico drama duró hasta que el cuerpo de Boudicca sufrió un espasmo y quedó rígido, sin vida. Sin soltar las manos de su garganta, el italiano la levantó del suelo y dejó el cuerpo de la gigante encima del escritorio.

Con morbosa y estupefacta fascinación, Maeve contempló cómo Giordino le quitaba la bata... La joven lanzó un grito y apartó la mirada, horrorizada por la visión.

—¿Tú lo sabías? —murmuró Pitt, intentando asimilar lo que sus ojos estaban viendo.

Giordino movió ligeramente la cabeza y, con mirada fría y vacía dijo:

—Me di cuenta en el yate, cuando me dio un puñetazo en la mandíbula.

—Tenemos que largarnos. La isla va a volar y pronto sólo quedará de ella humo y cenizas.

—Repíte eso —dijo Giordino aturdido.

—Luego te lo cuento con dibujos y todo. —Pitt se volvió hacia Maeve—. ¿Hay algún coche en la casa?

—En un garaje, al costado de la casa, hay un par de minicoches que papá utiliza... utilizaba para ir a las minas.

Pitt cogió en brazos a uno de los niños.

—¿Quién eres tú?

Asustado por la sangre que manaba del rostro de Pitt, el pequeño murmuró.

—Michael. —Luego señaló a su hermano, que estaba ya en brazos de Giordino, y añadió—: Él es Sean.

—¿Alguna vez has volado en helicóptero, Michael?

—No, pero me gustaría.

—Pues vamos allá —dijo Pitt con una sonrisa. Antes de salir apresuradamente del estudio, Maeve se detuvo para mirar por última vez a su padre y a Boudicca, a quien siempre tuvo por su hermana, una hermana mayor que siempre permanecía distante y que rara vez manifestaba algo que no fuese animosidad. Pero una hermana en cualquier caso. Su padre mantuvo bien el secreto, soportando la vergüenza y ocultándola al mundo. Maeve sintió náuseas al enterarse al cabo de tantos años, de que Boudicca era un hombre.

En un garaje contiguo a la mansión encontraron los vehículos que Dorsett había usado para moverse por la isla, modelos compactos de un coche australiano llamado Holden. Entre las modificaciones que se les había hecho estaba la retirada de todas las puertas, para permitir una fácil entrada y salida. Los dos vehículos estaban pintados de amarillo brillante. Pitt le dio gracias de corazón al finado Arthur Dorsett por haberse dejado la llave en el contacto del primero de los vehículos. Todos montaron rápidamente. Pitt y Giordino delante, y Maeve y los pequeños detrás.

El motor se puso en marcha y Pitt metió la primera. Levantó el embrague al tiempo que aceleraba y el coche salió disparado.

Al llegar a la arcada, Giordino bajó de un salto y abrió la puerta. Cuando apenas habían comenzado a rodar por la carretera, se cruzaron con una furgoneta llena de guardas de seguridad que iba en dirección opuesta.

Pitt pensó: «Tenía que ocurrir. Alguien debe de haber dado la alarma». Y de pronto, aliviado, comprendió que no: se trataba del cambio de guardia.

—Que todo el mundo salude y sonría —ordenó Pitt—. Como si fuéramos una familia unida y feliz.

El conductor de la furgoneta redujo la velocidad y observó con curiosidad a los ocupantes del Holden, les dirigió una inclinación y les saludó. Aunque no le pareció reconocer a nadie, pensó que serían huéspedes de la familia Dorsett. La furgoneta se estaba deteniendo ante la arcada cuando Pitt aceleró a fondo el Holden en dirección al muelle del centro de la laguna.

—Se lo han tragado.

Pitt sonrió.

—Sí, pero sólo durante los sesenta segundos que tarden en averiguar que los guardas del turno de noche no están dormidos a causa del aburrimiento.

Abandonó la carretera principal que conducía a las dos minas y se dirigió hacia la laguna. Ya podían ver toda la zona del puerto, pues no había coches ni camiones que se interpusieran entre ellos y el yate. Pitt no perdió tiempo en mirar su reloj, pero sabía que faltaban sólo cuatro o cinco minutos para el cataclismo.

—Nos siguen —anunció Maeve.

Pitt no miró por el retrovisor para confirmar la mala noticia, también sabía que su huida hacia la libertad podía ser frustrada por la celeridad con que los hombres de Dorsett habían reaccionado y emprendido la persecución. La única pregunta que lo torturaba era si Giordino sería capaz de despegar y poner el helicóptero en el aire antes de que los guardas se acercaran lo bastante para bajarlos a tiros del cielo.

Giordino señaló el único obstáculo que se interponía en su camino: un guarda que se encontraba en el exterior del puesto de control observando cómo se aproximaban.

—¿Qué hacemos?

Pitt devolvió a Giordino la pistola automática de Merchant.

—Toma esto, y si no consigo asustarlo, dispara contra él.

—¿Si tú no haces *qué*...?

Giordino no pudo seguir. Cuando Pitt llegó al muelle de madera a más de 120 kilómetros por hora, apretó a fondo el freno e hizo que el coche derrapara y se estrellara contra el puesto de control. El guarda, sorprendido, no supo hacia dónde debía saltar, permaneció inmóvil un instante y luego se lanzó al mar evitar ser aplastado por el morro del coche.

—Eso ha estado bien —dijo Giordino, mientras Pitt enderezaba la dirección y frenaba en seco ante la pasarela del yate.

—¡Deprisa! —gritó Pitt—. Al, corre al helicóptero, suelta los amarres y pon el motor en marcha. Maeve, tú ves con los niños al salón y quédate allí. Si llegan los hombres de tu padre antes de que despeguemos, estarás más segura. Espera a que las palas del rotor comiencen a girar, y entonces echa a correr hacia el aparato.

—¿Y tú qué vas a hacer? —preguntó Giordino mientras ayudaba a Maeve a bajar a los niños del coche y éstos echaban a correr por la pasarela hacia el yate.

—Voy a soltar las amarras del barco para evitar que suban visitantes a bordo.

Cuando terminó de soltar las gruesas amarras de los postes a que estaban sujetas, Pitt estaba sudando. Echó un último vistazo a la carretera que conducía a la mansión de Dorsett. Al abandonar la vía principal, el conductor de la camioneta había tomado mal la curva y el vehículo había derrapado, yendo a parar a un campo lleno de barro. Los hombres de seguridad perdieron de esta forma segundos preciosos antes de regresar a la carretera del muelle. Luego, casi en el mismo instante se produjeron dos sonidos: el del motor del helicóptero poniéndose en marcha y un tiro de pistola procedente del interior del yate.

Echó a correr al tiempo que se maldecía una y mil veces por haber enviado a Maeve y a sus hijos a bordo sin investigar antes. Fue a coger la pequeña pistola, pero recordó que se la había devuelto a Giordino. Cruzó la cubierta murmurando: «¡No, por Dios!», abrió de una patada la puerta del salón y entró como una exhalación.

El alma se le encogió cuando escuchó decir a Maeve:

—¡No, Deirdre, a ellos no...!

Pitt quedó paralizado ante la terrible escena. Maeve se encontraba en el suelo, con la espalda contra una librería, abrazando a sus hijos, que sollozaban de miedo. Una pequeña mancha roja en su blusa, a la altura del ombligo, se extendía poco a poco.

Deirdre, en el centro del salón, vestida con un conjunto de Emanuel Ungaro que realzaba su belleza, apuntaba con una pequeña pistola automática a los dos pequeños. Su rostro y sus brazos desnudos parecían de marfil, sus ojos eran fríos y tenía los labios fuertemente apretados. Dirigió a Pitt una mirada fría, y cuando habló, lo hizo

con una voz que parecía la de una demente.

—Sabía que no habías muerto —dijo lentamente.

—Estás más loca que tu malvado padre y tu depravado hermano —replicó Pitt.

—Y sabía que regresarías a destruir a mi familia.

Pitt se movió despacio hasta conseguir que su cuerpo sirviera de escudo a Maeve y los niños.

—Yo lo considero una cruzada para acabar con una pestilencia. Los Dorsett hacen que los Borgia parezcan aficionados. —Hablaba para ganar tiempo, mientras, poco a poco, se aproximaba a Deirdre—. Acabo de matar a tu padre. ¿Lo sabías?

Ella asintió. Empuñaba el arma con tanta fuerza que los nudillos adquirieron una tonalidad blanquecina.

—Los criados a los que Maeve y Giordino encerraron en un armario sabían que yo estaba durmiendo a bordo y me llamaron. Ahora tú también morirás. Pero antes acabaré con Maeve.

Pitt se volvió lentamente.

—Maeve ya está muerta —mintió.

Deirdre se inclinó hacia un lado e intentó ver a su hermana, parcialmente oculta por el cuerpo de Pitt.

—Entonces contemplarás cómo acabo con sus preciosos gemelos.

—¡No! —exclamó Maeve detrás de Pitt—. ¡No les hagas daño a mis hijos!

Fuera de sí, Deirdre alzó la pistola y se echó a un lado para disparar contra Maeve y sus hijos.

Impulsado por la ira y sin pensarlo un momento, Pitt se abalanzó contra Deirdre. Vio que el cañón de la pistola apuntaba contra su pecho, fue consciente de que la distancia que los separaba era excesiva para salvarla a tiempo y que, sin embargo, a sólo dos metros era imposible que Deirdre fallase el tiro.

Pitt apenas sintió el impacto de las dos balas. El odio y el rencor que albergaba en su interior eran suficientes para anestesiar el más fuerte de los dolores. Su cuerpo cayó sobre el de Deirdre cuyas delicadas facciones se convirtieron en una máscara de aborrecimiento y dolor. Fue como caer sobre un árbol joven. La espalda de la mujer se dobló al tropezar con una mesita auxiliar y luego se desplomó bajo el peso del cuerpo de Pitt. Se produjo un horripilante chasquido, como el de una rama seca al romperse. La columna vertebral de Deirdre se había partido.

Su salvaje grito de locura no suscitó compasión alguna en Pitt. Deirdre había quedado con la cabeza hacia atrás, mirando a Pitt con ojos vidriosos en los que aún brillaba el odio más profundo.

—Me las pagarás... —murmuró vengativa, mientras observaba los crecientes círculos de sangre en el costado y el pecho de Pitt—. Vas a morir. —Su mano empuñaba aún la pistola e intentó apuntarla de nuevo contra él, pero su cuerpo se

negaba a obedecer las órdenes del cerebro. Había quedado paralizada.

Pitt la miró y sonrió. Tenía la certeza de que la columna de Deirdre estaba irreparablemente dañada.

—Tal vez, pero más vale estar muerto que paralizado de por vida.

Arrastrándose, se apartó de ella y fue hasta donde se encontraba Maeve, que sin hacer caso de su herida, trataba de consolar a los pequeños, que seguían llorando muertos de miedo.

—No ocurre nada, chiquitines —les decía suavemente—. Ya ha pasado todo...

Pitt se arrodilló frente a ella y examinó la herida. Había poca sangre y aparentemente no parecía ser muy grave. Sin embargo, aunque los efectos de la bala no eran visibles, el proyectil había estallado en las entrañas de Maeve, desgarrándole los intestinos y los vasos sanguíneos, había penetrado en el duodeno y se había alojado entre dos vértebras. La joven sufría hemorragias internas, y si no recibía atención médica inmediata, moriría pronto.

Pitt sintió que el alma se le helaba. Quiso llorar, pero no pudo. Sólo emitió un gemido de dolor que pareció brotarle de lo más hondo de su ser.

Giordino no podía seguir esperando. Había amanecido y los rayos del sol teñían de naranja el cielo oriental. Saltó de nuevo a cubierta, se agachó para protegerse de la hélice y vio que la furgoneta de los guardas llegaba al muelle. Inquieto, se preguntó qué demonios les habría pasado a Pitt y a Maeve. Su amigo nunca perdía el tiempo inútilmente. Los cables de amarre colgaban lacios sobre el agua y el yate ya se había separado casi treinta metros del muelle impulsado por la marea.

Tenían que darse prisa. Los hombres de seguridad aún no habían disparado contra el helicóptero ni el yate por miedo a dañar las propiedades de los Dorsett, pero se hallaban a sólo cien metros y seguían acercándose.

Giordino, atento a los movimientos de sus perseguidores y ofuscado preguntándose qué les ocurría a sus amigos, ni siquiera oyó los ladridos de los perros de toda la isla, ni vio cómo miles de pájaros sobrevolaban desorientados la Gladiator. Tampoco escuchó el extraño e intenso zumbido, ni sintió el temblor de la tierra, ni advirtió la súbita agitación de las aguas de la laguna. Ondas sonoras de gran intensidad que avanzaban a velocidad de vértigo estaban golpeando furiosamente la rocosa base subterránea de la isla de Dorsett.

Cuando estaba sólo a unos pasos de la puerta del salón principal, se detuvo a mirar por encima del hombro hacia sus perseguidores; permanecían inmóviles, paralizados, mientras el suelo del muelle ondeaba como las olas del mar. Se habían olvidado de sus víctimas y señalaban hacia una pequeña nube de humo gris que se alzaba desde el monte Scaggs. Giordino vio a hombres saliendo como hormigas de la entrada del túnel situado en la falda del volcán. También se percibía cierta actividad en el monte Winkleman. De pronto el italiano recordó lo que había dicho Pitt sobre

que la isla desaparecería entre humo y cenizas.

Irrumpió en el salón y se detuvo en seco lanzando un grito aterrador al ver la sangre que manaba de las heridas que Pitt tenía en el pecho y la cintura, el orificio en el diafragma de Maeve y el cuerpo de Deirdre Dorsett doblado hacia atrás en un ángulo de noventa grados sobre una mesita auxiliar.

—¡Dios mío! ¿Qué ha sucedido?

Pitt lo miró sin responder.

—¿La erupción ha comenzado?

—Sale humo de los volcanes y la tierra se mueve.

—Entonces ya es demasiado tarde.

Giordino se arrodilló junto a Pitt y examinó la herida de Maeve.

—Esto tiene mala pinta.

La joven lo miró con ojos suplicantes.

—Por favor, llevaos a mis hijos y dejadme aquí.

Giordino negó lentamente con la cabeza.

—No puedo hacer eso. O nos vamos todos, o no se va ninguno.

Pitt agarró a Giordino por el brazo.

—No hay tiempo. La isla volará por los aires en cualquier instante. Yo tampoco puedo salvarme. Coge a los niños y lárgate de aquí cuanto antes.

Giordino quedó aturdido. Fue como si una bomba hubiera reventado sobre él. La letárgica indiferencia, su característico sarcasmo lo abandonaron. Un gran peso parecía haber caído sobre sus hombros. No podía abandonar a una muerte segura al que durante treinta años había sido su mejor amigo.

—No puedo irme sin vosotros —dijo, y se inclinó para coger en brazos a Maeve—. Volveré a por ti —añadió.

Maeve le apartó las manos.

—¿No te das cuenta de que Dirk tiene razón? —murmuró débilmente.

Pitt tendió a Giordino las cartas y el cuaderno de bitácora de Rodney York.

—Ocúpate de que los papeles de York lleguen a su familia —dijo con voz tranquila—. Ahora, por lo que más quieras, coge a los chicos y vete.

Giordino, atormentado, movió la cabeza.

—Tú siempre has de decir la última palabra, ¿no?

En el exterior el cielo había desaparecido súbitamente y sólo se veía una nube negra formada por la ceniza que irrumpía desde el centro del monte Winkleman, acompañada de un estrépito espantoso. Todo fue quedando en una densa penumbra según la masa negra y maligna se extendía como un gigantesco paraguas. Luego se produjo una explosión aún más atronadora que lanzó por los aires miles de toneladas de lava al rojo vivo.

Giordino tenía el alma destrozada. Finalmente, asintió con la cabeza, consciente

de que Pitt tenía razón.

—Muy bien. —Luego una última broma—: Como veo que nadie me quiere, me largo.

Pitt lo agarró por una mano.

—Adiós, viejo amigo. Gracias por todo lo que has hecho por mí.

—Hasta la vista —murmuró Giordino.

El italiano, con los ojos anegados en lágrimas, parecía un hombre muy viejo sufriendo una dolorosísima e irreparable pérdida. Quiso decir algo, pero se le atragantaron las palabras y al fin cogió a los hijos de Maeve y se marchó.



A Charles Bakewell y a los expertos del observatorio vulcanológico de Auckland no les era posible estudiar el interior de la tierra como podían estudiar la atmósfera y, en menor medida, el mar. Les era imposible predecir los acontecimientos exactos y la magnitud de éstos una vez la onda acústica que viajaba desde Hawai alcanzase la isla Gladiator. A diferencia de otras erupciones y terremotos, en aquel caso no había tiempo para estudiar fenómenos preliminares como temblores previos, fluctuaciones en la superficie de las aguas y cambios en el comportamiento de los animales domésticos y salvajes. La dinámica del fenómeno era caótica. Los científicos únicamente estaban seguros de que iba a producirse una perturbación y los hornos de las profundidades de la isla, hasta entonces dormidos, despertarían y cobrarían vida.

Llegado el momento, lo que sucedió fue que la resonancia creada por la energía de la onda sonora conmovió los ya debilitados núcleos volcánicos, desencadenando las erupciones. Se produjo una rápida sucesión de eventos catastróficos. Desde muchos kilómetros por debajo de la superficie de la isla, la roca que soportaba altas temperaturas se licuó y ascendió inmediatamente por las fisuras abiertas por los temblores. Tras desalojar las rocas más frías que le impedían el paso, la lava formó un depósito de material ígneo que recibe el nombre de cámara magmática.

El detonador de la masa ardiente es vapor de agua muy caliente que impulsa el magma hacia la superficie. Cuando el agua alcanza el estado gaseoso, su volumen se multiplica por mil, creando la presión necesaria para producir una erupción volcánica.

La expulsión de fragmentos de roca y cenizas por la creciente columna de gas es lo que provoca el penacho de humo que se produce en las erupciones violentas. Aunque durante ellas no hay combustión alguna, el brillo de las descargas eléctricas que saltan desde la roca incandescente hasta el vapor de agua es lo que produce la impresión de fuego.

Después del primer temblor, los obreros y capataces del interior de las minas de diamantes se apresuraron a salir al exterior de los túneles. Dentro de los pozos, la temperatura subió con increíble rapidez. Ninguno de los guardas hizo nada por impedir la estampida. Dominados por el pánico, condujeron a la multitud enloquecida hacia el mar, pues, erróneamente, pensaron que era más seguro. Los que se dirigieron hacia el lomo de la isla, entre los dos volcanes, obtuvieron sin ser conscientes de ello más posibilidades de sobrevivir.

Los volcanes de la isla, dos gigantes dormidos, despertaron tras siglos de inactividad. El monte Winkleman despertó a la vida con una serie de fisuras que se abrieron en su base, por las que brotaron copiosas fuentes de magma que se elevó en grandes surtidores hacia lo alto de la atmósfera. La cortina de fuego aumentó al formarse chimeneas en las fisuras de la ladera. Grandes cantidades de lava

descendieron por el monte, formando un inquieto río que se abrió en abanico, devastando toda la vegetación que encontraba a su paso.

El ígneo huracán derrumbó los árboles y los aplastó, dejándolos ardiendo tras de sí. Los restos carbonizados fueron barridos hacia la costa. Los árboles y la maleza que escaparon del ardiente fragor quedaron muertos y renegridos. El terreno estaba cubierto de pájaros sin vida caídos del cielo asfixiados a causa de los gases y los humos de la chimenea del Winkleman.

Como guiada por una mano celestial, la marea de lava asoló el recinto de seguridad, pero pasó a más de medio kilómetro del campo donde se hallaban los obreros chinos, con lo que se salvaron las vidas de tres centenares de personas. La masa ígnea tenía como única característica redentora la de no avanzar más deprisa de lo que una persona puede correr. La erupción del monte Winkleman produjo enormes daños, pero causó pocas muertes.

Pero luego le llegó el turno al monte Scaggs.

Desde lo más profundo de sus entrañas, el volcán bautizado con el nombre del capitán del *Gladiator* emitió un ronco rugido que sonó como el avance de un centenar de trenes de carga por un túnel. El cráter lanzó una inmensa nube de cenizas, mucho mayor que la vomitada por el Winkleman. La maligna masa negra se alzó retorciéndose en el cielo. Pese a su pavoroso aspecto, la nube de cenizas no fue más que el prólogo del drama que aún estaba por producirse.

La ladera occidental del Scaggs no pudo resistir la presión que ascendía desde miles de metros más abajo. Las rocas fundidas, convertidas en una masa al rojo vivo, se precipitaron hacia la superficie. Con incontenible empuje, produjeron una enorme grieta en la parte alta de la ladera, provocando un infierno de lava y vapor acompañado por una única y ensordecedora explosión que pulverizó el magma en millones de fragmentos.

De la falda del volcán salió disparada la lava como una andanada de cañonazos. Una enorme cantidad de material ígneo formó un flujo piroclástico, una tumultuosa mezcla de fragmentos de roca incandescente y gas recalentado que avanza como melaza, pero a velocidades que superan los 160 kilómetros por hora. El ardiente flujo se precipitó como un alud por la falda del volcán, desintegrando la ladera y provocando ante él una furiosa turbonada que hedía a azufre.

Los efectos del inexorable y arrollador avance del flujo piroclástico fueron devastadores; todo quedó envuelto en un torrente de fuego y lava. El vidrio se derritió, los edificios de piedra fueron arrasados, todo objeto orgánico quedó reducido a cenizas. El horror de la lava no dejaba nada reconocible a su paso.

La marea ardiente rebasó los límites del palio de cenizas que había sumido la isla en la oscuridad y se abalanzó hacia la laguna, haciendo hervir sus aguas y creando una salvaje turbulencia cuyos vapores no tardaron en elevarse al cielo como blancos

penachos. La otrora hermosísima laguna quedó sepultada rápidamente bajo una capa de ceniza grisácea, tierra calcinada y escombros arrastrados por el catastrófico alud de fuego.

La isla que había dado alas a la codicia de muchos hombres y mujeres, la isla que en opinión de algunos merecía morir, había sido aniquilada. Sobre su agonía no tardaría en caer el telón.

Antes de que la lluvia de rocas incandescentes cayera sobre el muelle y el yate, Giordino, que había despegado con el helicóptero inglés Augusta Mark II de la cubierta del yate, se encontraba ya a una distancia segura. No podía ver la devastación en toda su magnitud, pues la enorme nube de cenizas que alcanzaba una altura de tres mil metros por encima de la isla se lo impedía.

Las erupciones de los dos volcanes habían creado una escena dantesca, de una trágica belleza. Giordino experimentó una sensación de irrealidad, como si ante sus ojos se hubiera abierto el infierno.

De pronto, el yate se puso en marcha y surcó las aguas de la laguna hacia el canal que atravesaba los arrecifes. Esperanzado, Giordino pensó que Pitt, aunque estaba malherido, había logrado poner el barco en movimiento. Sin embargo, la velocidad de la nube de gases ígneos y ceniza que lo arrasaba todo a su paso era mayor a la de la embarcación.

Mientras contemplaba el desarrollo de la desigual carrera, las esperanzas de Giordino se desvanecieron. La marea incandescente se pegó a la estela del yate y fue ganándole terreno hasta superarlo y envolverlo, de forma que se hizo invisible desde el Augusta Mark II. Desde una altura de trescientos metros, daba la sensación de que nadie habría podido sobrevivir más de unos segundos entre aquellas infernales llamas.

Giordino se sentía angustiado, avergonzado por seguir vivo, cuando la madre de los niños que estaban junto a él y el amigo que había sido como un hermano para él estaban allí abajo, siendo víctimas de aquel holocausto. Maldiciendo la erupción, maldiciendo su impotencia, apartó la vista de la imagen dantesca y pilotó el helicóptero sin ser consciente de lo que estaba haciendo.

Sabía que el dolor de esa pérdida no desaparecería. La jactanciosa arrogancia del italiano había muerto con la isla Gladiator. Él y Pitt habían recorrido juntos un largo camino y siempre se habían ayudado en los momentos de peligro. «Pitt no es invencible», se había dicho Giordino en tantas y tantas ocasiones en que su amigo pareció tener un pie en la tumba. Pitt era indestructible.

Una chispa de fe se encendió en su interior. Miró los indicadores de combustible. Estaban llenos. Estudió el mapa de una tablilla situada bajo el panel de instrumentos y decidió dirigirse hacia el oeste, hacia Hobart, Tasmania, el lugar más próximo e indicado para dejar a los niños. Una vez los pequeños estuvieran a salvo y en manos

de las autoridades, repostaría y regresaría a la isla Gladiator, para intentar recuperar el cadáver de Pitt, pues pensó que no podía hacer menos por la familia de su amigo, que vivía en Washington.

No pensaba fallarle. No lo había hecho mientras estuvo vivo, y tampoco lo haría ahora después de muerto. Estos pensamientos lo tranquilizaron. Después de calcular lo que tardaría en llegar a Hobart y regresar a la isla, trató de distraer a los pequeños que, perdido su miedo, miraban excitados el mar por la ventanilla.

El helicóptero dejó atrás la isla, que se había convertido en una anónima silueta, una imagen idéntica a la que, hacía 148 años, habían contemplado los supervivientes de la balsa del *Gladiator*.

Una vez tuvo la certeza de que Giordino había despegado con el helicóptero y se encontraba sano y salvo en el aire, Pitt se puso trabajosamente en pie, humedeció una toalla en la pila del bar y envolvió con ella la cabeza de Maeve. Luego la rodeó de cojines, sillas y otros muebles, hasta que Maeve desapareció entre ellos. Incapaz de hacer más para protegerla del inminente mar de fuego, fue a trompicones hacia la caseta del piloto, con una mano en el costado, donde una bala había penetrado en el músculo abdominal produciéndole una pequeña perforación en el colon y alojándose en la parte posterior de la pelvis. El otro proyectil le había rozado una costilla y magullado un pulmón y luego había salido por la espalda. Al mismo tiempo que luchaba para no caer en el tenebroso mar que nublaba sus ojos, estudió los instrumentos y controles de la consola del barco.

A diferencia de los del helicóptero, los indicadores de combustible indicaban que los depósitos del yate estaban vacíos. La tripulación de Dorsett no se molestaba en llenarlos hasta recibir el aviso de que uno o más miembros de la familia se proponía emprender un viaje. Pitt encontró los mandos que accionaban los potentes motores turbo diesel Blitzen Seastorm, los puso en marcha y accionó el acelerador. Notó cómo la cubierta se estremecía bajo sus pies. La proa del barco se elevó y, en la parte de popa, las hélices batieron el agua, levantando una blanca espuma. Pitt puso el timón en control manual para enfilear el yate hacia mar abierto.

Un oscuro manto de cenizas caía desde el cielo y oyó el crepitante rumor de la tempestad de fuego que los perseguía. Granizaban rocas incandescentes que, al tocar el agua y antes de hundirse, producían siseantes nubes de vapor. Caían del cielo tras ser arrojadas a enorme distancia por las tremendas presiones acumuladas en el monte Scaggs. El llameante alud se abalanzó sobre el muelle y corrió tras el yate, cabalgando sobre la laguna como un furioso monstruo salido de las entrañas del Averno. Y de pronto, las llamas alcanzaron furiosas el barco antes de que éste pudiera abandonar la laguna. La masa ígnea, de doscientos metros de altura, azotó la embarcación desde la popa. Las antenas de radio y radar fueron arrancadas de cuajo, lo mismo que los botes salvavidas, las barandillas y el mobiliario de cubierta. El

barco, como una ballena herida, avanzaba con dificultad a través de la turbulencia infernal. Piedras al rojo vivo cayeron sobre los techos y cubiertas del yate y lo convirtieron en un maltrecho cascarón ennegrecido.

En la caseta del timón el calor se hizo insoportable. Pitt se sentía como si alguien lo hubiese embadurnado con un bálsamo muy caliente. Las altas temperaturas y la herida en el pulmón le hacían casi imposible respirar. Rezó para que Maeve siguiera viva. Jadeante y semiasfixiado, con las ropas echándole humo y el cabello chamuscado, se mantuvo frente al timón. El aire caliente se le metía por la garganta hasta los pulmones; cada inspiración era un calvario. En sus oídos se mezclaba el clamor de la tempestad de fuego con los latidos enloquecidos de su corazón. Para hacer frente a la marea de fuego, sólo podía confiar en los motores y la sólida construcción del barco.

Cuando las ventanas de la cabina se astillaron primero y se hicieron pedazos a continuación, pensó que iba a morir. Sólo le mantenía en pie el deseo de llevar el barco a mar abierto, como si la fuerza de su voluntad pudiese acelerar la marcha de la embarcación. Hasta que, de pronto, el grueso manto de fuego fue disipándose y desapareció en un instante. El yate navegaba sobre aguas verdes y cristalinas, bajo un diáfano cielo azul. La ola de fuego y lava había perdido al fin su inercia. Pitt aspiró la brisa marina, llenándose los pulmones como lo hace un nadador antes de hacer inmersión libre en las profundidades. No sabía cuál era la gravedad de sus lesiones, pero tampoco le importaba, podía soportar el dolor con estoicismo.

En ese momento Pitt vio a estribor la cabeza y la parte alta del cuerpo de una enorme criatura marina. Parecía una anguila gigante, pues su cabeza, redonda, debía medir unos dos metros. Tenía la boca parcialmente abierta y se podían ver los afilados dientes, cortantes como navajas, en el interior de las fauces. En su totalidad, ese cuerpo ondulante debía de medir treinta o cuarenta metros. Nadaba a una velocidad ligeramente inferior a la del yate.

—Así que *Basil* existe —murmuró Pitt en la vacía caseta, y el comentario le costó un aguijónazo de dolor en la lacerada garganta. Pensó que la serpiente marina no era estúpida, pues se estaba alejando de la laguna y se dirigía a refugiarse a mar abierto.

Una vez pasado el canal, *Basil* se zambulló en las profundidades y desapareció.

Pitt le hizo un gesto de despedida con la cabeza y contempló la consola. Los instrumentos de navegación habían dejado de funcionar. Intentó enviar una señal de socorro por la radio o el teléfono satélite, pero fue imposible. Aparentemente, lo único que funcionaba eran los grandes motores, que seguían impulsando al yate sobre las olas. Como no podía accionar el piloto automático, inmovilizó el timón rumbo oeste, hacia la costa suroriental de Australia, y redujo al máximo la velocidad, a fin de conservar el escaso combustible que quedaba. Tenía la esperanza de que alguno de los barcos de rescate vería el yate y se detendría a investigar antes de llegar a la isla.

Se obligó a caminar de nuevo hasta Maeve, pues temía encontrarse el cuerpo de la joven en medio del salón asolado por el fuego. Sobrecogido, franqueó el umbral que comunicaba la cubierta con el salón. El lugar parecía haber sido rociado por un lanzallamas. La gruesa y resistente capa de fibra de vidrio había impedido la entrada de gran parte del calor, pero la nube de fuego había penetrado por las ventanas. Parecía imposible que la tapicería de los sofás y los sillones estuviese chamuscada, pero no hubiese ardido.

Echó un vistazo a Deirdre. Su hermoso cabello se había convertido en una masa de pelo ennegrecido. Sus ojos sin vida miraban la nada; tenía el cuerpo lleno de quemaduras. Parecía una muñeca recién salida de un horno a altas temperaturas, con la costosa ropa hecha jirones. La muerte le había ahorrado una vida en el interior de un cuerpo paralizado.

Sin importarle el dolor ni las heridas, apartó furiosamente los muebles que había amontonado alrededor de Maeve. Tiene que seguir viva, pensaba desesperadamente. Tenía que estar esperándolo, desolada por el dolor de haberse visto separada una vez más de sus hijos. Retiró el último cojín y bajó la vista con creciente temor. Era difícil expresar la alegría que sintió cuando ella alzó la cabeza y le sonrió.

—Maeve... —jadeó Pitt, dejándose caer de rodillas y tomándola entre sus brazos. Sólo entonces reparó en la sangre que había resbalado por sus piernas y formaba un gran charco sobre la alfombra. La estrechó contra él, apoyándole la cabeza contra su hombro, rozándole la mejillas con sus labios.

—Tus cejas... —susurró ella sonriendo.

—¿Qué les pasa?

—Están chamuscadas, y tu pelo también.

—No pretenderás que siempre esté recién peinado.

—Me da igual. Yo siempre te veo igual de guapo. —Luego preguntó—: ¿Están a salvo mis hijos?

Él movió la cabeza en un gesto de afirmación.

—Al despegó minutos antes de que el fuego nos alcanzase. Van camino de un puerto seguro.

El rostro de Maeve estaba pálido como la luna. Parecía una frágil muñeca de porcelana.

—No llegué a decirte que te amaba.

—Yo siempre lo supe —murmuró él, sintiendo un nudo en la garganta.

—¿Tú también me quieres, aunque sólo sea un poco?

—Te amo con todo mi corazón.

Maeve alzó la mano y acarició el rostro tiznado de Pitt.

—Estréchame fuerte; quiero morir en tus brazos —murmuró ella.

—No vas a morir... —El corazón se le rompió en mil pedazos—. Viviremos una

larga vida juntos y surcaremos los mares con un montón de niños que nadarán como peces...

En lugar de contestar, Maeve susurró parte de la letra de *Moon River*, que hablaba de dos almas que vagaban por el mundo en busca del río de la luna.

—No me dejes; por Dios, no me dejes... —suplicó Pitt.

Ella abrió los ojos y sonrió dulcemente.

—Un día surcaremos juntos el río de la luna, Dirk...

Sus ojos se cerraron muy despacio y su cuerpo se desmadejó como una bella flor que se cierra ante una racha de frío viento. La expresión era serena, de niña dormida. Su alma ya había cruzado el río de la luna, ya se encontraba en la otra orilla.

—¡No! —exclamó Pitt, y su voz resonó como el aullido de un animal agonizante.

La vida pareció abandonarlo también a él. Cayó en una demente inconsciencia. No quiso seguir luchando contra la negra niebla que pugnaba por cerrarse sobre él. Se había desenganchado de la realidad y zambullido en las sombras.

Los planes de Giordino de efectuar un rápido viaje de ida y vuelta a la isla Gladiator se vieron frustrados desde el primer momento.

El italiano utilizó el sofisticado sistema de comunicaciones vía satélite del *Augusta* para informar a Sandecker, que seguía a bordo del *Glomar Explorer* en Hawai, y luego se convirtió en la primera persona en anunciar al mundo el desastre de la isla Gladiator. Durante el resto del vuelo hacia Hobart, no dejó de ser asediado por llamadas de altos funcionarios del gobierno y periodistas que deseaban saber los detalles sobre la erupción y que hiciese un cálculo de los daños.

Al aproximarse a la capital de Tasmania, Giordino sobrevoló los altos montes que rodean Hobart, cuyo distrito comercial estaba situado en la orilla occidental del río Derwent. Una vez hubo localizado el aeropuerto, llamó a la torre. Los controladores aéreos le indicaron que aterrizara en una zona militar situada a medio kilómetro de la terminal principal. Advirtió con estupefacción que una gran multitud de gente se apiñaba allí.

Una vez hubo apagado el motor y abierto la puerta del pasaje, todo se llevó a cabo según las leyes, con toda la parafernalia burocrática. Agentes de inmigración subieron a bordo y lo admitieron en Australia pese a no tener pasaporte y miembros del servicio social tomaron bajo su custodia a los hijos de Maeve y le aseguraron a Giordino que en cuanto localizasen al padre de los niños, éstos le serían entregados.

Luego, cuando Giordino logró al fin bajar del helicóptero, muerto de hambre y de agotamiento, fue atacado por un ejército de reporteros que le rodearon de micrófonos y cámaras de televisión, mientras le hacían infinidad de preguntas sobre la erupción volcánica.

Sólo contestó a una pregunta, y lo hizo con una sonrisa en los labios. Confirmó al mundo que Arthur Dorsett había sido una de las primeras víctimas del desastre natural.

Tras librarse de los reporteros y llegar a la oficina de las fuerzas de seguridad del aeropuerto, Giordino llamó al consulado norteamericano, cuyo encargado accedió de mala gana a pagar el reaprovisionamiento de combustible del helicóptero, siempre que sólo fuera con fines humanitarios. Su vuelo de regreso a la isla Gladiator fue pospuesto de nuevo cuando el director de los servicios internacionales de socorro australianos pidió a Giordino que llevase en el *Augusta* comida y medicinas para la isla. El italiano accedió a ello y luego tuvo que pasear su impaciencia alrededor del helicóptero, mientras unos hombres retiraban los asientos de los pasajeros para colocar las provisiones. Se sintió muy agradecido cuando uno de los empleados del servicio de socorro le dio una bolsa con sandwiches de queso y varias botellas de cerveza.



Más tarde se acercó un coche y el conductor le dijo a Giordino que el almirante Sandecker llegaría de un momento a otro. El italiano lo miró como si estuviera loco, pues sólo habían transcurrido cuatro horas desde que informó a Sandecker en Hawai.

Su extrañeza se disipó cuando un caza supersónico F-22A de la marina norteamericana sobrevoló el aeropuerto y aterrizó en una de las pistas. Giordino observó cómo la esbelta aeronave, capaz de triplicar la velocidad del sonido, rodó hasta donde él había estacionado el helicóptero. La cubierta transparente de la carlinga se abrió y sobre un ala apareció Sandecker vestido con traje de vuelo. Sin esperar que le arrimaran una escalerilla, el almirante saltó al asfalto y se acercó a grandes zancadas hasta Giordino para abrazarlo efusivamente.

—No tienes idea de lo que me alegro de verte, Al.

—Ojalá no tuviera que recibirlo a usted yo solo —dijo tristemente Giordino.

—Es absurdo que nos quedemos aquí lamentándonos. —El demacrado rostro de Sandecker reflejaba su cansancio—. Busquemos a Dirk.

—¿No quiere cambiarse primero?

—Durante el vuelo me quitaré este traje de la guerra de las galaxias. Ya se lo devolveré a la marina cuando regrese.

En menos de cinco minutos, con cinco toneladas métricas de material de auxilio en el compartimiento de pasaje y carga, despegaron y, sobrevolando el mar de Tasmania, se dirigieron hacia los humeantes restos de la isla Gladiator.

Barcos de salvamento de las marinas australiana y neozelandesa recibieron orden inmediata de dirigirse a la isla con provisiones, medicinas y personal médico. Todos los aviones comerciales en un radio de doscientas millas náuticas ofrecieron sus servicios para ayudar en las tareas de auxilio. Asombrosamente, las bajas humanas habían sido mucho menores de lo que en principio se había sospechado a causa de la importancia del desastre natural. La mayor parte de los trabajadores chinos habían escapado de la tormenta de fuego y lava y la mitad de los capataces de la mina lograron sobrevivir, pero sólo ocho, de los ochenta hombres que formaban la guardia de seguridad de Arthur Dorsett, se encontraron vivos, aunque con severas quemaduras. Las autopsias confirmaron que casi todos los fallecidos habían muerto asfixiados por haber inhalado cenizas.

A media tarde, la fuerza de la erupción había disminuido de forma considerable. Aún brotaba fuego por las fisuras de los volcanes, pero la lava ya sólo bajaba en pequeños regueros. Ambos volcanes no eran ni sombra de lo que habían sido. El monte Scaggs había desaparecido casi por completo y sólo quedaba de él el enorme cráter, mientras que el monte Winkleman sólo conservaba un tercio de su primitiva masa.

Un dosel de cenizas seguía cubriendo los volcanes cuando Giordino y Sandecker descendieron hacia la devastada isla. Casi toda la parte occidental de la masa de tierra

parecía haber sido raspada con un gigantesco estropajo de aluminio que había dejado el lecho de roca al descubierto. La laguna se había convertido en un pantanal de cenizas y piedra pómez. Poco quedaba de las instalaciones de la Dorsett Consolidated Mining Limited: lo que no había sido arrasado por el fuego estaba convertido en ruinas que parecían datar de una civilización extinguida hacía mil años. La destrucción de la flora había sido casi total.

A Giordino se le heló la sangre cuando no vio el yate en la laguna. El muelle estaba quemado y se había hundido en las aguas negras, junto con los almacenes demolidos.

Sandecker quedó horrorizado. Hasta ese momento no se había imaginado la magnitud de la catástrofe.

—Todas estas muertes... —murmuró con voz apagada—. Yo soy el único culpable de todas estas muertes.

Giordino, comprensivo, trató de consolarlo.

—Por cada habitante de la isla Gladiator que ha fallecido, hay diez mil personas que le deben la vida.

—Ya, pero sin embargo... —Al sombrío Sandecker se le quebró la voz.

Giordino sobrevoló un buque de socorro que ya había fondeado en la laguna. El italiano redujo la velocidad y se dispuso a aterrizar en el espacio que habían despejado los miembros del cuerpo de ingenieros australianos que habían sido enviados a la escena del desastre. El aire de la hélice levantó grandes nubes de ceniza que dificultaban la visión de Giordino. Con una delicada maniobra ejecutada con destreza, el italiano logró posar a ciegas el Augusta, que tocó el suelo con un fuerte golpe. Giordino suspiró profundamente y desconectó los motores.

Cuando la nube de cenizas apenas se había posado, un comandante del ejército australiano cubierto de polvo y seguido por un ayudante se aproximó al aparato y abrió la puerta. Se asomó al compartimiento de carga, donde se encontraba Sandecker, y se presentó con una amplia sonrisa:

—Soy el comandante O'Toole. Me alegro de verlos. Éste es el primer helicóptero de auxilio que nos llega.

—Tenemos una doble misión, comandante —dijo Sandecker—. Además de traer medicinas y provisiones, venimos a buscar a un amigo que fue visto por última vez en el yate de Arthur Dorsett.

O'Toole movió la cabeza en un gesto negativo.

—Probablemente se hundió. Pasarán semanas antes de que la marea limpie la laguna y puedan llevarse a cabo inspecciones submarinas.

—Teníamos la esperanza de que el barco hubiese podido alcanzar mar abierto.

—¿Han recibido alguna comunicación de su amigo?

Sandecker negó con la cabeza.

—Pues lamento decirle que la posibilidad de que sobreviviese a la erupción me parece remota.

—Yo también lo lamento. —Sandecker miró al vacío, hacia un punto situado a millones de kilómetros de distancia, sin prestar atención al oficial que permanecía junto a la puerta. Al fin salió de su abstracción y añadió—: ¿Podemos echarles una mano en la descarga?

Con ayuda de uno de los oficiales de O'Toole, las cajas que contenían comida, agua y medicinas fueron sacadas del compartimiento de carga y apiladas a cierta distancia del helicóptero. Sumidos en la amargura del fracaso, Giordino y Sandecker apenas hablaron mientras se dirigían de nuevo a la cabina, para regresar a Hobart.

En el momento en que la hélice comenzó a girar, O'Toole echó a correr hacia el aparato, agitando un papel que llevaba en una mano. Giordino abrió la ventanilla lateral y se asomó.

—Creo que esto les interesará —gritó O'Toole, para que pudieran oírlo por encima del ruido de los motores—. Mi oficial de comunicaciones acaba de recibir un informe de un barco de socorro. Han visto un yate a la deriva a unos veinticuatro kilómetros al noroeste de la isla.

A Giordino se le iluminó el rostro.

—¿Se detuvieron para ver si había supervivientes?

—No. El yate estaba muy dañado y parecía desierto. El capitán decidió que su primera prioridad era llegar a la isla con el personal médico que transportaba.

—Gracias, comandante. —Giordino se volvió hacia Sandecker—. ¿Lo ha oído?

—Lo he oído —respondió el almirante, y añadió con impaciencia—: Levanta de una vez este chisme.

Giordino no necesitó que se lo repitiera otra vez. A los diez minutos del despegue localizaron el yate casi en el lugar exacto que había indicado el capitán del barco de socorro, cabeceando a impulsos de las mansas olas. La parte alta de la embarcación parecía haber sido barrida por una gran escoba. El casco, antes azul y elegante, se veía quemado y renegrido, y las cubiertas se hallaban enterradas bajo una gruesa capa de cenizas. Era evidente que ese barco había hecho una travesía por el infierno.

—El helipuerto parece despejado —comentó Sandecker.

Giordino detuvo el aparato sobre el yate y efectuó un lento descenso. El mar estaba en calma, porque el viento no soplaba con fuerza, pero los cabeceos de la embarcación hacían que la maniobra fuese algo delicada.

Redujo la velocidad y descendió, pendiente de los movimientos del yate. Aprovechó para aterrizar en el momento en que la pista ascendió a causa del impulso de las olas, entonces el Augusta contactó con la pista, osciló un poco y se posó sin problemas. Giordino comprobó que el aparato quedase bien frenado para evitar que cayese al mar y apagó el motor. Habían descendido sin novedad, pero se sentían sin

fuerzas para enfrentarse con lo que temían encontrar.

Giordino saltó el primero del helicóptero y aseguró el aparato mediante unas amarras. Tras una leve pausa para tomar aliento, los dos hombres cruzaron la ennegrecida cubierta y entraron en el salón principal.

Nada más ver a las dos figuras que yacían inertes en un rincón de la sala, Sandecker fue presa de la desesperación. El almirante cerró los ojos por un momento e intentó dominar su angustia. Se sentía incapaz de moverse; en esa estancia no había rastro de vida. El dolor le desgarró el corazón, mientras miraba fijamente la escena. «Los dos están muertos», pensó.

Pitt tenía a Maeve en sus brazos. Tenía el rostro cubierto de sangre seca de la herida que le había hecho Boudicca, pero también el pecho y el costado estaban teñidos de rojo. La ropa quemada, el cabello chamuscado, las quemaduras del rostro y los brazos... Parecía la víctima de una horrible explosión. A Sandecker no le cupo duda que Pitt había luchado hasta el último momento.

Maeve parecía haberse dormido ignorando que su sueño iba a ser eterno. La palidez de sus exquisitas facciones hizo pensar al almirante en un blanco e impoluto cirio. Era una bella durmiente a la que ningún beso de amor podría despertar.

Giordino se arrodilló junto a Pitt, negándose a creer que su viejo camarada hubiese muerto. Lo tocó suavemente en un hombro.

—¡Dirk! ¡Dime algo!

Sandecker intentó apartar a Giordino.

—Ya no está —dijo con tristeza.

Luego, dejando a los dos hombres paralizados por la sorpresa, Pitt abrió lentamente los ojos. Miró a Sandecker y a Giordino sin comprender, sin reconocerlos, y murmuró con los labios temblorosos:

—Dios se apiade de mí. La he perdido.

**V.**

**EL POLVO SE POSA**

Ya no quedaba rastro de la tensión que había dominado la sala de conferencias de París la anterior reunión. La atmósfera era relajada y optimista. Los directores del Consejo Multilateral de Comercio, congregados para discutir los últimos eventos que atañían a sus más secretos intereses, parecían eufóricos y de un humor excelente.

Todos los asientos alrededor de la larga mesa de ébano estaban ocupados. El presidente carraspeó, esperando a que el murmullo de las conversaciones se extinguiese. Luego procedió a dar comienzo a la sesión.

—Caballeros, han sucedido muchas cosas desde la última vez que nos reunimos. Por entonces el mercado internacional de diamantes se enfrentaba a una grave amenaza. Ahora, por un capricho de la naturaleza, el plan para destruir ese mercado se ha visto desbaratado por la prematura muerte de Arthur Dorsett.

—Ayer quería comerse al mundo y hoy se lo comen los gusanos en el sepulcro —dijo con evidente alegría el jefe ejecutivo del cartel de diamantes. El hombre rebosaba de satisfacción por su triunfo, por el hecho de que una grave amenaza fuera eliminada de forma fortuita, sin necesidad de emprender una costosa batalla.

Su comentario fue respondido por un coro de risas.

—Tengo la gran satisfacción de anunciarles —continuó el presidente— que el mercado de diamantes ha experimentado una extraordinaria subida en los últimos días, mientras los precios de las gemas de color han bajado de forma sustancial.

El canoso representante de una de las familias más acaudaladas de Norteamérica, antiguo secretario de Estado, habló desde el otro extremo de la mesa.

—¿Qué les impide a los actuales responsables de la Dorsett Consolidated Mining seguir con los planes de Arthur de vender diamantes a precios bajos a través de su gran cadena de joyerías?

—Arthur Dorsett era un megalómano —respondió el industrial belga de Amberes—. En sus sueños de grandezano había lugar para otros. Dirigía sus minas y su organización de ventas sin tener un consejo de directores. Arthur era un músico solista. No confiaba en nadie. A veces contrató a asesores externos, pero, después de sacarles toda la información y experiencia, los ponía siempre de patitas en la calle. Dirigía la Dorsett Consolidated él solo, sin nadie a su lado.

El naviero italiano sonrió.

—Dan ganas de subir a los volcanes que acabaron con Arthur Dorsett y su maligno imperio y verter en sus cráteres sendas botellas de champán.

—Eso es justamente lo que hacen los hawaianos en el cráter del Kilauea —dijo el norteamericano.

—¿Encontraron su cadáver? —preguntó el magnate japonés de la electrónica.

El presidente negó con la cabeza.

—Según las autoridades australianas, no llegó a salir de su casa, y ésta quedó sepultada por la lava. Su cuerpo, o lo que quede de él, se encuentra bajo veinte metros de ceniza y rocas volcánicas.

—¿Es cierto que sus tres hijas también murieron? —preguntó el italiano.

—En efecto. Una murió en la casa con Arthur y a las otras dos las encontraron muertas en los restos de un yate. Por lo visto, intentaban huir de la isla. Debo añadir que esta cuestión está rodeada de cierto misterio. Mis informantes en el gobierno australiano me han dicho que una de las hijas murió a causa de una herida de bala.

—¿Asesinada?

—Según dicen, se trató de un suicidio.

El japonés que presidía el gran imperio electrónico dijo dirigiéndose al director del cartel de diamantes:

—Ahora que Arthur Dorsett ha desaparecido de la escena, ¿puede explicarnos cuáles son las perspectivas de su negocio?

El atildado directivo surafricano mostró una amplia sonrisa.

—No podrían ser mejores. La amenaza rusa ha resultado no ser, ni con mucho, tan grave como nos temíamos. Sus intentos de desestabilizar el mercado han fracasado. Tras vender a la baja (aunque no a precios regalados, como pensaba hacer Dorsett) gran parte de sus reservas a cortadores de diamantes de Tel Aviv y Amberes, han agotado sus existencias. Las sacudidas experimentadas por la industria rusa han reducido su producción de diamantes a, prácticamente, cero.

—¿Qué nos dice de Australia y Canadá?

—Las minas australianas no son tan ricas como se pensó en un principio y la magnitud de la fiebre de los diamantes canadienses fue demasiado exagerada, ya que en ese país no se encuentran demasiados diamantes y éstos no son de gran calidad. En estos momentos en Canadá no hay un plan serio de explotación de minas de diamantes.

—Y en Sudáfrica ¿los cambios políticos han tenido efectos importantes en sus operaciones comerciales?

—Desde que se acabó el *apartheid*, hemos trabajado en estrecha colaboración con Nelson Mandela. Puedo decir sin temor a equivocarme que Mandela va a introducir un nuevo sistema de impuestos que será muy ventajoso para nuestro negocio.

El jeque que actuaba en representación del cartel petrolero se inclinó y dijo:

—Todo eso resulta muy alentador, pero... ¿tendrán los beneficios necesarios para colaborar con la meta que se ha impuesto el Consejo Multilateral de conseguir un solo orden económico mundial?

El sudafricano respondió:

—Estén tranquilos; nuestras empresas cumplirán todos sus compromisos. La demanda de diamantes está subiendo en todo el mundo y se espera que nuestros

beneficios aumenten durante los diez primeros años del nuevo siglo. No existe la menor duda de que podremos soportar nuestra parte de la carga financiera.

—Agradezco al caballero de Sudáfrica su informe —dijo el presidente.

—¿Y qué pasará ahora con la Dorsett Consolidated?

—Legalmente —respondió el presidente—, todo el negocio pasa a manos de los dos nietos de Dorsett.

—¿Qué edad tienen?

—Unos siete años.

—¿Tan pequeños?

—No sabía que alguna de sus hijas estuviera casada —dijo el constructor indio.

—No lo estaba —contestó el presidente—. Maeve Dorsett tuvo gemelos estando soltera. El padre de los niños es miembro de una acaudalada familia de ovejeros australianos. Según mis informes, es un hombre inteligente y razonable. Ya ha sido nombrado tutor de los niños y administrador de sus bienes.

Desde el fondo de la mesa, el holandés preguntó al presidente:

—¿A quién se ha nombrado para representar los intereses corporativos de los pequeños?

—A alguien con cuyo nombre están ustedes bien familiarizados. —El presidente hizo una pausa y sonrió con sarcasmo—. Hasta que los nietos alcancen la mayoría de edad, las actividades de la Dorsett Consolidated y sus empresas subsidiarias serán dirigidas por la familia Strouser.

—A eso se le llama justicia poética —comentó el ex secretario de Estado norteamericano.

—¿Qué planes hay previstos en caso de que el mercado de los diamantes se derrumbe? No podemos controlar los precios eternamente.

—Contestaré a esa pregunta con mucho gusto —dijo el surafricano—. Cuando el mercado de diamantes se nos escape de las manos, dejaremos de comercializar piedras naturales, excavadas mediante costosas operaciones mineras, y nos dedicaremos a las producidas en los laboratorios.

—¿Tan buena es la calidad de las piedras falsas?

—Actualmente de los laboratorios salen esmeraldas, rubíes y zafiros cultivados que poseen las mismas propiedades físicas, químicas y ópticas que las piedras naturales. Son tan perfectas que a los expertos les cuesta diferenciar unas de otras. Y lo mismo puede decirse de los diamantes creados en laboratorios.

—¿No correremos el riesgo de que se descubra que son falsos? —preguntó el presidente.

—No será necesario recurrir a engaños. De igual modo que convencimos al público de que los diamantes eran la única gema digna de ser poseída, podemos convencerlo ahora de que las piedras sintéticas son las más bellas y prácticas. La



única diferencia es que unas tardaron millones de años en formarse de forma natural y las otras tardan cincuenta horas en ser creadas en un laboratorio. Serán la nueva ola del futuro, pueden estar seguros.

Se produjo un breve silencio durante el cual todos los reunidos pensaron en sus futuros beneficios. Luego, con una sonrisa, el presidente dijo:

—Yo diría, caballeros, que, ocurra lo que ocurra, nuestras futuras ganancias están aseguradas.

*20 horas. 20 de marzo del 2000. Washington, D.C.*

Las enfermeras del hospital de Hobart, Tasmania, no dejaban de decirle a Pitt la suerte que había tenido. Tras un acceso de peritonitis causado por la perforación en el colon y la extracción de la bala alojada en la pelvis, Pitt comenzó a sentirse de nuevo entre los vivos. Una vez el pulmón afectado por la bala se recuperó y pudo respirar con normalidad, Pitt comió como un leñador hambriento.

Giordino y Sandecker permanecieron en el hospital hasta que los médicos les aseguraron que su amigo se estaba recuperando, circunstancia que quedaba atestiguada por su demanda, o mejor dicho su exigencia, de alguna bebida que no fuese ni jugo de frutas ni leche. Tales peticiones fueron ignoradas por todos.

Días después el almirante y Giordino acompañaron a los hijos de Maeve hasta Melbourne, para entregárselos a su padre, que se había trasladado desde el rancho de su familia en el interior de Australia para asistir al entierro de Maeve. El joven era un hombre de gran corpulencia, australiano hasta la médula, ingeniero en una industria pecuaria. Prometió a Sandecker y a Giordino cuidar y educar a sus hijos como lo hubiera hecho su madre. Aún confiando en los criterios de Strouser e Hijos para la gestión de la Dorsett Consolidated Mining, había tomado la acertada medida de contratar abogados para que defendieran los mejores intereses de los gemelos. Convencidos de que los niños se quedaban en buenas manos y de que Pitt no tardaría en poder salir del hospital e ir a casa, el almirante y Giordino regresaron a Washington. En la capital Sandecker recibió una tumultuosa bienvenida y lo agasajaron con banquetes y homenajes como único responsable de haber salvado a Honolulu de un terrible desastre.

El presidente y Wilber Hutton descartaron la idea de sustituir a Sandecker en la ANIM. De hecho, en la capital se aseguraba que el almirante seguiría al timón de su amada Agencia Nacional de Investigaciones Marítimas mucho después de que el gobierno de ese momento abandonase la Casa Blanca.

Al entrar en la habitación del hospital, el médico encontró a Pitt junto a la ventana, mirando hacia el río Derwent, que cruzaba el centro de Hobart.

—Se supone que debe estar usted acostado —dijo el doctor.

—Llevo cinco días metido en ese cochino camastro en el que no dormiría ni un oso en hibernación —dijo mirándolo con resquemor—. Ya he cumplido mi condena, así que ahora me largo.

El médico sonrió.

—No sé si ha advertido que no tiene ropa. Tiramos a la basura los harapos que llevaba puestos cuando llegó.

—Entonces me largaré de aquí en bata y con este estúpido camisón de hospital. Por cierto que, al que lo inventó, deberían metérselo por vía rectal hasta que los lazos le salieran por las orejas.

—Veo que discutir con usted es perder un tiempo que otros pacientes aprovecharían mejor. —El médico se encogió de hombros—. Es un auténtico milagro que su cuerpo siga funcionando. En mi vida había visto tantas cicatrices en un solo hombre. Haré que la enfermera le facilite ropa decente, así no lo arrestarán por hacerse pasar por un turista norteamericano.

En esta ocasión no hubo reactor de la ANIM. Pitt viajó en un vuelo comercial de la United Airlines. Cuando entró en el avión aún caminaba con dificultad y sentía un lacerante dolor en el costado. Las azafatas de vuelo lo miraron con descarada curiosidad mientras Pitt buscaba el número de su asiento.

Una de ellas, que llevaba el cabello recogido en un moño y tenía los ojos tan verdes como los de Pitt, se le acercó, solícita.

—¿Lo acompaño a su asiento, señor?

Antes de salir del hospital hacia el aeropuerto, Pitt se había mirado detenidamente en un espejo. Si se hubiese presentado en una audición para conseguir un papel en una película de muertos vivientes, el director lo habría contratado sin pensárselo dos veces, pues reunía todos los requisitos: la lívida cicatriz sobre la frente, los ojos inyectados en sangre, el rostro macilento, los movimientos de nonagenario artrítico. Tenía la tez manchada a causa de las quemaduras, las cejas habían desaparecido y parecía que sus antiguos rizos negros se los había cortado un esquilador de ovejas metido a peluquero.

—Sí, muchas gracias —dijo a la azafata.

Indicándole un asiento vacío junto a la ventanilla, la joven preguntó:

—¿Es usted el señor Pitt?

—Aunque en estos momentos preferiría ser otro, sí, soy Pitt.

—Es usted un hombre muy afortunado —dijo ella sonriendo.

—Eso mismo me han estado repitiendo una docena de enfermeras.

—No, me refiero a que tiene muy buenos amigos que se preocupan por usted. A la tripulación se nos ha comunicado que viajaría con nosotros y que debíamos hacerle el viaje lo más cómodo posible.

Pitt se preguntó cómo demonios se habría enterado Sandecker de que él había abandonado el hospital y había ido directamente al aeropuerto a comprar en ventanilla un pasaje para Washington.

En realidad, bien poco trabajo les dio a las azafatas. Se pasó casi todo el viaje dormido, despertándose sólo para comer, ver una película en la que Clint Eastwood hacía de abuelo y beber champán. No se enteró de que estaban llegando al Dulles International hasta que las ruedas del tren de aterrizaje rodaron por la pista.

Cuando llegó al edificio de la terminal se sintió ligeramente sorprendido y defraudado de que nadie hubiera ido a recibirlo. Dado que Sandecker había dado aviso al personal de vuelo, no cabía duda de que sabría a la hora que llegaría el avión. Ni siquiera Al Giordino apareció antes de que Pitt se dirigiera con paso rígido a uno de los taxis que había en el exterior del aeropuerto. El que sus amigos no fueran a recibirlo aumentó su estado de depresión.

A las ocho de la noche Pitt se bajó del taxi, marcó su número en el sistema de seguridad del hangar y entró. Encendió las luces, que se reflejaron en los cromados de su colección de coches, y vio ante él un objeto largo que casi llegaba hasta el techo y que no estaba allí cuando se fue.

Por un momento Pitt fascinado, observó el tótem. En lo alto había un águila con las alas extendidas cuidadosamente tallada. Debajo, en orden descendente, un oso pardo con su cachorro, un cuervo, una rana, un lobo, una extraña criatura marina y una cabeza humana en la parte baja de facciones vagamente similares a las de Pitt. Cogió la nota colgada de una oreja del lobo y la leyó:

*Te ruego aceptes esta columna conmemorativa en tu honor que el pueblo haida te regala como muestra de agradecimiento por tus esfuerzos para acabar con los desastres ecológicos sufridos en nuestra sagrada isla. La mina de Dorsett ha sido clausurada y pronto los animales y plantas regresarán a su hogar ancestral. Has sido nombrado miembro honorífico de la tribu haida.*

*Tu buen amigo,*

*Mason Broadmoor.*

Pitt se emocionó. Recibir una obra maestra como ésa era un raro privilegio. Sentía un agradecimiento sin límites hacia Broadmoor y su pueblo por el generoso obsequio que le habían hecho.

Se apartó del tótem y notó que el corazón le dejaba de latir. La incredulidad nubló sus opalinos ojos verdes. Luego el asombro dio paso a una sensación de vacío y dolor, pues delante de él, en medio del pasillo que separaba las hileras de coches, estaba el *Magnífica Maeve*.

Cansado, maltrecho y en lamentables condiciones, pero allí estaba el estrafalario barco que tantos embates del mar había aguantado. Pitt no atinaba a imaginar cómo la fiel embarcación había sobrevivido a la erupción y había sido transportada miles de kilómetros hasta Washington. Parecía un milagro. Avanzó y tocó la quilla para cerciorarse de que no estaba sufriendo una alucinación.

En el momento en que sus dedos tocaban la superficie dura del barco comenzó a aparecer la gente que había estado oculta detrás del vagón Pullman de ferrocarril

estacionado contra un muro del hangar, escondidos en los asientos traseros de los automóviles y en el apartamento. En un instante Pitt se vio rodeado por un corro de familiares rostros que gritaban: «¡Sorpresa!» «¡Bienvenido!».

Giordino lo abrazó con suavidad, para no dañar sus heridas. El almirante Sandecker, enemigo acérrimo de las manifestaciones de afecto, le estrechó cálidamente la mano y se apartó de él cuando las lágrimas anegaron sus ojos.

Rudi Gunn también estaba allí, junto con Hiram Yaeger y otros cuarenta amigos y compañeros de la ANIM. Sus padres también habían acudido a recibirlo. Su padre, el senador George Pitt de California, y su madre, Barbara, se sintieron sobrecogidos al ver el aspecto de su hijo, pero, valerosamente, trataron de disimular su pena. Julien Perlmutter estaba entre los presentes, encargado de la comida y las bebidas. La congresista Loren Smith, su íntima amiga desde hacía diez años, lo besó tiernamente y quedó contrita al ver el cansancio, el dolor y la tristeza que había en los ojos de Pitt, que siempre chispeaban de alegría.

Él contempló el pequeño barco que tan bien había surcado los mares y preguntó:

—¿Cómo lo hiciste?

—Después de que el almirante y yo te dejamos en el hospital de Tasmania —explicó Giordino con una gran sonrisa de triunfo—, regresé a la isla con otro cargamento de provisiones. Al sobrevolar los farallones orientales, vi que el *Magnifica Maeve* había sobrevivido a la erupción. Conseguí la ayuda de unos zapadores australianos que se prestaron a que los descendiera hasta donde estaba el barco. Lo ataron al cable del helicóptero y yo lo subí hasta la parte alta de los acantilados, donde desmontamos el casco y los botalones. La operación fue bastante trabajosa, pero las partes que no pudimos meter en el compartimiento de carga las atamos debajo del fuselaje. Luego volé de regreso a Tasmania, donde convencí al piloto de un avión comercial de carga que se dirigía a Estados Unidos de que lo trajera a casa. Con ayuda de un equipo de la ANIM, lo volvimos a montar. Acabamos de hacerlo poco antes de que tú llegaras.

—Eres un buen amigo —dijo Pitt sinceramente—. Nunca podré pagarte esto.

—Soy yo el que está en deuda contigo —respondió Giordino.

—Lamenté inmensamente no poder asistir al entierro de Maeve en Melbourne.

—Estuvimos el almirante, los gemelos, su padre y yo. Como tú pediste, cuando bajaron el ataúd, tocaron *Moon River*.

—¿Quién pronunció el discurso?

—El almirante leyó lo que tú escribiste —dijo tristemente Giordino—. No quedó uno ojo seco en el cementerio.

—¿Y lo de Rodney York?

—Enviamos el cuaderno y las cartas de York por mensajero especial a Inglaterra. Su viuda sigue viviendo en la bahía Falmouth, es una encantadora dama de casi

ochenta años. Habló por teléfono conmigo nada más recibir el paquete. Parecía muy reconfortada por el hecho de saber cómo murió su marido y poder recuperar su cuerpo. Ella y su familia están haciendo planes para trasladar los restos a Inglaterra.

—Me alegro de que conociera al fin el desenlace de la historia —dijo Pitt.

—Me pidió que te diera las gracias por tu atención y delicadeza.

Pitt fue salvado de las lágrimas por la llegada de Perlmutter, que le puso una copa de vino en la mano.

—Esto te gustará, muchacho. Un excelente chardonay de las bodegas Plum Creek, de Colorado.

Tras la sorpresa inicial, la fiesta siguió muy animada hasta pasada la medianoche. Después de atender a una inacabable sucesión de amigos, Pitt estaba exhausto y casi se dormía de pie. Su madre dijo a los presentes que Pitt debía ir a descansar. Todos le desearon buenas noches y una pronta recuperación y salieron poco a poco del hangar.

—No vuelvas por el trabajo hasta que te encuentres en forma —ordenó Sandecker—. La ANIM sabrá arreglárselas sin ti.

—Hay un proyecto que me gustaría iniciar de aquí a un mes —dijo Pitt. Por un momento en sus ojos volvió a aparecer su característica mirada de bucanero.

—¿De qué proyecto se trata?

—Cuando las aguas de la laguna de la isla Gladiator queden limpias, me gustaría echarles un vistazo —explicó Pitt con una sonrisa.

—¿Qué esperas encontrar?

—A una tal *Basil*.

Sandecker frunció el entrecejo, intrigado.

—¿Y quién demonios es *Basil*?

—Una serpiente marina. Supongo que, cuando desaparezcan la ceniza y los escombros de la laguna, regresará a su hogar.

Sandecker puso una mano sobre el hombro de Pitt y lo miró con la ternura con que se mira a un niño que asegura haber visto al hombre del saco.

—Duerme bien y ya hablaremos.

El almirante dio media vuelta y se alejó moviendo la cabeza y murmurando algo así como que no existían los monstruos marinos. La congresista Loren Smith se acercó a Pitt y le tendió la mano.

—¿Te apetece que me quede? —preguntó con voz suave.

Pitt la besó en la frente.

—Gracias, pero prefiero estar solo un rato.

Sandecker se ofreció a llevar a Loren hasta su casa, y ella aceptó de buen grado, pues había acudido en taxi a la fiesta de bienvenida de Pitt. Permanecieron en silencio hasta que el coche hubo cruzado el puente que conducía a la ciudad.

—Nunca había visto a Dirk tan desanimado —dijo Loren, seria y pensativa—.

Nunca creí que llegaría a decir esto, pero lo cierto es que de sus ojos ha desaparecido el fuego.

—Se repondrá —aseguró Sandecker—. Un par de semanas de descanso y volverá a ser el de siempre.

—¿No crees que ya es un poco mayor para que siga actuando como un intrépido aventurero?

—No lo imagino detrás de un escritorio. Nunca dejará de surcar los mares, es lo que más le gusta hacer.

—¿Qué es lo que le mueve a ello? —se preguntó Loren en voz alta.

—Hay hombres que nacen inquietos —dijo filosóficamente Sandecker—. Para Pitt, cada hora encierra un misterio que resolver, y cada día un reto que superar.

Loren miró fijamente al almirante.

—Lo envidias, ¿verdad?

Sandecker asintió con la cabeza.

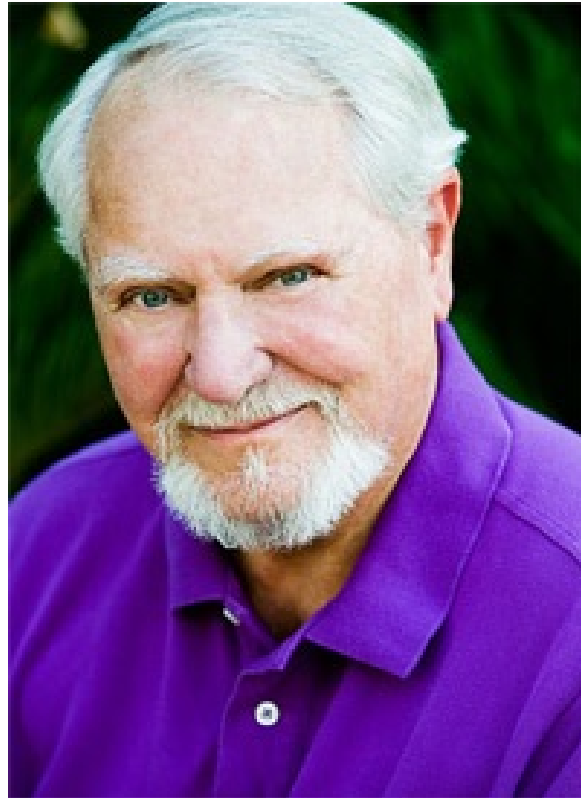
—Desde luego. Igual que tú.

—¿Y a qué crees que se debe eso?

—La respuesta es muy simple —dijo reflexivamente Sandecker—. Hay algo de Dirk Pitt en todos nosotros.

Una vez todos se hubieron marchado, Pitt se quedó a solas en el hangar, entre su colección de artefactos mecánicos, cada uno de ellos era un vestigio de su pasado. Con paso rígido se dirigió al barco que Maeve, Giordino y él habían construido en las Miserias y se metió en la cabina. Permaneció allí largo rato, perdido en sus recuerdos.

Seguía sentado en el interior del *Magnífica Maeve* cuando los primeros rayos del sol acariciaron el oxidado techo del viejo hangar al que Pitt llamaba hogar.



CLIVE CUSSLER. Nació en Illinois en 1931, pero creció en Alhambra, California, donde era el típico chico que se perdía en clase para soñar que estaba navegando bajo bandera pirata, o junto al almirante Nelson. Dejó la Universidad cuando empezó la guerra de Corea para alistarse en las fuerzas aéreas, donde sirvió como mecánico de aviones e ingeniero de vuelo, en una base de Hawai, y aprovechó su tiempo libre para aprender a bucear junto a sus amigos, uno de los cuales fue la fuente del mejor amigo de su personaje estrella, el ítaloamericano Al Giordino. El propio autor recuerda que en esta época, principios de los años 50, no se sabía casi nada sobre el submarinismo, que no se respetaban los tiempos de descompresión, y que se jugó la vida más de una vez. Pero llegó a amar el mar con toda su alma, un amor que no le ha abandonado, y que fue clave en su vida.

Después de dejar el ejército, se dedicó a la publicidad, y llegó a ser director creativo de dos de las agencias más importantes de estados unidos. Durante este tiempo, también se dedicó a escribir y producir anuncios de radio y televisión, que le hicieron ganar varios premios, incluido uno del festival de Cannes.

Sin embargo, llegó un momento en el que se dio cuenta que lo que él realmente quería era escribir novelas de submarinismo. Apoyado por su mujer, Barbara, dejó su trabajo en la multinacional para sacarse el título de buceador profesional, y se puso a trabajar en una tienda de artículos de submarinismo, al tiempo que daba cursos a aficionados. Los tiempos libres los aprovechaba en la trastienda, escribiendo en una máquina de escribir portátil artículos submarinos para revistas. En 1973 publicó la



que sería la primera novela de Dirk Pitt, *The Mediterranean Caper* (*Peligro en el mediterráneo*). Fue con su tercera novela, *Raise the Titanic* (*Rescaten el Titanic*) con la que alcanzó la fama, y pudo dedicarse a su mayor afición: rescatar barcos hundidos.

Cussler invirtió los beneficios de su libro para empezar a buscar, siempre apoyado por su mujer Barbara, y sus tres hijos, Teri, Dirk y Dana, barcos sumergidos. El primero que buscó fue el barco de John Paul Jones, uno de los héroes de la historia marítima, pero a pesar de que no logró encontrarlo, la experiencia le permitió aprender mucho sobre la búsqueda de barcos hundidos. Hasta la fecha, Cussler ha encontrado más de 60 barcos, entre ellos: El *Hunley*, un submarino confederado conocido por ser el primero en hundir un barco, el *Housatonic*. El *U-20*, el submarino alemán que hundió el famoso *Lusitania*; el barco de la república de Texas *Zavala*, encontrado bajo un parking en Galveston; y los restos del *Carpathia*, el barco que rescató a los supervivientes del *Titanic*. Todos estos descubrimientos los ha logrado con su ONG, la *NUMA*, que se llama así porque es la organización para la que trabaja su personaje, Dirk Pitt. (Él se negó a que se llamase así, pero el resto de socios votaron por unanimidad).

Con su libro, «*The Sea Hunters*». («*Exploradores del mar*»), publicado en 1996, acerca de sus trabajos como arqueólogo marino, logró que se conocieran gran parte de sus actividades enrolado en su ONG, la *NUMA*. También logró un hecho histórico: la Facultad de Ciencias del mar de la Universidad Estatal de Nueva York aceptó su libro como una tesis doctoral, y le otorgó el título de Doctor. Fue la primera vez en los 123 años de historia de la universidad que se concedió tal privilegio.

Además, Cussler es miembro de «El club de exploradores de Nueva York», la «Royal Geographic Society» de Londres, y la «American Society of Oceanographers». También destaca por su pasión por los automóviles antiguos, y posee una colección de más de 85 vehículos fabricados antes de los años 50, y restaurados a la perfección.

Cussler también tiene la tradición, desde su décima novela, «*Dragon*», de aparecer en sus propias novelas, en ocasiones como simples cameos, y en otros casos como salvador de los protagonistas y fundamental para su desenlace. El autor confiesa que todo empezó con una broma, y que estaba seguro de que su editor lo retiraría antes de publicar el libro, pero no fue así, y ya se ha convertido en una tradición, a pesar de que los personajes nunca recuerdan a Cussler de un libro a otro.

# Notas

[1] El término inglés bully significa «bravucón, camorrista». (N. del T.) <<

[2] Aproximadamente siete millones de dólares de la época, o cerca de cincuenta millones de dólares actuales. (N. del A.) <<

[3] Las siglas corresponden a las de la Agencia Nacional de Investigaciones Marinas.

<<

[4] «Perseguimos el mismo arco iris, que nos aguarda tras el recodo, mi amigo Huckleberry, Moon River, y yo». (N. del T.) <<